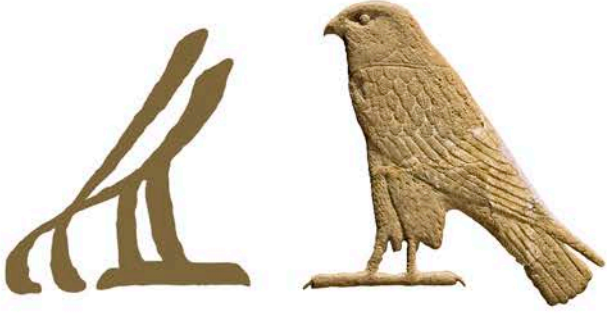
Josep Cervelló Autuori

ESCRITURAS, LENGUA Y CULTURA EN EL ANTIGUO EGIPTO



SEGUNDA EDICIÓN REVISADA

El espejo y la lámpara

Acceso Abierto

ESCRITURAS, LENGUA Y CULTURA EN EL ANTIGUO EGIPTO

Josep Cervelló Autuori

ESCRITURAS, LENGUA Y CULTURA EN EL ANTIGUO EGIPTO

11
El espejo y la lámpara

Director de la colección: Gonzalo Pontón Gijón

Consejo asesor:
José Manuel Blecua
Fàtima Bosch
Victòria Camps
Salvador Cardús
Ramon Pascual
Borja de Riquer
Joan Subirats
Jaume Terrades

1ª edición (papel): 2015
2ª edición (papel): 2016

© del texto: Josep Cervelló Autuori, 2016
© de esta edición (electrónica): Edicions UAB, 2016
© de la fotografía de la cubierta: Josep Cervelló Autuori
© de la fotografía de la solapa: Max Molina Cervelló
© de los mapas: Bastien Ségalas

Edicions UAB
Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona
Plaça Acadèmica. Edifici A. Campus de la UAB.
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès). Barcelona. Spain.
Tel. 93 581 10 22 · sp@uab.cat · www.uab.cat/publicacions

Composición: Gama, SL

ISBN: 978-84-945163-4-4

Impreso en España – Printed in Spain

A mia madre, Caterina Autuori,
a chi devo la vocazione umanistica ed archeologica.

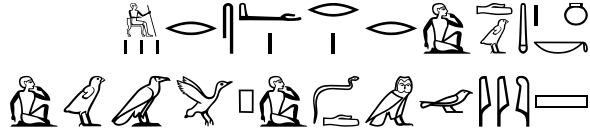
Al meu pare, Jordi Cervelló,
de qui sempre he admirat la passió per la professió.

A ambos, de un hijo que les quiere y les debe mucho.

Te encontrarás a gusto conmigo
porque podrás escuchar la lengua de Egipto
(*Historia de Sinuhé*, B 31-32) (§ 8*b*)

Son vuestros mensajes [de los dioses] *los que lo han traído* [al rey difunto],
son los jeroglíficos los que lo han hecho ascender [al cielo]
(*Textos de las pirámides*, TP 262, Pyr. 333c^{T}) (§ 170)

Yo conozco el secreto de los jeroglíficos
(Estela de Irtisen, líneas 6-7) (§ 170)



Yo soy uno que habla como corresponde a los altos oficiales,
uno libre de decir artículos-pa
(Estela de Montuuser, columna 10) (§ 19)

Índice general

Nota a la segunda edición 13

Introducción 15

1. La lengua egipcia: origen e historia 33
1.1. El egipcio: una lengua afroasiática 33
1.2. Historia de la lengua egipcia 58
1.2.1. La lengua egipcia en el tiempo, en el espacio y en el uso . 58
1.2.2. De lengua sintética a lengua analítica 65
1.2.3. El egipcio antiguo 74
1.2.4. El egipcio medio o clásico y el egipcio de tradición 79
1.2.5. El neoegipcio 98
1.2.6. El demótico 109
1.2.7. El copto 116

2. Las escrituras egipcias 129
2.1. Las escrituras egipcias: jeroglífico, hierático, demótico y copto 129
2.2. La escritura jeroglífica y el jeroglífico cursivo 133
2.3. La escritura hierática 155
2.4. La escritura demótica 169
2.5. La escritura copta 179
2.6. Sociología y praxis de la escritura en el antiguo Egipto: el oficio de escriba 188

3. Champollion y el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia 211
3.1. Antecedentes 211
3.1.1. Los jeroglíficos egipcios en los autores grecolatinos y coptos 211
3.1.2. De la Edad Media egipcia y árabe al Renacimiento y Barroco europeos 220
3.1.3. Ilustración y cambio de paradigma: la piedra de Rosetta 235
3.2. Jean-François Champollion 247
3.3. La filología egipcia a partir de Champollion 277

4. La escritura jeroglífica egipcia: sonidos, signos, disposición 291
4.1. Fonología, transliteración y transcripción 291
4.1.1. Elementos de fonología del egipcio clásico 291
4.1.2. Transliteración y transcripción 307
4.2. Los signos jeroglíficos: tipología y funciones 317
4.2.1. Los fonogramas monoconsonánticos 319
4.2.2. Los fonogramas biconsonánticos 324
4.2.3. Los fonogramas triconsonánticos 327
4.2.4. Los complementos fonéticos 327
4.2.5. Los logogramas o ideogramas 330
4.2.6. Los determinativos o clasificadores 334
4.2.7. Tipología de los signos jeroglíficos: síntesis y consideraciones finales 343
4.3. Orientación y disposición de los signos 349
4.4. Escritura y cultura en el antiguo Egipto 361

5. El origen de las escrituras egipcias 367
5.1. La aparición de la escritura en el valle del Nilo: contexto histórico y arqueológico 367
5.2. Los primeros testimonios de escritura en el valle del Nilo: las inscripciones de la tumba U-j de Abidos 382
5.3. El origen de la escritura en Egipto: problemática histórica y cultural 404
5.3.1. La primera escritura egipcia ¿es autóctona o responde a un estímulo exterior? 405

5.3.2. El «móvil» de la primera escritura egipcia: ¿administración o magia? 410
5.3.3. ¿Cuál fue el universo figurativo del que emergió la escritura egipcia? 422
5.3.4. El «mecanismo» de creación de la escritura egipcia: ¿voluntad o gradualismo? 429

6. Las escrituras egipcias más allá de Egipto 431
6.1. Jeroglíficos egipcios en Nubia: la escritura meroítica. 431
6.2. De los jeroglíficos al alfabeto 446
6.2.1. Aparición y primer desarrollo de la escritura alfabética en el II milenio aC 446
6.2.2. Consolidación y expansión de la escritura alfabética en el I milenio aC 481

Apéndice: Principales teónimos, antropónimos y topónimos egipcios transcritos en español 505

Bibliografía 515

Índice onomástico y de textos antiguos 537

Nota a la segunda edición

El interés de los lectores hispanos por la civilización antigua del valle del Nilo y todas sus manifestaciones culturales ha motivado que, tan solo nueve meses después de su publicación, la primera edición de este libro se haya agotado. Agradezco desde aquí a estudiantes universitarios, colegas y público en general la buena acogida que han dispensado a esta obra, en la confianza de que satisfaga sus inquietudes y expectativas.

El que el lector tiene en sus manos es, pues, un ejemplar de la segunda edición de este libro. Los cambios con respecto a la primera son mínimos. Se ha procedido a corregir algunas erratas y a modificar o aumentar algunos pasajes en aras de una mayor claridad expositiva o con objeto de completar alguna explicación. Deseo agradecer, nuevamente, a colegas y lectores el haberme señalado algunas de esas erratas y algunos de esos pasajes que requerían un ajuste o una adición. También se ha procedido a incorporar en la bibliografía algunas referencias que o bien habían sido descartadas en la primera edición y ahora se ha decidido recuperar, o bien corresponden a obras editadas cuando la primera edición ya estaba cerrada.

Aprovecho este espacio asimismo para hacer una importante puntualización relacionada con la transcripción fonológica y fonética. Como se indica en el §117 al inicio de la explicación acerca de los sonidos del egipcio clásico, para la transcripción de estos últimos se emplean aquí los símbolos del alfabeto fonético de la Asociación Fonética Internacional (AFI). Hay que señalar, sin embargo, que esto se hace con las dos salvedades siguientes:

a) Para los fonemas africados palatales sordo y sonoro (esp. ***ch**acal*, ingl. ***J**ohn*), se utilizan aquí, respectivamente, los símbolos /c/ y /ɟ/, que el alfabeto de la AFI en su última versión recomienda para los fonemas oclusivos palatales sordo y sonoro (cat. de Mallorca ***c**asa*, ***g**ana*), pues para los primeros prefiere los dígrafos /tʃ/ y /dʒ/ o /t͡ʃ/ y /d͡ʒ/. Lo hacemos así de acuerdo con el uso más común en egiptología y con lo que la propia AFI admitía alternativamente en versiones más antiguas de su alfabeto y sigue aceptando y aun utilizando en la actualidad.

b) En consonancia con lo anterior, y también de acuerdo con lo que es más habitual en egiptología, el fonema fricativo palatal sordo (ingl. ***sh**e*) se transcribe aquí con el símbolo /š/, inexistente en el alfabeto de la AFI, y no con el símbolo /ʃ/, que es el que propone este alfabeto.

Para finalizar, deseo expresar mi agradecimiento a *Edicions UAB* por la oportunidad que me brinda de publicar esta segunda edición revisada, que se ha comercializado también en formato electrónico. Autor y editor confiamos en que esta nueva edición encuentre entre los lectores la misma aceptación que su predecesora.

Sant Antoni de Vilamajor
(Barcelona), febrero de 2016

Introducción

Je tiens l'affaire! Esta expresión, de júbilo y de emoción por la superación de un reto, señala el inicio de la egiptología como disciplina académica. La pronunció Jean-François Champollion el mediodía del 14 de septiembre de 1822, cuando fue a ver a su hermano mayor y mentor, Jacques-Joseph Champollion-Figeac, para comunicarle que había dado con la clave para leer los jeroglíficos egipcios. Se abría así la puerta al estudio de la lengua, la historia y la cultura de la antigua civilización de los faraones sobre bases científicas. Los primeros egiptólogos, bien por razones políticas (presencia colonial en Egipto), bien por razones de tradición académica (interés previo por el mundo egipcio y copto), procedieron principalmente de Francia, Inglaterra y Prusia/Alemania. En estos países surgieron pronto sólidas escuelas egiptológicas, en universidades y centros de investigación, y se crearon cátedras específicas de egiptología, de manera que la disciplina quedó bien implantada en sus medios académicos. Los tres países promovieron, además, el trabajo de campo y abrieron importantes misiones arqueológicas en todo Egipto, que pronto hicieron crecer ex-

ponencialmente las colecciones de los museos (primero entre todos, el Museo Egipcio de El Cairo) y, por tanto, las fuentes a disposición para el estudio de la lengua y la civilización egipcias.

Han pasado casi 200 años desde la famosa frase de Champollion y en la actualidad estos países (y otros que se les han sumado con el tiempo) cuentan ya con largas y prestigiosas tradiciones egiptológicas. Esto es lo que explica que la investigación sobre el antiguo Egipto se haya desarrollado y se desarrolle principalmente en francés, inglés y alemán (en los últimos años, mayormente en inglés). Y esto es lo que explica también que la mayoría de las obras de alta divulgación de temática egiptológica estén escritas en estas tres lenguas y pensadas esencialmente para los públicos que las hablan, y que los lectores de otras lenguas suelan acceder a este conocimiento a través de traducciones de esas obras, que pueden no responder plenamente a sus inquietudes culturales.

En España, la egiptología como disciplina académica es de implantación muy reciente. Las razones son a la vez histórico-culturales y académicas. Por un lado, como se ha apuntado, la historia de la primera egiptología ha estado estrechamente ligada al desarrollo del fenómeno colonial europeo moderno y contemporáneo. Mientras que el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente fueron objeto de los intereses coloniales de franceses e ingleses, los de España se dirigieron hacia el otro lado del Océano Atlántico. Si del contacto con América nacieron instituciones como el Archivo General de Indias y, más recientemente, una importante tradición de estudios americanistas, Egipto y Oriente quedaron excesivamente lejos del contexto histórico-cultural de la España de los siglos XIX y XX. No es de extrañar,

pues, que nuestro país quedara al margen de la «aventura de la egiptología». Por otro lado, en el ámbito académico, la tradicional prevención del mundo universitario español, especialmente en el campo de las humanidades, hacia la investigación de todo aquello que no afectara, de un modo u otro, a la realidad española mantuvo en el pasado a la egiptología alejada de nuestras aulas, de nuestra investigación y de nuestras bibliotecas.

En la actualidad, sin embargo, esto ha cambiado de manera muy significativa y la egiptología se ha abierto camino en los medios académicos españoles. Un número creciente de egiptólogos enseña e investiga en nuestras universidades y centros de investigación; una primera titulación oficial de postgrado en egiptología se imparte desde el curso 2009-10 en la Universitat Autònoma de Barcelona, con la participación, entre el profesorado, de buena parte de esos egiptólogos; en diversas universidades españolas se imparten asignaturas de lengua e historia de Egipto en el marco de las enseñanzas de grado; cursos y seminarios de egiptología especializados o de formación universitaria, presenciales u on-line, se ofrecen, asimismo, desde universidades y centros de investigación; desde 1998, los egiptólogos españoles, portugueses e hispanoamericanos se reúnen periódicamente en congresos ibéricos de egiptología; y varias misiones españolas o hispano-egipcias se hallan trabajando en estos momentos sobre el terreno, en Egipto, algunas de ellas con brillantes resultados. Fuera del mundo académico, algunas asociaciones egiptológicas realizan, asimismo, una labor encomiable de difusión.

La producción científica y especializada de los egiptólogos españoles e hispanos se publica mayormente en las lenguas «egiptológicas» mencionadas y en medios internacionales (se-

ries, revistas, obras colectivas, congresos...). Es, en cambio, en el terreno de la transferencia de conocimiento o alta divulgación y de los manuales universitarios donde queda aún mucho camino por recorrer, puesto que las obras de contenido egiptológico al alcance del público hispano son todavía mayormente traducciones de libros publicados en el extranjero y no obra de autores españoles o hispanos. Si, en los últimos años, en el campo de la historia y la civilización de Egipto y de la traducción de textos egipcios han aparecido ya diversas obras significativas por su calidad, originalidad y actualidad (para el segundo de estos ámbitos remitimos a la bibliografía al final de este volumen, capítulo 1), en el terreno de la filología, tanto de la historia cultural de la lengua y de las escrituras egipcias como de la gramática, la producción en español es aún muy exigua (véase asimismo la bibliografía al final del volumen, capítulo 1).

El ánimo del libro que el lector tiene en sus manos es, pues, el de contribuir a llenar este último vacío en el primero de los dos campos señalados: el de la historia cultural de la lengua y de las escrituras egipcias. Se trata de hacer llegar a un público amplio de habla y de cultura hispana temas que hasta ahora no tenía a disposición en la bibliografía producida en nuestra lengua. Nuestro objetivo es doble. Por un lado, nos proponemos dar una visión lo más completa posible de la materia, que abarque todos sus aspectos y todos sus desarrollos argumentales, desde la descripción lingüística hasta la historia de la lengua, la literatura y la producción escrita conservada, desde el análisis de las características y funciones de los sistemas de escritura hasta cuestiones de sociología y praxis de la escritura, desde el relato del desciframiento de los jeroglíficos hasta el estudio de

su origen y del origen de otros sistemas de escritura de ellos derivados en última instancia, como nuestro propio alfabeto. Por otro lado, todos estos contenidos se presentan desde una «perspectiva hispánica», es decir, en nuestra lengua y para un público de cultura hispana. Así, algunos aspectos de la historia cultural de la lengua egipcia y de la misma gramática egipcia son comparados, para su mejor ilustración, con realidades paralelas de la historia cultural de la lengua española y de la gramática española, como, por ejemplo, la coexistencia del romance y el árabe en la península Ibérica y del copto y el árabe en Egipto durante la Edad Media, o ciertas estructuras gramaticales, como los adjetivos de relación acabados en *-í* («iraquí») o la oposición acción/estado, comunes al español y al antiguo egipcio por razones diversas. Los argumentos se presentan y se desarrollan, pues, teniendo siempre en cuenta la «idiosincrasia cultural» del lector hispano.

Esta obra está dirigida esencialmente a tres tipos de personas. Por un lado, al público cultivado en general y al público especialmente interesado en el antiguo Egipto en particular que desee adentrarse en el conocimiento de las escrituras, la lengua y la cultura escrita de la civilización de los faraones. Por otro lado, a los estudiantes universitarios que, en el marco de materias específicas de egiptología o de materias históricas, histórico-culturales o filológicas más generales, o desde otras especialidades, deseen asimismo introducirse en ese conocimiento. Y en tercer lugar, a especialistas en distintas ramas de las humanidades, como filólogos, filósofos, historiadores, historiadores de la cultura o antropólogos, que puedan tener un interés «comparativo» en aproximarse a la filología egipcia desde una perspectiva histórica y cultural. El texto busca en

todo momento el equilibrio entre la divulgación y el rigor académico, entre el propósito de que cualquier público interesado pueda acceder a los contenidos expuestos y la necesidad de tratar la materia con la profundidad adecuada. Entendemos que los conocimientos previos necesarios para la lectura son los de toda persona instruida e interesada por las humanidades y con nociones básicas de gramática española. En todo caso, allí donde lo consideramos oportuno, introducimos al lector en los términos o conceptos lingüísticos o culturales y en las situaciones históricas con los que puede no estar familiarizado. Además, como indicaremos más abajo, el libro tiene dos niveles de lectura posibles: el integral y otro que podríamos llamar histórico-cultural que obvia las partes más técnicas dedicadas a la descripción lingüística y gramatical.

Es importante advertir al lector, de entrada, de que este libro no es ni un método para aprender a leer los jeroglíficos ni una gramática sistemática de la lengua egipcia. Una introducción a la lengua egipcia clásica del mismo autor, complementaria a este libro, verá la luz próximamente y a ella remitimos a quien desee iniciarse en el conocimiento específico de la gramática del egipcio clásico. La presente obra propone, en cambio, una mirada cultural a la historia de la lengua y de las escrituras egipcias. En su título, *Escrituras, lengua y cultura en el antiguo Egipto*, los dos primeros términos se refieren al contenido, a la materia de la obra, mientras que el tercero se refiere a la perspectiva: se trata, en efecto, de presentar la lengua egipcia, su adscripción y su evolución, y las diferentes escrituras egipcias, sus características, su función, su uso, su origen y sus derivaciones fuera de Egipto, siempre desde una perspectiva cultural, es decir, en el contexto histórico e intelectual que necesaria-

mente enmarca y condiciona los usos lingüísticos y la producción escrita.

En el primer capítulo, *La lengua egipcia: origen e historia*, se describe el origen y la adscripción del egipcio en el tronco lingüístico afroasiático, que comprende diversas familias de lenguas habladas en el África boreal y en el Próximo Oriente asiático. A continuación se reflexiona acerca de las variaciones de la lengua egipcia en el tiempo (evolución lingüística), en el espacio (el problema de los dialectos) y en el uso social (lengua hablada, lengua escrita y diglosia) y se expone su historia desde su primera documentación escrita (c. 3300 aC) hasta su desaparición como lengua hablada (extinción del copto en el siglo XVII de nuestra Era). Se explica en qué consiste lingüísticamente esa evolución y cuáles son las características principales de cada una de las etapas y se da cuenta de los textos conservados más importantes producidos en cada una de ellas.

El segundo capítulo, *Las escrituras egipcias*, presenta los cuatro sistemas de escritura egipcios: jeroglífico, hierático, demótico y copto, describiendo su historia, sus características formales, sus soportes materiales y sus usos culturales y sociales. El último apartado del capítulo está dedicado a los aspectos sociológicos de la escritura y de la cultura escrita en Egipto, al oficio de escriba y al mundo de las escuelas, de las bibliotecas y de la producción de textos.

El tercer capítulo, *Champollion y el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia*, se abre con una exposición de los antecedentes del desciframiento desde la Antigüedad tardía hasta la Europa napoleónica, es decir, con la presentación de los autores grecolatinos, coptos, árabes, renacentistas, barrocos e ilustrados que se interesaron de un modo u otro por las anti-

guas escrituras egipcias y especialmente por los jeroglíficos. A continuación se aborda el descubrimiento de la piedra de Rosetta y la obra de los orientalistas y científicos que iniciaron la «carrera» para descifrar las escrituras egipcias, entre los cuales destaca Thomas Young. Pero el verdadero mérito del desciframiento corresponde, como es sabido, al ya citado Jean-François Champollion, considerado por ello el iniciador de la egiptología científica, a cuya vida y obra está dedicada la parte central del capítulo. El último apartado del mismo repasa la historia de la filología egipcia desde la muerte de Champollion hasta la actualidad.

En el cuarto capítulo, *La escritura jeroglífica egipcia: sonidos, signos, disposición*, se describe someramente el sistema fonológico del egipcio clásico y se presentan el código de transliteración de los textos egipcios al alfabeto latino y unos principios básicos de transcripción de la onomástica egipcia en español. A continuación se examinan todos los tipos de signos de la escritura jeroglífica y sus usos y disposición en la secuencia gráfica y se reflexiona acerca de las razones culturales que motivaron que los egipcios no se decantaran nunca por una escritura alfabética, aun conociendo el principio que gobierna este tipo de escritura, puesto que está en la base de una de sus categorías de signos: los monoconsonánticos (un signo = una consonante, como nuestras letras consonánticas).

El quinto capítulo, *El origen de las escrituras egipcias*, retoma, ampliándolo y actualizándolo, el texto de un artículo ya publicado por el autor: Cervelló Autuori, J. «Los orígenes de la escritura en Egipto: entre el registro arqueológico y los planteamientos historiográficos». En: Carrasco Serrano, G.; Oliva Mompeán, J. C. eds. *Escrituras y lenguas del Mediterrá-*

neo en la Antigüedad, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005. P. 191-239. En él se presentan los testimonios de escritura más antiguos del valle del Nilo en su contexto histórico, arqueológico y cultural y se reflexiona acerca del origen de la escritura en Egipto, del móvil que lo motiva, del universo figurativo del que los signos de escritura emergen formalmente y del mecanismo de creación. A diferencia de los demás capítulos, más descriptivos, este capítulo tiene, más bien, la forma de un ensayo, en que el autor, además de presentar los documentos, toma partido y expone sus planteamientos y perspectivas personales acerca de la problemática abordada.

El sexto y último capítulo, *Las escrituras egipcias más allá de Egipto*, introduce al lector en la historia de los dos sistemas de escritura no egipcios que se crearon por estímulo directo de los jeroglíficos egipcios: la escritura del reino sudanés de Meroe (siglos II aC – V dC) y la escritura alfabética, aparecida en el Sinaí a comienzos del II milenio aC entre los semitas que trabajaban para los egipcios en la explotación de las minas de turquesa de la región. En el caso de la escritura alfabética, tras el análisis detallado del proceso de creación de cada una de las letras a partir de una serie de jeroglíficos egipcios, se expone brevemente la historia del alfabeto desde su primera documentación en el Sinaí hasta su adopción y adaptación por los fenicios y otros semitas occidentales (hebreos, arameos, árabes), por los griegos, por los coptos de Egipto, por los etruscos y por los latinos. Porque, aunque esto pueda sorprender de entrada al lector no especialista al ser cosa poco conocida y divulgada, nuestras letras alfabéticas derivan, en última instancia, de una selección de jeroglíficos egipcios.

Cada uno de estos seis capítulos se divide en apartados y subapartados temáticos. Además, puesto que todas las secciones y argumentos de este libro están estrechamente relacionados los unos con los otros, el texto se presenta subdividido en parágrafos marcados por el signo § y numerados correlativamente. Esto facilita las llamadas internas y las referencias cruzadas y permite dirigir al lector en todo momento a otras partes del libro en que se aclaran conceptos o se desarrollan ciertos aspectos de lo que está leyendo.

Como ya se ha apuntado, este libro admite dos niveles de lectura. La lectura integral está aconsejada para aquellas personas que sientan un especial interés por la filología y la lingüística y que posean nociones básicas de gramática para poder seguir adecuadamente las argumentaciones. Las personas que, en cambio, prefieran una lectura de carácter más histórico-cultural y menos filológico, pueden optar por obviar algunos parágrafos sin perjuicio alguno para la comprensión del resto de la argumentación. Los parágrafos más técnicos desde el punto de vista filológico y, por tanto, susceptibles de ser obviados son los siguientes: § 7, §§ 12-14, § 18, § 22, §§ 27-28, § 33 y § 37 del capítulo 1; § 65 del capítulo 2; §§ 114-116 (solo parcialmente) del capítulo 3; y §§ 121-137 (que pueden suplirse con la «Advertencia previa» del § 7 y con la tabla 4.3) del capítulo 4. Los capítulos 5 y 6 son enteramente de temática histórico-cultural.

Es importante advertir al lector que todo el volumen, ya desde el § 7 del capítulo 1, abunda en transliteraciones de palabras egipcias al alfabeto latino. Para una correcta lectura de estas transliteraciones desde el primer momento, conviene tener bien presentes las normas de transliteración, que se explican de

manera resumida en la «Advertencia previa» del mismo § 7 y de manera más amplia en el apartado «Transliteración y transcripción» del capítulo 4 (§§ 129-130). Si se opta por la lectura integral del libro, bastará con tomar en consideración esas normas cuando se presenten; si se opta por la lectura histórico-cultural y se obvian los parágrafos y apartados más estrictamente filológicos, conviene no dejar de leer al menos la versión resumida de las normas de transliteración (§ 7), porque las transliteraciones de palabras egipcias se presentan en todos los capítulos y apartados del volumen.

La obra se completa con un Apéndice y una Bibliografía. El primero ofrece una lista, ordenada alfabéticamente, de los principales teónimos, antropónimos y topónimos egipcios transcritos en español. La Bibliografía, que se organiza por capítulos y temas, tiene una doble finalidad. Se referencian, por un lado, tanto obras especializadas, muchas de ellas citadas en el texto, como obras de carácter más divulgativo y accesible para el lector no especializado, que han de permitirle profundizar en los temas de su interés. Por otro lado, se consignan tanto las obras clásicas que han construido la disciplina y siguen siendo de referencia como trabajos recientes que suponen contribuciones importantes a la misma o divulgan el estado actual de nuestros conocimientos. Algunos de estos títulos, los menos, están comercializados o son accesibles on-line; para el resto, el lector deberá dirigirse a bibliotecas egiptológicas especializadas ubicadas en universidades, institutos o centros de investigación.

* * *

Deseo expresar aquí mi más sincero agradecimiento a toda una serie de personas que han atendido mis consultas o solicitudes de colaboración, que me han hecho valiosas sugerencias o con las que he tenido ocasión de mantener estimulantes conversaciones. Todas ellas sabrán reconocerse, aquí y allá, en las páginas de este libro.

Gracias, en primer lugar, a diversos especialistas de campos afines a la egiptología y a la filología egipcia que han accedido generosamente a orientarme en aspectos puntuales relacionados con sus disciplinas: Ignasi X. Adiego (indoeuropeísta, a quien debo también la fuente de etrusco, creación suya), Agustí Alemany (indoeuropeísta), Teresa Cabré (lingüista), Josep Casulleras (arabista), Gregorio Del Olmo (semitista), Francisco Javier Giménez (químico), Carles Múrcia (berberólogo) y Jordi Vidal (asiriólogo).

Mención muy especial debo a mis colegas y amigos Jordi Cors (helenista) y Antonio Loprieno (egiptólogo), que han tenido a bien atender mis consultas en materia de lengua y escritura griegas y de fonología egipcia, respectivamente. A Jordi Cors le agradezco, además, las conversaciones sobre transcripción a las lenguas modernas de los nombres propios y términos de las lenguas antiguas; la norma adoptada y defendida en este libro está basada en sus propuestas. Reconocimiento muy especial debo también al profesor Pascal Vernus (egiptólogo), siempre generosamente abierto a la consulta y el diálogo.

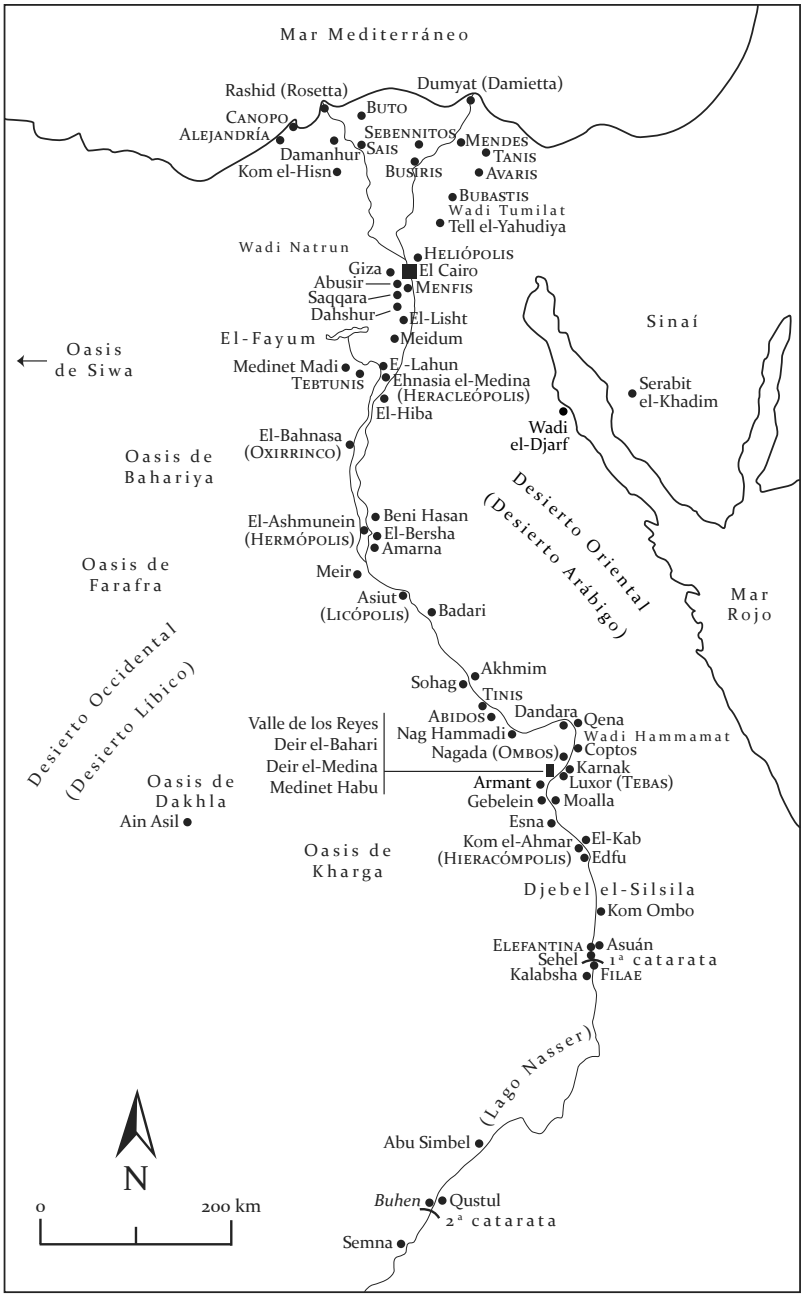
Numerosos colegas y amigos me han prestado asimismo su inestimable colaboración, por ejemplo leyendo pasajes del texto y haciendo comentarios y sugerencias o atendiendo mis peticiones o consultas puntuales. Se trata de los egiptólogos Francisco Bosch, Marcelo Campagno, Miquel Carceller,

Montserrat Díaz de Cerio, Andrés Diego Espinel, Isabel García Trócoli, Maria Rosa Guasch, José Lull, Miguel Ángel Molinero, Marc Orriols y David Rull y del coptista Alberto J. Quevedo. Otros colegas, como los egiptólogos Lucía Díaz-Iglesias y José Manuel Galán, el demotista Damien Agut-Labordère y el coptista Victor Ghica, han tenido la amabilidad de proporcionarme algunas de las fotografías publicadas en el volumen. He consultado, asimismo, sobre aspectos fonológicos y gramaticales de sus respectivas lenguas y para recoger ejemplos, a Siwen Ning (chino), y a mis buenos amigos Fekry Touba y Osama Ismail (mis maestros de árabe egipcio) e Ibrahim Ayan (turco). Otros amigos y compañeros de viaje a Egipto, Txomin Beltran y Albert Hurtado, accedieron generosamente a hacer fotografías de algunos relieves y objetos concretos, a petición mía, durante nuestras visitas, imágenes que ahora ilustran el libro. A Bastien Ségalas le agradezco su inestimable colaboración en materia informática y la elaboración de los mapas que se incluyen en el volumen, y a Raquel Agrás, la confección de un dibujo para una de les figuras. A mi esposa Ángela Ureña, lingüista y profesora de español para extranjeros, le debo la lectura crítica de todo el texto e innumerables sugerencias de mejora, además de su incondicional y estimulante apoyo en todo momento.

Una mención no menos agradecida debo hacer a los estudiantes de las promociones 2009-11, 2011-13 y 2013-15 del máster universitario en Lengua y Civilización del Antiguo Egipto de la Universitat Autònoma de Barcelona, por el estímulo continuo que suponen las horas de trabajo con ellos y porque han sido los primeros «receptores académicos» de muchos de los contenidos de este libro, lo cual ha permitido contrastarlos y, eventualmente, mejorarlos.

Como el lector habrá comprobado, este libro se publica en la colección de transferencia de la Universitat Autònoma de Barcelona *El espejo y la lámpara*. Me cuento entre los que creen firmemente en el papel social de la universidad, y muy especialmente de las disciplinas humanísticas, y en la importancia de la transferencia de conocimiento a la sociedad, es decir, en definitiva, en el compromiso y la responsabilidad social de la actividad académica. Por eso, deseo expresar, finalmente, mi más sincero agradecimiento a Gonzalo Pontón, director de la colección, por haberme invitado a participar en este proyecto editorial y académico, por el apoyo incondicional que en todo momento me ha brindado y por el interés que ha demostrado por los contenidos de este libro.

Sant Antoni de Vilamajor
(Barcelona), enero de 2014



Mapa 0. Egipto en época faraónica (redonda: nombres actuales; VERSALES: NOMBRES CLÁSICOS; *cursiva: nombre egipcio antiguo*).

CRONOLOGÍA	PERÍODOS	DINASTÍAS (Y, EVENTUALMENTE, SUBPERÍODOS)	PRINCIPALES FARAONES
VI-V milenio	Neolitización		
3900-3100 aC (3300-3100 aC)	Predinástico (Cultura de Nagada)	(Dinastía 0)	(Iry-Hor, Ka)
3100-2700	Época Tinita	I	Narmer, Aha, Djer, Djet, Den, Qaa
		II	Peribsen, Khasekhemuy
2700-2200	Reino Antiguo	III	Netjerkhet (Djeser)
		IV	Snofru, Keops, Kefren, Micerino
		V	Sahure, Niuserre, Djedkare, Unis
		VI	Teti, Pepy (I-II), Merenre (I-II)
2200-2050	Primer Período Intermedio	VII-VIII	
		IX-X	Khety (I-III), Merikare
		XI (primera mitad)	Antef (I-III)
2050-1720	Reino Medio	XI (segunda mitad)	Montuhotep (II-IV)
		XII	Amenemhat (I-IV), Sesostris (I-III)
		XIII (primera mitad)	
1720-1550	Segundo Período Intermedio	XIII (segunda mitad)	
		XIV	
		XV (Hyksos)	
		XVI	
		XVII	Antef (V-VII), Taa (I-II), Kamose

1550-1076	Reino Nuevo	XVIII	Ahmose, Amenhotep (I-III), Tutmosis (I-IV), Hatshepsut, Amenhotep IV-Akhenaton, Tutankhamon, Horemheb
		XIX-XX (Época Ramésida)	Ramsés (I-XI), Sety (I-II), Merenptah
1076-664	Tercer Período Intermedio	XXI-XXIII	
		XXIV (saíta)	
		XXV (kushita)	Piye, Shabaka, Shabataka, Taharqa, Tanutamani
664-332	Baja Época	XXVI (Época Saíta)	Psamético (I-III), Necao, Apries, Amasis
		XXVII (Época Persa)	Cambises, Darío (I-II), Jerjes, Artajerjes (I-II)
		XXVIII-XXIX	
		XXX	Nectanebo (I-II)
		Segunda Dominación Persa	Darío III
332 aC - 395 dC	Época Grecorromana	Época Macedónica	Alejandro de Macedonia
		Época Ptolemaica	Ptolomeo (I-XV), Cleopatra VII
		Época Romana	(Emperadores romanos)
395-640	Época Bizantina		
desde 640	Egipto islámico		

Tabla 0. Cronología y periodización de la historia del Egipto faraónico.

CAPÍTULO 1

La lengua egipcia: origen e historia

1.1. El egipcio: una lengua afroasiática

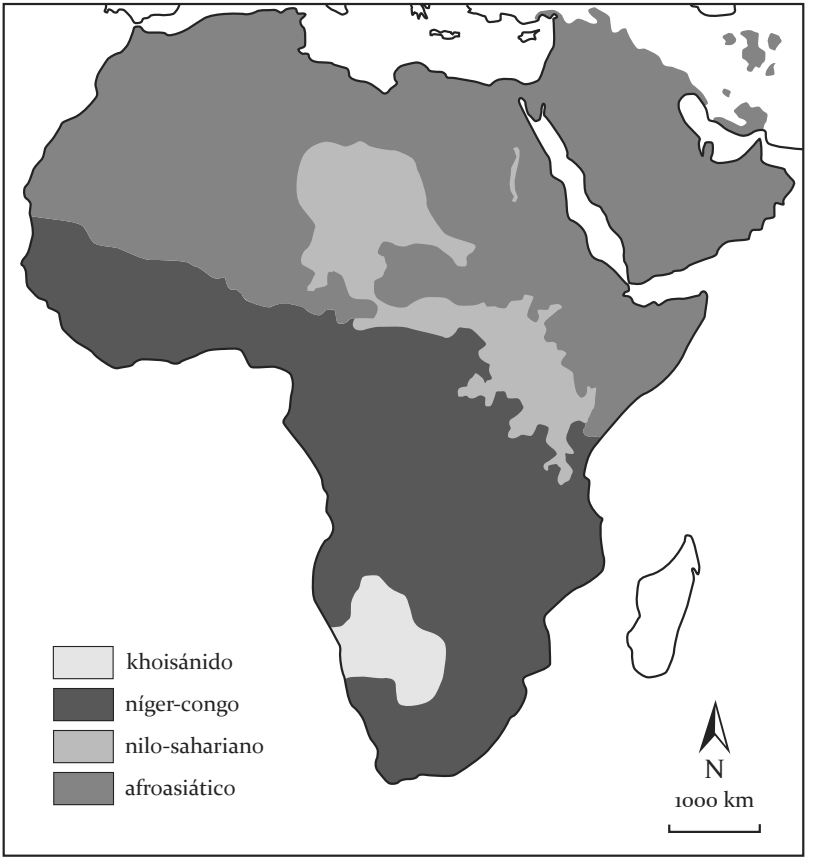
§ **1.** La lengua del antiguo Egipto constituye una rama autónoma de uno de los cuatro grandes troncos lingüísticos del continente africano: el afroasiático. Estos cuatro troncos son (mapa 1.1):

a) el *khoisánido*, cuyas lenguas se hablan en el África austral occidental (actuales Angola, Namibia y Botswana). Se trata de las lenguas de los cazadores-recolectores hotentotes.

b) el *níger-congo* (o *níger-kordofaniano* o *sudanés*), cuyas lenguas se hablan en el resto del África austral y en toda la franja ecuatorial, desde la región de los grandes lagos hasta el golfo de Guinea y Cabo Verde. Las más conocidas son las de la familia bantu y, entre las del África occidental, el wolof, el mande, el dogon, el yoruba y el akan.

c) el *nilo-sahariano*, cuyo territorio se presenta notablemente fragmentado a causa de los avatares climáticos e históricos, con hablantes distribuidos por varias zonas de la franja del

Sahel y de la región del Nilo Blanco, por el Sahara central y el valle del Nilo nubio. Pertenecen a esta familia lenguas como el nubio actual, hablado en Egipto, en la provincia de Asuán, desde Kom Ombo hasta la isla de Sehel (antes de la construcción de la gran presa de Asuán, en los años sesenta del siglo xx, que supuso el sumergimiento del territorio nubio comprendido entre la primera y la segunda catarata, donde hoy se extiende el lago Nasser, la lengua nubia se hablaba también en esta última zona); algunas lenguas centrosaharianas como el teda y el za-



Mapa 1.1. Los cuatro troncos lingüísticos de África y el Asia anterior.

gawa; las lenguas de los pastores altonilóticos, como el shilluk, el dinka, el nuer y el masai; y, en el África occidental, el songhai. Es posible que también el meroítico, es decir, la lengua de los antiguos reinos cushitas de Napata y Meroe, hablada, y en un segundo momento también escrita, en todo el valle del Nilo nubio desde el primer milenio aC hasta el siglo v dC, perteneciera a este tronco. Aunque las escrituras meroíticas han sido descifradas, la lengua sigue siendo desconocida (es decir, podemos leerla, pero no entenderla ni, por tanto, conocer su estructura gramatical) y esto es lo que dificulta su clasificación. Recientemente, de hecho, nuevos enfoques en el estudio del meroítico han sugerido que podría tratarse más bien de una lengua afroasiática (§§ 5*b*, 210).

d) el *afroasiático*.

§ **2.** El *afroasiático* es el tronco lingüístico africano más extendido territorialmente y el único que trasciende los límites del continente. Es además, junto con el indoeuropeo, uno de los más difundidos del mundo, en gran parte porque el árabe, actualmente hablado por 210 millones de personas, pertenece a él. El término afroasiático (en inglés *Afroasiatic* o *Afrasian*) fue acuñado a mediados del siglo xx por el lingüista estadounidense Joseph H. Greenberg (§ 4) y es de uso común entre los lingüistas, especialmente anglosajones. Hasta los años sesenta, este tronco lingüístico era conocido con el nombre de *camito-semita*, término que aún hoy siguen empleando, por tradición, muchos filólogos comparatistas, semitistas, asiriólogos y egiptólogos, especialmente centroeuropeos (tradiciones francesa y alemana). Como veremos, sin embargo, se trata de una denominación inadecuada por razones de orden lingüístico y cultural (§ 4).

El término *camito-semita* tiene una larga historia. Ya desde la primera mitad del siglo XIX se había reconocido el estrecho parentesco entre la familia lingüística *semítica* (término acuñado por August Ludwig Schlözer en 1781), con sus dos ramas: asiática (hablada en el Próximo Oriente) y africana (hablada en Etiopía), y la familia lingüística *camítica* (término propuesto por Ernest Renan en 1855), que comprendía el antiguo egipcio, el beréber y las lenguas cushíticas. Los nombres de estas familias derivaban de los de Sem y Cam, hijos del bíblico Noé y, según el *Génesis* (10–11), ancestros, respectivamente, de los pueblos semitas y de los pueblos del África nororiental. En 1860, Karl Richard Lepsius (§ 111), en su clasificación de las lenguas africanas, distinguió cuatro grandes tipos: camítico, semítico, bantu y «negro-mezclado», reunidos en dos categorías fundamentales: lenguas con distinción nominal de género basada en el sexo (géneros «masculino» y «femenino»), que correspondían a los primeros dos tipos, y lenguas sin distinción de género, que correspondían a los otros dos. Para Lepsius, la presencia del género demostraba que el camítico y el semítico estaban emparentados con el indoeuropeo, que también se caracteriza por este rasgo gramatical. Por eso reunió los tres tipos en una única familia, y, a partir de la tradición bíblica, a la que ya se recurría habitualmente, habló de la familia *noéquida,* subdividida en las ramas *semítica*, *camítica* y *japétida* o indoeuropea (de Jafet, tercer hijo de Noé y ancestro bíblico de los pueblos indoeuropeos). Consideró además «superiores» estas lenguas con género, como «superiores» eran, según el pensamiento de la época, los pueblos que las hablaban. Todos ellos procedían, en última instancia, del Asia anterior, foco irradiador de civilización, de manera que las culturas y las lenguas

camitas debían su «superioridad» frente a las del resto de África a esa procedencia del oeste de Asia. Como puede verse, pues, el término *camito-semita* no es ajeno a los prejuicios raciales y culturales, especialmente en relación con África, de la Europa de los siglos XIX y XX.

§ **3.** Sobre la base de estas ideas generales, los egiptólogos se forjaron las primeras explicaciones acerca del origen y la tipología de la lengua egipcia antigua. La idea más difundida fue la de que el egipcio era el resultado del contacto entre una lengua semítica y una lengua africana. Se trataba o bien de una lengua semítica «pura» que se «había corrompido» por contacto con las lenguas africanas, o bien de una lengua mestiza resultado de la mezcla de un habla africana y otra semítica, o bien de una lengua nilótica autóctona de tipo líbico-beréber modulada de forma más o menos determinante por el elemento semítico. En su *Grammaire de l'égyptien classique* publicada en 1940, el egiptólogo francés Gustave Lefebvre escribía, por ejemplo, que todas las lenguas africanas del tronco camito-semita «pueden ser consideradas en su conjunto como unos *produits,* resultado de la fusión más o menos completa de hablas africanas primitivas, autóctonas, con hablas protosemíticas introducidas en el África del Norte y el África nororiental hacia el final del largo período que ha precedido los tiempos históricos, por unos invasores venidos probablemente de la península arábiga. También el egipcio comportaría esencialmente, pues, un sustrato africano (más bien líbico), penetrado y modificado por fuertes influencias semíticas: parece tratarse más de una lengua africana semitizada que de una lengua semítica deformada». Estas tesis reposaban, pues, sobre la idea de que la civilización egip-

cia era el resultado de la llegada al valle del Nilo de grupos humanos procedentes del Próximo Oriente, portadores de la «civilización» y de una lengua extraafricana (§ 192).

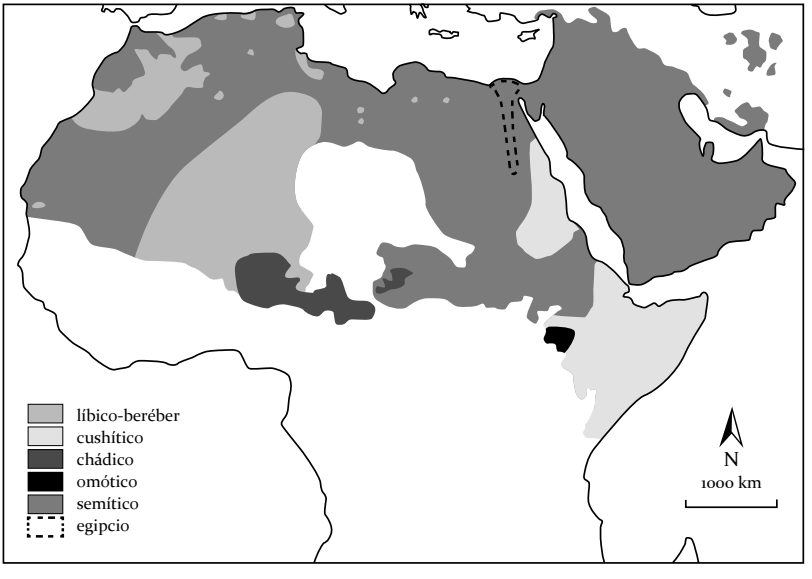
§ **4.** En las últimas décadas del siglo XX, los avances tanto en el ámbito de la arqueología como en el de la lingüística obligaron a un replanteamiento global de la cuestión. Por un lado, los datos arqueológicos demostraron de manera definitiva la inexistencia de invasiones o migraciones de poblaciones asiáticas hacia el valle del Nilo en la prehistoria y protohistoria egipcia (§ 192): la civilización egipcia es el resultado de un desarrollo autóctono, hoy ya claro en sus líneas generales y notablemente bien documentado, y la lengua egipcia es la evolución de la lengua vernácula de los habitantes del valle del Nilo desde tiempos epipaleolíticos y neolíticos. Por otro lado, en los años cincuenta del pasado siglo, el ya citado Joseph H. Greenberg renovó por completo el panorama de los estudios de lingüística africana y replanteó en profundidad la clasificación de las lenguas de África sobre bases filológicamente modernas. Abandonó cualquier noción de mestizaje lingüístico y sugirió relegar, por obsoleto, el término de *camito-semita* y rebautizar el tronco lingüístico como *afroasiático.* En efecto, este nombre tenía dos ventajas: desde un punto de vista cultural, eliminaba los prejuicios raciales inevitablemente asociados al anterior, y, desde un punto de vista lingüístico, se ajustaba mejor a la nueva clasificación interna del tronco lingüístico. En efecto, está claro que los miembros africanos del mismo no constituyen una familia «camítica» homogénea opuesta a la familia «semítica», sino que en África se distinguen cinco familias independientes cada una de las cuales se halla en el mismo nivel taxo-

nómico que la semítica. Es decir, nunca ha existido una entidad «camítica» opuesta a una entidad «semítica»: el antiguo nombre reposaba únicamente en el hecho de que las lenguas semíticas eran mucho mejor conocidas que las africanas y de que eran consideradas «superiores», o sea, en razones ajenas a la clasificación lingüística propiamente dicha. Por otra parte, la nueva denominación, libre de prejuicios en relación con África, permitía replantear el problema de la cuna geográfica del tronco lingüístico. Resultaba obvio que si cinco de sus familias se hablaban en África y cubrían buena parte del amplio territorio del África boreal y solo una se hablaba en Asia, era más lógico pensar en una «patria» africana que en una asiática. Volveremos sobre ello un poco más abajo (§ 6).

§ **5.** Las lenguas del tronco lingüístico afroasiático se extienden desde el Asia anterior hasta las costas atlánticas de África y desde Somalia, Kenia y Nigeria hasta el Mediterráneo, con «extensiones» puntuales en Malta (maltés), en el norte de Tanzania y, en el pasado, también en las islas Canarias (guanche) (mapa 1.2). Se clasifican en seis grandes familias:

a) el *líbico-beréber* o *amazigh*, hoy hablado —en fuerte competencia con el árabe— por unos cuarenta millones de personas en el África noroccidental mediterránea y atlántica, en el Atlas y en el Sahara, desde las regiones costeras, por el norte y el oeste, hasta Malí y el Níger, por el sur, y Libia y el oasis egipcio de Siwa, por el este. El extremo occidental de expansión del líbico-beréber lo representó hasta el siglo XVII el guanche de las islas Canarias, desaparecido bajo la presión del español. La existencia de diversos rasgos que el guanche tenía en común con las lenguas chá-

dicas (punto *c*) pero no compartía con el beréber indica un desarrollo divergente, probablemente debido a una separación temprana del guanche con respecto al resto de lenguas de la familia. Aparte del guanche, la familia líbico-beréber está poco diferenciada internamente y comprende las lenguas y dialectos de las poblaciones beréberes y tuareg, así como el antiguo líbico (númida) y el antiguo mauritano, documentados en inscripciones en alfabeto líbico o latino, solo en parte descifradas. La escritura líbica constituye, junto con la meroítica (§§ 1, 210 ss.), el sistema escriturario africano más antiguo después del egipcio. Las inscripciones más tempranas parecen datar de la primera mitad del I milenio aC y las más recientes del siglo III dC. Se desconoce el origen de la escritura líbica, pero se han señalado dos posibles ancestros: el alfabeto fenicio, a través de su varian-



Mapa 1.2. Difusión actual de las familias lingüísticas afroasiáticas. El área que ocupó el antiguo egipcio, hoy extinguido, se indica mediante una línea discontinua.

te púnica (§ 233), y el alfabeto sudarábigo (§ 230), que habría llegado por vía terrestre a través de la región etíope y del Sahara. A causa de sus diferencias con uno y otro y de sus singularidades, sin embargo, también se ha propuesto una tercera hipótesis: que derive directamente de la escritura protocananea de fines del II milenio aC (§ 225), por vías y mecanismos desconocidos. La escritura líbica está documentada desde el Mediterráneo hasta el Sahel y desde las islas Canarias y las costas atlánticas hasta la línea Tripolitania-Fezzan-Djado, y es especialmente abundante en la actual Tunicia del noroeste y territorio argelino adyacente (antiguo reino numida) y en el Sahara central. En la franja norte de este dominio, la escritura líbica se documenta sobre todo en estelas; en el resto se trata de inscripciones rupestres, que en muchos casos acompañan pinturas y grabados figurativos de estilo «camellino» (el estilo de arte rupestre sahariano que tiene el camello como motivo central y que aparece a mediados del I milenio aC). Del alfabeto líbico antiguo deriva el sistema de escritura actual de los tuareg: los *tifinagh*. Desde el punto de vista gramatical, las lenguas líbico-beréberes presentan afinidades especialmente con las lenguas semíticas y cushíticas (bedja), pero al mismo tiempo comparten abundante léxico con las lenguas chádicas y el antiguo egipcio.

b) el *cushítico*, hablado por unos quince millones de personas en la región del África centro-oriental o del cuerno de África, en concreto en los actuales Sudán, Etiopía, Somalia y Kenia, con una «extensión» en el norte de Tanzania. El nombre de la familia deriva del bíblico Kush, hijo de Cam, y no debe ser confundido con el término «cushita», que se aplica a la cultura y a la lengua de los reinos nubios de la Antigüedad (Napata y Meroe): la clasificación de la lengua meroítica, como

hemos visto, sigue siendo problemática (§§ 1*c*, 210). No hay documentación antigua de ninguna lengua cushítica (la primera documentación de que disponemos data del siglo XVII), pero una de ellas, el bedja, hablada en el extremo noreste del Sudán y en las regiones limítrofes de Egipto y de Etiopía, presenta notables paralelismos con el antiguo egipcio. Otras lenguas son el saho, el afar y el agaw, hablados en Etiopía, el somali, hablado en Somalia, y el oromo, hablado en estos dos países y en Kenia.

c) el *chádico*, hablado por unos treinta millones de personas en la franja del Sahel alrededor del lago Chad, en los actuales Níger, Nigeria, Camerún y Chad. Presenta, en general, notables paralelismos etimológicos y gramaticales con el antiguo egipcio. Su representante más importante y extendido es el hausa, que, además de ser la lengua vernácula de las poblaciones del Níger y del norte de Nigeria, se utiliza en todo el Sahara occidental como lengua franca. No hay documentación antigua de las lenguas chádicas.

d) el *omótico*, la más reducida de las familias afroasiáticas en extensión geográfica y número de hablantes (alrededor de un millón), se habla al suroeste de Etiopía, en los márgenes del río Omo. Se trata además de la familia que presenta los rasgos más arcaizantes, por lo que se considera que debió de ser la primera en desgajarse del tronco común (§ 6). Tampoco hay documentación antigua de las lenguas omóticas.

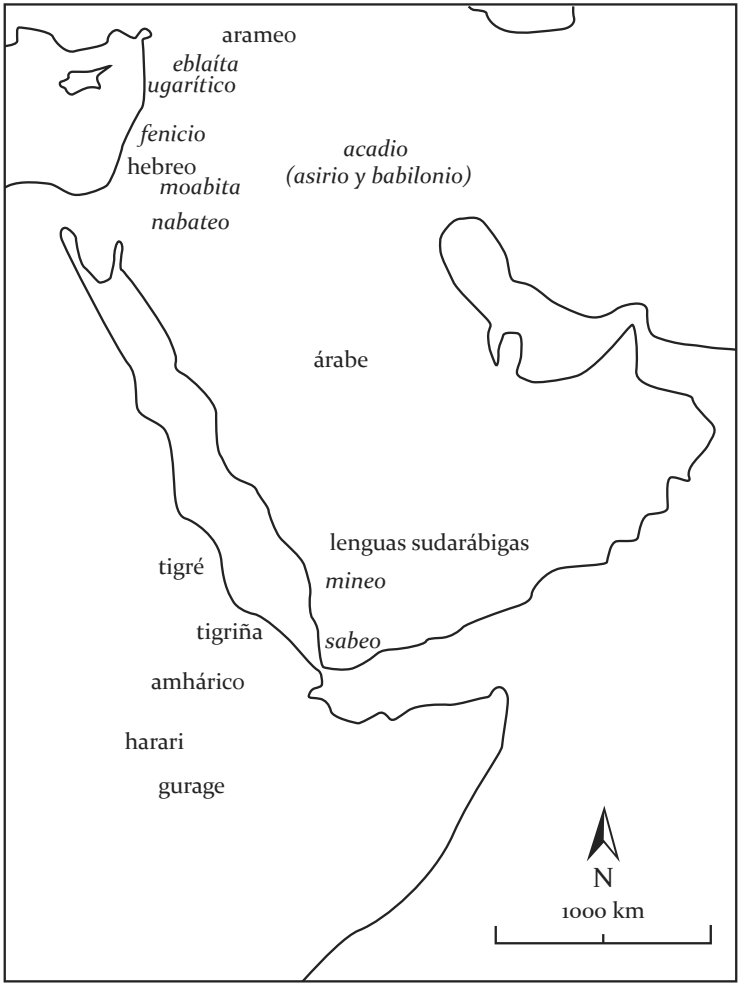
e) el *semítico*, la familia más amplia del tronco lingüístico afroasiático, hablado hoy por unos 250 millones de personas (más otros 250 millones, si se cuenta el árabe como segunda lengua), comprende lenguas actuales e históricas (fig. 1.1 y mapa 1.3). Se subdivide en dos grandes grupos: semítico orien-

tal y semítico occidental. El primero está representado solo por una lengua antigua: el acadio, hablado en Mesopotamia desde el III milenio aC hasta el 500 aC. En el II milenio, el acadio se convirtió en la lengua internacional de todo el Próximo Oriente: la correspondencia entre los reyes mesopotámicos y los faraones egipcios de la XVIII dinastía, por ejemplo, se desarrolló en esta lengua (tablillas de Amarna) (§§ 69, 226). El acadio del II milenio aC se distingue en dos dialectos: el asirio, hablado en el norte de Mesopotamia, y el babilonio, hablado en el sur de esta región. Otro dialecto acadio, el eblaíta, representa una «extensión» occidental de este grupo. El semítico occidental, que comprende lenguas antiguas y actuales, se subdivide, a su vez, en dos subgrupos: septentrional y meridional. El septentrional comprende el antiguo ugarítico, las lenguas cananeas, entre ellas el fenicio y el hebreo (antiguo y moderno), y el arameo (antiguo y actual). El arameo, originario de Siria, se extendió a comienzos del I milenio aC por todo el Próximo Oriente y sustituyó al acadio como lengua hablada en Mesopotamia y como lengua franca de toda la región (§§ 32, 69, 234); en la actuali-

	OCCIDENTALES	ORIENTALES
SEPTENTRIONALES	*ugarítico* *fenicio-púnico* *moabita* hebreo arameo (y siríaco)	*acadio* (*asirio, babilonio, eblaíta*)
MERIDIONALES	*nabateo* árabe lenguas sudarábigas lenguas etiópicas (*etíope antiguo*, tigré, tigriña, amhárico, gurage, harari)	

Fig. 1.1. Clasificación de las lenguas semíticas (redonda: lenguas actuales; *cursiva: lenguas extinguidas*).

dad, es hablado residualmente en Siria, Turquía e Iraq. El semítico occidental meridional, originario de la península de Arabia, incluye el árabe, las lenguas sudarábigas y las lenguas semíticas de Etiopía. El árabe es la lengua afroasiática más extendida geográficamente (desde el Atlántico africano hasta el



Mapa 1.3. Las lenguas semíticas (redonda: lenguas actuales; *cursiva: lenguas extinguidas*). Del árabe, hoy extendido por todo el Próximo Oriente y el norte de África, se indica la región de origen.

Índico noroccidental y desde el Mediterráneo hasta el Sahel y el golfo Pérsico) y en número de hablantes (unos 210 millones como primera lengua y otros 250 millones como segunda lengua). Está documentado ya desde mediados del I milenio dC en inscripciones procedentes del sur de Siria (§ 236). Actualmente, los países de habla árabe se caracterizan por una fuerte situación de diglosia a la que merece la pena aludir porque sirve de ejemplo ilustrativo de situaciones lingüísticas que se dieron también en el antiguo Egipto, como tendremos ocasión de ver (§ 8*c*). La diglosia es ese fenómeno por el cual los hablantes utilizan una modalidad de la lengua en unos contextos y otra en otros (o lenguas distintas). En el culto y en contextos formales, los hablantes árabes de cualquier procedencia utilizan el árabe clásico, que no es su lengua materna y se transmite a través de la instrucción; es la lengua del *Corán*, erigida en lengua sagrada, culta y de tradición, y recibe el nombre de *al-fusha al-arabiya* (léase: *fus-ha*, con aspiración), «el árabe puro, clásico». En cambio, en la vida cotidiana utilizan distintos dialectos según las áreas o los países, más o menos divergentes entre sí y más o menos próximos a la lengua clásica. Así, por ejemplo, si un marroquí y un egipcio desean comunicarse, tienen muchas dificultades hablando cada uno su respectivo dialecto y tienen que recurrir, si los dos lo conocen, al árabe clásico. El término para «dialecto» es *dariya* en el Magreb y *ammiya* en Egipto y Oriente. Los dialectos son la verdadera lengua materna de los hablantes árabes y la única que conocen si no acceden a la instrucción. Entre estas dos modalidades de lengua existe una tercera, el llamado árabe estándar moderno, la lengua de los periódicos, la televisión y la vida pública, que tiene elementos tanto del árabe clásico como del dialectal. Volviendo a la clasificación de la fa-

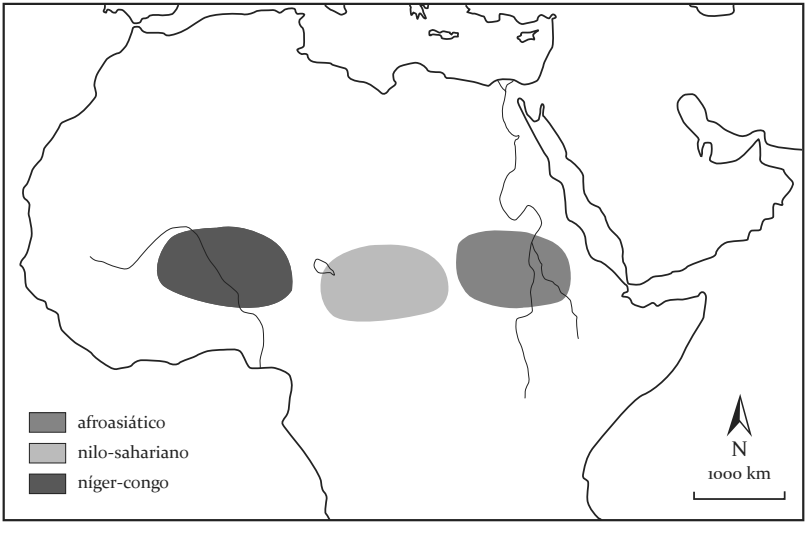
milia semítica, las otras lenguas semíticas occidentales meridionales son las sudarábigas antiguas (documentadas en el I milenio aC a través de inscripciones en alfabeto sudarábigo, como la del mítico reino de Saba; § 230) y modernas (yemenitas) y las lenguas semíticas de Etiopía. Estas últimas llegaron a África como consecuencia de sucesivas migraciones de poblaciones sudarábigas y se subdividen, a su vez, en etíope antiguo o clásico, que, documentado desde el siglo IV dC, ha sobrevivido como lengua litúrgica de la iglesia etíope, y los modernos tigré, tigriña, amhárico (la lengua oficial de Etiopía), gurage y harari. Las escrituras etíopes, tanto antiguas como modernas, derivan del alfabeto sudarábigo. En Etiopía conviven, pues, lenguas de la familia semítica y lenguas de la familia cushítica (punto *b*). A las lenguas semíticas occidentales meridionales pertenece también el actual maltés, la «extensión» mediterránea del tronco afroasiático. Las lenguas semíticas antiguas nos son conocidas gracias a diversos sistemas de escritura, desde el cuneiforme silábico (acadio) hasta el cuneiforme alfabético (ugarítico) y el alfabético de origen sinaítico (sudarábigo, fenicio, hebreo, árabe...). De los sistemas de escritura alfabéticos de las lenguas semíticas nos ocuparemos ampliamente en el capítulo 6 (§§ 215 ss.).

f) el *egipcio*, la única de las seis familias afroasiáticas que no se habla en la actualidad, si se exceptúa el uso litúrgico del copto, la última de sus fases evolutivas (§ 36). Es también la familia más homogénea, pues comprende una sola lengua, aunque diferenciada en distintos dialectos (§§ 8*b*, 36). De todas las lenguas del mundo, el egipcio es aquella de la que poseemos la documentación escrita más prolongada en el tiempo. Los primeros testimonios de escritura en el valle del Nilo

datan de c. 3300 aC (§§ 8, 11, 16, 177, 186, 193) y el copto se extinguió como lengua hablada en el siglo XVII dC, aunque, como hemos apuntado, se sigue utilizando aún hoy como lengua litúrgica (§§ 36, 88, 116). Se trata, pues, de cinco milenios ininterrumpidos de evolución lingüística documentada, lo cual hace del egipcio un objeto privilegiado de observación lingüística en general, más allá de su específico interés egiptológico. En este largo lapso de tiempo, la lengua egipcia se transformó profundamente y la documentación hace posible reconstruir con notable precisión los distintos estados o fases que atravesó en su evolución (§§ 11–37). Las escrituras empleadas para anotarla fueron cuatro: tres autóctonas y una basada en el alfabeto griego. De las autóctonas, las dos más antiguas son el jeroglífico y el hierático, documentados desde la aparición de la escritura hasta el final de la cultura pagana, en los siglos III–IV dC (§§ 39, 49, 56*f*, 86), y la tercera es el demótico, documentado desde el siglo VII aC hasta el V dC (§§ 39, 57–58). La cuarta es el alfabeto copto, documentado desde el cambio de era hasta el siglo XVII (como escritura productiva) y la actualidad (en los textos litúrgicos de la iglesia copta) (§§ 36, 39, 63, 240). Trataremos detalladamente de todas ellas en el capítulo 2.

§ **6.** La redefinición de la familia lingüística afroasiática ha comportado también el replanteamiento de su área de origen (*homeland*). De acuerdo con los antiguos postulados, las lenguas camito-semitas se habían formado en el Próximo Oriente asiático y desde allí se habían difundido por Egipto, primero, y por el resto de África, después. Actualmente los términos se han invertido, y la mayoría de los lingüistas coinciden en señalar como lugar de origen del afroasiático una región situada

entre el sureste del Sahara, el este del Sahel, el alto valle del Nilo y Etiopía. Se basan para ello en los datos aportados por la lexicología histórica, en la difusión actual de las lenguas afroasiáticas y en la ubicación de los dialectos omóticos, que, siendo los que presentan los rasgos más arcaizantes (§ 5*d*), se considera que fueron los primeros en desgajarse del tronco común. Criterios parecidos llevan a situar el lugar de origen del tronco lingüístico nilo-sahariano en el Sahel central y el del tronco níger-congo en el Sahel occidental, de manera que los tres principales troncos lingüísticos africanos parecen haberse formado en tres regiones adyacentes de la misma franja climático-geográfica (mapa 1.4). La lexicología histórica ha permitido establecer asimismo que el afroasiático común se remonta a unos 15.000 años, y que fue desde los 7000 años cuando empezó a producirse el proceso de diversificación, separación y difusión geográfica de sus familias. Las primeras en desgajarse



Mapa 1.4. Áreas de origen de los tres principales troncos lingüísticos africanos: afroasiático (al este), nilo-sahariano (en el centro) y níger-congo (al oeste).

habrían sido la omótica, la egipcia y la chádica, lo cual explicaría sus rasgos arcaizantes y sus singularidades.

§ 7. Al formar parte del mismo tronco lingüístico y derivar de un ancestro común, las lenguas afroasiáticas comparten una serie de rasgos lingüísticos generales que las caracterizan. Veamos cuáles son los más importantes.

Advertencia previa. Las escrituras egipcias autóctonas (§ 39*a*) no anotaban las vocales, de manera que las transliteraciones de las palabras y textos egipcios de época faraónica reproducen solo la estructura consonántica de los mismos. En el capítulo 4 de este libro se explican detalladamente el sistema fonológico del egipcio clásico y las normas de transliteración (§§ 117–130), pero en las páginas que siguen y, en general, en los capítulos 1–3 citamos numerosos ejemplos de palabras egipcias en transliteración para cuya adecuada lectura conviene tener presentes las normas básicas siguientes. La mayoría de los símbolos de transliteración coincide con nuestras letras alfabéticas y se lee como estas, con la puntualización de que *g* es siempre oclusiva (como en esp. ***g**ato*) y no fricativa (como en esp. ***g**ente*). Otros símbolos, en cambio, son letras con diacríticos que se leen, convencionalmente, como sigue: *ḥ* (igual que *h*, sin diacrítico) es una aspirada, que se lee como una aspiración (*h*) o, los hispanohablantes, en la práctica, como una ***j**ota*; *ḫ* y *ẖ* también son aspiradas: la primera equivale a la ***j**ota* española y la segunda es leída convencionalmente por los hispanohablantes también como una ***j**ota*; *š* se lee como *sh* en la palabra inglesa ***sh**e*; *ṯ* se lee como *ch* en la palabra española ***ch**acal*; y *ḏ* se lee como *J* en el nombre inglés ***J**ohn*, como *g* en la palabra italiana ***g**iorno* o como *dj* en la palabra catalana *a**dj**unt*. Los cinco símbolos *i*, *y*, *w*, *ꜥ* y *ꜣ* los leemos de manera convencional como

i, *i*, *u*, *a* y *a*, respectivamente, pero no corresponden, en realidad, a vocales, sino a semivocales (las primeras tres) o a consonantes laríngeas inexistentes en nuestras lenguas y para las que, por tanto, el alfabeto latino no tiene letra (las últimas dos, de ahí que se transliteren con símbolos distintos de letras alfabéticas; punto *c*). Cuando es necesario para la lectura de las palabras transliteradas, se intercala entre las consonantes una *e* de apoyo, que es un mero auxiliar de lectura totalmente convencional y ajeno a la vocalización original de las mismas. Ejemplos: *pn* (léase: *pen*), *snb* (léase: *seneb*), *grḥ* (léase: *guereh*), *ḫrd* (léase: *jered*), *ṯms* (léase: *chemes*), *sḏm* (léase: *sedjem*, con *dj* = cat. *a**dj**unt*), *snwt* (léase: *senut*), *hrw* (léase: *heru*), *niwty* (léase: *niuti*), *sʿnḫ* (léase: *sanj*), *ʿ3* (léase: *aa*), *ʿš3* (léase: *asha*), *fq3* (léase: *feka*), *m* (léase: *em*).

a) Desde el punto de vista del léxico, las lenguas afroasiáticas se caracterizan por la presencia de raíces formadas por dos o tres consonantes (bi- o triconsonánticas), que, vocalizadas de manera distinta o aumentadas con prefijos y sufijos constituidos también por consonantes, permiten formar amplias familias de palabras. Cada una de las consonantes que forman una raíz es un *radical*. El árabe es una de las lenguas en las que este procedimiento se observa de manera más ilustrativa. Así, la raíz triconsonántica D-R-S tiene el sentido genérico de «estudiar»; a partir de ella se forman palabras como ***d**ara**s**a*, «estudiar»; ***d**ira**s**a*, «estudio»; ***d**ar**s***, «lección», «clase», «curso»; ***d**a**rr**a**s***, «estudioso», «investigador»; *ma**d**ra**s**a*, «escuela»; *mu**d**ar**ris***, «maestro»; o *ta**d**ri**s***, «enseñanza». Esto mismo sucede en egipcio. A partir de la raíz triconsonántica ʿ-Ḥ-ʿ (léase: *a-h-a*), cuyo sentido genérico es «levantarse», «elevarse», «estar de pie», tenemos: *ʿḥʿ*, «levantarse», «elevarse», «estar de

pie» (infinitivo); *sʿḥʿ*, «levantar», «poner de pie» (infinitivo de verbo causativo: punto *b*); *ʿḥʿw*, «estaciones», «paradas» (de una procesión); *ʿḥʿ*, «montón», «pila», «elevación»; *ʿḥʿw*, «estela» (lit. «aquel que está erigido»; § 44); *ʿḥʿw*, «protector», «asistente» (lit. «aquel que está firme (cerca de alguien)»); *mʿḥʿt*, «capilla funeraria», «tumba» (lit. «lugar donde se halla una estela»). Téngase presente que las escrituras egipcias no anotaban las vocales (más arriba y punto *j*), de manera que las transliteraciones que preceden reproducen tan solo las estructuras consonánticas de las palabras (como sabemos, el sonido anotado por el símbolo ʿ no es una vocal, aunque convencionalmente la leamos como *a*); como en los ejemplos árabes, estas palabras se habrían diferenciado también por las vocales.

b) Siguiendo con el léxico, las distintas familias y lenguas afroasiáticas comparten, como es lógico, mucho vocabulario. El egipcio lo hace muy especialmente con el chádico, el líbico-beréber y el semítico, y en menor proporción con el cushítico (bedja). También son compartidos algunos significativos mecanismos de formación del léxico. Uno de ellos es el prefijo *s-* para formar verbos causativos (o sea, verbos que significan «hacer hacer» una cosa): egipcio: *ʿnḫ*, «vivir», y *sʿnḫ*, «hacer vivir»; beréber: *dudu*, «temblar», y *sdudu*, «hacer temblar»; bedja: *nefir*, «ser agradable», y *snafir*, «hacer agradable». Otro es el prefijo *n-* para formar verbos de significación intensiva, reflexiva o intransitiva con respecto a los verbos base: egipcio: *kȝ*, «pensar», y *nkȝ*, «ensimismarse», «meditar»; acadio *naprusu*, «separarse», «ser separado», a partir de la raíz *parasu(m)*, «separar»; hebreo: *qatol*, «matar», y *niqtol*, «matarse» (originariamente); saho: *kalab*, «desdoblar», y *nkalab*, «desdoblarse»; beréber: *erben*, «ensuciar», y *nerben*, «ensuciarse». Otro meca-

nismo es la reduplicación completa o parcial de la raíz de ciertos verbos para formar nuevos verbos con una significación intensiva con respecto al simple: egipcio: *ḥn*, «retroceder» y *ḥnḥn*, «impedir», «arrestar»; *ḥ3g*, «estar contento», y *ḥ3g3g*, «exultar»; bedja: *hirer*, «andar», y *hirerhirer*, «andar deprisa»: beréber: *gemi*, «buscar», y *gemigemi*, «investigar»; *kusem*, «estar salado», *kusemsem*, «ser salobre». La significación intensiva puede obtenerse también por reduplicación de un solo radical: egipcio: *snb*, «estar saludable», y *snbb*, «desear salud», «saludar»; saho: *barar*, «volar», y *barrar*, «revolotear»; beréber: *elmed*, «aprender», y *lammed*, «estudiar».

c) Desde el punto de vista fonológico, es definidora de las lenguas afroasiáticas la existencia de un sistema consonántico caracterizado por la presencia de fonemas articulados en la laringe (faríngeos y glotales: /ħ/, /h/, /ʕ/, /ʔ/; §§ 124*d*, 125*bcd*, tabla 4.1), inexistentes o muy raros en las lenguas de nuestro entorno (indoeuropeas) y, por tanto, de entrada, difíciles de reproducir para nosotros (los últimos dos corresponden a los sonidos que los egiptólogos transliteran con los símbolos ꜥ y *3*, que veíamos más arriba). Estos fonemas se suman a los de los demás puntos de articulación (labiales, dentales, palatales, velares y uvulares), todos ellos comunes en nuestras lenguas (§§ 121–126, tabla 4.1). Son estos fonemas laríngeos los que, por ejemplo, dan al árabe su sonido característico, marcadamente «fuerte» o «duro» (se les llama también fonemas enfáticos), y los que, a oídos de un occidental no iniciado, hacen que esta lengua resulte fácilmente reconocible pero, a la vez, «exótica» y difícil de imitar.

d) Siguiendo con la fonología, también es propio de las lenguas afroasiáticas un sistema vocálico limitado originaria-

mente a tres vocales: *a*, *i* y *u*, diferenciadas en largas y breves (seis fonemas en total). Así es, por ejemplo, en árabe clásico, y así fue en egipcio en la primera fase de su historia evolutiva (§ 127, tabla 4.2).

e) Desde el punto de vista de la tipología lingüística, las lenguas afroasiáticas son preferentemente lenguas *flexivas*. Las palabras de las lenguas flexivas se caracterizan por la tendencia a acumular distintas nociones gramaticales en un único morfema (es decir, en un segmento de palabra con significación gramatical, como por ejemplo una terminación), de manera que no es posible aislarlas. Así, por ejemplo, en la palabra latina *lupos*, la terminación *-os* expresa, a la vez, las categorías de caso (acusativo), género (masculino) y número (plural); y en la palabra española *comí*, la terminación *-í* expresa las categorías de modo (indicativo), voz (activa), aspecto (perfectivo), tiempo (pasado), persona (primera) y número (singular). Para comprender bien qué significa el carácter flexivo de una lengua conviene recordar que las lenguas flexivas se oponen a las lenguas *aglutinantes* y a las lenguas *aislantes*. En las primeras, las palabras son polimórficas, o sea, resultan del añadido de sucesivos morfemas, uno por noción gramatical, de manera que la secuencia resultante es susceptible de ser segmentada. El caso más clásico es el turco; en la palabra turca *ülkelerine*, por ejemplo, *ülke-* es el lexema «país», al que se añaden los morfemas *-ler-* (plural), *-i-* (posesivo plural) y *-ne* (preposición de dirección): «a sus países (de ellos)». Las lenguas aislantes, en cambio, tienden a expresar cada noción gramatical a través de una palabra distinta. El caso más conocido es el chino. En la expresión china *cong wo-men ge-zi de jia*, que significa «desde nuestras (propias) casas» (lit. «desde la casa de cada uno de noso-

tros»), cada palabra o segmento de palabra corresponde a un lexema o morfema aislado: *cong* = preposición de procedencia, *wo* = pronombre de primera persona + *men* = morfema de plural, *ge* = morfema distributivo («cada») + *zi* = morfema demostrativo («propio»), *de* = morfema posesivo, *jia* = lexema «casa». El egipcio, en su calidad de lengua afroasiática, es, pues, una lengua flexiva. Así, por ejemplo, en una palabra como *snwt*, «hermanas», la terminación *-wt* expresa, a la vez, las categorías de género (femenino) y número (plural) (§ 22*a*).

f) En el ámbito de la morfología nominal, es característica de las lenguas afroasiáticas la presencia de la terminación *-t* (vocalizada mayoritariamente *-at*) de femenino. Así, en egipcio, la palabra *snt* significa «hermana» y se opone a *sn*, con terminación ø, que significa «hermano» (§§ 12, 22*a*).

g) Siguiendo en el ámbito de la morfología nominal, también es característica del afroasiático la presencia de la terminación adjetival *-i* para construir, a partir de sustantivos, adjetivos que expresan relación, sobre todo con lugares. Son los llamados adjetivos *nisbes* (o *nisbas* o *nisbados*; § 22*a*), a partir de la expresión árabe *ismu al-nisba*, «nombres de relación», empleada por los gramáticos árabes para designarlos. Así, por ejemplo, en árabe, a partir del sustantivo *balad*, «pueblo», «país», se forma el adjetivo *nisbe baladi*, «(que es) del pueblo», «de campo», «local», «paisano», «que tiene relación con el pueblo» o «con el país»; y a partir del topónimo *Iraq* se forma el gentilicio *iraqi*, «iraquí», «que tiene relación con Iraq» o «que es de Iraq». En egipcio sucedía exactamente lo mismo, y a partir de *niwt*, «ciudad», se forma el adjetivo *nisbe niwty*, «(que es) de la ciudad», «que tiene relación con la ciudad», «ciudadano», «habitante de la ciudad». Es interesante hacer aquí un breve

excursus para señalar que el español comparte con las lenguas afroasiáticas este morfema adjetival, no, obviamente, porque nuestra lengua tenga una relación genética con ese tronco lingüístico, sino por préstamo del árabe (o, más correctamente, por sustrato mozárabe; § 89). En situaciones de contacto prolongado entre lenguas tipológica y genéticamente muy diferentes, es fácil que se den préstamos en el ámbito del léxico (así sucedió entre el árabe, el mozárabe y el castellano), pero es muy difícil que se den préstamos en el ámbito de la morfosintaxis. El préstamo del *nisbe* árabe al castellano es una excepción que confirma la regla, y en la actualidad el morfema *-í* sigue siendo lingüísticamente productivo en español. Así, decimos *iraquí*, *ceutí*, *alfonsí*, etc., para referirnos a personas o cosas que tienen relación con Iraq, Ceuta, Alfonso (el Sabio), etc. (Distinto es el caso de términos como *jabalí* o *baladí*, antiguos *nisbes* árabes formados sobre los sustantivos *djebel*, «montaña», y *balad*, «campo», pero que en nuestra lengua entran ya como sustantivos o adjetivos independientes.) De este modo —curiosidades de la historia de la cultura—, el español comparte con el antiguo egipcio un peculiar y productivo rasgo gramatical: cuando un egipcio decía *niwty* estaba haciendo exactamente la misma construcción que cuando un español dice *ceutí*. El español es la única lengua europea que presenta esta característica, por razones históricas obvias. La terminación adjetival *-í* del catalán (*mallorquí*, *tortosí*, etc.) deriva de la terminación latina *-inus*, *-ina*, *-inum*, como muestran las formas femeninas (*mallorquina*, *tortosina*) y no tiene relación con el *nisbe* árabe.

h) Otro rasgo de la morfología nominal compartido por diversas familias afroasiáticas son algunos paradigmas de pro-

nombres personales, como el sufijo-posesivo o el independiente-sujeto (§ 22*b*). Así, para decir «mi casa», «tu casa» («tu» masculino), «nuestra casa», el egipcio dice *pr=i*, *pr=k*, *pr=n* (el signo = une el sufijo al sustantivo); el acadio, *bit-i*, *bit-ka*, *bit-ni*; el árabe clásico, *bait-i*, *baitu-ka*, *baitu-na*; el árabe hablado egipcio, *beit-i*, *beit-ak*, *beit-na*; el hebreo, *bet-i*, *bet-ka*, *bet-nu*; y el beréber, *taddart-i(nu)*, *taddart-(nn)k*, *taddart-(n)ngh* (con *n* o *nn* como marca de genitivo). Y para decir «yo» y «tú» («tú» masculino), el egipcio dice *ink* (copto ⲁⲛⲟⲕ, léase: *anok*) y *ntk* (copto ⲛⲧⲟⲕ, léase: *ᵉntok*); el acadio, *anaku* y *atta*; el ugarítico, *ank* y *at*; el árabe clásico, *ana* y *anta*; el árabe hablado egipcio, *ana* y *enta*; el hebreo, *anoki* o *ani* y *atta*; el tuareg, *nak* y *kay*; y el beréber septentrional, *nkk* y *kyyi*. El pronombre sufijo, además de la función de posesivo, puede desempeñar la de término de preposición. Así, para decir «conmigo», «contigo» («tú» masculino) y «con nosotros», el egipcio dice *ḥnᶜ=i*, *ḥnᶜ=k*, *ḥnᶜ=n* (por convención y para mayor claridad, los sufijos se leen separados del término al que se sufijan: *ḥnᶜ=k* se lee *henaek*, y no *henak*); el acadio, *itti-ya*, *itti-ka*, *itti-ni*; el árabe clásico, *maa-i*, *maa-ka*, *maa-na*; el árabe hablado egipcio, *maa-i*, *maa-k*, *maa-na*; el hebreo, *'ot-i*, *'ot-ka*, *'ot-nu* (léase: *ot-i*, etc.); y el beréber, *akid-i*, *akid-k*, *akid-ngh*.

i) En el ámbito de la flexión verbal, el afroasiático se caracteriza por la presencia de una oposición entre una conjugación de acción (dinámica) y una conjugación de estado (cualitativa). Esta oposición se da de manera parecida en español (y en las demás lenguas romances hispánicas, pero no en las restantes lenguas indoeuropeas), en este caso por evolución propia y no por préstamo (punto *g*): «la puerta *es* cerrada» o «se cierra» (acción pasiva o media) se opone a «la puerta *está* cerrada» (es-

tado). La conjugación de estado sirve para expresar el estado resultante o el efecto de una acción ya terminada: «la puerta está cerrada» significa que la puerta se halla en ese estado como resultado del cumplimiento de la acción de «cerrar». La conjugación de estado corresponde a la forma de estado o perfecto antiguo en egipcio (§ 22*e*), al estativo en acadio y al cualitativo en beréber.

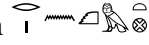
j) Finalmente, por lo que se refiere a los sistemas de escritura de las lenguas afroasiáticas antiguas —cuando los hay—, la mayoría de ellos, tanto si son en parte ideográficos y en parte fonéticos (egipcio, acadio) como si son alfabéticos (fenicio, sudarábigo, hebreo, arameo, líbico, árabe...: §§ 230–236), se caracterizan por anotar solo las consonantes (o, en algún caso, las consonantes y las vocales largas) y omitir las vocales (o las vocales breves). Esto es debido al peso del consonantismo en la estructura y la formación del léxico de estas lenguas, como veíamos en el primer punto de este mismo parágrafo y como tendremos ocasión de volver a tratar (§§ 100, 127). Así, dos transliteraciones como *sn* y *snt* («hermano» y «hermana»; punto *f*) dan cuenta de la estructura consonántica de las palabras en cuestión, que es lo realmente anotado por las escrituras egipcias. Como queda dicho, nosotros leemos convencionalmente estas transliteraciones *sen* y *senet*, incorporando —con el único fin de poder leer las secuencias consonánticas— esa *e* de apoyo. Pero se trata de un expediente de la egiptología moderna y la vocalización real de las palabras en egipcio hablado fue otra, que en muchos casos hoy podemos reconstruir gracias a los estudios fonológicos (§ 120): en este caso, */san/ y */sá:nat/ (el asterisco indica reconstrucción, las barras, transcripción fonológica y los dos puntos, que la vocal que precede es larga: § 117).

1.2. Historia de la lengua egipcia

1.2.1. La lengua egipcia en el tiempo, en el espacio y en el uso

§ **8.** Como hemos visto (§ 5*f*), la lengua egipcia antigua está documentada desde los últimos siglos del IV milenio aC, en que datan los testimonios más tempranos de escritura en el valle del Nilo (§§ 5*f*, 11*a*, 16, 177, 186, 193), hasta el siglo XVII, en que el copto, la última de sus fases evolutivas, se extinguió como lengua hablada (§§ 5*f*, 11*b*, 36, 88). Se trata de cinco milenios de historia lingüística, sin contar, por supuesto, los estadios previos a la fijación de la lengua por escrito. Una historia lingüística documentada por un espacio de tiempo tan amplio y por unos testimonios escritos tan ricos y diversos, en términos relativos, como los que poseemos significa necesariamente profundos cambios en el tiempo y diferencias por razón de espacio y de uso social (o función del texto). Se distinguen, en efecto, tres tipos de variaciones lingüísticas:

a) *diacrónicas*, o sea, variaciones en el tiempo, de las que nos ocuparemos ampliamente en los parágrafos que siguen (§§ 9 ss.);

b) *diatópicas*, o sea, variaciones en el espacio. Los egipcios sintieron siempre la unidad esencial de la lengua que hablaban como colectividad étnica y cultural, a la que llamaron  *r3 n Kmt* (en transcripción: *ra en Kemet*; § 131), «la lengua de Egipto». En la célebre *Historia de Sinuhé* (§ 20*c*), por ejemplo, cuando el jefe cananeo invita a Sinuhé a quedarse con él en el país de Retjenu Superior, en el Alto Líbano, le dice: «Te encontrarás a gusto conmigo porque podrás escuchar la lengua de

Egipto» (B 31–32). Pero la unidad de la lengua no está reñida con su diversidad en el espacio. Sabemos, en efecto, que desde el primer momento hubo en el territorio egipcio variantes lingüísticas regionales, es decir, distintas hablas o dialectos. Las diferencias dialectales egipcias se concretan sobre todo en el vocalismo. Puesto que las escrituras egipcias autóctonas (jeroglífico, hierático y demótico) no anotaron las vocales (§§ *7j*, *39c*, 100, 127), resulta imposible estudiar la diversidad diatópica de la lengua egipcia a lo largo de toda la historia faraónica. Por otra parte, el peso de la centralización política y de la cultura oficial (en la que la escritura se integraba), con la consiguiente tendencia a la norma y a la uniformización de la lengua escrita, suponía un freno sociocultural a la manifestación de las variantes lingüísticas regionales. En cambio, cuando el egipcio pasó a escribirse con el alfabeto copto (que, derivado del griego, sí permitía anotar las vocales: §§ *39c*, 64, 239–240) y en un momento en que la centralización política representada por el poder faraónico había desaparecido, los dialectos se hicieron manifiestos en los textos de las diferentes regiones de Egipto. De este modo, para la lengua copta (o sea, para la última etapa de la evolución del egipcio) conocemos bien la división dialectal (§ 36) y han podido hacerse buenos estudios al respecto. Pero la diferenciación dialectal del copto no fue, sin duda, un fenómeno nuevo, sino que se trató de una situación heredada de tiempos anteriores. Y efectivamente diversos testimonios indirectos, unos de orden lingüístico y otros de orden literario y cultural, nos hablan de diferencias entre hablas regionales en época faraónica. El análisis lingüístico sugiere, por ejemplo, que la lengua fijada por escrito en los primeros tiempos de la historia de Egipto (desde el III milenio aC hasta mediados del

II), cuando la capital y la residencia real se hallaban en Menfis o en sus alrededores, fue justamente la variante de esta región, mientras que la lengua que empieza a aparecer en la documentación escrita a partir del Reino Nuevo (desde mediados del II milenio aC), cuando el centro del Estado se traslada a Tebas (actual Luxor), responde a una variante meridional del egipcio. En cuanto a los testimonios literarios, algunos son bien elocuentes. Así, en una carta recogida en el papiro Anastasi I (28, 5–6), en la que un escriba polemiza con un colega, se burla de su estilo y le da lecciones de claridad literaria, se dice: «Tus discursos están reunidos en mi lengua, fijados en mi labio. Son confusos de oír: no hay intérprete que pueda explicarlos. Son como la conversación de un hombre del Delta con un hombre de Elefantina». Y en la *Historia de Sinuhé* (B 224–226; § 20*c*), cuando el protagonista confiesa que no sabe qué le ha llevado a huir de Egipto, se expresa en términos parecidos: «Fue como un sueño, como cuando un hombre del Delta se ve en Elefantina y un hombre de las marismas, en Nubia»; para el auditorio del cuento, en ese «desconcierto» provocado por el desarraigo las diferencias dialectales desempeñaban un importante papel. La oposición 'Delta-Elefantina' constituye, pues, un motivo literario para expresar la diferencia, los «mundos aparte» y la dificultad de comunicación, sin duda fundamentado en una realidad lingüística: la de una diferencia más o menos acusada entre el habla de esas dos regiones extremas del país.

c) *diastráticas* y *diafásicas*, o sea, variaciones lingüísticas por estratos sociales o contextos de uso. En efecto, una lengua hablada en un mismo momento y en un mismo lugar no es nunca homogénea, sino que presenta numerosos «estratos», registros o modalidades en función de quien la usa (el rey, el es-

criba, el campesino...), en qué contextos sociales o culturales (en la corte, en el templo, en la calle...) y a través de qué canal (lengua oral o lengua escrita). Las diferencias afectan todos los ámbitos de la lengua, desde el léxico hasta la fonética (en el caso de la lengua hablada), desde las estructuras morfosintácticas hasta la semántica. Todos somos conscientes, sin ir más lejos, de que no escribimos como hablamos y de que no hablamos igual si conversamos distendidamente con nuestros amigos o nos dirigimos a un auditorio. Estas diferencias pueden ser más o menos acusadas según las culturas, los contextos o los momentos históricos. El fenómeno de las diferencias diastráticas y diafásicas es conocido de manera general con el nombre de *diglosia*. Un ejemplo muy conocido de diglosia es el que se daba en la antigua Roma entre el latín clásico (la lengua de Cicerón en el senado o de Virgilio en sus poemas) y el latín vulgar (la lengua hablada, que los mismos Cicerón y Virgilio utilizaban en su vida cotidiana), con sus profundas diferencias fonéticas y morfosintácticas (§§ 11–13). La diglosia se manifiesta también en el interior del ámbito de la lengua escrita, comoquiera que no es lo mismo un texto áulico o religioso, un texto literario, un texto de «magia popular» o un texto administrativo, ni tampoco es lo mismo un texto producido por el círculo de los escribas de la «alta cultura» o uno producido por escribas menos formados, como se observa claramente, por ejemplo, en el Egipto de la Época Ramésida. En el caso de las lenguas muertas, como la egipcia, la única diglosia que podemos analizar de manera directa es, justamente, la de la lengua escrita, y solo podemos inferir aspectos de la diglosia general de manera indirecta a través de los textos. Los fenómenos de diglosia son de gran importancia para una comprensión en profundidad de las realidades lin-

güísticas manifestadas en los textos egipcios. De ahí que, en los últimos años, la egiptología haya dedicado una especial atención al estudio de estos fenómenos de carácter sociolingüístico. Entre las causas que provocan situaciones de diglosia, hay tres que son particularmente importantes en la historia de la lengua egipcia: la *escuela*, es decir, la existencia de una «academia» de escribas que fija las normas y convenciones que han de regir la lengua escrita (§§ 19, 48, 56*c*, 69, 158–159); el *desfase cronológico*, motivado por el conservadurismo inherente a las escuelas de escribas (como a todas las «academias» en general), que hace que se tienda a mantener formas de la lengua escrita en momentos en que la lengua hablada ha evolucionado hacia nuevos estados (§ 19); y la *liturgia* o la *tradición*, que implica el mantenimiento de un estado de lengua del pasado para usos litúrgicos, teológicos o áulicos, como el latín en la Europa medieval y moderna o el copto en la actualidad (§§ 22, 36).

§ **9.** Cuando se aborda el estudio de la historia de la lengua egipcia, es muy importante tener bien presente dos factores:

a) El objeto de estudio no es tanto la lengua egipcia propiamente dicha como la lengua egipcia que nos presentan los textos que hemos conservado. Tenemos, pues, en primer lugar, una variable estadística que debemos considerar: los textos conservados son solo una mínima parte de los producidos, y es sobre esta mínima parte que construimos esta historia. En segundo lugar, los textos conservados son mayormente, por definición, textos áulicos o religiosos (esculpidos en piedra), mientras que los perdidos son mayormente de otros ámbitos de la vida social y cultural. Además, la lengua de los textos, como

queda dicho, supone siempre un grado de reelaboración con respecto a la lengua hablada. Cuando la cultura escrita es un modo de expresión de las elites y está reglamentada por un estamento de escribas, es decir, por una «academia», como sucede en la mayoría de las civilizaciones de la Antigüedad (aunque con excepciones: § 224), la distancia entre la lengua escrita y la hablada tiende a agudizarse. Esto no quiere decir, de todos modos, que en los textos más alejados de la cultura oficial, como los administrativos y los cotidianos (listas, cartas, apuntes, textos de magia popular...) o en las composiciones literarias, cuando, por ejemplo, se quiere reproducir el habla de determinados personajes, no aflore aquí y allá la realidad de la lengua hablada, aunque siempre mediatizada por el hecho escriturario. Tendremos, pues, importantes diferencias diastráticas entre los textos producidos para usos celebrativos, teológicos y cultuales, los producidos con finalidades literarias (menos trascendentes y pautados que los anteriores: § 20*c*) y los producidos en contextos ajenos a la cultura oficial y que reflejan realidades cotidianas o necesidades de personas iletradas que recurren al servicio de los escribas (cartas a los muertos, textos mágicos populares; § 20*d*). En este último sentido, cabe recordar que la gran mayoría de la población egipcia fue siempre iletrada y que, incluso entre las personas letradas, las hubo más o menos instruidas (§ 79).

b) Las sucesivas fases que reconocemos en la evolución de la lengua egipcia son, pues, las fases que se evidencian a partir de los textos. Aclarado esto, sin embargo, puesto que la lengua escrita responde siempre en última instancia, de un modo u otro, a la lengua hablada (o a una lengua que se habló, en el caso de textos en lenguas de prestigio que se conservan para

usos litúrgicos o «de tradición», como el latín de la iglesia medieval y moderna; §§ 8*c*, 23), a partir del análisis lingüístico de los textos egipcios podemos reconstruir con notable fiabilidad la historia general de la lengua como tal.

§ **10.** Antes de pasar a describir las fases evolutivas del egipcio, conviene hacer otra importante advertencia. Es esencial distinguir claramente entre *lengua* y *escritura*. Una cosa es la lengua y sus distintas fases evolutivas y otra cosa es el o los sistemas de escritura con que aquella o aquellas se anotan. En nuestro caso, por ejemplo, *egipcio antiguo*, *egipcio clásico* o *neoegipcio* son estados de lengua, etapas en la evolución de la lengua (§§ 11, 15 ss.), mientras que *jeroglífico* o *hierático* son sistemas de escritura, con los que esos estados de lengua se anotan (§§ 39 ss.). Es impropio, pues, hablar de «lengua jeroglífica» o de «gramática jeroglífica», como se hace a veces: un sistema de escritura (como el jeroglífico) no tiene gramática ni es una lengua. Las denominaciones pertinentes son *lengua egipcia* (o, más específicamente, *lengua egipcia antigua*, *lengua egipcia clásica o medioegipcia*, *lengua neoegipcia*...) y *escritura jeroglífica*, *escritura hierática*... Por lo que se refiere a «demótico» y «copto», estos términos designan a la vez un estado de lengua (*lengua demótica*, *lengua copta*) y el sistema de escritura que lo anota (*escritura demótica*, *escritura copta*), porque esos estados de lengua se anotan única y exclusivamente cada uno con su sistema de escritura correspondiente (tabla 1.1). Es decir, en este caso hay una relación estrecha entre un estado de lengua y un sistema de escritura concreto, y de ahí que se utilice el mismo término, pero no deja de tratarse de realidades distintas.

1.2.2. De lengua sintética a lengua analítica

§ **11.** En la evolución de la lengua egipcia, los egiptólogos distinguen dos grandes etapas (tabla 1.1, columna 3):

a) El *egipcio de la primera fase*, que se documenta, como lengua productiva, desde los orígenes y los primeros testimonios escritos (c. 3300 aC; §§ 5*f*, 8, 16, 177, 186, 193) hasta fines de la XVIII dinastía (c. 1350 aC), y, como lengua religiosa y áulica de tradición, hasta el final de la civilización faraónica (Época Romana, siglos IV-V dC). Esta fase comporta tres estados de lengua sucesivos: el *egipcio antiguo* (§§ 16–18), el *egipcio medio* o *clásico* (§§ 19–21) y el *egipcio «de tradición»* (§ 23). Los dos primeros corresponden a lengua hablada y escrita; el tercero, a la prolongación del uso del egipcio medio como lengua escrita culta y no hablada.

b) El *egipcio de la segunda fase*, que se documenta, como lengua productiva, desde fines de la XVIII dinastía hasta la extinción del copto como lengua hablada (s. XVII dC), y, como lengua litúrgica de la iglesia copta, hasta la actualidad (§§ 5*f*, 8, 36). Esta fase comporta tres estados de lengua sucesivos: el *neoegipcio* (§§ 24–28), el *demótico* (§§ 30–33) y el *copto* (§§ 34–37).

Pero, ¿en qué consiste en términos lingüísticos generales esta evolución? ¿Qué clase de transformación tiene lugar entre el egipcio de la primera fase y el egipcio de la segunda fase? Esencialmente lo que sucede es que se pasa de una *lengua sintética* a una *lengua analítica*, es decir, de una lengua capaz de expresar diversas nociones gramaticales por palabra, por ejemplo, en una misma terminación, y que, por tanto, utiliza menos palabras, a una lengua que expresa menos nociones gramaticales

por palabra y que, por tanto, utiliza más palabras. Por nociones gramaticales entendemos el caso, el género, el número, la deixis, el tiempo, el aspecto, el modo, la voz, la persona. Un caso muy cercano de este tipo de transformación lo tenemos en el paso del latín a las lenguas romances, de manera que podemos establecer ejemplos paralelos próximos muy ilustrativos. También el latín clásico fue una lengua sintética, mientras que el latín vulgar y las lenguas romances, derivadas de aquel, son analíticas. Veamos, pues, qué significa el cambio de lo sintético a lo analítico con ejemplos comparados del egipcio y del latín procedentes de la morfología nominal y de la morfología verbal.

§ **12.** El egipcio de la primera fase carecía de artículo (§§ 19, 22*a*). El género y el número del sustantivo, así como la deixis (determinación/indeterminación del mismo), eran expresados por la propia terminación de la palabra y por el contexto. Así *bꜣkt*, con *-t* final, marca de femenino, podía significar «servidora», «la servidora» o «una servidora»; *bꜣkwt*, con *-wt* final, marcas de plural y de femenino, podía significar «servidoras», «las servidoras», «unas servidoras»; *bꜣkw*, con *-w* final, marca de plural, podía significar «servidores», «los servidores» o «unos servidores»; y *bꜣk*, sin ninguna marca específica (terminación ø), lo cual era propio del masculino singular, significaba «servidor», «el servidor» o «un servidor» (§§ 7*f*, 22*a*). En latín clásico, lengua que tampoco tenía artículo, sucedía lo mismo: *lupa* significaba «loba», «la loba» o «una loba»; *lupae* significaba «lobas», «las lobas» o «unas lobas»; *lupi* significaba «lobos», «los lobos» o «unos lobos»; y *lupus* significaba «lobo», «el lobo» o «un lobo». En su evolución, sin embargo, las dos lenguas optaron por desglosar en dos palabras lo que en un principio

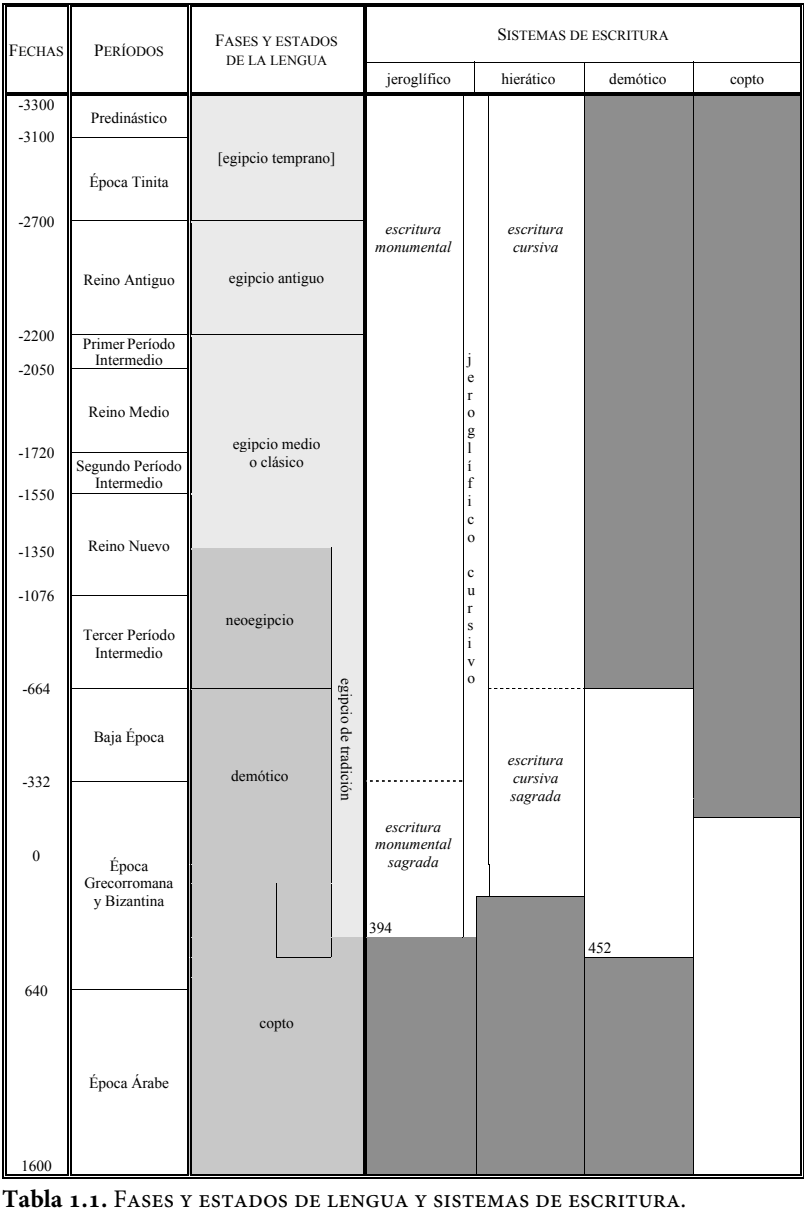


Tabla 1.1. FASES Y ESTADOS DE LENGUA Y SISTEMAS DE ESCRITURA.
En la columna 3 de la tabla, el gris claro corresponde al egipcio de la primera fase y el gris oscuro, al egipcio de la segunda fase (§ 11). En las columnas 4–7, el color blanco indica el tiempo en que cada sistema de escritura estuvo en uso. Adaptación de: GRANDET-MATHIEU 2003: 9.

se había expresado con una sola, y generaron así el artículo, tanto determinado como indeterminado (aquí nos referiremos solo al primero). En ambas, en efecto, el artículo pasó a indicar el género y el número del sustantivo, así como la deixis. En el caso del egipcio, además, el artículo acabó por convertirse en la única marca morfológica visible del género y el número del sustantivo a nivel escrito. En efecto, paralelamente a la tendencia analítica de la lengua, la flexión nominal experimentó una importante transformación debido a la pérdida, por razones fonéticas, de las terminaciones de femenino (*-t*) y de plural (*-w* y *-wt*) (§§ 27, 128). Ello comportó que en los textos los grafemas correspondientes a esos sonidos dejaran de escribirse a menudo, aun a pesar del carácter conservacionista de las grafías (§ 28), o incluso que se escribieran de forma aleatoria, lo que dejó al sustantivo desprovisto de marcas propias o inequívocas de género y número.

Egipcio y latín coincidieron también en la palabra escogida como artículo. Puesto que las palabras que expresan deixis en las lenguas son, por excelencia, los demostrativos (español: «este», «ese», «aquel»), la palabra escogida fue un demostrativo, cuya intensidad de significación se relajó. Así, el egipcio de la segunda fase, a partir del antiguo demostrativo *p3*, *t3*, *n3*, «este», «esta», «estos/estas», dice: *p3 b3k*, «el servidor»; *t3 b3k*(*t*), «la servidora», y *n3 b3k*(*w*)/*n3 b3k*(*wt*), «los servidores / las servidoras»; mientras que el latín vulgar, a partir del antiguo demostrativo *ille, illa, illud* («aquel», «aquella», «aquello»), dice: *illum lupum*, de donde deriva el español «el lobo», *illam lupam*, de donde deriva el español «la loba», *illos lupos*, de donde deriva el español «los lobos», e *illas lupas*, de donde deriva el español «las lobas» (las formas españolas derivan del antiguo acusativo latino).

§ **13.** Pasemos al ejemplo de morfología verbal. Como lengua sintética, el egipcio de la primera fase construía las formas verbales personales yuxtaponiendo al tema verbal el sujeto nominal o pronominal. Cuando el sujeto era pronominal, el tipo de pronombre utilizado era el sufijo (§§ 7*h*, 22*b*), y de ahí que este tipo de flexión verbal reciba el nombre de *conjugación sufijal* (§ 22*c*). En la transliteración, el sufijo se une al verbo a través del signo de igual (=). De una misma raíz verbal, como S-ḏ-M (léase: *s-dj-m*, con *dj* = cat. *a**dj**unt*, ingl. ***J**ohn*; § 124*c*), «escuchar», que los egiptólogos toman como verbo modelo, se obtenían distintos temas que permitían expresar las diferentes categorías verbales de aspecto-tiempo (§ 14), modo (indicativo, subjuntivo, imperativo) y voz (activa, pasiva). (Otro modo de expresarlas era mediante afijos verbales: § 22*c*.) El tema básico coincidía gráficamente con la raíz, de manera que la forma fundamental del verbo egipcio era la forma *sḏm=f*, genéricamente «él escucha». Otro tema se obtenía, por ejemplo, mediante el añadido del sufijo semivocálico *-w*, que permitía expresar acciones futuras (§§ 7*a*, 22*c*): *sḏmw=f*, «él escuchará», «que él escuche». (Por convención y para mayor claridad, los sufijos se leen separados del término al que se sufijan: *sḏmw=f* se lee *sedjemu-ef*, y no *sedjemuf*.)

Detengámonos en esta última forma. Sirve para indicar una acción que aún no ha tenido lugar, o sea, futura, tanto si es objetiva («él escuchará») como si tiene valor modal («que él escuche»). Esta forma fue productiva solo durante la primera de las tres etapas por las que atraviesa el egipcio de la primera fase (egipcio antiguo). Ya en la segunda de estas etapas (egipcio medio o clásico), se convirtió en una forma residual y en su lugar pasaron a emplearse otras dos construcciones. Una es una for-

ma *sḏm=f* de subjuntivo, para los usos de futuro modal: «que él escuche» (§ 22*c*). Se trata de una forma sintética que ya existía y con la que la antigua forma *sḏmw=f* se había repartido las distintas significaciones modales (deseo, exhortación, orden, etc.). La segunda, en cambio, no es una forma verbal sintética, sino una construcción analítica de tipo preposicional, de nueva aparición (§ 18). Frente a la palabra única de la forma anterior, esta construcción se compone de tres palabras que forman, de hecho, una oración (§ 22*m*). Se trata de una partícula enunciativa inicial a la que se sufija el pronombre sujeto, una preposición de dirección y el verbo en infinitivo (§ 22*f*): *iw=f r sḏm* (léase: *iu-ef er sedjem*). El sentido literal es «él (está) hacia el escuchar» (en egipcio no existe el verbo copulativo o estativo: § 22*i*), «él (está) en dirección a escuchar», «él va a escuchar», o sea, «él escuchará» y se utiliza para el futuro objetivo, es decir, que describe acciones sin matices de deseo, exhortación u orden. En egipcio de la segunda fase, las formas verbales sintéticas se perdieron en gran medida (§ 27). La mayoría de las nuevas formas verbales o bien fueron creadas ya como formas analíticas o bien procedieron de construcciones analíticas anteriores, como la que nos ocupa. Así, en las primeras dos etapas del egipcio de la segunda fase (neoegipcio y demótico), el futuro objetivo siguió siendo *iw=f r sḏm*, ahora gramaticalizado, es decir, sentido como una forma verbal concentrada y no ya como una oración con distintos elementos (§§ 27, 33). En copto, última etapa evolutiva del egipcio de la segunda fase (y del egipcio en general), la forma principal de futuro es ⲉϥⲉⲥⲱⲧⲙ (léase: *efesoot^{e}m*; § 37), que deriva directamente de *iw=f r sḏm* y que ahora recupera los usos modales de la forma más antigua (*sḏmw=f*). Como se ve por este ejemplo, pues, la tendencia de

la lengua fue la de ir sustituyendo poco a poco (en unos casos, como en este, desde muy pronto, y en otros más tardíamente) las formas verbales sintéticas por construcciones o formas analíticas.

En latín sucedió algo parecido. En latín clásico, las formas verbales personales se construían añadiendo a los distintos temas de la raíz verbal afijos que expresaban las categorías verbales de modo, aspecto y tiempo y terminaciones que expresaban las categorías de voz, persona y número: *am**at*** (am-a-t), «él ama»; *am**et*** (am-e-t), «que él ame»; *am**abit*** (am-a-b-i-t), «él amará»; *am**atur*** (am-a-tur), «él es amado»; *amau**it*** (amau-it), «él ha amado». Centrémonos de nuevo en las formas de futuro, en relación con las cuales el latín se comportó de un modo muy similar al egipcio. En latín vulgar, por razones de evolución fonética, el futuro (*amabit*) y el perfecto (*amauit*) acabaron por confundirse. Para diferenciarlos, los hablantes sustituyeron el antiguo futuro sintético por un futuro analítico de nueva creación: *amare habet*, que literalmente significa: «él tiene que amar (aún)», «él va a amar», o sea: «él amará». Como se ve, este nuevo futuro está formado por el infinitivo del verbo (*amare*), seguido del presente de indicativo del verbo *habeo*, «haber»: *habeo*, *habes*, *habet*..., que ha dado en español *he*, *has*, *ha*... El futuro simple español deriva precisamente de ahí, como quiera que ha sintetizado en una sola las dos palabras del latín vulgar: *amare habeo* > *amar he* > *amaré*; *amare habes* > *amar has* > *amarás*; *amare habet* > *amar ha* > *amará*... Lo mismo había hecho el egipcio de la segunda fase al gramaticalizar o convertir en una forma concentrada de la conjugación verbal la construcción analítica medioegipcia *iw=f r sḏm*. Es importante dejar bien claro que las comparaciones que acabamos de

exponer no significan que haya ningún tipo de parentesco entre el latín y el egipcio. Estas lenguas, pertenecientes a troncos lingüísticos completamente distintos (indoeuropeo y afroasiático, respectivamente: § 2), compartían rasgos estructurales similares y evolucionaron en un sentido parecido, pero es una cuestión de afinidad tipológica, no de parentesco.

§ **14.** Decíamos más arriba (§ 11) que la diferencia esencial entre el egipcio de la primera fase y el egipcio de la segunda fase es que el primero es una lengua sintética mientras que el segundo es una lengua analítica. Una segunda diferencia fundamental entre las dos fases radica en la estructura de la oración de predicado verbal. En egipcio de la primera fase, el orden de los elementos sintácticos principales de este tipo de oración es verbo-sujeto-objeto-dativo (VSOD) (§ 22*h*), mientras que en egipcio de la segunda fase ese orden es muy mayoritariamente sujeto-verbo-objeto-dativo (SVOD). Este rasgo está estrechamente relacionado con el anterior. Así, como hemos visto, en las formas verbales sintéticas del egipcio de la primera fase la raíz verbal antecede siempre al sujeto, mientras que las estructuras analíticas del egipcio de la segunda fase se construyen con el sujeto por delante de la raíz verbal (y a menudo apoyado en una partícula inicial): *sḏmw=f ḫrw*, «él escuchará la voz», frente a *ỉw=f r sḏm pꜣ ḫrw*, «él escuchará la voz».

Una tercera diferencia entre el egipcio de la primera fase y el egipcio de la segunda fase estriba en el tipo de nociones temporales expresadas por las formas verbales. En español, las formas verbales expresan principalmente el tiempo «externo» de la acción, es decir, el punto en el decurso del tiempo en que la acción se sitúa; por eso son formas temporales y hablamos de

tiempos verbales: presente («él escucha»), pretérito («él escuchó») y futuro («él escuchará»). Secundariamente, sin embargo, el verbo español también expresa el tiempo «interno» de la acción, es decir, si la acción en sí misma se presenta como acabada o como durativa o reiterativa. Es lo que se llama el *aspecto* verbal y se observa, por ejemplo, en la oposición entre «él cantó» (acción acabada y vista como un todo: aspecto *perfectivo*) y «él cantaba» (acción inacabada, durativa o reiterativa: aspecto *imperfectivo*). Así pues, las formas verbales sintéticas del egipcio de la primera fase ponían el énfasis en la expresión del aspecto más que en el tiempo (la forma *sḏmw=f* es un *prospectivo*, o sea, denota primariamente una acción que aún no ha sucedido, lo cual es un aspecto, y secundaria y consiguientemente, tiempo futuro), mientras que las formas verbales analíticas del egipcio de la segunda fase, igual que las españolas, ponían el acento en el tiempo más que en el aspecto (el copto ⲉϥⲉⲥⲱⲧⲙ —léase: *efesoot^{e}m*— es un tiempo futuro propiamente dicho) (§ 37).

Finalmente, una cuarta diferencia esencial tiene que ver con los cambios fonológicos debidos a la evolución fonética de la lengua, que fueron muy marcados (§§ 27, 128).

§ **15.** Como hemos visto (§ 11), el egipcio de la primera fase y el egipcio de la segunda fase no son tampoco dos lenguas homogéneas, sino que en ambos se distinguen tres etapas o estados de lengua. En principio, estos estados son sucesivos, excepto el último de la primera fase (egipcio de tradición), que se solapa con los primeros dos de la segunda fase (neoegipcio y demótico). A continuación pasaremos a describir estos seis estados por los que atraviesa la lengua egipcia en su evolu-

ción. Lo ilustraremos con la tabla 1.1. En esta tabla, las primeras dos columnas por la izquierda consignan la cronología; la tercera corresponde a las fases y estados de la evolución de la lengua; y las otras cuatro están reservadas a los diversos sistemas de escritura, que describiremos en el próximo capítulo.

1.2.3. El egipcio antiguo

§ **16.** El *egipcio antiguo* (francés: *ancien égyptien*; inglés: *Old Egyptian*; alemán: *Altägyptisch*) (tabla 1.1) es el primero de los tres estados evolutivos del egipcio de la primera fase (§ 11*a*) y corresponde, en rigor, a la lengua escrita del Reino Antiguo (c. 2700–2200 aC), cuando los textos poseen ya una extensión y una riqueza discursiva que hacen posible el conocimiento de la lengua en toda su complejidad gramatical. Este estado va precedido, sin embargo, del *egipcio temprano*, que es la lengua de los primeros testimonios escritos (§§ 177 ss.) y corresponde a las etapas iniciales de la historia del Egipto faraónico: la unificación (dinastía 0) y la Época Tinita (I y II dinastías). En términos de cronología absoluta, el egipcio temprano se extiende a lo largo de algo más de medio milenio, aproximadamente desde c. 3300 aC hasta c. 2700 aC. La principal diferencia entre el egipcio temprano y el egipcio antiguo es de registro documental y, por tanto, de alcance de nuestro conocimiento. En efecto, estos primeros testimonios escritos se limitan a consignar nombres (topónimos o antropónimos), cifras y títulos (regios o privados) aislados, o bien consisten en lo que el egiptólogo francés Pascal Vernus ha llamado «enunciados-títulos», es

decir, enunciados formados por pocas palabras que componen un titular (§ 201). Estas breves secuencias aportan información léxica, pero es poco lo que podemos aprehender de ellas en relación con la fonología, la morfología y, sobre todo, la sintaxis de la lengua a la que responden.

§ **17.** El egipcio antiguo se documenta desde muy a finales de la II dinastía (c. 2750 aC), momento del que data el ejemplo más antiguo conocido de oración que comporta una predicación verbal completa (§ 201). Pero no es hasta la III dinastía (desde c. 2700 aC) que aparecen los primeros «textos» propiamente dichos, es decir, secuencias de varias frases que muestran la lengua en toda su complejidad morfosintáctica. El primer texto regio de estas características es una inscripción esculpida en una capilla erigida en Heliópolis a los dioses de esta ciudad (la Enéada heliopolitana) por el rey Netjerkhet (Djeser), el constructor de la pirámide escalonada de Saqqara (Museo Egipcio de Turín, S. 2671; c. 2700 aC). Y el primer texto privado es la «biografía» funeraria de un alto funcionario llamado Metjen, en que se consignan los títulos y propiedades del personaje (Museo de Berlín, 1105; c. 2650 aC). A partir de la IV dinastía, los textos funerarios privados, y en especial estas «biografías» de nobles que dan cuenta de sus *cursus honorum*, posesiones y méritos (entre ellos, las eventuales misiones desempeñadas por encargo del rey) y que aparecen inscritas en las paredes de sus tumbas o en estelas (§ 44), se hacen mucho más abundantes y algunos son notablemente extensos, como la biografía de Uni de Abidos (Museo Egipcio de El Cairo, CG 1435; VI dinastía). La finalidad de estos textos es la de dar cuenta de la carrera y conducta ejemplar de los

personajes concernidos, méritos de los que depende el privilegio de poseer una tumba y beneficiarse de un culto funerario. Pese a su diversidad, se trata, en general, de composiciones estereotipadas y de formulario repetitivo; solo algunas incorporan pasajes más originales y personalizados, preludio de la actitud «literaria» que aparecerá en el Primer Período Intermedio (§ 20*c*).

A partir de fines de la V dinastía (c. 2350 aC) aparecen, en el ámbito regio, los *Textos de las pirámides* (fig. 1.2), el corpus de textos funerarios más antiguo conocido de la historia de la humanidad, esculpido en las cámaras y corredores de las pirámides del último rey de la V dinastía y de los reyes y reinas de la VI (así como de un rey de la VIII dinastía, ya en el Primer Período Intermedio), todas ellas en la necrópolis de Saqqara. El motivo central del corpus es la ascensión del rey hacia su destino de ultratumba celeste (solar y astral). Aunque los *Textos de las pirámides* fueron esculpidos muy a finales del Reino Antiguo, representan la forma inicial del egipcio antiguo, debido a que su origen es muy anterior al momento de su fijación en las pirámides (algunas fórmulas se remontan muy probablemente a la Época Tinita) y a que los textos religiosos suelen ser de naturaleza conservadora, porque tienden a preservar y transmitir intacta la palabra sagrada. Los textos privados, en cambio, son más innovadores, y es en ellos, en efecto, donde aparecen las primeras construcciones sintácticas de carácter analítico documentadas de la historia del egipcio (§§ 13, 18).

Además de las biografías y los *Textos de las pirámides*, entre los textos funerarios del Reino Antiguo se cuentan también las inscripciones que acompañan los relieves esculpidos en los

Fig. 1.2. *Textos de las pirámides*. Detalle del muro sur de la cámara funeraria de la pirámide de Unis, en Saqqara (de: Piankoff, A. *The Pyramid of Unas*. Princeton: Princeton University Press, 1968: lám. 43).

templos funerarios o solares de los reyes y en las tumbas de los particulares y que representan actividades de la vida cotidiana (agricultura, ganadería, animales salvajes, caza, pesca, navegación, artesanía, ocio, etc.), procesiones de portadores de ofrendas o, en menor medida, rituales y festividades, como los relieves de la fiesta de Sed del templo solar de Niuserre en Abusir (v dinastía). Los textos suelen consistir en breves secuencias que

describen las escenas y sus personajes. En ocasiones, reproducen el habla de ciertos trabajadores o artesanos y es ahí donde asoma la lengua coloquial del momento (§ 9*a*). Se trata, por desgracia, de frases breves, que no muestran más que aspectos puntuales y aislados de esa lengua, pero que indican que algunos rasgos gramaticales que no se generalizarán en los textos hasta el neoegipcio son propios del egipcio coloquial ya desde este momento, como el uso del artículo *p3* (§§ 12, 19, 27). Junto a los textos funerarios, también datan del Reino Antiguo algunos textos áulicos (decretos regios en beneficio de templos) y administrativos (archivo de Wadi el-Djarf, con registros de abastecimientos destinados a las misiones mineras en el Sinaí y documentos relativos a la construcción de la gran pirámide de Keops; archivos de Abusir, relacionados con la administración de los templos funerarios regios y de sus cultos; archivo de Elefantina, compuesto de cartas y documentos legales; § 56*b*).

Salvo los administrativos, todos los demás textos mencionados en este parágrafo están esculpidos o grabados sobre piedra (paredes de tumbas, capillas y templos, estelas) en escritura jeroglífica (§§ 41 ss.). En el caso de los *Textos de las pirámides*, sin embargo, ciertas soluciones gráficas hacen suponer que el corpus se transmitió en copias en escritura jeroglífica cursiva (§ 51) o hierática (§§ 52 ss.) sobre papiro, que habrían sido utilizadas en el momento de copiar los textos en los muros; de hecho, en el templo funerario de la pirámide de Pepy I en Saqqara sur fueron exhumados fragmentos de papiro con pasajes de los *Textos* que pueden datarse entre la VI y la XI dinastía que así parecen confirmarlo. Los archivos de Wadi el-Djarf, Abusir y Elefantina, al ser textos administrativos, están escritos sobre papiro en hierático (§ 55).

§ **18.** Desde el punto de vista gramatical, el egipcio antiguo se caracteriza en un principio por ser una lengua fuertemente sintética, como se observa sobre todo en el sistema verbal, cuyas formas pertenecen todas a la conjugación sufijal (§§ 13, 22*c*). Solo a partir de la v dinastía empiezan a aparecer en los textos funerarios privados (pero no en los regios) las primeras estructuras verbales analíticas, como la construcción de futuro *iw=f r sḏm* o de imperfectivo progresivo *iw=f ḥr sḏm*, literalmente «él (está) sobre el escuchar», «él (está) escuchando», o sea, «él escucha (de manera continuada)» (§§ 13, 22*m*). También es característica del egipcio antiguo la presencia de la flexión nominal completa, con dos géneros (masculino y femenino) y tres números (singular, dual y plural), tanto en sustantivos como en adjetivos y pronombres (§ 22*a*). En el ámbito de la flexión verbal, es frecuente, especialmente en los textos funerarios regios, que ciertas formas verbales, como el imperativo, el subjuntivo y los participios, añadan una *i-* inicial (léase: *i* o *yod* —tabla 4.3), prefijada a la raíz del verbo: *i.ḏd rn=k* (léase: *i-djed...*), «di tu nombre» (imperativo) (en egipcio clásico, este rasgo desaparece casi por completo, aunque reaparecerá en neoegipcio: §§ 22*c*, 27).

1.2.4. El egipcio medio o clásico y el egipcio de tradición

§ **19.** El *egipcio medio (medioegipcio)* o *egipcio clásico* (francés: *moyen égyptien* o *égyptien classique*; inglés: *Middle Egyptian* o *Classical Egyptian*; alemán: *Mittelägyptisch* o *klassisches Ägyptisch*) (tabla 1.1) es la lengua escrita del Primer Período Intermedio, el Reino Medio, el Segundo Período Intermedio y la

primera mitad del Reino Nuevo (hasta fines de la XVIII dinastía). Cronológicamente abarca casi un milenio, desde c. 2200 aC hasta c. 1350 aC. En las primeras etapas (Primer Período Intermedio y Reino Medio), el egipcio medio coincidió en gran medida con la lengua hablada, como demuestran los textos «cotidianos», como las cartas, por definición más próximos a la lengua coloquial. Aun así, los escribas del Reino Medio emprendieron una intensa labor de normativización y depuración lingüística y gráfica, que dio al egipcio medio su carácter de lengua «académica» y culta, cosa que se refleja sobre todo en los textos religiosos, áulicos y literarios (§§ 8*c*, 48, 56*c*, 69, 158–159). Por un lado, la lengua fue expurgada de estructuras y giros considerados excesivamente coloquiales. Esto es lo que hace, por ejemplo, que un oficial contemporáneo de Sesostris I (XII dinastía) proclame en su estela funeraria: «Yo soy uno que habla como corresponde a los altos oficiales, uno libre de decir artículos-*pa*» (estela de Montuuser, col. 10; Metropolitan Museum of Art de Nueva York, AN 12184). En efecto, el artículo (cuya forma de masculino singular era *p3*) era, ya desde el Reino Antiguo, un rasgo característico de la lengua más coloquial (§§ 17, 27). Por otro lado, los signos de las escrituras jeroglífica y hierática fueron reducidos en número y en variantes (se pasó de los cerca de 1.000 del Reino Antiguo a unos 750) y la grafía de las palabras tendió a estandarizarse para reducir el número de variantes (en el Reino Antiguo, una misma palabra podía escribirse por medio de muy diversas combinaciones de signos) (§§ 48, 158–159). Además, hubo una tendencia conservadora —propia de las tradiciones «académicas»— a preservar las grafías fijadas a pesar de los cambios fonéticos que la lengua coloquial iba experimentando (§§ 8*c*, 28, 128). Es posible que

todo esto obedeciera a ciertas directrices políticas, en un momento, el Reino Medio, de recentralización tras la fragmentación que supuso el Primer Período Intermedio. De este modo, el egipcio medio quedó fijado como la lengua de los escribas por excelencia, y esto, unido al hecho de que muchos de los textos compuestos en el Reino Medio fueron ampliamente utilizados para la enseñanza de la escritura en el Reino Nuevo (§ 69), es lo que motiva que reciba también el nombre de egipcio «clásico».

§ **20.** Los textos compuestos en egipcio medio o clásico pueden clasificarse en cuatro categorías:

a) *Textos religiosos*. Se trata, sobre todo, de los *Textos de los ataúdes*, un corpus de fórmulas funerarias inscritas en las paredes internas de los ataúdes de las elites administrativas del Reino Medio, que, derivadas en parte de los *Textos de las pirámides*, incorporan tradiciones locales muy diversas y describen un mundo de ultratumba complejo y lleno de dificultades y peligros, que el difunto podrá sortear gracias al poder mágico de las propias fórmulas. Junto a los *Textos de los ataúdes*, en egipcio medio se redactó un gran número de textos funerarios privados, esculpidos o pintados en estelas o en las paredes de las tumbas, que aluden a los *cursus honorum*, méritos y realizaciones de los personajes y dan cuenta también, en muchas ocasiones, de sus familias y sirvientes o clientes. Todos los textos religiosos están escritos en jeroglíficos, salvo los *Textos de los ataúdes*, que están en jeroglíficos cursivos (§ 51).

b) *Textos áulicos*: inscripciones regias en escritura jeroglífica, especialmente de los reyes de la XII y la XVIII dinastías,

como las estelas de Sesostris III en Semna (fig. 1.3), la *Estela poética* de Tutmosis III, los anales de Tutmosis III, la *Estela del sueño* de Tutmosis IV o el relato del *Nacimiento divino de Hatshepsut*, por citar solo algunos ejemplos significativos entre tantos otros.

c) *Textos literarios*. Es en el Primer Período Intermedio cuando aparecen por primera vez en Egipto textos literarios propiamente dichos, cuyo precedente puede hallarse en algunas biografías de muy a finales del Reino Antiguo (o en pasajes de las mismas, de carácter más narrativo o poético). A diferencia de los textos *referenciales*, es decir, que aluden a las verdades objetivas del mundo, entendido como el *referente* externo al ser humano (textos religiosos, que en una cultura de «discurso mítico-religioso» como la egipcia transmiten la verdad objetiva, como lo hacen los textos científicos en nuestra cultura de «discurso lógico-racional»), los textos literarios son *autorreferenciales*, en el sentido de que su razón de ser es el propio texto y la expresión del yo emisor, puesto que colocan al individuo, y no la realidad exterior, en el centro del discurso. Se trata de la oposición entre verdad objetiva y universal y experiencia individual. Los textos literarios egipcios pueden referirse a las expectativas que la sociedad pone en el individuo o a los anhelos, sentimientos y experiencias particulares del individuo mismo. El egiptólogo italiano Antonio Loprieno ha designado estas dos perspectivas literarias con los términos griegos de *topos* y *mimesis*, respectivamente la norma ideal y la experiencia o el anhelo individual.

A la primera de estas categorías corresponde el género literario de las *instrucciones*, textos sapienciales puestos normalmente en boca de un padre (alto funcionario o rey) que alec-

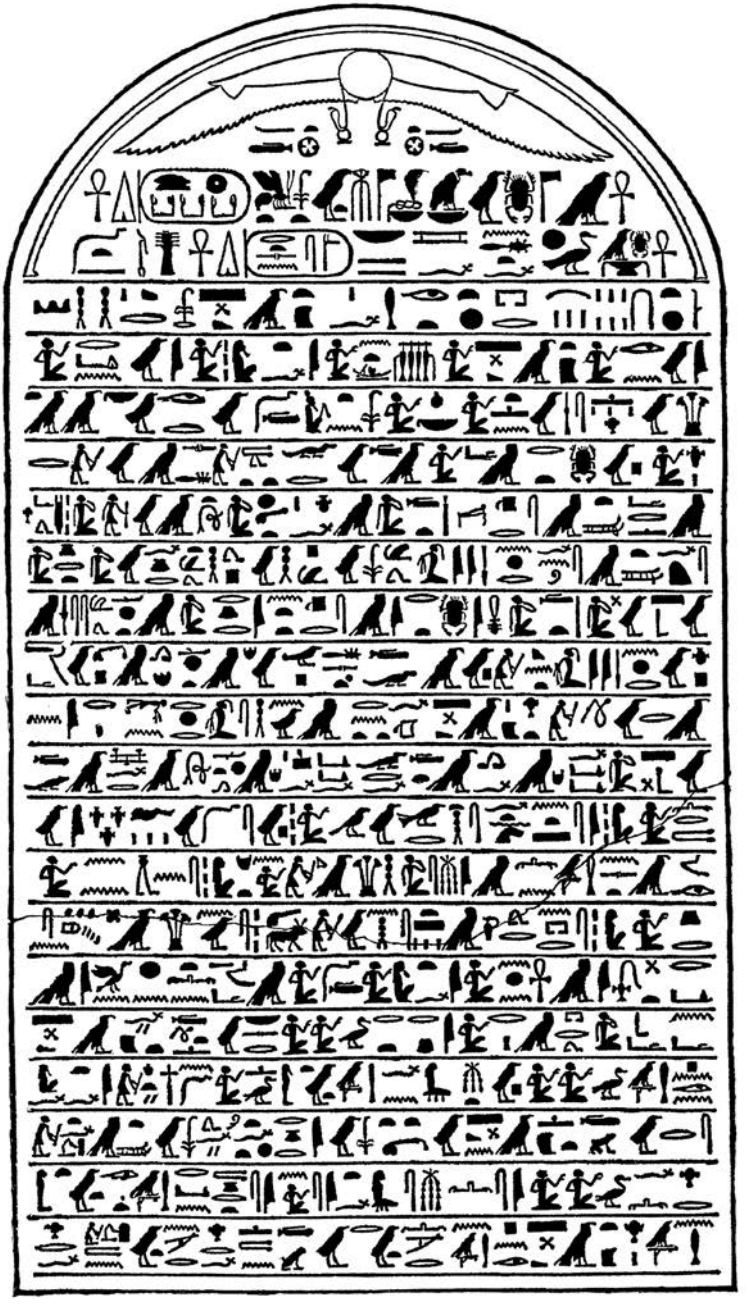


Fig. 1.3. Estela fronteriza de Sesostris III en Semna (de: PARKINSON 1991: 44).

ciona a su hijo. Entre ellos destacan la *Instrucción de Ptahhotep*, la *Instrucción para Kagemni*, la *Instrucción para Merikare* y la *Instrucción del rey Amenemhat a su hijo Sesostris*. Ptahhotep y Kagemni son visires de fines del Reino Antiguo, a los que las instrucciones se atribuyen para revestirlas de autoridad; Merikare es un rey heracleopolitano (Primer Período Intermedio) y, en efecto, el texto se hace eco de los desórdenes y dificultades de ese momento; y Amenemhat (I) es el primer rey de la XII dinastía, la más importante del Reino Medio, responsable de la recentralización política y de la nueva cultura áulica tras el paréntesis del período histórico anterior (§ 19). Composiciones del mismo género, pero de temática más específica, son la *Instrucción de lealtad* (elogio del rey e invitación a serle fiel) y la *Sátira de los oficios* (elogio de la profesión de escriba frente a los demás oficios; § 67).

A la categoría de la *mimesis* corresponde el género literario de los *cuentos*, que relatan las aventuras de héroes individuales. Entre ellos destaca especialmente la *Historia de Sinuhé (*fig. 1.4), que narra cómo el protagonista se siente forzado a abandonar Egipto en el contexto de las tensiones sucesorias que se producen entre la muerte del rey Amenemhat I y la subida al trono de su hijo Sesostris I y se refugia en Palestina. Allí se convierte en yerno y hombre de confianza del jefe del país de Retjenu Superior (en el Alto Líbano), que lo pone al frente de una de sus tribus, y se enriquece, especialmente tras vencer en singular combate a un poderoso guerrero que previamente lo ha desafiado. Cuando ha alcanzado todo el honor, la riqueza y el poder que su país de adopción puede ofrecerle, Sinuhé, añorado de Egipto, regresa a su tierra para morir y ser enterrado como un egipcio. Este relato, bien conocido y ampliamente copiado

en las escuelas de escribas de épocas posteriores (§ 69), constituye uno de los textos «clásicos» por excelencia de la literatura egipcia. (En él está muy libremente inspirada la conocida novela *Sinuhé, el egipcio* del escritor finlandés Mika Waltari.) Otros relatos son el *Cuento del náufrago* (un náufrago es arrastrado por el mar a una isla maravillosa, habitada por una divinidad serpiente dueña de toda suerte de riquezas, que en un primer momento le inspira un gran temor, pero que después lo protege y finalmente, cuando un barco llega a la isla y lo recoge, le cede un cargamento de valiosos productos para que, de regreso a Egipto, lo entregue al faraón), los *Cuentos de la corte del rey Keops* (papiro Westcar: para entretener al rey Keops, cuatro de sus hijos, entre ellos los futuros reyes Djedefre y Kefren, le cuentan sucesos maravillosos acaecidos durante los reinados de sus inmediatos predecesores y él mismo presencia

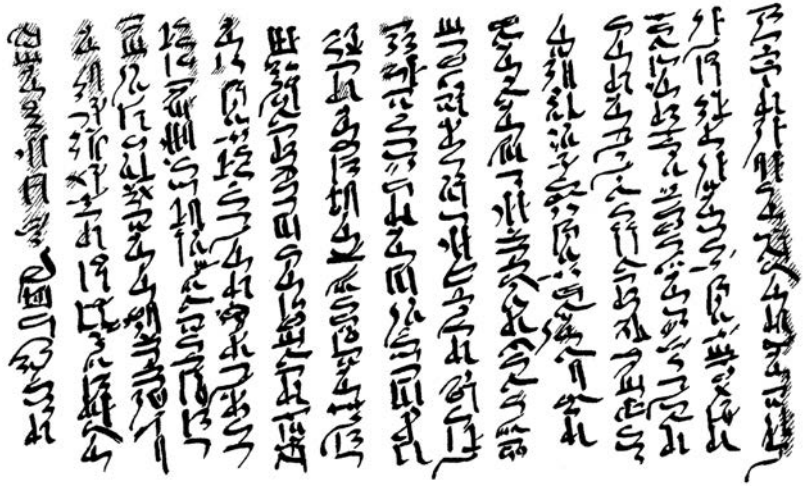


Fig. 1.4. Primeras 15 columnas del papiro de Berlín 3022, que contiene la *Historia de Sinuhé* casi completa (falta el principio, que se ha transmitido en otros manuscritos) y hoy se guarda en el Museo Egipcio de Berlín (de: Möller, G. *Hieratische Lesestücke*. Leipzig: J. C. Hinrichs, 1909: 7).

otro; en el último cuento se vaticina el nacimiento divino de los primeros tres reyes de la V dinastía) y *El oasita elocuente* (un oasita del Wadi Natrun se dirige al valle para vender sus productos pero es interceptado y privado de su cargamento por un oficial prevaricador; cuando acude al gran intendente para reclamar justicia, este queda maravillado por su oratoria y, de común acuerdo con el rey, le hace pronunciar hasta nueve súplicas antes de darle la razón). Como se ve, en algunos de estos relatos intervienen elementos maravillosos.

A la categoría de la *mimesis* corresponde asimismo el género poético, representado muy especialmente por los cantos de arpistas, que giran en torno al motivo literario del *carpe diem* en un tono que oscila entre el escepticismo en relación con la vida en el más allá y la consiguiente invitación al hedonismo.

También pertenecen al ámbito de los textos literarios una serie de composiciones a medio camino entre la categoría del *topos* y la de la *mimesis*. Se trata de textos filosófico-morales, como las *Admoniciones de Ipuur* (§ 78), la *Profecía de Neferty*, las *Lamentaciones de Khakheperreseneb* (obras que recrean el motivo literario del mundo al revés, como forma de oponer una negativa categórica a un tiempo «sin rey», probablemente a partir del recuerdo de la situación política del Primer Período Intermedio) y el *Diálogo de un hombre desesperado con su* ba (un hombre disgustado con el mundo y la vida anhela la muerte y su *ba* intenta disuadirlo). Otros textos, finalmente, son a la vez religiosos y literarios (poéticos); se trata de los himnos dedicados a las divinidades (*Himno al Nilo*) y a los reyes (himnos a Sesostris III).

Los textos literarios se transmiten en escritura hierática sobre papiro o sobre *ostraka* (§§ 73 ss.); en el segundo caso, salvo un gran *ostrakon* de piedra del Ashmolean Museum de Oxford

que contiene el *Sinuhé* casi completo, suele tratarse de breves fragmentos de los textos, copiados como ejercicios escolares en épocas posteriores. De los cantos de arpistas conocidos, sin embargo, solo uno, el más célebre, nos ha sido transmitido sobre papiro, mientras que la mayoría procede de estelas funerarias o de tumbas y están escritos en jeroglíficos.

d) *Textos cotidianos y administrativos*: cartas a los muertos (en que los autores piden a los muertos que intercedan en su favor o, al contrario, que dejen de importunarlos), cartas de Heqanakht (en que este sacerdote funerario y hombre de negocios, que se halla fuera de su casa, da instrucciones y consejos a los miembros de su familia), textos administrativos (papiros de El-Lahun, ciudad de la pirámide de Sesostris II). En este grupo hay que incluir también los textos médicos y matemáticos, como quiera que la medicina y la matemática no constituyen verdaderas «ciencias» en una sociedad de «discurso mítico-religioso» como la egipcia, sino actividades de carácter práctico y empírico muy permeadas por el hecho religioso, mítico y mágico que regía la vida social e individual. Entre estos textos destacan el papiro matemático Rhind (Segundo Período Intermedio) y el papiro médico Ebers (XVIII dinastía). La lengua de estos papiros es fuertemente arcaizante porque se trata de copias de originales anteriores que probablemente se remontan al Reino Antiguo, como la propia tradición egipcia recordaba. Todos los textos del ámbito cotidiano y administrativo están escritos en hierático sobre papiros u *ostraka* (las cartas a los muertos, también sobre vasos de cerámica).

§ **21.** La sustitución del egipcio antiguo por el egipcio medio o clásico en los textos no se produjo de manera puntual y súbita

sino que tuvo lugar paulatinamente en un lapso de tiempo de unos dos siglos, desde fines del Reino Antiguo hasta fines del Primer Período Intermedio, y procedió por tipos de textos. Así, el egipcio medio se manifestó, primero, ya desde muy a finales del Reino Antiguo, en los textos cotidianos (cartas) y en los pasajes de carácter literario de algunas biografías de particulares (§ 17); después, en los textos áulicos (inscripciones regias), desde mediados del Primer Período Intermedio; y finalmente en los religiosos (*Textos de los ataúdes*), desde fines de este mismo período. Además, el egipcio medio no se presenta como un estado de lengua monolítico y uniforme, sino que los egiptólogos reconocen al menos dos modalidades sucesivas: el *egipcio medio estándar* (o *egipcio medio I*) y el *egipcio medio tardío* (o *egipcio medio II*). El primero corresponde a los textos que acabamos de mencionar y a la mayoría de los textos literarios citados en el § 20*c*. El segundo, que supone la aparición en el registro escrito de nuevos rasgos procedentes de la lengua hablada, en constante evolución, empezó a aflorar en los textos ya desde fines del Primer Período Intermedio y lo hizo también primero en los textos cotidianos (cartas de Heqanakht), después en los textos literarios (papiro Westcar) y áulicos (inscripciones regias), desde el Segundo Pe-

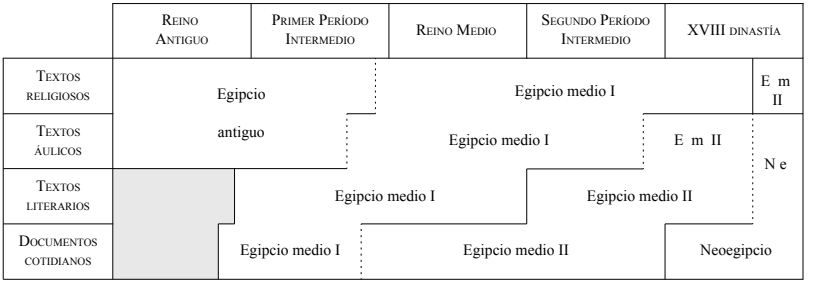


Tabla 1.2. El egipcio medio en el tiempo y en los distintos registros de expresión. Adaptación de: Junge 1984: tabla 2.

ríodo Intermedio, y finalmente en los textos religiosos (*Gran himno a Aton*), a fines de la XVIII dinastía. En la tabla 1.2 se resume gráficamente la aparición y evolución del egipcio medio.

§ **22.** Por lo que se refiere a las características lingüísticas del egipcio medio, hay que decir, en primer lugar, que es a este estado de lengua al que está dedicado el capítulo 4 de este libro, que describe la escritura jeroglífica y la fonología de la lengua egipcia, de modo que remitimos a él para estos aspectos. Describamos aquí los rasgos más destacados de la morfología y la sintaxis de este estado de lengua.

a) En cuanto a la morfología nominal, el egipcio medio (y el egipcio de la primera fase en general) se caracteriza por la ausencia de artículo (§ 19); un sustantivo como *snt* puede significar tanto «hermana» como «la hermana» o «una hermana». La flexión del sustantivo y el adjetivo calificativo responde a las categorías gramaticales de género y número. Existen dos géneros: masculino y femenino, y dos números realmente productivos: singular y plural. Esto da lugar a cuatro terminaciones: -ø (m. s.), -*t* (f. s.), -*w* (m. pl.) y -*wt* (f. pl.): *sn*, *sn**t***, *sn**w***, *sn**wt***, «(el/un) hermano», «(la/una) hermana», «(los/unos) hermanos», «(las/unas) hermanas» (§ 12). El número dual, que había sido productivo en egipcio antiguo (§ 18), queda ahora limitado a los nombres de las partes dobles del cuerpo o a términos relacionados con la dualidad simbólica del Estado egipcio. Sus terminaciones son: -*wy* (m.) y -*ty* (f.): *nb**wy***, «(los) dos señores» (por Set y Horus, dioses asociados al Alto y Bajo Egipto, respectivamente), *nb**ty***, «(las) dos señoras» (por Nekhbet y Wadjet, diosas tutelares del Alto y Bajo Egipto, respectivamente), *ir**ty***, «(los)

(dos) ojos». El adjetivo calificativo en función de complemento del nombre concuerda en género y número con el sustantivo al que acompaña: *sn nfr*, «el hermano bueno», *snt nfrt*, «la hermana buena». Una categoría especial de adjetivos calificativos del egipcio y, en general, de las lenguas afroasiáticas es la de los adjetivos *nisbes* o *de relación*, que toman en masculino singular la desinencia *-y* y que ya hemos tenido ocasión de conocer (§ *7g*).

b) El egipcio medio posee tres series de pronombres personales. La más utilizada es la de los *pronombres sufijos*, cuyas funciones principales son la de expresar posesión, si van sufijados a sustantivos (*sꜣ=**i***, *sꜣ=**f***, «**mi** hijo», «**su** hijo», lit. «el hijo **de mí / de él**»; la sufijación se expresa en la transliteración por medio del signo = ; § *7h*), la de término de preposición (§ *7h*), la de sujeto de una oración de predicado verbal, si van sufijados a verbos (*sḏm.n=**f** ḥrw*, «**él** ha escuchado la voz»: el afijo *.n* es la marca de perfecto; punto *c*), y la de sujeto de una oración de predicado adverbial, si van sufijados a la partícula enunciativa *iw* (*iw=**i** im*, «**yo** estoy allí»; punto *l*). (Por convención y para mayor claridad, los sufijos se leen separados del término al que se sufijan: *sꜣ=f* se lee *sa-ef*, y no *saf*.) La segunda serie es la de los *pronombres dependientes*, cuyas funciones principales son las de complemento directo del verbo: *mꜣ.n=i **sw***, «yo **lo** he visto», y sujeto de una oración de predicado adjetival (punto *j*). La tercera serie es la de los *pronombres independientes*, cuya principal función es la de sujeto de una oración de predicado sustantival (***ink** it=k*, «**yo** soy tu padre»; § *7h* y más abajo, punto *k*).

c) Por lo que a la flexión verbal se refiere, las formas personales del verbo medioegipcio son sintéticas, o sea, son formas de la *conjugación sufijal* (§§ 13, 18). Están constituidas por, al menos, dos elementos básicos. El primero es el tema verbal, que de-

riva de la raíz (§ 7*a*), convenientemente vocalizada. Puesto que las escrituras egipcias no anotan las vocales, esa vocalización no queda registrada. Esto hace que, gráficamente, el tema coincida a menudo con la raíz. Cuando difiere es porque introduce cambios en el consonantismo, como el añadido de un prefijo (§ 7*b*) o un sufijo (§ 13), o la geminación o no de uno de los radicales. Así, de una raíz verbal derivan distintos temas, susceptibles de dar lugar a diversas formas verbales y de expresar diferentes nociones gramaticales de aspecto-tiempo (§ 14), modo y voz (§ 13). Por ejemplo, de la raíz M-*ꜣ*-*ꜣ* (léase: *m-a-a*), «ver», derivan los temas: *mꜣ*, no-geminado, para el subjuntivo entre otras formas; *mꜣꜣ*, geminado (punto *d*); o *mꜣw*, tema en -*w* de futuro (§ 13) y de perfecto pasivo. El segundo elemento básico de una forma verbal es el pronombre personal sufijo o el sustantivo que hace de sujeto. Obtenemos así combinaciones como *mꜣ=f*, «que él vea», o *mꜣw sḫꜣ*, «el escriba ha sido visto». Además, a estos elementos básicos se pueden añadir afijos que permiten expresar más nociones de aspecto-tiempo y voz: afijo *.n*, marca de perfecto (*mr.n=i*, «yo he amado»); afijo *.in*, marca de pasado narrativo secuencial (*ḏd.in=s*, «entonces, ella dijo»); afijo *.tw*, marca de pasiva, que puede combinarse con los anteriores (*mꜣ.n.tw=f*, «él ha sido visto»). (Por convención, los afijos y los sufijos se leen como si fueran elementos separados: *mꜣ.n.tw=f* se lee *ma-en-tu-ef*.) Formas especiales de la conjugación sufijal son las llamadas formas verbales relativas, porque conllevan una significación relativa y adjetival: *mrrt=f*, «(aquella) que él ama». Finalmente, otra forma personal del verbo pero que no pertenece propiamente a la conjugación sufijal es el imperativo, cuya grafía suele coincidir con la raíz verbal y que no lleva sufijo porque la (segunda) persona está implícita en ella: *sḏm*, «escucha (tú)».

d) Algunas formas de la conjugación sufijal pueden ser empleadas con valor enfático. Es el caso, por ejemplo, de la forma *ḥ33=f* del verbo *ḥ3*(*i*), «descender», que se caracteriza por su tema geminado (reduplicación del último radical de la raíz; punto *c*). El egipcio emplea las formas enfáticas para resaltar (en lingüística se dice *rematizar*) complementos circunstanciales (o preposicionales en general) u oraciones subordinadas adverbiales. Así, una frase como *ḥ33=k r niwt* significa «Es a la ciudad hacia donde tú desciendes» (y no: «Tú desciendes hacia la ciudad») (§§ 115–116).

e) Las formas de la conjugación sufijal expresan acción. Pero el egipcio cuenta con una forma verbal sintética específica para expresar el estado resultante de una acción acabada: la *forma de estado* o el *estativo* (§ 7*i*). Esta forma se compone del tema no-geminado del verbo (punto *c*) seguido de un sufijo específico de estado y persona (que, al transliterar, se une a la primera mediante un punto y se lee convencionalmente como si fuera un elemento separado). Así, *ḥ3.kw* (léase: *ha-ku*), con *.kw*, sufijo de estado de primera persona de singular, significa literalmente «yo estoy descendido», o sea, «yo he descendido», y *sḏm.ti*, con *.ti*, sufijo de estado de tercera persona de femenino singular, significa literalmente «ella está escuchada», o sea, «ella ha sido escuchada». Con los verbos de cualidad, la forma de estado egipcia tiene una traducción literal en español, ya que nuestra lengua, a diferencia de las demás lenguas europeas, puede expresar estado (§ 7*i*): *nfr.ti*, «ella está hermosa» (verbo *nfr*, «ser hermoso»).

f) El medioegipcio posee dos tipos principales de *formas no-personales del verbo*: el infinitivo y los participios. El infinitivo es, gráficamente, idéntico a la raíz en todos los verbos salvo en aquellos cuyo último radical es débil, o sea, es la semivocal *-i* o *-w*, que no aparece casi nunca en la escritura; en este caso, el

infinitivo toma una *-t* final que sustituye ese radical débil. Ejemplos: verbo *sḏm*, infinitivo: *sḏm*, «escuchar»; verbo *mr*(*i*), infinitivo: *mrt*, «amar». Los participios responden a las categorías gramaticales de voz y de aspecto; por la primera, pueden ser activos o pasivos, y por la segunda, perfectivos (acción finita o acabada) o imperfectivos (acción en proceso o repetitiva) (§ 14). Los participios imperfectivos de algunas clases de verbos se caracterizan por su tema geminado (punto *c*). Los participios activos suelen no presentar terminaciones específicas o bien la terminación *-y*; los pasivos suelen presentar las terminaciones *-y* o *-w*. Como adjetivos verbales que son, los participios comportan, además, flexión nominal (punto *a*). He aquí los cuatro participios del verbo *mr*(*i*), «amar» (solo formas de masculino singular): *mr*, «que amó/ha amado» (perfectivo activo); *mrr*, «que ama/amaba» (imperfectivo activo); *mry*, «amado», «que fue/ha sido amado» (perfectivo pasivo); *mrrw*, «amado (por siempre)», «que es/era amado» (imperfectivo pasivo).

g) Por lo que se refiere a la sintaxis, en medioegipcio, el orden sintáctico de los elementos en un sintagma o en una oración es fijo e inalterable. Así, por ejemplo, un adjetivo calificativo en función de complemento del nombre sigue siempre al sustantivo al que complementa y nunca puede precederlo: *sḫ3 nfr* corresponde en español tanto a «el escriba bueno» como a «el buen escriba». Esto es especialmente válido para la sintaxis de la oración, puesto que la función de los distintos elementos de esta última depende del lugar que ocupan, de su posición relativa.

h) En egipcio existen dos grandes tipos de oraciones: las *oraciones de predicado verbal* y las *oraciones de predicado no-verbal*. En medioegipcio, como sabemos, el orden de los elementos sintácticos de las primeras es: VSOD (§ 14): *di sḫ3 mw n*

ib, «(que) el escriba (*sḫꜣ*) dé (*dỉ*) agua (*mw*) a(l) (*n*) sediento (*ib*)». Este orden, como decimos, es fijo e inalterable. Hay que señalar, en todo caso, que, si el S, el O o el D están representados por pronombres, tal orden puede modificarse, pero también de acuerdo con unas normas fijas e inalterables.

i) En egipcio no existen verbos copulativos como «ser» o «estar» (§§ 13, 27). No existen, por tanto, lo que en español llamamos oraciones copulativas. A falta de verbo, el equivalente egipcio de las oraciones copulativas españolas son *oraciones de predicado no-verbal*. Una oración española como «el escriba es bueno» cuenta, en egipcio, tan solo con dos palabras: «escriba» y «bueno»; puesto que «escriba» es el sujeto, «bueno» es el predicado, y puesto que «bueno» es un adjetivo, este tipo de oración no-verbal recibe el nombre de oración de predicado adjetival. En efecto, dependiendo de la categoría gramatical de la palabra que hace de predicado de una oración de predicado no-verbal, las oraciones no-verbales se clasifican en oraciones de predicado adjetival (punto *j*), sustantival (punto *k*), preposicional o adverbial (punto *l*) y pseudoverbal (punto *m*).

j) El orden de los elementos sintácticos de una *oración de predicado adjetival* es siempre: 'adjetivo calificativo predicado + sustantivo/pronombre sujeto': *nfr sḫꜣ*, «el escriba (*sḫꜣ*) (es) bueno (*nfr*)» (este orden distingue esta construcción de la del sintagma nominal formado por sustantivo y adjetivo calificativo complemento que veíamos más arriba, cuyo orden es justamente el inverso: punto *g*). Mientras que el adjetivo calificativo en función de complemento del nombre concuerda con el sustantivo al que acompaña (punto *a*), el adjetivo en función de predicado adjetival permanece invariado, en su forma con terminación ø: *nfr snt*, «la hermana es buena». Si el sujeto de la

oración de predicado adjetival es pronominal, se usa el pronombre dependiente: *nfr sw*, «él es bueno»).

k) Las *oraciones de predicado sustantival* pueden presentar dos tipos de estructuras en medioegipcio. La primera es la que los filólogos designan como A B, en que A y B son nombres o pronombres y cuyo significado es «A (es) B» o «B (es) A», según los contextos. Mientras que esta es la única estructura de las oraciones de predicado sustantival en neoegipcio, en medioegipcio es de uso restringido; se emplea, sobre todo, cuando el sujeto es pronominal, en cuyo caso se usa el pronombre independiente, que ocupa la posición A (punto *b*). Lo más común en medioegipcio es, en efecto, que las oraciones de predicado sustantival se construyan con el pronombre demostrativo neutro *pw*, «esto», como sujeto, y respondan al orden: 'sustantivo predicado + *pw* (+, eventualmente, sustantivo explicativo de *pw*, como sujeto lógico de la oración)': *Rꜥ pw*, lit. «esto (*pw*) (es) Re (*Rꜥ*)», o sea, «este (es) Re», «(es) Re»; *pḥrt pw ꜥnḫ*, lit. «esto (*pw*), la vida (*ꜥnḫ*), (es) una etapa (*pḥrt*)», o sea, «la vida (es) una etapa». Estas estructuras son designadas por los filólogos como construcción A *pw* y A *pw* B, respectivamente.

l) El orden de los elementos sintácticos de una *oración de predicado preposicional o adverbial* es: 'sustantivo/pronombre sujeto + preposición + sustantivo término de preposición' o bien: 'sustantivo/pronombre sujeto + adverbio', frecuentemente precedidos de una partícula enunciativa (siempre, si el sujeto es pronominal), como *iw*, que no se traduce y cuya función es la de señalar la veracidad objetiva de lo que se dice: (*iw*) *sḫ3 m pr*, «el escriba (*sḫ3*) (está) en (*m*) casa (*pr*)»; *iw=f im*, «él (*=f*) (está) allí (*im*)».

m) Las *oraciones de predicado pseudoverbal* son, en realidad, oraciones de predicado preposicional o adverbial en las que el

término de preposición ha sido sustituido por un verbo en infinitivo (punto *f*) o el adverbio ha sido sustituido por una forma de estado (punto *e*). Las oraciones con infinitivo son las construcciones analíticas de que hablamos en los §§ 13 y 18. Un ejemplo de oración con forma de estado es: *t3 3q.w* lit. «el país, él está arruinado», o sea, «el país está arruinado» (sin partícula enunciativa).

§ **23.** El *egipcio de tradición* o *neo-medioegipcio* (francés: *égyptien de tradition*; inglés: *Late Middle Egyptian*; alemán: *Neo-Mittelägyptisch*) (tabla 1.1) es la lengua de los textos religiosos y de algunos textos áulicos desde fines de la XVIII dinastía hasta la Época Grecorromana y el final de la civilización egipcia antigua (c. 1350 aC – c. 400 dC). A lo largo de la XVIII dinastía, en efecto, el egipcio medio o clásico fue paulatinamente sustituido por un nuevo estado de lengua, el neoegipcio (§§ 24 ss.), de nuevo primero en los textos cotidianos y administrativos y después en los textos literarios y áulicos. Pero el neoegipcio no fue utilizado para los textos sagrados (funerarios, rituales y mitológicos) ni para los textos áulicos más importantes. Para estos textos se siguió empleando el egipcio clásico, convertido ahora en una lengua de cultura y de tradición, exclusivamente escrita, un poco como el latín en Europa en la Edad Moderna. De ahí el nombre de «egipcio de tradición», acuñado por el egiptólogo francés Pascal Vernus. En él se compusieron distintos *corpora* de textos funerarios, como el *Libro de la salida al día* (o *Libro de los muertos*, colección de fórmulas mágicas concebidas para que el difunto pudiera sortear los peligros que le acechaban en el más allá y volver a ver la luz del día, fuera de la oscuridad del sepulcro) o los libros funerarios regios del Reino Nuevo (el *Libro de quien está en la Duat*, las *Letanías de Re*, el *Libro de las puertas* y el *Libro de*

las cavernas, entre otros) y textos sacerdotales pseudoepigráficos (es decir, atribuidos falsamente a reyes del pasado para conferirles prestigio) como la *Estela de Bakhtan* y la *Estela del hambre* de la isla de Sehel, de Época Persa o Ptolemaica la primera y de Época Ptolemaica la segunda. También los textos litúrgicos y mitológicos esculpidos en los templos ptolemaicos están redactados en esta modalidad lingüística, así como los textos áulicos de la misma época, como la recensión jeroglífica del decreto esculpido en la famosa piedra de Rosetta (§ 95, fig. 3.4). Lo mismo sucede con los textos médicos y matemáticos posteriores a la XVIII dinastía, que mantienen su lengua siempre fuertemente arcaizante (§ 20). El egipcio de tradición convivió primero con el neoegipcio y más tarde con el demótico (§§ 30 ss.), que respondían a la lengua hablada y se empleaban en todos los registros textuales salvo en los reservados al propio egipcio de tradición.

Desde el punto de vista lingüístico, el egipcio de tradición mantiene sustancialmente las estructuras del egipcio medio y, aunque experimenta cierta evolución interna y se deja influir por el neoegipcio y el demótico, no se aleja nunca de ellas en esencia. Desde el punto de vista gráfico, los textos en egipcio de tradición están escritos en jeroglíficos (sobre piedra), en jeroglíficos cursivos (sobre papiro o estuco: textos funerarios como el *Libro de la salida al día*; § 51, fig. 1.5) y en hierático (también sobre papiro: textos médicos y matemáticos, textos sagrados a partir de la Baja Época; § 56*f*). El jeroglífico de los monumentos experimenta con el tiempo una profunda transformación: acoge cientos de signos nuevos y da nuevos valores fonéticos a muchos de los signos ya existentes. Esto sucede sobre todo en la última etapa del egipcio de tradición, la que corresponde a los tiempos ptolemaicos y romanos, desde el siglo III aC hasta el siglo IV dC (§ 49).

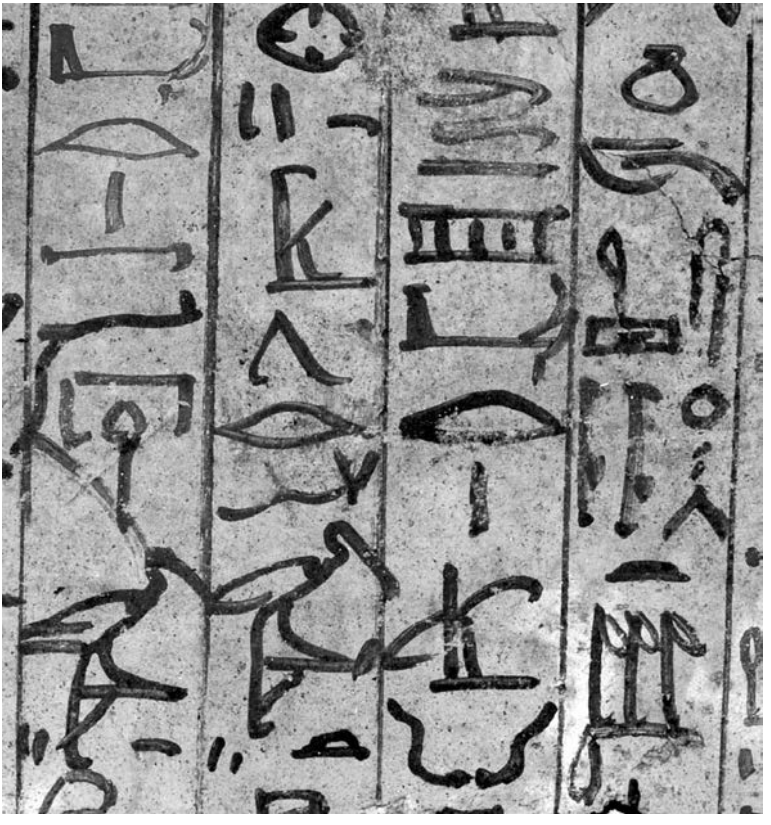


Fig. 1.5. Detalle de la versión del *Libro de la salida al día* pintada en jeroglíficos cursivos en la cámara funeraria de la tumba de Djehuty, alto funcionario de mediados de la XVIII dinastía, en Tebas oeste (TT 11). © Proyecto Djehuty.

1.2.5. El neoegipcio

§ **24.** El *neoegipcio* (francés: *néo-égyptien*; inglés: *Late Egyptian*; alemán: *Neuägyptisch*) (tabla 1.1) es el primero de los tres estados evolutivos del egipcio de la segunda fase (§ 11*b*) y, por tanto, el que de manera más evidente marca la ruptura con la realidad lingüística anterior. Se trata de la lengua de los textos cotidianos, administrativos, literarios y áulicos desde finales de

la XVIII dinastía hasta principios de la Baja Época, aproximadamente desde 1350 hasta 650 aC. Como se ha dicho (§§ 11–14) y como veremos, el neoegipcio supone una profunda transformación de las estructuras morfosintácticas de la lengua egipcia y responde a los cambios que iba experimentando la lengua hablada. Estos cambios habían empezado a manifestarse mucho antes de la sustitución generalizada del medioegipcio por el neoegipcio en los tipos de textos mencionados. Las primeras evidencias de cambios en las estructuras gramaticales del medioegipcio se observan tan tempranamente como a fines del Primer Período Intermedio, así como durante el Segundo Período Intermedio, en textos, respectivamente, cotidianos y literarios redactados en la modalidad de lengua que hemos denominado egipcio medio tardío (§ 21). El neoegipcio propiamente dicho, por su parte, hace su primera aparición ya desde principios de la XVIII dinastía en los textos cotidianos y administrativos (siempre los primeros en recoger las innovaciones lingüísticas) (tabla 1.2). La fecha tomada convencionalmente como momento de transición del medioegipcio al neoegipcio (fines de la XVIII dinastía) es, pues, en realidad, la fecha de la generalización del uso del segundo en los registros textuales que le son propios. Es muy posible que esta generalización, que se produjo en el contexto de la reforma de Amarna promovida por el rey Amenhotep IV-Akhenaton, tuviera que ver con los principios naturalistas, «intimistas» y transformadores que caracterizaron este movimiento. En efecto, fuera de los textos cotidianos, el neoegipcio parece manifestarse por primera vez, de forma súbita, en los discursos puestos en boca del propio Akhenaton contenidos en las llamadas estelas fronterizas de Amarna, que, en sus restantes partes, están redactadas en egipcio medio tardío

(§ 21). Poco después, durante el reinado de Horemheb, se manifiesta también en un primer texto literario narrativo como *La leyenda del dios del mar y de Astarté* (tabla 1.2).

§ **25.** Los textos compuestos en neoegipcio se clasifican en tres categorías:

a) *Textos áulicos*: inscripciones regias, como las estelas fronterizas de Amarna (partes en discurso directo) (reinado de Akhenaton); el *Poema de Qadesh* o poema de Pentaur, el *Boletín de Qadesh* y el tratado de paz egipcio-hitita (reinado de Ramsés II); la relación de la primera guerra líbica y la *Estela de Israel* (reinado de Merenptah); la relación de la guerra contra los «Pueblos del Mar» y de la segunda guerra líbica (reinado de Ramsés III; § 228). Todos estos textos están documentados en versiones monumentales sobre muros de templos o estelas, esculpidas en jeroglíficos (fig. 1.6). Del *Poema de Qadesh* se conocen también tres copias en escritura hierática sobre papiro, y una versión de las guerras de Ramsés III se recoge asimismo en hierático en el gran papiro Harris (§ 75).

b) *Textos literarios*. Los textos literarios en neoegipcio pertenecen a tres géneros: el sapiencial (*Instrucción de Ani* e *Intrucción de Amenemope*), la poesía amorosa (papiro Harris 500; papiro Chester Beatty I) y la narrativa breve. Entre los relatos más conocidos se cuentan *El príncipe predestinado* (papiro Harris 500: un viejo rey es agraciado con un hijo al que las siete Hathors vaticinan una muerte temprana; el rey lo encierra en una torre para evitar que se cumpla su destino; fig. 2.6), *La toma de Yoppa* (papiro Harris 500: la ciudad cananea de Yoppa es tomada por los egipcios gracias a la estratagema de introducir en ella a nu-

Fig. 1.6. Detalle del texto del *Poema de Qadesh* esculpido en jeroglíficos en la cara exterior del muro meridional de la gran sala hipóstila del templo de Karnak. Fotografía del autor.

merosos soldados ocultos en grandes cestos), *Los dos hermanos* (papiro D'Orbiney: la esposa de Inpu, el hermano mayor, intenta seducir a Bata, el hermano menor, y, ante la negativa de este, lo acusa de haber intentado violarla; Bata consigue explicar a Inpu la verdad y, después de muchas peripecias y diversas metamorfosis, acaba convirtiéndose en faraón), *La contienda de Horus y Set* (inspirada en el mito de la lucha entre estos dos dioses) y *El viaje de Unamon* (muy a finales del Reino Nuevo, el sacerdote Unamon es enviado a Biblos en busca de madera de cedro para la construcción de la barca del dios Amón de Tebas y se encuentra con que Egipto ya no es temido ni respetado entre sus supuestos vasallos). Como se ve, muchos de estos relatos giran en torno a motivos literarios universales bien conocidos, que se documentan en las culturas y épocas más dispares, como el del príncipe o la princesa predestinados (*La bella durmiente*),

la toma de la ciudad por una tropa que se introduce en ella mediante un engaño (leyenda de la toma de Troya) o el intento de seducción de un joven hermoso y honesto por la esposa de su hermano o señor (historia de José y la mujer de Putifar, recogida en *Génesis* 39, 7–20, o mito de Belerofontes y Ántea, narrado en la *Ilíada* VI, 155–170, entre tantas otras versiones). Los textos literarios neoegipcios están escritos en hierático, sobre papiros.

c) *Textos cotidianos, administrativos y didácticos*: cartas, documentos administrativos y judiciales (como el papiro de la huelga bajo Ramsés III, los papiros de la conspiración de harén de Ramsés III o los papiros de los juicios por los robos en tumbas reales bajo Ramsés IX) y textos escolares y didácticos (misceláneas de la Época Ramésida, con elogios de la profesión de escriba y consejos o reproches a los aprendices de escriba; § 67). Estos textos están escritos siempre en hierático sobre papiros u *ostraka* (§§ 55, 73). Un gran número de ellos procede de la aldea de Deir el-Medina, en Tebas oeste, donde residían los artesanos especializados que excavaron y decoraron las tumbas reales del Reino Nuevo en el contiguo Valle de los Reyes (§§ 79, 81).

§ **26.** Como sucede con el egipcio medio, el neoegipcio no es tampoco un estado de lengua completamente uniforme y homogéneo. Dependiendo del género literario y del contexto histórico y social, los textos neoegipcios pueden presentar mayores o menores influencias de la lengua clásica de tradición. Así, los textos culturalmente más significativos (áulicos), siempre más conservadores, presentan más medioegipcianismos, mientras que los textos cotidianos y administrativos son los que presentan el neoegipcio más puro, es decir, el más próximo a la

lengua hablada. De hecho, los egiptólogos distinguen entre un *medio-neoegipcio* (estructuras morfosintácticas esencialmente neoegipcias pero con numerosos elementos medioegipcios, como se observa, por ejemplo, en cuentos como *El príncipe predestinado* o en textos áulicos como el *Poema de Qadesh*, el *Boletín de Qadesh* y la relación de la guerra contra los Pueblos del Mar) y el neoegipcio propiamente dicho o estándar (cuyas características gramaticales describiremos a continuación y que se observa en relatos como *Los dos hermanos*, *La contienda de Horus y Set* o *El viaje de Unamon* y, sobre todo, en los textos cotidianos, administrativos y didácticos —cartas, documentos legales y misceláneas escolares).

§ **27.** Desde el punto de vista gramatical, el neoegipcio se caracteriza por ser una lengua esencialmente analítica (§§ 11–13) y de estructura oracional SVOD (§ 14). En realidad, la mayoría de las estructuras del neoegipcio están presentes ya en medioegipcio (como puede verse en el ejemplo expuesto en el § 13). La diferencia esencial entre los dos estados de lengua estriba en que el neoegipcio generaliza el uso de formas que en medioegipcio eran menos frecuentes o marginales (las construcciones analíticas y perifrásticas). Junto a esto, además, en neoegipcio desaparecen ciertos usos y estructuras del medioegipcio (especialmente, la mayoría de las construcciones y formas verbales sintéticas) y aparecen otros nuevos.

Por lo que se refiere a la flexión nominal, se pierden las terminaciones de género y número, a causa de la evolución fonética de la lengua, que da lugar, por ejemplo, al debilitamiento y caída de la consonante *-t* y de la semivocal *-w* en posición final de palabra, siendo justamente estos sonidos los que constituyen las

terminaciones de femenino y de plural en medioegipcio (§§ 12, 22*a*, 128). En el caso del femenino singular, la terminación medioegipcia *-t*, vocalizada mayoritariamente *-/at/, da paso a una terminación vocálica, *-/e/ (*e* breve), que la escritura solo excepcionalmente anota (§ 28). En la lengua hablada, algunos sustantivos con oposición de género (como en esp. «hermano»/«hermana») presentan patrones distintos de vocalización para masculino y femenino. Estas alternancias vocálicas, que en realidad están presentes ya en medioegipcio como rasgo secundario de género, no se reflejan en la escritura por definición, y solo acaban haciéndose visibles en copto (§§ 8*b*, 120*d*). Así, por ejemplo, la oposición que en egipcio medio se escribía *sn / snt* y se pronunciaba */san/ / */sá:nat/, «hermano» / «hermana» (§ 7 *j*), es en neoegipcio */son/ / */só:ne/ y en copto ⲥⲟⲛ / ⲥⲱⲛⲉ (léase: *son / soone*; § 37) (para las transcripciones fonológicas: § 117). Estos patrones de vocalización, sin embargo, son aleatorios y un mismo patrón puede valer tanto para femenino como para masculino: el patrón del femenino */só:ne/, «hermana», se encuentra, por ejemplo, en el masculino */ró:me/, «hombre», copto ⲣⲱⲙⲉ (léase: *roome*). Por esta razón, la alternancia vocálica, además de darse en casos contados, no es en neoegipcio un factor inequívoco de discriminación de género y número. En estas condiciones, las categorías de género y número que el sustantivo deja de expresar a través de las terminaciones pasan a ser expresadas por medio del *artículo* antepuesto. El artículo obedece, como sabemos, a la tendencia del egipcio de pasar de una lengua sintética a una lengua analítica (§§ 11–13), y su aparición paralela a la desaparición de la flexión del sustantivo es a la vez condición y estímulo para esta. El artículo tiene, además, un valor deíctico y sirve para expresar la determinación (artícu-

lo determinado) o indeterminación (artículo indeterminado o ausencia de artículo) del sustantivo. Así, en relación con el artículo determinado, en los textos neoegipcios tenemos: *p3 sn* / *t3 sn*(*t*) / *n3 sn*(*w*) – *n3 sn*(*wt*), «el hermano» / «la hermana» / «los hermanos» – «las hermanas» (la forma de plural es común para masculino y femenino).

En el ámbito de los pronombres, el pronombre personal posesivo de carácter sintético del egipcio clásico (*sn=i*, «mi hermano», lit. «(el)-hermano-de-mí» —una palabra—; §§ 7*h*, 22*b*) deja paso a un nuevo adjetivo posesivo analítico (*p3y=i sn*, «mi hermano» —dos palabras).

Por lo que se refiere a la flexión verbal, la gran mayoría de las formas del neoegipcio son analíticas, y sobreviven pocas formas sintéticas de la fase anterior (una de ellas es el subjuntivo *sḏm=f*, «que él escuche»; §§ 13, 22*c*). En las formas analíticas, el sujeto (introducido por una partícula o no) antecede siempre al verbo, y de ahí que la estructura de la oración de predicado verbal sea ahora muy mayoritariamente SVOD (§ 14). Un ejemplo es el futuro *iw=f r sḏm*, «él escuchará», que veíamos en el § 13; si en medioegipcio la estructura de las construcciones analíticas es, de hecho, la de oraciones pseudoverbales (§ 22*m*), con su sujeto (aquí *iw=f*) y su predicado (aquí *r sḏm*), en neoegipcio se trata ya de estructuras gramaticalizadas, es decir, de unidades concentradas, de auténticas formas de la conjugación verbal (*iw=f-r-sḏm*).

Junto a las formas analíticas, el neoegipcio abunda también en formas perifrásticas, es decir, constituidas por dos verbos, uno de ellos en función de auxiliar (aporta los morfemas verbales pero pierde o matiza su significado original). Las perífrasis verbales vienen ya del egipcio clásico, pero es ahora

cuando su uso se generaliza. El verbo auxiliar más importante es *irí*, cuyo significado original es «hacer» y que sirve para construir formas perifrásticas parecidas a las que el inglés construye por medio *to do* (*I don't know*, 'yo-hago-no-saber', «yo no sé»). Un ejemplo de perífrasis lo encontramos en el propio futuro; cuando el sujeto es nominal en vez de pronominal, su estructura suele variar de *iw=f r sḏm* a *irí bꜣk r sḏm*, donde el auxiliar *irí* sustituye a la partícula *iw* y *bꜣk* es el sujeto nominal: 'hace-servidor-hacia-escuchar', «el servidor escuchará». Las formas perifrásticas, al implicar diversas palabras, son también de carácter analítico.

Es interesante señalar que algunos rasgos gramaticales propios del egipcio antiguo pero de uso muy limitado en egipcio medio reaparecen con fuerza en neoegipcio (§ 18). Uno de ellos tiene que ver, por ejemplo, con la flexión verbal y consiste en la característica presencia, en diversas formas verbales neoegipcias, de una *i-* inicial, prefijada a la raíz del verbo: *i.ḏd pꜣy=k rn* (léase: *i-djed...*), «di tu nombre» (imperativo). Este *revival* de estructuras gramaticales «adormecidas» en egipcio clásico puede reflejar la acción normativa de la «academia» de los escribas durante el Reino Medio, cuando la lengua es expurgada de rasgos considerados demasiado coloquiales o impropios del registro escrito, como sucede también con el uso del artículo *pꜣ*, documentado ya para la lengua coloquial del Reino Antiguo (§ 17) pero reprobado por los escribas del Reino Medio (§ 19). En el caso de alguno de estos rasgos, sin embargo, el fenómeno de la reaparición podría explicarse también por razones dialectales (el egipcio clásico y el neoegipcio parecen responder, en efecto, a dialectos distintos: § 8*b*).

§ **28.** Desde el punto de vista fonético, en neoegipcio culminan toda una serie de cambios que ya habían empezado en las etapas anteriores (§ 128). Los escribas se comportan de manera ambivalente ante estos cambios. La mayoría de las veces mantienen sustancialmente las grafías tradicionales, aunque las palabras en cuestión ya no se pronuncien como esas grafías anotan; más que escribir fonéticamente esas palabras, sonido por sonido, lo que hacen ahora es anotarlas como un todo, como si todos los signos que las componen constituyeran un único pictograma: lo que se escribía en el pasado se fosiliza como imagen de la palabra, independientemente de la pronunciación real de la misma (§ 53). Esto no quita que, debido a esta misma inadecuación entre escritura y pronunciación, las grafías de las palabras puedan incorporar uno o dos signos abusivos, a modo de terminación, sin ninguna función específica. Estos signos, que suelen ser los correspondientes a *-w*, *-y*, *-tw* o *-nw*, son un simple «tic» gráfico, no una realidad fonética; así, grafías como *ḫprw* o *qdnw* corresponden, en realidad, a *ḫpr* o *qd*, con todos los cambios fonéticos que, a su vez, puedan subyacer a estas lecturas. En otras ocasiones, los escribas optan, al contrario, por reproducir, total o parcialmente, la nueva pronunciación de la palabra, lo cual implica necesariamente un cambio en la grafía. Así, por ejemplo, una palabra que en egipcio medio se escribía *bdt*, «trigo», en neoegipcio pasa a escribirse *bty*, a causa de la evolución fonética de /d/ en /t/ y de la relajación y caída de -/t/ en posición final de palabra, sustituida por una terminación vocálica *-/e/ (§§ 27, 128) que los escribas, en algunos casos, anotaban convencionalmente con el signo para *-y* (tabla 4.3). Además, en neoegipcio se generaliza el uso de un subsistema gráfico especial, paralelo al estándar, que ya se había empleado

en el Reino Medio para anotar palabras y topónimos extranjeros, o sea, vocablos que, al no ser conocidos y, por tanto, no motivar lingüísticamente a los escribas, debían ser anotados fonéticamente con toda precisión, fonema por fonema. Se trata de la llamada *escritura por grupos* o *silábica*, que ahora es utilizada también para anotar palabras egipcias que, por ser neologismos o por no haber accedido antes al registro escrito, son tratadas por los escribas del mismo modo que los extranjerismos. La escritura por grupos consiste en combinaciones fijas de dos o tres signos cada una de las cuales anota, de manera inequívoca, uno de los fonemas consonánticos o semivocálicos de la lengua, acompañado o no de una vocal. Al tratarse de combinaciones distintas de las del sistema general, se reconocen fácilmente y el lector sabe que debe leer fonéticamente, grupo por grupo, o sea, sonido por sonido o sílaba por sílaba.

Desde el punto de vista del léxico, el neoegipcio se caracteriza por la incorporación de palabras procedentes de lenguas extranjeras (sobre todo semíticas), a causa de la intensificación de los contactos con el exterior que la creación del imperio egipcio en el Reino Nuevo supuso. Dentro del vocabulario específicamente egipcio, son frecuentes las sustituciones de términos que son sentidos como obsoletos (como, por ejemplo, el medioegipcio *s3*, «hijo», que es sustituido en neoegipcio por *šri*, término que en medioegipcio había significado «pequeño» y que ahora pasa a tener los dos sentidos), así como la creación de términos nuevos.

§ **29.** Los estados de lengua hasta aquí descritos, egipcio antiguo, egipcio medio, egipcio de tradición y neoegipcio, se escriben, como hemos visto y como muestra la tabla 1.1, con los

dos sistemas de escritura más antiguos del Egipto faraónico: el jeroglífico y el hierático. Los últimos dos estados de lengua en la evolución del egipcio, en cambio, se escriben con sus propios respectivos sistemas de escritura. Así, a la lengua demótica le corresponde la escritura demótica y a la lengua copta le corresponde la escritura copta. La aparición de estas nuevas formas de escritura supuso que el jeroglífico y también el hierático acabaran siendo reservados únicamente para usos sagrados, el primero en los monumentos y el segundo sobre papiro (§§ 40, 45, 52, 56*f*).

1.2.6. El demótico

§ **30.** El *demótico* (francés: *démotique*; inglés: *Demotic*; alemán: *Demotisch*) (tabla 1.1) es el estado de lengua propio de los textos en escritura demótica, que datan desde la Época Saíta (XXVI dinastía) hasta muy a principios de la Época Bizantina, entre el siglo VII aC y fines del siglo V dC. Los primeros textos en lengua y escritura demótica son de carácter administrativo y datan de mediados del siglo VII aC y la última inscripción fechada conocida es un grafito procedente del templo de Isis en Filae que data del 452 dC (§ 58). Estrictamente hablando, «demótico» es el nombre de la escritura, pues el término procede del adjetivo que los griegos emplearon para designar ese sistema gráfico ya en la Antigüedad (δημοτικός, *demotikos*, «popular»; §§ 40, 57), pero los primeros egiptólogos lo extendieron también a la lengua que esa escritura anotaba. De ahí que el mismo término sirva para designar un estado de lengua y un sistema de escritura a la vez, a diferencia de lo que sucede

con los estados de lengua y sistemas de escritura anteriores al demótico (§ 10). Esto no significa, sin embargo, que excepcionalmente no pueda haber textos que muestren las especificidades de la lengua demótica pero estén escritos en otro sistema de escritura, como el hierático (es el caso del cuento *El mago Merire* del papiro Vandier), y, viceversa, textos que estén en escritura demótica pero exhiban una gramática medioegipcia (como el *Himno a Amón-Re* del *ostrakon* Naville). Asimismo, está claro que algunos textos fechados al comienzo de la cronología del demótico, escritos en jeroglíficos o en hierático (como una estela en hierático procedente de Saqqara, que recoge la venta de una casa), son, en realidad, «transposiciones» de originales en lengua demótica. Parece que esta práctica fue común a lo largo de toda la historia del demótico (§ 95, en relación con la piedra de Rosetta) y que algunos textos en jeroglíficos de Época Romana esculpidos en los templos ptolemaicos pueden responder a ella.

§ **31.** Los textos en demótico son abundantísimos y mucho material está aún por estudiar y publicar. Los más numerosos, con diferencia, son los cotidianos y administrativos, que son también los más antiguos y, como es habitual, aquellos en los que mejor puede rastrearse la lengua hablada contemporánea. Los primeros textos religiosos y literarios no aparecen hasta el siglo IV aC. Como para los estados de lengua precedentes, los textos demóticos pueden clasificarse en cuatro categorías:

a) *Textos religiosos*. Aunque en esta época los principales textos sagrados (libros funerarios, textos esculpidos en los templos) siguen escribiéndose en egipcio de tradición (§ 23),

en demótico se compusieron textos religiosos de carácter más popular: compilaciones de textos mágicos (auténticos «manuales para magos», como el papiro mágico de Londres y Leiden), oraculares (preguntas y peticiones a los dioses) y astrológicos (horóscopos) y diversos tratados de oniromancia, en que los sueños son interpretados por sacerdotes y magos. En todos ellos se observa una fuerte influencia babilónica y griega. Igualmente, el demótico se utilizó en numerosas estelas funerarias o votivas de particulares.

b) *Textos áulicos*: decretos regios, como el de la piedra de Rosetta (§ 95, fig. 3.4).

c) *Textos literarios*. La literatura demótica es tan rica como poco conocida. Los tres géneros principales son el narrativo, el sapiencial y el profético. En el ámbito de la narrativa destacan dos ciclos de relatos, ambos de Época Grecorromana: las *Historias del príncipe Setne-Khaemwaset* y las *Gestas de Inaros y Petubastis*. Las primeras están inspiradas en la figura de Khaemwaset, cuarto hijo de Ramsés II y sumo sacerdote del templo de Ptah en Menfis, convertido aquí en un mago poderoso (de hecho, el nombre Setne es la reinterpretación del título sacerdotal *setem* que el Khaemwaset histórico ostentaba). Las segundas están inspiradas también en dos personajes reales: el rey Petubastis II de Tanis, destronado por Asurbanipal, rey de Asiria, y el príncipe Inaros, que luchó contra los persas en tiempos de Artajerjes I; se trata de relatos de carácter épico, en algunos de cuyos temas se deja sentir la influencia de los poemas homéricos y de la mitología griega (como en el cuento *Los egipcios y las amazonas*). Entre las obras sapienciales cabe destacar la *Instrucción de Ankhsheshonq*, la instrucción del papiro Insinger y el conjunto de fábulas de animales moralizantes re-

cogido en el llamado *Mito del ojo del sol* (Tefnut, hija y «ojo» del dios sol Re, abandona Egipto y se instala en Nubia tras haber discutido con su padre; para convencerla de que vuelva, el dios Tot, enviado por Re, le cuenta las fábulas). Al género profético pertenece la llamada *Crónica demótica*, una recopilación de oráculos relacionados con los faraones de las últimas dinastías indígenas y los primeros Ptolomeos seguidos de su explicación en clave profética, que anuncia la futura venida de un «mesías», un rey nuevamente indígena procedente de Heracleópolis. Todos los textos literarios demóticos se han transmitido en papiros.

d) *Textos cotidianos y administrativos*. Los textos administrativos son muy abundantes y variados: ventas, arriendos de tierras, préstamos, transacciones, acuerdos de negocios, herencias, matrimonios, divorcios, cuentas, inventarios, recibos de tasas, correspondencia privada... (fig. 1.7). Los documentos relativos a la posesión de bienes, a las transacciones económicas o a las herencias se guardaban de generación en generación, y esto daba lugar a la formación de archivos familiares, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros. A medio camino entre los textos literarios y los cotidianos se halla una curiosa composición, *Las desgracias de Peteisis*, una suerte de «justo sufriente» egipcio, que se hace eco de la corrupción de sacerdotes y funcionarios en tiempos saítas y persas.

La gran mayoría de los textos en demótico aparecen escritos en tinta sobre papiros, *ostraka* y, en menor medida, lino y madera. Los textos áulicos, que son escasos, están esculpidos en piedra o metal y presentan, como las estelas funerarias o vo-

Fig. 1.7. *Ostrakon* demótico con un texto administrativo procedente de Ain Manawir, en el oasis de Kharga. © Institut Français d'Archéologie Orientale (El Cairo).

tivas, una escritura más angular y, ocasionalmente, una ortografía simplificada, debido a la necesidad de adaptar una escritura esencialmente cursiva a los usos monumentales.

§ **32.** Como el egipcio clásico y el neoegipcio, el demótico muestra variaciones a lo largo de sus más de mil años de existencia. Los especialistas distinguen tres fases: el *demótico antiguo*, que corresponde a la Baja Época (siglos VII–IV aC); el *demótico medio*, que corresponde a la Época Ptolemaica (siglos III–I aC); y el *demótico tardío*, que corresponde a la Época Romana (siglos I–V dC). Especialmente en la última de estas fases se producen algunas innovaciones gramaticales, de acuerdo con los cambios en la lengua coloquial, como la aparición de algunas formas verbales perifrásticas nuevas, que después se transmitirán al copto. En efecto, el sistema verbal del copto es, en esencia, el del demótico tardío.

A lo largo de estas etapas, el demótico coexiste con dos lenguas extranjeras, con las que está en interacción constante. En la primera, concretamente durante la dominación persa,

con el arameo (§§ 5*e*, 7*j*). En el I milenio aC, el arameo se convirtió en la lengua franca de todo el Próximo Oriente (§§ 69, 234), y los grandes imperios que se sucedieron en la región, entre ellos el persa, la adoptaron como lengua oficial de sus cancillerías. Existen traducciones de textos legales entre el demótico y el arameo y traducciones de textos literarios arameos en demótico (como el *Cuento del sabio Ahiqar*); en un caso, un texto en arameo aparece escrito en caracteres demóticos (una selección de signos empleados alfabéticamente).

En la segunda y tercera etapas, el demótico coexiste con el griego, como lengua oficial de la administración de los Ptolomeos y, más tarde, de la parte oriental del Imperio Romano. En la corte de los Ptolomeos, el griego era la única lengua utilizada, y la propia familia real desconocía la lengua autóctona de Egipto (salvo excepciones, como la célebre Cleopatra VII). El conocimiento del griego se convirtió en una marca de distinción y de promoción social para las elites egipcias, aunque la mayor parte de las clases dirigentes provinciales, en especial el personal de los templos, mantuvo el demótico y lo empleó para comunicarse con la administración central. A causa del contacto prolongado, la interacción entre el demótico y el griego fue muy fecunda. Existen traducciones de textos legales y literarios en las dos direcciones. Por lo que se refiere a la literatura, por ejemplo, poseemos una traducción griega de una parte del *Mito del ojo del sol*, mientras que un texto que nos ha llegado solo en griego, *El sueño de Nectanebo*, es muy probablemente la traducción de un texto demótico perdido. Además, en los textos en demótico aparecen a menudo nombres y términos griegos transcritos en caracteres demóticos y, viceversa, en los textos en griego aparecen nombres y términos egipcios

transcritos en caracteres griegos. De este último uso derivará, en los primeros tiempos romanos, la escritura copta temprana (§§ 34, 63). En algunos casos, incluso, en un texto en demótico puede intercalarse un término griego escrito en caracteres griegos y viceversa.

Por lo que se refiere al latín en Época Romana, al ser el griego la lengua administrativa oficial de la mitad oriental del Imperio, su uso en Egipto fue relativamente limitado y su influencia en el demótico, prácticamente nula, aunque no dejó de ser también un importante instrumento de promoción social.

§ **33.** Desde un punto de vista lingüístico, el demótico es, en términos generales, muy afín al neoegipcio. De hecho, la diferencia más importante entre un estado de lengua y otro radica en el sistema de escritura que los anota. En el ámbito morfosintáctico, el demótico se caracteriza por el abandono de algunas formas verbales del neoegipcio y el añadido de otras. Retomando el ámbito de los futuros, con el que venimos ejemplificando la evolución del sistema verbal del egipcio en todas sus etapas, el demótico introduce, junto a la forma *iw=f r sḏm*, que ya conocemos (§§ 13, 18, 27) y que se mantiene para el futuro objetivo o general, una forma nueva para el futuro inmediato, de carácter analítico: *tw=f n3 sḏm*, en la que *=f* es el sujeto apoyado en la partícula *tw* y *n3* es el morfema de futuro inmediato; este último deriva del verbo neoegipcio *nʿi*, que significa «ir», de manera que etimológicamente la nueva forma significa «él va a escuchar», o sea «él escuchará (de inmediato)».

1.2.7. El copto

§ **34.** El *copto* (francés: *copte*; inglés: *Coptic*; alemán: *Koptisch*) (tabla 1.1) es el último estadio de evolución del egipcio de la segunda fase y de la lengua egipcia en general. Desde el punto de vista lingüístico, no se distingue demasiado del demótico, en concreto de su tercera fase (§ 32). Sin embargo, el copto refleja la lengua coloquial en mucho mayor grado que el demótico, de manera que hay especialistas que piensan que deriva, en realidad, de un neoegipcio hablado que habría evolucionado paralelamente al neoegipcio literario y al demótico (la lengua de los escribas) y no habría accedido al registro escrito. Por otra parte, la influencia del griego, sobre todo en el ámbito léxico y fraseológico, pero también en algunas construcciones sintácticas y en el uso de ciertas palabras gramaticales, como preposiciones y conjunciones, es asimismo muy determinante (el 20 % del vocabulario copto es de origen griego). Desde el punto de vista gráfico, la diferencia entre el copto y los estados anteriores de la lengua egipcia es completa, puesto que no se anota ya con un sistema de escritura autóctono, sino con una escritura alfabética basada en el alfabeto griego: el alfabeto copto (§§ 63 ss., 240).

El egipcio tardío escrito en caracteres griegos empieza a documentarse ya desde el siglo II aC en textos mágicos de tradición cultural faraónica, o sea, precristiana. Se trata de la fase que los especialistas llaman *copto antiguo* (inglés: *Old Coptic*), que se prolonga hasta el siglo II dC (aunque hasta el siglo IV aún se produce algún texto; §§ 36, 63). El paso a las formas definitivas de la lengua y la escritura coptas tiene lugar en un breve lapso de tiempo, entre los siglos II y III dC, y es obra de au-

tores cristianos. En efecto, en los primeros siglos de la era tuvo lugar la cristianización de Egipto, que a fines del siglo IV estaba ya prácticamente completada. A partir de este momento, la lengua y la escritura coptas pasaron a ser el vehículo de expresión de la cultura cristiana del país. Cuando los árabes llegaron a Egipto a mediados del siglo VII, toda la población autóctona era cristiana. La palabra *copto* deriva del árabe *qibt*, a su vez derivado del griego Αἰγύπτιος, *Aigyptios*, «egipcio» (§ 38*g*). Se trata, en origen, de un gentilicio, que designa a los habitantes nativos del país frente a los propios árabes. Pero puesto que esos habitantes eran todos cristianos, pronto «copto» pasó a ser sinónimo de «cristiano de Egipto» (§ 88) y la lengua y la escritura «coptas» fueron las de los textos producidos por el fecundo cristianismo egipcio. Puede decirse, pues, que lo único que queda de la cultura del antiguo Egipto en la civilización copta cristiana es un estado evolucionado de lengua, pues ni la escritura con la que ese estado de lengua se anota ni los contenidos de los textos que en él se producen tienen ya nada que ver con el pasado faraónico.

§ **35.** Por lo que se refiere a la producción escrita en copto, a excepción de los textos mágicos precristianos iniciales, se trata de una rica y creativa literatura cristiana (y también gnóstica y maniquea en sus inicios). La mayoría de los textos coptos conservados se guardan en o proceden de las bibliotecas de los monasterios, muchos de los cuales siguen activos aún hoy (como los de San Macario y San Pshoi en el Wadi Natrun, el de San Antonio en el desierto oriental, cerca del mar Rojo, o el «monasterio blanco» de San Shenute cerca de Sohag, en el Egipto medio), mientras que otros fueron abandonados por

razones diversas y se hallan actualmente en ruinas (como el de San Jeremías en Saqqara o el de San Simeón en Asuán). Se distinguen distintos tipos de textos:

a) *Textos bíblicos y apócrifos*. La primera traducción sistemática de la *Biblia* en copto tuvo lugar probablemente a principios del siglo IV y se convirtió en un referente para toda la literatura copta posterior en lo que a ortografía, vocabulario y gramática se refiere. El Antiguo Testamento fue traducido a partir de la versión griega de los Setenta (*Septuaginta*), que había sido elaborada en Alejandría por y para los judíos de la diáspora en el siglo III aC. Junto a los libros bíblicos, se han transmitido en traducción copta numerosos apócrifos, que proceden tanto de la tradición judía (*Sabiduría de Salomón*, «testamentos» de los patriarcas) como, sobre todo, de la cristiana (evangelios, textos sobre la vida de Jesús y de su familia, hechos de los apóstoles); se trata, en muchos casos, de la única versión conservada de estas obras.

b) *Textos gnósticos y maniqueos*. De los siglos IV y V datan las bibliotecas de códices coptos de Nag Hammadi (al sur de Abidos) y de Medinet Madi (en el oasis de El-Fayum). La primera es célebre por su descubrimiento novelesco. En 1945, dos hermanos campesinos que se habían dirigido al desierto rocoso próximo a su aldea para extraer un tipo de tierra blanda que se empleaba como fertilizante encontraron una jarra que medía casi un metro de altura. Dudaron antes de romperla, por miedo a que en el interior viviera un *djinn* o genio. Pero, atraídos por la idea de que pudiera contener oro, finalmente la rompieron y, para su decepción, encontraron trece códices de hojas de papiro encuadernados en cuero. Tras varias peripe-

cias y algunas mutilaciones, estos códices llegaron al Museo Copto de El Cairo, donde hoy se conservan. Los códices de Nag Hammadi contienen una importantísima colección de textos gnósticos. El gnosticismo cristiano, surgido en el siglo II en grandes ciudades del Imperio Romano, como Alejandría y Roma, es un movimiento espiritual basado en la *gnosis*, es decir, en el «conocimiento», que es superior a la fe y está reservado solo a unos cuantos elegidos. La doctrina gnóstica es esencialmente dualista: el mal, que no puede derivar de Dios, tiene su origen en la materia, creada por el Demiurgo, identificado con el Yahvé del Antiguo Testamento. El Dios del bien, supremo y perfecto, es accesible solo para los gnósticos tras un proceso de conocimiento y espiritualización (ascesis). Jesús, que no puede ser materia y que, por tanto, se ha hecho hombre solo en apariencia, es un ser espiritual que ha venido para hacer partícipes a los hombres de la gnosis. La biblioteca de Nag Hammadi está formada por evangelios y apócrifos (= «libros secretos»), como el *Evangelio de Tomás*, el *Apócrifo de Santiago*, el *Apócrifo de Juan*, el *Evangelio de la verdad* o el *Evangelio de los egipcios*, cartas, textos sobre los hechos de los apóstoles y textos apocalípticos. La biblioteca de Medinet Madi contiene, en cambio, ocho códices de textos maniqueos (homilías, salmos y un largo tratado doctrinal llamado *Kephalaia*). También el maniqueísmo, fundado en Persia en el siglo III por Mani, sostenía un rígido dualismo entre el bien y el mal, tanto en el plano metafísico como en el moral, con una consiguiente tendencia muy rigurosa hacia el ascetismo. Cuando los primeros concilios ecuménicos fijaron la ortodoxia cristiana, el gnosticismo y el maniqueísmo fueron condenados por heréticos y sus escritos fueron perseguidos. Fue, sin duda, entonces cuan-

do los códices de Nag Hammadi fueron ocultados en una jarra y enterrados. A partir de este momento (siglo V), los contenidos gnósticos y maniqueos desaparecieron de la literatura copta.

c) *Textos monásticos*. En este grupo se incluyen tanto textos producidos por los monjes como textos que tratan de ellos. Egipto es, junto con Siria, una de las cunas del monacato cristiano, tanto individual (eremítico) como colectivo (cenobítico). Egipcios fueron algunos de los primeros monjes y fundadores de comunidades monásticas, como Antonio y Pacomio (siglos III–IV). Sobre el primero escribió Atanasio de Alejandría (siglo IV) una *Vida de Antonio* —en griego pero pronto traducida al copto—, que tuvo una amplia difusión por todo el mundo cristiano. El segundo es autor de una regla monástica en copto que más tarde, a través de la traducción latina de Jerónimo, influiría decisivamente en el monacato europeo (regla de Benito). En el siglo V vivió y escribió Shenute, monje y abad del «monasterio blanco», junto a la moderna Sohag. Su extensa producción en copto, que consiste fundamentalmente en textos doctrinales, supone la fijación definitiva de la lengua copta como lengua literaria (vocabulario, gramática y retórica) (fig. 1.8).

d) *Textos pastorales*: sermones, homilías, panegíricos, cartas pastorales, vidas de santos y de mártires (que se leían en las festividades). Aunque se trata de textos estrictamente religiosos, en ocasiones se hacen eco de hechos históricos, como la *Vida de Isaac* de Samuel de Kalamun (siglo VII), que describe acontecimientos relacionados con la conquista árabe de Egipto.

e) *Textos litúrgicos e himnos*, algunos de estos últimos para ser cantados.

f) Textos mágicos (fórmulas curativas o para obtener poder y riqueza, dirigidas a Jesús o a los santos, pero también a dioses paganos), *oraculares* y *funerarios* (estelas), todos ellos continuación de tradiciones precristianas (§ 31*a*) mínimamente adaptadas a la nueva espiritualidad.

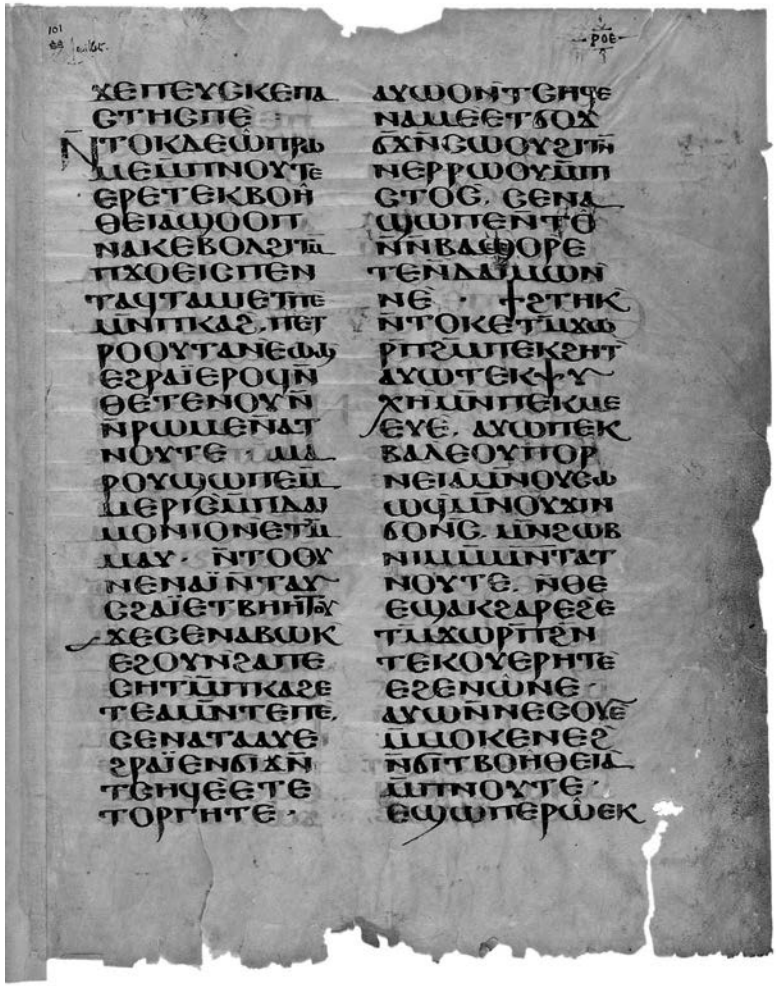


Fig. 1.8. Folio del códice IFAO-copto 1, que contiene escritos de Shenute de Sohag. © Institut Français d'Archéologie Orientale (El Cairo).

g) *Textos cotidianos y administrativos*, muy abundantes: textos escolares (copias de textos para aprendizaje de la escritura y la lengua, ejercicios matemáticos), cartas, documentos legales, textos «médicos» y «técnicos» (siempre de carácter muy práctico).

§ **36.** El copto es el único de los seis estados de la lengua egipcia en que pueden apreciarse tanto variaciones diacrónicas como diatópicas (§ 8). Por lo que se refiere a las primeras, tienen que ver más con la historia externa de la lengua que con cambios en la estructura gramatical de la misma. Los especialistas distinguen cuatro fases. La primera es el ya mencionado *copto antiguo* (§§ 34, 63), que se refleja en textos mágicos de antigua tradición cultural faraónica, o sea, precristiana, y se extiende desde el siglo II aC hasta el siglo II dC (aunque algún texto aislado data aún de los siglos III y IV). La segunda se extiende entre los siglos III y IX de la era cristiana, y supone el momento de mayor dinamismo y productividad de la lengua copta, tanto como lengua hablada como en el ámbito literario; en ella se compone la práctica totalidad de la literatura cristiana de Egipto y se introducen los numerosos helenismos léxicos y gramaticales que dan a la lengua copta su forma definitiva (§ 37). Aunque en el año 640 se produce la conquista árabe del país, en los primeros siglos el copto y el árabe conviven en situación de bilingüismo y el primero mantiene inalterado su estatus de lengua vehicular, litúrgica y de cultura. La tercera fase se extiende entre los siglos IX y XVII, y en ella tiene lugar el progresivo abandono del copto como lengua de cultura, primero, y hablada, después. Dejan de producirse nuevos textos originales y aparecen las llamadas *scalae*, vocabularios copto-

árabes para facilitar la traducción de textos y la enseñanza del copto, ahora en retroceso (§ 88). Por el mismo afán de preservación, en cambio, entre los siglos IX y XI la actividad de copia de manuscritos es febril; la mayoría de manuscritos literarios coptos que han llegado hasta nosotros data de este momento. Los autores cristianos adoptan progresivamente el árabe como lengua literaria; los primeros textos cristianos en árabe son traducciones de obras coptas, pero pronto aparecen las primeras composiciones originales en árabe. Del siglo XIV data un poema, el *Triadon*, que podría ser una de las últimas composiciones originales en copto (aunque también podría tratarse de la traducción de un original árabe). Al final de esta fase, el copto se extingue definitivamente como lengua hablada. La cuarta fase, que va desde el siglo XVII hasta la actualidad, es la del copto como lengua exclusivamente litúrgica, uso que también podría acabar perdiendo en el futuro inmediato. Si así fuera, desaparecería el último, tenue, lazo directo entre el mundo actual y la cultura egipcia antigua.

La lengua copta se caracteriza asimismo por su diversidad dialectal. Como sabemos (§ 8*b*), es más que probable que, ya desde las primeras etapas de su evolución, la lengua egipcia hablada se hubiera diferenciado en, al menos, dos dialectos, correspondientes uno al norte de Egipto (región de Menfis) y otro al sur (región de Tebas). Pero estos dialectos no se manifiestan en los textos de época faraónica porque sus diferencias, según indican los dialectos coptos, radican esencialmente en el vocalismo, y las escrituras egipcias autóctonas no anotaban las vocales (§§ 7*j*, 39*c*, 100, 119, 127). Cuando, en cambio, la sustitución de estas escrituras por la nueva escritura copta, basada en el alfabeto griego (que tiene letras para las vocales; §§ 39*c*,

63 ss., 240), hizo que la lengua egipcia pasara a anotarse vocalizada, los dialectos afloraron de manera natural en los textos. Conocemos la existencia de diversos dialectos coptos. Los más importantes, por su peso literario, son:

a) el *akhmímico*, propio de la región de Akhmim y utilizado hasta el siglo V, para ser sustituido después por el saídico. Desde el punto de vista fonético es, junto con el bohaírico, el habla más conservadora (§ 65; tabla 2.2). Presenta también el sistema gráfico más arcaizante de todos los dialectos coptos, parecido al del copto antiguo.

b) el *licopolitano*, originario de la región de Asiut (Licópolis en griego) y utilizado también hasta el siglo V, para ser después igualmente sustituido por el saídico. Es el dialecto de la mayoría de los textos gnósticos y maniqueos (§ 35*b*).

c) el *saídico*, originariamente el dialecto de la región de Tebas, extendido después por todo el Alto Egipto (en árabe, *al-Said*). En el Egipto medio sustituyó al akhmímico y al licopolitano. Documentado a partir del siglo IV, constituye la lengua literaria estándar desde ese momento hasta el siglo IX, es decir, en la etapa en que el copto fue una lengua literariamente productiva, con creación de textos originales. Es la lengua de Shenute (§ 35*c*).

d) el *bohaírico*, originariamente el dialecto de Menfis, Alejandría y el norte de Egipto (en árabe, *al-Buhaira*), se documenta también desde el siglo IV y se extiende por todo Egipto en sustitución del saídico como lengua literaria y sobre todo litúrgica a partir el siglo IX, coincidiendo con el traslado de la sede del patriarcado copto de Alejandría a El Cairo. Es el dialecto que se usa aún hoy en las iglesias coptas. Desde el punto

de vista fonético, es, junto con el akhmímico, el habla más conservadora y mantiene sonidos propios del egipcio de etapas anteriores que los demás dialectos coptos han perdido (§§ 64–65, 125, tabla 2.2).

e) el *fayúmico*, el dialecto del oasis de El-Fayum.

§ **37.** Desde el punto de vista lingüístico, el copto no se distingue demasiado del demótico, en concreto de su tercera fase (§ 32). La gramática copta supone el punto de llegada del largo proceso evolutivo de la lengua egipcia que hemos descrito en las páginas precedentes. Retomando los ejemplos gramaticales que nos han servido para ilustrar este proceso (§§ 12–14, 18, 27, 33), en el ámbito de la flexión nominal, los artículos y posesivos del neoegipcio y del demótico (§ 27) se transmiten directamente al copto. Así, los sintagmas formados por artículo y sustantivo *p3 sn*, «el hermano», y *t3 sn*(*t*), «la hermana», dan en copto: ⲡⲥⲟⲛ (léase: *p^{e}son*) y ⲧⲥⲱⲛⲉ (léase: *t^{e}soone*). Y el sintagma formado por posesivo y sustantivo *p3y=i sn*, «mi hermano», da en copto ⲡⲁⲥⲟⲛ (léase: *pason*). Y en el ámbito de la flexión verbal, las formas analíticas de futuro del demótico (§ 33) se transmiten tal cual al copto y dan lugar a lo que los coptistas llaman futuro I o futuro inmediato y futuro III o futuro objetivo y ahora también modal o exhortativo (§ 13). Así, la forma demótica *tw=f n3 sḏm* da lugar a la forma copta ⲫⲛⲁⲥⲱⲧⲙ (léase: *^{e}fnasoot^{e}m*), «él va a escuchar», «él escuchará» (futuro I), y la forma demótica *iw=f r sḏm* da lugar a la forma copta ⲉⲫⲉⲥⲱⲧⲙ (léase: *efesoot^{e}m*), «él escuchará», «que él escuche» (futuro III). De acuerdo con la evolución del sistema verbal del egipcio, los futuros coptos son verdaderos tiempos verbales, que expresan el tiempo «externo» de la acción más que el as-

pecto o tiempo «interno», que era lo que expresaban principalmente las formas sintéticas del egipcio de la primera fase (§ 14).

Desde el punto de vista del léxico, el copto se presenta fuertemente influido por el griego. Desde la aparición del primero hasta la conquista árabe en 640, en efecto, la lengua oficial de Egipto siguió siendo el griego, tanto en la Época Romana como en la Época Bizantina. Los textos oficiales y buena parte de los textos administrativos siguieron redactándose en griego, que era también la lengua de muchos de los textos sagrados cristianos traducidos al copto (§ 35*a*). Así, el léxico copto puede ser considerado casi como la suma de los léxicos de dos lenguas: la egipcia y la griega. Los términos griegos proceden de todas las categorías léxicas: sustantivos y adjetivos (incorporados en nominativo y no declinados), verbos (incorporados en infinitivo), preposiciones, adverbios, conjunciones (incorporados en sus formas originales); los autores coptos echaban mano de términos griegos con total libertad cuando les parecía que el contexto los requería. Incluso la sintaxis (que es el ámbito de la lengua menos sujeto a préstamos: § 7*g*) presenta una gran influencia griega, en parte porque, hasta la conquista árabe, los autores de los textos coptos se movieron siempre en un entorno cultural fuertemente helenizado, y en parte porque buena parte de los primeros textos fueron, como se ha dicho, traducciones de textos griegos.

§ **38.** Para concluir este capítulo, y a modo de curiosidad, es interesante señalar que algunas palabras o nombres propios del egipcio que se transmitieron al griego, al latín o al árabe, a

menudo por intermediación del copto, han acabado por llegar hasta nuestras lenguas. Es el caso de:

a) *adobe* (y cat. *tovot*), que procede del egipcio *ḏbt*, «adobe» (copto: **ⲧⲱⲃⲉ**, léase: *toobe*; árabe: *tūba*).

b) *ibis*, que procede del egipcio *hby*, «ibis» (copto: **ϩⲓⲃⲱⲓ**, léase: *hibooi*; griego: ιβις, *ibis*; latín: *ibis*).

c) *oasis*, que procede del egipcio *wḥꜣt*, «oasis» (copto: **ⲟⲩⲁϩⲉ**, léase: *uahe*; griego: οασις, *oasis*; árabe: *wāḥa*).

d) *ébano*, que procede del egipcio *hbny*, «ébano» (griego: ἔβενος, *ebenos*; latín: *ebenum* o *ebenus*).

e) *faraón*, que procede del egipcio *pr-ꜥꜣ*, originalmente «Casa Grande», «palacio», y desde el Reino Nuevo «faraón» (griego: φαραώ, *pharao*).

f) *Onofre*, nombre propio que proviene del epíteto del dios Osiris: *Wnn-nfr*(*.w*), «Aquel que perdura eternamente hermoso» (copto: **ⲟⲩⲉⲛⲟϥⲣⲉ**, léase: *Uenofre*; griego: Οννωφρις, *Onnophris*).

Otros nombres o términos son de origen menos seguro. Así:

g) *Egipto* podría proceder del egipcio *ḥwt-kꜣ-Ptḥ*, lit. «Morada del Ka de Ptah». Este término designaba en la Baja Época un santuario de Ptah de Menfis y, por extensión, toda la ciudad. Los griegos, para quienes Menfis representaba Egipto, lo habrían extendido al país entero y lo habrían helenizado en Αἴγυπτος, *Aigyptos*, de donde procedería el latín *Aegyptus* y nuestro *Egipto*. El gentilicio Αἰγύπτιος, *Aigyptios*, «egipcio», compartiría la misma etimología y de él deriva, a su vez, la palabra *copto*, a través del árabe *qibt* (§§ 34, 88).

h) *esfinge* deriva en primera instancia del griego Σφίγξ, *Sphinx*, y del latín *sphinx*. Se desconoce la etimología del térmi-

no griego, pero se ha propuesto que podría proceder del egipcio *šsp-ʿnḫ*, lit. «imagen viviente», «esfinge». En griego existe un verbo σφίγγω, *sphingo*, que significa «apretar», «cerrar», pero parece que la relación con Σφίγξ es secundaria (por etimología popular, porque la esfinge de la ciudad griega de Tebas tenía subyugada la ciudad).

i) Sobre *papiro* y *papel*: § 76.

Muchos topónimos del Egipto actual siguen siendo los antiguos topónimos faraónicos en su forma copta o griega adaptados a la fonética del árabe (§ 137).

CAPÍTULO 2

Las escrituras egipcias

2.1. Las escrituras egipcias: jeroglífico, hierático, demótico y copto

§ **39.** En sus cinco mil años de historia documentada (§§ 5*f*, 8), la lengua egipcia fue escrita con cuatro sistemas de escritura diferentes: el jeroglífico, el hierático, el demótico y el copto (tabla 1.1). Los primeros dos son, con mucho, los más longevos, ya que se utilizaron desde la aparición misma de la escritura en el valle del Nilo hasta el final de la civilización egipcia antigua, al término de la Época Romana, es decir, desde fines del IV milenio aC hasta los siglos III–IV dC (§§ 5*f*, 16, 23, 50, 56*af*, 177 ss.). Jeroglífico y hierático son, en realidad, la variante monumental y la variante cursiva de la misma tradición escrituraria. El demótico es de aparición mucho más reciente (siglo VII aC) y cayó en desuso solo algo después que los dos anteriores (siglo V dC) (§ 30). La desaparición prácticamente contemporánea del jeroglífico, el hierático y el demótico estuvo estrechamente vinculada al drástico cambio de civilización que supuso la sustitución de la cultura pagana antigua por la nueva cultura cris-

tiana (§ 170). Y en efecto, el cuarto sistema de escritura, el copto, aunque apareció en tiempos inmediatamente precristianos (los primeros testimonios datan del siglo II aC: §§ 34, 36), fue adoptado por los autores cristianos de los siglos II y III dC y se convirtió en el sistema gráfico de la civilización egipcia cristiana (copta).

Las diferencias principales entre las escrituras jeroglífica, hierática y demótica, por un lado, y la escritura copta, por otro, son tres:

a) Las tres primeras son escrituras autóctonas, es decir, creadas en Egipto para anotar la lengua egipcia en todas las fases de su historia faraónica. La escritura copta, en cambio, es exógena, puesto que consiste básicamente en el alfabeto griego (enriquecido de unos pocos signos demóticos) adaptado para anotar la lengua egipcia en su último estado de desarrollo (§ 64).

b) Jeroglífico, hierático y demótico son escrituras complejas, que combinan diversos tipos de signos y que, en consecuencia, poseen un elevado número de ellos (centenares o incluso miles: §§ 48–49, 158). Estos distintos tipos de signos pueden servir para anotar sonidos o palabras enteras o solo para indicar la categoría semántica de las palabras. Los describiremos más adelante en este capítulo (§ 47) y, en detalle, en el capítulo 4 (§§ 108, 111, 139 ss.). En cambio, los signos de la escritura copta son alfabéticos, es decir, se basan en el principio 'un signo = un sonido de la lengua' y, en consecuencia, son muy limitados en número: 31 (§§ 47, 64, 97, 140, 169, 215). Se trata, por tanto, de una escritura más «económica» y de mucho más fácil aprendizaje y uso.

c) Jeroglífico, hierático y demótico no anotan las vocales (§§ 100, 119, 127), sino solo la estructura consonántica de las palabras, como muchas escrituras semíticas (§ 7*j*), mientras que la escritura copta, al derivar del alfabeto griego, que cuenta con signos para las vocales, sí las anota.

En lo que se refiere a la forma gráfica de los signos, el jeroglífico se caracteriza por ser una escritura *pictográfica*, *figurativa* o *icónica*, en el sentido de que sus signos son pequeñas imágenes o iconos que reproducen seres, elementos naturales, objetos, acciones o procesos de la realidad. Junto a su valor lingüístico, los signos tienen capacidad de comunicar también a través de su propia forma plástica, es decir, tienen una «carga icónica» (§§ 41, 170). Las escrituras hierática, demótica y copta, en cambio, se caracterizan por no ser pictográficas. Las primeras dos son escrituras *cursivas*, es decir, de ejecución rápida y finalidad práctica, y sus signos responden, por tanto, a trazos de carácter convencional. Los signos demóticos derivan, en origen, de los hieráticos y estos son, a su vez, la versión cursiva de los jeroglíficos. Aunque los tres sistemas compartan, pues, la tipología y la «lista» de los signos, los del hierático y el demótico son gráficamente convencionales y carecen de cualquier propiedad figurativa que aporte un matiz de significación añadido al valor lingüístico. Los escribas demóticos, por ejemplo, no asociaban en ningún caso sus signos a imágenes concretas ni, si conocían la escritura jeroglífica, a los jeroglíficos correspondientes. En cuanto a las letras del alfabeto copto, como las de todos los alfabetos antiguos, son signos convencionales con un valor puramente fonético (aunque el origen último de todos los alfabetos no deje de ser pictográfico y «egipcio»...: §§ 215 ss.).

En lo que se refiere a la secuenciación gráfica, en las cuatro escrituras las palabras y frases se anotaban seguidas, sin espacios ni signos de separación entre ellas (con alguna salvedad en el caso de las frases: §§ 46, 53, 162).

§ **40.** Los nombres que actualmente utilizamos para designar las tres escrituras egipcias autóctonas, a saber, *jeroglífico*, *hierático* y *demótico*, son de origen griego. Tras la aparición del demótico y durante un milenio (desde el siglo VII aC hasta los siglos III–IV dC), estos tres sistemas de escritura coexistieron. Los griegos les pusieron nombre en función de los usos que tenían en esas etapas tardías.

Así, el nombre *jeroglífico* viene del griego ἱερός, *hieros*, «sagrado», y γλύφω, *glypho*, «esculpir», «grabar»; los griegos llamaban a la escritura jeroglífica γράμματα ἱερὰ, *grammata hiera*, «caracteres sagrados», o γράμματα ἱερογλυφικὰ, *grammata hieroglyphika*, «caracteres esculpidos sagrados» (§ 45).

El nombre *hierático* viene del griego ἱερατικός, *hieratikos*, «sacerdotal». Los griegos hablaban de γράμματα ἱερατικὰ, *grammata hieratika*, «caracteres sacerdotales» (§ 52).

Y el nombre *demótico* viene del griego δημοτικός, *demotikos*, «popular», en alusión al uso corriente y administrativo de este tipo de escritura. Los griegos hablaban de γράμματα δημοτικὰ, *grammata demotika*, «caracteres populares» (§ 57).

Aunque, como queda dicho, estos nombres dependen muy directamente de las funciones que las escrituras tenían al final de su historia, que es cuando los griegos las conocieron, ello no debe inducir a error sobre la esencia y los usos originales, sobre todo, de las escrituras jeroglífica y hierática. Así, si desde la Baja Época estas se habían especializado como escrituras ex-

clusivamente sagradas (sobre monumentos, el jeroglífico, y sobre papiro, el hierático; §§ 29, 49, 56*f*), en los primeros milenios de su historia el jeroglífico había servido también para escribir, por ejemplo, textos áulicos (inscripciones regias) y funerarios privados («biografías», *cursus honorum* de oficiales...), mientras que el hierático no había tenido un uso sagrado, sino que había sido la escritura de cada día, de los documentos administrativos y legales, de la correspondencia y de la literatura (§§ 17, 20, 25, 45, 55). Tampoco la escritura demótica fue solo una escritura documental: aunque ese fue su uso más propio y habitual, el demótico se utilizó también para ciertos tipos de textos religiosos y áulicos (§§ 31*ab*, 58).

En las páginas que siguen, vamos a examinar con más detalle cada uno de estos cuatro sistemas de escritura, sus características gráficas, su historia y sus usos.

2.2. La escritura jeroglífica y el jeroglífico cursivo

§ **41.** A los signos de la escritura jeroglífica egipcia y a su función está dedicado de manera monográfica el capítulo 4 de este libro. En este apartado analizaremos las características definidoras del sistema jeroglífico, en especial por comparación con los demás sistemas de escritura egipcios.

Como hemos visto (§ 39), la escritura jeroglífica es una escritura *pictográfica*, en el sentido de que sus signos, independientemente de su valor lingüístico, son pequeñas imágenes o iconos que representan seres, objetos o procesos de la realidad. En su conjunto, los varios centenares (o miles, en las épocas más tardías) de signos jeroglíficos configuran una verdadera

Weltanschauung o representación egipcia del mundo, comoquiera que proceden de todas las categorías en que los egipcios conceptualizaban culturalmente la realidad: seres humanos y sus partes; seres divinos; animales y sus partes (mamíferos, pájaros, reptiles, anfibios, peces, invertebrados); plantas; factores naturales del paisaje (cielo, astros, tierra, agua); factores antrópicos del paisaje (ciudades, edificios y sus partes, barcos y sus partes); emblemas sagrados, vestidos y aderezos regios (coronas, cetros); muebles, objetos cotidianos y alimentos (mobiliario doméstico, funerario, ritual; armas, cuerdas, aperos de labranza, herramientas de oficios diversos, instrumentos de escriba y de música, juegos, cestas, vasos de piedra o cerámica, panes y pasteles). Por su calidad de reflejo del mundo, el sistema jeroglífico fue incorporando signos nuevos a lo largo de su historia. Así, por poner tan solo dos significativos ejemplos, los jeroglíficos del caballo y el carro de guerra aparecieron a principios del Reino Nuevo, después de que sus referentes reales fueran introducidos en Egipto por los hyksos durante el Segundo Período Intermedio.

La representación fiel (naturalmente, según los cánones egipcios) de todos esos referentes de la realidad hace del sistema jeroglífico la escritura más icónica de todas las conocidas. A diferencia de otras escrituras pictográficas de la historia de la humanidad (§§ 169, 193, 226), que pasaron por sucesivos procesos de estilización y convencionalización gráfica, de modo que los signos acabaron por perder en mayor o menor grado su carácter figurativo (pictogramas sumerios que desembocaron en el cuneiforme o pictogramas chinos que han dado lugar a los *hanzi*), los jeroglíficos egipcios constituyen el único sistema pictográfico que, aun conviviendo con sistemas cursivos

como el hierático y el demótico, se mantuvo como tal desde sus orígenes hasta su desaparición. A lo largo de los más de 3.500 años de desarrollo de la civilización faraónica, pues, los jeroglíficos no perdieron nunca su esencia figurativa o icónica.

Los egipcios fueron bien conscientes de este carácter figurativo de los signos jeroglíficos, como indica el término que emplearon para designar de manera genérica un «signo jeroglífico»: *tit* (en transcripción: *tit*), literalmente «signo», «imagen», «icono». (Para la lectura de las transliteraciones de las palabras egipcias: §§ 7, 129–130; para las transcripciones: § 131.) De este modo, además de su función propiamente escrituraria como grafemas para anotar mensajes lingüísticos, los jeroglíficos podían revestir valores paralelos gracias, precisamente, al hecho de tratarse de imágenes. Por un lado, en efecto, era posible toda una serie de «juegos» gráficos basados en la relación entre las imágenes de los signos y los sonidos o palabras que estos anotaban, normalmente de carácter teológico o simbólico, pero también más puramente gráfico, que acabó dando lugar a la llamada *criptografía* (§ 49). Por otro lado, los signos podían asumir mágicamente las propiedades de los referentes del mundo real que reproducían, en virtud de la «forma» (y, por tanto, de la esencia) compartida. Esto es lo que motiva, por ejemplo, que algunos signos que representan animales peligrosos y que valen como meros fonogramas (es decir, sirven para anotar sonidos de la lengua, igual que nuestras letras; §§ 47, 139 ss.), puedan ser representados, en algunos contextos funerarios, mutilados, acuchillados o con la cabeza separada del cuerpo, para impedir que puedan hacer daño al difunto (§§ 168, 170; fig. 4.5). La «lectura lingüística» del texto jeroglífico corre paralela a toda otra esfera de significaciones y capaci-

dades expresivas, debidas al carácter icónico de los signos, cuyo sentido último está muy profundamente enraizado en la cultura egipcia y que, por tanto, a nosotros, lectores occidentales de hoy, se nos escapan o nos resultan opacas. El egiptólogo francés Pascal Vernus ha hablado del carácter «dúplice» de la escritura jeroglífica y el egiptólogo italiano Antonio Loprieno ha escrito: «La característica más manifiesta del sistema de escritura jeroglífico es precisamente que no fue concebido primariamente para comunicar, sino más bien para exhibir, para *persuadir*. La comunicación está vehiculada por significados y sonidos extensionales, la persuasión por matices e iconos intensionales, o sea, por imágenes». En efecto, mientras que el hierático, contemporáneo del jeroglífico, es una escritura reservada al ámbito de los escribas y de su actividad y cuyo sentido y razón de ser se agota en ese uso escriturario (como sucede con nuestra propia escritura), el jeroglífico es en gran medida una escritura de parada, de exhibición, de conmemoración, cuya finalidad no es solo comunicar mensajes lingüísticos (que la inmensa mayoría de la población egipcia no podía leer: §§ 79–80), sino también expresar, a través de su mera presencia y de la iconografía desplegada, el poder del faraón, de los dioses y de las elites, y, en definitiva, un orden cultural del mundo.

§ **42.** Además de pictográfica, la escritura jeroglífica es esencialmente *monumental*. Aparece esculpida, grabada o pintada sobre soportes duros, como piedra (caliza, arenisca, granito, basalto...), madera o, en muy menor medida, metal. Sus medios más propios son los muros de edificios cultuales o funerarios (templos a los dioses, templos y rampas funerarios o solares de los reyes del Reino Antiguo, templos de «millones de años» de los reyes del

Reino Nuevo, cámaras interiores de pirámides reales de fines del Reino Antiguo, tumbas reales y privadas, capillas, santuarios...), así como los obeliscos, las estelas, las estatuas, los ataúdes, los escarabeos y los objetos de parada, de lujo y de ajuar funerario, todos ellos de piedra, madera u otros materiales duros. También las paredes rocosas de *wadis* y caminos del desierto pueden albergar inscripciones jeroglíficas rupestres, normalmente conmemorativas de expediciones militares, mineras o comerciales enviadas por los reyes (§ 218), pero también debidas a particulares. El jeroglífico es, pues, una escritura esencialmente *epigráfica*, comoquiera que la epigrafía es la disciplina que estudia las inscripciones esculpidas, talladas o pintadas sobre materiales duros. Técnicamente, la elaboración de un texto jeroglífico solía implicar al menos dos tipos de profesionales: los escribas, que trazaban los signos sobre el soporte escogido para el texto, a menudo copiándolos de originales o de borradores en papiro y en escritura hierática (§ 17), y los escultores, tallistas o artesanos, que los esculpían, grababan, tallaban o pintaban. Los textos podían ser bien solo grabados, tallados o esculpidos (en relieve rehundido o en bajorrelieve), bien también pintados (en mono o policromía), bien solo pintados. A veces, las superficies en las que se había de escribir eran sometidas a una preparación previa que implicaba la elaboración de una fina capa de estuco en la cual se ejecutaban los signos. Son muy numerosos los casos de inscripciones dejadas a medias, en tumbas o estelas funerarias (por ejemplo, por defunción prematura del propietario), donde es posible ver aún las cuadrículas, las líneas de delimitación de la escritura y los signos trazados por los escribas que los artesanos no han tenido tiempo de esculpir o tallar o en los que justo han empezado a trabajar (fig. 2.1). En ciertos objetos se utilizan técnicas más so-

Fig. 2.1. Signos jeroglíficos a medio esculpir. Se aprecian bien la cuadrícula y el dibujo del contorno de las figuras y de los jeroglíficos. Tumba del visir Ramose (XVIII dinastía), en Tebas oeste. Fotografía del autor.

fisticadas, de marquetería y orfebrería, con materiales como piedras semipreciosas, fayenza y pastas de vidrio de colores, marfil o metales nobles. En muchos casos, los jeroglíficos constituyen verdaderas obras de arte, como —por poner solo algún ejemplo— los de la célebre capilla blanca de Sesostris I en el templo de Karnak (fig. 2.2) o los de las joyas del tesoro de Tutankhamon.

§ **43.** La gran variedad de soportes, de registros lingüísticos y de funciones que caracterizan los textos jeroglíficos, así como las preferencias personales y las habilidades de los escribas y artesanos hacen que un mismo signo pueda presentar, dentro de una forma estándar que lo identifica inequívocamente, algunas variantes y muchas realizaciones concretas. La *paleografía jeroglífica* es la disciplina que estudia la forma y las variaciones de los signos, tanto sincrónicas (o sea, en un momento dado o incluso en un mismo texto o monumento) como diacrónicas (o sea, en el tiempo).

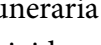
§ **44.** De todos los soportes, el único creado de manera específica para recibir textos jeroglíficos es la estela. La *estela* (en egipcio: *wḏ*, transcripción: *udj*, lit. «monumento», «piedra funeraria o fronteriza»; o bien  *ʿḥʿw*, *ahau*, lit. «que está erigido», «hincado»; §§ *7a*, 161*h*) consiste en un bloque monolítico de piedra o en una pieza de madera, de tamaños muy diversos, y tiene cuatro funciones principales: funeraria (para anotar los nombres, títulos y méritos de los difuntos y señalar el lugar de deposición de las ofrendas; se trata de la función más antigua, atestiguada ya desde la I dinastía en Abidos: § 201), votiva (en adoración o agradecimiento a los dioses), conmemorativa (de acontecimientos, como expediciones mineras o victo-

Fig. 2.2. Jeroglíficos de la capilla blanca de Sesostris I en el templo de Karnak. Fotografía del autor.

rias militares) o fronteriza (para marcar los límites de campos, fincas, ciudades, distritos administrativos o incluso de las regiones extranjeras sometidas por los faraones). Las estelas funerarias se erigían en las tumbas, las votivas y las conmemorativas, en santuarios, capillas y templos y las fronterizas, en el territorio. El contenido gráfico de la estela puede consistir solo en una inscripción jeroglífica o en una inscripción acompañada de iconografía o de ciertos símbolos profilácticos.

La tipología de las estelas es muy variada. El tipo más característico a lo largo de toda la historia de Egipto es el que toma la forma de un rectángulo vertical con el lado superior redondeado (figs. 1.3, 3.5). La parte superior de la superficie inscrita, bajo el arco, recibe el nombre de *luneta* y suele estar decorada con símbolos de protección y regeneración, como el disco solar alado ( ) o la combinación de los ojos *udjat* simétricamente dispuestos a lado y lado de tres iconos en vertical: el anillo *shen*, el agua y el recipiente de agua, que evocan el circuito diario del sol ( ). En el resto de la estela se disponen, por registros o sectores, el texto y la decoración iconográfica.

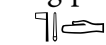
Durante el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio, sin embargo, el tipo más común de estela es la llamada *estela de «falsa puerta»* (en egipcio: *rwt*, *rut*, «puerta») (fig. 2.3). De carácter funerario y de uso tanto regio como privado, representa el punto de comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos: los primeros depositan las ofrendas funerarias en un altar situado frente a la estela con objeto de que el *ka* del difunto pueda acceder a ellas a través de la puerta. La estela de falsa puerta imita en dos dimensiones un entrante de un muro modulado en entrantes y salientes, rasgo muy característico de la arquitectura en adobe —primero— y en piedra —después—

Fig. 2.3. Estela de falsa puerta de Isi, funcionario del tesoro durante la VI dinastía, procedente de Saqqara y hoy en el Museo del Louvre.
© Musée du Louvre, Dist. RMN-Grand Palais / Georges Poncet.

de la Época Tinita y de comienzos del Reino Antiguo. De ahí que su superficie inscrita suela no ser lisa, sino modulada en dos o tres niveles, uno en un plano ligeramente más profundo que el otro, imitando las molduras hacia adentro de los entrantes de los muros. En la parte central inferior de la estela y en el plano más profundo se representa la «puerta» propiamente dicha, coronada por un tambor que probablemente representa una estera enrollada y en el que suele estar anotado el nombre del difunto. Dependiendo del tamaño, la estela puede poseer entre una y tres jambas a lado y lado de la puerta y entre uno y tres dinteles; del centro hacia el exterior, estos elementos son progresivamente un poco más salientes. En las jambas, el texto se dispone en columnas y en el dintel o los dinteles, en líneas horizontales. El texto y las representaciones de las partes simétricas de la estela suelen estar dispuestos simétricamente, «mirando» hacia el eje de simetría (o sea, en las jambas de la izquierda el texto se orienta de derecha a izquierda, mientras que en las jambas de la derecha lo hace de izquierda a derecha; §§ 46, 162). El texto y las imágenes de las partes no simétricas de la estela están orientados de derecha a izquierda, o sea, «mirando» a la derecha. Las inscripciones de las estelas de falsa puerta contienen los nombres y títulos de los difuntos, la fórmula de concesión de ofrendas por parte del rey y de los dioses funerarios y la enumeración de las mismas, así como otras fórmulas destinadas a asegurar al difunto el acceso al más allá.

Si los soportes duros son los definitorios de la escritura jeroglífica, esta puede utilizarse también, sin embargo, sobre un soporte blando como es la arcilla. Es el caso, por ejemplo, de las impresiones de sellos colocadas sobre documentos, recipientes o cierres de puertas para asegurar que se mantienen in-

tactos (ya desde los inicios mismos de la historia de la escritura; § 201), o de los conos funerarios, insertados formando frisos sobre las puertas de las tumbas privadas de los Reinos Medio y Nuevo, sobre todo en la necrópolis de Tebas, con la base circular impresa con los nombres y títulos del difunto colocada hacia el exterior.

§ **45.** Como se ve, pues, la escritura jeroglífica puede aparecer en medios tan diversos como muros de templos y tumbas, estelas, estatuas, muebles y objetos de los más variados, regios y privados. Su función primordial, sin embargo, no deja de ser sagrada y conmemorativa, es decir, la propia de los textos monumentales, religiosos (cultuales, litúrgicos, funerarios) y áulicos (inscripciones regias) (§§ 17, 20*ab*, 25*a*). De ahí que los egipcios llamaran a los jeroglíficos, ya desde el Reino Antiguo,  *mdw-nṯr*, *medu-netjer*, «palabras de dios» o «divinas» (§ 167). Al final de su historia, sin embargo, después de que el demótico fuera sustituyendo los sistemas de escritura más antiguos en buena parte de las funciones gráficas (§§ 31, 58), el jeroglífico quedó reservado de manera exclusiva a usos monumentales sagrados (tabla 1.1, columna «jeroglífico», abajo). Y fue en ese momento cuando los griegos le dieron el nombre con que aún hoy lo designamos, directamente vinculado a esa función específica tardía: γράμματα ἱερογλυφικὰ, *grammata hieroglyphika*, literalmente «caracteres esculpidos sagrados».

§ **46.** La escritura jeroglífica puede disponerse tanto en líneas horizontales como en columnas y orientarse tanto de derecha a izquierda como de izquierda a derecha. Para conocer la

orientación de un texto jeroglífico y, por tanto, la dirección de lectura, hay que observar la disposición de los signos asimétricos, en especial los que representan seres vivos. En efecto, en un mismo texto estos últimos «miran» todos en la misma dirección, que es la dirección por donde hay que empezar a leer (§§ 162 ss.). A diferencia del hierático y el demótico, que se escriben solo de derecha a izquierda (§§ 53, 62), el jeroglífico puede escribirse, pues, en las dos direcciones, aunque la dirección preferente es también de derecha a izquierda. Como en las demás escrituras egipcias, en jeroglífico las palabras se escriben seguidas, sin espacios entre ellas (§§ 39, 162).

Esta «flexibilidad» de orientación de la escritura jeroglífica es debida, precisamente, a su esencia de escritura monumental e integrada en la arquitectura y la iconografía. En efecto, por un lado, la arquitectura y los monumentos egipcios en general (estelas, obeliscos, estatuas) están regidos por un característico *principio de simetría*, relacionado con la visión egipcia del universo como dialéctica entre opuestos complementarios; en su calidad de escritura monumental, los jeroglíficos tenían que adaptarse a esta realidad cultural y poder disponerse de acuerdo con este principio. En la fig. 2.4 puede verse cómo un mismo texto está dispuesto a lado y lado del eje de simetría de un dintel de puerta de un templo del Reino Nuevo; el signo sirve, precisamente, de eje de simetría.

Por otro lado, la escritura jeroglífica es la que acompaña las imágenes representadas en las escenas esculpidas o pintadas en los templos, en las tumbas y en las estelas, y debía poder obedecer asimismo a la variedad de disposición y orientación de tales imágenes. Así, los textos asociados a los personajes representados están orientados como ellos. En la fig. 2.5 se re-

produce la decoración de la pared del fondo de una pequeña capilla dedicada por el rey Tutmosis III a la diosa Hathor en el templo de Deir el-Bahari, en la necrópolis de Tebas, hoy conservada en el Museo de El Cairo (JE 38575). La escena representa al rey, en pie (a la izquierda), haciendo una libación y quemando incienso ante el dios Amón, sentado en su trono (a la derecha). Las cuatro columnas de texto jeroglífico que quedan por encima de la figura del rey, que se refieren a él y contienen los cartuchos con sus nombres, están orientadas, como él, hacia la derecha (obsérvense, por ejemplo, los signos de la abeja, el pato, el ibis o las serpientes). En cambio, las tres columnas que quedan por encima y detrás de la figura del dios, que se refieren a él y contienen su nombre y epítetos y sus palabras, están orientadas, como él, hacia la izquierda (obsérvese, por ejemplo, en la columna tras el dios, el signo de la

Fig. 2.4. Dintel de una puerta del templo de millones de años de Ramsés III en Medinet Habu (Tebas oeste). Fotografía del autor.

cobra, repetido dos veces). En la luneta, los signos a lado y lado del eje de simetría representado por el cartucho real (§§ 94, 99 ss.) están orientados simétricamente, hacia la derecha los de la derecha y hacia la izquierda los de la izquierda (obsérvese, por ejemplo, la víbora cornuda a lado y lado), según el principio de simetría antes mencionado. En cuanto a la columna de texto que queda entre los dos personajes, la mitad superior (hasta el signo , que es simétrico) se orienta de

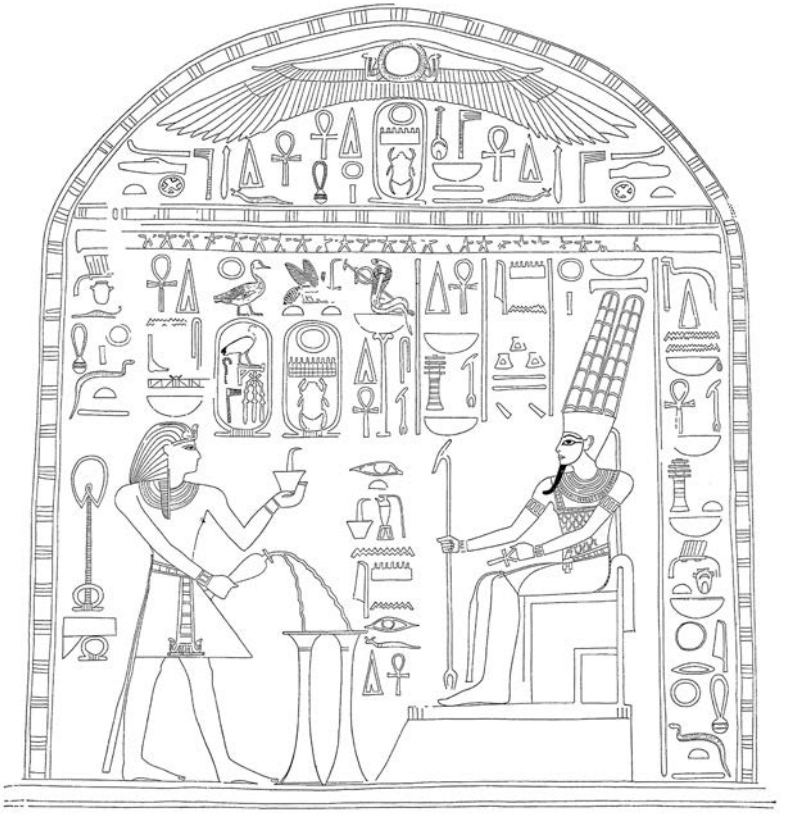


Fig. 2.5. Decoración de la pared del fondo de la capilla dedicada por Tutmosis III a la diosa Hathor en el templo de Deir el-Bahari, hoy conservada en el Museo Egipcio de El Cairo (de: Fischer 1977: 23, fig. 23).

derecha a izquierda y la mitad inferior, de izquierda a derecha (como puede reconocerse por la forma del signo del ojo, repetido dos veces, y la posición en él de la pupila); y en efecto, la primera mitad de la columna reza: «Hacer una libación ( ) y una incensación ( )...», acción que realiza el rey, que mira hacia la derecha, mientras que la segunda mitad reza: «...para Amón, (en cuyo beneficio) él (= Tutmosis) es un (rey) dotado de vida», secuencia que se refiere al dios, que mira a la izquierda. (Para otro ejemplo de integración entre texto jeroglífico e iconografía: § 152.) Obsérvese que en esta escena, imágenes como la de la jarra de libación o la del incensario o como las de los objetos que el dios sostiene en sus manos (y) tienen una doble función: iconográfica y escrituraria; muchas imágenes egipcias pueden, en efecto, ser utilizadas a la vez como motivos iconográficos, como símbolos (, y son empleados como tales, con los sentidos de vida, poder y estabilidad, en infinidad de contextos iconográficos y arquitectónicos) o como signos de escritura. De hecho, toda representación plástica es susceptible teóricamente de convertirse en un signo escriturario. Los signos de escritura se discriminan de los motivos iconográficos o de los símbolos por una serie de principios, como la *colocación* en el espacio gráfico, la *calibración* y la *orientación*, que tendremos ocasión de estudiar con más detalle en el capítulo 5 (§ 178*ade*), al hablar del origen de la escritura jeroglífica.

Como puede verse, pues, iconografía y texto están íntimamente relacionados en el antiguo Egipto. Prácticamente no hay imagen iconográfica que no vaya acompañada de alguna inscripción, por sencilla que sea (sí hay, en cambio, textos sin «ilustración») y esta necesidad de acoplar figuras e inscripcio-

nes en los monumentos es la principal causa de la doble orientación de la escritura jeroglífica.

§ **47.** Más allá de su carácter pictográfico e icónico y de las posibilidades expresivas y «realizativas» (mágicas) que este le confiere (§§ 49, 168, 170, 195 ss., 205), el jeroglífico es, en esencia, un sistema de escritura, es decir, un código gráfico para anotar mensajes lingüísticos de cualquier tipo y nivel de complejidad. Una secuencia jeroglífica es siempre, ante todo, un texto codificado mediante un sistema complejo de signos.

Una simple ojeada a una inscripción egipcia permite constatar que la escritura jeroglífica (como la hierática y la demótica) comporta un gran número de signos. No se trata, por tanto, de un sistema alfabético, ya que las escrituras alfabéticas son «económicas» por definición (§§ 39*b*, 97, 140, 169, 215). Como veremos detalladamente en el capítulo 4, dedicado de forma monográfica a la descripción de la escritura jeroglífica, de sus signos y de su funcionamiento, el sistema jeroglífico cuenta con dos grandes categorías de signos, dependiendo de si la imagen que estos reproducen interviene o no, como tal, en la codificación del mensaje lingüístico (§§ 139 ss., 157). Así, la primera categoría es la de los *fonogramas* o signos-sonido, que son signos que, independientemente de lo que representan, sirven para anotar sonidos consonánticos y que pueden ser *monoconsonánticos*, como , que anota la consonante *m*, *biconsonánticos*, como , que anota las consonantes *mn* (*m* + *n*), y *triconsonánticos*, como , que anota las consonantes *nfr* (*n* + *f* + *r*) (§§ 140 ss. y tablas 4.3, 4.4 y 4.5). La segunda categoría es la de los *semagramas* o signos-imagen, que son aquellos signos que reproducen una imagen cuya significación forma

parte intrínseca del mensaje lingüístico y que pueden ser *logogramas*, como , que representa una estrella y sirve, él solo, para anotar la palabra *sbȝ* que significa «estrella», y *determinativos*, como , que representa a un hombre que se lleva la mano a la boca y que no se lee, sino que informa genéricamente de que la palabra tras la que aparece escrito tiene una significación relacionada con [ACCIONES DE LA CABEZA O DE LA BOCA] o con [SENTIDOS-EMOCIONES]) (§§ 148 ss. y tablas 4.6 y 4.7; para la indicación convencional de las categorías semánticas: § 151). Como se verá (§§ 159–161), todos estos tipos de signos se combinan entre sí para anotar todas las palabras y cualquier tipo de mensaje lingüístico.

§ **48.** La escritura jeroglífica egipcia tiene una dilatada historia. Sus orígenes, que estudiamos en detalle en el capítulo 5 de este libro (§§ 171 ss.), se remontan a los últimos siglos del IV milenio aC, al final del Período Predinástico. El Estado faraónico no existe todavía, pero sí su precedente inmediato: el Estado del Alto Egipto que, justamente, emprende la unificación de las «Dos Tierras». En este contexto, la escritura (jeroglífica y cursiva) aparece con fines funerarios y mágicos (§§ 195 ss.), que constituyen desde este momento una de sus principales razones de ser. Los usos cultuales, áulicos y administrativos se irán añadiendo en las etapas inmediatamente posteriores, entre la Época Tinita y el Reino Antiguo (§§ 200–202).

El sistema jeroglífico como tal no aparece definitivamente configurado hasta comienzos del Reino Antiguo (§§ 16–17, 158–159), cuando cuenta con un millar de signos, y no recibe su forma «clásica» hasta el Reino Medio, gracias a la labor normativa y depuradora de los escribas de la administración central de este

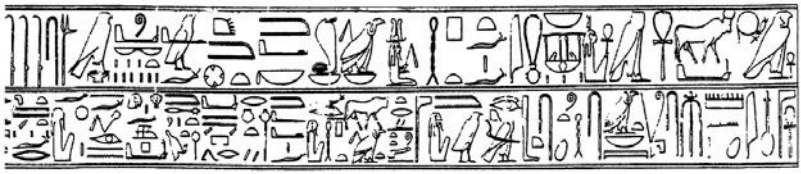
período (§§ 19, 56*c*, 69, 158–159). El número de signos desciende entonces a unos 750, de los que unos 250 son los más utilizados.

En estas primeras fases de la historia de la escritura jeroglífica, la disposición de los signos en la *caja de escritura* o registro virtual presenta su forma más «desahogada», es decir, con menos signos por unidad de espacio gráfico o segmento de línea o columna:

De: Collier; Manley 1998: 48.

Volveremos sobre ello en el capítulo 4 (§§ 163–164).

En el Reino Nuevo, y en concreto a partir de la Época Ramésida (xix y xx dinastías), la escritura jeroglífica experimenta importantes cambios. Por un lado, se deja sentir la influencia del hierático tanto en las grafías de algunas palabras como en el uso, en contexto jeroglífico, de las formas hieráticas de algunos signos, tras haberles dado una nueva factura jeroglífica. Este uso, conocido ya desde tiempos anteriores (como puede verse en la alternancia entre y , de los que el segundo es la transposición jeroglífica de una forma hierática abreviada del primero; tabla 4.3), se intensifica en este momento. Por otro lado, en las inscripciones, la disposición de los signos en la caja de escritura se hace ahora (y así permanecerá hasta el final de la historia de la escritura jeroglífica) más abigarrada, con menos espacios libres y con muchos más signos por segmento de línea o columna:



De: JUNGE 2001: 28.

§ **49.** Un nuevo cambio fundamental se produce en la escritura jeroglífica de la Baja Época y, sobre todo, de la Época Grecorromana. La disposición de los signos en la caja de escritura sigue los mismos principios que en la Época Ramésida, pero ahora el número de signos aumenta significativamente y alcanza los dos millares o más (la suma total depende de los criterios de definición y distinción de los signos que se empleen). En efecto, en este momento la escritura jeroglífica queda reservada, como sabemos (§§ 40, 45), al ámbito de los textos sagrados monumentales redactados en egipcio de tradición (§ 23) y es reemplazada en los demás usos por el demótico. Esto significa que su conocimiento y utilización quedan limitados a los restringidos círculos sacerdotales de los templos, en especial en las Épocas Ptolemaica y Romana. Conscientes del potencial simbólico de la relación entre las imágenes representadas por los signos y los sonidos o palabras que estos anotan, los sacerdotes de estas épocas tardías desarrollan hasta su límite el sistema jeroglífico, creando signos nuevos (sobre todo, logogramas) cada vez que lo requiere la especulación teológica, atribuyendo a los signos antiguos valores fonéticos nuevos (en muchos casos, múltiples valores para un mismo signo) y generalizando el uso de la llamada *criptografía*, es decir, el empleo de los signos jeroglíficos según códigos distintos del común (§ 41), que se convierte en la esencia misma de la reflexión teoló-

gica. Aunque la criptografía existe ya desde el Reino Antiguo, su uso se intensifica a partir del Reino Nuevo y se generaliza en la Época Grecorromana, cuando se convierte en una de las características definidoras del sistema jeroglífico. En realidad, será precisamente a causa del peso del «juego simbólico» en esta escritura jeroglífica tardía que se forjará, ya desde fines de la Antigüedad, la idea de que el jeroglífico era un sistema de símbolos de carácter esotérico y universal y no una escritura propiamente dicha, es decir, un código gráfico para anotar una lengua concreta. Como veremos (§§ 82 ss.), este prejuicio se transmitirá a la Edad Media y llegará a la Europa renacentista y barroca, para convertirse en una de las razones que retrasará el desciframiento de los jeroglíficos.

El sistema gráfico y gramatical empleado en los templos ptolemaicos es, en general, bastante uniforme. Aun así, a causa del carácter restringido y relativamente aislado de las comunidades sacerdotales de este período y a causa de las especificidades de los cultos, cada templo tiene sus peculiaridades, tanto en la grafía y el valor de los signos como en la gramática y el contenido de los textos. Dentro de la egiptología, la escritura y la lengua de cada templo ptolemaico supone una subespecialidad, y muchos egiptólogos han dedicado buena parte de su carrera investigadora al estudio de un solo templo, como los franceses Serge Sauneron en Esna y Sylvie Cauville en Dandara.

§ **50.** La escritura jeroglífica egipcia está en uso hasta el final de la Antigüedad (§ 39). La última inscripción en jeroglíficos de fecha conocida procede de la puerta de los Antoninos del templo ptolemaico de Isis en Filae y data del 394 dC (§ 86; fig. 3.1). Mientras que todos los demás templos fueron cerrados por el

emperador romano Teodosio tras la asunción del cristianismo como religión oficial del Imperio Romano en 380, el de Filae, en los confines remotos del Imperio, quedó abierto un siglo y medio más, hasta que en 551 el emperador bizantino Justiniano lo cerró definitivamente. Sabemos que durante el siglo V se compuso allí alguna otra inscripción jeroglífica no fechada y que muy probablemente alguno de los últimos sacerdotes que quedaban en el templo a mediados del siglo VI era capaz aún de leer la antigua escritura. Después de 551, sin embargo, los «secretos» de los jeroglíficos se perdieron definitivamente (§ 86).

§ **51.** Como puede observarse en la tabla 1.1, entre el jeroglífico y el hierático hay otra modalidad de escritura: el llamado *jeroglífico cursivo*. Se trata de un jeroglífico, no esculpido sobre piedra, sino escrito en tinta sobre papiro o pintado sobre madera o estuco, que gráficamente se distingue del jeroglífico epigráfico por su trazo veloz y estilizado pero sin llegar nunca a ser cursivo o hierático (fig. 1.5). Su razón de ser radica en su función: se utiliza solo en los papiros funerarios (especialmente en el *Libro de la salida al día* o *Libro de los muertos*, desde el Reino Nuevo), en los ataúdes (*Textos de los ataúdes* del Primer Período Intermedio y del Reino Medio) y en algunas paredes de tumbas estucadas (como las de Tutmosis III y Amenhotep II en el Valle de los Reyes), es decir, en aquellos textos que por contenido requerirían el jeroglífico (la escritura sagrada), pero que, al estar escritos en tinta sobre papiro o en pintura monocroma sobre madera o estuco (a imitación de la tinta), adoptan un grafismo más estilizado. Casi todos los signos del jeroglífico cursivo se reconocen bien y no hay ligaduras (§ 53). Como el jeroglífico, el jeroglífico cursivo puede escribirse de derecha a

izquierda o de izquierda a derecha. Puede decirse que se trata de un sistema formalmente a medio camino entre el jeroglífico y el hierático.

2.3. La escritura hierática

§ **52.** Si el jeroglífico es la escritura destinada a los textos monumentales y sentidos como culturalmente más significativos por los egipcios, el hierático es la correspondiente escritura cursiva y fue creada paralelamente al jeroglífico para los usos cotidianos, que requerían una escritura más rápida y ágil, es decir, para los textos de la administración y la economía, para los documentos legales y la correspondencia y también para la literatura, que en Egipto formó parte siempre del ámbito cotidiano (o «profano»).

El término *hierático* puede resultar equívoco. Como hemos visto (§ 40), procede del adjetivo griego ἱερατικός, *hieratikos*, que significa «sacerdotal». El primer autor griego que empleó la palabra ἱερατική, *hieratike*, para aludir específicamente a esta escritura por oposición al jeroglífico y al demótico fue Clemente de Alejandría, que vivió entre los siglos II y III dC (*Stromata*, v, 4; §§ 57, 84). Y es que en ese momento el hierático se encontraba ya en la etapa final de su larga historia y había perdido su función original y definidora (sustituido por el demótico) para convertirse en una escritura reservada a textos sagrados sobre papiro (§ 56*f*). A ese uso se refieren el término griego y el actual. Pero la primera razón de ser del hierático y su función durante la mayor parte de su historia, desde los orígenes, a comienzos del III milenio aC, hasta comienzos de la Baja Época, en el siglo VII aC (§ 56*be*), fue la de servir de escritura cursiva de cada día.

§ **53.** La escritura hierática podía disponerse de dos maneras: en columnas (más habitual al principio) o en líneas horizontales (más habitual al final). A diferencia del jeroglífico, que podía orientarse tanto de derecha a izquierda como de izquierda a derecha (§§ 46, 162 ss.), la orientación del hierático era siempre de derecha a izquierda (o sea, al revés que nuestra escritura latina). En el caso de textos escritos en columnas, tanto las propias columnas como los eventuales grupos de signos en cada línea de una columna se escribían y leían de derecha a izquierda (fig. 1.4). En el caso de textos escritos en líneas horizontales, estas formaban «páginas» que se sucedían una junto a otra, también de derecha a izquierda, en la longitud del papiro (fig. 2.6). En todos los casos, pues, los signos que evocan seres vivos (aunque sea de manera esquemática) «miran» o están orientados hacia la derecha.

Los signos hieráticos son, en origen, la versión cursiva exacta de los signos jeroglíficos: a cada signo jeroglífico corresponde un signo hierático y el orden y la posición relativa de los signos en la secuencia escrita son básicamente los mismos (fig. 2.7*ab*). En efecto, la «filosofía» que subyace a ambos sistemas de escritura es en esencia la misma, puesto que la razón de ser de su oposición es funcional: el jeroglífico es la escritura monumental y se emplea esculpida mayormente sobre piedra, mientras que el hierático es la escritura cursiva y documental y se escribe en tinta fundamentalmente sobre papiro y *ostraka* (§§ 20*cd*, 25, 73 ss.). Desde el punto de vista plástico y formal, frente a los signos jeroglíficos, los hieráticos suponen una esquematización que los reduce a una serie de trazos convencionales. Dependiendo de la cronología y del contenido del texto, esta esquematización puede ser menos o más acusada. Así, cuanto más antiguo y cuidado es el texto, más próximos están los signos hieráticos a

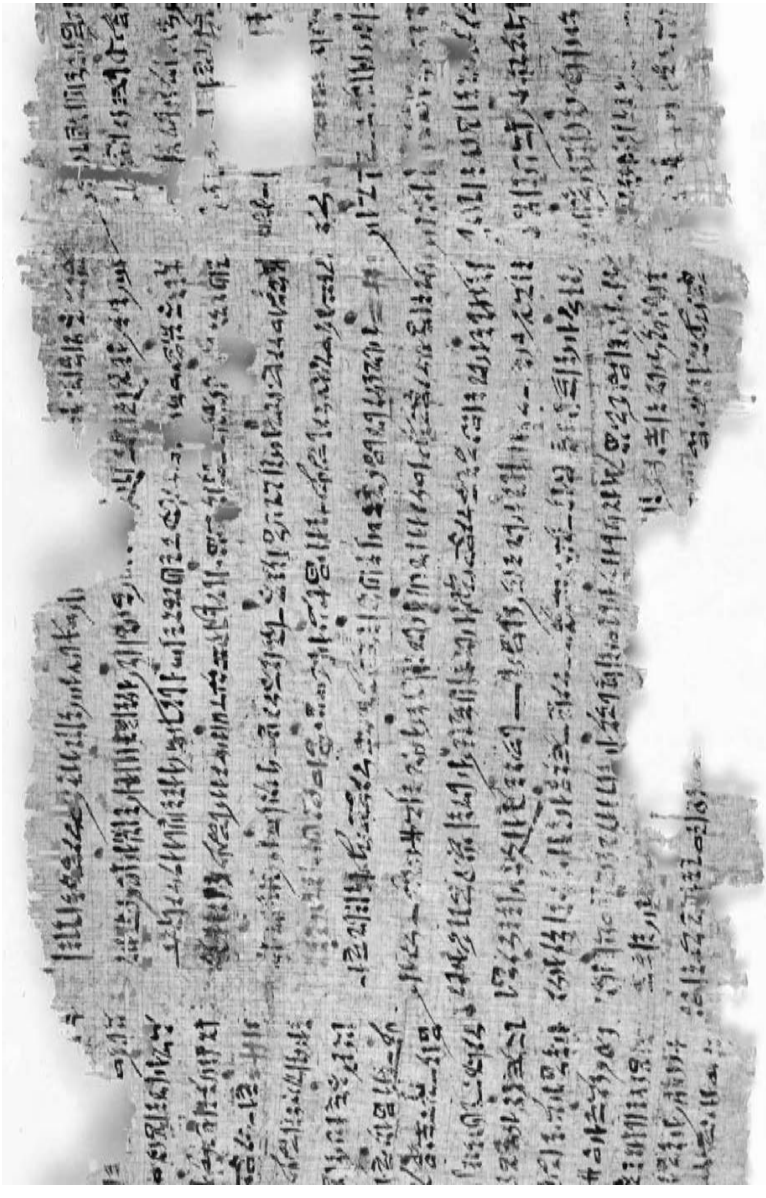


Fig. 2.6. «Página» del papiro Harris 500 (XIX dinastía) que corresponde al texto del cuento de *El príncipe predestinado*. Este manuscrito, en escritura hierática, es un compendio de textos literarios. © The Trustees of the British Museum.

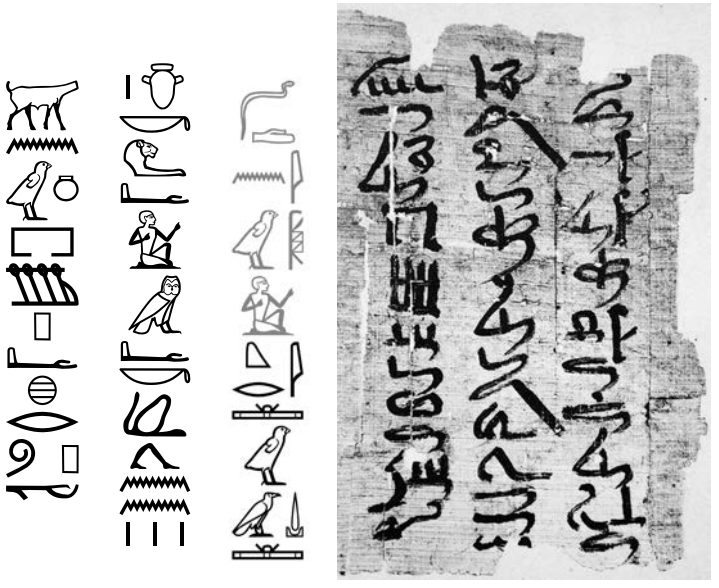


Fig. 2.7. a) Columnas iniciales de un papiro literario en escritura hierática del Reino Medio (papiro de San Petersburgo 1115, con el *Cuento del náufrago*) (derecha) y su transcripción en jeroglíficos (izquierda); ambos textos están dispuestos en columnas orientadas de derecha a izquierda, y en el original los primeros siete signos están escritos en tinta roja, o sea, forman una rúbrica, mientras que el resto de las tres columnas está escrito en tinta negra.

los correspondientes jeroglíficos, hasta el punto de que, en muchos casos, pueden llegar a reconocerse las imágenes que subyacen a ellos. En cambio, cuanto más tardío y documental es el texto, más tienden los signos a esquematizarse, deformarse y volverse irreconocibles en términos figurativos. Sea como fuere, los escribas fueron siempre plenamente conscientes de la correspondencia signo por signo de las dos escrituras, como lo demuestra, por ejemplo, el llamado *papiro de los signos*, datado de Época Romana, sobre el que habremos de volver (§ 68).

Por otra parte, la mayor o menor estilización de los signos también depende de su frecuencia de uso. Así, los signos

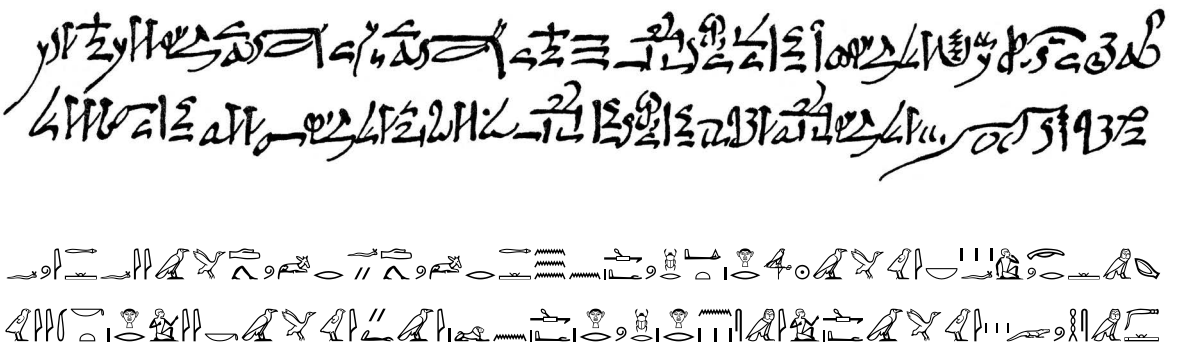


Fig. 2.7. b) Dos líneas de un papiro literario en escritura hierática del Reino Nuevo (papiro D'Orbiney, con el cuento de *Los dos hermanos*) (arriba) y su transcripción en jeroglíficos (abajo); ambos textos están orientados de derecha a izquierda y en el original las dos líneas están escritas en tinta negra.

que más se utilizan (los monoconsonánticos; §§ 47, 140–142, tabla 4.3) se estilizan más y los que se utilizan menos suelen preservar mejor su componente icónica. He aquí un cuadro comparativo entre signos jeroglíficos y signos hieráticos de papiros literarios del Reino Nuevo.

Jeroglífico	Hierático	Jeroglífico	Hierático

Que jeroglífico y hierático compartan la misma «filosofía» de escritura no significa que no haya algunas diferencias significativas entre ellos. Así, una de las características definidoras de la escritura hierática, como de todas las escrituras cursivas, son las *ligaduras* entre signos, es decir, el hecho de que dos o tres signos puedan aparecer unidos en un único trazo continuado. Las ligaduras son debidas a que el escriba traza los signos en cuestión sin levantar el cálamo del papiro, a causa del carácter rápido y práctico de la escritura. Los jeroglíficos, al ser una escritura pictográfica y monumental, no presentan nunca ligaduras entre signos. Viene a ser la misma diferencia que en el alfabeto latino se da entre la escritura CAPITAL (en que las letras se mantienen separadas unas de otras) y la escritura *cursiva* (en que las letras están ligadas). En hierático, sin embargo, solo algunos signos son susceptibles de ser ligados, y solo en determinadas combinaciones, y no todos como en la cursiva latina. A veces, los signos ligados pueden deformarse considerablemente. He aquí ejemplos de ligaduras hieráticas (también procedentes de papiros literarios del Reino Nuevo) comparadas con los correspondientes grupos jeroglíficos (compárense también con los signos individuales de la lista anterior):

Jeroglífico	Hierático

El hierático se distingue del jeroglífico también por el empleo de ciertas marcas o trazos diacríticos para diferenciar signos distintos que, a causa de la grafía esquematizada, resultan tan parecidos que podrían confundirse. En hierático es frecuente además que los signos más complejos aparezcan sustituidos por un simple trazo oblicuo, cuando el contexto permite reconocer sin dificultades de qué signos se trata. Las grafías de las palabras tienden a ser más fijas en hierático (al menos en un mismo texto), mientras que en jeroglífico suele haber más variabilidad, por razones de adaptación al espacio gráfico disponible o con objeto de facilitar el «juego icónico» (§§ 41, 157*h*, 159, 170). De hecho, durante el aprendizaje de la escritura hierática, los escribas memorizaban las palabras enteras, como unidades gráficas, y procedían por palabras más que por signos o sonidos individuales sucesivos. Esto es especialmente así en los textos neoegipcios, por razones fonéticas a las que ya hemos hecho alusión (§ 28). Las hieráticas son también grafías más completas, ricas en signos fonéticos redundantes (§§ 147, 157*i*) y en determinativos (§§ 47, 151 ss.), en contraste con el jeroglífico que, sobre todo en algunos contextos (§§ 155, 159), suele ser más «económico».

Si en jeroglífico no hay ningún signo de puntuación, en hierático pueden emplearse puntos negros o, más frecuentemente, rojos colocados en medio o por encima de la línea de escritura, para indicar límites entre frases, secuencias o versos, así como pequeños trazos también negros o rojos para marcar el final de las secciones de un texto (fig. 2.6). Esto es especialmente frecuente en textos literarios y religiosos sobre papiros u *ostraka*. Finalmente, por definición, los signos hieráticos, a diferencia de los jeroglíficos, se escriben en tinta, que puede ser negra o roja. En muchos textos se utiliza solo la tinta negra, pero en muchos

otros se utiliza también la tinta roja, por ejemplo en las llamadas *rúbricas* (del latín *ruber*, «rojo»), o sea, secuencias de entre uno y pocas decenas de signos escritos en rojo para indicar el inicio del texto, de una sección nueva del mismo o de un párrafo (figs. 2.6 y 2.7). También puede emplearse para señalar totales en sumas o recuentos o para hacer añadidos o correcciones en textos ya escritos. En los papiros religiosos, el rojo puede servir para escribir palabras relacionadas con el dios Set o con seres o procesos considerados maléficos, con la finalidad mágica de conjurar y desactivar su efecto, y en los papiros mágicos pueden aparecer en este color las instrucciones para la ejecución de los conjuros.

§ **54.** Como hemos visto, el hierático presenta variaciones en el tiempo, y, como veremos a continuación (§ 56*cde*), también puede presentarlas en el espacio y en razón del tipo de texto. Pero, al tratarse de una escritura cursiva, es decir, de una escritura manual, existe un cuarto factor de variación fundamental, que es el individual. A pesar de que, en cada etapa, los escribas siguen convenciones fijas y bien establecidas, la «personalidad gráfica» de cada escriba, que depende de su formación y de sus preferencias, se manifiesta indefectiblemente en cada texto, bien en el *ductus* de la escritura o en la forma de los signos, bien en la disposición general del texto. La *paleografía hierática* es la disciplina que estudia las diferencias en la ejecución de los signos a lo largo del tiempo y en los distintos manuscritos. Gracias a ella es posible datar con notable precisión textos no fechados y, en algunos casos, señalar el lugar en que fueron escritos e, incluso, la «mano» particular que los escribió.

§ **55.** El hierático es la escritura de los textos «cotidianos», en el sentido más amplio del término, es decir, de los textos no sa-

grados y no monumentales, desde el Reino Antiguo hasta el Tercer Período Intermedio: textos administrativos, legales, jurídicos y económicos, documentos privados y correspondencia, textos médicos y matemáticos, textos escolares y didácticos y textos literarios (§§ 17, 20, 25, 67). Todos ellos están escritos en tinta sobre un soporte blando como es principalmente el *papiro* (§§ 74–78), pero también el cuero y los tejidos (sudarios o vendas de momias desde el Tercer Período Intermedio en adelante), o bien sobre soportes duros como son los *ostraka* (fig. 2.8) y, en menor medida, las tablillas o tablas de madera de sicomoro, que podían borrarse, para uso sobre todo de los aprendices de escriba (§ 73). Anotaciones en hierático se hallan también sobre recipientes de cerámica, como las ánforas de vino, con indicaciones de fechas y fincas de procedencia. Los llamados *textos de execración* aparecen sobre estatuillas y vasijas de arci-

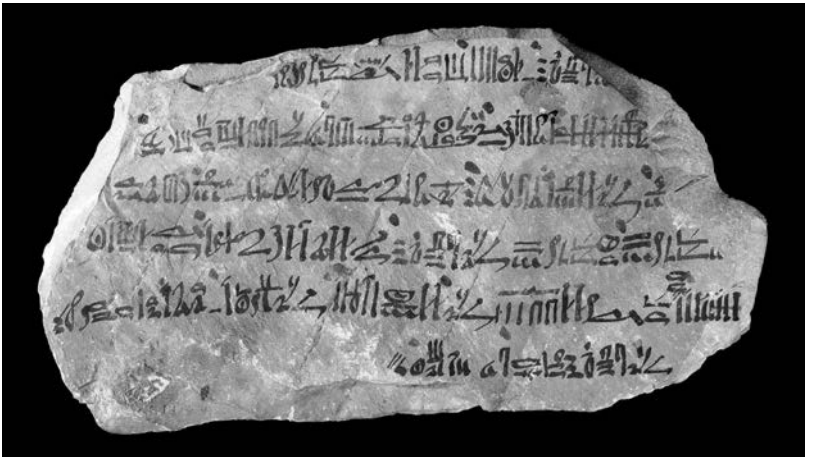


Fig. 2.8. *Ostrakon* de piedra caliza de la XX dinastía, con la cuidada copia de un texto administrativo en escritura hierática efectuada por un aplicado aprendiz de escriba. El texto está dispuesto en seis líneas que se leen de derecha a izquierda. Museo del Louvre. © Musée du Louvre, Dist. RMN-Grand Palais / Christian Decamps.

lla, rotas o enterradas en el curso de ritos de magia negra contra las personas o pueblos citados en el texto. La mayoría de los miles de grafitos que se documentan por todo Egipto están escritos en tinta y en hierático; los hay, por ejemplo, en canteras y en antiguos monumentos reutilizados o visitados por escribas o personas letradas de épocas posteriores (como los escribas que, en el Reino Nuevo, dejaron constancia de su visita al recinto de la pirámide escalonada de Netjerkhet o Djeser en Saqqara). Finalmente, algunos textos en hierático pueden hallarse incisos en superficies rocosas de *wadis* y caminos del desierto, sobre estelas (Tercer Período Intermedio) o, incluso, sobre tablillas de arcilla, igual que en Mesopotamia. Es el caso de las tablillas administrativas y «cotidianas» de la ciudad del Reino Antiguo de Ain Asil, en el oasis de Dakhla, donde se utilizaba este material a falta de papiros: los signos se grababan en la arcilla cruda con un estilete en punta (fig. 2.9) (§§ 193, 226).

§ **56.** En la historia de la escritura hierática pueden reconocerse seis etapas:

a) *Cursivo temprano* (desde fines del IV milenio hasta fines de la II dinastía, c. 2700 aC). Los primeros signos cursivos aparecen aislados o en secuencias de dos o tres (§§ 179–181, 189) y todavía no presentan todas las características formales y funcionales del hierático (ligaduras, pérdida de iconicidad, uso documental...). De hecho, la única diferencia con el jeroglífico contemporáneo es que se trata de signos escritos en tinta y en algunos casos estilizados, y no de signos esculpidos o grabados como son los jeroglíficos. De ahí que sea más adecuado llamar genéricamente a esta escritura *cursiva* y no aún *hierática*.

Fig. 2.9. Tablilla de arcilla procedente de Ain Asil (oasis de Dakhla), con un texto grabado en escritura hierática dispuesto en seis columnas. Museo de Kharga. Fotografía de Txomin Beltran.

b) *Hierático antiguo* (desde fines de la II dinastía hasta fines de la XI dinastía, c. 1990 aC). La escritura hierática definitivamente formada empieza a documentarse a fines de la II dinastía sobre vasos de piedra (§ 201), aunque debió utilizarse ya en la I, como testimonia indirectamente el hallazgo de un rollo de papiro no escrito en una mastaba de ese período en Saqqara norte (§§ 78, 201). De la IV dinastía datan los primeros *ostraka* de piedra caliza escritos, así como los papiros escritos más antiguos documentados que, descubiertos recientemente en Wadi

el-Djarf, en el golfo de Suez, registran el abastecimiento de las expediciones mineras que salían de este antiguo puerto hacia el Sinaí (§ 218) y aluden también a los trabajos de construcción de la gran pirámide de Keops. De la V y VI dinastías datan otras dos importantes colecciones de papiros administrativos: la de Abusir (decretos reales, cartas y registros relacionados con la administración de los templos funerarios regios de esta localidad) y la de Elefantina (cartas y documentos legales) (§ 17). En esta etapa, los signos hieráticos son bastante parecidos formalmente a los signos jeroglíficos correspondientes; solo la escritura de los papiros de Abusir resulta más cursiva. En los papiros, los textos se disponen en columnas que se leen de derecha a izquierda, aunque los documentos administrativos se organizan a menudo en casillas que pueden contener secuencias escritas en horizontal.

c) *Hierático medio* (desde la XII dinastía hasta fines de la XVIII dinastía, c. 1350 aC). Los reyes de la XII dinastía tuvieron que reorganizar la administración centralizada del Estado tras el paréntesis que había supuesto el Primer Período Intermedio, y para ello promovieron la creación de una nueva «academia» de escribas, compuesta por profesionales sólidamente formados. Estos escribas emprendieron reformas lingüísticas y gráficas de gran calado (§§ 19, 48, 69, 158–159). En el ámbito de la escritura hierática, durante el Reino Medio se acentúa, en general, el carácter cursivo de las grafías (mayor cantidad de ligaduras, mayor estilización de los signos, que se separan más de los correspondientes jeroglíficos). Igualmente, empiezan a distinguirse dos tipos funcionales de hierático: el *uncial*, de ejecución más lenta y cuidada, empleado para los textos literarios, y el *documental*, de ejecución más rápida y esquemática, utilizado en los textos más prácticos del día a día. Sobre los textos re-

dactados en hierático de esta etapa hemos tratado en el capítulo anterior, al que remitimos (§ 20). En cuanto a la disposición de los textos en los papiros, en este período se emplean tanto columnas (especialmente en los textos religiosos y literarios) como líneas horizontales, unas y otras escritas y leídas de derecha a izquierda. El cambio de columnas a líneas puede obedecer a razones de eficacia en la escritura (evita que la mano del escriba —la derecha— pueda ensuciarse y ensuciar el papiro con la tinta del texto ya escrito y permite escribir más rápido) y en la lectura (las «paginas» sucesivas que forman las series de líneas horizontales la facilitan).

d) *Hierático reciente* (desde la Época Ramésida hasta poco antes del final del Tercer Período Intermedio —fines del siglo VIII aC). Se observan en el hierático de esta etapa dos marcadas tendencias. Por un lado, las diferencias entre el hierático uncial y el documental se acentúan, y este último en algunos casos se hace extremamente cursivo y esquemático (papiro Wilbour). Por otro lado, se detectan diferencias regionales entre el hierático del área tebana (Alto Egipto) y el del Delta (Bajo Egipto), que se irán acentuando con el tiempo hasta desembocar en la separación entre el llamado hierático anormal (en el sur) y el demótico (en el norte), en la etapa siguiente. Para los textos hieráticos de este período remitimos al § 25. En los papiros, los textos se disponen en líneas horizontales orientadas de derecha a izquierda formando sucesivas «páginas».

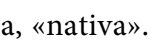
e) *Hierático anormal* (XXV y XXVI dinastías, desde fines del siglo VIII hasta mediados del siglo VI aC). Al final del Tercer Período Intermedio, el divorcio entre el hierático uncial y el documental es completo. En el Alto Egipto, y más concretamente en el área de la antigua capital, Tebas, el hierático documental

da lugar a una modalidad extremamente cursiva conocida como *hierático anormal*. Poseemos unos 150 textos en esta modalidad gráfica, de carácter legal, administrativo y económico. Desde mediados del siglo VII aC, mientras en el sur se utiliza el hierático anormal, en el Bajo Egipto el hierático documental da paso al demótico. También el hierático anormal desaparece a finales de la XXVI dinastía sustituido por el demótico (§ 58).

f) Hierático sacro (desde el siglo VII aC hasta el siglo III dC; tabla 1.1, columna «hierático», abajo). Desaparecida la variante documental de la escritura hierática, la variante uncial continuó su historia durante un milenio más, ahora reservada exclusivamente a textos sagrados, como el *Libro de la salida al día* o *Libro de los muertos* (§ 22). La escritura se hace más cuidada y solemne y los escribas imitan los modelos caligráficos del Reino Medio, a la vez que es evidente en la forma de los signos de muchos textos la influencia del jeroglífico contemporáneo. A la función de la escritura en esta fase corresponde propiamente el nombre de *hierático* (§§ 40, 52).

2.4. La escritura demótica

§ **57.** La escritura demótica apareció a mediados del siglo VII aC en el Bajo Egipto. Como hemos dicho, se trata de un fenómeno paralelo a la aparición del hierático anormal en el Alto Egipto (§ 56*de*). Igual que este, se trata, en origen, de una nueva forma de escritura cursiva para usos cotidianos (cartas), para textos legales y administrativos, y pronto, también, para la literatura. Los textos sagrados siguen siendo escritos en jeroglíficos y en hierático (§§ 40, 45, 49, 52, 56*f*). El nombre de *demó-*

tico viene del término griego δημοτικός, *demotikos*, «popular», utilizado por primera vez por Heródoto en el siglo V aC (*Historiae*, II, 36), y alude al uso corriente y administrativo de este sistema gráfico. En el texto griego de la piedra de Rosetta (§ 95), se llama asimismo a esta modalidad de escritura ἐνχώρια, *enkhoria*, o sea, «nativa». Los egipcios la llamaban  *sẖ3 n šʿt*, *sekha en shat*, que literalmente significa «escritura de cartas» o «de documentos». De ahí que Clemente de Alejandría, que escribió en griego entre los siglos II y III dC, la llamara, a su vez, ἐπιστολογραφική, *epistolographike*, o sea, «epistolar» o «propia de cartas», que es una traducción literal de la expresión egipcia (§ 84). De este modo, la tradición egiptológica ha designado este sistema de escritura con tres nombres distintos: *demótico*, *epistolográfico* y *encorial*. El primero acabó por imponerse, entre otras razones porque fue el término preferido por Champollion (su oponente, Thomas Young, utilizó los otros dos: § 97). Como ya hemos tenido ocasión de señalar (§§ 10, 29–30), a diferencia de lo que sucede en etapas anteriores de la historia de la lengua y de las escrituras egipcias, el término «demótico» designa tanto un sistema de escritura como el estado de lengua específico que anota.

§ **58.** En sus orígenes, la suerte de la escritura demótica estuvo estrechamente ligada a la de la XXVI dinastía, originaria de Sais, en el Delta. Al comienzo de la Baja Época, Psamético I (664–610 aC), primer faraón de la dinastía saíta, expulsó a los asirios de Egipto y extendió su dominio sobre todo el Delta, primero, y sobre el Alto Egipto, después. Esto hizo que la nueva escritura administrativa y legal del norte se difundiera por todo el país. El papiro demótico más antiguo de fecha conocida data del año 21

del reinado del propio Psamético I y procede de El-Hiba, en la orilla oriental del Nilo, algo al sur de la altura de El-Fayum. Los escribas del Alto Egipto adoptaron progresivamente la escritura demótica en sustitución del hierático anormal, de manera que en el reinado de Amasis (569–526 aC), al final de la XXVI dinastía, se había convertido ya en la única escritura para los documentos cotidianos, administrativos y legales de todo el país. A partir del siglo IV aC, y sobre todo de la Época Ptolemaica, la escritura demótica pasó a ser empleada también para textos literarios, áulicos y religiosos (§ 31, fig. 2.10). Esto hace que se documente en todo tipo de soportes, desde papiros y *ostraka* hasta estelas (como la piedra de Rosetta: § 95, fig. 3.4) y estatuas. El auge del uso del demótico se dio a principios de la Época Romana (siglos I–III dC), cuando se produjeron obras literarias de todos los géneros, incluido el religioso, se copiaron, para preservarlos, textos antiguos contenidos en papiros en hierático o demótico y proliferó la producción de textos astronómicos, astrológicos, médicos, mágicos y de oniromancia. La administración central de la Época Ptolemaica aceptó siempre el uso del demótico en la documentación legal, si bien los textos debían acompañarse de un resumen en griego. Pero la administración romana no confirió tal validez legal a la lengua autóctona y la documentación administrativa de este período está únicamente en griego. La escritura demótica perdió así su uso original y uno de sus rasgos definidores, pero siguió siendo usada por las elites letradas egipcias en la esfera de la alta cultura. Al final de la Época Romana (siglos IV–V dC), sin embargo, acabó relegada, como el jeroglífico y el hierático, al ámbito sacerdotal. Con el advenimiento de la nueva cultura cristiana y, con ella, de la escritura copta (§§ 63 ss.), la escritura demótica fue definitivamente aban-

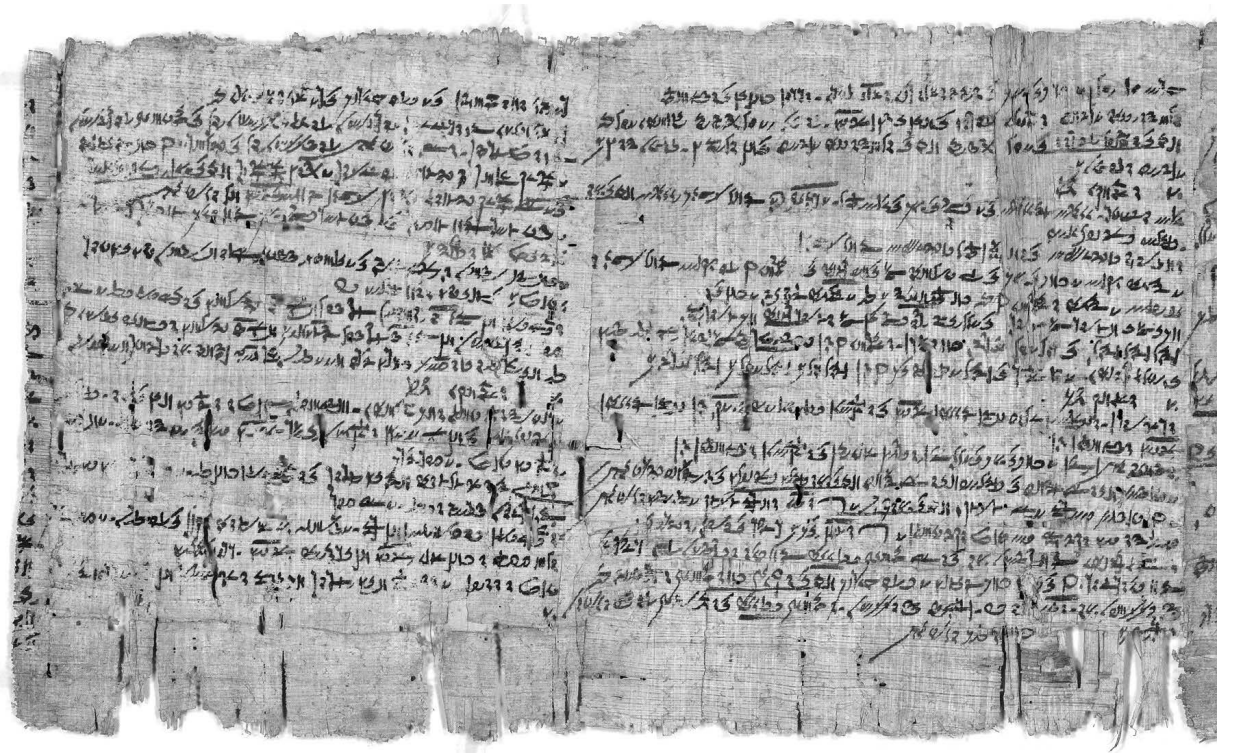


Fig. 2.10. Dos «páginas» de un papiro literario del s. III aC en escritura demótica (papiro Bn-Égypte 215 de la Bibliothèque Nationale de France). Contiene, entre otros textos, la *Crónica demótica*, a la que corresponde esta parte. © Bibliothèque Nationale de France, París.

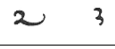
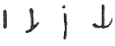
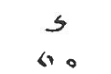
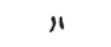
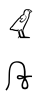
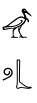
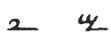
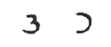
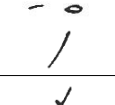
donada, algo después que la jeroglífica y la hierática. La última inscripción fechada conocida en escritura demótica es un grafito procedente del templo de Isis en Filae que data del 452 dC.

§ **59.** En términos formales, el demótico deriva del hierático. Si el hierático es la cursiva del jeroglífico, el demótico nace como una cursiva del hierático, o sea, como una cursiva de la cursiva, una ulterior estilización de los signos hieráticos. Siendo así, el demótico combina, igual que el jeroglífico y el hierático, signos fonéticos, léxicos y semánticos (§ 47). En un primer momento, los signos demóticos siguen siendo aislables y es posible establecer la correspondencia entre estos, los hieráticos y los jeroglíficos, como es posible hacerlo siempre entre los signos hieráticos y los jeroglíficos (§ 53), es decir, la «filosofía» de la escritura sigue siendo básicamente la de los sistemas anteriores. Pero con el paso del tiempo el demótico experimenta una fuerte transformación que lo separa por completo del hierático y de los principios gráficos e intelectuales que rigen los sistemas de escritura más antiguos y lo lleva a adoptar nuevas convenciones ortográficas específicas. Los signos dejan de tener entidad propia y de ser las unidades gráficas mínimas; muchos quedan reducidos a pequeños trazos verticales, oblicuos o curvos, o a combinaciones de dos o tres de tales trazos, de manera que solo el contexto gráfico permite discriminarlos. La multiplicidad de formas de las escrituras precedentes deja paso a una reducida serie de trazos muy estilizados y totalmente convencionales con los que se escriben todos los signos. Las abreviaturas (§ 166) y las ligaduras entre signos son muy frecuentes y muchos signos demóticos son, en realidad, nexos entre dos o más signos previos. Llevando al extremo una práctica propia ya del hierático (§§ 28, 53),

los escribas proceden, no por signos, sino por nexos y grupos de trazos que anotan palabras enteras. La «unidad de memorización» y de uso deja de ser definitivamente el signo individual como tal: los escribas memorizan y proceden por palabras o secuencias de palabras, de grafía más o menos fija, que pasan ahora a ser las unidades gráficas mínimas.

§ **60.** A pesar de estos cambios ortográficos, la grafía de las palabras en demótico se basa en la grafía tradicional de las mismas en hierático y no en su pronunciación real en tiempos demóticos. Es a esas grafías tradicionales o «históricas» a las que se aplican las nuevas convenciones ortográficas. Una de las pocas excepciones a esta regla general es el añadido de un signo monoconsonántico específico para el fonema /l/, signo del que el jeroglífico y el hierático de los textos medioegipcios habían carecido (aunque el sonido existió siempre) y que el jeroglífico y el hierático de los textos neoegipcios solo habían anotado ocasionalmente, el jeroglífico justamente con el grafema correspondiente al adoptado ahora por el demótico (§ 126 y tabla 2.1). Otra diferencia entre las grafías demóticas y hieráticas es el uso, con valor de monoconsonánticos, de muchos de los signos «compuestos» propios de la llamada «escritura por grupos» (§ 28), en sustitución de los correspondientes monoconsonánticos tradicionales; la escritura por grupos existía ya en jeroglífico y en hierático para usos determinados (reproducir de manera precisa la fonética de nombres propios y términos extranjeros), pero ahora esos signos se adoptan de manera general y fija y por sus valores meramente fonéticos. En la tabla 2.1 se recogen los signos monoconsonánticos demóticos, los signos o grupos jeroglíficos de los que derivan en última instancia y la translitera-

ción de los primeros (compárese con la tabla 4.3; para la transliteración del egipcio previo al demótico: §§ 129–130; las pequeñas diferencias entre las transliteraciones de las tablas 4.3 y 2.1 se deben a que las de la segunda están adaptadas a la realidad específica de la nueva ortografía demótica).

SIGNOS DEMÓTICOS	SIGNOS O GRUPOS JEROGLÍFICOS	TRANSLITERACIÓN
		*ȝ*
		*i*
		*ꜥ*
		*e*
		y
		*w*
		*b*
		*p*
		f
		*m*
		n
		*r*
		l

		h
		ḥ
		ḫ
		ḫ
		ḫ
		s
		š
		q
		k
		g
		t
		ṯ
		d

Tabla 2.1. Los signos monoconsonánticos de la escritura demótica. Las variantes gráficas demóticas para un mismo signo o para un mismo valor fonético responden, en la mayoría de los casos, al contexto gráfico (posición inicial, media o final de palabra, situación en la caja de escritura o en relación con los demás signos).

La estilización gráfica que supone el demótico frente al hierático hace que la escritura demótica haya perdido toda forma de iconicidad y que los pictogramas que originalmente subyacen a los signos sean ahora completamente irreconocibles, como puede comprobarse en la fig. 2.11, que reproduce un texto demótico acompañado de su artificiosa transcripción moderna en jeroglíficos. Ya Champollion había dicho que el demótico parecía «una representación abreviada, una verdadera taquigrafía, de los jeroglíficos» (§ 99).

§ **61.** En la historia formal de la escritura demótica se distinguen tres etapas. La primera es el *demótico temprano* (Baja Época, siglos VII–IV aC) y corresponde al momento previo a la transformación del sistema ortográfico que hemos descrito más arriba (§§ 59–60), que se produce en la transición entre esta etapa y la siguiente. La segunda es el *demótico medio* (Época Ptolemaica, siglos III–I aC), en que la escritura se estiliza, se reduce en tamaño y alcanza su forma «clásica», que no excluye una importante diversidad, tanto geográfica (escuelas de escribas del norte y el sur), como funcional (textos religiosos, literarios, administrativos...; § 31) o incluso individual (formación y pericia de los escribas). La tercera etapa es el *demótico tardío* (Época Romana, siglos I–V dC), en que los escribas abandonan el cálamo de junco, blando y fibroso, tradicionalmente empleado para las escrituras cursivas egipcias, y pasan a utilizar el estilete de caña griego, rígido y afilado, lo cual hace que se pierda la alternancia entre trazos gruesos y delgados, permite reducir el tamaño de los signos y da a la escritura un aspecto más lineal y estilizado (§ 73). Además, las grafías tradicionales de las palabras son ahora frecuentemente complementadas con signos fonéticos (por lo común, los nuevos mono-

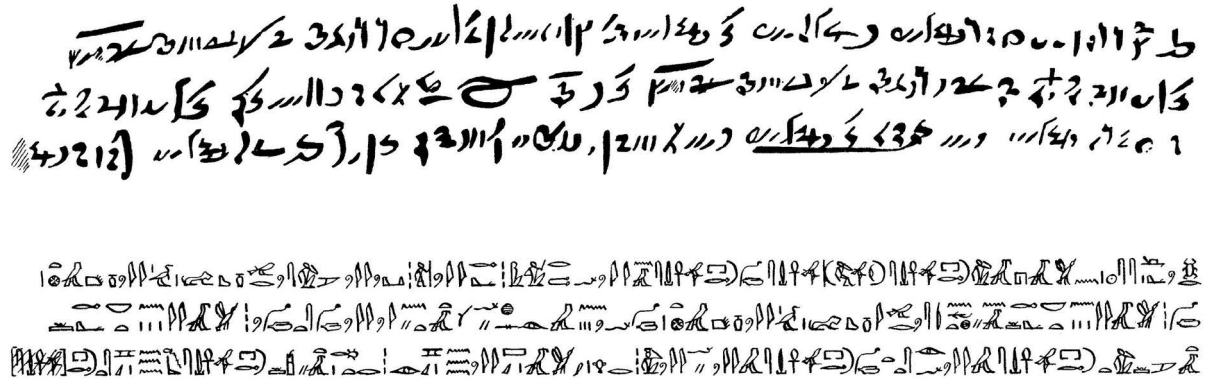


Fig. 2.11. Tres líneas de un texto literario demótico (*Crónica demótica*, siglo III aC) y su transcripción en jeroglíficos (de: GARDINER 1957: lám. 2).

consonánticos: tabla 2.1) o incluso suplantadas por ellos, bien para reproducir la pronunciación real de las mismas, bien para ayudar a leer grupos gráficos ya irreconocibles. Lejos de ser una mejora o una actualización práctica del sistema, sin embargo, esto supone en realidad la constatación de su inviabilidad final.

§ **62.** Como el hierático, el demótico se escribe solo de derecha a izquierda. Y como el hierático al final de su historia y el hierático anormal (§ 56*de*), se escribe solo en líneas horizontales.

2.5. La escritura copta

§ **63.** La escritura copta, el cuarto de los sistemas gráficos con que se transcribió el egipcio —en este caso, su último estadio evolutivo (§§ 11, 34–37)—, supone una ruptura completa con los tres anteriores, tanto por su origen como por su esencia. Coincidiendo en el tiempo con los últimos usos del jeroglífico, el hierático y el demótico, en los primeros siglos de la era, los egipcios, bajo la poderosa influencia de la cultura griega que dominaba en la mitad oriental del Imperio Romano, empezaron a utilizar el alfabeto griego para anotar su propia lengua. Como sabemos (§§ 34, 36), hay precedentes de este uso ya desde la Época Ptolemaica. En efecto, desde el siglo II aC, las letras griegas se utilizaron en textos de dos tipos: por un lado, textos sagrados escritos en hierático (unos pocos) y textos mágicos escritos en demótico, en los que la escritura griega se usó para glosar solo algunas palabras o expresiones (en los textos mágicos, por ejemplo, la precisión en la pronunciación de ciertos términos es esencial para el éxito de los conjuros: si la gra-

fía en las antiguas escrituras, por la propia evolución de estas —§§ 28, 53, 61— o por el hecho de no anotar las vocales, podía dar lugar a alguna imprecisión a la hora de la pronunciación, las letras griegas resolvían el problema); y, por otro lado, breves textos mágicos escritos completamente en caracteres griegos. Es lo que se llama el *copto antiguo* (*Old Coptic*) (§ 34), que, desde el punto de vista del entorno cultural, es aún faraónico y precristiano, y, desde el punto de vista gráfico, aunque las letras tienen ya en esencia su «forma copta», muestra ciertas diferencias con la escritura copta definitivamente constituida.

Es a partir de los siglos II y III dC cuando el alfabeto copto es adoptado por los cristianos de Egipto y estos le confieren su forma definitiva, fijando el número y la forma de las letras. Entre el siglo II y el siglo V, los cuatro sistemas de escritura egipcios coexisten, los tres más antiguos para usos relacionados con la antigua cultura faraónica, ahora en proceso de disolución, y el más reciente vinculado a la nueva cultura y espiritualidad cristiana, muy dinámica y en expansión. Tras el siglo V, extinguidas definitivamente las escrituras antiguas, la única escritura de Egipto es la copta, igual que su único universo cultural es el cristiano (hasta la conquista árabe en el siglo VII). Aunque, como queda dicho, la necesidad de precisión en la pronunciación de las fórmulas mágicas escritas fue la causa inicial del uso de las letras alfabéticas griegas en los textos, la generalización y fijación definitiva de la escritura copta se debió a la actividad de los autores cristianos, que vieron en ellas un sistema mucho más práctico y económico (comportaba 31 signos de fácil aprendizaje y uso, frente a los cientos o miles de las otras escrituras), pero, sobre todo, un sistema nuevo, desvinculado de la cultura pagana que se trataba de superar. En efecto, la causa de la larguísima

vida de las escrituras autóctonas radica en que se trató de uno de los elementos constitutivos y definidores de la cultura faraónica (§§ 169–170); extinguida esta, perdieron su razón de ser.

§ **64.** El alfabeto copto está constituido por 31 letras de doble procedencia:

a) 24 de ellas corresponden a las letras del alfabeto griego (§§ 238–240, tabla 6.3). Siete son vocales; en efecto, como sabemos, la escritura copta, a diferencia de las escrituras egipcias autóctonas (§§ 39*c*, 100, 119, 127), anota las vocales. El alfabeto copto no presenta alternancia de mayúsculas y minúsculas, sino que cada letra tiene una única forma. Así, las letras griegas son tomadas bien en su forma mayúscula bien en su forma minúscula:

GRIEGO:	α	Β	Γ	Δ	ε	Ζ	Η	Θ	Ι	Κ	λ	Μ
COPTO:	ⲁ	ⲃ	ⲅ	ⲇ	ⲉ	ⲍ	ⲏ	ⲑ	ⲓ	ⲕ	ⲗ	ⲙ
GRIEGO:	Ν	ξ	ο	π	Ρ	ς	τ	Υ	Φ	χ	ψ	ω
COPTO:	ⲛ	ⲝ	ⲟ	ⲡ	ⲣ	ⲥ	ⲧ	ⲩ	ⲫ	ⲭ	ⲯ	ⲱ

b) Las 7 letras restantes son signos tomados de la escritura demótica para anotar los sonidos que el egipcio poseía pero el griego no, y para los cuales, por consiguiente, la escritura griega no tenía letra. En los primeros textos en escritura copta (copto antiguo), cuando el sistema no estaba aún fijado, se empleó un mayor número de signos demóticos. Las 7 letras demóticas del copto estándar son las siguientes (de cada letra damos la forma copta, el signo original demótico y el signo o la secuencia jeroglífica de la que este último, a su vez, deriva —compárese con la tabla 2.1):

LETRA COPTA	SIGNO DEMÓTICO	SIGNO(S) JEROGLÍFICO(S)
ⲯ		
ⲫ		
ⲩ		
ⲭ (variante de la siguiente)		
ⲭ		
ⲭ		
ⲥ		
ⲧ		

El alfabeto copto completo, en su orden convencional (primero las letras griegas en su orden original y después las de origen demótico), queda, pues, como sigue:

ⲁ ⲃ ⲅ ⲇ ⲉ ⲍ ⲏ ⲑ ⲓ ⲕ ⲗ ⲙ ⲛ ⲝ ⲟ ⲡ
ⲣ ⲥ ⲧ ⲩ ⲫ ⲭ ⲫ ⲱ ⲯ ⲫ ⲭ ⲫ ⲭ ⲥ ⲧ

§ **65.** En la tabla 2.2 reproducimos el alfabeto copto completo con los nombres de las letras y los sonidos que anotan (para las convenciones de anotación fonológica y fonética: § 117). La descripción fonológica que se presenta a continuación y se sintetiza en la tabla corresponde básicamente al dialecto saídico (§ 36*c*), aunque a veces se hace alusión a las soluciones de otros dialectos, cosa que se indica oportunamente.

LETRA	NOMBRE DE LA LETRA	SONIDO	PARTICULARIDADES
ⲁ	*alpha*	/a/	El signo ⲁ anota la oclusión glótica /ʔ/ (§ 125*d*) cuando va precedido de otra ⲁ.
ⲃ	*beta*	/b/	
ⲅ	*gamma*	/g/ (griego)	Se utiliza mayormente en términos de origen griego.
ⲇ	*delda*	/d/ (griego)	Se utiliza solo en términos de origen griego.
ⲉ	*ie*	/e/	El signo ⲉ anota la oclusión glótica /ʔ/ cuando va precedido de otra ⲉ.
ⲍ	*zeta*	/z/ (griego)	Se utiliza solo en términos de origen griego.
ⲏ	*eta*	/e:/ (*e* larga: § 117)	El signo ⲏ anota la oclusión glótica /ʔ/ cuando va precedido de otra ⲏ.
ⲑ	*theta*	/th/	Dífono. Se utiliza mayormente en términos de origen griego. En dialecto bohaírico (§ 36*d*), también /t^h/, que procede de los antiguos fonemas egipcios /t/, /c/, /d/ y /ɟ/ (§§ 123*fgk*, 124*c*, 128).
ⲓ / ⲉⲓ	*iota*	/i/ o /j/	Para el fonema semivocálico /j/: §§ 121, 123*l*.
ⲕ	*kappa*	/k/	El fonema copto /k/ procede de los antiguos fonemas egipcios /k/ y /q/ (§§ 123*m*, 125*a*).
ⲗ	*lauda*	/l/	
ⲙ	*mi*	/m/	
ⲛ	*ni*	/n/	
ⲝ	*ksi*	/ks/	Dífono. Se utiliza mayormente en términos de origen griego.
ⲟ	*o*	/o/	El signo ⲟ anota la oclusión glótica /ʔ/ cuando va precedido de otra ⲟ.
ⲡ	*pi*	/p/	
ⲣ	*ro*	/r/	
ⲥ	*sima*	/s/	

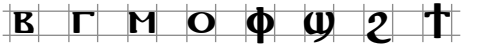
ⲧ	*tau*	/t/	El fonema copto /t/ procede de los antiguos fonemas egipcios /t/, /c/, /d/ y /ɟ/ (§ 128).
ⲩ / ⲟⲩ	*ue*	/u/ o /w/	Para el fonema semivocálico /w/: §§ 121, 123*e*.
ⲫ	*phi*	/ph/	Dífono. Se utiliza mayormente en términos de origen griego. En dialecto bohaírico, también /pʰ/, que procede del antiguo fonema egipcio /p/ (§ 123).
ⲭ	*khi*	/kh/	Dífono. Se utiliza mayormente en términos de origen griego. En dialecto bohaírico, también /kʰ/, que procede de los antiguos fonemas egipcios /k/ y /q/.
ⲯ	*psi*	/ps/	Dífono. Se utiliza mayormente en términos de origen griego.
ⲱ	*ou*	/o:/ (*o* larga: § 117)	El signo **ⲱ** anota la oclusión glótica /ʔ/ cuando va precedido de otra **ⲱ**.
ϣ	*shai*	/š/ (ingl. ***sh****e*; § 124*a*)	
ϥ	*fai*	/f/	
ϧ	*khai* (*kh* = /x/)	/x/ (esp. ***g****ente*)	Sólo en dialecto bohaírico.
ϩ	(no documentado)	/x/ (esp. ***g****ente*)	Sólo en dialecto akhmímico (§ 36*a*).
ϫ	*hori*	/h/	
ϭ	*djandjia* (*dj* = /ɟ/)	/ɟ/ (ingl. ***J****ohn*; § 124*c*) (en bohaírico) y /c/ (esp. ***ch****acal*; § 123*k*) (en saídico)	Los fonemas coptos /ɟ/ y /c/ proceden, respectivamente, de los antiguos fonemas egipcios /g/ y /c/ (§ 123*kn*).
ϯ	*kjima* (*kj* = /kʲ/)	/cʰ/ (§ 123) (en bohaírico) y /kʲ/ (en saídico)	El fonema copto /cʰ/ procede de los antiguos fonemas egipcios /c/ y /g/. El fonema /kʲ/ es oclusivo velar palatalizado, como la articulación de /k/ en esp. ***qu****ien*.
ⲑ	*ti*	/ti/	Dífono.

Tabla 2.2. EL ALFABETO COPTO. Los valores y las descripciones fonológicas corresponden básicamente al dialecto saídico (§ 36*c*); la eventual alusión a soluciones de otros dialectos es oportunamente indicada.

Obsérvese que la vocal /i/ puede ser anotada indistintamente con una letra o con un dígrafo: ⲓ o ⲉⲓ, y lo mismo sucede con la vocal /u/: ⲩ o ⲟⲩ. El signo de origen demótico ϯ es un dífono (es decir, un signo que anota dos fonemas consecutivos, como sucede en el alfabeto latino con el signo **X** = /k/+/s/) y vale por /t/ + /i/. Como en griego, los signos ⲑ, ⲝ, ⲫ, ⲭ y ⲯ también son dífonos: respectivamente /th/, /ks/, /ph/, /kh/ y /ps/. Se utilizan en términos de origen griego y, de manera excepcional, en términos coptos en que se produce el encuentro de los dos fonemas concernidos. En dialecto bohaírico, las letras ⲑ, ⲫ y ⲭ, además de anotar las aspiradas griegas como en los demás dialectos, anotan, respectivamente, los fonemas /t^{h}/, /p^{h}/ y /k^{h}/, es decir, las oclusivas sordas de base seguidas de una ligera aspiración, articulación que tales oclusivas habían tenido en egipcio desde muy pronto pero que en copto se perdió, salvo en bohaírico que la conservó; igualmente, en bohaírico la letra ϭ anota un cuarto sonido aspirado: la africada /c^{h}/. Volveremos sobre esta cuestión en el capítulo 4 (§ 123). Las letras ⲅ, ⲇ y ⲍ se emplean solo en términos prestados del griego (§ 37), pues el copto carece de los fonemas /g/, /d/ y /z/ (los fonemas /g/ y /d/ del antiguo egipcio han confluido en copto en /k/ y /t/ y se anotan respectivamente con ⲕ y ⲧ; para /t/: § 128). El signo ⲅ, sin embargo, puede emplearse también en palabras autóctonas, porque ⲕ = /k/ se sonoriza en ⲅ = /g/ si va precedida de ⲛ = /n/. Los cuatro sonidos aspirados del egipcio de los estadios anteriores (fricativos sordos: /χ/, /ç/, /h/ y /ħ/; §§ 123*o*, 124*bd*, 125*c*) convergen en copto en dos fonemas: el palatal /š/, anotado por la letra ⲯ, y el laríngeo /h/, anotado por la letra ϩ. Los dialectos bohaírico y akhmímico, sin embargo, más conservadores, mantienen una tercera fricativa, en este caso velar (y no ya uvular

como en los anteriores estados de lengua: § 123*o*): /x/, anotada, respectivamente, por la letras ϧ y ϩ. Dos sonidos tan característicos del egipcio como la oclusión glótica (*alef*) y la faríngea fricativa (*ayin*) (§ 125*bd*), siempre anotados por los sistemas de escritura autóctonos, carecen de letra propia en copto. El primero o bien no se anota en absoluto (conociendo la lengua, el hablante lo restituía cuando correspondía) o bien se expresa a través de la reduplicación gráfica de la vocal que lo precede, si es tónica: ⲱⲟⲟⲡ, «devenir», que no corresponde a /šóop/, sino a /šóʔp/. El segundo, cuya existencia misma es dudosa (es posible que se perdiera en copto), podría rastrearse indirectamente en el vocalismo. En cuanto a las letras ⲓ y ⲩ, si bien normalmente anotan las vocales /i/ y /u/, en algunos contextos pueden expresar las semivocales /j/ y /w/ (§§ 121, 123*el*).

§ **66.** Como la escritura griega de la que deriva en esencia, la escritura copta se escribe de izquierda a derecha. Desde el punto de vista formal, cada letra tiende a inscribirse en un cuadradito virtual, aunque las letras «altas» pueden sobrepasarlo verticalmente por arriba o por abajo:



Desde el punto de vista del *ductus*, se distinguen dos tipos de escritura: la *uncial* o *capital* y la *cursiva*. La primera (fig. 1.8), en que los signos son trazados de manera cuidada y separados entre sí, es propia tanto de los textos más cuidados (escritos sagrados), debidos a escribas expertos, como de documentos cotidianos no oficiales, debidos a escribas menos habilidosos, que tienden a reproducir las letras lentamente y una a una. La

segunda (fig. 2.12), en cambio, en que los signos se estilizan y son frecuentes las ligaduras y las abreviaturas, es propia de documentos oficiales, debidos nuevamente a escribas expertos, que escriben con agilidad y rapidez al tratarse de textos de carácter no sacro.

Por lo que se refiere a los soportes de la escritura, los textos coptos se hallan escritos, una vez más, sobre todo tipo de materiales. El más utilizado es, con mucha diferencia, el papiro, pero también hay textos sobre pergamino, *ostraka*, madera, tejido o piedra. Aunque lo más común es que se trate de textos escritos en tinta (sobre cualquiera de estos soportes), también los hay esculpidos en piedra. En relación con el papiro, la cultura escrita copta introduce una importante novedad con respecto a las etapas y escrituras anteriores: si a lo largo de toda la tradición escrita autóctona el papiro se había produci-

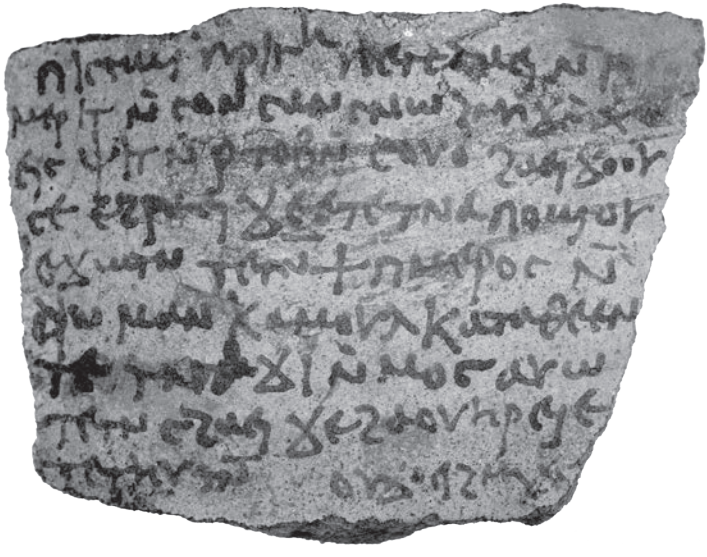


Fig. 2.12. *Ostrakon* con escritura copta cursiva, procedente de Dush, en el oasis de Kharga (siglo IV dC). © Institut Français d'Archéologie Orientale (El Cairo).

do y guardado en rollos (§§ 75–78), los textos religiosos coptos pasan a disponerse en *códices*, es decir, en «libros» en que el papiro es cortado formando páginas que se encuadernan en piel. Para escritos breves se utilizan también páginas sueltas de papiro y los rollos se siguen empleando para textos de carácter mágico (§ 35*f*).

2.6. Sociología y praxis de la escritura en el antiguo Egipto: el oficio de escriba

§ **67.** El de escriba era un oficio que gozaba de una gran consideración social en el antiguo Egipto. En la llamada *Instrucción de Khety* o *Sátira de los oficios* (§ 20*c*), un texto compuesto en el Reino Medio pero que nos ha sido transmitido en numerosos manuscritos del Reino Nuevo, un padre, Khety, conduce a su joven hijo Pepy hacia la Residencia (= la corte), «para colocarlo en la escuela de los escribas, entre los hijos de los altos dignatarios» (1*d–e*). Por el camino, lo instruye con sus consejos y ensalza los estudios, los libros y la profesión de escriba, que compara con otros oficios descritos en clave satírica (11*a*-XXII*a*):

> ...He visto golpes y más golpes: es en los libros donde tú debes poner tu corazón.
> He observado que se pueden evitar las fatigas: ¡mira, no hay nada mejor que los libros!
> Es como dejarse llevar por el agua.
> [...] Haré que ames los libros más que a tu propia madre, haré que sus bellezas penetren en ti.
> Es el mayor de todos los oficios, no hay otro igual en este país.

[...] Nunca he visto a un escultor en misión ni a un orfebre enviado como mensajero.
Pero he visto al herrero trabajando, en la boca de su horno;
Sus dedos son como las garras de los cocodrilos y huele peor que las huevas de pescado.
[...] El alfarero está cubierto de tierra, a pesar de encontrarse aún entre los vivos;
Se ensucia más que un cerdo para cocer sus cacharros.
Sus vestidos están sucios de barro, su cinturón está hecho trizas,
El aire entra en su nariz procedente de su horno ardiendo.
Pisa la arcilla con sus pies y acaba molido él mismo.
[...] ¡Mira! No existe un oficio sin un jefe,
Excepto el de escriba, porque es él el jefe.
Si sabes escribir, te irá mejor que en cualquiera de los oficios que te he presentado.

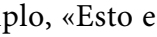
El éxito de esta obra entre los escribas y su uso preferente como instrumento de aprendizaje en las escuelas lo demuestra el hecho de que se trata de uno de los textos egipcios más copiados y de los que, en consecuencia, más manuscritos conservamos (cuatro papiros, dos tablas de escribir y cerca de 250 *ostraka*, todos del Reino Nuevo, uno de los papiros con el texto completo y el resto de manuscritos con fragmentos más o menos extensos). De la misma difusión gozó otra obra específicamente escolar, la llamada *Kemit* (término equivalente al latino *Summa*), que ningún manuscrito nos ha transmitido completa pero que ha sido recompuesta a partir de los numerosos *ostraka* que contienen secciones parciales del texto. Más antigua que la propia *Sátira de los oficios*, porque es citada en ella, la *Kemit* data originariamente de comienzos del Reino Medio, aunque los *ostraka* que la transmiten proceden todos del Reino Nuevo y en especial de la Época Ramésida, cuando la actividad

de los escribas se caracterizó por un dinamismo especial. Se trata asimismo de una instrucción, en la que se recogen formularios epistolares y listas de expresiones y frases de utilidad para el escriba y se exponen, una vez más, las ventajas de la profesión de escriba y la felicidad de quien consigue ejercerla en la Residencia.

De la propia Época Ramésida datan asimismo diversos papiros que contienen «misceláneas escolares», es decir, antologías de textos elaborados por y para los escribas y utilizados en las escuelas como material didáctico, igual que los anteriores. Los más importantes son el papiro Lansing y el papiro Chester Beatty IV. Las composiciones recogidas en estos manuscritos son de contenido muy variado: cartas de todos los temas y estilos utilizadas como modelos o copiadas como ejercicio de escritura, exhortaciones del maestro al discípulo a estudiar diligentemente, amonestaciones del maestro al discípulo, elogios y agradecimientos del discípulo al maestro, elogios a la profesión de escriba, sátiras de los demás oficios, himnos y oraciones a los dioses, textos morales y máximas de sabiduría. El papiro Chester Beatty IV contiene un texto de especial interés, que los egiptólogos suelen titular *La inmortalidad de los escritores*, en el que se elogia los libros como única fuente de inmortalidad, puesto que transmiten eternamente el nombre y el recuerdo de quienes los han escrito. Un último tipo de obras específicamente escolares son los llamados *onomastica*, listas de términos de un mismo ámbito semántico o de conocimiento (animales, plantas, minerales, topónimos, títulos administrativos, reyes, etc.) compiladas desde el Reino Medio hasta la Época Grecorromana; el dominio del léxico era, en efecto, una de las formas que revestía la alta erudición egipcia, puesto que, a causa de la iden-

tificación entre designación y realidad designada, propia del *nominalismo* egipcio, conocer el léxico era una forma esencial de conocer la realidad.

§ **68.** De la Época Romana datan dos documentos escolares de gran interés. El primero de ellos es el llamado *papiro de los signos*, procedente de Tanis, en el Delta, y hoy conservado en el Museo Británico (EA 10672) (§ 53). En él se recoge, dispuesta en 33 «páginas» o secciones verticales, una lista de signos jeroglíficos acompañados de sus correspondientes hieráticos y de lo que parecen ser los «nombres» de los propios signos, o sea, las palabras o breves frases con las que estos eran denominados por los escribas (que normalmente coinciden con los términos que designan los referentes reales o con expresiones que los describen), también escritos en hierático. El papiro, que se encuentra en un estado de conservación muy precario, debió contener originalmente unos 450 signos en total. En la secuenciación de los signos hay una clara tendencia a la agrupación por categorías, que recuerdan en cierto modo las de la actual clasificación egiptológica estándar (§ 41): hombres de pie, hombres y mujeres sentados, animales, partes del cuerpo humano o animal, ámbito celeste, ámbito terrestre, plantas, objetos... La mayoría de los signos monoconsonánticos (§§ 47, 140 ss., tabla 4.3) aparecen también agrupados como formando una categoría, en este caso, obviamente, no en virtud de su valor figurativo, sino de su valor fonético, lo cual indica que los egipcios aislaron ya, de forma operativa (al menos en esta etapa tardía), esta categoría de signos de acuerdo con su función lingüística. Es posible que a esto se refirieran los autores clásicos al hablar del «alfabeto egipcio» o de las «letras elementales» del sistema jeroglífico (§§ 83–84).

El segundo documento es el papiro Carlsberg VII, probablemente procedente de Tebtunis, en El-Fayum, y hoy en el Instituto de Egiptología de la Universidad de Copenhague. Solo se conservan, en estado muy fragmentario, las dos primeras páginas, con el principio del texto y el título, cuyas palabras iniciales son: *Explicar el uso de los signos jeroglíficos*... Se trata, en efecto, de un verdadero «diccionario egipcio». Los signos jeroglíficos están colocados en una columna a la derecha de cada página y, a la izquierda, se dispone la definición de cada uno, en una o más líneas horizontales en escritura hierática. Cada definición empieza con la expresión «esto es». En la primera página, todas las palabras que siguen a esta expresión empiezan con *h* (; tabla 4.3), lo cual ha hecho pensar en una posible ordenación fonética de las entradas, aunque el escaso texto conservado no permite asegurarlo. La entrada del signo , que representa el sol, empieza, por ejemplo, «Esto es el día ( *hrw*, *heru*, «día»). Esto es Re cuando surge del mundo subterráneo, gracias al cual todas las cosas son percibidas...» (tabla 4.6).

Como puede verse, pues, estamos ante obras de uso escolar, tal vez copias o adaptaciones de documentos más antiguos, lo cual indicaría que los escribas egipcios se dotaban de este tipo de instrumentos para la enseñanza y el aprendizaje de las escrituras jeroglífica y hierática, aunque tampoco puede descartarse la posibilidad de que se trate de creaciones tardías, motivadas por la voluntad de preservar la antigua ciencia de la escritura, un poco como sucedería mucho más tarde con el copto (§§ 36, 88).

§ **69.** En el antiguo Egipto hubo dos grandes grupos de personas letradas: los escribas profesionales y los miembros de la elite (familia real y altos dignatarios). Esto no excluye, como ve-

remos, que grupos sociales menos privilegiados pudieran tener acceso a cierto nivel de alfabetismo, por muy básico que fuera (§§ 79–80). Durante el Reino Antiguo, la formación de los escribas parece haber sido privada y familiar: eran los padres quienes educaban a sus hijos en el oficio. De hecho, una de las características de la administración egipcia de todos los tiempos fue la transmisión del oficio y del título de escriba de padres a hijos, lo cual daba lugar a auténticas dinastías de escribas. En cambio, los príncipes y los hijos de las familias de las elites menfita y provinciales se educaban en la corte, como indica elocuentemente, entre otros textos, la estela de Ptahshepses, hoy en el Museo Británico (EA 682; v dinastía): «él fue educado entre los hijos reales, en el palacio del rey, en la Residencia, en el harén regio» (jamba exterior derecha, cols. 1 y 2).

Del Reino Medio datan las primeras evidencias de la existencia de escuelas de escribas, que, de acuerdo con la *Sátira de los oficios* (§ 67), se hallaban en la capital. Su creación estuvo ligada muy probablemente a la necesidad de reorganizar la administración central por parte de los primeros faraones del Reino Medio y de instruir adecuadamente a los funcionarios, después del paréntesis que había supuesto el Primer Período Intermedio (§§ 19, 48, 56*c*, 158–159). Fue en este contexto cuando se redactaron la propia *Sátira de los oficios* y la *Kemit*, como textos didácticos y de referencia para los escribas. Más información acerca de estas escuelas poseemos para el Reino Nuevo y, en particular, para la Época Ramésida, que fue, como hemos dicho, una etapa de especial florecimiento de la cultura escrita.

Sabemos que durante los Reinos Medio y Nuevo la instrucción elemental empezaba a los seis o siete años y duraba unos cuatro años. Después, los jóvenes iniciados ejercían de

aprendices durante un tiempo al lado de escribas experimentados, hasta que podían empezar a ocupar cargos en la administración. El primer ciclo formativo estaba dedicado al aprendizaje de la escritura hierática. Se han conservado numerosos *ostraka* y tablas de escriba con ejercicios de iniciación, como copias de palabras, tablas de signos o listas de números o fechas. El grueso de la formación consistía en la lectura, memorización y copia de textos de dos tipos: composiciones propiamente escolares, como las citadas en el § 67, que, además de servir de textos de ejercitación, gracias a las cartas, listas y formularios que contenían, instruían al discípulo en el arte de redactar y le proporcionaban modelos prácticos; y composiciones creadas fuera del ámbito didáctico pero adoptadas en la escuela como textos de trabajo, como las obras literarias (instrucciones y cuentos, entre ellos la *Historia de Sinuhé*; § 20*c*). La formación básica se completaba con un cierto nivel de instrucción en aritmética, geometría y geografía.

Solo una parte de los escribas se formaba también en la escritura jeroglífica y solo una minoría, especialmente en las etapas más avanzadas de la historia de Egipto, acababa dominándola por completo. Algunos escribas aprendieron también lenguas extranjeras, como el acadio, lengua de la correspondencia internacional entre las cancillerías del Próximo Oriente del II milenio aC (§§ 5*e*, 226), el arameo y el griego, lenguas de los dominadores persas y Ptolomeos del I milenio aC (§§ 32, 234). Después de la formación básica, muchos jóvenes ingresaban en escuelas «superiores», vinculadas al palacio real o a los templos, para especializarse en administración, teología, astronomía o medicina. Las que surgían asociadas a los templos recibían el nombre de *pr ʿnḫ*, *per ankh*, «Casa de la Vida», y eran pare-

cidas a los *scriptoria* medievales. En ellas se copiaban y componían textos, especialmente teológicos y funerarios, pero también médicos, matemáticos, astronómicos y literarios. Es en ellas donde tenía lugar la instrucción completa en el sistema jeroglífico y en todos los saberes, lingüísticos y esotéricos, que este implicaba. En estos centros se formaban, pues, los altos cargos de la administración, los sacerdotes (especialmente los sacerdotes lectores y los astrónomos), los arquitectos y los médicos.

§ **70.** Mientras estudiaban y a lo largo de toda su vida, los escribas se ponían bajo la protección de dos divinidades de la escritura, el saber y los libros. La primera era Tot, dios de la sabiduría, representado en forma de babuino, ibis u hombre con cabeza de ibis, que había enseñado a la humanidad el arte de escribir, razón por la cual los jeroglíficos poseían una fuerza mágica. Tot era el «señor de las palabras divinas» (§ 45) y «aquel que dio la lengua y la escritura», y los escribas, los «seguidores de Tot». Los griegos identificaron a Tot con su dios Hermes, al que llamaron Trismegisto, «tres veces grande», a partir de un epíteto del primero, y asociaron a él el conjunto de doctrinas esotéricas greco-egipcias que configuraron la tradición hermética (§§ 82, 90–92). La segunda divinidad era la diosa Seshat, representada en forma humana, vestida con una piel de pantera y tocada con un aderezo característico, de difícil interpretación, en forma de roseta o estrella bajo una suerte de arco o dos cuernos al revés. En una mano sostiene una rama de palmera con muescas, símbolo del «año» (tabla 4.6), sobre la que hace ademán de escribir. En efecto, Seshat era la diosa de los anales, así como de los registros y de los libros; se la llamaba la «señora de la escritura» y la «señora de la casa del libro» o «biblioteca».

§ **71.** Los escribas estaban presentes en todas las esferas de la administración y la economía del Estado, de las provincias, de las ciudades y de los templos. Gestionaban las bibliotecas y los archivos, supervisaban los procesos agrícolas y el almacenamiento de cereales en los graneros, inspeccionaban las tareas de cría de animales domésticos y de aves, registraban los resultados de las partidas de caza y pesca, controlaban la producción de panaderías, cervecerías y talleres de orfebres y de otros industriales, se ocupaban de los censos de personas y de ganado, recaudaban los impuestos, supervisaban y administraban la actividad de trabajadores, artesanos, soldados, expedicionarios y comerciantes. Un gran número de ellos trabajaba en la cancillería y los archivos reales, en el tesoro y los graneros del Estado y en la oficina del visir o primer ministro, de quien dependía toda la administración central y uno de cuyos títulos era «jefe de los escribas de los documentos reales». Eran imprescindibles asimismo en la administración de justicia y participaban en los cultos funerarios de reyes y altos dignatarios organizando la provisión de ofrendas. Finalmente, también ejercían su actividad en los templos, tanto religiosa y formativa (en las Casas de la Vida) como administrativa (contabilidad y gestión). La carrera del escriba suponía distintos niveles que iban desde el «escriba» de base (*sẖ3*, *sekha*) hasta los «subdirectores», «directores», «inspectores» y «jefes» de escribas. Todos los oficiales y altos cargos de la administración eran letrados, pero solo los funcionarios directamente vinculados a las tareas de recuento y registro poseían estos títulos con mención explícita a la especialización de escriba.

§ **72.** Debido al prestigio de la profesión de escriba, existía un tipo específico de estatuas que representaba de manera este-

reotipada un escriba al trabajo (fig. 2.13). El personaje está sentado en el suelo con las piernas cruzadas y tiene un papiro abierto en el regazo; con una mano aguanta el papiro y en la otra sostiene el cálamo con el que escribe. A veces, lleva esculpida en el hombro una paleta de escriba (§ 73). Los personajes así representados no son solo escribas (de medio y alto rango), sino también cortesanos y altos dignatarios que no llevan el título específico de escriba. En efecto, la estatua no hace referencia tanto a la profesión de quien se representa así, como a su condición de persona letrada, que le confiere prestigio.

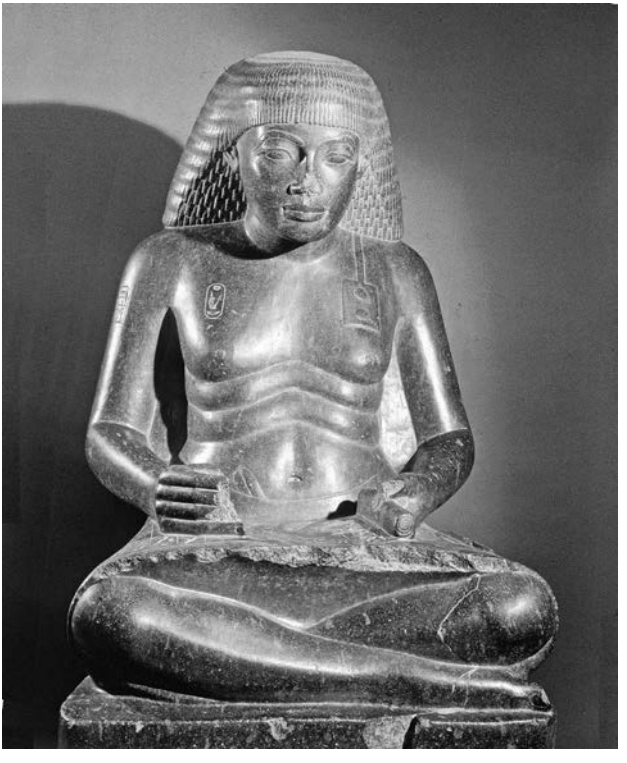
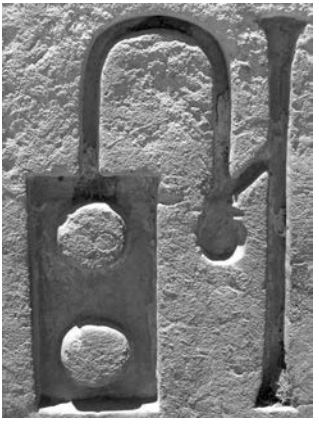


Fig. 2.13. Estatua de Amenhotep hijo de Hapu, arquitecto de Amenhotep III, representado como escriba. Museo Egipcio de El Cairo. © Mondadori Portfolio / AKG Images.

§ **73.** Por lo que se refiere al instrumental del escriba, los principales objetos están representados en el signo jeroglífico que anota la palabra *sẖ3*, «escriba», «escritura», «escribir» (fig. 2.14*a*; tabla 4.6):



a

b

Fig. 2.14. a) Signo jeroglífico que anota la palabra egipcia *sẖ3*, «escriba», «escritura», «escribir». Fotografía de Marc Orriols; b) Paleta de escriba (XVIII dinastía). © The Trustees of the British Museum.

El objeto de la izquierda es una paleta rectangular, normalmente de madera, con dos oquedades para las tintas negra y roja (*gsti*, *gesti*) (fig. 2.14*b*). Esta es la forma más simple y más antigua de esta pieza. Con el tiempo, se hizo progresivamente más larga y estrecha (entre 20 y 40 cm de alto y 5 y 8 de ancho) y dispuso de una hendidura vertical central para algunos cálamos. El objeto del centro es originariamente una bolsita de cuero para pigmentos y, cuando el jeroglífico está pintado, se representa de color rojo; más tarde, sin embargo, es reinterpretado como una jarrita de agua para diluir la tinta y pasa a representarse de color azul. El objeto de la derecha es un estuche cilíndrico en forma de columna palmiforme, confeccionado con el tallo de una caña, para guardar los cálamos de junco utilizados como plumas. Los tres instrumentos van unidos con un cordel.

Otros muchos objetos completaban el equipamiento del escriba, que conocemos por la iconografía (relieves y pinturas en las tumbas) y por la arqueología (hallazgos de equipamientos completos en tumbas, como el que realizó el célebre arqueólogo británico Howard Carter en una tumba tebana del Reino Medio reutilizada a comienzos de la XVIII dinastía, que hoy se guarda entre los museos de El Cairo y de Port Said). El más importante de estos objetos es el cálamo (*ʿr*, *ar*), que se obtenía del junco (*Juncus maritimus*) y era blando y fibroso; en Época Romana, fue sustituido por el estilete griego, rígido y afilado, elaborado a partir del tallo de una caña (*Phragmites aegyptiaca*) (§ 61). Otros objetos eran rollos de papiro atados con cordeles por unidades o en haces, cofres de madera y contenedores de cañas para guardar los papiros, jarritas de agua para diluir la tinta y aclarar los cálamos, trozos de tejido

para limpiar, piedras y pequeños mazos para preparar y alisar los papiros, y estatuillas de arcilla que representan al dios Tot en su forma de babuino (§ 70), probablemente destinatarias de ofrendas de incienso por parte de sus propietarios. En cuanto a los soportes de la escritura, los que los escribas empleaban en su quehacer cotidiano eran el papiro, los *ostraka* (o sea, fragmentos de cerámica o de piedra caliza, de fácil obtención y de uso más inmediato), las tablillas o tablas de madera de sicomoro (estas últimas, que hasta la XVIII dinastía solían estar revestidas de yeso, se podían borrar y eran utilizadas sobre todo por los aprendices) y el cuero, también en rollos.

Las estatuas, relieves y pinturas que representan escribas trabajando (figs. 2.13 y 2.15) los muestran sentados en el suelo con el papiro abierto sobre las piernas cruzadas; sostienen el

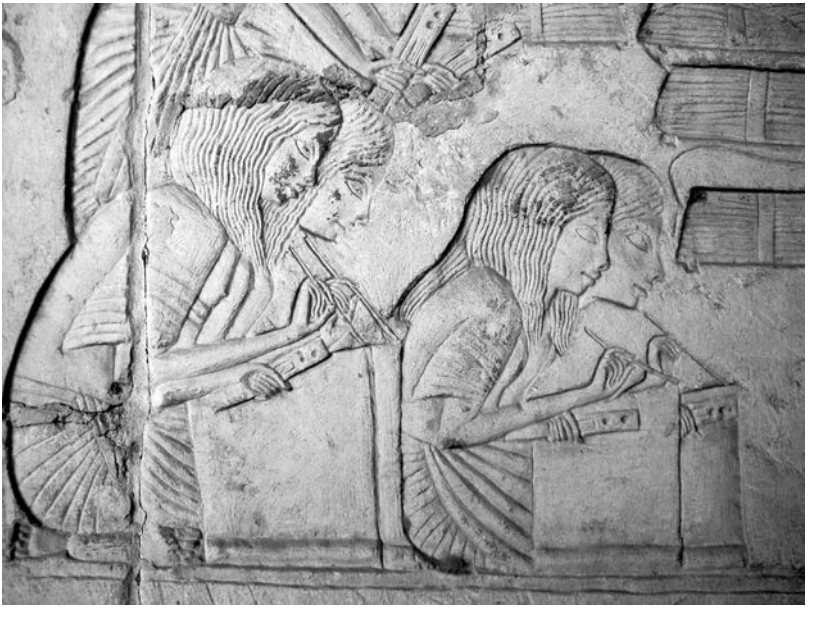


Fig. 2.15. Escribas trabajando, según un relieve de la tumba de Horemheb, en Saqqara (XVIII dinastía). Fotografía del autor.

cálamo con la mano derecha y por el extremo superior, para evitar que aquella pueda rozar la superficie escrita y ensuciarla, al proceder la escritura de derecha a izquierda (§ 53). Con la mano izquierda aguantan el papiro o sostienen la paleta de escriba.

§ **74.** De entre todos los materiales utilizados en el antiguo Egipto para escribir, el más elaborado y apreciado y el único creado específicamente para ello es el papiro. La materia prima para su fabricación se obtenía de un tipo de caña con flor, de tallo triangular (*Cyperus papyrus*), que puede llegar a medir 4 m de alto y que vive agrupada en matas en zonas pantanosas o en aguas bajas y quietas o con muy poca corriente. En época faraónica, crecía a lo largo de todo el valle del Nilo, pero la sobreexplotación a lo largo de milenios provocó su desaparición, que ya era prácticamente total cuando los botánicos de la expedición napoleónica en Egipto estudiaron la flora del país muy a finales del siglo XVIII (§ 95). En la actualidad, crece salvaje en el Sudán del Sur, en Etiopía y en otras regiones del África tropical y templada, así como en el valle del Jordán y en Sicilia, donde probablemente fue introducida desde Egipto, aunque no se sabe en qué momento. Son muchas las subespecies de la planta del papiro y es difícil determinar cuál fue exactamente la egipcia. El análisis del material de escritura que ha llegado hasta nosotros no aporta una solución, porque está manufacturado a partir del corazón del tallo de la caña, que es muy parecido de una subespecie a otra.

Los antiguos egipcios llamaban a la planta del papiro *wꜣḏ*, *wadj* (el primer signo representa una caña de papiro en flor; tabla 4.6), *ḏyt*, *djit*, o *ṯwfy*, *tjufy*; de estas pala-

bras, la segunda indicaba también el tallo del papiro o la ciénaga de papiros, y la tercera, la espesura o la ciénaga de papiros (el signo común a ambas grafías representa una mata de papiros). De la tercera de estas palabras deriva la palabra copta **ϫοογϥ** (léase: *djouf*), con el mismo significado.

§ **75.** Poco es lo que sabemos acerca del proceso de manufactura de la planta del papiro para la obtención del material de escritura. Para la Época Romana poseemos el testimonio de Plinio el Viejo (*Naturalis historia*, XIII, 21–27), que describe extensamente este proceso, pero el texto es poco claro y ha dado lugar a interpretaciones divergentes. Para épocas anteriores contamos tan solo con algunas representaciones iconográficas de la cosecha de la planta del papiro, en las que, a lo sumo, puede verse a un personaje pelando la corteza del tallo de una caña. Así, las únicas fuentes para reconstruir el proceso de fabricación del material de escritura son el análisis de los mismos papiros antiguos y, en los últimos años, la arqueología experimental, o sea, la elaboración actual de hojas de papiro con fines de investigación.

Inferimos, de este modo, que primero se pelaba el tallo de la caña y se cortaba en piezas de entre 30 y 45 cm de largo, según las épocas. Estas piezas se cortaban a continuación en tiras de entre 1 y 3 cm de anchura, bien por laminado (varias tiras por pieza), bien por corte en espiral (una sola tira por pieza). El material de escritura se confeccionaba a partir de una unidad mínima que era una hoja cuadrangular. Primero se disponía una serie de tiras una junto a otra, a veces solo en ligero contacto entre ellas y otras veces con una pequeña superposición. Una segunda serie se disponía después en perpendicular sobre la primera. La

hoja resultante era entonces sometida a presión o a un cuidadoso martilleo, y de este modo las tiras quedaban adheridas unas a otras gracias a la misma savia de la planta. Finalmente, la hoja era secada al sol, sus superficies, pulidas con una piedra lisa, y sus contornos, recortados. Varias hojas así obtenidas se unían mediante una pasta almidonada para formar un rollo, que era la unidad de comercialización del papiro. Un rollo estándar estaba formado por unas veinte hojas. Los rollos se enrollaban con las fibras horizontales por dentro y las verticales por fuera, porque esta disposición les daba mayor solidez y preservaba mejor su forma. De ahí que los escribas utilizaran preferentemente la cara interior de los mismos (que hoy llamamos *recto*) y pasaran a la cara exterior (o *verso*) solo si la extensión del texto lo requería o para escribir otros textos, aprovechando el material.

En cuanto a las medidas de los rollos, varían mucho en función de los tipos de texto y de los períodos. El rollo más largo conocido es el gran papiro Harris o papiro Harris I, que contiene una relación de los beneficios concedidos por el faraón Ramsés III a los templos de los principales dioses, así como un relato del advenimiento de la XX dinastía, del reinado del propio Ramsés, segundo rey de la misma, y de sus guerras contra los Pueblos del Mar (§§ 25*a*, 228). Mide 40,5 m de longitud, pero se trata de dimensiones excepcionales propias de textos áulicos, sacerdotales, funerarios o litúrgicos, que no eran de consulta habitual. La longitud normal de un papiro literario o administrativo es de unos pocos metros. Pero también los hay de dimensiones mucho más reducidas: el escriba cortaba del rollo estándar la longitud que necesitaba en cada caso. En cuanto a la altura, el rollo acabado de manufacturar podía medir entre 40 y 48 cm en los Reinos Antiguo y Nuevo,

y entre 30 y 33 cm en el Reino Medio. Si bien hay papiros de estas alturas originales para los Reinos Medio y Nuevo (que contienen mayormente textos de carácter áulico o funerario), lo más habitual era que el rollo recién fabricado se cortara longitudinalmente en dos o en cuatro, formando nuevos rollos de entre 8 y 24 cm de altura, según las épocas. En efecto, las dimensiones originales del material recién elaborado resultaban poco apropiadas para el trabajo cotidiano del escriba, que escribía con el papiro apoyado en el regazo (§ 72). Así, por ejemplo, los textos literarios de la Época Ramésida (§ 25*b*) suelen estar escritos en papiros de 10–12 cm de altura. A veces los papiros eran reutilizados: mediante lavado se borraba el texto original y, una vez seco, el papiro podía ser reescrito. Esto sucedía sobre todo con las cartas. En ocasiones, sin embargo, el texto original no queda borrado del todo, sino que quedan trazas que pueden permitir reconstruirlo parcial o totalmente. Los papiros que presentan esta característica reciben el nombre de *palimpsestos*.

§ **76.** Los antiguos egipcios llamaban al rollo de papiro para escritura *ꜥrt*, *aret*, y al rollo o «libro» ya escrito *mḏꜣt*, *medjat*; el último signo de la primera palabra y el primero de la segunda representan el propio rollo, atado y sellado: tablas 4.6, 4.7). Un *pr mḏꜣt*, *per medjat*, era una «casa del libro», es decir, un archivo o una biblioteca. Los griegos emplearon los términos πάπυρος, *papyros*, y βύβλος, *byblos*, para designar indistintamente la planta del papiro en estado natural, la materia prima de ella obtenida para fabricar objetos diversos y el material de escritura, el rollo de papiro para escribir y el libro ya escrito. Se ha argüido que πάπυρος podría proceder de una

expresión egipcia: *p3-pr-ꜥ3*, *pa-per-aa*, con el sentido de «lo (propio) del faraón», «el (material) del faraón», tal vez en alusión a que el control del comercio del papiro en Época Ptolemaica era un monopolio de la monarquía; pero lo cierto es que esa expresión no está documentada en los textos egipcios, de manera que la derivación es hipotética. Como es evidente, del griego πάπυρος, a través del latín *papyrus*, deriva nuestro término *papiro*; de *papyrus* deriva asimismo el catalán *paper* y, por préstamo del catalán, el español *papel*. Del griego βύβλος proceden los términos *biblioteca* y *Biblia* (= «los libros»).

§ **77.** La fabricación del papiro constituía una técnica especializada que se realizaba en unos pocos talleres distribuidos por todo Egipto, cerca de las áreas de ciénagas en que crecía la planta salvaje, pues el procesado requería que esta fuera muy fresca. Para el período faraónico, no hay evidencia textual ni arqueológica de ningún taller y no se sabe si la producción era un monopolio del Estado o estaba en manos de particulares. Para la Época Grecorromana hay menciones textuales de talleres en el Delta (Alejandría, Sais o Tanis) y en El-Fayum, y parece que la producción estaba en manos privadas pero bajo regulación estatal, con el fin de asegurar la calidad y el suministro.

§ **78.** El rollo de papiro más antiguo conocido (curiosamente, no escrito) data de mediados de la I dinastía (c. 3000 aC) y procede de una mastaba de entrantes y salientes construida en Saqqara norte en tiempos del rey Den (§§ 56*b*, 201). Durante cuatro milenios, el proceso de manufactura del papiro se mantuvo en esencia inalterado. Fue el material más internacional de escritura en todo el oriente mediterráneo hasta que se le

sumó el pergamino a partir del siglo II aC. El nuevo material, a base de pieles curtidas de oveja y cabra, fue creado en Pérgamo (de ahí su nombre) a raíz de la negativa de los Ptolomeos de suministrar papiro a los soberanos atálidas del reino egeo, cuyo esplendor cultural y cuya biblioteca inquietaban en Alejandría. El papiro fue definitivamente abandonado como material de escritura entre los siglos VIII y X dC, cuando el papel, originario de China, reemplazó los materiales precedentes en todo el mundo árabe. Unos siglos más tarde, también el pergamino fue sustituido por el papel en Europa.

Aunque son numerosos los hallazgos de papiros en los yacimientos arqueológicos egipcios (especialmente en tumbas y templos funerarios, donde han permanecido más resguardados), solo una parte mínima de los papiros producidos en el antiguo Egipto ha llegado hasta nosotros. Mucho se perdió ya en tiempos faraónicos, como recuerdan elocuentemente las *Admoniciones de Ipuur* (§ 20*c*), al describir un tiempo convulso (6, 8-10):

> En verdad, se mata [a los funcionarios] y se roba sus escritos.
> ¡Ay de mí, por las miserias de este tiempo!
> En verdad, los escribas del grano, sus escritos son destruidos [...].
> En verdad, las leyes de la sala del juicio son lanzadas al exterior:
> La gente camina sobre ellas en las calles,
> Los mendigos las hacen pedazos en las avenidas.

Y mucho se ha perdido desde la Antigüedad tardía hasta los tiempos modernos, por reutilización del material de escritura o por su empleo para otros fines, como el embalsamamiento de personas y animales o la calefacción, así como por

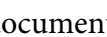
negligencia de los primeros excavadores durante el siglo XIX y parte del XX... Sin contar, obviamente, con lo que han destruido los mismos elementos naturales.

§ **79.** Por lo que se refiere a los niveles de alfabetismo de la población del antiguo Egipto, los egiptólogos han intentado calcularlos para el Reino Antiguo, en que la documentación es más homogénea, sobre la base de tres factores: la población total estimada (entre un millón y un millón y medio de personas), el número de tumbas existente (que pertenecieron en la mayoría de los casos a personas letradas) y el número de personajes representados en las tumbas llevando un título que indica algún nivel de alfabetización (solo en Giza para el Reino Antiguo, por ejemplo, se conocen 14 tumbas de escribas de rango medio, de un total de 219 representaciones de escribas en los relieves de toda la necrópolis). El resultado es que menos de un 1% de la población era letrada en esa época. En contextos especiales, como la aldea de Deir el-Medina en el Reino Nuevo, donde vivieron los escribas y artesanos que construyeron y decoraron las tumbas reales ubicadas en el cercano Valle de los Reyes, la cifra podría elevarse al 5–7%. Y en la Baja Época, en tiempos de uso de la escritura demótica, se ha calculado una tasa del 5%.

Debemos tener presente, sin embargo, que la alfabetización puede comportar distintos niveles. Ya hemos visto, por ejemplo, que no todos los escribas accedían al conocimiento de los jeroglíficos (§ 69), y es sabido que entre ellos había distintos niveles de preparación y de habilidad. Es posible, por tanto, que el número de personas que pudiera tener algún nivel de alfabetización, por mínimo que fuera, fuera algo más alto que

lo que estos porcentajes reflejan. Así, las firmas de testigos en los documentos judiciales; las cartas enviadas a los muertos tanto por hombres como por mujeres de condición modesta (§ 20*d*); el hecho de que en Deir el-Medina no solo sean letrados los escribas propiamente dichos sino también capataces, dibujantes, picapedreros, carpinteros y viudas; los grafitos grabados o pintados en caminos, canteras, *wadis* o rocas en lugares remotos del desierto destinados a los eventuales caminantes o viajeros (§§ 42, 55); las «marcas» de cantero y las «etiquetas» en productos diversos (como en los recipientes de vino) destinadas a ser leídas por transportistas y receptores (§ 55); el hecho de que las mujeres sean representadas en ocasiones yendo de compras al mercado (Heródoto se sorprende de ello: *Historiae*, II, 35), lo cual implica conocimientos básicos de aritmética..., todo ello sugiere que, tal vez, una parte de la población pudiera tener ciertas habilidades de lectura y/o escritura.

§ **80.** Esto no quita, en todo caso, que el conocimiento pleno de la escritura fuera, como queda dicho (§ 71), una prerrogativa de la elite del Estado egipcio y del cuerpo de funcionarios, o sea, del estamento de los escribas. En términos de género, se trató, además, de una prerrogativa esencialmente masculina. En efecto, aunque sabemos de reinas, princesas, sacerdotisas, damas, mujeres de negocios y viudas letradas (en algunas tumbas tebanas del Reino Nuevo, por ejemplo, los instrumentos del escriba están representados debajo de la silla de una dama), su número es muy inferior al de los hombres. Por otra parte, no hay mención alguna de mujeres en las fuentes que hacen referencia al mundo de la formación de los escribas y de las escuelas. El título de escriba es masculino: *sḫ3*, *sekha*,

«(hombre) escriba», y, aunque existe el término equivalente en femenino: *sẖ3t*, *sekhat*, su significado no parece ser «(mujer) escriba», sino «maquilladora». Solo para la Baja Época se documenta un título, el de  *sẖ3-sḏmt*, *sekha-sehemet*, que corresponde sin duda a «mujer escriba», pero es de uso muy puntual. Que la escritura responde a un universo de discurso eminentemente masculino se observa, por otra parte, en características tales como el uso de signos que representan hombres para aludir a todas las acciones genéricas desempeñadas por el ser humano, salvo «parir» y «amamantar» (tablas 4.6, 4.7).

§ **81.** Algunos personajes, amantes de los libros y de la literatura, reunieron verdaderas bibliotecas personales. Así, en una tumba anónima del Reino Medio descubierta bajo los almacenes del Ramesseum o templo funerario de Ramsés II, en Tebas oeste, fue exhumada una caja que contenía diversos papiros literarios, rituales, mágicos, onomásticos y administrativos, entre ellos el célebre papiro Ramesseum A (Museo de Berlín 10499), que contiene, en el verso, la primera mitad de la *Historia de Sinuhé* y, en el recto, el principio de *El oasita elocuente* (§ 20*c*). En Deir el-Medina (§ 79) vivió durante la segunda mitad de la XIX dinastía el escriba Qenherkhepeshef, que reunió una gran colección de papiros con obras de otros escribas (a veces anotadas y «usurpadas» por él, es decir, con su nombre sustituyendo el del autor original) y obras propias, así como con copias realizadas por él y para su deleite personal de los textos «históricos» esculpidos en los muros de los vecinos templos funerarios de los reyes del Reino Nuevo.

CAPÍTULO 3

Champollion y el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia

3.1. Antecedentes

3.1.1. Los jeroglíficos egipcios en los autores grecolatinos y coptos

§ **82.** Cuando Jean-François Champollion empezó los trabajos que conducirían al desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia, en Europa existía una tradición secular, de corte neoplatónico y hermético, acerca del sentido último de los jeroglíficos, que tenía su origen ya en la Roma imperial y había reaparecido con fuerza desde el Renacimiento. Esta tradición se inscribía en una corriente más general de «egiptomanía» o de «pasión por lo egipcio», sentido como algo exótico y arcano; lejos de ver los jeroglíficos como un sistema de escritura propiamente dicho, es decir, como un código de signos para anotar mensajes lingüísticos, los contemplaba más bien como un sistema atemporal y universal de símbolos susceptibles de ser interpretados independientemente de lengua alguna. Los primeros en formular esta idea fueron autores clásicos o coptos

contemporáneos de los últimos siglos de existencia de las antiguas escrituras egipcias que, sin conocerlas directamente, tenían de ellas alguna noción. Sus observaciones tienen algo de verdad (§ 49) y mucho de especulación, pero son importantes porque constituyen la base de la concepción que la tradición cultural occidental se forjó acerca de los jeroglíficos.

§ **83.** Ya en el siglo I aC, Diodoro de Sicilia, en su *Bibliotheca historica* (III, 4), describe así la escritura jeroglífica egipcia:

> Puede observarse que la forma de sus letras toma el aspecto de animales de todo tipo, de los miembros del cuerpo humano y de instrumentos, especialmente herramientas de carpinteros; y es que su escritura no expresa un concepto determinado por medio de sílabas unidas unas a otras, sino por medio del significado de los objetos que se han reproducido y de su sentido figurativo, que ha quedado impreso en la memoria por la práctica. Por ejemplo, dibujan la imagen de un halcón, de un cocodrilo, de una serpiente y de los miembros del cuerpo humano (un ojo, una mano, una cara y así sucesivamente). Bien, pues el halcón significa para ellos algo que sucede rápidamente, puesto que este animal es prácticamente el más rápido de los seres alados. Y el concepto representado es entonces transferido, por medio de la pertinente transferencia metafórica, a todas las cosas rápidas o a las cosas que se definen por la rapidez, como si hubieran sido realmente nombradas. Y el cocodrilo es el símbolo de todo lo que es malo, y el ojo es el celador de la justicia y el guardián del cuerpo entero. […] El mismo tipo de razonamiento subyace al resto de los caracteres que representan partes del cuerpo, instrumentos y todas las otras cosas, de tal manera que, prestando mucha atención al significado que es inherente a cada objeto y ejercitando sus mentes con prácticas y ejercicios de memoria durante largo tiempo, leen gracias a la costumbre todo lo que se ha escrito.

Diodoro es, pues, el iniciador de la tradición que hacía de los jeroglíficos signos simbólicos y no lingüísticos, que evocaban conceptos por vía alegórica en virtud de ciertas características de los referentes reales que los propios signos representaban.

En esta misma línea, en el siglo II dC Plutarco de Queronea escribió en su *De Iside et Osiride* (10):

> Pero el más grande admirador [griego] de los sacerdotes [egipcios], y el más admirado por ellos, fue sin duda Pitágoras: imitó sus maneras simbólicas y mistéricas incorporando su doctrina en una serie de enigmas. La mayoría de los preceptos pitagóricos no tienen nada que envidiar a los caracteres llamados «sagrados» [de los egipcios].

Aunque Plutarco añade también (56): «Cinco elevado al cuadrado da el número de caracteres del alfabeto egipcio», lo cual indica que conocía la existencia, junto a los signos simbólicos, de signos «alfabéticos», o sea, fonéticos.

§ **84.** Entre los siglos II y III dC escribió su obra Clemente de Alejandría, un cristiano de origen griego que vivió muchos años en esa ciudad. En sus *Stromata* (V, 4, 20.3–21.3), Clemente describe y clasifica los sistemas de escritura egipcios de esta manera:

> Así, aquellos que entre los egipcios reciben instrucción, aprenden en primer lugar el método de escritura egipcia llamado epistolográfico [ἐπιστολογραφική, *epistolographike* = demótico; § 57]; en segundo lugar, el método hierático [ἱερατική, *hieratike*], usado por los escribas de los templos; y finalmente terminan por el método jeroglífico [ἱερογλυφική, *hieroglyphike*], que en parte se expresa propiamente por medio de las letras elementales y en parte es simbólico. En su modalidad simbólica, bien se

> expresa propiamente por semejanza, bien se escribe como por medio de metáforas, bien es abiertamente alegórico y procede por enigmas. Así, si quieren escribir «sol» hacen un círculo y para «luna», la forma de un creciente; esto según la especie que se expresa propiamente. Pasemos a la especie de las metáforas: llevan a cabo transferencias o cambios según una relación de afinidad, y esculpen así los signos haciendo sustituciones y modificando sus formas de diversas maneras. [...] He aquí un ejemplo del tercer género, el que utiliza los enigmas: representan los astros por medio de serpientes, a causa de su recorrido sinuoso, pero el sol por medio de un escarabajo, porque este último fabrica con estiércol de buey una suerte de bola que hace girar tras él. Este animal, dicen además, pasa seis meses bajo tierra y el resto del año por encima; pone sus huevos en la bola y así engendra; no existe escarabajo hembra.

Cuando Clemente escribe, el demótico y el jeroglífico están aún en pleno uso, mientras que el hierático se encuentra ya en sus últimos decenios de existencia (§§ 52, 56*f*). El texto habla de varios tipos de signos jeroglíficos, de forma no siempre clara. En todo caso, se alude a signos fonéticos (escritura que «se expresa propiamente por medio de las letras elementales») y a tres tipos de signos «simbólicos»: los del primer tipo significan lo que representan (= «sol»); los del segundo proceden por metáforas, con «cambios» o «sustituciones» (un ejemplo sería la vela de barco henchida, , que vale por «viento»); y los del tercero proceden por alegorías o por «enigmas»: el signo no significa lo que representa, sino algo evocado alegóricamente por esto último (como, por ejemplo, la pluma de pájaro, , para «verdad», «justicia»). Clemente tiene conocimiento, pues, de que la escritura jeroglífica combina signos puramente fonéticos y signos que significan lo que representan, como

efectivamente sucede (§§ 47, 139 ss., 157), pero es la noción de signo-alegoría, la última de las expuestas, la que acabó imponiéndose en la Antigüedad tardía como definitoria de la esencia de los jeroglíficos, vistos definitivamente como una escritura «simbólica» más que «lingüística».

§ **85.** En el siglo III dC vivió y escribió Plotino, máximo exponente de la escuela neoplatónica antigua. Había nacido significativamente en Licópolis, actual Asiut, en Egipto, hacia el año 205, y murió en Roma en 270. En sus *Enneades* (V, 8, 5–6) afirma:

> Y por eso los antiguos decían que las Ideas eran seres y sustancias. Esto es lo que entendieron —creo yo— los sabios de Egipto, bien por medio de un conocimiento exacto, bien espontáneamente: para designar las cosas con sabiduría, no utilizan letras dibujadas, que conforman discursos y oraciones y que representan sonidos y palabras; dibujan imágenes, cada una de las cuales corresponde a una cosa distinta. Las graban en los templos para designar esa cosa con todos sus detalles. Cada signo grabado es, pues, [en sí mismo] una ciencia, una sabiduría, una cosa real, que se capta de una sola vez, y no una serie de pensamientos como un razonamiento o una deliberación.

Plotino introduce, pues, la concepción neoplatónica del jeroglífico como *idea*, como entidad sustantiva, y no como escritura fonética. Según él los jeroglíficos ilustran, en última instancia, «la dinámica del pensamiento divino».

§ **86.** En el año 313 dC, el emperador Constantino promulgó el edicto de Milán, mediante el cual daba libertad de culto a los

cristianos. No solo cesaban así definitivamente las persecuciones contra los practicantes de la nueva religión, sino que esta iniciaba su acercamiento al poder político. A finales del siglo IV, en 380, el emperador Teodosio promulgó un nuevo edicto, el de Tesalónica, por el cual proclamaba el cristianismo católico religión oficial del Estado romano y condenaba las demás creencias, tanto paganas como cristianas «heréticas». En 392 ordenó, mediante otro edicto, cerrar todos los templos paganos del Imperio Romano. Todos excepto uno: el templo de Isis en la lejana isla de Filae, en la frontera meridional de la provincia de Egipto. A él, en efecto, acudían a rendir culto a la diosa las poblaciones nubias de la región fronteriza, por aquel entonces muy belicosas, y, para evitar hostilidades que pudieran poner en peligro las rutas comerciales de la zona, Roma optó por hacer una excepción con ese santuario. Allí, en la llamada puerta de los Antoninos porque había sido construida y decorada por los emperadores Adriano y Marco Aurelio, se esculpió la última inscripción jeroglífica de fecha conocida (§ 50; fig. 3.1). Se trata de un texto que acompaña una representación del dios solar nubio Merul, también llamado Mandulis, y data del año 394 dC. Sabemos, sin embargo, que hay inscripciones posteriores no fechadas (hasta fines del siglo V). Los demás templos paganos egipcios fueron sistemáticamente abandonados, destruidos o convertidos en iglesias.

En 395, a la muerte de Teodosio, el Imperio Romano se escindió definitivamente en sus dos mitades y Egipto quedó en el Imperio de Oriente, que los historiadores llaman también Imperio Bizantino, a partir del nombre de su capital, Bizancio o Constantinopla. El templo de Filae se mantuvo abierto todavía un siglo y medio, hasta que en 551 un edicto del emperador

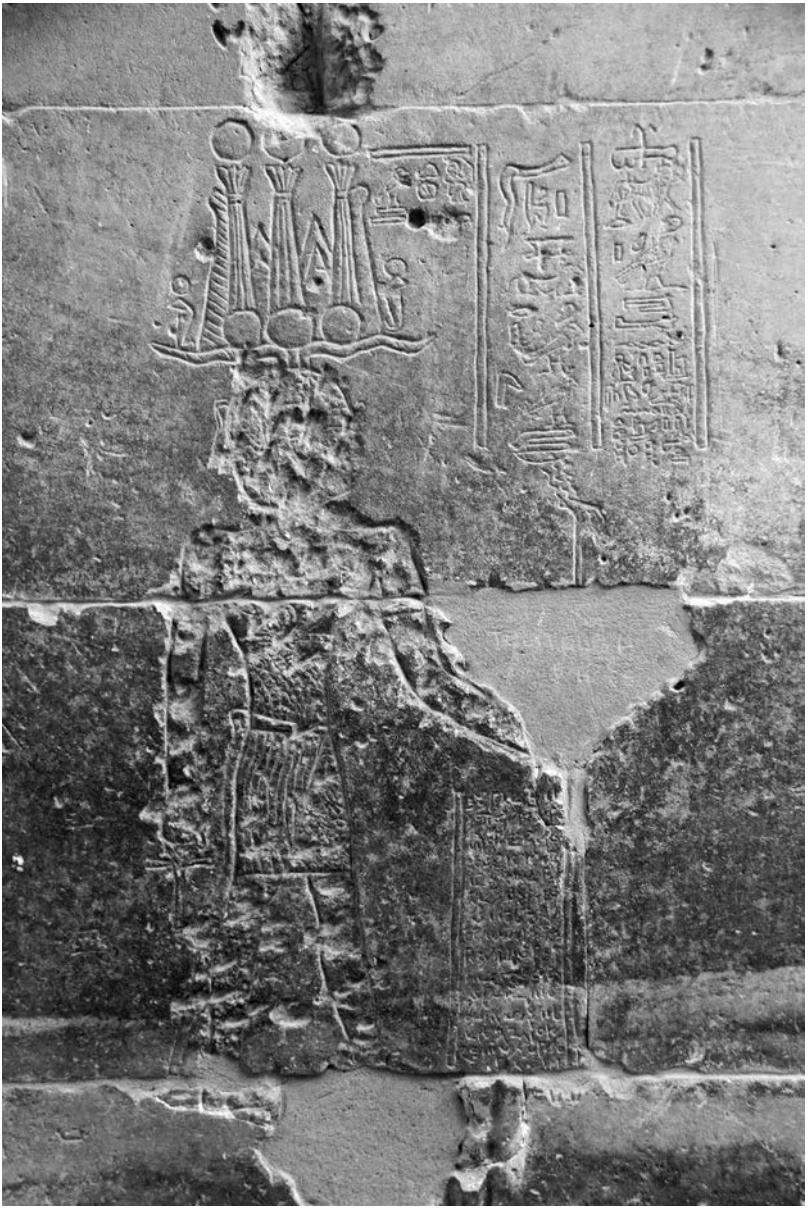


Fig. 3.1. Última inscripción jeroglífica de fecha conocida (arriba, a la derecha) y representación del dios nubio Merul. La inscripción demótica situada ante las piernas del dios nos informa de que el conjunto fue esculpido en 394 dC. Puerta de los Antoninos, templo de Filae. Fotografía de Albert Hurtado.

Justiniano lo cerró definitivamente. En 553, el obispo Teodoro consagró el viejo templo como iglesia cristiana bajo la advocación de san Esteban. Los últimos sacerdotes de Isis fueron conducidos a Constantinopla, acusados de saber leer los jeroglíficos y condenados a acabar sus días en prisión. Con su desaparición, el «secreto» de los jeroglíficos cayó definitivamente en el olvido.

§ **87.** Fuera de Filae, sin embargo, esto había ocurrido ya desde un tiempo atrás. En efecto, cuando el templo se cerró, el resto de Egipto llevaba ya un siglo y medio de historia cristiana. En el siglo IV o V, un altoegipcio de cultura copta llamado Horapolo había escrito en copto un importante tratado acerca de los jeroglíficos, los *Hieroglyphica*, que los europeos conocerían a partir del Renacimiento a través de una copia griega medieval (§ 92). En él se explican 189 signos jeroglíficos (algunos auténticos, otros no) a partir de dos planteamientos: *a*) «qué quieren decir [los egipcios] cuando dibujan» un determinado ser u objeto de la realidad; y *b*) «cómo representan» o «cómo escriben» un determinado concepto concreto o abstracto. En todos los casos se consigna el significado del signo y se argumenta el porqué del mismo. Para la mitad de los signos el significado es correcto, mientras que para la otra mitad se aleja por completo de la realidad. Y en los casos en los que el significado es correcto, no lo es nunca su explicación, porque esta, en la línea iniciada por Diodoro, Clemente y Plotino, se busca en el campo de lo simbólico y de lo alegórico y no en el de lo lingüístico. Esto tiene una de sus razones de ser en la *interpretatio* que inevitablemente Horapolo hace de los jeroglíficos, pero también se explica por el carácter criptográfico y altamente «especulati-

vo» de la propia escritura jeroglífica en los últimos siglos de su historia (§ 49). Cedamos la palabra a Horapolo:

> Qué quieren decir [los egipcios] cuando dibujan un buitre [ ]. Para escribir «madre» […] dibujan un buitre […] porque no hay macho en esta clase de animales, y su nacimiento se produce del modo siguiente: cuando el buitre desea concebir, poniendo su vulva hacia el viento Boreas, es cubierto por él durante cinco días, en los que no toma ni comida ni bebida, ansiando la procreación. Hay también otras clases de aves que quedan preñadas por el viento, cuyos huevos solo son apropiados como comida, pero no para producir vida, mientras que el nacimiento de los huevos de los buitres cubiertos por el viento da lugar a seres vivos.
>
> Cómo escriben «hijo». Cuando quieren escribir «hijo» pintan una oca [ ]. Pues este animal es muy amante de sus crías. Si alguna vez se da el caso de que sea perseguido para cogerlo con sus polluelos, el padre y la madre se entregan voluntariamente a los cazadores para que sus crías se salven.
>
> Cómo representan «apertura». Cuando quieren indicar «apertura» pintan una liebre [ ], porque este animal tiene siempre los ojos abiertos.

Es cierto que el signo jeroglífico del buitre servía para escribir la palabra para «madre», el de la oca , la palabra para «hijo» y el de la liebre , la palabra para «apertura». Pero Horapolo se equivoca al querer explicar el porqué de esa relación signo-significado. En efecto, en realidad no hay ninguna vinculación entre lo que estos signos representan y el significado de la palabra que anotan, porque se trata de signos fonéticos, es decir, de signos cuya función no tiene nada que ver con su forma plástica, sino que, convencionalmente, anotan tan solo sonidos, los sonidos de las palabras egipcias *m*(*w*)*t*, «madre», *s3*,

«hijo», y *wn*, «apertura» (§§ 143–144 y tabla 4.4; para la lectura de las transliteraciones de las palabras egipcias: §§ 7, 129–130). Horapolo «recuerda» correctamente el significado del signo, pero ha «olvidado» la verdadera naturaleza de los jeroglíficos, que son una escritura, un sistema gráfico para transcribir fonéticamente una lengua, y no símbolos cuyo significado evoca alegóricamente la imagen representada. En su tratado, los jeroglíficos no están asociados en ningún caso a palabras concretas (no hay ningún conocimiento de la lengua que subyace a los signos y su combinación, a pesar, paradójicamente, de ser la del propio autor, aunque en una fase diferente...) y, a diferencia de lo que sucede en Clemente de Alejandría, no hay alusión ya a un tipo de signos de carácter fonético, sino que todos los signos son interpretados en clave puramente simbólica.

La importancia de la obra de Horapolo no estriba en su contenido, sino en su destino. Como veremos (§ 92), la tradición occidental desde el Renacimiento la tomó como autoridad en la materia, y ello hizo que quedara definitivamente asentado el principio de que los jeroglíficos constituían un sistema de símbolos universalmente válido y accesible, y no un sistema de escritura vinculado a una lengua concreta: conociendo sus «claves», cualquiera, desde cualquier lengua, podía interpretar su mensaje simbólico.

3.1.2. De la Edad Media egipcia y árabe al Renacimiento y Barroco europeos

§ **88.** El dominio bizantino sobre Egipto duró dos siglos y medio. En el año 640 tuvo lugar la conquista árabe. Los árabes

llamaron a los indígenas del país del Nilo *qibt,* palabra que deriva del griego Αἰγύπτιος, *Aigyptios,* «egipcio». De *qibt* procede el término *copto,* de manera que, en origen, *copto* significa «indígena de Egipto», «egipcio», desde la óptica de los nuevos dominadores. Puesto que en tiempos de la conquista árabe la población autóctona de Egipto era en su totalidad cristiana, el término *copto* pasó pronto a ser sinónimo de «cristiano de Egipto», aunque este no es su sentido original (§§ 34, 38*g*). Conviene señalar que los propios coptos no se autodenominaron nunca así, sino ⲛ ⲣⲙ ⲛ ⲕⲏⲙⲉ (léase: *ᵉn rᵉm ᵉn keeme*), «las gentes de Egipto», que era el gentilicio autóctono ya desde la época faraónica (en medioegipcio: *rmṯ n*(*y*) *Kmt*); en efecto, *Kmt* / ⲕⲏⲙⲉ, lit. «la Tierra Negra» = «Egipto», fue el principal topónimo con el que los antiguos egipcios y los coptos designaron su país (§ 130).

En los primeros siglos de dominación musulmana, la lengua copta, último estadio evolutivo de la antigua lengua de los faraones (§§ 11, 34), convivió con la lengua árabe en situación de bilingüismo. Después, poco a poco, se pasó a una situación de predominio del árabe sobre el copto. Hacia el siglo IX, el copto dejó de utilizarse en la creación literaria escrita: los códices posteriores no recogen textos originales, sino copias de textos anteriores. En el siglo XI los coptos sintieron la necesidad de empezar a fijar por escrito la gramática y el vocabulario de su lengua y redactaron gramáticas coptas en árabe y glosarios copto-árabes (las llamadas después en latín *scalae*): estaba claro que la comprensión y transmisión de su lengua pasaba ahora por que quedara codificada en la lengua dominante. Precisamente por estas obras iba a empezar unos siglos más tarde, en Europa, el largo proceso que conduciría al desciframiento

de los jeroglíficos (§ 93). Entre los siglos XIV y XVI, el copto fue quedando relegado al uso cotidiano (especialmente entre algunos grupos aislados de campesinos del Alto Egipto) y litúrgico, hasta que, en el siglo XVII, se perdió definitivamente como lengua hablada. Desde entonces, se ha mantenido como lengua litúrgica de la iglesia copta (y aun así, al lado del árabe y, fuera de Egipto, de las lenguas de los países que acogen comunidades coptas, como el inglés).

§ **89.** A modo de *excursus*, es interesante recordar que en la península Ibérica se produjo, a raíz de la presencia musulmana, una situación paralela a la que acabamos de describir. De hecho, ambas situaciones históricas se ilustran mutuamente. Como es bien sabido, los musulmanes llegaron a la península Ibérica en 711 y con una serie de rápidas y eficaces campañas lograron desarticular el reino visigodo hispánico y ocupar casi toda la península. Pronto, sin embargo (la leyenda cuenta que ya en 722), los cristianos de las tierras montañosas del norte, cantábricas y pirenaicas, iniciaron un proceso de expansión hacia el sur que no concluiría hasta ocho siglos después, en 1492, con la caída del reino nazarí de Granada ante los reyes Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. Cuando los musulmanes llegaron a la península Ibérica, en ella se hablaba una incipiente lengua romance, derivada del latín vulgar hispánico. Esta lengua continuó su evolución en los reinos cristianos del norte, dando origen a las distintas lenguas romances medievales: de este a oeste, el catalán, el navarro-aragonés, el castellano, el asturiano y el galaico-portugués. Pero la comunidad cristiana que quedó en Al-Andalus también conservó su lengua autóctona, aunque sometida a la presión del árabe, y, al estar separada de

sus «hermanas» del norte, en condición de lengua aislada y arcaizante. Los árabes llamaron a esta lengua *al-adjamiya*, literalmente «(lengua) extranjera», de donde deriva el término español *aljamía*, y a los que la hablaban, *mustarib*, literalmente «aquel que sin ser árabe se hace semejante a los árabes» o «arabizante», de donde deriva el término español *mozárabe*. Un mozárabe es, pues, un autóctono hispánico en el momento en que llegaron los árabes o un descendiente suyo; en definitiva, un cristiano andalusí. La lengua que hablaba era la aljamía, también llamada *mozárabe*. Así pues, el mozárabe es en la península Ibérica exactamente lo mismo que el copto es en Egipto.

La historia de los mozárabes puede dividirse en dos fases. En la primera, que va del siglo VIII al XI, el romance mozárabe pervive con gran vigor y es hablado no solo por los cristianos sino también por los propios musulmanes. La lírica popular en romance es cantada por doquier y los poetas árabes la integran en sus composiciones, que, por ello, son bilingües (son las llamadas *moaxajas*, poemas en árabe que incluyen, al final, una cancioncilla en romance, la *jarcha*). El latín sigue siendo la lengua culta de los mozárabes, que en ella escriben aún importantes obras religiosas. La segunda fase, que va del siglo XII al XV y empieza con el advenimiento de las belicosas dinastías magrebíes de los almorávides, primero, y los almohades, después, supone, en cambio, una etapa de progresiva decadencia. El latín cede paso al árabe como lengua culta de los mozárabes. El romance va cediendo terreno frente al árabe en los usos coloquiales, aunque sigue documentándose en las obras de los botánicos musulmanes (que consignan el nombre mozárabe de las plantas) y en el cancionero popular (a través de las *moaxajas*). Pronto queda relegado a la liturgia, y en el reino de Gra-

nada, último Estado musulmán hispánico, ya se habla solo árabe, aunque mezclado con abundante léxico mozárabe.

Cuando los cristianos del norte conquistaban territorios a los árabes, el mozárabe de esos territorios se perdía absorbido por la lengua romance «hermana» de los nuevos dominadores. Esto no sucedía, sin embargo, sin que el mozárabe dejara su huella en esa lengua dominante, lo cual fue especialmente significativo en el caso del castellano, cuyo léxico, como es sabido, contiene un elevado porcentaje de términos de origen árabe. La mayoría de los arabismos del español no se han introducido por adstrato (= contacto, préstamo), sino por sustrato (= influencia de la lengua dominada sobre la dominante) mozárabe, comoquiera que el mozárabe, en los largos siglos de convivencia con el árabe, había ido asumiendo abundante léxico y aun ciertos rasgos gramaticales de este último (§ *7g*).

Movidos por el afán de intercomunicación, pero también de preservar su lengua y de fijar lo que se perdía, desde el siglo XI los mozárabes andalusíes confeccionaron una serie de glosarios latín-árabe y/o árabe-latín. Estos glosarios, que entre el vocabulario «latino» introducen, en realidad, numerosos mozarabismos, son una fuente inestimable para el estudio del léxico del romance andalusí, como lo fueron para el copto los glosarios copto-árabes. Como puede verse, pues, el elemento lingüístico y cultural árabe desempeñó papeles muy similares en la península Ibérica y en Egipto en relación con las poblaciones cristianas autóctonas, su lengua y su cultura, y dio lugar a situaciones y reacciones culturales comparables.

§ **90.** Regresemos a Oriente. Durante la Edad Media, el testigo del interés por las antiguas escrituras egipcias y por el legado

del Egipto faraónico pasó —como sucedió en tantos otros ámbitos de la historia de la cultura— de los autores grecolatinos a los autores árabes. Las fuentes de estos últimos fueron, no solo sus predecesores grecolatinos y Horapolo, sino, sobre todo, los textos coptos, a los que muchos tuvieron acceso directo, y la propia observación sobre el terreno de los monumentos, las inscripciones y los papiros de la época faraónica, ampliamente descritos y copiados por ellos. De algunos textos jeroglíficos y demóticos se aventuró incluso una traducción y una interpretación, no por especulativa menos significativa del valor que se concedía a aquellos antiguos escritos. Los autores árabes en cuestión eran sobre todo alquimistas y místicos sufíes, que participaban de las corrientes esotéricas y herméticas medievales que hacían del Egipto faraónico la cuna de los saberes arcanos y de la mística. Su interés por los jeroglíficos fue doble. De un lado, algunos signos fueron empleados como símbolos en obras de alquimia y de mecánica. De otro, la escritura jeroglífica fue apreciada como tal, en su calidad de código gráfico reglado y poderosamente icónico (§§ 41, 169–170). En gran medida, en efecto, la atracción por los jeroglíficos derivaba del interés de los sufíes por la caligrafía: como la escritura cúfica, los jeroglíficos eran un sistema gráfico que respondía a criterios de proporcionalidad, belleza y armonía en la factura y disposición de los signos (misma orientación, tamaños proporcionales, factura idéntica de un mismo signo en un mismo texto, *horror vacui*...; §§ 162–164, 178), al servicio de un mensaje trascendente.

En general, a los autores árabes se deben tres importantes y certeras observaciones sobre la lengua y las escrituras egipcias. De un lado, dan por descontado que los coptos y la lengua

copta son los herederos directos de los egipcios faraónicos y de su lengua, a los que llaman, respectivamente, *al-qibt al-awail*, «los primeros egipcios», y *al-qibitiyah al-ula*, «la primera (lengua) egipcia». De otro lado, afirman que el alfabeto copto es una mezcla de antiguas letras nativas y de letras griegas (§ 64*b*). Y finalmente, en relación con los jeroglíficos, consideran que los hay de dos tipos: algunos son fonéticos, es decir, anotan sonidos, mientras que otros son simbólicos, es decir, representan ideas. Si bien los primeros autores grecolatinos que se habían interesado por los jeroglíficos también parecían señalar la existencia de signos fonéticos (§§ 83–84), esta noción de la doble naturaleza de los jeroglíficos había acabado por perderse en la tradición occidental.

§ **91.** El más importante de los autores árabes es Ibn Wahshiyah, un alquimista iraquí que vivió entre los siglos IX y X. Su obra *Kitab shauq al-mustaham fi maarifat rumuz al-aqlam*, o *Libro del deseo del apasionado por el conocimiento de los símbolos de las escrituras*, se conserva en tres manuscritos, de los cuales uno, hoy en la Biblioteca Nacional de París, fue adquirido en Malta en el siglo XVI y consultado por Athanasius Kircher, iniciador, como veremos, del proceso europeo de desciframiento de las escrituras egipcias (§ 93), y otro fue comprado en El Cairo por Joseph Hammer, secretario de la embajada británica en Estambul, quien, en 1806, publicó en Londres el texto árabe junto con su propia traducción en inglés. Se trató, pues, de una obra conocida en Europa desde la época barroca.

Ibn Wahshiyah llama a los jeroglíficos «alfabeto del filósofo Hermes el grande», combinando la antigua tradición egipcia

de que la escritura fue enseñada a la humanidad por el dios Tot, identificado por los griegos con Hermes Trismegisto (§ 70), y las tradiciones esotérico-herméticas tardoantiguas y medievales. Escribe el alquimista árabe (trad. ingl. 1806: 15–16; aquí el término «alfabeto» debe entenderse como sinónimo de «escritura» en general):

> Toman las imágenes de diferentes instrumentos, árboles, plantas, cuadrúpedos, pájaros, o sus partes, y de planetas y estrellas fijas. De esta forma, estos alfabetos jeroglíficos se hacen innumerables, como los alfabetos de los indios y los chinos. […] [El] alfabeto [de Hermes] es utilizado en los obeliscos, las pirámides, las tablas y piedras inscritas, los templos y otros edificios antiguos desde el tiempo de los primeros faraones. No consiste en una serie de letras como los demás alfabetos, sino en expresiones compuestas según la sistematización hecha por Hermes el grande. Estas expresiones consisten en innumerables figuras y signos, que deben llevar la mente de manera directa e inmediata al objeto expresado por ellos.

A continuación, Ibn Wahshiyah ofrece una selección de signos, «solo aquellos de los que estamos seguros», clasificados en cuatro secciones: «imágenes por medio de las cuales se expresaban [...] los objetos celestes y sobrenaturales», «jeroglíficos para expresar palabras relativas a acciones y emociones animales», «jeroglíficos que significan palabras relacionadas con árboles, plantas y su producto» y «jeroglíficos que expresan palabras o ideas pertenecientes a los minerales». Estas series recuerdan, en parte, algunas de las secciones de la clasificación «temática» de los signos jeroglíficos de la egiptología actual y demuestran que se ha percibido una de las característi-

cas esenciales del sistema: la de ser una representación gráfica del mundo (§§ 41, 170). Sin embargo, la forma de los signos presentados tiene muy poco que ver con los jeroglíficos de época faraónica (aunque esto siempre puede deberse, al menos en parte, a una progresiva deformación debida a las sucesivas copias de la obra, pues ninguno de los manuscritos que han llegado hasta nosotros es el original del autor) y los valores asignados son, en conjunto, completamente ajenos a la escritura egipcia antigua.

En otra sección de su obra, el alquimista árabe se refiere a un grupo de 38 signos que funcionan, según él, como un verdadero alfabeto dentro del sistema general, es decir, que anotan cada uno un sonido. En una tabla, consigna las 38 «letras» con sus nombres y los sonidos equivalentes en el alfabeto árabe (fig. 3.2). Una vez más, aunque seis de estos signos son idénticos a aquellos que los inspiran (tabla 4.3), ni los demás signos ni ninguno de los valores fonéticos corresponden, en realidad, al sistema jeroglífico original.

A pesar de que —como no podía ser de otro modo— el conocimiento que Ibn Wahshiyah transmite acerca de los jeroglíficos responde a las corrientes filosóficas y místicas de su tiempo, la importancia de su obra para lo que aquí nos interesa estriba en que define la escritura egipcia a partir de tres principios que resultan ser certeros, en parte gracias a la observación directa de inscripciones antiguas: *a*) los jeroglíficos son un sistema de escritura basado en un elevadísimo número de signos; *b*) estos signos pueden clasificarse en varias secciones, de acuerdo con los distintos ámbitos en que se ordena el universo; *c*) los jeroglíficos pueden ser simbólicos o fonéticos. A estos tres principios puede añadirse un cuarto, que solo a

medias se ajusta a la antigua escritura (por omisión): los jeroglíficos fonéticos anotan cada uno un sonido, es decir, son equivalentes a las letras alfabéticas (en realidad, los signos fonéticos son muy numerosos y los hay también que anotan dos o tres sonidos: §§ 47, 111, 139 ss.). No sabemos si Champollion llegó a tener conocimiento directo de esta obra, que, como queda dicho, circulaba por Europa desde el siglo XVI y había sido traducida en inglés a comienzos del XIX, pero es muy probable que los principios en ella expuestos, y en especial el de que algunos signos jeroglíficos eran fonéticos y «alfabéticos», no le fueran desconocidos e influyeran en él de algún modo. Champollion también creyó siempre, como veremos (§§ 105–108), que los jeroglíficos fonéticos eran solo «alfabéticos».

Fig. 3.2. Las 38 «letras» del «alfabeto» jeroglífico según Ibn Wahshiyah (Biblioteca Nacional de París, manuscrito árabe 6805) (de: EL DALY 2005: 152, figs. 16-17).

§ **92.** Cambiamos ahora de contexto histórico y nos trasladamos a la Europa del Renacimiento. La civilización egipcia ejerce en este momento, como lo había hecho en la Antigüedad grecorromana que ahora se emula, una poderosa fascinación, sobre todo porque es sentida, al igual que en el mundo árabe medieval, como depositaria de una inmensa y profunda sabiduría «velada», enigmática, que resulta fuertemente estimulante para filósofos y hermetistas. Esta sabiduría egipcia, que se expresa a través de «enigmas», se compara además con el discurso evangélico: también Jesús había hablado mediante parábolas, y era conocido que Moisés había sido educado en Egipto... El medio de expresión de este conocimiento arcano son los jeroglíficos, que Europa redescubre ahora fascinada. En 1422 llega a Florencia, procedente de la isla de Andros, en el Egeo, una copia en griego de los *Hieroglyphica* de Horapolo. Inmediatamente circulan por Italia distintas copias manuscritas; en 1505 aparece la primera copia impresa y a lo largo del siglo XVI la obra se edita en diversas lenguas europeas.

Por su parte, los filósofos neoplatónicos florentinos, sobre la base de la definición de los jeroglíficos dada por Plotino (§ 85), los interpretan como un lenguaje simbólico de inspiración divina y, por tanto, sagrado y universal, «independientemente de todo sonido de la voz o combinación de letras e inteligible solo para iniciados». Se trata, pues, de un sistema gráfico que trasciende una lengua concreta y se constituye en un conjunto de símbolos de alcance universal. Sobre esta base, el famoso arquitecto italiano Leon Battista Alberti (1404–1472) escribe en su *De re aedificatoria* (VIII, 4):

> En Etruria, entre las ruinas de las ciudades, de los castillos y de los cementerios, he visto sepulcros desenterrados con epitafios de letras [...] etruscas, los caracteres de las cuales se parecen a los de los griegos y a los de los latinos, pero que no hay quien entienda [...]. Mas el modo de escribir que utilizaban en este tipo de cosas los egipcios (que se servían de imágenes y de cosas) podrá ser fácilmente interpretado para todo el mundo de los hombres doctos (a los cuales es bueno que sean comunicadas las cosas excelentes).

Como puede verse, Alberti piensa que los caracteres alfabéticos, al estar ligados a una lengua y a una cultura concretas, acaban por ser ininteligibles, mientras que los jeroglíficos, al ser símbolos universales, pueden ser «fácilmente interpretados» por los «hombres doctos». Por ello, acto seguido, aconseja el uso de los jeroglíficos en la decoración de los edificios en lugar de los signos alfabéticos. Y efectivamente los jeroglíficos se convirtieron en un recurso frecuente en la decoración de los monumentos del Renacimiento y del Barroco, aunque a los signos originales se les añadieron otros muchos de nueva creación, totalmente desvinculados de la tradición egipcia y ajenos a ella también desde un punto de vista plástico: respondían por completo a los cánones del arte figurativo europeo del momento (fig. 3.3).

A mediados del siglo XVI aparecieron los *Hieroglyphica* de Pierio Valeriano de Belluno (1477–1558), una extensa obra basada en los contenidos y las ideas del tratado de Horapolo, en el cual se inspiraba directamente. Aquí la tendencia simbolista se lleva al extremo, y, combinada con los nuevos valores renacentistas, aleja definitivamente el discurso de la realidad descrita: la obra de Valeriano es un compendio de alegorías rena-

centistas, que nada tienen que ver con el sistema de escritura egipcio. También estos *Hieroglyphica* tuvieron una gran difusión y se reeditaron varias veces, lo cual contribuyó a mantener el tópico de los jeroglíficos como escritura simbólico-alegórica, de acuerdo con la reinterpretación neoplatónica y hermética de Egipto como cuna del saber universal y sin relación alguna con el verdadero Egipto antiguo, su lengua y su cultura específicas.

§ **93.** Así siguió contemplando los jeroglíficos, paradójicamente, quien puede ser considerado el iniciador de la historia del desciframiento de las antiguas escrituras egipcias: Athanasius Kircher (1602–1680), jesuita alemán que ejerció y murió en Roma. Kircher trabajó en dos campos: el copto y los jeroglíficos. Los primeros manuscritos árabes que contenían gramáticas coptas y glosarios copto-árabes (§§ 36, 88) habían empezado a llegar a Europa por medio de viajeros como Pietro della Valle, precisamente en un momento en que las iglesias copta y romana habían intentado, sin resultado, un acerca-

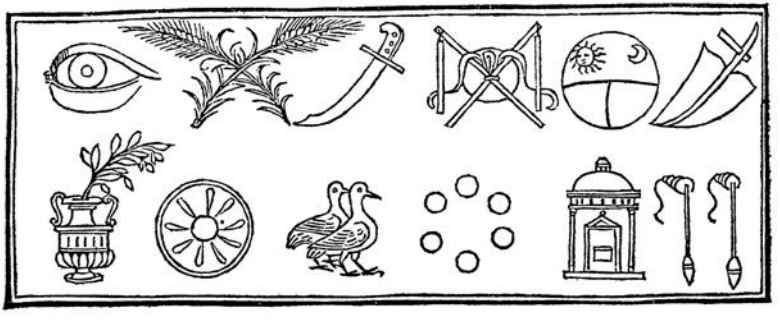


Fig. 3.3. «Inscripción» en «jeroglíficos egipcios», según la *Hypnerotomachia Poliphili* de Francesco Colonna, publicada en Venecia en 1499 (de: Iversen 1993: lám. 11, 3).

miento. Hasta entonces, la lengua copta había sido completamente desconocida para los europeos. Kircher estudió y tradujo al latín los manuscritos traídos por Della Valle, y publicó, en 1636, su obra *Prodromus coptus sive aegyptiacus*, primera gramática y vocabulario de la lengua copta en una lengua europea, seguida, en 1643, de *Lingua aegyptiaca restituta*, que desarrollaba y ampliaba el contenido de la anterior. Estas obras señalaron el comienzo de lo que iba a ser una fecunda tradición de estudios coptos, de modo que, cuando llegó el momento del desciframiento definitivo de los jeroglíficos, el copto era ya una lengua bien conocida en Europa, lo cual fue determinante, como veremos, para el desciframiento mismo. En sus obras, además, Kircher hizo otra importante aportación, a la que probablemente no es ajeno su conocimiento de los autores árabes medievales (§§ 90–91): afirmó que el copto era la última fase evolutiva de la antigua lengua de los faraones, es decir, la lengua autóctona de Egipto, derivada sin solución de continuidad de la que se habló en el país desde los comienzos de su historia.

Pero la tarea a la que Kircher dedicó más empeño fue la «interpretación» de los jeroglíficos, que, de acuerdo con la creencia común en Europa, siguió considerando una escritura simbólica. Entender los jeroglíficos suponía, para él, descubrir una clave universalmente válida, fuera cual fuera la lengua en la que se expresara la «lectura». En esto radicaba precisamente la grandeza de los jeroglíficos egipcios: en que, por medio de imágenes «naturales» de animales, plantas, minerales y astros, podían expresarse de manera directa los conceptos arcanos de la *philosophia perennis*. Kircher se alejó de las recreaciones y actualizaciones de los jeroglíficos tan en boga en su tiempo y

se concentró en los signos originales, esculpidos sobre monumentos procedentes del Egipto antiguo, como muchos de los obeliscos que precisamente en sus años se estaban erigiendo o reacondicionando en las plazas de Roma. Puesto que los jeroglíficos eran símbolos, se trataba simplemente de descubrir qué idea neoplatónica subyacía a cada uno de ellos e interpretar las secuencias jeroglíficas en función de la combinación de tales ideas. Como no podía ser de otro modo, las «lecturas» de textos jeroglíficos de Kircher, totalmente erróneas, son tan solo un testimonio de la extravagancia neoplatónica del Barroco y nada tienen que ver con la realidad concernida. A modo de ejemplo, dos «cartuchos» esculpidos en sendos obeliscos de Roma, en los que aparecen escritos simplemente el nombre del faraón Apries (XXVI dinastía) y el título griego *Autokrator* (el equivalente de *Imperator* en el Imperio Romano de Oriente y contenido en las titulaturas egipcias de los emperadores romanos; § 103), fueron traducidos por él respectivamente como: «Los beneficios del divino Osiris deben conseguirse por medio de ceremonias sagradas y de la serie de los Genios, con el fin de que puedan obtenerse los beneficios del Nilo»; y: «El origen de toda humedad y de toda vegetación es Osiris, cuyo poder creador fue traído a este reino por el santo Mophta».

La verdadera aportación de Kircher en el campo de las antiguas lenguas y escrituras egipcias se dio, pues, en el ámbito del copto.

3.1.3. Ilustración y cambio de paradigma: la piedra de Rosetta

§ **94.** El siguiente paso importante en el camino hacia el desciframiento de los jeroglíficos lo protagonizó el abate francés Jean-Jacques Barthélemy (1716–1795), el descifrador del fenicio, quien intuyó correctamente que los «cartuchos» que tan a menudo aparecían en los textos jeroglíficos (𓍯) encerraban nombres de reyes o de dioses. Esta intuición fue asumida como un hecho establecido a partir de entonces.

§ **95.** En julio de 1799 tuvo lugar un acontecimiento de trascendental importancia: el descubrimiento de la *piedra de Rosetta* (fig. 3.4*a*). Este hecho se produjo en el contexto de la expedición de Napoleón Bonaparte en Egipto (1798–1801). Francia pretendía controlar esta provincia del Imperio Otomano, abandonada entonces al caos y a la anarquía, para debilitar el poder de Inglaterra en el Mediterráneo oriental y bloquear sus relaciones con su imperio colonial asiático. Pero las operaciones militares no fueron lo único que interesó a Napoleón. Deseoso de dar a conocer al mundo las maravillas del país del Nilo, se llevó consigo un nutrido y cualificado grupo de sabios, entre ingenieros, arquitectos y artistas, economistas, científicos y hombres de letras, para que, mientras durara la campaña, realizara un exhaustivo estudio del país en todos sus aspectos: flora, fauna, geología, geografía, antropología, arqueología, arte, historia antigua y moderna, economía...

En plena campaña napoleónica, pues, unos soldados franceses que trabajaban excavando los cimientos de un fuerte en la localidad de Rashid o Rosetta, situada en el norte del Delta, a pocos kilómetros de la desembocadura del brazo occidental del

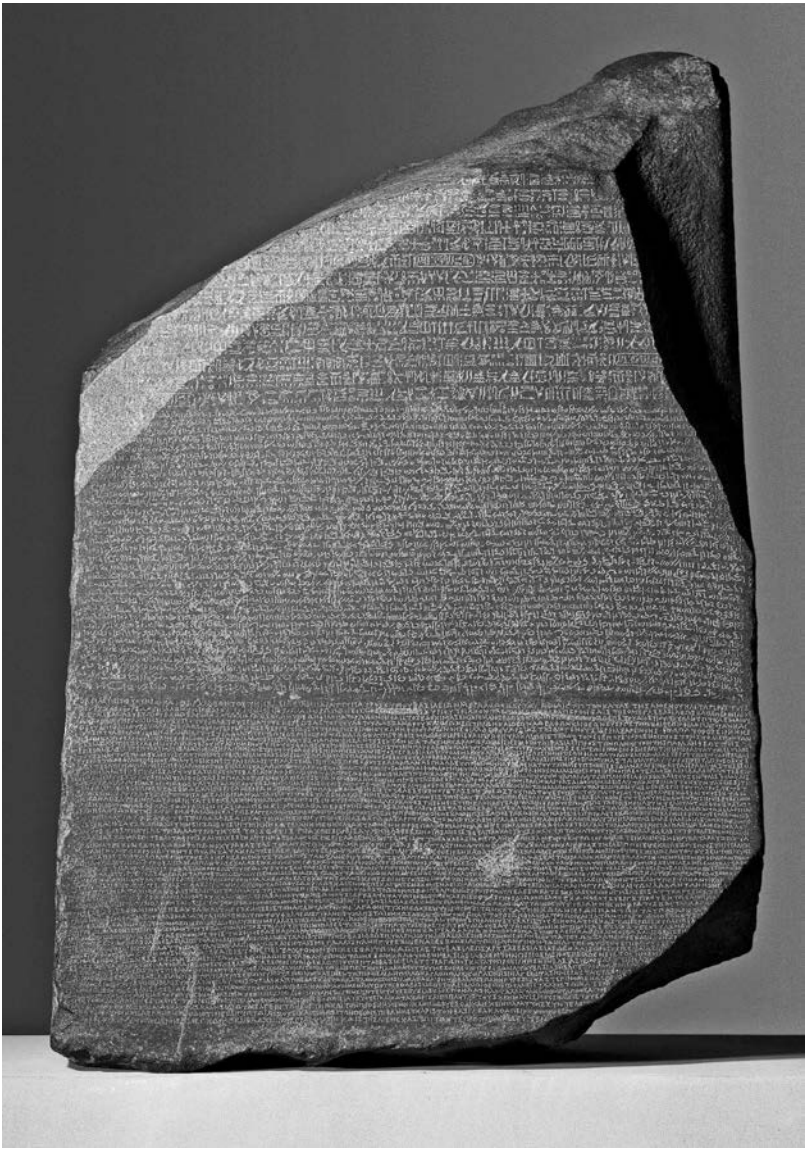


Fig. 3.4. a) Piedra de Rosetta, hoy en el Museo Británico, en Londres.
© The Trustees of the British Museum.

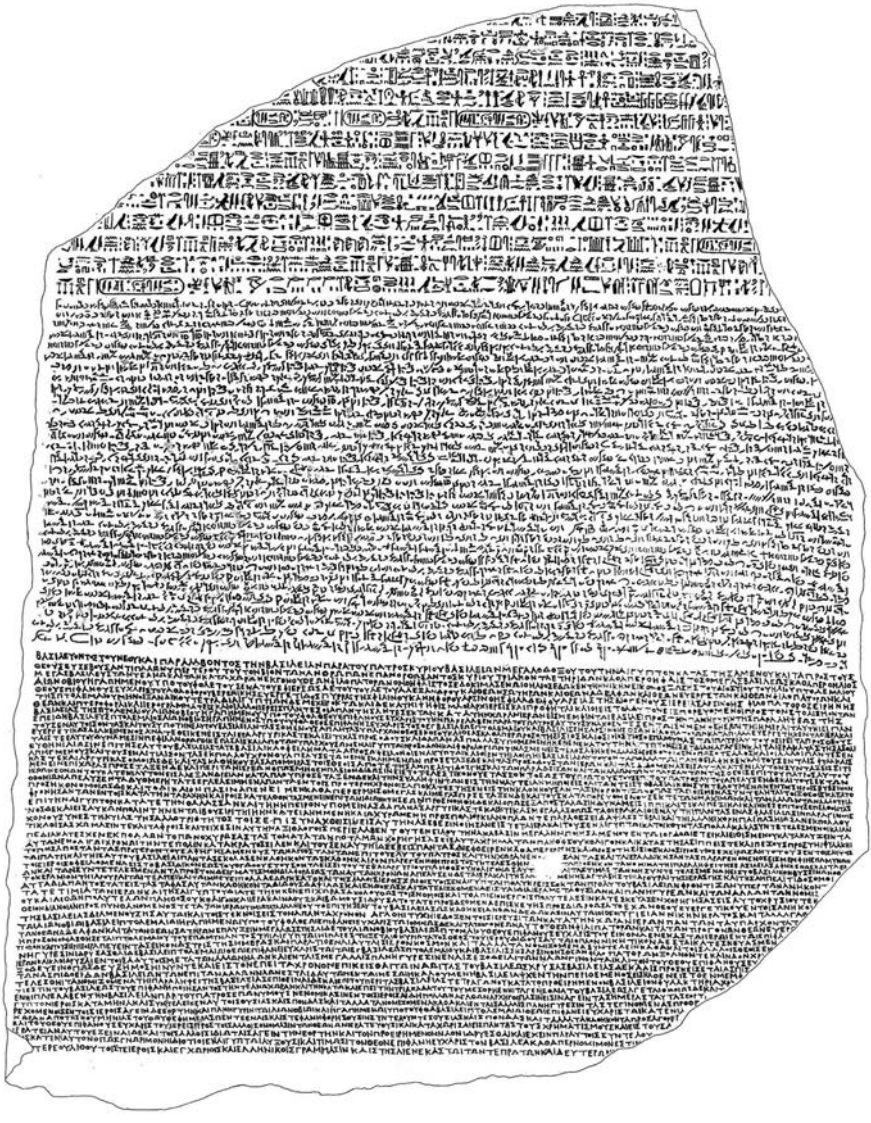


Fig. 3.4. b) Facsímil de los textos de la piedra de Rosetta. © The Trustees of the British Museum y Stephen Quirke.

Nilo, sacaron a la luz la famosa estela. Se trataba de un bloque de granodiorita negro de 112,3 cm de alto por 75,7 cm de ancho y 28,4 cm de espesor, y de un peso de 762 kg, reutilizado en una antigua pared. En su superficie, dividida de arriba abajo en tres secciones, se hallaban esculpidas tres inscripciones en tres sistemas de escritura diferentes: jeroglífico, en la parte superior, demótico, en el centro, y griego, en la parte inferior (fig. 3.4*b*). Las tres secciones habían sufrido daños, pero la más deteriorada era la que correspondía al texto jeroglífico. En efecto, la estela está quebrada por la parte superior y completa debía de medir unos 40 cm más (fig. 3.5). El oficial al mando de los soldados descubridores, Pierre Bouchard, que era un hombre instruido, comprendió la importancia del monumento e inmediatamente se ocupó de su traslado a El Cairo para que pudiera ser examinado por los sabios de la expedición francesa. Comoquiera que el jeroglífico y el demótico son dos sistemas de escritura que, en el momento en que coexisten, anotan dos registros completamente distintos de la lengua, a saber, el egipcio de tradición o lengua de los textos sagrados (egipcio de la primera fase) y el demótico o lengua hablada (egipcio de la segunda fase) (§§ 11, 23, 30–33), podemos decir que estamos ante un *monumento trilingüe*: egipcio de los textos sagrados, egipcio de uso común y griego. Es probable que el texto original fuera el demótico y que luego se «tradujera» al egipcio de tradición, escrito en jeroglíficos (§§ 23, 30), y al griego. En Época Ptolemaica era frecuente que los textos oficiales se publicaran en egipcio y griego, puesto que los Ptolomeos eran de origen griego. Como se lee en las últimas dos líneas del texto mismo: «Este decreto deberá ser inscrito en una estela de piedra dura en caracteres sagrados, nativos [= demóticos] y griegos, y deberá ser

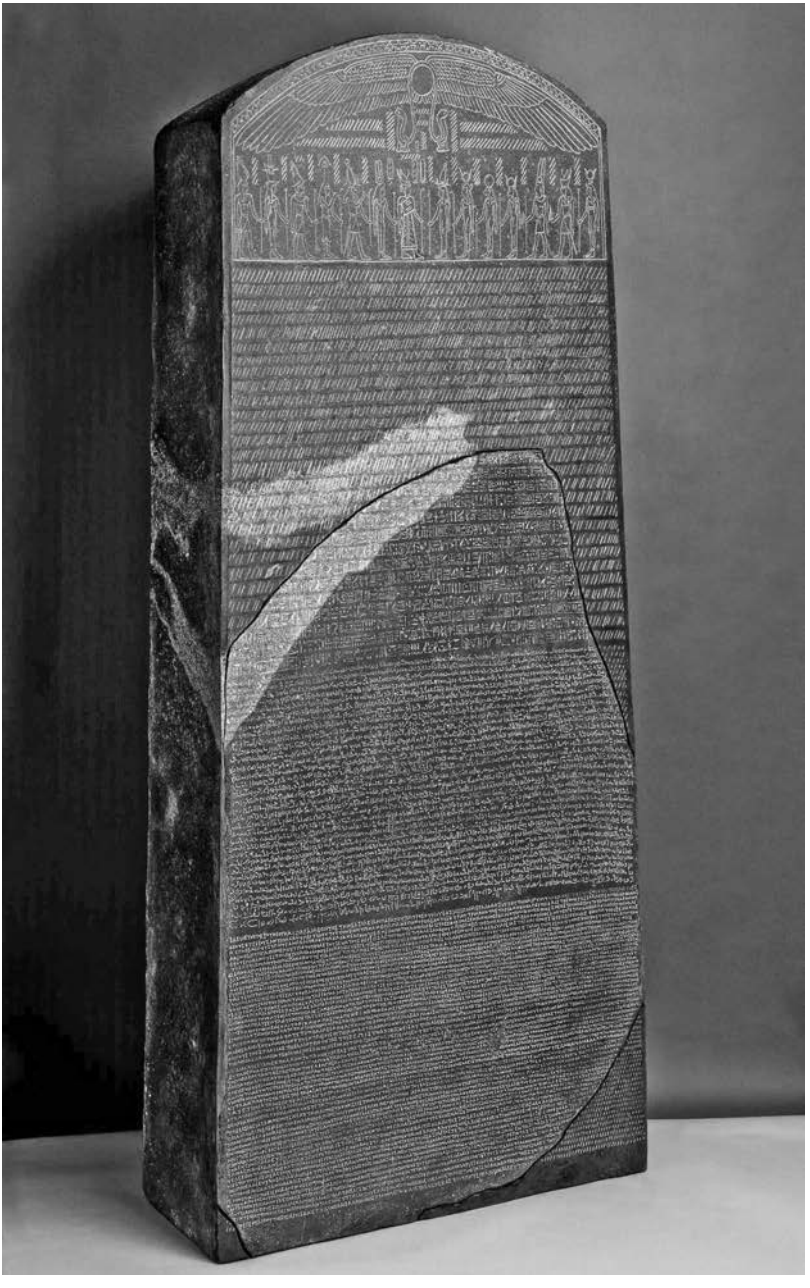


Fig. 3.5. Reconstrucción de la estela de la que la piedra de Rosetta formó parte. © The Trustees of the British Museum.

expuesto en cada uno de los templos de primer, segundo y tercer rango junto a la imagen del rey eternamente viviente».

La inscripción ocupa una sola cara de la piedra y está fechada en el año 9 del reinado de Ptolomeo V Epifanes, es decir, en 196 aC. La mayor parte del texto consiste en la copia de un decreto promulgado por un consejo general de sacerdotes procedentes de todo Egipto y reunidos en Menfis, que da cuenta de los honores otorgados al rey con ocasión del primer aniversario de su coronación a cambio de los favores concedidos por él a los templos (entre ellos, la exención del pago de tributos). Por el lugar de celebración del sínodo, el documento es conocido con el nombre de «decreto de Menfis». Según indica el propio texto, la estela se habría erigido en un templo. Muy probablemente se trató del gran santuario de la diosa Neit en Sais, ciudad situada algo al sureste de Rashid, en el mismo brazo occidental del Nilo; como se ha apuntado, en efecto, la piedra no fue hallada en su ubicación original, sino reutilizada como material de construcción. Copias del mismo decreto debieron de existir en todos los grandes templos egipcios. Hasta nosotros han llegado otras tres, que permiten completar las lagunas de la piedra de Rosetta y reconstruir el texto del decreto completo. Una primera se halla grabada en una estela de arenisca adquirida en 1884 en El-Nubaira, junto a Damanhur, en el Delta oriental, y consiste solo en el texto jeroglífico. Otra procede de Nub Taha, junto a Tell el-Yahudiya, al sur del Delta, donde fue adquirida en 1923: se trata de una estela de basalto que conserva solo, en este caso, el texto griego. Y una tercera fue hallada en 1907 en el curso de unas excavaciones en la isla de Elefantina y consiste en tres fragmentos de una estela de arenisca inscritos cada uno con una parte de cada texto: jero-

glífico, demótico y griego. Todas estas piezas se guardan hoy en los museos de El Cairo (5576; CGC 22188), Grecorromano de Alejandría (21352) y del Louvre (E 12677, AF 10006, AF 10007), respectivamente. Un decreto algo posterior al de Menfis (año 21 de Ptolomeo V) pero complementario a él se encuentra esculpido en el muro exterior este del *mammisi* o «casa del nacimiento (divino)» del templo de Filae en dos versiones: jeroglífica y demótica. Otro importante documento ptolemaico trilingüe, el llamado «decreto de Canopo», más antiguo que el de Menfis porque data del reinado de Ptolomeo III Evergetes (año 238 aC), nos ha llegado asimismo en varias copias. La mejor conservada está esculpida en una estela de piedra caliza encontrada en 1881 en Kom el-Hisn, en el Delta oriental, y hoy en el Museo de El Cairo (CGC 22816); casi completa, con la parte superior redondeada (§ 44), el disco solar alado esculpido en la luneta y, de arriba abajo, un registro con las imágenes del rey, la reina y los principales dioses y los textos jeroglífico, demótico y griego, es el monumento que mejor ilustra lo que pudo ser la estela de Rosetta original (fig. 3.5).

Los sabios de la expedición napoleónica comprendieron inmediatamente la importancia que la piedra de Rosetta podía revestir en relación con el desciframiento de las escrituras egipcias. Dieron una primera traducción de la recensión griega, y, aunque no se enfrentaron a las egipcias, identificaron la escritura cursiva egipcia como el *demótico* de las fuentes clásicas (§ 57). También realizaron copias de la superficie inscrita (por impresión con tinta), que fueron enviadas inmediatamente a los más prestigiosos sabios europeos. Cuando en 1801 las tropas napoleónicas capitularon ante los ingleses, la piedra pasó a manos de estos últimos, en virtud del artículo XVI del

tratado de Alejandría. Como es sabido, hoy se conserva en el Museo Británico, en Londres (EA 24). A los sabios de Napoleón se les permitió, sin embargo, llevarse toda su documentación escrita y gráfica, la cual dio lugar a una obra monumental: la *Description de l'Égypte*, publicada en tiempos del propio Napoleón y de Luis XVIII.

§ **96.** El primer estudioso europeo que se aventuró al análisis de las inscripciones de la piedra de Rosetta fue el prestigioso orientalista francés Sylvestre de Sacy (1758–1832). Sacy decidió dedicar sus esfuerzos al texto demótico, en parte porque el texto jeroglífico se presentaba muy mutilado, y en parte porque seguía planeando sobre los jeroglíficos la creencia de que se trataba de una escritura meramente simbólica. Contando el número de veces que los nombres propios de Ptolomeo y Alejandro aparecían en el texto griego y teniendo en cuenta el emplazamiento de los mismos, pudo aislar igual número de secuencias en emplazamientos equivalentes en el texto demótico. Pero no supo ir más allá.

En 1802 pasó una copia de la piedra de Rosetta a Johan David Åkerblad (1763–1819), un diplomático sueco, discípulo suyo, que residía por aquel entonces en París. Siguiendo el método de Sacy, Åkerblad logró aislar en el texto demótico todos los nombres propios que aparecían en el texto griego, entre ellos, además de Ptolomeo y Alejandro, los de Arsínoe, Berenice, Aelos y Alejandría. A partir de las correspondencias entre signos demóticos y sonidos así obtenidas, Åkerblad individuó un «alfabeto» demótico de 29 signos, en buena medida correcto. Sobre esta base, se aprestó a identificar otras categorías de palabras en el texto demótico, y pudo aislar correctamente las

que equivalían en el texto griego a «templo», «amar», «griego», «egipcio» y a alguna forma pronominal, palabras que leyó a través del copto. Pero aquí se detuvo su labor. Puesto que las palabras que había descifrado estaban todas casualmente escritas con signos alfabéticos (como veremos —§§ 97, 99—, esto era lo normal en el caso de los nombres grecorromanos), creyó que la escritura demótica era una escritura exclusivamente alfabética y que, además, debía poder leerse a través del copto, otra escritura —esta sí— alfabética. Esto lo condujo a una serie de lecturas erróneas, hasta que abandonó definitivamente el trabajo, no sin antes haber dado cuenta de sus hallazgos en su *Lettre sur l'inscription égyptienne de Rosette addressée au citoyen Sylvestre de Sacy*, publicada el mismo 1802.

§ 97. Unos años más tarde, el testigo fue recogido por el físico y lingüista inglés Thomas Young (1773–1829) (fig. 3.6), el mismo que formuló la teoría ondulatoria de la luz. El primer texto egipcio que, en 1814, llegó a manos de Young fue un papiro funerario, muy fragmentario, escrito en jeroglífico cursivo (§ 51). Este documento lo puso sobre una pista fundamental: los jeroglíficos podían tener una realización más «cursiva». En verano de ese mismo año, Young se hizo con una copia de las inscripciones de la piedra de Rosetta. Como Sacy y Åkerblad, empezó a trabajar por el texto en escritura demótica (que él llamaba *epistológráfica* o *encorial*: § 57). En seguida se dio cuenta de que la teoría de Åkerblad de que el demótico era una escritura exclusivamente alfabética era errónea: una escritura alfabética es, por definición, una escritura «económica», que cuenta con una treintena de signos a lo sumo, correspondientes a la treintena de fonemas que, como mucho, suele tener el sistema fonoló-

gico de toda lengua, y la escritura demótica poseía muchos más que treinta signos. Young observó, además, que el texto griego abundaba en palabras que se repetían varias veces, y procedió a dividir las inscripciones griega y demótica en sus componentes léxicos. Aisló 86 equivalencias léxicas griego-demótico, en su mayoría correctas, pero cometió el mismo error que Åkerblad al intentar leer las palabras demóticas a través de las grafías de las palabras coptas correspondientes.

En todo caso, la contribución más importante de Young al desciframiento de las escrituras egipcias no fue de orden «prác-

Fig. 3.6. Thomas Young (1773-1829).

tico» sino de orden teórico, y deriva de la comparación del texto demótico con el jeroglífico, al que Young fue el primero en prestar seria atención. El mismo Young escribe:

> Observé que los caracteres epistolográficos de la inscripción egipcia que expresaban las palabras «dios», «inmortal», «Vulcano», «sacerdotes», «diadema», «treinta», y algunos otros, presentaban un gran parecido con los correspondientes jeroglíficos; y puesto que estos caracteres no podían ser relacionados, sin forzar las cosas de manera inadmisible, con las formas de cualquier alfabeto que pudiera imaginarse, no dudé de que se trataba de imitaciones de los jeroglíficos, adoptadas como monogramas o caracteres verbales, y mezcladas con las letras del alfabeto. (Carta de Young a Sacy, 3 de agosto de 1815.)

Young comprendió, pues, la verdadera naturaleza de las escrituras egipcias. Estableció, en primer lugar, que el demótico (= epistolográfico) era un sistema de escritura derivado en última instancia del jeroglífico (§§ 59–60), y, en segundo lugar, que ni el demótico ni el jeroglífico eran escrituras exclusivamente alfabéticas, sino una combinación de distintos tipos de signos, y que estos podían contarse por centenas (§§ 47–49, 139, 157–158). Trabajando más tarde con unos papiros funerarios en hierático traídos a Londres desde Egipto y puestos a su disposición, Young pudo verificar y afinar sus conclusiones acerca de la relación entre los tres tipos de escritura egipcia y afirmó, no sin cierto prejuicio:

> Unos pocos especímenes [de signos] de diferentes manuscritos bastarán para mostrar las formas a través de las cuales la representación original ha ido pasando, en su degradación, desde el carácter sagrado [= jeroglífico], a través del hierático, hasta el

> epistolográfico o cursivo de cada día [= demótico]. (Th. Young, «Egypt», *Supplement to the Fourth Edition of the Encyclopaedia Britannica*, 1819, secc. VI.)

Sin embargo, el peso de la tradición impidió a Young llegar hasta el fondo en sus deducciones en relación con el sistema jeroglífico. En efecto, si comprendió claramente que el jeroglífico era la base formal, gráfica, del hierático y del demótico, siguió creyendo que se trataba de un sistema eminentemente simbólico que, en casos concretos, podía ser utilizado fonéticamente. Así sucedía, por ejemplo, con los nombres de los reyes extranjeros, griegos. Y en este sentido Young hizo otra aportación destacada. Leyó el único nombre propio que aparece en la fragmentaria sección jeroglífica de la piedra de Rosetta: el del rey Ptolomeo, que se repite varias veces, siempre dentro del correspondiente cartucho. También reconoció y leyó sobre la copia de una inscripción jeroglífica procedente del templo de Karnak otro nombre ptolemaico: el de una reina Berenice. Aunque las lecturas de Young no son del todo correctas, le permitieron hacer una última importante deducción. Los nombres de los reyes y reinas griegos de Egipto aparecían escritos exclusivamente con jeroglíficos que tenían un valor «alfabético», mientras que las escrituras egipcias se caracterizaban, como Young ya sabía, por no ser solo alfabéticas. Era evidente, por tanto, que los egipcios, para asegurar la correcta lectura de esos nombres extranjeros, extraños a su lengua, los habían transcrito intencionadamente por medio de signos con valor alfabético, o aun de signos desposeídos de su valor original no alfabético y reutilizados como tales. En chino, observaba Young, sucede exactamente lo mismo: cuando el chino mo-

derno transcribe una palabra extranjera, da a los signos un valor exclusivamente fonético, despojándolos de su «significación natural», cosa que indica en la escritura mediante una marca especial. Ahora se comprendía el motivo del error de Åkerblad.

Una última aportación «práctica» de Young consistió en establecer que el grupo de signos jeroglíficos , que se repite siempre al final de los nombres de reinas y diosas en los textos tardíos, debía considerarse una simple marca de femenino que no había que leer.

Debido al prejuicio del carácter semisimbólico de los jeroglíficos, Young no pudo ir más allá. En 1819 publicó sus investigaciones en el artículo «Egypt» del *Supplement to the Fourth Edition of the Encyclopaedia Britannica*, a la vez que comunicó sus descubrimientos a su colega y rival francés Jean-François Champollion.

3.2. Jean-François Champollion

§ **98.** Jean-François Champollion, llamado Champollion Le Jeune, nació en Figeac, en el departamento de Lot y Garona (Aquitania), el 23 de diciembre de 1790 (fig. 3.7). Hasta 1801 fue educado por su hermano mayor, el filólogo e historiador Jacques-Joseph Champollion, llamado Champollion-Figeac, quien veló toda su vida por él y por su trabajo. Estudió después en el Liceo de Grenoble y, entre 1807 y 1809, en el Collège de France de París con Sylvestre de Sacy. Ya desde niño se había propuesto descifrar la misteriosa escritura que aparecía en el primer registro de la piedra de Rosetta, de la que un primo le

había mostrado una copia. Todos sus esfuerzos se concentraron en este objetivo. Estudió hebreo, árabe, arameo, siríaco, además de griego y latín, es decir, todas las lenguas antiguas y orientales que comprendió que podían ayudarle en su tarea. Dos fragmentos de cartas enviadas a su hermano en sus tiempos de estudiante en el Liceo de Grenoble nos dan cuenta de su

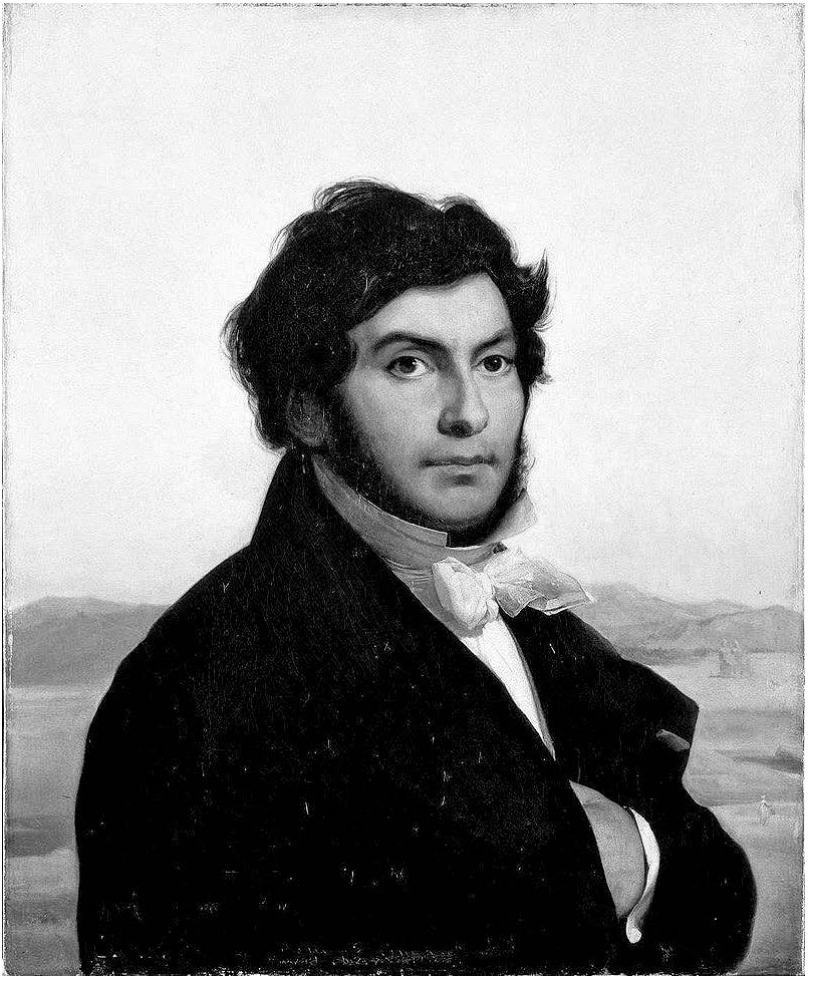


Fig. 3.7. Jean-François Champollion (1790-1832). Óleo de Léon Cogniet (1831), Museo del Louvre.

temperamento y de su pasión temprana por el estudio de las escrituras y las lenguas orientales:

> Me harás un gran favor si me envías el tercer tomo de la biblioteca de los curiosos. Quisiera ver y copiar el antiguo alfabeto hebreo y siríaco lo mismo que la forma que toman las letras árabes al final y en medio de una palabra, así como otros alfabetos de Oriente, que no desdeñaría en absoluto conocer (fecha desconocida, entre 1804 y 1807).
>
> ¿No podrías retirarme del Liceo? Me he obligado hasta el presente a no disgustarte, pero ello me resulta del todo insoportable. Siento que no estoy hecho para vivir encerrado como nosotros estamos. La mayoría se van; no hago sino malbaratar mi tiempo. Si hago los deberes de latín, es solo para no concitarme castigos; ya no encuentro ningún placer en ello desde hace mucho tiempo. Las lenguas orientales, mi pasión favorita, no trabajo en ellas más que un rato al día [...]. Si permanezco mucho tiempo aquí, no te prometo que viva. Un abrazo, dame una pronta respuesta. Te espero con la más viva impaciencia (9 de junio de 1807).
>
> (J-F. Champollion, *Lettres à son frère. 1804–1808*, 1984: 2, 4; a partir de ahora, *Lettres*.)

Champollion estudió asimismo rudimentos de chino, seguro de que la escritura pictográfica china podía serle de utilidad. Pero la lengua a la que dedicó más esfuerzos fue el copto, convencido como estaba de la veracidad de la afirmación de Kircher acerca de que el copto era el último estadio evolutivo del egipcio faraónico (§ 93). Ya a los dieciséis años de edad había pronunciado en la Academia de Grenoble una conferencia al respecto. En dos cartas a su hermano redactadas en 1809 escribe (*Lettres*: 22, 24–25):

> Trabajo. Y me libro enteramente al copto, los días y las horas, que me resultan inútiles para la *École spéciale*. Quiero saber el egipcio [= copto] como el francés, porque en esta lengua se basará mi gran trabajo sobre los papiros egipcios (7 de marzo de 1809).
>
> En cuanto al copto, no hago más que eso desde nuestras vacaciones de Pascua. No sueño más que copto, egipcio, etc. [...] En fin, soy tan copto que para divertirme traduzco en copto todo lo que me viene a la cabeza; hablo copto solo (puesto que nadie me entendería). Es la auténtica manera de meterme mi egipcio puro en la cabeza. Después de esto, me pondré con los papiros y, gracias a mi valor heroico, espero alcanzar mi objetivo. He dado ya un gran paso. En mi opinión, el copto es la más perfecta y la más razonada de las lenguas conocidas. Es realmente impresionante. Espero poder recrearte un poco en él cuando vengas a París (2 de abril de 1809).

En esos años de formación, Champollion se dedicó, además, al estudio exhaustivo de la historia y la civilización del antiguo Egipto, a través de las fuentes clásicas y bíblicas y de las obras de viajeros y geógrafos.

§ **99.** En 1821, Champollion publicó un opúsculo titulado *De l'écriture hiératique des anciens Égyptiens*, en el que, tras minuciosos análisis de textos hieráticos, llegó a una conclusión idéntica a la de Young: las escrituras jeroglífica y hierática contaban con los mismos signos y solo se distinguían entre sí por el trazo más o menos cursivo y esquematizado con que estos eran realizados. Champollion pudo establecer equivalencias de signos y de grupos de signos entre las dos escrituras (fig. 3.8). En cuanto al demótico, resultaba claro que se trataba de una ulterior estilización del hierático.

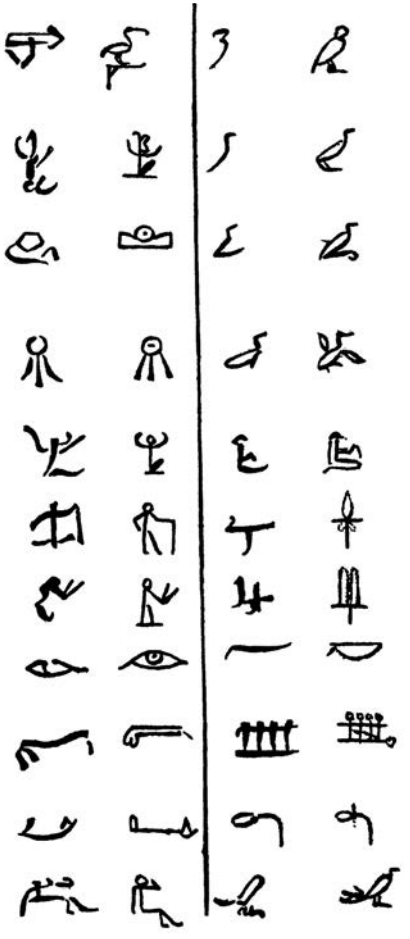


Fig. 3.8. Dos columnas de equivalencias entre signos jeroglíficos (a la derecha) y hieráticos (a la izquierda), según el opúsculo *De l'écriture hiératique* de Champollion (1821; lámina 4).

Sin embargo, el verdadero reto para Champollion eran los jeroglíficos. Al principio, también él participó de la idea común de que se trataba de una escritura simbólica:

> [Los autores modernos] se han dedicado al estudio de las inscripciones jeroglíficas partiendo del principio absoluto de que la

> escritura sagrada de los egipcios estaba compuesta únicamente por signos de ideas, y de que este pueblo no conoció la escritura alfabética, o signos de sonidos, más que a través de los griegos. Yo también había compartido durante mucho tiempo este error, y he persistido en este falso camino hasta el momento en que la evidencia de los hechos me ha presentado la escritura egipcia jeroglífica desde un punto de vista completamente inesperado, forzándome, por así decirlo, a reconocer un valor fonético en una multitud de grupos jeroglíficos presentes en las inscripciones que decoran los monumentos egipcios de todas las épocas. (J-F. Champollion, *Précis du système hiéroglyphique*, 1824: 250; a partir de ahora, *Précis*.)

Conforme fue avanzando en su trabajo, en efecto, se fue haciendo cada vez más evidente para él que si los tres tipos de escritura eran gráficamente correspondientes era porque compartían los mismos principios de funcionamiento, de manera que el jeroglífico tenía que ser de la misma naturaleza que el demótico y el hierático:

> Una vez constatado el empleo de estos caracteres fonéticos en la escritura demótica, yo tenía que concluir de forma natural que, puesto que los signos de esta escritura popular estaban, como lo he expuesto, tomados de la escritura hierática o sacerdotal, y puesto que, a su vez, los signos de esta escritura hierática no son, como puede comprobarse por mis diversas memorias, sino una representación abreviada, una verdadera taquigrafía, de los jeroglíficos, este tercer tipo de escritura, el jeroglífico puro, tenía que tener también un cierto número de esos signos dotados de la facultad de expresar los sonidos; en una palabra, que existía igualmente una serie de jeroglíficos fonéticos. (J-F. Champollion, *Lettre à M. Dacier*, 1822: 5; a partir de ahora, *Lettre*.)

Como Young, también Champollion llegó a la conclusión de que los nombres de los reyes ptolemaicos, encerrados en los cartuchos, estaban escritos alfabéticamente porque eran extranjeros y se habían intentado reproducir lo más fielmente posible (como sucedía en chino), y de que ello los convertía en el punto de partida más idóneo. Pero hasta el momento, las secuencias jeroglíficas de los cartuchos se habían comparado bien con las correspondientes secuencias demóticas, con el fin de establecer concordancias gráficas, bien con las correspondientes palabras griegas, con el fin de intentar una lectura fonética de los signos, como había hecho Young, con un pobre resultado. Nadie había deparado en comparar *dos secuencias jeroglíficas diferentes entre sí*. Champollion comprendió que esta podía ser la vía. Tenía el cartucho de Ptolomeo en la piedra de Rosetta. Le faltaba un segundo cartucho ptolemaico con el que comparar.

§ **100.** La solución llegó en enero de 1822. Un viajero inglés, William J. Bankes, había descubierto unos años antes en el templo de Isis en Filae una base de obelisco, grabada con una inscripción en griego en honor de un Ptolomeo y de dos Cleopatras. Yaciendo junto a ella, había encontrado también el obelisco mismo, grabado con una inscripción en este caso en jeroglíficos. Ambos fueron transportados a Inglaterra para adornar el jardín de una finca del propio Bankes en Dorset, y en 1821 este hizo hacer una litografía de las dos inscripciones, una copia de las cuales llegó a Champollion al año siguiente. Ahora bien, en la inscripción del obelisco podían verse dos cartuchos: el de Ptolomeo, que contenía exactamente los mismos signos que en la piedra de Rosetta, y «un segundo cartu-

cho —escribe el propio Champollion— que debe contener necesariamente el nombre propio de una mujer, de una reina lágida, puesto que este cartucho acaba con los signos jeroglíficos del género femenino» (§ 97, al final). Comoquiera que en el texto griego de la base se habla de la consagración del obelisco, «el cartucho del nombre femenino tenía que ser necesariamente el de una Cleopatra. Este nombre y el de Ptolomeo que, en griego, tienen algunas letras en común, debían servir para una comparación de los signos jeroglíficos que los componen» (*Lettre*: 6–7; fig. 3.9).

He aquí los cartuchos que Champollion comparó:

Ptolomeo:

Cleopatra:

[Estas y todas las secuencias jeroglíficas que siguen se leen de izquierda a derecha y, si hay signos dispuestos en vertical, de arriba abajo: §§ 46, 162; en las figuras, sin embargo, los cartuchos pueden presentar otras disposiciones.]

Esos cartuchos eran la transcripción jeroglífica de los nombres griegos Πτολεμαῖος, *Ptolemaios*, y Κλεοπάτρα, *Kleopatra*, a cuya fonética los signos jeroglíficos debían responder. Era evidente a primera vista, sin embargo, que mientras que el número de letras del nombre griego de Cleopatra era idéntico al de los signos jeroglíficos de su nombre egipcio (excluidos los últimos dos signos, que eran la marca de femenino y no se leían; § 97), en el caso de Ptolomeo había

más letras griegas que jeroglíficos egipcios. De manera que en la grafía egipcia del nombre de Ptolomeo *faltaban algunos signos*. Champollion comprendió en seguida que los signos que faltaban solo podían corresponder a vocales. Sabía, en efecto, que otras escrituras orientales, como la fenicia, la aramea, la hebrea, la siríaca o la árabe (§§ *7j*, 231–236), solo anotaban las consonantes (o las consonantes y las vocales

a

b

Fig. 3.9. a) Cartucho con el nombre de Ptolomeo, esculpido en un muro del templo de Edfu (para los epítetos que siguen al nombre, § 105);

b) Cartucho con el nombre de Cleopatra, esculpido en una columna del templo de Filae.

Fotografías de Albert Hurtado.

largas), y era el lector el que, conocedor de su lengua, restituía las vocales (o las vocales breves). Como él mismo escribió:

> La escritura fonética egipcia puede ser asimilada, pues, a la de los antiguos fenicios, a las escrituras llamadas hebraica, siríaca, samaritana, al árabe cúfico y al árabe actual; escrituras que podrían ser denominadas semialfabéticas, porque no ofrecen a la vista, por decirlo así, más que el esqueleto de las palabras, las consonantes y las vocales largas, dejando a la ciencia del lector la tarea de suplir las vocales breves. (*Lettre*: 34.)

Hoy sabemos que esto es característico de las escrituras de muchas lenguas afroasiáticas, porque el léxico de estas lenguas está construido sobre la base de raíces consonánticas, de modo que se opta por no escribir las vocales (§§ *7a*, *7j*, 127, 232). Así debía ser también, pues, en jeroglífico. Pero aquí el número de signos indicaba que solo se habían omitido algunas vocales, mientras que se habían escrito la mayoría. Champollion dedujo dos cosas esenciales: por un lado, que los egipcios habían dado a algunos de sus signos, en origen no vocálicos, el valor de vocales, con el fin de anotar la fonética de esos nombres extranjeros de la manera más fiel posible; y por otro, que, acostumbrados como estaban a no anotar las vocales, los escribas podían omitirlas ocasionalmente también al escribir los nombres grecorromanos.

§ **101.** Y con estas premisas se puso manos a la obra para comprobar «si los signos en común en estos dos nombres expresaban en uno y otro cartucho los mismos sonidos» (*Lettre*: 7). He aquí los signos de los dos cartuchos alineados uno tras otro

(exceptuando las marcas de femenino del nombre de Cleopatra):

Ptolomeo:

1 2 3 4 5 6 7 8

Cleopatra:

1 2 3 4 5 6 7 8 9

Champollion tomó como primer término de comparación el nombre de Cleopatra, cuya grafía jeroglífica presentaba igual número de signos que la griega (nueve).

El signo (1) del nombre de Cleopatra, , debía ser una *k*, y debía faltar en el de Ptolomeo, como efectivamente sucede.

El signo (2) del nombre de Cleopatra, , debía ser una *l*, y debía coincidir con el signo (4) de *Pto**l**emaios*, como también sucede.

El signo (3) de Cleopatra, , debía ser una *e*, es decir, una vocal, y Champollion sabía que las vocales eran la cuestión más delicada. En todo caso, era evidente que no había un signo parecido en la posición correspondiente a la *e* de *Ptol**e**maios* (faltaba aquí, por tanto, una vocal), mientras que en la parte final de la forma jeroglífica de este nombre aparecían dos , que Champollion identificó como el diptongo *ai* de *Ptolem**ai**os*.

Los signos (4) y (5) de Cleopatra, y , debían ser *o* y *p* y corresponder a los signos (3) y (1) de ***Pto**lemaios*, respectiva-

mente, como así era. En cambio, se había omitido en la grafía jeroglífica de este último nombre la segunda *o* (*Ptolemai**o**s*).

El signo (6) de Cleopatra, , tenía que ser la *a*, debía estar ausente del nombre de *Ptolemaios* (pues la *a* del diptongo *ai* ya estaba representada por) y debía repetirse al final del nombre de la reina, como efectivamente sucedía (signo (9)).

El signo (7) de Cleopatra, , presentaba un pequeño problema: debía ser *t*, pero ese signo jeroglífico no se encontraba en el nombre de Ptolomeo, que también tenía una *t*, en segunda posición. Correspondiendo a esa *t*, el signo (2) del cartucho de Ptolomeo era . Champollion comprendió que debía de hallarse ante un caso de homofonía (dos signos para el mismo sonido), como en español las letras *c*, *k* y *q* transcriben, las tres, el sonido /k/. [Para las anotaciones convencionales de fonemas entre barras oblicuas: § 117.] Como el propio Champollion explica: «No hay que extrañarse de esta sinonimia y de esta multiplicidad de signos para expresar el mismo sonido, en un pueblo cuya escritura es esencialmente ideográfica. No se puede, en efecto, considerar la escritura fonética de los egipcios, sea jeroglífica, sea demótica, como un sistema tan fijo e invariable como nuestros alfabetos» (*Lettre*: 10–11). Aunque la observación de Champollion era acertada en términos generales, para este caso concreto más tarde se comprobaría que, en realidad, esos dos signos habían correspondido originalmente a dos sonidos distintos: = /d/ y = /t/, que, a causa de la evolución fonética de la lengua, habían acabado confluyendo en /t/, lo cual había hecho que los dos signos jeroglíficos se volvieran intercambiables (§ 128).

El signo (8) del nombre de Cleopatra, , debía ser una *r*, y debía faltar en el de Ptolomeo, como así es en efecto.

Finalmente, los signos (5) y (8) del nombre de Ptolomeo, y , debían ser la *m* y la *s* de *Ptole**m**ai**os***, comoquiera que son las dos consonantes que quedaban por identificar, y las consonantes siempre están escritas.

§ **102.** El resultado de la comparación no podía ser más satisfactorio y se validaba por sí mismo. Champollion había conseguido atribuir valor fonético a una serie de signos jeroglíficos. Para comprobar si los resultados de su trabajo eran válidos, se dispuso a leer otros cartuchos con nombres de soberanos grecorromanos, que encontró reproducidos en las láminas de la *Description de l'Égypte*. Primero entre ellos, el de Alejandro, en griego Αλέξανδρος, *Alexandros* (= *Aleksandros*, 11 sonidos):

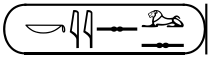
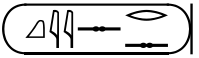
cuyos signos, alineados, son:

1 2 3 4 5 6 7 8 9

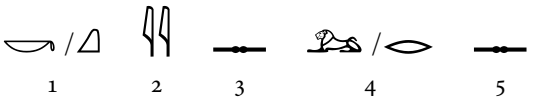
Champollion conocía los signos (1) = *a*; (2) = *l*; (4) = *s*; y (8) = *r*. El signo (9) correspondía a la *s* final de *Aleksandro**s*** y, por tanto, debía ser homófono de (§ 123, tabla 4.3). Si el signo (4) era la *s*, el (3), , solo podía ser una *k*; pero Champollion ya conocía un signo para ese sonido: el inicial de

Cleopatra, de manera que debía tratarse de otro caso de homofonía, como por otra parte demostraba el hecho de que en la versión demótica del nombre de Cleopatra el signo inicial era el equivalente del jeroglífico . En realidad, se trata de dos oclusivas sordas muy próximas, una velar () y la otra uvular ( ) (§§ 123*m*, 125*a*, tabla 4.3). El signo (5) era un signo vocálico, en este caso *a*, lo cual quería decir que y podían ser asimismo signos homófonos para *a* (§ 104), pero que podía tener otros valores vocálicos. El signo (6) debía corresponder a *n*. Finalmente, el (7) debía ser la *d*, pero ese mismo signo aparecía también en el cartucho de Cleopatra con el valor de *t*, de manera que en este caso se producía el fenómeno inverso de dos sonidos, /d/ y /t/, para una misma grafía: . Ya hemos señalado la causa de este hecho.

§ **103.** Pasó a continuación Champollion a analizar dos secuencias que se repetían constantemente en las titulaturas egipcias de los emperadores romanos, solas o acompañando sus nombres (en ambos casos, dentro de cartuchos): *Caesar* y *Autokrator* (fig. 3.10). Puesto que en época romana, el griego siguió siendo la lengua oficial de la mitad oriental del Imperio y, por tanto, también de Egipto, estos títulos se transcribieron en jeroglífico desde su forma griega: Καῖσαρ, *Kaisar*, o Καῖσαρος, *Kaisaros*, y Αὐτοκράτωρ, *Autokrator*. El título de *Autokrator* era el que en griego correspondía al latín *Imperator*. He aquí las formas jeroglíficas de ambos:

Kaisaros:  o bien:  ,

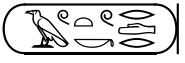
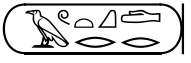
o sea:



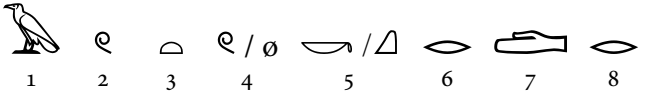
con: (1) = *k*; (2) = diptongo *ai*; (3) y (5) = *s*; (4) = *r*. El signo 𓂋 había aparecido ya en los cartuchos anteriores para *l*, pero aquí tenía obviamente el valor de *r*. De nuevo se encontraba Cham-

Fig. 3.10. Cartuchos con los títulos *Kaisaros* y *Autokrator* de los emperadores romanos, esculpidos en el pórtico de los Julio-Claudios del templo de Filae. Fotografía de Albert Hurtado.

pollion ante el caso de dos sonidos, /l/ y /r/, para un mismo signo: 𓂋 , y de dos signos homófonos: 𓂋 y 𓎛 para /r/. La secuencia jeroglífica da, pues: *kaisrs*, omitiendo dos vocales.

Autokrator:  o bien: 

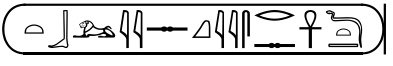
o sea:



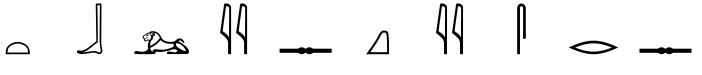
con: (1) = *a*; (3) y (7) = *t*; (5) = *k*; (6) y (8) = *r*; de manera que (2) y (4) tenían que corresponder tanto a *u* como —cuando aparece— a *o*. La secuencia jeroglífica da: *aut(o)krtr*. Como se ve, no se expresa la segunda vocal *a* ni la segunda vocal *o* y, en la segunda versión del cartucho, tampoco la primera vocal *o*, lo cual redunda una vez más en el carácter inestable de las vocales en estas grafías.

También leyó Champollion cartuchos con los nombres de los emperadores romanos, como los de Tiberio y Trajano.

Tiberio César (*Tiberius Kaisaros*):

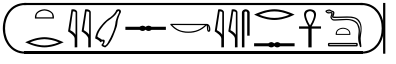
 ,

cuyos signos fonéticos eran:

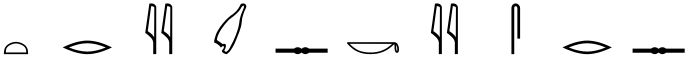


y donde 𓅱 valía tanto por *i* como por *ai* (no por *iu*, porque el signo 𓇋 no vale nunca por *u*; § 104) y aparecía un nuevo signo: 𓃀, correspondiente a *b*. Sobre los signos finales del cartucho, que aparecen también en el cartucho siguiente, volveremos más abajo (§ 105).

Trajano César (*Traianus Kaisaros*):



o sea:



donde aparecía un signo alternativo para *n*: 𓈖.

Champollion comprobó con emoción que podía leer todos los cartuchos correspondientes a los soberanos griegos y romanos y que, por tanto, su método daba los resultados esperados. Por la vía de la progresiva comparación confeccionó una tabla con los signos jeroglíficos y demóticos correspondientes a cada sonido «alfabético» (fig. 3.11).

§ **104.** En su primera fase de trabajo Champollion pudo observar que, efectivamente, la escritura jeroglífica de los nombres grecorromanos reproducía fielmente todas las consonantes pero titubeaba con las vocales. No solo en el nombre de un mismo cartucho podían aparecer unas vocales y faltar otras, sino que el mismo nombre en cartuchos diferentes podía presentar distintas soluciones vocálicas: las vocales que aparecían

en un cartucho podían faltar en el otro y viceversa. De hecho, este titubeo con las vocales podía constatarse también en la escritura copta, sobre todo en los textos más antiguos, en los que —explica Champollion— «la mayoría de las vocales breves fal-

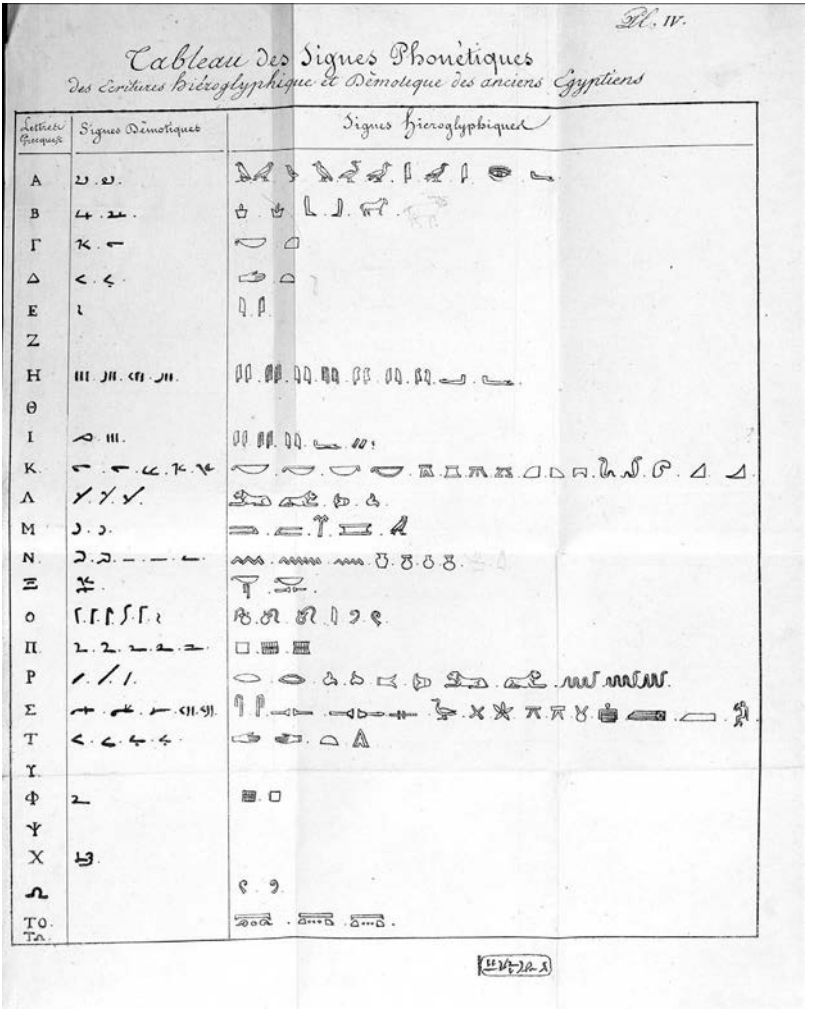


Fig. 3.11. «Tabla de los signos fonéticos de las escrituras jeroglífica y demótica de los antiguos egipcios» según la *Lettre à M. Dacier* de Champollion (1822; lámina 4). © The Trustees of the British Museum.

tan por completo, y que a menudo no presentan, como los nombres jeroglíficos de los emperadores romanos, más que series de consonantes interrumpidas muy de vez en cuando por algunas vocales, casi siempre largas» (*Lettre*: 40). Esto significaba, evidentemente, que la escritura egipcia era en esencia una escritura consonántica, como la árabe o la hebrea, y que el jeroglífico «puro» de tiempos faraónicos no debía haber anotado las vocales (§§ 7*j*, 127): para transcribir los nombres de los soberanos grecorromanos se habían «habilitado», pues, una serie de signos que en origen debían haber tenido un valor exclusivamente consonántico (o semivocálico: §§ 121, 123) para reproducir las vocales y conseguir así una lectura más fiel del nombre extranjero. Aun así, el peso de la fonética y del «oído» egipcios motivaba esa falta de precisión en la anotación de las vocales. Como explica el propio Champollion:

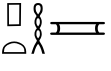
> En cuanto a los signos de las vocales del alfabeto jeroglífico, es fácil ver que se emplean de una manera bastante confusa unos por otros. No pueden establecerse en este punto más que las reglas generales siguientes: 1º El gavilán, el ibis y otras tres especies de pájaros se emplean constantemente para A [en realidad, se trata esencialmente de un único pájaro: , representado con las formas más diversas]; 2º La hoja o pluma [ ] representa indiferentemente las vocales breves Ă, Ĕ y en ocasiones también Ŏ; 3º Las dos hojas o plumas [ ] responden indiferentemente a las vocales I, E larga o a los diptongos IA, AI. (*Lettre*: 38.)

Era evidente asimismo que también en el ámbito de las consonantes había multitud de posibilidades gráficas: muchos casos de homofonía y de signos con más de un valor fonético. Las consonantes se escribían siempre, pero los distintos cartu-

chos de un mismo nombre podían presentar para ellas diferentes variantes gráficas.

§ **105.** Otro paso adelante lo dio Champollion al estudiar los «títulos» o «epítetos ideográficos» que muy a menudo acompañaban los nombres propios de los soberanos grecorromanos (como, por ejemplo, en los cartuchos de Tiberio y de Trajano que acabamos de analizar o en el de Ptolomeo de la fig. 3.9*a*). Los más frecuentes de estos epítetos eran:

1) ; orden de los signos: ;

2) o bien  ;
orden de los signos: .

Champollion conocía el significado de estas secuencias por los textos griegos de la piedra de Rosetta y de la base del obelisco de Filae, donde, tras los nombres propios de los soberanos, en el mismo contexto en que en la inscripción jeroglífica aparecían tales secuencias, podía leerse: (1) «que vive eternamente» (Champollion escribe: *toujours vivant*, con el sentido literal de «eternamente vivo»; hoy sabemos que en egipcio esta expresión tenía un matiz optativo: «que viva eternamente»); y (2) «amado de Ptah» (*chéri de Phtha*).

En el primer caso, el signo inicial era , que Champollion había encontrado frecuentemente en los textos que había estudiado (tanto jeroglíficos como hieráticos y demóticos) formando el grupo (tabla 4.5). Esta debía ser, pues, la palabra completa. Ahora bien, los últimos dos signos correspondían a

n y *kh* (= /χ/ como en esp. ***j**unco*; § 123*o*); el primer valor lo conocía por su trabajo con los nombres propios grecorromanos y el segundo por sus estudios inmediatamente posteriores (pues ese sonido no aparecía en los nombres grecorromanos, al ser extraño al griego y al latín). Esto se ajustaba perfectamente a la palabra copta para «vida», «vivir», «viviente», que era **ϣⲛϧ** (léase: *oonkh*), de manera que Champollion asignó al signo el valor de la vocal *o* larga (copto: **ϣ** = griego: ω, *omega*) y pensó que cuando aparecía aislado se comportaba como una «abreviatura» de esa palabra. Esto le llevó a caer en un primer error de interpretación, motivado por su excesivo apego al copto (por otra parte inevitable e incluso imprescindible en ese estadio): considerar que el jeroglífico «puro» había anotado algunas vocales largas (como el copto o el árabe) (§ 106), lo cual no es así (§ 127). Hoy sabemos que, en realidad, el signo vale por tres consonantes consecutivas: *ayin* (una consonante faríngea extraña a las lenguas europeas; § 125*b*) + *n* + *kh*, es decir, es un triconsonántico (§§ 47, 111, 145-146, tabla 4.5). El copto, en su evolución, perdió el sonido *ayin*, de modo que no lo anotó (§ 65), mientras que sí anotó la vocal que lo seguía: **ϣ**, que es el valor que erróneamente Champollion atribuyó al signo. De este modo, el signo puede aparecer solo porque anota las tres consonantes que componen la palabra egipcia para «vida», «vivir», «viviente», y no porque funcione como una «abreviatura» como creía Champollion, mientras que en el grupo se repiten, en realidad, los dos últimos sonidos del triconsonántico con objeto de facilitar su correcta lectura (se trata de los llamados «complementos fonéticos»: §§ 111, 147).

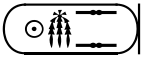
Los tres signos que venían a continuación tenían que valer por la palabra «eternamente». Convencido como estaba de que

el egipcio podía «leerse» y transcribirse directamente a partir del copto, y habiéndose perdido en copto el término equivalente a esta palabra (no había ninguno que pudiera ajustarse a los sonidos que los signos jeroglíficos anotaban), Champollion se limitó a establecer el vínculo entre la secuencia gráfica y su significado. Sabía, sin embargo, que su lectura debía comportar dos sonidos consonánticos: *dj* (= /ʤ/ como en cat. *a**dj**unt* o en ingl. ***J**ohn*; § 124*c*) y *t*. En efecto, el signo debía valer por *dj*, porque Champollion había observado que, en las inscripciones «bilingües», aparecía encabezando una secuencia de dos signos jeroglíficos ( ) que se correspondía con la palabra griega que significaba «llamado» y en copto el verbo «llamar» era **ϫω** (léase: *djoo*), con **ϫ**- = /ʤ/- inicial (§ 64, tabla 2.2). El segundo signo era *t*, frecuente en los cartuchos grecorromanos. En cuanto al tercer signo ( ), por su posición final Champollion lo consideró una «marca» que no se leía, como el grupo de los nombres propios femeninos (para su valor: tabla 4.7). En efecto, sus estudios iban evidenciando que este tipo de signos, de carácter «clasificatorio», eran muy habituales en las palabras egipcias «puras» (es lo que él mismo llamó después un «determinativo»: §§ 47, 151-155, tabla 4.7). El epíteto «que vive eternamente» no era extranjero, como los nombres propios grecorromanos, sino que era un epíteto antiguo de la realeza faraónica, que los soberanos grecorromanos mantuvieron. Es decir, era un epíteto en lengua egipcia. Por esta razón aparecía escrito según los principios propios de la escritura jeroglífica «original», de tiempos faraónicos, combinando signos de distinto valor (fonéticos y determinativos) y omitiendo las vocales. Champollion iba deduciendo así, pues, los principios esenciales de las escrituras egipcias.

§ **106.** El segundo epíteto era el de «amado de Ptah» (en griego: Φθα, *Phtha*). Se trataba, igualmente, de un epíteto faraónico que los soberanos grecorromanos habían mantenido. Los primeros dos signos, eran = *p* y = *t*, que Champollion ya conocía. Era evidente que se trataba de los primeros dos sonidos del nombre del dios Ptah, que en copto era ⲡⲧⲁϩ (léase: *ptah*), con una aspirada final. Puesto que la vocal *a* no debía estar escrita, el tercer signo debía corresponder a la aspirada, que la transcripción griega omitió (al carecer el griego de aspiradas finales). Si los primeros tres signos, monoconsonánticos, transcribían el nombre del dios Ptah, el signo y el signo , que son intercambiables (unas veces aparece uno y otras veces otro), debían valer por la palabra «amado». En copto, «amar» es ⲙⲁⲓ (léase: *mai*) o ⲙⲉⲓ (léase: *mei*). En algunos cartuchos, el signo aparecía seguido de dos , que Champollion consideró que debían anotar los diptongos *ai* y *ei*. Esto lo ratificó en su creencia (errónea) de que el sistema jeroglífico «puro» podía anotar algunas vocales largas y diptongos, como el copto. Cometió otro error al asignar en consecuencia a los signos y , que evidentemente eran homófonos, el valor fonético de *m*, considerando, una vez más, que cuando aparecían aislados funcionaban como «abreviaturas». Hoy sabemos que estos signos tienen, en realidad, el mismo valor fonético y anotan ambos las mismas dos consonantes seguidas, *m* + *r*, es decir, son biconsonánticos (§§ 47, 143–144), categoría de signos que Champollion no llegó a identificar. Por fortuna para el desarrollo de sus trabajos, sin embargo, estos errores de «lectura» no invalidaban el grueso de su método y de sus conclusiones ni suponían un obstáculo para seguir avanzando. En realidad, hasta que, a lo largo del siglo XIX, los egiptólogos no se dieran cuenta de que el egipcio y el copto eran dos fases

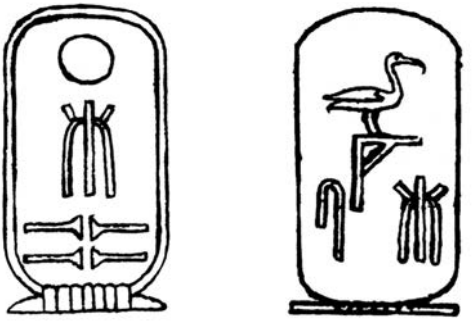
lingüísticas en exceso separadas entre sí como para intentar «leer» la una a partir de la fonética de la otra, este fue el principal límite para el progreso de la filología egipcia.

§ **107.** El 14 de septiembre de 1822, Champollion recibió nueva documentación procedente de Egipto: copias de varias inscripciones de diversos templos faraónicos. Los cartuchos reales que aparecían en estas inscripciones no eran ya de soberanos grecorromanos, sino de faraones egipcios preptolemaicos, como los enumerados en las fuentes clásicas y, sobre todo, en las listas dinásticas de los extractos de los famosos *Aigyptiaka* de Manetón, que Champollion conocía muy bien. Había llegado el momento, pues, de enfrentarse a la escritura jeroglífica de tiempos faraónicos, sin la ayuda de referentes griegos. En una inscripción procedente del templo de Abu Simbel encontró este cartucho (fig. 3.12*a*):



De los signos que componían el nombre regio, solo conocía los dos que se repetían al final: eran dos *s*. El signo central le resultaba completamente desconocido. Pero el primer signo parecía representar el sol. En copto, «sol» es **ⲣⲏ** (léase: *ree*) y, si se daba por buena esta lectura, resultaba una secuencia RE+?+S+S. Esto le hizo pensar en seguida en el nombre del faraón Ramsés (en griego Ῥαμεσσῆς, *Ramesses*, o Ῥαμψής, *Rampses*) de la XIX dinastía de Manetón. En otra inscripción halló este otro cartucho (fig. 3.12*b*):

donde se repetía el extraño signo central seguido de *s*. Pero aquí el primer signo era claramente el dios ibis Tot, de manera que este cartucho no podía ser más que el del faraón Tutmosis (en griego Τούθμωσις, *Tuthmosis*) de la XVIII dinastía de Manetón. Esto hizo que Champollion asignara al signo el valor de *m* y que leyera «literalmente» los dos cartuchos como *Remses* o *Rhamsès* y *Thoutmes* o *Thouthmosis*. Ahora bien, en la inscripción jeroglífica (y demótica) de la piedra de Rosetta, el grupo (y su equivalente demótico) aparece siempre allí donde en el texto griego está la palabra correspondiente a «engendrar», «parir», «generar», significados que corresponden en copto a la palabra ⲙⲓⲥⲉ (léase: *mise*) o ⲙⲓⲥⲓ (léase: *misi*), es decir, a una palabra cuyas consonantes son *m* y *s*. Esto avalaba la lectura del grupo como *ms*. Sin embargo, una vez más, el valor fonético que Champollion había asignado al signo no era el correcto, puesto que se trata del biconsonántico *m* + *s* y el signo del grupo repite la *s* contenida en *m* + *s* (§ 147; tabla 4.4); a pesar de ello, el desciframiento de los dos nombres era perfectamente válido en lo esencial.



a b

Fig. 3.12. Cartuchos con los nombres de Ramsés (a) y Tutmosis (b), según el *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion (1824; láminas 12 y 13).

§ **108.** Champollion podía concluir de este modo que la escritura jeroglífica egipcia incluía tres tipos de signos (§§ 47, 139):

a) Algunos eran puramente logográficos *(§§* 148–150), es decir, representaban un objeto de la realidad y servían a la vez para anotar la palabra que lo designaba. Es el caso de , que representa plásticamente un sol y se utiliza para anotar la palabra *re*, que significa «sol». Algunos de ellos representan de manera directa su significado, como , pero otros lo hacen de manera metafórica, metonímica o abiertamente alegórica, como (cielo del que pende un astro), que anota la palabra para «noche»; (parte anterior de un león), que anota la palabra para «prioridad, preeminencia o superioridad»; (creciente lunar), que anota la palabra para «mes»; o (mata de papiro), que anota la palabra para «Bajo Egipto» porque el papiro era la planta heráldica de esta mitad del país.

b) Otros eran fonéticos (§§ 140–142), es decir, independientemente de lo que representaban, servían para anotar de manera convencional un sonido de la lengua. Eran los signos que él llamaba «alfabéticos», como para *r*, para *n*, para *t*, para *p* y para *s*. (Como queda dicho, Champollion no alcanzó a distinguir que, en realidad, los signos fonéticos podían ser mono-, bi- o triconsonánticos: §§ 106–107.)

c) Y otros más eran «determinativos» (§§ 151–155), es decir, no se leían y se colocaban al final de la parte fonética de las palabras para indicar, a través de su mera iconicidad, el campo semántico de las mismas, la categoría de la realidad a la que se adscribían. Esto permitía reconocerlas y, por lo tanto, vocalizarlas adecuadamente (pues las grafías no anotaban las vocales). Es el caso del grupo como marca de femenino, del signo

como indicador genérico de «extenso», «ilimitado» (§§ 97, 100, 105), o de signos como (dios o rey sentado con barba), (hombre sentado), (mujer sentada) y (tres colinas) para las categorías que Champollion denomina, respectivamente, «dios», «hombre», «mujer» y «país» (tabla 4.7).

Evocando y corrigiendo la antigua clasificación de Clemente de Alejandría (§ 84), escribe Champollion a propósito de las primeras dos categorías que acabamos de mencionar, que él, en realidad, diferencia en tres:

> La escritura jeroglífica o sagrada consistía en el empleo simultáneo de signos de tres especies bien distintas:
> *a*) Caracteres figurativos, o que representaban el objeto mismo que servían para expresar;
> *b*) Caracteres simbólicos, trópicos o enigmáticos, que expresaban una idea a través de la imagen de un objeto físico que tenía una analogía verdadera o falsa, directa o indirecta, cercana o muy lejana, con la idea a expresar;
> *c*) Caracteres fonéticos que expresaban los sonidos, siempre por medio de imágenes de objetos físicos. (*Précis*: 380–381.)

Y acerca de la categoría de los «determinativos» explica:

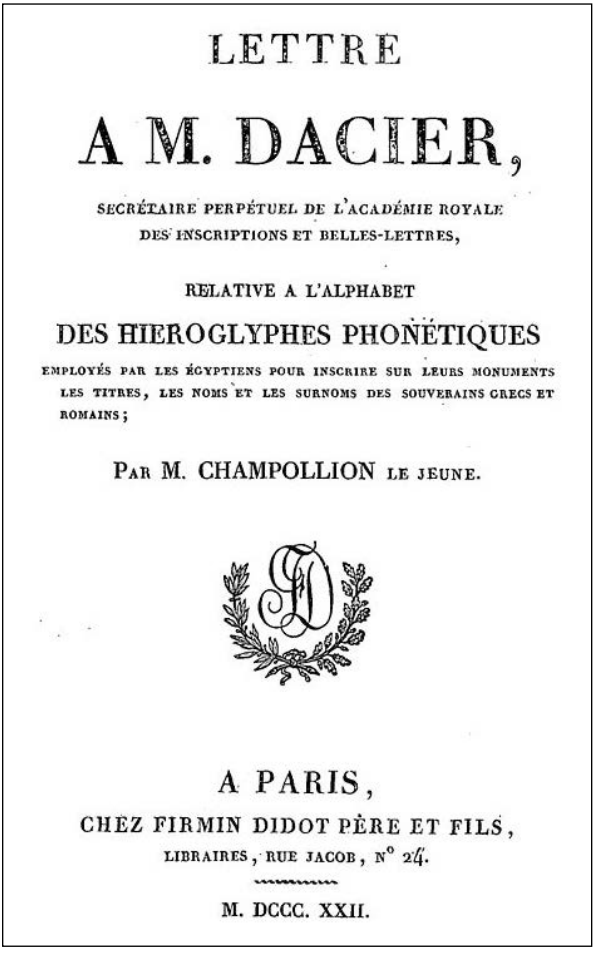
> Parece claro que los antiguos egipcios, después de haber introducido los caracteres fonéticos en su escritura sagrada, consideraron que la transcripción de las palabras de la lengua hablada por medio de este nuevo orden de signos presentaría a menudo, vista la omisión de las vocales [...], mucha oscuridad e incertidumbre, puesto que, estando muchas palabras egipcias formadas por las mismas consonantes dispuestas en el mismo orden, expresan aun así ideas muy diferentes [...]. Para obviar un pro-

> blema tan esencial de claridad en el empleo de los caracteres fonéticos, se recurrió [...a trazar] a continuación de una palabra escrita en signos fonéticos un carácter adicional que determinaba a la vez la acepción de la palabra y su propia pronunciación, puesto que indicaba, de manera indirecta, las vocales a añadir en la lectura de la palabra. (J-F. Champollion, *Grammaire égyptienne*, 1836: 70–71.) (§ 153.)

Quedaba definitivamente claro, pues, que los jeroglíficos egipcios no eran un conjunto de símbolos de valor universal, sino un sistema de escritura que servía para transcribir una lengua concreta: la lengua de los faraones; un sistema pictográfico, es decir, formado por signos que representaban figurativamente objetos y procesos del mundo; un sistema medio logográfico medio fonográfico, es decir, cuyos signos a veces representaban figurativamente el significado de las palabras que anotaban y a veces solo anotaban sonidos; un sistema mixto y combinatorio, en que todos estos tipos de signos se combinaban unos con otros formando las palabras y las secuencias escritas (§§ 159–161).

§ **109.** Cuenta la tradición que, al completar el desciframiento de los cartuchos de Ramsés y Tutmosis, el mediodía del 14 de septiembre de 1822, Champollion corrió a ver a su hermano Jacques-Joseph para darle cuenta de su hallazgo. Al llegar junto a él solo pudo exclamar: *Je tiens l'affaire!* (= «¡Ya lo tengo!»), y acto seguido se desmayó de la emoción y el agotamiento. Permaneció cinco días sin conocimiento y, al recuperarse, escribió la famosa *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques employés par les Égyptiens pour inscrire sur leur monuments les titres, les noms et les surnoms des souverains grecs et romains*, obra que es considerada el texto funda-

cional de la egiptología (fig. 3.13). Publicada en el año 1822, que, por ello, es considerado asimismo el año del nacimiento de la egiptología como disciplina científica, la *Lettre*, como reza su título, da cuenta, de momento, solo de los descubrimientos relacionados con los cartuchos de los soberanos grecorromanos. Champollion reservó sus primeros resultados en el campo de los jeroglíficos faraónicos para cuando su trabajo



LETTRE

A M. DACIER,

SECRÉTAIRE PERPÉTUEL DE L'ACADÉMIE ROYALE DES INSCRIPTIONS ET BELLES-LETTRES,

RELATIVE A L'ALPHABET

DES HIEROGLYPHES PHONÉTIQUES

EMPLOYÉS PAR LES ÉGYPTIENS POUR INSCRIRE SUR LEURS MONUMENTS LES TITRES, LES NOMS ET LES SURNOMS DES SOUVERAINS GRECS ET ROMAINS;

PAR M. CHAMPOLLION LE JEUNE.

A PARIS,

CHEZ FIRMIN DIDOT PÈRE ET FILS,

LIBRAIRES, RUE JACOB, N° 24.

M. DCCC. XXII.

Fig. 3.13. Portada de la *Lettre à M. Dacier* de Champollion (1822).

estuviera más avanzado y consolidado. A ellos, y a los hallazgos que se sucedieron sin tregua inmediatamente después, dedicó su importante *Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens*, publicado en 1824.

A partir de esta fecha Champollion trabajó en diversos museos de Europa que conservaban importantes colecciones de papiros, estelas y otros monumentos egipcios con inscripciones, entre ellos muy especialmente el de Turín, entonces capital del Reino de Cerdeña-Piamonte. En 1826 se le nombró conservador de la nueva sección egipcia del Museo del Louvre, creada a partir de la adquisición, por parte del rey Carlos X, bajo consejo y supervisión del propio Champollion, de la importante colección de antigüedades egipcias reunida por Henry Salt, cónsul británico en Egipto, a la cual pronto se añadió la colección reunida a su vez por el cónsul francés Bernardino Drovetti (una primera colección del propio Drovetti había sido adquirida un tiempo antes por el rey de Cerdeña-Piamonte y constituyó la base del Museo Egipcio de Turín). En colaboración con el piamontés Ippolito Rosellini (1800–1843), Champollion codirigió en 1828–1829 una expedición franco-toscana a Egipto y Nubia, financiada por el rey de Francia y el gran duque de Toscana, que estudió sobre el terreno los monumentos y la geografía del valle del Nilo. El resultado fue una obra monumental en dos versiones: la de Rosellini, en italiano, que se publicó entre 1832 y 1844 (*I monumenti dell'Egitto e della Nubia*, en 12 volúmenes); y la de Champollion, en francés, que se publicó póstuma (*Monuments de l'Égypte et de la Nubie*). En 1831 se creó para Champollion la primera Cátedra de Arqueología Egipcia en el Collège de France de París, pero solo alcanzó a dar unas pocas clases. En efecto, agravada su ya precaria salud en parte a

causa del exceso de trabajo, el 4 de marzo de 1832, a la edad de cuarenta y un años, murió Champollion de una apoplejía en París y fue enterrado en el cementerio del Père Lachaise. Su hermano Jacques-Joseph se encargó de la publicación de sus obras póstumas, entre otras: los ya citados *Monuments de l'Égypte et de la Nubie d'après les dessins exécutés sur les lieux*, 4 volúmenes de láminas, aparecidos entre 1835 y 1847; *Monuments de l'Égypte et de la Nubie. Notices descriptives*, 6 volúmenes de texto, aparecidos entre 1884 y 1889; y sus dos grandes obras filológicas: *Grammaire égyptienne ou principes généraux de l'écriture sacrée égyptienne appliquée à la représentation de la langue parlée*, aparecida entre 1836 y 1841; y *Dictionnaire égyptien en écriture hiéroglyphique*, aparecido entre 1841 y 1844.

3.3. La filología egipcia a partir de Champollion

§ **110.** La obra de Champollion supone el nacimiento de la egiptología como disciplina científica y el comienzo de los estudios de filología egipcia propiamente dichos. A partir de él, estos estudios se han desarrollado sin pausa, de manera que, aunque es mucho aún lo que queda por saber y por afinar, hoy podemos decir que tenemos un conocimiento muy notable de la lengua egipcia en sus diversas fases y del contenido de los textos producidos por los antiguos egipcios desde los orígenes de su civilización hasta la época copta.

La historia de la filología egipcia puede dividirse en cuatro grandes etapas, bien diferenciadas. La primera es más «fundacional», mientras que las otras tres vienen determinadas por las sucesivas tendencias en el debate gramatical.

§ **111.** La primera etapa abarca el siglo XIX hasta 1880. El testigo directo de Champollion fue recogido por el prusiano Karl Richard Lepsius (1810–1884) (fig. 3.14), para quien se creó en Berlín, en 1842, la primera cátedra de egiptología alemana. Entre 1842 y 1845 dirigió la expedición prusiana a Egipto, promovida y financiada por el rey Federico Guillermo IV, que dio como resultado científico otra obra de gran valor y envergadura: los *Denkmäler aus Ägypten und Äthiopien*, publicados en 1849–1850.

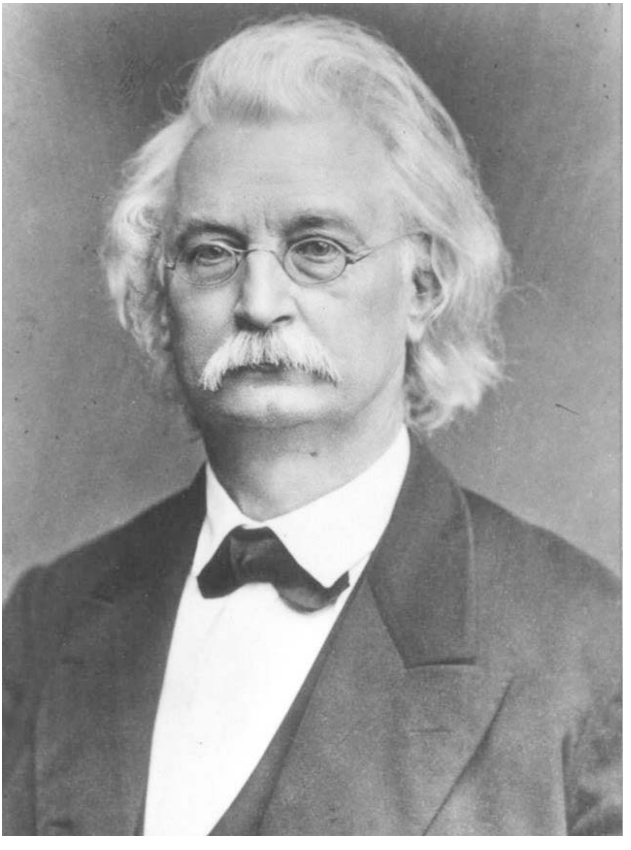


Fig. 3.14. Karl Richard Lepsius (1810-1884).

Lepsius concluyó la labor de desciframiento de la escritura jeroglífica de Champollion y dio cuenta de los resultados de su trabajo en su *Lettre à M. le Professeur H. Rosellini sur l'alphabet hiéroglyphique*, publicada en Roma en 1837. Entre otras cosas, demostró la existencia de los signos fonéticos biconsonánticos y triconsonánticos (§§ 143–146), además de los monoconsonánticos, y de la función alternativa de estos últimos como «complementos fonéticos», es decir, como signos que refuerzan la lectura de biconsonánticos y triconsonánticos indicando algunos de los sonidos contenidos en ellos, pero que no se leen de más (§ 147). Así, por ejemplo, el signo era un signo puramente fonético (o sea, tenía un valor fonético convencional, sin que importara lo que representaba) y anotaba dos consonantes consecutivas: *m* + *s*. Puesto que este signo aparece casi siempre acompañado por el signo , formando la secuencia , Champollion había pensado que el primero era una variante más para *m* y el segundo era la *s* (§ 107). Lepsius comprendió que, en realidad, el signo ya valía para *m* + *s*, es decir, era un biconsonántico, anotaba dos sonidos consecutivos (como nuestra letra X, que anota *k* + *s*), y que el signo no era una segunda *s* (*m* + *s* + *s*), sino que «repetía» la *s* contenida en *m* + *s*, es decir, indicaba cuál era el segundo sonido del biconsonántico, funcionando como un «complemento fonético» de este. Lo mismo sucede, por ejemplo, con el triconsonántico , que vale por *n* + *f* + *r* y que suele aparecer escrito seguido de *f* + *r* a modo de complementos fonéticos: . De esta forma, todos los tipos de signos del sistema jeroglífico quedaban definitivamente identificados. La clasificación tripartita de Champollion en signos-palabra (logogramas), signos semánticos (determinativos) y signos-sonido (fonogramas o signos fonéti-

cos) se mantenía, pero estos últimos se distinguían ahora en monoconsonánticos (un signo = un sonido: = *s*), biconsonánticos (un signo = dos sonidos seguidos: = *m* + *s*) y triconsonánticos (un signo = tres sonidos seguidos: = *n* + *f* + *r*), y se reconocía la función alternativa de los primeros como complementos fonéticos. En esto exactamente consiste, en efecto, el sistema jeroglífico (§ 157).

§ **112.** En 1858 fue fundado en El Cairo el Service des Antiquités de l'Égypte (hoy The Ministry of State for Antiquities), cuyos primeros directores fueron Auguste Mariette (1821–1881) y Gaston Maspero (1846–1916). Fueron años de importantes y constantes descubrimientos, que multiplicaron el número de textos a disposición de los egiptólogos, lo cual permitió una fecunda labor de traducción y contrastación del método de desciframiento y de los conocimientos gramaticales y léxicos acumulados. A Mariette se debe, por ejemplo, el descubrimiento de los *Textos de las pirámides*, esculpidos en las cámaras de las pirámides de los reyes y reinas de fines del Reino Antiguo y principios del Primer Período Intermedio (§ 17), y a Maspero su primera traducción, así como la traducción y publicación de numerosos textos narrativos, como la *Historia de Sinuhé*, el gran clásico de la literatura egipcia (§ 20*c*). A El Cairo afluyeron miles de monumentos de todo el país, desde estelas, estatuas y fragmentos arquitectónicos con relieves e inscripciones hasta papiros, *ostraka* y todo tipo de objetos de ajuares funerarios, inscritos o no. Para conservar adecuadamente todas estas obras, Mariette fundó en 1858 el Museo de Bulaq, así llamado a partir del nombre del barrio que lo albergaba, que después fue ampliado y trasladado a Giza, antes de convertirse en el ac-

tual Museo Egipcio de El Cairo, situado en el centro de la ciudad, en la emblemática plaza de El-Tahrir. El edificio actual fue construido bajo los auspicios del jedive Abbas Hilmi e inaugurado en 1902, siendo Maspero el director del Servicio de Antigüedades. En estos momentos, sin embargo, está en construcción en la meseta de Giza lo que será el nuevo Gran Museo Egipcio, que pasará a albergar la mayor parte de las colecciones, mientras que el edificio de El-Tahrir, convenientemente remodelado y adaptado, se reservará a la exposición de piezas selectas y a otros usos museísticos.

Champollion y Lepsius habían transliterado sistemáticamente las secuencias jeroglíficas mediante el alfabeto copto. Los egiptólogos de la segunda mitad del siglo XIX comprendieron que esto podía ser un obstáculo para el avance del conocimiento del egipcio más antiguo, porque empezaba a resultar evidente que las estructuras gramaticales y sintácticas de este último eran profundamente distintas de las del copto, a pesar de tratarse de «momentos» sucesivos de la misma lengua. Así, en 1867 apareció en Londres el *Dictionary of Hieroglyphics* de Samuel Birch (1813–1885), en el que la transcripción de las palabras egipcias se hacía ya mediante caracteres del alfabeto latino y las palabras estaban organizadas de acuerdo con su valor fonético (aproximadamente en el orden del alfabeto inglés) y no según una clasificación «natural y racional», como la utilizada por Champollion en su diccionario, que había demostrado ser poco operativa.

Por lo que se refiere al estudio del demótico (§§ 30–33, 57–62), este siguió asimismo su desarrollo de la mano de Heinrich Brugsch (1827–1894), quien, en 1855 publicó su *Grammaire démotique, contenant les principes généraux de la langue*

et de l'écriture populaires des anciens Égyptiens, y entre 1867 y 1882, su *Hieroglyphisch-Demotisches Wörterbuch*, obras que inauguran los estudios demóticos modernos.

§ **113.** La segunda etapa del desarrollo de la filología egipcia se inicia en 1880 con la publicación de la *Neuägyptische Grammatik* de Adolf Erman (1854–1937), seguida en 1894 de su *Ägyptische Grammatik*. La primera está dedicada al neoegipcio (§§ 24–29) y la segunda, al egipcio clásico, la lengua de Sinuhé (§§ 19–23). En 1880 se publica asimismo la *Koptische Grammatik* de Ludwig Stern (1846–1911), dedicada al copto (§§ 34–37, 63–66). Estas obras establecen los fundamentos modernos del estudio de la gramática egipcia y copta y ello permite abordar a partir de entonces la interpretación y traducción de los textos con mayor rigor y exactitud. Erman y sus colegas y discípulos, como Kurt Sethe (1869–1934), Georg Steindorff (1861–1951) o Hermann Grapow (1885–1967), entre otros, constituyen la llamada Escuela de Berlín. A ella se debe, de un lado, la identificación de las sucesivas fases de desarrollo de la lengua egipcia (de momento, básicamente tres: el egipcio, el neoegipcio y el copto) y de las estructuras morfosintácticas que las definen y diferencian, y, de otro lado, la compilación del monumental *Wörterbuch der ägyptischen Sprache*, en 12 volúmenes, 5 de léxico y 7 de fuentes, el gran diccionario de referencia de la lengua egipcia para todas sus etapas, que, publicado entre 1926 y 1953, sigue siendo aún hoy el instrumento lexicográfico fundamental para el egipcio. También se debe a la Escuela de Berlín el sistema definitivo de transliteración del egipcio en caracteres latinos (§§ 129–130).

§ **114.** Para su aproximación a la lengua egipcia, la Escuela de Berlín adoptó en gran medida los métodos y conceptos propios de la filología semítica contemporánea. En efecto, en aquel tiempo el egipcio era considerado esencialmente una lengua semítica, puesto que hay una serie de rasgos, sobre todo morfológicos, que comparte con el hebreo y con el árabe (§ 7). Esto llevó a Kurt Sethe y, sobre todo, a su discípulo inglés Alan H. Gardiner (1879–1963) a analizar el verbo del egipcio clásico a partir de una categoría específica del verbo semítico: la oposición entre aspecto perfectivo y aspecto imperfectivo. Es importante tener presente que, mientras que la flexión nominal del egipcio no ofrecía grandes dificultades de interpretación y comprensión, el gran problema de la gramática egipcia ha sido y sigue siendo el sistema verbal. El *aspecto* es una categoría verbal que atiende al «tiempo interno» de la acción, que puede presentarse, entre otras maneras, como durativa o reiterativa (imperfectivo) o como finita y vista en su integridad (perfectivo); es, por ejemplo, la oposición que se da en español entre «él cantaba» y «él cantó». La categoría de aspecto difiere de la categoría de *tiempo*, que atiende, en cambio, al «tiempo externo» de la acción, es decir, a la localización de esta en el decurso temporal, en el pasado, en el presente o en el futuro con respecto al momento en que se produce el acto comunicativo (§ 14). En su *Egyptian Grammar* (1927[1], 1957[3]), una de las obras fundamentales de la filología egipcia, Gardiner explica todo el verbo del egipcio clásico (§§ 19–23) sobre la base de la oposición aspectual entre perfectivo e imperfectivo, a la que subordina la categoría de tiempo. Aunque esto es esencialmente válido para el análisis de los participios (§ 22*f*) y de las llamadas formas verbales relativas (formas personales que incorporan un morfe-

ma relativo: «la casa *que ella ve*»: § 22*c*), hoy sabemos que no lo es para explicar la conjugación sufijal en toda su complejidad (§ 22*c*).

A la Escuela de Berlín están vinculados también el inglés Battiscombe Gunn (1883–1950), autor de *Studies in Egyptian Syntax* (1924), y, en la siguiente generación, el alemán Elmar Edel (1914–1997), a quien se debe una *Altägyptische Grammatik* (1955–1964), es decir, una gramática del egipcio antiguo, el primer estado evolutivo de la lengua egipcia (§§ 16–18). Pertenece asimismo a este grupo quien puede ser considerado el primer egiptólogo español, Jesús López (1933–2002), que llegó a ser una máxima autoridad en paleografía hierática; afincado en París, donde hizo su carrera, entre 1978 y 1984 publicó en cuatro volúmenes los *Ostraca ieratici* del Museo Egipcio de Turín. En el ámbito lexicográfico, en 1962 aparece un nuevo diccionario del egipcio medio, en un único y práctico tomo aún hoy muy utilizado en las aulas: *A Concise Dictionary of Middle Egyptian* de Raymond O. Faulkner (1894–1982).

§ **115.** Como decíamos, el problema central de la gramática egipcia es el verbo. Así, la tercera etapa de la historia de la filología egipcia se concentra, sobre todo, en la interpretación de la conjugación y la sintaxis verbal. En 1944, el coptista y egiptólogo israelí Hans Jacob Polotsky (1905–1991), otro discípulo de Sethe, publica sus *Études de syntaxe copte*, en los que llega a la conclusión de que las dos series de formas verbales existentes en copto (los llamados «tiempos primeros» y «tiempos segundos»), cuya razón de ser se desconocía, se oponen por motivos de énfasis. Así, los tiempos segundos se utilizaban en oraciones enfáticas, mientras que los tiempos primeros

se empleaban en oraciones planas, sin énfasis. En la misma obra, Polotsky observó que una de las formas personales de Gardiner, la «imperfectiva», se encontraba en los mismos tipos de oraciones que los tiempos segundos del copto, lo que le llevó a sugerir que la forma en cuestión debía definirse, no tanto por un aspecto imperfectivo (acción durativa o repetitiva; § 14), sino por su carácter enfático. El hecho de que en egipcio se encontrara en posición inicial de oración, es decir, «tematizada» o resaltada por delante de los demás elementos, avalaba esta idea. Así, una oración que Gardiner traducía, por ejemplo, «uno recurre a un amigo íntimo cuando hay un problema» (sin énfasis), Polotsky la traduce «es a un amigo íntimo a quien uno recurre cuando hay un problema». Más aún, en esta última oración el predicado, según Polotsky, no es el verbo, sino la secuencia enfatizada («a un amigo íntimo»), mientras que el verbo conforma una frase nominal que hace de sujeto de ese predicado, es decir, funciona como un nombre. De ahí que actualmente se llame a veces «nominal» a esta forma verbal.

Polotsky propone también una reinterpretación de la forma verbal personal «perfectiva» de Gardiner. Esta forma no aparece en posición inicial de oración, sino que normalmente sigue a la partícula introductoria *iw*, que no se traduce, y al sujeto. Ahora bien, la estructura + sujeto se utiliza en oraciones no-verbales (el egipcio carece de verbos copulativos, de modo que lo que en español son oraciones de predicado nominal y estativas, en egipcio son oraciones sin verbo donde el predicado es el sustantivo, el adjetivo, el adverbio o el sintagma preposicional que en español acompaña al verbo copulativo) cuyo predicado es un adverbio o un sintagma preposicional,

del tipo «el escriba (está) allí» o «el escriba (está) en casa» (§ 22*i-m*). Puesto que la forma verbal en cuestión ocupa la misma posición en su oración que el adverbio o sintagma preposicional en la oración no-verbal, Polotsky concluye que se trata de una forma verbal de carácter «adverbial» o «circunstancial», como aún ahora a veces se la llama. Así, una oración compuesta por + sujeto + forma verbal personal, que Gardiner interpretaba, por ejemplo, como «el sol se manifiesta», Polotsky la interpreta, en su estructura profunda, como «el sol (está en el momento en que) se manifiesta». El corolario de los planteamientos de Polotsky era que las formas verbales dejaban de tener una esencia verbal para pasar a funcionar como nombres o adverbios; en efecto, su misma morfosintaxis conllevaba, según él, una «transposición» que las hacía pasar de la categoría propiamente verbal a las categorías nominal o adverbial.

Entre 1965 y 1976, Polotsky publicó en Jerusalén sus obras más emblemáticas, los volúmenes *Egyptian Tenses* (1965) y *Collected Papers* (1971), y el artículo «Les transpositions du verbe en égyptien classique» (*Israel Oriental Studies* 6, 1976), en los que da cuenta de su interpretación del verbo egipcio. Esta interpretación adquirió pronto amplia aceptación, de manera que llegó a conocerse con el nombre de «teoría estándar» (*standard theory*) de la gramática egipcia.

En el ámbito de la lexicografía, destaca en esos mismos años la contribución de Dimitri Meeks (1941–), quien, en su *Année lexicographique,* recogió todos los términos que anualmente iban apareciendo en la bibliografía egiptológica especializada. Lamentablemente, solo aparecieron tres volúmenes, correspondientes a los años 1977–1979, pero constituyen aún hoy un instrumento lexicográfico de gran valor.

§ **116.** A partir de los años ochenta, la teoría estándar de Polotsky comenzó a revelar sus insuficiencias para explicar todos los usos verbales del egipcio. En concreto, se cuestionó, de un lado, que el predicado de las oraciones enfáticas no fuera el verbo (en la oración «es a un amigo íntimo a quien uno recurre cuando hay un problema», el sintagma «a un amigo íntimo» no es el predicado, como creía Polotsky, sino lo que los lingüistas llaman el *rema*, o sea, la parte de la oración que vehicula la información nueva, lo cual es muy diferente; el predicado sigue siendo el verbo), y de otro, que algunas formas verbales fueran vistas como adverbios. En definitiva, se cuestionó la «desverbalización» del sistema verbal. En cambio, de la teoría polotskyana se conservó lo que atañe al carácter enfático de algunas formas verbales (§ 22*d*). Empezó así la cuarta etapa de la historia de la filología egipcia, que dura hasta la actualidad. Esta etapa se caracteriza por la aplicación al estudio de la lengua egipcia de los nuevos métodos y perspectivas de análisis de la lingüística general, en especial de los que tienen que ver con la semántica y la enunciación, ámbitos que interactúan con el nivel morfosintáctico y lo condicionan. El sistema verbal del egipcio ha sido así reinterpretado y las formas personales vuelven a ser consideradas plenamente verbales. Pero no ya en los términos en los que las había considerado Gardiner, sino desde estas nuevas perspectivas lingüísticas que ponen el acento en la enunciación (oposición tema/rema o información dada/información nueva vehiculada por la oración), en la sintaxis (posición inicial o no-inicial del verbo) y en el morfema de tiempo-aspecto, entendido ahora como un todo, con un comportamiento «estadístico» de las dos componentes dependiendo de la morfología de la propia forma verbal y de su posición en la oración.

Limitándonos ahora específicamente al egipcio medio o clásico (§§ 11*a*, 19–23), entre los principales representantes de estas nuevas tendencias de análisis se encuentran: Pascal Vernus (1946–), autor de *Future at Issue. Tense, Mood and Aspect in Middle Egyptian: Studies in Syntax and Semantics* (1990) y de *Les parties du discourse en moyen égyptien. Autopsie d'une théorie* (1997); Mark Collier (1961–), que ha publicado diversos artículos entre los que se cuenta «The Circumstantial *sḏm*(*.f*)/*sḏm.n*(*.f*) as Verbal Verb-forms in Middle Egyptian» (*Journal of Egyptian Archaeology* 76, 1990); Michel Malaise (1943–) y Jean Winand (1962–), autores de una *Grammaire raisonnée de l'égyptien classique* (1999); y James P. Allen (1945–), que ha publicado los libros *Middle Egyptian: An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs* (2000[1], 2014[3]) y *The Ancient Egyptian Language. An Historical Study* (2013). Desde una perspectiva más estrictamente lingüística y comparatista escribe otro representante fundamental de esta corriente, Antonio Loprieno (1955–), a quien se debe la síntesis *Ancient Egyptian. A Linguistic Introduction* (1995). La obra de Loprieno y la segunda obra citada de Allen constituyen las primeras gramáticas diacrónicas del egipcio y tratan, por tanto, los fenómenos gramaticales en clave histórica, abarcando todas las etapas de la evolución de la lengua.

Es importante tener presente, en todo caso, que hay egiptólogos que se han mantenido fieles a los postulados básicos de la teoría estándar de Polotsky, con las pertinentes reformulaciones y actualizaciones, pues también ellos han incorporado las nuevas perspectivas de análisis lingüístico de que hablábamos más arriba. Para ser precisos, pues, deberíamos decir que en la actualidad coexisten dos orientaciones en gramática egipcia: la de los egip-

tólogos «verbalistas» y la de los egiptólogos «neopolotskyanos». Entre estos últimos cabe destacar a Friedrich Junge (1941–), autor de *"Emphasis" and Sentential Meaning in Middle Egyptian* (1989); y a Pierre Grandet (1954–) y Bernard Mathieu (1959–), con su *Cours d'égyptien hiéroglyphique* (1990–1993[1], 1997[2]).

En el ámbito de la lexicografía, a partir de 1995 ha empezado a publicarse en Mainz un nuevo instrumento fundamental: la serie de diccionarios de Rainer Hannig (1952-) *Hannig-Lexica*. Los primeros tres volúmenes constituyen diccionarios propiamente dichos, de los que el primero es egipcio-alemán (*Die Sprache der Pharaonen. Grosses Handwörterbuch Ägyptisch-Deutsch*, 1995[1]–2006[2]), mientras que los volúmenes siguientes, cuyo título de conjunto es *Ägyptisches Wörterbuch*, son de fuentes por épocas; hasta la fecha se han publicado dos volúmenes, que cubren desde el Reino Antiguo hasta el Segundo Período Intermedio. Los diccionarios de Hannig incorporan los avances que en el campo de la lexicografía han tenido lugar desde la publicación del *Wörterbuch* de la Escuela de Berlín (§ 113), pero este último sigue siendo imprescindible sobre todo para lo que atañe a las variantes gráficas de las palabras, pobremente consignadas en las obras de Hannig. Desde 2004, se dispone de otro importante instrumento lexicográfico: el *Thesaurus Linguae Aegyptiae*, un gran diccionario virtual en línea, fruto de la colaboración de distintas instituciones académicas alemanas; heredero directo del *Wörterbuch* de Berlín, sigue sus presupuestos básicos y sus métodos.

Desde 1991 se publica en Göttingen la revista *Lingua Aegyptia*, especializada en el estudio del egipcio en todas sus fases desde las nuevas perspectivas teóricas y metodológicas a las que nos hemos referido.

CAPÍTULO 4

La escritura jeroglífica egipcia: sonidos, signos, disposición

4.1. Fonología, transliteración y transcripción

4.1.1. Elementos de fonología del egipcio clásico

§ **117.** *Nota metodológica preliminar.* En la descripción que sigue del sistema fonológico del egipcio nos servimos, para la transcripción de los distintos sonidos, del alfabeto fonético de la Asociación Fonética Internacional (AFI), con las salvedades mencionadas en p. 14. El valor de estos símbolos es convenientemente explicitado cuando resulta necesario. Las transcripciones fonológicas, es decir, de los sonidos de la lengua en abstracto o fonemas, se indican entre barras oblicuas: /m/. Las transcripciones fonéticas, es decir, de sonidos o palabras tal como se articulan realmente, se indican entre corchetes: [m], [san]. Los dos puntos tras una vocal (a:) indican que esa vocal es larga. Para una mayor claridad, sobre todo de cara al lector no especializado, el acento prosódico se señala por medio de la tilde aguda (´) y no según la convención de la AFI al respecto. Un asterisco (*) delante de una palabra, transcripción fonológica o transcripción fonética indica reconstrucción hipotética, no documentada.

§ **118.** Para poder describir los signos de la escritura jeroglífica egipcia y su tipología y funciones, debemos antes conocer someramente el sistema fonológico de la lengua egipcia, es decir, el conjunto de fonemas o sonidos del lenguaje que esos signos anotan. La descripción que sigue se refiere únicamente al egipcio de la primera fase y, en especial, al egipcio medio o clásico (§§ 19–23); hay que tener presente, en efecto, que, a causa de la evolución lingüística, el sistema fonológico del egipcio de la segunda fase varía notablemente (§§ 27–28, 65, 128).

§ **119.** Como hemos visto (§§ 39*c*, 100), las escrituras egipcias no anotaban las vocales. Por eso, cuando se estudia el sistema fonológico del egipcio, la problemática no es la misma para las consonantes que para las vocales. En el caso de las primeras, contamos con los propios textos egipcios como fuentes primarias de información. En el caso de las segundas, en cambio, los lingüistas tienen que proceder por deducción teórica aplicando métodos comparativos. Estos métodos son útiles también para comprender de manera más precisa la esencia y la evolución de los fonemas consonánticos, ya que los textos egipcios, por sí mismos, no nos proporcionan información sobre cómo se pronunciaban exactamente. En los últimos años, la reconstrucción y definición del sistema fonológico del egipcio ha experimentado un avance muy notable, aunque subsisten todavía dudas importantes y son abundantes las reconstrucciones hipotéticas, algunas de las cuales difícilmente podrán llegar a verificarse.

§ **120.** En concreto, para reconstruir el sistema fonológico del egipcio y en especial su vocalismo, los lingüistas se han servido de los siguientes métodos, a poder ser combinados:

a) el *comparatismo afroasiático*: comparación entre el egipcio y las lenguas de las demás familias del tronco lingüístico al que pertenece (§§ 1, 5, 7*cd*).

b) el *estudio de las transcripciones de términos egipcios a lenguas contemporáneas* al propio egipcio, como el acadio (dialectos asirio y babilonio), el hitita, el cananeo, el arameo o el griego. El acadio, por ejemplo, se escribe por medio de la escritura cuneiforme, que es silábica y, por tanto, anota las vocales. Al analizar cómo se transcriben en acadio los nombres propios (antropónimos, teónimos y topónimos) y otros términos egipcios se puede, por un lado, hacer observaciones sobre la esencia de los fonemas consonánticos y su evolución y, por otro, reconstruir el vocalismo. Un conocido ejemplo son los nombres de entronización y de nacimiento de Ramsés II (§ 107). El primero de ellos, en transliteración egipcia *Wsr-Mꜣʿt-Rʿ Stp-n-Rʿ* (léase: *user-maat-ra setep-en-ra*) (= «Re es poderoso en justicia, el escogido de Re»), es transcrito en acadio como *Ua-aš-mu-a-ri-a Ša-te-ep-na-ri-a* (o *Ša-te-ep-na-re-a*), donde el símbolo *Š/š* corresponde al sonido inicial del ingl. ***sh****e*. El segundo, en transliteración egipcia *Rʿ-ms-sw* (léase: *ra-mes-su*) (= «Es Re quien lo ha generado»), se transcribe en acadio como *Ri-a-ma-še-ša*. De la comparación deducimos entre otras cosas, por ejemplo, que el teónimo *Rʿ*, «(el dios sol) Re», escrito en egipcio con las consonantes /r/ + /ʕ/ (para este último fonema, que convencionalmente leemos [a]: § 125*b*), se vocalizaba en el Reino Nuevo con una vocal anterior larga acentuada: /i:/ o /e:/ y una vocal neutra átona: /ə/ (la que los lingüistas llaman *schwa*, a medio camino entre [a] y [e]), y debía pronunciarse */rí:ʕə/ o */ré:ʕə/. Esto es confirmado por el copto, en que «sol» se dice ⲣⲓ (= /ri:/) o ⲣⲏ (= /re:/), con una vocal ante-

rior larga (§ 107). En efecto, en copto se ha perdido el fonema /ʕ/ (§ 65) y, en la palabra que nos ocupa, este hecho, sumado al carácter átono y neutro de la vocal que seguía a /ʕ/, ha comportado la pérdida de la segunda sílaba. De ahí que a la hora de transcribir este nombre a nuestras lenguas haya dos opciones: *Re,* con vocal anterior (transcripción a partir del copto), y *Ra*, donde *a* corresponde, en realidad, a la transcripción del fonema /ʕ/ (transcripción a partir de la transliteración egipcia) (§§ 129, 134*a*, 135). Las transcripciones acadias nos indican asimismo que el fonema /s/ egipcio se articulaba ligeramente palatalizado, y de ahí que los extranjeros oyeran más bien [š] (§ 123).

c) el *estudio de las transcripciones en egipcio de términos procedentes de lenguas contemporáneas* al propio egipcio, especialmente de las lenguas cananeas (semítico noroccidental; §§ 5*e*, 28, 32, 234).

d) la *comparación con el copto*. Como sabemos (§§ 11, 34–37, 63-66), el copto es la última fase evolutiva de la lengua egipcia y se escribe con un sistema alfabético derivado del alfabeto griego, que anota las vocales. Esto nos permite leer los textos sin dificultades y vocalizados (aunque con reservas: § 104). De entrada, este método podría parecer definitivo. Pero no es así y hay que extremar las precauciones por dos razones. En primer lugar, porque los signos del alfabeto griego, base de la escritura copta, fueron adaptados a una lengua que en principio les era ajena, y no siempre está claro que los sonidos que los signos anotan en una y otra lengua sean exactamente equivalentes. Y en segundo lugar, porque el copto representa el estado al que la lengua egipcia llega después de más de tres mil años de evolución documentada, con la profunda transforma-

ción que esto supone. El sistema fonológico y la realidad fonética del copto tienen poco que ver, por ejemplo, con los del egipcio clásico, de modo que, aplicando las leyes de evolución fonológica, podemos hacer importantes deducciones sobre la fonología y la fonética de las fases anteriores de la lengua, y en especial sobre su vocalismo, pero no podemos establecer de manera completa y definitiva su sistema fonológico.

§ **121.** Como queda dicho, es el esqueleto consonántico de las palabras lo que anotan las escrituras egipcias, mientras que omiten las vocales. Los egipcios aislaron y escribieron todos los fonemas consonánticos de su lengua, incluidas las semivocales (en inglés, *glides*), también llamadas en egiptología consonantes débiles (/j/ como en esp. ***y**a*; /w/ como en esp. *h**u**evo*). Estas últimas, sin embargo, debido a su proximidad a las vocales, fueron frecuentemente omitidas en la escritura. En la tabla 4.1 se muestra el sistema fonológico del egipcio clásico, de acuerdo con el modo de articulación y el punto de articulación de los fonemas. Por el modo de articulación, los fonemas pueden ser: *oclusivos*, si se produce una interrupción momentánea y total del paso del aire (/p/, /d/, /k/, etc.); *fricativos*, si se produce un estrechamiento de dos órganos articulatorios (/f/: labios inferiores y dientes superiores, /š/: lengua y paladar, etc.); *africados*, si combinan oclusión y fricación (/c/ como en esp. ***ch**acal*; /ǰ/ como en ingl. ***J**ohn*); *nasales*, si parte del aire sale por la nariz (/n/, /m/); *líquidos*, si el aire sale por los lados de la lengua, que pueden ser, a su vez, *laterales*, si el aire sale libremente (/l/), o *vibrantes*, si el órgano de articulación, que es la punta de la lengua, realiza una serie de oclusiones muy breves y seguidas (/r/); y *semivocálicos*, si se produce una fricación muy suave (los ya mencionados /j/ y /w/).

		LABIALES	DENTALES	PALATALES	VELARES	UVULARES	LARÍNGEOS	
							FARÍNGEOS	GLOTALES
OCLUSIVOS Y AFRICADOS	SORDOS	**/p/** ([p] o [p^h])	**/t/** ([t] o [t^h])	**/c/** ([c] o [c^h])	**/k/** ([k] o [k^h])	**/q/** ([q'])		**/ʔ/**
	SONOROS	**/b/**	**/d/** ([t'])	**/ɟ/** ([c'])	**/g/** ([k'])			
FRICATIVOS	SORDOS	**/f/**	**/s/**	anterior: **/š/** posterior: **/ç/**		**/χ/**	**/ḥ/**	**/h/**
	SONOROS		(**/z/**)				**/ʕ/**	
NASALES		**/m/**	**/n/**					
LÍQUIDOS	VIBRANTES		**/r/**					
	LATERALES		(**/l/**)					
SEMIVOCALES		**/w/**		**/j/**				

Tabla 4.1. Los fonemas consonánticos y semivocálicos del egipcio clásico.

Por el punto de articulación, los fonemas consonánticos pueden ser: *labiales*, si se articulan en los labios, bien por contacto entre ellos o entre los dientes superiores y el labio inferior (/b/, /m/, /f/); *dentales*, si se articulan con la punta de la lengua contra los dientes o los alvéolos (/t/, /s/, /n/, /r/); *palatales*, si se articulan con la parte anterior del dorso de la lengua contra el paladar (/š/); *velares*, si se articulan con la parte posterior del dorso de la lengua contra el velo del paladar o paladar blando (mitad posterior del paladar: /k/, /g/); *uvulares*, si se articulan en la campanilla o úvula (/χ/ como en esp. ***j**unco*); *laríngeos*, si se articulan en la garganta o laringe, que pueden ser, a su vez, *faríngeos*, si se articulan con la raíz de la lengua contra la parte posterior de la faringe, y *glotales*, si se articulan en la glotis.

Finalmente, algunos fonemas consonánticos se clasifican también en virtud de la oposición 'sordo/sonoro': los fonemas son sonoros cuando se pronuncian con una vibración concomitante de las cuerdas vocales y son sordos cuando no se produce esa vibración. Esto es lo que opone, por ejemplo, /p/ a /b/ (ambas oclusivas labiales) o /k/ a /g/ (ambas oclusivas velares).

§ **122.** El egipcio de la primera fase posee un total de 25 fonemas consonánticos y semivocálicos (tabla 4.1), que pasamos a enumerar a continuación. Como ya hemos tenido ocasión de señalar (§§ 47, 111), estos fonemas podían anotarse aislados (signos monoconsonánticos: un signo para un sonido) o en secuencias de dos (signos biconsonánticos) o tres (signos triconsonánticos), o por palabras completas (logogramas). En la enumeración que sigue señalaremos, por cada fonema, el signo monoconsonántico que lo anota (remitimos también a la tabla 4.3).

§ **123.** Buena parte de los fonemas egipcios no supone ningún problema de pronunciación para el hablante de lenguas indoeuropeas y, en concreto, del español. Es el caso de:

I) Fonemas labiales:

a) /p/, anotado por el monoconsonántico .

b) /b/, monoconsonántico: .

c) /f/, monoconsonántico: .

d) /m/, monoconsonántico: (también:).

e) /w/ (con este símbolo se indica en fonología la semivocal *u* del esp. *h**u**evo*), monoconsonánticos: y .

II) Fonemas dentales:

f) /t/, monoconsonántico: (también:).

g) /d/, monoconsonántico: .

h) /s/, monoconsonánticos: y .

i) /n/, monoconsonántico: (también:).

j) /r/, monoconsonántico: .

III) Fonemas palatales:

k) /c/ (con este símbolo se indica en fonología el sonido correspondiente a la *ch* del esp. ***ch**acal*), monoconsonántico: .

l) /j/ (con este símbolo se indica en fonología la semivocal *y* del esp. ***y**a*), monoconsonánticos: , y .

IV) Fonemas velares:

m) /k/, monoconsonántico: (variante gráfica:).

n) /g/ (siempre velar oclusivo, como en esp. ***g**ato*), monoconsonántico: .

v) Fonemas uvulares:

o) /χ/ (con este símbolo se indica en fonología el sonido correspondiente a la realización más atrasada de la *j* en esp., como en ***j**unco*), monoconsonántico: .

Hay que decir, sin embargo, que los fonemas oclusivos /p/, /t/ y /k/ y el fonema africado /c/ se pronunciaban, en realidad, seguidos de una ligera aspiración, por lo menos en determinados contextos fonéticos o en ciertos niveles del lenguaje. Esta pronunciación específica se indica en lingüística así: [p^h], [t^h], [k^h] y [c^h] (como queda dicho, los corchetes indican articulación concreta de un fonema, o sea, el sonido tal como se pronuncia realmente: § 117). La articulación en cuestión es parecida, por ejemplo, a la de las palabras inglesas ***p**oor* ([p^h]), ***t**ime* ([t^h]) y ***ch**arming* ([c^h]). A la hora de pronunciarlos, sin embargo, nosotros hacemos caso omiso de esta aspiración secundaria y los leemos convencionalmente siempre [p], [t], [k] y [c].

En cuanto al fonema /s/, es posible que se pronunciara de forma más próxima a la del esp. ***s**ol* (con el ápice de la lengua contra los alvéolos) que a la del ingl. ***s**un*, fr. ***s**oleil* o it. ***s**ole* (con la parte anterior del dorso de la lengua contra los alvéolos). En egipcio antiguo (fase anterior al egipcio clásico; §§ 16–18), existía también un fonema dental fricativo sonoro: /z/, como en cat. e it. *ro**s**a* y en fr. e ingl. *ro**s**e*. Esto explica que, en origen, hubiera un signo monoconsonántico para cada uno de estos dos sonidos: para /s/ y para /z/. En el paso del egipcio antiguo al egipcio clásico, sin embargo, /z/ se ensordeció y confluyó con /s/ y por eso en los textos a partir del egipcio clásico los signos y son intercambiables y anotan ambos el mismo fonema sordo /s/.

Por lo que se refiere a los fonemas /d/ y /g/, no se articulan, en realidad, como oclusivos sonoros, sino como oclusivos eyectivos sordos. Se trata de tipos de sonidos muy próximos, que pueden llegar a confundirse. La eyección implica una segunda oclusión, muy breve, a la altura de la glotis. En lingüística, esta pronunciación específica se indica con una letra y un apóstrofo, en este caso: [t'] y [k']. Actualmente, los sonidos eyectivos existen en diversas lenguas del mundo (entre ellas, lenguas afroasiáticas como las etíopes), pero no en las lenguas indoeuropeas, de modo que es difícil ilustrarlos con ejemplos que resulten clarificadores. Tampoco el rasgo eyectivo se toma en consideración a la hora de pronunciar estos sonidos, que leemos siempre convencionalmente [d] y [g] y que, por comodidad, seguimos clasificando como oclusivos sonoros.

Finalmente, las semivocales /w/ y /j/ se pronuncian siempre convencionalmente como vocales: respectivamente, [u] e [i].

§ **124.** Además de los enumerados en el parágrafo anterior, el egipcio posee otros fonemas que suponen una mayor dificultad de pronunciación para el lector español, pero que existen en diversas lenguas europeas. Es el caso de:

1) Fonemas palatales:

a) /š/ (con este símbolo se indica en fonología el sonido correspondiente a la *sh* del ingl. ***sh****e*), monoconsonántico: (variantes gráficas: ,).

b) /ç/ (símbolo correspondiente a la *ch* del alem. ***ich***), monoconsonántico: .

c) /ɟ/ (símbolo correspondiente al sonido del cat. *a****dj****unt*, it. ***g****iorno* e ingl. ***J****ohn*), monoconsonántico: .

II) Fonema aspirado glotal:

d) /h/ (símbolo correspondiente a la *h* del ingl. ***h**ot*), monoconsonántico: 𓄡 .

Con respecto al fonema /ɟ/, hay que señalar que también se trataba de un sonido eyectivo más que sonoro ([c']; § 123), aunque nosotros lo pronunciamos convencionalmente como la africada sonora mencionada y como tal lo clasificamos por comodidad. En cuanto a /h/, los hispanohablantes lo pronunciamos como una aspiración o, más comúnmente, de manera convencional, como una *j* (jota); como una *j* (jota) pronunciamos también, en la práctica, el fonema /ç/.

§ **125.** Finalmente, el egipcio poseía cuatro fonemas característicos de las lenguas afroasiáticas en general pero de los que carecen las lenguas indoeuropeas, a las que pertenecen las lenguas «egiptológicas». Puesto que no son fáciles de pronunciar para los hablantes de estas últimas, los egiptólogos les han dado una lectura convencional; así, algunos de ellos los leemos como vocales, aunque —es importante remarcarlo— no corresponden a sonidos vocálicos. Describámoslos brevemente.

a) El primero de estos fonemas es el uvular oclusivo sordo: /q/. Corresponde al sonido de la ק *qōf* hebrea y la ق *qāf* árabe, lenguas afroasiáticas como el egipcio (§§ 5*e*, 222*p*). Es parecido a /k/ pero se pronuncia en la campanilla o úvula. El punto de articulación es el mismo que el de la realización más atrasada de la *j* en español o el de la *r* en francés: hay que poner los órganos de fonación como para pronunciar la *j* española de ***j**unco* o la *r* francesa y, en cambio, pronunciar una oclusión (o sea, lo

correspondiente a una *k*). Como sucede con los fonemas /d/, /g/ y /ɟ/ descritos en los dos parágrafos anteriores, también /q/ comportaba un rasgo eyectivo ([q']). En la práctica, sin embargo, y para facilitar la pronunciación al hablante de lenguas indoeuropeas, este sonido se lee convencionalmente [k], sin tomar en consideración ni el punto de articulación ni el carácter eyectivo. El signo monoconsonántico que anota este sonido es: .

b) El segundo fonema es el laríngeo-faríngeo fricativo sonoro, que en fonología se indica con el símbolo /ʕ/. Corresponde al sonido de la ע *ʿayin* hebrea y la ع *ʿayn* árabe (§ 222*m*). Consiste en una aproximación de los órganos de fonación que tiene lugar a la altura de la faringe, o sea, en la garganta. Es cercano a la *r* francesa, pero fricativo y no vibrante. Consonante difícil de reproducir para los hablantes de lenguas indoeuropeas, los egiptólogos la leen convencionalmente [a], como ya hicieron las fuentes acadias (§ 120*b*). El signo monoconsonántico que anota este sonido es: .

c) El tercer fonema es el laríngeo-faríngeo aspirado sordo, que en fonología se indica con el símbolo /ħ/. Corresponde al sonido de la ח *ḥet* hebrea y la ح *ḥā* árabe (§ 222*g*). Se pronuncia en la faringe (como el fonema precedente) y viene a ser el sonido aspirado que hacemos cuando exhalamos aire sobre los cristales de unas gafas para limpiarlos, estrechando la garganta a la salida del aire. Convencionalmente, lo leemos como una aspiración suave (ingl. ***h**ot*) o, los hispanohablantes, como una *j* (jota). El signo monoconsonántico que anota este sonido es: .

d) El cuarto fonema es el laríngeo-glotal oclusivo sordo, que en fonología se indica con el símbolo /ʔ/. Corresponde al sonido de la א *ʾālef* hebrea y la ا *alif hamza* árabe (§ 222*a*). Es el llamado «golpe glótico» u «oclusión glótica» (*glottal stop* en inglés) y

consiste en una interrupción completa de la salida del aire producida en la glotis, o sea, en la garganta, parecida a la que se da, por ejemplo, en la palabra alemana *Verein* ante la segunda *e* ([fɛrʔáin]) o en la palabra española *bar-ba-co-**a*** ante la última *a*, si la leemos marcando mucho la división silábica. La oclusión glótica comporta siempre un soporte vocálico, que en egipcio, en la mayoría de contextos fonéticos, es *a*. De ahí que, aunque se trate de una consonante, los egiptólogos lean convencionalmente este sonido como [a] (igual que el sonido /ʕ/ —punto *b*). El signo monoconsonántico que anota el fonema /ʔ/ es: , aunque en posición inicial de palabra o de sílaba también puede ser anotado por el signo: (tabla 4.3, segundo signo).

§ **126.** Para concluir con el sistema consonántico del egipcio, debemos señalar que, a partir de los cuatro métodos expuestos en el § 120, sabemos que contaba también con el fonema **/l/**. Sin embargo, por razones difíciles de precisar y que tal vez tengan que ver con diferencias dialectales (§ 8*b*), este fonema no fue anotado por las escrituras egipcias hasta muy avanzada la historia de la lengua: en los textos neoegipcios en jeroglíficos, fue escrito esporádicamente con el signo o con el grupo (y de ahí el uso de para /l/ en las transcripciones de los nombres propios griegos y romanos en la Época Grecorromana: §§ 101–102), en los textos neoegipcios en hierático, con el grupo (lectura de derecha a izquierda: § 53), y en los textos demóticos, con un signo derivado de la estilización del grupo jeroglífico (lectura de derecha a izquierda: § 62; tabla 2.1). En los textos en egipcio antiguo y medio este sonido no contó, pues, con un signo monoconsonántico que lo anotara ni con ningún otro tipo de grafía propia, sino que se escribió por me-

dio de otros signos que tenían otros valores pero que podían ser usados alternativamente por /l/: , y (tabla 4.3).

§ **127.** El egipcio de la primera fase (egipcio antiguo y clásico), como el árabe y, en general, las lenguas afroasiáticas en sus primeras fases de desarrollo (§ *7d*), poseía seis fonemas vocálicos, clasificados según el punto de articulación (palatal anterior, palatal medio y velar o posterior) y la cantidad (breve y larga; § 117): /i/, /i:/, /a/, /a:/, /u/, /u:/ (tabla 4.2). El egipcio de la primera fase desconocía, pues, los timbres vocálicos *e* y *o*.

Salvo raras excepciones (§ 28), las seis vocales del egipcio clásico no fueron nunca anotadas por las escrituras jeroglífica, hierática y demótica (§§ 39*c*, 100, 119–120). Esto se debe a una característica fundamental del léxico de las lenguas afroasiáticas: el carácter central del consonantismo en la estructura de las palabras. En efecto, como vimos (§§ *7a*, 100), la mayor parte del vocabulario de estas lenguas deriva de *raíces* formadas por una serie específica de consonantes, dispuestas siempre en el mismo orden, que, acompañadas de combinaciones vocálicas distintas y eventualmente de prefijos o sufijos, permiten formar amplias familias léxicas.

En egipcio sucede lo mismo, y es este carácter central del consonantismo lo que llevó a los creadores de las escrituras egipcias (igual que a los de las escrituras de otras lenguas afroa-

		BREVES	LARGOS
PALATALES	ANTERIORES	**/i/**	**/i:/**
	MEDIOS	**/a/**	**/a:/**
VELARES	POSTERIORES	**/u/**	**/u:/**

Tabla 4.2. RECONSTRUCCIÓN DE LOS FONEMAS VOCÁLICOS DEL EGIPCIO CLÁSICO.

siáticas, como los alfabetos fenicio, arameo, hebreo o árabe, al menos en primera instancia) a anotar las consonantes y omitir las vocales. Esto fue facilitado por el hecho de que todo hablante conoce su lengua y, por tanto, no tiene dificultades en restituir, al leer, el vocalismo que corresponde a cada palabra, como hacen actualmente los lectores de árabe o hebreo. Y el lector español podrá comprobar hasta qué punto es así al «leer» sin excesivas dificultades la frase siguiente: nq n s scrbn ls vcls y sl s scrbn ls cnsnnts, l lctr q cnc l lng s cpz d lr sn dmsds dfcltds, grcs l cntxt y l cstmbr. Este es, por otra parte, uno de los principios (junto con la abreviatura y el signo-imagen o logograma) del código utilizado actualmente, sobre todo por los jóvenes, en los mensajes breves enviados por vía telemática.

Así pues, la reconstrucción del vocalismo egipcio no puede hacerse a partir de los mismos textos egipcios, que no lo anotan, sino que debe procederse según los métodos lingüísticos de inferencia expuestos más arriba (§ 120). Esta reconstrucción es más segura para las vocales tónicas que para las átonas, cuyo timbre es a menudo imposible de precisar, pero, en general, el vocalismo del egipcio clásico puede ser restituido con cierto grado de fiabilidad. Como queda dicho, se trata, sin embargo, de un ejercicio reservado a los lingüistas y sin repercusión práctica a la hora de «leer» los textos, que en ningún caso se vocalizan (§§ 129–130).

§ **128.** A lo largo de su dilatada historia, la lengua egipcia experimentó importantes transformaciones fonéticas, de manera que el sistema fonológico del egipcio de la primera fase descrito en los parágrafos precedentes difiere sustancialmente del neoegipcio o copto (§§ 27–28, 65). Para empezar, en el ámbito del vocalismo, en neoegipcio se añaden tres nuevos timbres

vocálicos a los tres ya existentes (§ 127): /e/, /ə/ (= *e* neutra, como en cat. central *par**e***; § 120*b*) y /o/.

En el ámbito del consonantismo, uno de los cambios más importantes afecta a las oclusivas-africadas dentales y palatales. En efecto, las africadas palatales /c/ y /ɟ/ tienden a despalatalizarse y a coincidir con las correspondientes oclusivas dentales /t/ y /d/. Así, por ejemplo, ya en egipcio clásico el pronombre personal en función de complemento directo (§ 22*b*) «te» puede ser tanto *tw* como *tw* (masc.) y tanto *tn* como *tn* (fem.); y un sustantivo como «adobe» puede hallarse escrito tanto *dbt* como *dbt* (§ 38*a*). Las grafías con y son más «etimológicas», pretenden conservar las formas originales, mientras que las grafías con y son fonéticas, pretenden evocar lo que realmente se pronunciaba. A su vez, tímidamente en los Reinos Medio y Nuevo y de manera cada vez más acusada en las épocas tardías, las sonoras /d/ y /ɟ/ (que se pronunciaban como eyectivas ensordecidas: §§ 123–124) confluyen con las correspondientes sordas /t/ y /c/, que, a su vez, como decimos, tienden a reducirse a /t/. De ahí que los signos , , y , que anotan esos cuatro fonemas en origen (respectivamente /d/, /ɟ/, /t/ y /c/), aunque puedan mantenerse en la grafía de las palabras por tradición, tiendan a hacerse intercambiables por parejas: / y / , y que, en última instancia, todos ellos puedan ser empleados como variantes gráficas del fonema /t/. Esto es lo que explica, por ejemplo, que en los tardíos cartuchos de los Ptolomeos y de los emperadores romanos estudiados por Champollion los signos y valgan indistintamente para /t/ y para /d/ (§§ 101–103).

Finalmente, algunos sonidos consonánticos o semivocálicos en posición final de palabra tienden a debilitarse o a desapa-

recer por completo. Es el caso de la -/t/ de femenino o de la -/w/ de plural, con las importantes consecuencias gramaticales que esto conlleva, como ya hemos tenido ocasión de señalar (§ 27).

4.1.2. Transliteración y transcripción

§ **129.** Para leer y analizar los textos jeroglíficos, los egiptólogos proceden a su *transliteración*. *Transliterar* significa reescribir el texto egipcio en caracteres latinos, atribuyendo a cada sonido consonántico o semivocálico anotado por las secuencias escritas egipcias una y solo una letra (*littera*) del alfabeto latino, enriquecida con algún diacrítico en caso de sonidos para los que el alfabeto latino carece, en principio, de signo. Así, por ejemplo, los fonemas /b/, /m/ o /r/, que cuentan con letras en el alfabeto latino, se transliteran respectivamente *b*, *m* y *r*, pero los fonemas /c/, /ɟ/, /š/, /ç/, /χ/ y /ħ/, que no cuentan con letras en el alfabeto latino (porque en latín no existían esos sonidos), se transliteran respectivamente *t̲*, *d̲*, *š*, *ḫ*, *ḫ̲* y *ḥ*, o sea, con una letra y un diacrítico colocado encima o debajo. Las semivocales /w/ y /j/ se transliteran, respectivamente, *w* y *i*, y la oclusiva uvular /q/ se translitera *q* o *k̓*. En dos casos, correspondientes a sonidos muy alejados de la fonética del latín y de las lenguas europeas, la transliteración comporta símbolos distintos de letras; así, la oclusión glótica /ʔ/ se translitera *ɜ* (dos pequeños semicírculos abiertos a la izquierda superpuestos, que en la práctica parecen un 3) y el fonema faríngeo /ʕ/ se translitera ᶜ (una pequeña *c* en superíndice). La lista completa de símbolos de transliteración puede verse en la tabla de los signos monoconsonánticos (tabla 4.3). Hay que señalar que

muchos de estos símbolos no se leen como los fonemas originales que transliteran, sino que los egiptólogos les han asignado una pronunciación convencional, por razones en parte prácticas (facilitar la lectura) y en parte históricas (desconocimiento del sonido exacto en el momento de fijación del sistema y, después, mantenimiento de la tradición); esta pronunciación se recoge también en la tabla (columna 7).

§ **130.** Las transliteraciones de los textos se separan convencionalmente por palabras (como sabemos, las escrituras egipcias no separaban las palabras, sino que la anotación era seguida: §§ 39, 46, 153, 162). Puesto que las escrituras egipcias solo anotaban fonemas consonánticos o semivocálicos, las transliteraciones de las palabras reproducen el esqueleto consonántico o semivocálico de las mismas. Cuando se translitera, no se restituye el vocalismo. Para poder leer las transliteraciones, sin embargo, puesto que no es posible leer estructuras consonánticas sin vocales, se opta por las convenciones siguientes:

a) La semivocal labial /w/, que es anotada por los monoconsonánticos y y que se translitera *w*, se lee [u] (§ 123; tabla 4.3, quinto signo); así, una palabra transliterada *pw* se lee convencionalmente [pu].

b) La semivocal palatal /j/, que es anotada por los monoconsonánticos , y y que se translitera *i* (=) o bien *y* (= y) se lee [i] (§ 123; tabla 4.3, segundo y tercer signo); así, una palabra transliterada *in* se lee convencionalmente [in] y una palabra transliterada *ky* se lee [ki].

c) La fricativa faríngea /ʕ/, que es anotada por el monoconsonántico y que se translitera ʿ, se lee [a] (§ 125*b*; tabla 4.3,

cuarto signo); así, una palabra transliterada *rˁ* se lee convencionalmente [ra].

d) La oclusión glótica /ʔ/, que es anotada por el monoconsonántico y que se translitera *3*, se lee [a] (§ 125*d*; tabla 4.3, primer signo); así, una palabra transliterada *k3* se lee convencionalmente [ka].

e) La lectura convencional como vocales de los sonidos precedentes ya facilita la pronunciación de muchas palabras transliteradas (como se ve en los ejemplos citados) o de partes de las mismas. En el resto de casos se intercala entre las consonantes que hay que pronunciar una [e] de apoyo, meramente convencional y sin relación alguna con el vocalismo original ni con su posición. Así, la palabra transliterada *mk* se lee convencionalmente [mek] y la palabra transliterada *ntsn* se lee convencionalmente [netesen] o [netsen]. En el caso de palabras monoconsonánticas, la [e] de apoyo puede colocarse delante o detrás de la consonante, sin una convención precisa.

He aquí algunos ejemplos de transliteraciones:

ỉtrw, «río», se lee convencionalmente *iteru*, aunque sabemos que se vocalizó y pronunció aproximadamente *[já:traw] (para las convenciones de transcripción fonética: § 117).

Kmt, «la (Tierra) Negra», «Egipto», se lee convencionalmente *kemet*, aunque sabemos que se vocalizó y pronunció aproximadamente *[kʰú:mat];

sn, «hermano», se lee convencionalmente *sen*, aunque sabemos que se vocalizó y pronunció aproximadamente *[san];

pḏt, «arco», se lee convencionalmente *pedjet*, aunque sabemos que se vocalizó y pronunció aproximadamente *[pʰí:ʝat];

m, «en», «desde», «con» (prep.), se lee convencionalmente *em*, aunque sabemos que se vocalizó y pronunció aproximadamente *[am].

Como puede verse, por convención, las transliteraciones se escriben siempre en *cursiva* cuando son impresas. Cuando se escribe a mano, las transliteraciones *se subrayan*, palabra por palabra (puesto que el subrayado en los textos manuscritos equivale a la cursiva en los impresos).

§ **131.** Completamente diferente de la transliteración es lo que llamamos *transcripción*, que consiste, en cambio, en reescribir los nombres propios egipcios (*antropónimos* o nombres de personas, como Tutankhamon o Imhotep; *teónimos* o nombres de dioses, como Ptah; y *topónimos* o nombres de lugares, como Yam) y algunos nombres comunes que designan conceptos y realidades propios de la cultura egipcia (*ka*, *ba*, *akh*, *ushebti*, ojo *udjat*, cetro *heqat*, *medu-netjer* —§ 45—, que normalmente se consignan en cursiva), de acuerdo con las grafías y la fonética de las lenguas modernas. La finalidad es emplearlos en el texto de artículos y libros egiptológicos o no egiptológicos, especializados o no, con una función denotativa y fuera del contexto especializado de la transliteración de textos. La transcripción tiene, pues, un alcance más «social» y colectivo, en el sentido de que confiere a los nombres y términos una forma adaptada a las lenguas modernas, «legible» y «pronunciable» tanto para el especialista como para el no especialista.

§ **132.** La transcripción de los antropónimos y teónimos puede hacerse a partir de dos fuentes:

a) Si existe una forma griega o copta del nombre o término en cuestión, que lógicamente estará vocalizada, puede utilizarse esta forma, transcrita entonces del griego o del copto. En las transcripciones del griego, las aspiradas originales pueden expresarse como tales o pueden reducirse a las oclusivas/fricativa correspondientes (*th* / *t*, *kh* / *k*, *ph* / *f*) y *kh* / *k* pueden pasar a *c* si no van ante *e* / *i* (salvo en el caso de Micerino, nombre enteramente adaptado a la grafía y a la fonética españolas); en este libro se han adoptado de forma sistemática las soluciones no aspiradas. Son ejemplos, entre tantos otros: Isis, Osiris, Amón, Set o Seth, Tot o Thoth, Keops o Kheops, Kefren o Khephren, Micerino, Sesostris, Tutmosis o Tuthmosis, Neferites o Nepherites (del griego) y Re, Bes, Sobek, Ptah, Hathor (del copto). Con el nombre de Horus, se ha retenido la forma latina. Algunos de estos nombres han adquirido carta de naturaleza propia en español, a veces ya desde el Siglo de Oro. Sobre su acentuación, véase el § 135.

b) Si no existe una forma griega o copta, o si existe pero se prefiere no recurrir a ella, entonces la transcripción se realiza a partir de la transliteración de la forma original egipcia. Puesto que las transliteraciones no comportan vocales, las transcripciones se vocalizan de acuerdo con los principios de lectura de las transliteraciones expuestos en el § 130, utilizando la [e] de apoyo cuando es necesario. Así, de *Ḥ3t-špswt* tendremos Hatshepsut, de *Ḫwfw* tendremos Khufu (correspondiente al Keops del punto anterior) y de *S-n-Wsrt* tendremos Senusert o Senuseret (correspondiente al Sesostris del punto anterior).

En algunos casos, el uso de la forma griega o copta se impondrá claramente (como, por ejemplo, con Isis, Osiris, Amón,

Ptah o Tutmosis, puesto que difícilmente se preferirán las formas correspondientes derivadas de las transliteraciones: Iset, Usir, Amen, Peteh y Djehutimes) y, en otros, la forma resultante de la transliteración será la única opción (por inexistencia de forma griega o copta). Pero muchas veces el egiptólogo podrá escoger: Keops/Kheops o Khufu, Amenemes o Amenemhat, Sesostris o Senusert/Senuseret, Apries o Wahibre...

El nombre Ramsés es un caso particular. La forma española es un «préstamo» de la transcripción del original que acuñaron los primeros egiptólogos franceses (entre ellos Champollion; § 107) y difiere tanto de la transcripción al español de la más fiel al original de las diversas formas clásicas del nombre (Rameses, de Ῥαμέσσης, que también puede ser empleada) como de la transcripción a partir de la transliteración (Ramesu, de *Rꜥ-ms-sw*, que no se usa; § 120*b*), pero se ha impuesto en el uso egiptológico, «social», literario y editorial.

Un caso aparte son los nombres de los soberanos griegos y persas de Egipto transcritos del griego, que se emplearán en su forma habitual en español, puesto que han adquirido carta de naturaleza propia en nuestra lengua: Darío, Jerjes, Artajerjes, Alejandro, Ptolomeo, Cleopatra. Lo mismo sucede con el topónimo Alejandría, derivado del nombre del rey macedonio.

§ **133.** Si se transcribe a partir de la transliteración de la forma original egipcia, se pueden seguir dos criterios:

a) Hacer una transcripción estandarizada, lo más universal posible, con concesiones mínimas a las tradiciones gráficas específicas de cada lengua moderna;

b) Hacer una transcripción particularizada, adaptada a la tradición gráfica específica de cada lengua moderna.

Esto es lo que, en obras egiptológicas en lengua española, opone, por ejemplo, las formas Khufu, Ninetjer, Djeser y Geb a las formas Jufu, Ninecher, Dyeser y Gueb. Las primeras son más universales y estandarizadas, de manera que pueden ser fácilmente reconocidas y asumidas por los lectores de todas las lenguas (de hecho, están basadas en las soluciones inglesas, la lengua internacional de la ciencia y, cada vez más, también de la egiptología); las segundas están más adaptadas a las grafías del español y resultan, por ello, más particulares y localistas. En este libro se ha seguido el primero de estos criterios.

§ **134.** De acuerdo con este criterio, para la transcripción en español de los nombres propios y términos egipcios se siguen las siguientes normas:

a) *ꜣ* y *ꜥ* se transcriben *a*: K**a**k**a**i (de *Kꜣkꜣi*); Kh**a**b**a** (de *Ḫꜥ-bꜣ*).

b) *w* se transcribe *w* (si en la transcripción es semivocal) y *u* (si en la transcripción es vocal): **W**adjet (de ***W****ꜣḏt*); **U**nis (de ***W****nis*).

c) *i* se transcribe *y* (si en la transcripción es semivocal) e *i* (si en la transcripción es vocal): **Y**u**y**a (de ***ꜣ****wiꜣ*); Un**i**s (de *Wn**i**s*). En posición inicial, a veces se transcribe *a*: **A**ntef (de ***ꜣ****n-(i)t-f*) (tabla 4.3, segundo signo). Los nombres cuya transliteración acaba en *-y* (tabla 4.3, tercer signo) pueden transcribirse con *-y* o con *-i* final: Khasekhemu**y** o Khasekhemu**i** (de *Ḫꜥ-sḫmw**y***), Pep**y** o Pep**i** (de *Pp**y***); los nombres cuya translite-

ración acaba en *-i* se transcriben con *-i* final: Raemka**i** (de *Rʿ-m-kꜣ=**i***).

d) *h* y *ḥ* se transcriben *h*: **H**erunefer (de ***H**rw-nfr*); **H**eqaib (de ***Ḥ**qꜣ-ib*).

e) *ḫ* y *ẖ* se transcriben *kh*: **Kh**ufu (de ***Ḫ**wfw*); **Kh**ety (de ***Ḫ**ty*).

f) *š* se transcribe *sh*: **Sh**epseskaf (de ***Š**pss-kꜣ=f*).

g) *q* se transcribe *q* (también ante *e*, *i*): He**q**aib (de *Ḥ**q**ꜣ-ib*); Neti**q**ert (de *Nt-i**q**rt*).

h) *ṯ* se transcribe *tj*: Nine**tj**er (de *Ni-n**ṯ**r*).

i) *ḏ* se transcribe *dj*: **Dj**eser (de ***Ḏ**sr*).

j) *g* tiene siempre valor oclusivo, también ante *e*, *i*: **G**eb (léase en esp.: *gueb*) (de ***G**b*).

Las consonantes restantes (*b*, *p*, *f*, *m*, etc.) no plantean problemas y se transcriben con las mismas letras con que se transliteran, como puede verse en los ejemplos que preceden.

§ **135.** Con los antropónimos sucede a menudo que se trata de compuestos con teónimos que disponen de una forma derivada del griego, del copto o del latín, con su propia vocalización (§ 132*a*), y/o con términos transcritos a través del copto por los primeros egiptólogos con una vocalización que se ha mantenido en el uso por tradición (*h**o**tep*, *m**o**s(**e**)*, *n**o**fr(**e**)*, *n**a**kht*). En estos casos, tales vocalizaciones suelen respetarse, aunque con algunos nombres también es de uso común la transcripción de la transliteración: M**o**ntuh**o**tep o M**e**ntuh**e**tep, S**o**bekh**o**tep o S**e**bekh**e**tep, Ram**o**se, Merenpt**a**h, H**o**remheb, Menkauh**o**r (*Hor-* / *-hor* = H**o**rus), Sn**o**fru o Sn**e**fru, San**a**kht. El nombre del dios solar puede transcribirse tanto *R**e*** (transcripción del copto) como *R**a*** (transcripción de la transliteración) (§ 120*b*). En los compuestos con

los nombres de los dioses Re y Amón, estos últimos se transcriben «Ra-» y «Amen-», si van en posición inicial, y «-re» o «-ra» y «-amon» o «-amón», si van en posición final: **Ra**mose, Neferka**re**/Neferka**ra**, **Amen**emhat, Tutankh**amon**/Tutankh**amón**.

El nombre regio Amenhotep o Amenhetep, transcripción del egipcio *Ỉmn-ḥtp*, responde a estas mismas convenciones; las formas mencionadas son, en este caso, preferibles a las transcripciones griegas Amenofis/Amenophis, porque estas últimas no son, en realidad, transcripciones de *Ỉmn-ḥtp*, sino de otro nombre de forma parecida (*Ỉmn-m-ipt*), por confusión de los mismos autores griegos.

Los nombres y términos transcritos directamente de transliteraciones no se acentúan. En egipcio clásico, el acento recaía sobre la última o la penúltima sílaba. El convencionalismo de la transcripción, sin embargo, que en ningún caso reproduce la estructura silábica y prosódica original, desaconseja el uso de la tilde en español. Los nombres transcritos del griego (§ 132*a*), en cambio, sí que se acentúan allí donde corresponda cuando han adquirido carta de naturaleza propia en español (Amón, Harpócrates, Psamético). En el caso de nombres transcritos de transliteraciones pero acabados con un teónimo transcrito del griego, podrá optarse tanto por la solución no acentuada (preferible) como por la acentuada: Tutankhamon o Tutankhamón.

§ **136.** De todo cuanto acabamos de exponer se deduce que para un mismo antropónimo o teónimo puede haber distintas opciones de transcripción en español. Escoger una u otra depende del criterio del egiptólogo o autor del texto, eventualmente en función del público al que el texto mismo está destinado (obra especializada, obra de divulgación...). Como escribe

el egiptólogo español José-Ramón Pérez-Accino, «el buen sentido del autor del texto moderno en el que la palabra habrá de ir insertada debe prevalecer a la hora de encontrar la forma adecuada para que la palabra sea más reconocible al público al que se dirige, por encima de otras consideraciones».

§ **137.** En cuanto a los topónimos, su transcripción obedece a las mismas pautas que la de los antropónimos y teónimos. En este caso, sin embargo, se prefiere claramente la forma griega, copta o árabe, si existe, a la transcripción de la transliteración de la forma original egipcia (Abidos frente a Abedju, Elefantina frente a Abu...). Así, una buena parte de los nombres que utilizamos para referirnos a localidades del antiguo Egipto proceden de transcripciones griegas de los originales egipcios (Abidos, Bubastis, Buto, Coptos, Egipto —§ 38*g*—, Menfis, Filae o Philae, Sais). Otros muchos son totalmente griegos, dados a las localidades a partir, normalmente, del nombre de su divinidad principal en griego (Heliópolis, Heracleópolis, Hermópolis) o de otros criterios (Alejandría —§ 132—, Elefantina, Tebas —aunque este último podría tener original egipcio). Unos pocos topónimos son transcripción directa de la transliteración (Akhetaton = *ꜣḫt-Ỉtn*; Ittauy = *Ỉt-tꜣwy*; Yam = *Ỉꜣm*). Y otro importantísimo grupo son nombres árabes, algunos de creación enteramente árabe (Amarna, El Cairo, Deir el-Bahari, Esna, Gebelein, Giza o Guiza) y otros transcritos a partir del original egipcio, trámite el copto (Asiut, Asuán, Edfu, El-Ashmunein, El-Fayum), o del original latino (Luxor). Algunos topónimos árabes son formas con carta de naturaleza propia en español, ya de antiguo, como El Cairo y Jartum (de ahí la grafía con *j*, como en algunos de los nombres del final del § 132), o bien por haberse populariza-

do en las últimas décadas a raíz de la divulgación egiptológica, los medios de comunicación y el turismo, como Guiza, Luxor y Asuán. En cuanto a Giza/Guiza, sin embargo, en este libro hemos preferido retener la primera forma por coherencia con lo expuesto en el § 134*j* a propósito de los nombres egipcios y con el uso internacional. Como sucede con los teónimos y los antropónimos, también los topónimos se acentúan si han adquirido carta de naturaleza propia en español: Heliópolis, Asuán.

El lector encontrará una lista de antropónimos, teónimos y topónimos egipcios transcritos en español en el Apéndice al final del volumen.

4.2. Los signos jeroglíficos: tipología y funciones

§ **138.** *Nota preliminar*. Como ya hemos señalado (§ 118), este capítulo está dedicado a la escritura jeroglífica propia del egipcio de la primera fase y, en concreto, de los textos en egipcio medio o clásico, de manera que la «ortografía» y la disposición de la escritura que se presentan en él son las que corresponden a este estado de lengua (desde el Primer Período Intermedio hasta la XVIII dinastía; §§ 11*a*, 19–23, 48). En un primer momento, el egipcio de tradición, continuación del egipcio clásico (§§ 22–23), mantiene esas mismas ortografía y disposición, pero después estas evolucionan hacia formas nuevas, sobre todo en Época Grecorromana (§§ 48–49).

§ **139.** Como ya hemos tenido ocasión de ver (§§ 47, 108, 111), los signos de la escritura jeroglífica egipcia se clasifican en dos grandes categorías:

a) lo que podríamos llamar *signos-sonido*, es decir, signos cuya función es la de anotar sonidos, independientemente de lo que representan. Así, el signo representa una lechuza, pero esto no tiene ninguna incidencia en la función que el signo desempeña en la secuencia escrita, ya que su valor es el de anotar un sonido: el fonema /m/.

b) lo que podríamos llamar *signos-imagen*, es decir, signos cuya imagen interviene directamente en la codificación y significación del mensaje lingüístico. Así, el signo ⊙ representa el sol y su función es la de anotar la palabra *rꜥ*, que significa «sol», o la de evocar la noción semántica de [TIEMPO], según los contextos (para la indicación convencional de las categorías semánticas: § 151). A través de su propia forma plástica, de su *iconicidad*, el signo transmite, pues, información lingüística (léxica o semántica).

Los signos-sonido reciben el nombre de *fonogramas* o *signos fonéticos* (del griego, φωνή, *phone*, «sonido», «voz», y γράμμα, *gramma*, «signo escrito»), porque anotan *sonidos* del lenguaje, mientras que los signos-imagen reciben el nombre de *semagramas* (del griego, σῆμα, *sema*, «señal»), porque en virtud de su iconicidad comunican *significados*.

Los fonogramas pueden ser, a su vez, *monoconsonánticos* (§§ 140–142, tabla 4.3), *biconsonánticos* (§§ 143–144, tabla 4.4) y *triconsonánticos* (§§ 145–146, tabla 4.5). Los semagramas pueden ser, a su vez, *logogramas* o *ideogramas* (§§ 148–150; tabla 4.6) y *determinativos* o *clasificadores* (§§ 151–155; tabla 4.7).

4.2.1. Los fonogramas monoconsonánticos

§ **140.** Los egipcios aislaron un signo jeroglífico (excepcionalmente, dos o tres) para anotar cada uno de los fonemas de su lengua (excepto el fonema /l/: § 126). Se trata de signos que, independientemente de lo que representan (su imagen no es pertinente para el mensaje lingüístico), tienen en el sistema de escritura la función convencional de *anotar un solo fonema consonántico*. Por esta razón se les llama *fonogramas monoconsonánticos*, designación preferible a la de «signos alfabéticos» (que debe reservarse a las letras de las escrituras propiamente alfabéticas, como las semíticas occidentales, la griega, la latina, la copta, etc.: §§ 39*b*, 47, 63–66, 97, 169, 215 ss., 230 ss.) o a la de «signos unilíteros» (término que respondía a la antigua indistinción entre «letra» y sonido).

Los principios básicos que siguieron los escribas egipcios para aislar los signos monoconsonánticos fueron los de *homofonía* y *acrofonía*, que consisten en crear o escoger, para anotar un determinado sonido consonántico, un signo que represente el objeto designado por una palabra que conlleve únicamente esa consonante (homofonía) o que empiece con ella (acrofonía) (§§ 217, 221*f*). Así, por ejemplo, el signo *š* fue aislado a partir de la palabra *š*, «estanque», «lago», que comportaba esa única consonante, mientras que el signo *ḏ* fue aislado a partir de la palabra *ḏt*, «cobra», de la que era la primera consonante. El uso de como *š* (= /š/) y de como *ḏ* (= /ʤ/) se explica por este origen, pero, una vez asociados los signos a su valor fonético, las imágenes que los signos mismos reproducen dejan de ser pertinentes para la codificación y transmisión del mensaje lingüístico.

Los signos monoconsonánticos se basan, pues, en el principio 'un signo = un sonido consonántico/semivocálico'. Ahora bien, algunos fonemas fueron anotados con dos signos alternativos (/w/, /m/, /n/, /s/ y /t/) o con tres (/j/) (tabla 4.3, columna 8; no tomamos en consideración las meras variantes gráficas, como en los casos de /š/ y /k/), de manera que, si los fonemas consonánticos y semivocálicos del egipcio clásico son 24 (sin contar el fonema /l/, para el que no existió signo; § 126), los signos monoconsonánticos son 31 en total.

§ **141.** Los egiptólogos han ordenado los fonogramas monoconsonánticos en una lista fija convencional, que es la que se sigue, por ejemplo, para secuenciar las palabras en los diccionarios de la lengua egipcia. También les han atribuido «nombres», igualmente convencionales, a veces tomados del alfabeto hebreo (*alef*, *yod*, *qof*) o del latino (en español: *be*, *hache*, *ese*) y otras veces transcripción de la transliteración del sonido que anotan (§§ 129 ss.: *ef*, *em*, *dje*). En la tabla 4.3 damos la lista de los signos monoconsonánticos. En la columna 6 de la tabla se consignan las formas minúscula y mayúscula de los símbolos de transliteración. Las palabras se transliteran sistemáticamente en minúsculas; las mayúsculas se emplean para las iniciales de los nombres propios.

§ **142.** He aquí, a modo de ejemplo, una serie de palabras escritas tan solo con monoconsonánticos: *bw*, «lugar»; *rn*, «nombre»; *sy*, «ella»; *pȝ*, «este»; *tf*, «esta»; *ḏd*, «decir», «hablar»; *im*, «allí»; *ḥnꜥ*, «junto con», «y».

SIGNO	A MANO	DESCRIPCIÓN	NOMBRE EGIPTOLÓGICO	FONEMA ANOTADO	TRANSLITERACIÓN	PRONUNCIACIÓN CONVENCIONAL	PARTICULARIDADES
		alimoche	alef	/ʔ/	*ɜ* / mayúscula: igual	[a]	El fonema /ʔ/ corresponde al anotado por la letra hebrea א (*ʾālef*; de ahí su nombre egiptológico) y por la árabe ا (*alif hamza*). Ocasionalmente, el signo anota el fonema /l/.
		caña en flor	yod	/j/ (en posición inicial, también /ʔ/)	*i* / *I*	siempre [i], sea cual sea la posición	Transliteración alternativa: *j* / *J*. El signo anota las más de las veces el fonema /j/. Pero en posición inicial de palabra o de sílaba, puede anotar también el fonema /ʔ/. Esto explica la letra y el diacrítico escogidos para la transliteración: *i*, combinación de «i» y «ɜ». El fonema /j/ corresponde al anotado por la letra hebrea י (*yōd*; de ahí su nombre egiptológico) y por la árabe ي (*yā*).
		dos cañas en flor / doble trazo oblicuo	doble yod	/j/	*y* / sin mayúscula	[i]	El signo se emplea en posición interior o final de palabra, no en posición inicial. El signo se emplea solo en posición final de palabra.
		brazo	ayin	/ʕ/	ʿ / mayúscula: igual	[a]	El fonema /ʕ/ corresponde al anotado por la letra hebrea ע (*ʿayin*; de ahí su nombre egiptológico) y por la árabe ع (*ʿayn*).
		pollo de codorniz / trazo hierático	waw	/w/	*w* / *W*	[u]	El signo procede de una forma hierática abreviada del signo ; hasta la XVIII dinastía es de uso poco frecuente. El fonema /w/ corresponde al anotado por la letra hebrea ו (*wāw*; de ahí su nombre egiptológico) y por la árabe و (*wāw*).
		pie	be	/b/	*b* / *B*	[b]	
		taburete	pe	/p/	*p* / *P*	[p]	El fonema /p/ comportaba dos realizaciones: [p] y [p^{h}].

SIGNO	A MANO	DESCRIPCIÓN	NOMBRE EGIPTOLÓGICO	FONEMA ANOTADO	TRANSLITERACIÓN	PRONUNCIACIÓN CONVENCIONAL	PARTICULARIDADES
		cerasta (víbora cornuda)	ef	/f/	*f* / *F*	[f]	
		lechuza	em	/m/	*m* / *M*	[m]	Desde la XVIII dinastía, el signo (costilla de animal (?); en origen, biconsonántico *im*) se usa alternativamente a .
		agua	en	/n/	*n* / *N*	[n]	Desde la XVIII dinastía (muy raramente antes), el signo (corona del Bajo Egipto) se usa alternativamente a . Ocasionalmente, el signo anota el fonema /l/.
		boca	er	/r/	*r* / *R*	[r]	Ocasionalmente, el signo anota el fonema /l/.
		planta de un refugio de cañas o de un corral	hache 1	/h/	*ḥ* / *Ḥ*	[h] (aspiración) o, en la práctica, los hispanohablantes, como una ***j**ota*	
		mecha de cuerda trenzada	hache 2	/ħ/	*ḫ* / *Ḫ*	[h] (aspiración) o, en la práctica, los hispanohablantes, como una ***j**ota*	El fonema /ħ/ corresponde al anotado por la letra hebrea ח (*ḥet*) y por la árabe ح (*ḥā*).
		placenta (?) cedazo (?)	hache 3	/χ/	*ḫ̲* / *Ḫ̲*	[χ] como en esp. ***j**unco*	
		vientre de vaca con ubres y cola	hache 4	/ç/	*ḫ̲* / *Ḫ̲*	[ç] como en alem. ***ich*** o, en la práctica, los hispanohablantes, como una ***j**ota*	

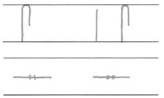
		tejido doblado / cerrojo	es o bien: ese sorda / ese sonora	/s/	*s* / *S*	[s]	En egipcio antiguo, correspondía al fonema sordo /s/ y correspondía al fonema sonoro /z/; en egipcio clásico los dos habían confluido en el primero.
		estanque o lago	she o shin	/š/	*š* / *Š*	[š] como en ingl. ***sh****e*	Grafías alternativas del signo: , . El fonema /š/ corresponde al anotado por la letra hebrea ש (*shīn*; de ahí que a veces se le dé este nombre en egiptología) y por la árabe ش (*shīn*).
		ladera de duna o de colina	qof	/q/	*q* / *Q*	[k]	Transliteración alternativa: *ḳ* / *Ḳ*. El fonema /q/ se articulaba como [q’]. El fonema /q/ corresponde al anotado por la letra hebrea ק (*qōf*; de ahí su nombre egiptológico) y por la árabe ق (*qāf*).
		cesta con asa	ek o kaf	/k/	*k* / *K*	[k]	El fonema /k/ comportaba dos realizaciones: [k] y [k^{h}]. El fonema /k/ corresponde al anotado por la letra hebrea כ (*kāf*; de ahí que a veces se le dé este nombre en egiptología) y por la árabe ك (*kāf*).
		soporte de jarra	ge [ge]	/g/	*g* / *G*	[g]	El fonema /g/ se articulaba como [k’]. La lectura convencional es siempre [g], como en esp. ***g****ato*.
		pan	te	/t/	*t* / *T*	[t]	El fonema /t/ comportaba dos realizaciones: [t] y [t^{h}]. Ocasionalmente, el signo (mano de mortero; en origen, biconsonántico *ti*) puede reemplazar a , ya desde principios del dinástico.
		traba de cuerda para animales	tje [ce]	/c/	*ṯ* / *Ṯ*	[c] como en esp. ***ch****acal*	El fonema /c/ comportaba dos realizaciones: [c] y [c^{h}].
		mano	de	/d/	*d* / *D*	[d]	El fonema /d/ se articulaba como [t’].
		cobra	dje [ʤe]	/ʒ/	*ḏ* / *Ḏ*	[ʒ] como en ingl. ***J****ohn*	El fonema /ʒ/ se articulaba como [c’].

Tabla 4.3. Los fonogramas monoconsonánticos.

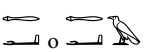
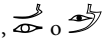
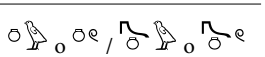
4.2.2. Los fonogramas biconsonánticos

§ **143.** Los *fonogramas biconsonánticos* son signos que, independientemente de lo que representan, tienen en el sistema de escritura la función convencional de *anotar dos fonemas consonánticos seguidos, siempre en el mismo orden y pertenecientes a una misma palabra*. A modo de ejemplo, el alfabeto latino posee también un signo biconsonántico: **X**, que vale por la secuencia de dos consonantes [k + s]. Los fonemas anotados por los biconsonánticos son, naturalmente, los mismos que anotan los monoconsonánticos, pero ahora en combinaciones de a dos. Puesto que, sobre la base de los 24 fonemas consonánticos y semivocálicos que posee la lengua, las combinaciones posibles de dos fonemas seguidos son muy numerosas, los signos biconsonánticos constituyen, con mucha diferencia, la serie de fonogramas más amplia. En total, son algo más de un centenar.

Al menos en parte, el procedimiento de aislamiento de los signos biconsonánticos fue análogo al de los monoconsonánticos (§ 140). En este caso, sin embargo, lo que se retiene son las dos consonantes de la palabra que designa lo que el signo representa, si esta comporta esas dos únicas consonantes, o las primeras dos, si comporta tres consonantes o más. Así, por ejemplo, el signo *pr* procede de la palabra de dos consonantes *pr*, «casa», y el signo *ir* procede de la palabra de tres consonantes *irt*, «ojo».

§ **144.** En la tabla 4.4 damos una selección de signos biconsonánticos. Dos de los signos de la tabla, además de su valor biconsonántico, pueden tener un valor monoconsonántico: *im*, que puede ser usado como *m*, y *ti*, que puede ser usado

como *t* (§ 123*df* y tabla 4.3). Otros dos poseen dos valores biconsonánticos alternativos: (*ȝb/mr*) y (*im/gs*). En la columna de la derecha figuran los signos acompañados de sus *complementos fonéticos* más habituales (para ello y para ejemplos de palabras escritas con biconsonánticos: §§ 147, 161*cfg*).

SIGNO	DESCRIPCIÓN	TRANSLITERACIÓN	GRUPO/S HABITUAL/ES
	poste de tienda de campaña	*ꜥȝ*	
	lazo	*wȝ*	
	jabirú	*bȝ*	
	hoz u hoz y ojo	*mȝ*	
	planta del loto	*ḥȝ*	
	pato salvaje	*sȝ*	
	estanque con lotos	*šȝ*	
	brazos alzados	*kȝ*	
	bastón de encender fuego	*ḏȝ*	
	mano de mortero	*ti*	
	colina tras la que aparece el sol	*ḫꜥ*	
	cuenco o azuela y cuenco	*nw*	
	junco	*sw*	
	cincel	*ȝb / mr*	
	cesta	*nb*	
	costilla de animal (?)	*im / gs*	

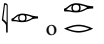
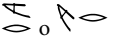
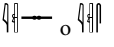
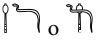
	trozo de piel de cocodrilo con escamas	*km*	
	ibis negro	*gm*	
	liebre	*wn*	
	tablero de juego de mesa con fichas	*mn*	
	odre de piel de cabra	*ḥn*	
	ojo	*ir*	
	golondrina	*wr*	
	planta de casa	*pr*	
	azada	*mr*	
	cara	*ḥr*	
	haz de tallos de lino	*ḏr*	
	parte posterior de un león	*pḥ*	
	ibis crestado	*ꜣḫ*	
	haz de cañas	*is*	
	tres pieles de zorro atadas	*ms*	
	buitre	*mt*	
	rama de árbol	*ḫt*	
	trono	*st*	
	columna en forma de haz de tallos vegetales	*ḏd*	
	maza de cabeza piriforme	*ḥḏ*	

Tabla 4.4. Fonogramas biconsonánticos (selección).

4.2.3. Los fonogramas triconsonánticos

§ **145.** Los *fonogramas triconsonánticos* son signos que, independientemente de lo que representan, tienen en el sistema de escritura la función convencional de *anotar tres fonemas consonánticos seguidos, siempre en el mismo orden y pertenecientes a una misma palabra*. Los signos triconsonánticos son mucho menos numerosos que los biconsonánticos. En total, son una cincuentena, de los que solo unos veinte se usan habitualmente. Además, son de uso más restringido que los monoconsonánticos y los biconsonánticos, porque es estadísticamente menos frecuente que en la composición de las palabras aparezcan las mismas tres consonantes en el mismo orden.

§ **146.** En la tabla 4.5 damos una selección de signos triconsonánticos. Dos de los signos recogidos en la tabla poseen dos valores triconsonánticos alternativos: 𓏏 (*pẖr*/*dbn*) y 𓇋 (*sbꜣ*/*dwꜣ*). En la columna de la derecha figuran los signos acompañados de sus *complementos fonéticos* más habituales (para ello y para ejemplos de palabras escritas con triconsonánticos: §§ 147, 161*ch*).

4.2.4. Los complementos fonéticos

§ **147.** Los *complementos fonéticos* no son una categoría más de signos jeroglíficos, sino que se trata de los fonogramas monoconsonánticos (excepcionalmente también biconsonánticos: § 150*a*) desempeñando una función alternativa. Estos, en efecto, pueden ser utilizados para acompañar signos biconsonánticos,

SIGNO	DESCRIPCIÓN	TRANSLITERACIÓN	GRUPO/S HABITUAL/ES
	correa de sandalia	*ꜥnḫ*	
	mástil	*ꜥḥꜥ*	
	escoba	*wꜣḥ*	
	intestinos	*pḫr / dbn*	
	corazón y arteria aorta	*nfr*	
	poste envuelto en tejido y con una banderola, símbolo de divinidad	*nṯr*	
	algarroba u otra vaina de árbol	*nḏm*	
	cetro-*heqat*	*ḥqꜣ*	
	pan colocado sobre una esterilla	*ḥtp*	
	escarabajo	*ḫpr*	
	estrella	*sbꜣ / dwꜣ*	
	pulmones y tráquea	*smꜣ*	
	valla	*šsp*	

Tabla 4.5. FONOGRAMAS TRICONSONÁNTICOS (SELECCIÓN).

triconsonánticos o logogramas con objeto de recordar al lector algunos o todos los sonidos que tales signos anotan. Son redundantes y no se leen, pues los sonidos que transcriben ya están «incluidos» en los signos que acompañan, pero los escribas egipcios los usaban para asegurar la correcta lectura de estos últimos, para facilitar su identificación, para distinguir entre valores distintos de un mismo signo (como, por ejemplo,

en el caso de los biconsonánticos *3b* y *mr* o de los triconsonánticos *phr* y *dbn* —véase más abajo y tablas 4.4 y 4.5), y, en escritura hierática, para diferenciar signos que, a causa de la estilización propia de este tipo de escritura, se parecían y podían confundirse.

Los complementos fonéticos de los signos bi- y triconsonánticos suelen colocarse detrás de estos, si repiten solo el último o los últimos sonidos, mientras que se colocan delante y detrás, si repiten todos los sonidos:

mn (y no *mnn*) = biconsonántico *mn* + C.F. *n*.

im (y no *iimm*) = C.F. *i* + biconsonántico *im* + C.F. *m*.

hpr (y no *hprr*) = triconsonántico *hpr* + C.F. *r*.

 nfr (y no *nfrfr*) = triconsonántico *nfr* + C.F. *f* + C.F. *r*.

 sb3 (y no *ssb3b3*) = C.F. *s* + triconsonántico *sb3* + C.F. *b* + C.F. *3*.

En el segundo y quinto ejemplos, el biconsonántico y el triconsonántico van acompañados de los complementos fonéticos que anotan todos sus sonidos, según un modo de proceder que puede resultarnos paradójico por su redundancia extrema (aunque véase § 170), pero que tiene su razón de ser original en la necesidad de asegurar o facilitar la identificación de los signos.

Aunque las señaladas son las combinaciones y disposiciones más habituales, otras son posibles, como *ir* (biconsonántico con C.F. de su primer sonido colocado delante), *3*

(biconsonántico con C.F. de su primer sonido colocado detrás), *ḏd* (biconsonántico con los dos C.F. escritos delante) y *mr* (biconsonántico con los dos C.F. escritos detrás).

Sobre los complementos fonéticos de los logogramas: § 150. Para ejemplos de palabras en cuya grafía intervienen complementos fonéticos: § 161.

4.2.5. Los logogramas o ideogramas

§ **148.** Como hemos dicho (§ 139), los semagramas se subdividen a su vez en dos categorías: logogramas o ideogramas (signos léxicos) y determinativos o clasificadores (signos semánticos).

Un *logograma* (del griego, λόγος, *logos*, «palabra», y γράμμα, *gramma*, «signo escrito») o *ideograma*, como ha sido designado tradicionalmente en egiptología (del griego, ἰδέα, *idea*, «aspecto», «forma», «idea»), es un signo que anota una palabra entera, concretamente la palabra que designa el objeto de la realidad que el signo mismo representa gráficamente. Un logograma responde, pues, al principio 'un signo = una palabra': anota el significante (= la palabra) y evoca gráficamente el significado. Es un *signo léxico*, un *signo-palabra*. Por ejemplo, el signo ⊙ representa el sol y anota la palabra completa *rˁ* que significa «sol». Si el escriba ha de escribir la frase «el sol está en el cielo», la palabra «sol» puede escribirla utilizando el signo ⊙. A veces, la relación entre el signo y la realidad que representa es metafórica, metonímica o simbólica. Así, por ejemplo, el signo , que representa una vela henchida por el viento, sirve para escribir la palabra *ṯ3w* que significa «viento». En muchos

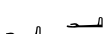
casos, la relación entre la imagen y el significado de la palabra es evidente, como en los ejemplos citados. En otros, sin embargo, puede no serlo para nosotros, observadores actuales. No hace falta decir que la relación depende del universo de discurso específico de la sociedad egipcia. Así, por ejemplo, una rama de palmera sin hojas y con entalladuras es el objeto representado por el logograma , que anota la palabra *rnpt* que significa «año», porque esas entalladuras servían originariamente para medir el tiempo. Y el signo , que representa un poste envuelto en tejido y con una banderola, emblema de divinidad desde los tiempos predinásticos, anota la palabra *nṯr*, «dios». Como se ve, pues, comprender a fondo el universo gráfico de la escritura egipcia requiere conocer la civilización faraónica (y viceversa).

Los logogramas que representan objetos suelen ir acompañados de un trazo vertical, dispuesto a continuación o por debajo, a modo de diacrítico para indicar que el signo debe ser interpretado y leído como tal logograma (se trata, en realidad, de un signo determinativo, como veremos: § 155). En el caso de signos susceptibles de funcionar, según los contextos, como logogramas, como fonogramas o como determinativos (§ 160), esto permite discriminar la primera de estas tres funciones. Si los logogramas anotan palabras femeninas, suelen ir acompañados también del monoconsonántico , que anota la terminación *-t* de femenino singular (§§ *7f*, *22a*), colocado entre el propio logograma y el trazo vertical. Los logogramas que representan estados, acciones o procesos, en cambio, no van acompañados de trazo vertical (y unos pocos de los que representan objetos, tampoco). Excepcionalmente, algunos logogramas pueden ir seguidos de signos determinativos, que indican,

como veremos, la categoría semántica a la que el término pertenece (§ 155).

§ **149.** En la tabla 4.6 damos una selección de logogramas ordenados en tres categorías: logogramas de palabras masculinas susceptibles de llevar el trazo vertical, logogramas de palabras femeninas susceptibles de llevar el trazo vertical y la terminación ⌓ *-t*, y logogramas que no llevan el trazo vertical ni la ⌓ *-t*. Por definición, la misma lista vale como ejemplos de palabras escritas con logogramas.

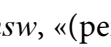
§ **150.** También los logogramas, como los fonogramas biconsonánticos o triconsonánticos, pueden llevar *complementos fonéticos* (§ 147) con objeto de asegurar la correcta identificación

SIGNO	DESCRIPCIÓN	TRANSLITERACIÓN	SIGNIFICADO
	cara	*ḥr*	cara
	cabeza	*tp*	cabeza
	boca	*r3*	boca, discurso
	brazo	*ḏ*	brazo, mano, posición (social o en la administración)
	corazón	*ib*	corazón
	tallo de papiro	*w3ḏ*	(planta del) papiro
	sol	*rˁ*	sol, día
(§ 170)	tierra	*t3*	tierra, país
	montaña	*ḏw*	montaña

	planta de casa	*pr*	casa
	poste envuelto en tejido y con una banderola, símbolo de divinidad	*nṯr*	dios
	ojo	*ỉrt*	ojo
	rama de palmera con muescas, para medir el tiempo	*rnpt*	año
	tres colinas	*ḫ3st*	desierto, país extranjero
	sol que se alza entre dos colinas	*3ḫt*	horizonte
	camino bordeado por árboles	*w3t*	camino
	planta de una ciudad, con casas adosadas al muro	*niwt*	ciudad, aldea
	hombre viejo	*smsw*	(ser) viejo
	mujer en cuclillas pariendo, con cabeza y brazos del niño asomando por debajo	*msi*	parir
	brazos con escudo y maza	*ʿḥ3*	combatir
	oreja de bóvido	*sḏm*	escuchar
	ibis perchado	*Ḏḥwty*	Tot (el dios)
	cielo	*pt*	cielo
	cielo del que pende un astro	*grḥ*	noche
	agua	*mw*	agua
	vela henchida por el viento	*t3w*	viento
	paleta de escriba	*sḫ3*	escriba

Tabla 4.6. Logogramas (selección).

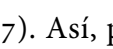
de la palabra. Los complementos fonéticos pueden repetir la totalidad o solo una parte de los sonidos de la palabra anotada por el logograma:

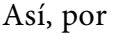
a) si repiten la totalidad, se colocan normalmente delante del logograma (que puede perder el trazo vertical, si es de los que pueden llevarlo): *rˁ*, «sol» (pero también);  *smsw*, «(persona) mayor»; *pt*, «cielo»; *grḥ*, «noche». En caso de logogramas que anotan palabras de tres o cuatro consonantes, ocasionalmente puede encontrarse algún biconsonántico en función de complemento fonético: *w3t*, «camino» (*w3,* biconsonántico; tabla 4.4);

b) si repiten solo una parte de los sonidos de la palabra, normalmente van detrás: *niwt*, «ciudad» (en efecto, la *-t* de los logogramas femeninos no deja de ser un complemento fonético, pues el logograma anota la palabra completa, terminación incluida); *sḏm*, «escuchar»; *ṯ3w*, «viento».

4.2.6. Los determinativos o clasificadores

§ **151.** Los *determinativos* o *clasificadores* (§§ 47, 105, 108) son signos que no se leen y no tienen valor fonético, sino que se colocan a continuación de la parte fonética de las palabras para indicar, de manera genérica y solo a través de la significación de la imagen, la categoría semántica a la que aquellas pertenecen, es decir, para señalar a qué categorías de la sistematización egipcia de la realidad esas palabras se adscriben. Son, pues, *signos semánticos*, que añaden al mensaje lingüístico matices de significado solo en virtud de su plasticidad, de su iconicidad

(§§ 41, 47). Así, por ejemplo, la palabra  *wrš*, «pasar el día», comporta, por un lado, una parte fonética compuesta por tres signos (un signo biconsonántico, un monoconsonántico en función de complemento fonético del biconsonántico y otro monoconsonántico), y por otro, un determinativo, ⊙ (= el sol), que indica que la palabra se relaciona con la categoría [TIEMPO]. El nombre propio *Ptḥ*, «Ptah», se escribe igualmente con tres signos monoconsonánticos que forman su parte fonética y con un determinativo, (= un dios), que lo adscribe a la categoría [DIOS-REY-DIVINIDAD-REALEZA]. En la tabla 4.7 damos una selección de signos determinativos (en lingüística, las categorías semánticas se indican entre corchetes y en versales: [TIEMPO]).

Esta clasificación gráfico-semántica de las palabras depende evidentemente de cómo los egipcios conceptualizaron el mundo que los rodeaba y de cómo plasmaron esa conceptualización a través de la lengua escrita. Por eso, los determinativos constituyen un campo privilegiado para el estudio del pensamiento egipcio: la esfera semántica en la que se clasifican las palabras supone una información de gran valor sobre el sentido lingüístico y cultural de los objetos, conceptos o acciones que estas designan. Así, por ejemplo, si el verbo  *sbȝ*, «enseñar», lleva el determinativo del hombre golpeando con un palo, que corresponde a la categoría [ESFUERZO-VIOLENCIA-ACCIÓN DE FUERZA], esto nos informa acerca de cómo los egipcios conceptualizaban la acción de enseñar; y si determinados topónimos que designan regiones o localidades del desierto líbico (como sus oasis) o de la franja sirio-palestina aparecen clasificados en unas épocas o en ciertos textos literarios, más tempranos, con el signo de las colinas desérticas (cate-

SIGNO	DESCRIPCIÓN	CATEGORÍA/S SEMÁNTICA/S
	hombre sentado	[SER HUMANO: VARÓN] [NOMBRE PROPIO MASCULINO]
	mujer sentada	[SER HUMANO: HEMBRA] [NOMBRE PROPIO FEMENINO]
	hombre, mujer y tres trazos	[GENTE-COLECTIVIDAD HUMANA]
	viejo de pie apoyado en un bastón	[VIEJO-MAYOR-VEJEZ]
	niño sentado con un dedo en la boca	[NIÑO-JOVEN-INFANCIA-JUVENTUD]
	hombre sentado que se lleva la mano a la boca	[ACCIONES DE LA CABEZA O DE LA BOCA] [SENTIDOS-EMOCIONES]
	hombre de pie que golpea con un bastón o brazo con bastón	[ESFUERZO-VIOLENCIA-ACCIÓN DE FUERZA]
	dios o rey sentado con barba	[DIOS-REY-DIVINIDAD-REALEZA]
	momia de pie	[MOMIA-ESTATUA-FORMA-SEMEJANZA]
	momia estirada en una cama	[ACCIÓN DE ESTIRARSE-DORMIR-MORIR]
	nariz, ojo y mejilla	[NARIZ-CARA-ALEGRÍA] [ACCIÓN DE OLER] [ACCIÓN DE ALEGRARSE] [ACCIÓN DE RECHAZAR-DESOBEDECER]
	falo	[VARÓN-MACHO]
	piernas caminando	[ACCIÓN DE MARCHAR-DESPLAZARSE-DETENERSE]
	toro	[BÓVIDOS-GANADO MAYOR]
	cabrito	[OVICÁPRIDOS-GANADO MENOR]
	piel y cola de mamífero	[PIEL-CUERO] [MAMÍFEROS]
	halcón perchado	[DIOS-REY]

	gorrión	[PEQUEÑO-PEQUEÑEZ] [MALDAD-ENFERMEDAD-NEGATIVIDAD]
	ganso de frente blanca	[AVES]
	serpiente	[SERPIENTES-GUSANOS]
	árbol	[ÁRBOLES]
	hierba	[PLANTAS-FLORES-VEGETALES]
	rama de árbol	[MADERA]
	sol	[SOL-LUZ-DÍA] [TIEMPO]
	estrella	[ASTRO] [TIEMPO]
	tierra aluvial llana	[TIERRA] [EXTENSIÓN TEMPORAL-ETERNIDAD]
	canales	[TIERRA IRRIGADA]
	tres colinas	[DESIERTO-PAÍS MONTAÑOSO] [PAÍS EXTRANJERO-MUNDO DESCONOCIDO]
	camino bordeado por árboles	[CAMINO-RUTA-DESPLAZAMIENTO] [ACCIÓN DE VIAJAR-ALEJARSE]
	planta de casa	[EDIFICACIÓN] [ESPACIO ANTRÓPICO]
	puerta	[PUERTA] [ACCIÓN DE ABRIR]
	planta de ciudad, con casas adosadas al muro	[CIUDAD-MUNDO URBANIZADO] [EGIPTO-MUNDO CONOCIDO]
	barca	[EMBARCACIÓN] [ACCIÓN DE NAVEGAR]
	jarra de cerveza	[LÍQUIDO-BEBIDA] [RECIPIENTES-MEDIDAS DE CAPACIDAD]
	papiro enrollado y sellado	[ESCRITURA-NOCIONES ABSTRACTAS]
	trazo vertical	[UNICIDAD]
	tres trazos	[PLURALIDAD-COLECTIVIDAD]

Tabla 4.7. DETERMINATIVOS (SELECCIÓN).

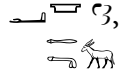
goría: [DESIERTO-PAÍS MONTAÑOSO/PAÍS EXTRANJERO-MUNDO DESCONOCIDO]), y en otros, más tardíos, con el signo de la ciudad ⊗ (categoría: [CIUDAD-MUNDO URBANIZADO/MUNDO CONOCIDO-EGIPTO]), esto nos indica que la percepción cultural de esos lugares ha cambiado con el tiempo, en el sentido de que han pasado de ser contemplados como «exteriores» al mundo egipcio o «extranjeros» a serlo como «integrados» en el mundo egipcio o «egipcios», lo cual puede deberse a razones históricas (dominio egipcio sobre ellos) o del orden de lo imaginario (lectura simbólica de la geografía).

§ **152.** Como decíamos más arriba, los determinativos aportan significación al mensaje lingüístico por medio de su forma plástica, de su iconicidad. Tan pictográfica es la escritura egipcia y tan icónica la significación de los determinativos que en numerosos contextos con escritura e iconografía el texto y la imagen se confunden y se complementan de manera recíproca e inseparable. Es el caso del relieve que reproducimos a continuación (fig. 4.1), procedente de la tumba de Raemkai en Saqqara (V dinastía) y actualmente conservado en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York (AN 08.201.1g). En la leyenda que acompaña al texto, que reza literalmente: «cazar al lazo un íbice por el cazador» (§ 243), las palabras *spḥ*, «cazar al lazo», *ni3*, «íbice» y *nw*, «cazador» no presentan sus correspondientes determinativos porque la imagen misma, que representa un íbice sujeto con un lazo por un cazador, los suple.

§ **153.** La principal razón de ser de los determinativos es evitar problemas de homografía. En efecto, el hecho de que la escritura

Fig. 4.1. Relieve procedente de la tumba de Raemkai en Saqqara, hoy en el *Metropolitan Museum* de Nueva York (de: FISCHER 1977: 4, fig. 1).

egipcia no anotara las vocales implicaba un gran número de palabras homógrafas, es decir, de palabras que, al tener la misma estructura consonántica, se escribían igual (§ 108). Si en español no se escribieran las vocales y anotáramos la secuencia de sonidos consonánticos *k* + *s*, de no haber nada que discriminara, no sabríamos si la palabra anotada es «casa», «cosa», «queso», «quiso», «ocaso», «acaso», «acusa», «ocas», etc. El determinativo, al señalar el campo semántico del significado de la palabra, permite discriminar inmediatamente. Si la secuencia *k* + *s* en una supuesta grafía española sin vocales fuera acompañada de un signo indicador de [EDIFICACIÓN], sabríamos sin ningún género de dudas que la lectura correcta del término es «casa». Veamos tres ejemplos:

 *ꜣ*, «puerta» / *ꜣ*, «grande» / *ꜣ*, «aquí» / *ꜣ*, «asno».

smn, «oca» / *smn*, «establecer» / *smn*, «retirarse».

šsp, «estatua», «imagen» / *šsp*, «palma (de la mano)», «palmo» / *šsp*, «luz», «alba» / *šsp*, «coger», «asumir».

Aunque discriminar entre homógrafos es la función principal de los determinativos, su uso se extiende a todo el léxico (excepto a la mayoría de las palabras gramaticales: preposiciones, partículas y determinantes), independientemente de que haya o no posibilidades de confusión. En egipcio clásico es frecuente que las grafías de las palabras comporten uno o dos determinativos, mientras que en los textos neoegipcios estos pueden ascender a tres y cuatro (§ 53). El hecho de que los determinativos se coloquen siempre al final de la palabra, detrás de la totalidad de su parte fonética (desinencias incluidas), los convierte en marcadores de separación de palabras, toda vez que en los textos jeroglíficos las palabras se escriben seguidas, sin espacios que señalen sus límites (§§ 39, 46, 162).

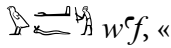
§ **154.** Veamos a continuación algunos ejemplos de palabras escritas con uno o con dos determinativos:

bꜣk, «sirviente» (determinativo: [SER HUMANO: VARÓN]);

bꜣkt, «sirvienta» (determinativo: [SER HUMANO: HEMBRA]);

 ḥqr, «hambriento» (determinativos: [ACCIO-

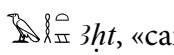
NES DE LA CABEZA O DE LA BOCA/SENTIDOS-EMOCIONES] + [SER HUMANO: VARÓN]);

 *wꜥf*, «subyugar» (determinativo: [ESFUERZO-VIOLENCIA-ACCIÓN DE FUERZA]);

mnmnt, «ganado» (determinativos: [BÓVIDOS-GANADO MAYOR] + [PLURALIDAD-COLECTIVIDAD]);

ḥbny, «ébano» (determinativo: [MADERA]) (§ 38*d*);

ȝḫt, «campo de cultivo» (determinativo: [TIERRA IRRIGADA]);

 *sbȝ*, «puerta» (determinativo: [EDIFICACIÓN/ESPACIO ANTRÓPICO]).

§ **155.** Las palabras no gramaticales escritas con signos fonéticos comportan casi siempre determinativos. Son contadas, en efecto, las que se escriben normalmente sin ellos, como *rn*, «nombre», *bw*, «lugar», *sm*, «sacerdote-*sem*», *ḏd*, «decir», *gm*(*i*), «encontrar» o *nfr*, «bueno», «hermoso». En cambio, las palabras escritas con logogramas suelen no llevar determinativos, pues el propio logograma ya aporta la significación icónica o plástica. Aun así, algunas de estas palabras pueden comportarlos, con lo cual la información aportada por vía icónica aumenta. Es el caso de: *tȝ*, «tierra (irrigada)», *sḫȝ*, «escriba (varón)», *ꜥḥȝ*, «combatir (con fuerza)» o *ḥwt*, «morada (edificada)». De hecho, el trazo vertical a modo de diacrítico para indicar que el signo funciona como logograma no deja de ser un determinativo; la noción que indica es [UNICIDAD], lo cual informa de que lo representado debe tomarse como lo que es, en su esencia o unicidad.

La grafía completa de una palabra puede verse alterada, sin embargo, en función del soporte y tipología del texto. Así, los textos epigráficos (estelas, estatuas, tablas de ofrendas...), debido a que el espacio disponible es normalmente más limitado, suelen «economizar» signos, y en este caso los determinativos son los que se omiten (junto con los complementos fonéticos: §§ 147, 150), puesto que suponen información añadida y no son imprescindibles para la lectura de la palabra.

§ **156.** Como queda dicho (§ 150), los logogramas pueden estar precedidos redundantemente por los fonogramas que componen la palabra completa que aquellos ya anotan. La estructura de las palabras así escritas es idéntica a la de las palabras escritas con signos fonéticos y un determinativo: fonogramas + un semagrama. Esto hace que, a veces, pueda resultar difícil *distinguir si un signo funciona como logograma o como determinativo*, aunque se trata, por supuesto, de una cuestión puramente tipológica sin mayor trascendencia. En términos generales, ante la duda, cabe tener en cuenta dos principios:

a) Un signo es un logograma si representa plásticamente de manera específica aquello que la palabra significa, mientras que es un determinativo si no lo hace. Consideremos las siguientes palabras:

 rˁ, «sol»;

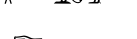
 wrš, «pasar el día».

En el primer caso, el signo ⊙ es un logograma, porque la palabra significa «sol», que es lo que el signo representa de ma-

nera específica; en el segundo caso, en cambio, es un determinativo, porque la palabra no significa «sol», que es lo que el signo representa, sino «pasar el día», de modo que su función aquí es la de asociar la palabra a la categoría semántica [TIEMPO].

b) Un signo es un logograma si tiene capacidad de funcionar aisladamente, anotando él solo (eventualmente acompañado del trazo vertical o de la *-t* de femenino) la palabra que designa aquello que reproduce plásticamente, mientras que es un determinativo si no tiene esa capacidad. Así, en:

st, «mujer»,

 *ḥfȝw*, «serpiente», y

 dpt, «barca»,

los signos , y son determinativos, aunque representen plásticamente una mujer, una serpiente y una barca, que es lo que significan esas palabras, porque no pueden ser utilizados aisladamente para anotar tales palabras.

4.2.7. Tipología de los signos jeroglíficos: síntesis y consideraciones finales

§ **157.** La clasificación de los signos jeroglíficos por tipos y funciones puede sintetizarse como sigue:

A) Fonogramas, signos fonéticos o signos-sonido

CATEGORÍAS TIPOLÓGICAS:

a) *monoconsonánticos*: un signo = un fonema consonántico. Ej.: *m*.

b) *biconsonánticos*: un signo = dos fonemas consonánticos, siempre en el mismo orden y en una misma palabra. Ej.: *mn*.

c) *triconsonánticos*: un signo = tres fonemas consonánticos, siempre en el mismo orden y en una misma palabra. Ej.: *nfr*.

Categoría funcional:

d) *complementos fonéticos*: monoconsonánticos (esporádicamente también biconsonánticos, si la palabra comporta tres consonantes o más) que no se leen y cuya función es facilitar la identificación y asegurar la correcta lectura de biconsonánticos, triconsonánticos y logogramas. Ejs.: *mn*; *nfr*; *rˁ*, «sol»; *wȝt*, «camino».

B) Semagramas o signos-imagen

Categorías tipológicas:

e) *logogramas* (*ideogramas*, *signos léxicos* o *signos-palabra*): un signo = una palabra (el signo anota la palabra y representa gráficamente su significado). Ej.: *pr*, «casa».

f) *determinativos* (*clasificadores* o *signos semánticos*): signos que no se leen y no aportan ningún valor fonético añadido a las palabras, sino que se colocan a continuación de la parte fonética de estas para indicar, de manera genérica y solo a través de la significación de la imagen, la categoría semántica a la que pertenecen. Ej.: *tˁ*, «habitación».

Categorías funcionales

Para completar esta tipología, debemos mencionar aquí tres categorías funcionales de semagramas; se trata de funciones alternativas que estos pueden desempeñar:

g) *signos-raíz*: logogramas utilizados para escribir palabras de la misma familia léxica de la palabra que anotan en primera

instancia. Ej.: *ḥ3t*, «campo de batalla», a partir de *ḥ3*, «combatir».

h) *logogramas secundarios*: determinativos utilizados como logogramas, especialmente en contextos epigráficos, que requieren ahorro de signos (§ 155). Ej.: para *ḥnqt*, «cerveza», a partir de [LÍQUIDO-BEBIDA], determinativo de la palabra *ḥnqt*, «cerveza» (para la grafía de esta palabra: § 166).

i) *determinativos fonéticos*: determinativos muy estrechamente asociados a la estructura fonética de una palabra determinada, de manera que quedan incorporados a las grafías de otras palabras que comportan esa misma estructura fonética aunque el significado de estas últimas no tenga nada que ver con la categoría semántica expresada por los determinativos en cuestión. Ej.: *ib*, «sediento», a partir de *ib*, «cabrito».

§ **158.** De todos estos tipos de signos, los más numerosos, con diferencia, son los semagramas (logogramas y determinativos). Teóricamente, en efecto, cualquier ser, objeto o proceso de la realidad o cualquier categoría de la clasificación cultural egipcia del mundo era susceptible de dar lugar a un semagrama. Los fonogramas, en cambio, son de número más restringido (§§ 140, 143, 145): los monoconsonánticos son una treintena, los biconsonánticos son algo más de un centenar y los triconsonánticos son una cincuentena. En total, el sistema jeroglífico del egipcio clásico comporta unos 750 signos, de los que unos 250 son los más utilizados. En egipcio antiguo, el número se elevaba a unos mil signos en total y fue la selección y depuración que llevaron a cabo los escribas de corte del Reino Medio, con la supresión de algunos signos y la reducción del número

de variantes de otros, lo que confirió al sistema jeroglífico su estructura «clásica» (§§ 19, 48, 69). Como ya tuvimos ocasión de señalar, en los textos monumentales de la Época Grecorromana esta estructura se alteró de manera significativa y el número de signos se incrementó notablemente (§ 49).

§ **159.** *La grafía de las palabras*. Las palabras se escriben combinando entre sí los distintos tipos de signos que hemos descrito en los apartados anteriores. Aunque para cada palabra las posibilidades gráficas habrían podido ser muchas, dependiendo de las consonantes en juego, de su número y de su orden de sucesión (uso de logograma o de fonogramas, uso de monoconsonánticos, biconsonánticos o triconsonánticos, uso o no de complementos fonéticos, uso o no de determinativos, uso de más o menos determinativos...), los escribas de corte del Reino Medio que fijaron las grafías de la escritura jeroglífica del egipcio clásico tendieron a dar a las palabras una forma estándar, de manera que la estructura básica fuera más o menos fija y las variantes obedecieran más bien a cuestiones de detalle, como el uso de complementos fonéticos o de determinativos. También en este ámbito, en efecto, los escribas del Reino Medio depuraron el sistema seleccionando las grafías y reduciendo la proliferación que se observa en los textos del Reino Antiguo. Esto no supuso nunca, en cualquier caso, la puesta en duda de los principios fundamentales del sistema, que siguió siendo pictográfico y mantuvo la variedad tipológica de los signos y el gusto por su proliferación en las grafías de las palabras, no solo por razones funcionales (por ejemplo, en el caso de los complementos fonéticos y los determinativos), sino también por profundas razones culturales, so-

bre las que habremos de volver al final de este capítulo (§§ 169–170).

Así, por ejemplo, una palabra como *ḫ3st*, «desierto», «país extranjero», tendió a escribirse siempre así, con el logograma, aunque podía haberse escrito de muchas otras maneras, combinando fonogramas y semagramas, y de hecho pueden encontrarse, por ejemplo, variantes como o , que fueron habituales en el Reino Antiguo pero son excepcionales a partir del Reino Medio. Lo mismo sucede con el verbo *sḏm*, «escuchar», escrito normalmente así en los textos clásicos, mientras que en egipcio antiguo se encuentran otras grafías, como , , o .

Como queda dicho, en todo caso (§ 155), la grafía de las palabras dependía también de los soportes y los tipos de textos: en ciertos textos epigráficos, por ejemplo, las grafías tendían a ser más sintéticas por razones de espacio (los logogramas perdían sus trazos verticales y se utilizaban menos los complementos fonéticos y los determinativos).

§ **160.** Como se ha podido observar, muchos signos pueden pertenecer a más de una categoría tipológica o funcional. El contexto gráfico-lingüístico permite, en cada caso, distinguir de qué categoría se trata y qué valor cabe dar al signo.

Así, por ejemplo, el signo puede hallarse en las siguientes palabras y desempeñar las siguientes funciones:

pr, «casa»: logograma (como indica el trazo vertical);

 pr(*i*), «salir», «subir»: fonograma biconsonántico *pr* (como indica la presencia del complemento fonético y el determinativo);

sb3, «puerta»: determinativo [EDIFICACIÓN/ESPACIO ANTRÓPICO] (como indica la posición).

§ **161.** Una vez conocida la clasificación completa de los signos jeroglíficos y su casuística, podemos consignar una selección de *ejemplos de palabras* según los tipos de signos que las componen. Es importante recordar que algunas palabras pueden escribirse de maneras distintas (§ 159):

a) palabras formadas solo por logogramas (eventualmente acompañados del trazo vertical o de la terminación *-t* de femenino y el trazo vertical; § 148 y tabla 3.6): *nṯr*, «dios»; *3ḫt*, «horizonte»; *msi*, «parir»; *ḥ3*, «combatir»; *mw*, «agua».

b) palabras formadas solo por monoconsonánticos (escasas, salvo palabras gramaticales): *bw*, «lugar»; *rn*, «nombre»; *ḏd*, «decir», «hablar»; *im*, «allí»; *nty*, «que», «el cual» (pronombre relativo).

c) palabras formadas solo por biconsonánticos o triconsonánticos y complementos fonéticos (escasas, salvo palabras gramaticales): *gm*(*i*), «encontrar» (para la grafía de raíces verbales acabadas en -(*i*): § 22*f*); *wr*, «grande»; *nfr*, «bueno», «hermoso»; *nḫ*, «vivir»; *ḫpr*, «venir a la existencia».

d) palabras formadas por logogramas, complementos fonéticos y/o determinativos: *grḥ*, «noche»; *w3t*, «camino»; *sḏm*, «escuchar»; *sḫ3*, «escriba»; *ḥ3*, «combatir».

e) palabras formadas por monoconsonánticos y determinativos: *ḫrd*, «niño»; *Pṯḥ*, «Ptah»; *h3b*, «enviar»; *ḥ*, «habitación»; *ḫd*(*i*), «navegar río abajo».

f) palabras formadas por biconsonánticos, complementos fonéticos y determinativos: *is*, «tumba»; *pr*(*i*), «salir»; *mn*, «(el) enfermo»; *ꜣbḏw*, «Abidos»; *ḥḏ*, «brillar».

g) palabras formadas por biconsonánticos (acompañados o no de complementos fonéticos), monoconsonánticos y determinativos: *bꜣk*, «sirviente»; *sḏr*, «pasar la noche»; *msḏ*(*i*), «odiar»; *Kmt*, «Egipto» (lit. «la (tierra) negra»); *wnwt*, «hora» (*wn* + *n* + *nw* + *t*: como puede verse, los signos pueden entrelazarse y un mismo fonema, como aquí /n/, puede estar anotado hasta tres veces y por tres signos distintos).

h) palabras formadas por triconsonánticos acompañados de complementos fonéticos, monoconsonánticos y/o determinativos: *šsp*, «coger», «asumir»; *wꜣḫw*, «guirnalda»; *nfryt*, «fin»; *ʿḥʿw*, «estela»; *snḏm*, «hacer feliz».

4.3. Orientación y disposición de los signos

§ **162.** Como ya tuvimos ocasión de señalar (§§ 46, 53, 62), a diferencia de las escrituras hierática y demótica, que se orientan siempre de derecha a izquierda, la escritura jeroglífica puede orientarse tanto de derecha a izquierda (que es lo más frecuente) como de izquierda a derecha. En este libro, y en general en las obras egiptológicas, los signos y los textos se presentan orientados de izquierda a derecha, es decir, según la dirección de nuestra propia escritura en alfabeto latino, por una cuestión de comodidad expositiva. Es importante tener presente, sin embargo, que la preferencia de los egipcios fue la dirección

contraria (de derecha a izquierda), común a sus tres sistemas de escritura. En realidad, la orientación de izquierda a derecha fue debida a lo que podríamos llamar «imperativo monumental», es decir, a la necesidad de adaptar la escritura a los principios que regían la arquitectura y el arte egipcios (§ 46).

Como sabemos, los jeroglíficos podían disponerse en líneas o en columnas, de manera que existían cuatro combinaciones posibles:

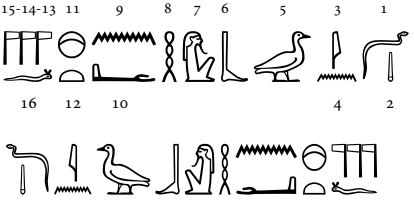
a) en línea, de derecha a izquierda;
b) en línea, de izquierda a derecha (fig. 4.2);
c) en columna, de derecha a izquierda (fig. 4.3);
d) en columna, de izquierda a derecha.

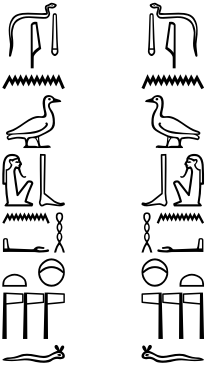
Dentro de las líneas horizontales podía haber disposiciones superpuestas de dos, tres o, excepcionalmente, hasta cuatro signos horizontales o pequeños (, , ,) y dentro

Fig. 4.2. Inscripción jeroglífica en tres líneas que se leen de izquierda a derecha, esculpida en una estela privada del Reino Medio conservada en el Museo Británico. © The Trustees of the British Museum.

Fig. 4.3. Inscripción jeroglífica en dos columnas que se leen de derecha a izquierda, esculpida en la capilla blanca de Sesostris I en Karnak. Fotografía del autor.

de las columnas podía haber disposiciones yuxtapuestas también de dos, tres o, excepcionalmente, hasta cuatro signos verticales o pequeños (, , ,). Los signos que representan seres vivos «miran» siempre en la misma dirección, que es la dirección de inicio del texto (salvo particularidades, como la llamada *escritura retrógrada*: § 165). El orden de lectura de los signos es lineal, según la orientación del texto, y cuando se hallan signos superpuestos en textos organizados en líneas o signos yuxtapuestos en textos organizados en columnas, se leen de arriba abajo, en el primer caso, y según la orientación del texto, en el segundo. Las palabras se disponen seguidas, sin espacios ni ningún tipo de signos de puntuación que las separen (§§ 39, 46, 130, 153). He aquí un mismo texto en las cuatro disposiciones posibles, con el orden de lectura de los signos indicado por números en el primero:





Transliteración: *ḏd mdw in Gb ḥnʿ psḏt=f*

Traducción: «Palabras dichas (lit. "el decir de palabras"; § 166*b*) por Geb y su Enéada».

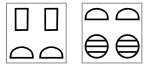
§ **163.** Pero examinemos con más detalle cómo aparecen colocados los signos en la caja de escritura. Entendemos por *caja de escritura* el conjunto de líneas virtuales dentro de las cuales se colocan ordenada y proporcionadamente los signos de escritura. Por comodidad, a continuación nos referiremos solo a la disposición de los signos en líneas horizontales orientadas de izquierda a derecha, pero los mismos principios valen para el resto de disposiciones.

A modo de ejemplo, la caja de escritura del alfabeto latino comporta un único registro para las letras mayúsculas y tres para las minúsculas:

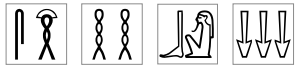
La caja de la escritura jeroglífica clásica (§§ 48, 138) comporta un único registro principal, subdividido en cuadrados de lado equivalente a la altura del registro o, lo que es lo mismo, a la altura y anchura de los signos más grandes. Cada uno de estos cuadrados «grandes» puede subdividirse, a su vez, en dos o tres registros horizontales (excepcionalmente, cuatro), en dos o tres bandas verticales (excepcionalmente, cuatro) o en cuatro cuadrados «pequeños». De acuerdo con esta modulación, los signos pueden ser de cuatro tipos:

a) signos «grandes», si pueden ocupar un cuadrado grande entero:

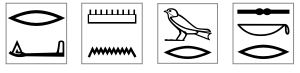
b) signos «pequeños», si pueden ocupar un cuadrado pequeño:



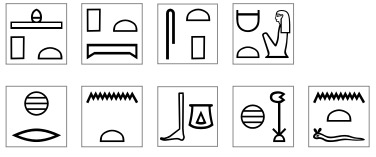
c) signos «verticales», si pueden ocupar una banda vertical de un cuadrado grande:



d) signos «horizontales», si pueden ocupar un registro horizontal de un cuadrado grande:



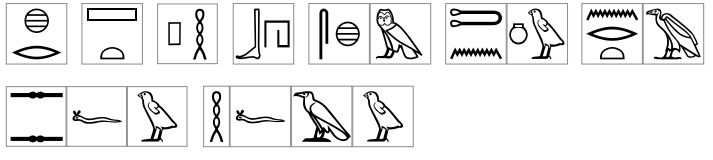
Los distintos tipos de signos se combinan en los cuadrados grandes:



§ **164.** Evidentemente, la disposición última de los signos dependía de la secuencia real que debía escribirse. El escriba procedía colocando sucesivamente los signos de acuerdo con la caja de escritura virtual que acabamos de describir, pero adap-

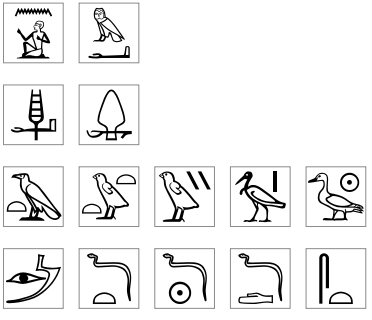
tándola a ellos. Avanzaba por cuadrados grandes, pero en ocasiones la secuencia gráfica requería una banda vertical (o sea, medio cuadrado grande en vertical) entre dos cuadrados grandes para un signo vertical, para dos signos pequeños superpuestos o para un signo pequeño centrado. Otras veces, un cuadrado grande se resolvía con un único signo horizontal centrado. Cuando el texto estaba dispuesto en líneas horizontales orientadas de izquierda a derecha (como en nuestros ejemplos), el orden de colocación y de lectura de los signos dentro de cada cuadrado grande virtual era de izquierda a derecha y/o de arriba abajo, según la forma de los propios signos. Así, si el cuadrado grande comportaba, por ejemplo, dos signos verticales, se escribía y leía de izquierda a derecha, pero si comportaba dos signos horizontales, se escribía y leía de arriba abajo. Además, el escriba se regía por dos principios básicos:

a) el principio de la *simetría* (§ 46), según el cual los signos que necesariamente debían escribirse solos (un signo pequeño en un registro horizontal o en una banda vertical de un cuadrado grande; un signo pequeño o uno horizontal entre signos o cuadrados grandes o entre signos verticales) se colocaban centrados respecto a los signos que precedían o seguían:



b) el principio del *horror vacui* (= rechazo al vacío), según el cual convenía agrupar los signos todo lo que se pudiera en cuadrados grandes, de modo que se evitaran en la medida de lo

posible los espacios en blanco. Para facilitar el cumplimiento de este principio, el escriba podía recurrir a tres licencias gráficas. Por un lado, podía proceder a la *minimización* (o empequeñecimiento) de algunos signos grandes con el fin de agruparlos con otros en un único cuadrado grande. Por otro lado, podía superponer signos en contacto estrecho (por ejemplo, un fonograma y su complemento fonético o dos determinativos de una misma palabra). Y en tercer lugar, podía aprovechar los espacios que quedan bajo el pecho o tras la cabeza de los pájaros grandes, en el ángulo interior de y de o bajo el bucle de para colocar signos pequeños o minimizados. He aquí ejemplos de los tres recursos:



Si retomamos, a modo de ejemplo conclusivo, la frase del § 162, la modulación es la siguiente:

§ **165.** Una disposición excepcional de la escritura jeroglífica es la llamada *escritura retrógrada*, que consiste en que, en un texto en columnas, la dirección de lectura de las columnas es

inversa a la orientación de los signos, o, lo que es lo mismo, los signos no «miran» hacia donde empieza el texto, sino en dirección contraria. Esta disposición obedece a razones de carácter iconográfico e ideológico. En la fig. 4.4 se reproduce la estela funeraria de la dama Taperet, de la XXII dinastía (s. X–IX aC), hoy en el Museo del Louvre (E 52). En ella, la dama aparece representada a la derecha, adorando al dios Atum el Anciano, que está reproducido enfrente de ella. El texto de la parte superior está dispuesto en 6 columnas. De ellas, la columna 6 (la de la derecha) se refiere a la dama (entre otras cosas, da su nom-

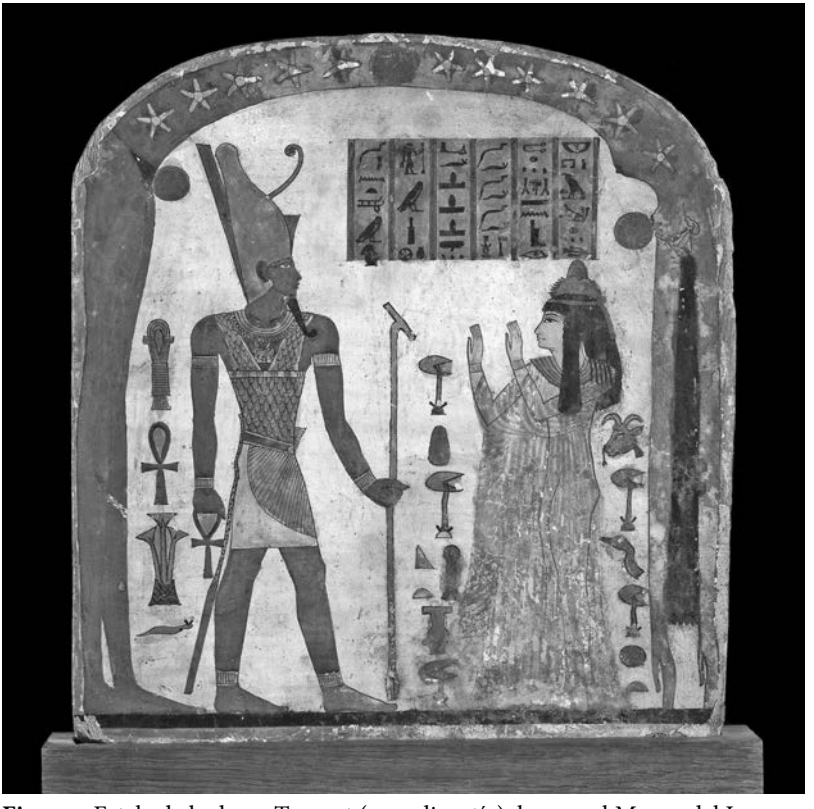


Fig. 4.4. Estela de la dama Taperet (XXII dinastía), hoy en el Museo del Louvre. © Musée du Louvre, Dist. RMN-Grand Palais / Georges Poncet.

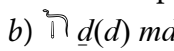
bre), y de ahí que los signos estén orientados como ella. En cambio, las columnas 1–5 (de izquierda a derecha) se refieren al dios, y de ahí que los signos estén orientados como él. Ahora bien, estas últimas 5 columnas se leen en orden inverso a la orientación de los signos, o sea, de la 1 a la 5, con objeto de que el inicio del texto y el nombre del dios (que siempre está al comienzo) queden cerca de la cabeza de su imagen, como es preceptivo. Es un expediente frecuente con dioses y reyes y confiere solemnidad a la composición.

§ **166.** Además de las expuestas en el § 164*b*, los jeroglíficos pueden presentar diversas *particularidades gráficas*. Así, dos signos jeroglíficos pueden combinarse formando un nuevo signo único o *monograma*: (de), como en *šm*, «ir»; (de +), como en *mmy*, «jirafa»; (de +) *Ḥwt-Ḥr*, «Hathor». También pueden vincularse sin llegar a combinarse, y entonces constituyen un *signo compuesto*: o *m3* en *m33*, «ver»; *nw* en *nw*, «cazador» (§ 152) (tabla 4.4).

Las grafías de algunas palabras cuya parte fonética se escribe por medio de monoconsonánticos omiten sistemáticamente uno de los signos, probablemente para que el grupo gráfico quede más compacto: *ḫ*(*n*)*qt*, «cerveza», y *r*(*m*)*t*, «gente»; reciben el nombre de *grafías defectivas*.

Es habitual, especialmente en las inscripciones monumentales, que algunos títulos regios u honoríficos, epítetos o fórmulas funerarias estereotipadas aparezcan en *grafía abreviada*, es decir, anotados con uno o máximo dos signos por palabra, sin desarrollos fonéticos ni semánticos (o con los mínimos). Es el caso, por ejemplo, de:

a) (*ny-*)*swt-bit*(*y*), lit. «aquel que pertenece al (= *ny*) junco (= *swt*) y el de la abeja (= *bity*)», o sea, puesto que el junco es el símbolo heráldico del Alto Egipto y la abeja lo es del Bajo Egipto, el «Rey del Alto y Bajo Egipto», título regio escrito tan solo con dos logogramas y el morfema de femenino de los términos correspondientes.

b) *ḏ*(*d*) *md*(*w*) (grafía completa: ), lit. «el decir de palabras», o sea, «palabras dichas» o «palabras por recitar», expresión que introduce parlamentos de los dioses o plegarias, escrita con un monoconsonántico y un biconsonántico (§ 162).

§ **167.** Otra particularidad gráfica es la *inversión respetuosa* o *transposición honorífica*, que consiste en escribir en primer lugar, por razones «honoríficas» o «de respeto», los términos *nṯr*, «dios», *nswt*, «rey», o el nombre propio de un dios o de un rey en secuencias sintácticas de las que, en realidad, no son la primera palabra. Es un recurso meramente gráfico, no lingüístico, y las secuencias se leen en el orden sintáctico normal. A la hora de transliterar, esto se indica anotando los dos sustantivos en el orden de lectura pero unidos por un guión. Cuando el sustantivo anticipado es *nṯr* o *nswt*, normalmente se escribe abreviado (§ 166): y , respectivamente. Ejemplos:

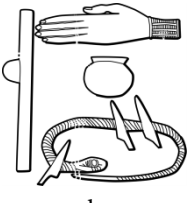
mdw-nṯr, «palabras de dios» (§ 45);

s3-nswt, lit. «hijo de rey», o sea, «príncipe»;

Nfr-k3-Rˁ, Neferkare (nombre de rey que contiene el nombre de un dios: Re).

§ **168.** Finalmente, una última particularidad gráfica muy significativa culturalmente es la de los *signos mutilados, partidos o acuchillados* (fig. 4.5). En algunos contextos, en efecto, signos que normalmente representan seres completos aparecen reducidos a una de sus partes o separados en dos mitades o, en el caso sobre todo de los reptiles, acuchillados. Estas «mutilaciones» son propias de los textos funerarios que rodean directamente el cuerpo del difunto, tanto en las paredes de las cámaras funerarias como en los sarcófagos. Se dan sobre todo en los *Textos de las pirámides* del Reino Antiguo (§ 17), pero también en los textos funerarios de los Reinos Medio y Nuevo (hasta la XVIII dinastía) (§ 20*a*). Así, por ejemplo, en los *Textos de las pirámides*, los signos que representan seres humanos aparecen siempre reducidos a la cabeza con o sin brazos o solo a los bra-

a



b

Fig. 4.5. Secuencias jeroglíficas que contienen signos mutilados, partidos o acuchillados: a) de los *Textos de las pirámides* de Pepy I y Merenre I (VI dinastía) (de: SETHE, K. *Die altägyptischen Pyramidentexte*. 3 vols. Leipzig: J. C. Hinrichs, 1908-1922: pasajes 425e y 873d); b) de la tumba de Kheruef, en Tebas (XVIII dinastía). Dibujo de Raquel Agrás.

zos o solo a las piernas, como en el caso de por , de por , de por , de por y de por ; los signos , y pueden aparecer reducidos a la cabeza o, en el caso del primero, a la mitad anterior; el signo puede aparecer reducido a las dos cabezas, simétricamente dispuestas una junto a otra; los signos , y pueden aparecer partidos en dos mitades a la altura de la línea dorso-ventral; y el signo del escorpión ha perdido sistemáticamente la cola y se presenta bajo la forma . En los textos funerarios del Reino Medio, las serpientes y suelen presentar la cabeza separada del cuerpo o quedar reducidas solo a cabeza o solo a cuerpo, la abeja puede perder la cabeza y los pájaros , , y pueden aparecer reducidos a la cabeza. En los textos funerarios del Reino Nuevo, las serpientes pueden aparecer acuchilladas. La finalidad de estos recursos gráficos es mágica. Se trata de evitar que esos seres vivos, potencialmente peligrosos, puedan «activarse» y perjudicar al difunto: la mutilación, partición y acuchillamiento son formas de neutralizar su poder.

4.4. Escritura y cultura en el antiguo Egipto

§ **169.** Los jeroglíficos egipcios constituyen el sistema de escritura más longevo de la historia de la humanidad. Sus primeros testimonios datan de c. 3300 aC (§§ 5*f*, 11, 16, 177, 186, 193) y la última inscripción en jeroglíficos fechada, esculpida en el templo de Isis de Filae, data del 394 dC, aunque sabemos que hubo allí sacerdotes capaces de «leer los jeroglíficos» hasta mediados del siglo VI dC (§§ 49, 86). En estos casi cuatro milenios de historia, la escritura jeroglífica mantuvo inalterados sus dos

principios básicos: la pictografía y la diversidad tipológica de los signos, con su elevado número y la consiguiente complejidad del sistema.

En efecto, a diferencia, por ejemplo, de los pictogramas sumerios, que, aparecidos a finales del IV milenio aC, derivaron en la escritura cuneiforme a mediados del III milenio, de modo que los signos perdieron su relación icónica con los referentes de la realidad y devinieron series de trazos convencionales, los jeroglíficos egipcios no perdieron jamás su carácter pictográfico. A lo largo de toda su historia, mantuvieron y aun acrecentaron su valor icónico y su capacidad de comunicar a través de la imagen, de su forma plástica. El hierático, que supone una estilización del jeroglífico y la pérdida de iconicidad de los signos, no es un sistema de escritura derivado de este o surgido para reemplazarlo, sino que ambos corren paralelos en el tiempo desde el primer momento y su oposición es de carácter funcional (§§ 39, 41, 52, 179).

Por otra parte, a diferencia de las primeras escrituras alfabéticas, aparecidas entre los semitas occidentales desde principios del II milenio aC e inspiradas, tanto en lo plástico como en lo que se refiere al mecanismo de selección de los signos (acrofonía), en los propios jeroglíficos egipcios (§§ 215 ss.), estos últimos no perdieron jamás su variedad tipológica ni se redujeron en número, sino que, al contrario, aumentaron significativamente en las últimas etapas de su historia (§§ 49, 158). El «principio alfabético», que se resume en 'un signo de escritura = un sonido de la lengua', estaba presente en el sistema jeroglífico (fonogramas monoconsonánticos), pero como un principio más: aunque habrían podido hacerlo perfectamente, los escribas egipcios no consideraron en ningún momento la posi-

bilidad de reconducir el sistema jeroglífico (ni, por paralelismo, el hierático, ni más tarde el demótico) a ese principio, que lo habría reducido de varios centenares o miles de signos a tan solo dos decenas y media (§§ 122, 140). De hecho, cuando hubo una necesidad específica, como anotar nombres propios y términos extranjeros (topónimos, teónimos, antropónimos y préstamos léxicos), para los que se carecía de referente cultural y lingüístico, ese proceso de reducción drástica de signos a unos cuantos grafemas fonéticos fue efectivamente llevado a cabo. Es el caso, ya desde el Reino Medio, de la escritura por grupos, con la que se transcribieron nombres propios y vocablos diversos de las civilizaciones del Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental con las que los egipcios iban entrando progresivamente en contacto (§ 28), o del «alfabeto» utilizado para transcribir los nombres de los reyes y reinas de la Época Ptolemaica y de los emperadores romanos, descifrado por Champollion (§§ 100 ss.). Pero se trató de subsistemas aislados, paralelos y con una función muy específica, que en ningún momento cuestionaron ni afectaron la esencia, la «filosofía» y los usos del sistema general.

Este desinterés de los egipcios por la «economía gráfica» puede resultar sorprendente para el observador occidental de hoy. El carácter «práctico» y «económico» de nuestro propio sistema de escritura (con los poco más de 20 signos del alfabeto latino podemos anotar cualquier mensaje lingüístico y el aprendizaje del sistema es rápido y sencillo) puede llevarnos a pensar que la «practicidad» y la «economía» escriturarias son cualidades universalmente deseables y que, por tanto, todos los sistemas de escritura tenderán necesariamente hacia ellas antes o después. Pero precisamente el caso egipcio (junto con otro

significativo ejemplo, contemporáneo a nosotros, como es el chino) contradice este prejuicio de corte evolucionista. ¿Por qué los egipcios no se decantaron en ningún momento por un «alfabeto», aun conociendo el principio, como hicieron los semitas occidentales en contacto con los egipcios (§§ 215–223) y los propios egipcios en época copta (§§ 39*a*, 63–65, 240)?

§ **170.** Los egipcios no renunciaron nunca a los principios definidores de la escritura jeroglífica por dos razones fundamentales. La primera es de orden cultural, ontológico podríamos decir, y tiene que ver con las esencias mismas de la cosmovisión egipcia. Los jeroglíficos egipcios no son solo un sistema para anotar mensajes lingüísticos, aunque esta sea su finalidad esencial. A través de la iconicidad de los signos, de su imagen, se transmiten nociones que van más allá de lo meramente lingüístico y que vinculan el texto a la realidad referencial, al mundo (cultural). Para los egipcios, los signos jeroglíficos escritos, igual que las palabras que anotan y que se recitan, tienen un poder realizativo, *se hacen* realidad, *son* la realidad. Esto es especialmente válido para los textos religiosos y funerarios, los más importantes a ojos de los egipcios porque dan cuenta de las verdades últimas del mundo y de la vida. En los *Textos de las pirámides* del Reino Antiguo, por ejemplo, se dice muy elocuentemente en alusión al rey: «son los jeroglíficos los que lo han hecho ascender», o sea, «es el poder de los jeroglíficos el que lo ha hecho resucitar» (TP 262, Pyr. 333c^{T}). De ahí particularidades gráficas como los signos mutilados o partidos (§ 168), como la criptografía (§ 49) o incluso como la inversión respetuosa (§ 167). Desde esta perspectiva, la multiplicidad de signos permite la representación del mundo, del universo de discurso

egipcio, y la evocación de la diversidad de la creación. Un texto es, a la vez que un fragmento de lengua, una representación del cosmos, y la «fuerza» de los seres y procesos reproducidos por los signos puede «afectar» al texto mismo y a su contexto. Los determinativos ordenan el mundo según las categorías de seres, acciones y objetos que lo componen (§§ 151 ss.), los logogramas lo referencian léxica e icónicamente (§§ 148 ss.) y los fonogramas lo referencian fonética e icónicamente, de forma tan cargada de significación como los anteriores: ya hemos visto, por ejemplo, las precauciones que los escribas de los *Textos de las pirámides* tomaban con signos fonéticos como *rw* o *iw* (§ 168). En los textos religiosos en hierático, el uso de tinta roja en vez de negra para el nombre del dios Set y para términos relacionados con el mal, cuya fuerza podía ser perjudicial y había que neutralizar, responde al mismo principio (§ 53). Para los egipcios, los jeroglíficos son en sí mismos objeto de conocimiento, depositarios de un saber profundo y arcano: «Yo conozco el secreto de los jeroglíficos» proclama el noble Irtisen en su estela funeraria (XI dinastía; Museo del Louvre C14, líneas 6-7). La escritura, tanto jeroglífica como hierática, está dotada, además, de un poder mágico que le confiere capacidad de intervenir en la realidad para modificarla; en este principio se basan, por ejemplo, prácticas como la *damnatio memoriae*, o sea, la condena o aniquilación del recuerdo o esencia de un individuo a través de la destrucción de su nombre escrito en jeroglíficos, y la execración (§ 55).

La segunda razón es de orden sociológico-cultural. En Egipto, las escrituras no fueron concebidas nunca como instrumentos prácticos al alcance de todos, ni los patrones culturales generaron en ningún momento la necesidad de que fuera

así. Al contrario, estuvieron siempre reservadas a círculos muy restringidos (escribas y sacerdotes, funcionarios, miembros de la familia real y de la alta aristocracia cortesana y provincial). Los jeroglíficos, los signos sagrados, eran el último de los sistemas de escritura que se aprendía y solo unos pocos accedían a él (§ 69). Su conocimiento requería, además, una iniciación que iba más allá de lo meramente gráfico y entraba en el terreno de lo religioso y lo ritual, muy especialmente en las últimas etapas de su historia. Aprender los jeroglíficos, debido a la complejidad del sistema y a sus características culturales, fue siempre una tarea ardua a la que pocos tuvieron acceso.

Como se ve, pues, son profundas razones culturales las que hicieron que los antiguos egipcios preservaran celosamente hasta el final de su civilización el carácter pictográfico y la complejidad formal de la escritura jeroglífica. Solo cuando, con la llegada del cristianismo, la antigua civilización faraónica dio paso a la nueva civilización del Egipto copto, con el consiguiente cambio de sistema cultural, la escritura jeroglífica perdió su razón de ser. Lo mismo sucedió con la escritura hierática, que en tiempos tardíos se había convertido también en una escritura sagrada (§§ 40, 52, 56*f*). Y en cuanto al demótico, sentido asimismo como una escritura del pasado pagano y a causa de su complejidad, fue también abandonado. Para anotar la lengua egipcia, las antiguas escrituras fueron definitivamente sustituidas por el alfabeto copto, derivado del griego (§§ 39*a*, 63–65, 240), mucho más económico y práctico —ahora sí— que sus predecesoras.

CAPÍTULO 5

El origen de las escrituras egipcias

5.1. La aparición de la escritura en el valle del Nilo: contexto histórico y arqueológico

§ **171.** En la historia de la humanidad, la invención de la escritura se ha producido de manera independiente en cinco ocasiones y en cinco regiones distintas del planeta: en el Alto Egipto hacia 3300 aC; en la Baja Mesopotamia en esa misma cronología; en el valle del Indo hacia 2600 aC; en China en el siglo XIV aC; y en Mesoamérica en la primera mitad del I milenio aC. Salvo en el caso de la escritura del valle del Indo (que desaparece sin continuidad hacia 1900 aC), de estos sistemas de escritura iniciales derivan todas las demás escrituras del mundo, antiguas o actuales, de manera directa o porque se inspiran en ellos. De ahí que distingamos entre sistemas de escritura primarios y secundarios o derivados. En este capítulo estudiaremos el origen de uno de los cinco sistemas primarios de escritura, el del antiguo Egipto, y en el próximo capítulo veremos cómo la escritura egipcia sirvió de modelo para dos escrituras secundarias: la meroítica del reino nubio de Kush (del si-

glo II aC al V dC) y la alfabética (desde comienzos del II milenio aC), esta segunda destinada a convertirse en el sistema de escritura más difundido de la historia.

§ **172.** Hasta las últimas décadas del siglo XX, el proceso de formación de la escritura egipcia era prácticamente desconocido, lo cual contrastaba con el buen conocimiento que se tenía del origen y primeras etapas de desarrollo de la escritura en Mesopotamia. La falta de documentación se debía, como se verá, a un vacío en el registro arqueológico, pero fue interpretada a menudo como la prueba de un origen secundario de la escritura egipcia. Se conocían, en efecto, numerosos testimonios epigráficos de las dinastías 0 y I, en que la escritura aparecía ya formada, pero no había evidencias del proceso por el cual se había formado. La conclusión era que se trataba de un «préstamo» exógeno: la escritura misma o, cuando menos, la «idea» de la escritura no era un invento autóctono de los egipcios, sino que respondía a una influencia de Mesopotamia, donde el proceso de formación de la escritura estaba bien documentado y era más antiguo que esos primeros testimonios conocidos de inscripciones jeroglíficas egipcias (§§ 192–194).

Este panorama, sin embargo, ha cambiado por completo en las últimas décadas, gracias a los importantes trabajos y descubrimientos que un equipo del Deutsches Archäologisches Institut de El Cairo, dirigido por el egiptólogo Günter Dreyer, viene realizando desde los años ochenta del pasado siglo en la necrópolis real pretinita y tinita de Umm el-Qaab, en Abidos (Alto Egipto). Hoy podemos decir, junto con el arqueólogo británico David Wengrow, que «los sistemas de escritura más antiguos conocidos del mundo emergieron más o menos en el

mismo momento, alrededor de 3300 aC, en Egipto y Mesopotamia. […] [Las dos sociedades] no estaban, sin embargo, en contacto directo la una con la otra y, a pesar de su desarrollo paralelo en estas dos regiones, los dos sistemas de escritura más antiguos no parecen haber estado directamente relacionados». Se trata, pues, de desarrollos contemporáneos y en paralelo, pero autónomos.

§ **173.** Desde los años setenta del siglo XX nuestros conocimientos sobre las etapas formativas de la civilización egipcia han aumentado de manera exponencial. Los descubrimientos arqueológicos se suceden sin cesar y cada vez son más las misiones que trabajan sobre el terreno en yacimientos prehistóricos, predinásticos y de comienzos del dinástico. El volumen de nuevos datos que estas misiones aportan año tras año es tal que actualmente los especialistas en los orígenes de la civilización y del Estado egipcios se reúnen cada tres o cuatro años en congresos internacionales específicos titulados *Egypt at Its Origins. International Conference 'Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt'*.

Este incremento cuantitativo y cualitativo de la documentación arqueológica ha permitido revisar los antiguos modelos explicativos sobre el origen de la civilización egipcia, que, por falta de documentación, tendían a atribuir a las influencias exógenas y a las comunidades de la región del Delta (más cercana al Próximo Oriente) una importancia decisiva, y ha supuesto un replanteamiento de la cuestión sobre bases empíricas y epistemológicas mucho más sólidas. El registro arqueológico actual evidencia que el proceso que condujo a la formación del Estado faraónico tuvo lugar en el Alto Egipto

durante el largo período conocido con el nombre de *cultura de Nagada*, a partir del yacimiento epónimo situado en el Alto Egipto, en el área de la actual Qena, al norte de Luxor. La cultura de Nagada abarca todo el IV milenio y se distingue en tres fases: Nagada I (c. 3900–3750 aC), Nagada II (c. 3750–3300 aC, subdividida en Nagada IIa-b, c. 3750–3600 aC, y Nagada IIc-d, c. 3600–3300 aC), y Nagada III (c. 3300–3000 aC, subdividida en Nagada IIIa-b, c. 3300–3100 aC, período correspondiente a la llamada dinastía 0 y a la unificación de las «Dos Tierras», y Nagada IIIc, c. 3100–3000 aC, que corresponde ya a comienzos de la I dinastía). A partir de Nagada I, las principales necrópolis del Alto Egipto revelan una progresiva diferenciación social, que se manifiesta en la diversidad de tamaño y estructura de las tumbas y de riqueza de los ajuares funerarios, y que conduce a la jerarquización de las comunidades y a la aparición de las primeras jefaturas, primero, y de pequeños estados tempranos, a continuación.

§ **174.** En la etapa de Nagada II, en la región del Alto Egipto comprendida entre Abidos y Hieracómpolis, este proceso de jerarquización social, de formación de elites y jefaturas locales, de especialización del trabajo y, en definitiva, de advenimiento de una sociedad compleja se acelera. Tres centros destacan en esta región por su envergadura, su densidad de población y su dinamismo cultural, los tres en la orilla occidental del Nilo: Hieracómpolis, al sur, Nagada, en el centro, y Abidos, al norte. En torno a ellos se constituyen tres «protorreinos», según una propuesta terminológica del egiptólogo inglés Barry J. Kemp que ha hecho fortuna (fig. 5.1). Desde Nagada IIc-d, estos «protorreinos» pueden considerase ya estados tempranos. Los ves-

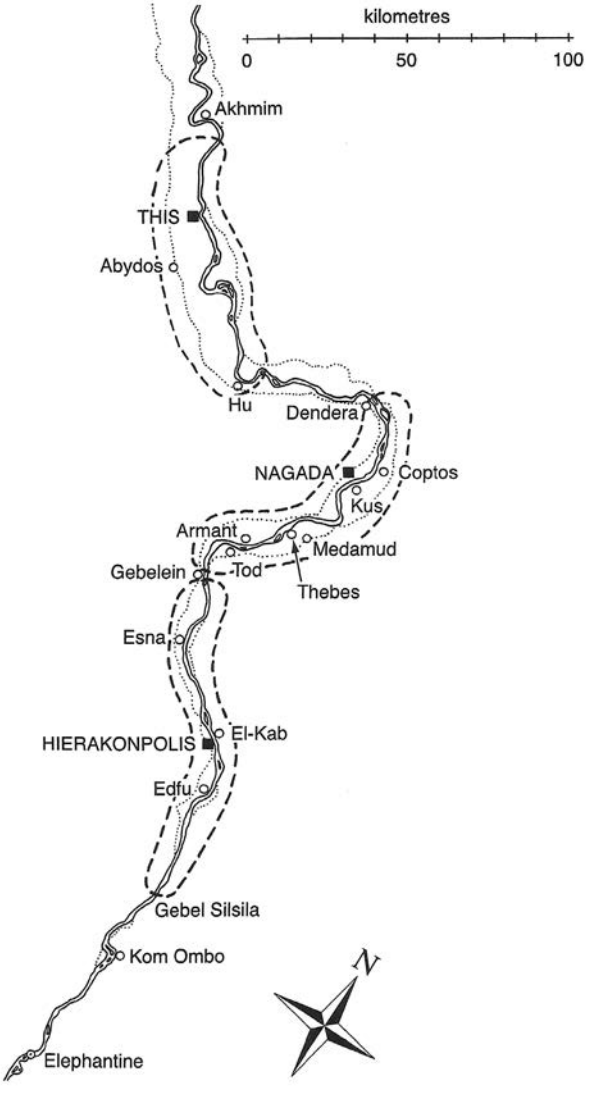


Fig. 5.1. Los tres protorreinos del Alto Egipto predinástico según B. J. Kemp (de: Kemp 2006: 76, fig. 22).

tigios más antiguos de iconografía de temática indudablemente faraónica proceden de las tumbas de las elites de Hieracómpolis y de Abidos (especialmente de la llamada «tumba 100» de Hieracómpolis, donde se representa, por primera vez, el conocido motivo de la «masacre del enemigo»: un personaje de pie —más tarde el faraón— blande una maza con una mano y, con la otra, sujeta por el pelo a los enemigos arrodillados ante él). A finales de Nagada II y comienzos de Nagada III, por procesos difíciles de reconstruir, la evidencia arqueológica indica que los tres «protorreinos» han dejado paso a un Estado unitario único, con capital en Abidos. Durante Nagada IIIa-b, los reyes de ese Estado, que son los más antiguos conocidos en el valle del Nilo y se agrupan en la llamada dinastía 0, emprenden el proceso de unificación de todo el país, desde la primera catarata, por el sur, hasta el Mediterráneo, por el norte (fig. 5.2).

Mientras todo esto sucede en el Alto Egipto, en el Delta del Nilo no llega a formarse nunca un Estado unitario, y la cultura material propia de esta región durante Nagada I y Nagada II deja paso pacíficamente, desde fines de esta última etapa, a la cultura del Alto Egipto, más dinámica y difundida probablemente a partir de «colonias» fundadas estratégicamente en el Delta por los reyes altoegipcios con el fin de controlar el comercio de bienes de prestigio procedentes del Próximo Oriente. Esta «unificación cultural» de Egipto precede la unificación política, que los reyes de la dinastía 0 llevan a cabo anexionando las diferentes unidades políticas del Delta por la vía militar, de la alianza o de la disuasión.

El rey Narmer completa la unificación hacia 3100 aC y es considerado por la documentación contemporánea («paleta de Narmer» e impresiones de sellos cilíndricos con listas reales)

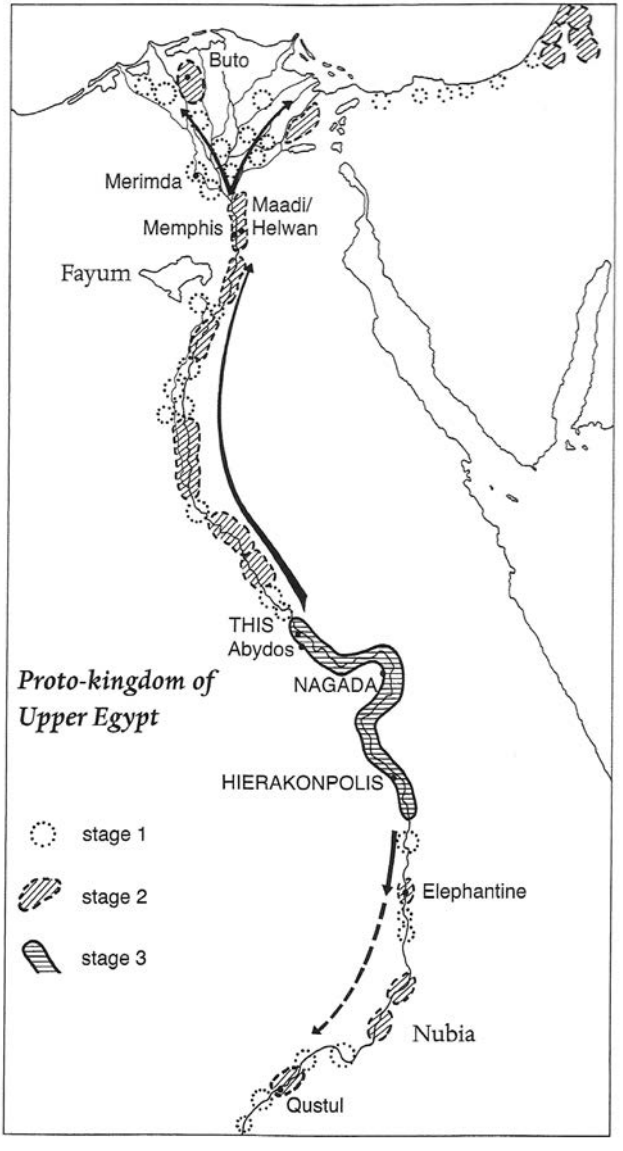


Fig. 5.2. El reino unitario del Alto Egipto tardopredinástico y su expansión según B. J. Kemp (de: Kemp 2006: 77, fig. 23).

y por la tradición posterior como el primer rey de la I dinastía. Con él se inaugura la Época Tinita, que comprende las dinastías I y II de la historia faraónica (c. 3100–2700 aC), así llamada porque los reyes procedían de Tinis, nombre de la ciudad —aún no localizada— de la que Abidos era, en realidad, la necrópolis.

§ **175.** Los primeros testimonios de escritura del valle del Nilo proceden de Abidos y datan de c. 3300 aC, o sea, de comienzos de Nagada III. En concreto, proceden del cementerio arcaico de Umm el-Qaab, situado bien entrado el desierto, a unos 2 km al oeste de la llanura aluvial y frente a un *wadi* que se abre en la cadena montañosa occidental, a modo de «camino hacia Occidente», que es donde los egipcios situaban el mundo de los muertos. El topónimo árabe significa «la madre de los trozos de cerámica», es decir, «lugar abundante en trozos de cerámica», a causa de la gran cantidad de exvotos cerámicos que se acumularon en la necrópolis a lo largo de siglos; en efecto, a partir del Reino Medio, la tumba de uno de los reyes de la I dinastía allí enterrados fue considerada por la tradición egipcia como la tumba de Osiris.

Cronológicamente, la necrópolis de Umm el-Qaab abarca todo el IV milenio y su importancia radica en el hecho de que es aquí donde, sin solución de continuidad, se pasa de las tumbas de las elites locales de las distintas fases de la civilización nagadiense a las sepulturas de los primeros faraones del Egipto unificado (dinastías I y II). En efecto, Umm el-Qaab parece haber sido siempre, ya desde Nagada I, un lugar de enterramiento específico de grupos dirigentes, a juzgar por la gran calidad de las ofrendas y la frecuencia de objetos o de materiales importados. Se distinguen tres áreas de enterramiento:

a) el cementerio U, más antiguo, datado de Nagada I a Nagada IIIa y situado al noreste (fig. 5.3, arriba); comprende los sepulcros de los jefes/reyes locales de Abidos y después de los reyes que iniciaron el proceso de unificación de las «Dos Tierras».

b) el cementerio B, datado desde Nagada IIIb hasta principios de la I dinastía y ubicado en el centro (fig. 5.3, abajo); corresponde a la época de la unificación y de la transición del predinástico al dinástico y comprende las tumbas de los reyes de la dinastía 0 y de los primeros dos reyes de la I dinastía (Narmer y Aha).

c) el cementerio tinita, fechado entre 3000 y 2700 aC y emplazado al suroeste; comprende las tumbas de los reyes de la I dinastía desde el tercero, Djer, hasta el octavo y último, Qaa, y de los últimos dos reyes de la II dinastía, Peribsen y Khasekhemuy.

§ **176.** De estos tres sectores, nos interesa el más antiguo: el cementerio U. En él se distinguen cinco tipos de subestructuras de tumbas, por orden cronológico. Los dos primeros consisten en fosas oblongas; las más antiguas son más pequeñas y sin revestimiento (ejemplos: plano de la fig. 5.3, números 130, 203) y las más recientes son de mayor tamaño y con revestimiento de madera (números 127, 132, 210). En estas últimas, datadas de Nagada IIc-d, se han hallado restos de sarcófagos de madera, vasos de cerámica y de piedra, objetos de cobre y marfil (de la tumba U-547 procede la parte superior de un bastón de marfil en forma de cetro *heqat*, el cayado faraónico:), cabezas de maza piriformes de diorita, lamas de cuchillo de sílex, hilos de oro, probablemente relacionados con vestidos, así

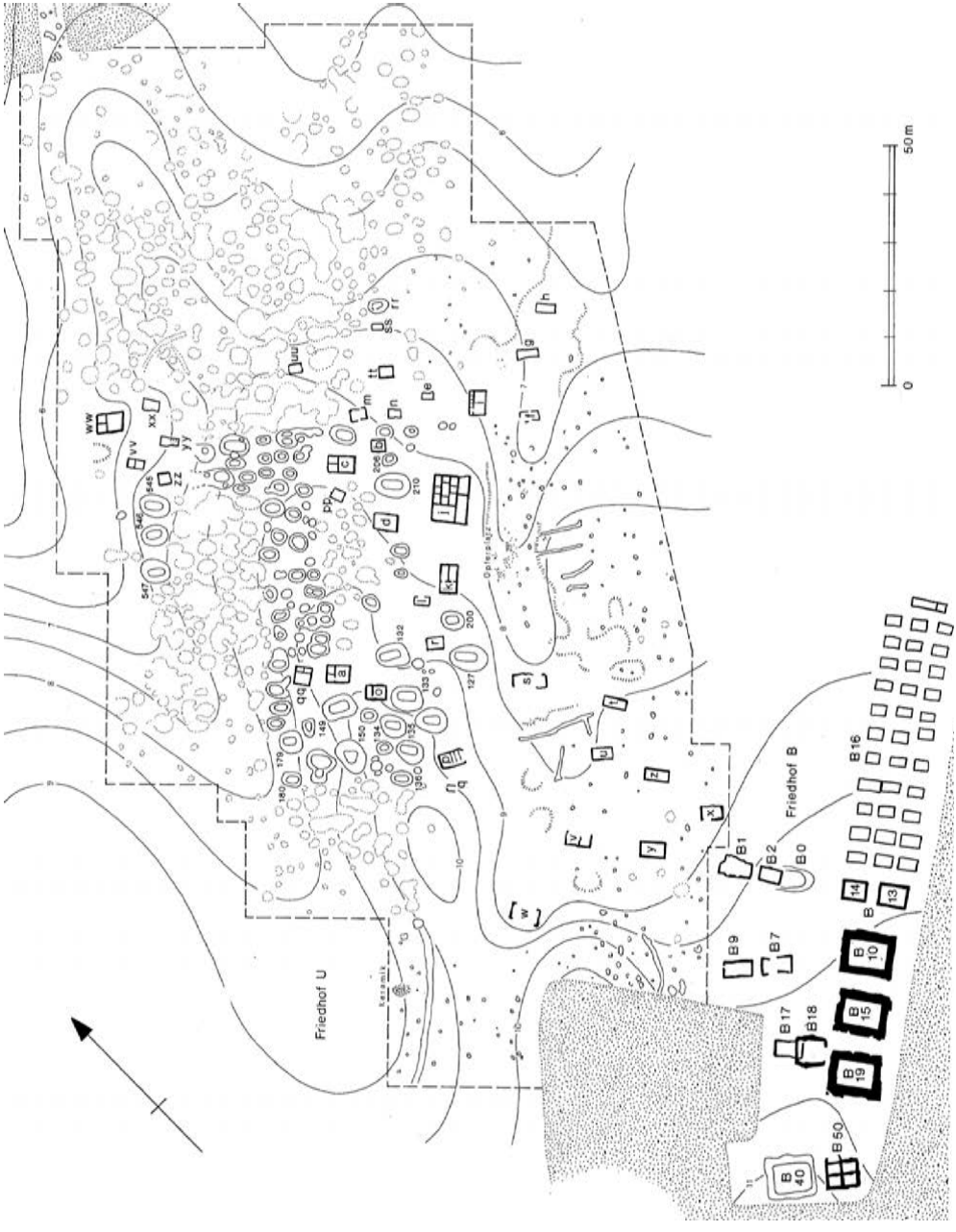


Fig. 5.3. Plano de los cementerios U (arriba) y B (abajo) de Umm el-Qaab, en Abidos (adaptación a partir de: DREYER *et al.* 1998: fig. 2).

como una serie de ricos objetos decorados que inician, por su tipología y por la temática y estilo de las representaciones, la tradición de los posteriores «documentos de la unificación» (§§ 200, 203*b*), como mangos de cuchillo de marfil, impresiones de sellos cilíndricos (§ 203*a*) o pequeñas tallas de marfil. El tercer tipo de tumbas consiste en pequeñas cámaras de planta rectangular ahora revestidas de adobe, una de ellas con muro de partición (fig. 5.3, letras *o*, *p*, *d*, *m*, *zz*, *xx*). El cuarto tipo consiste en tumbas de planta rectangular más grandes que las anteriores, también revestidas de adobe y con el espacio interior organizado en múltiples cámaras (de 3 a 12) comunicadas entre sí por estrechas hendiduras verticales (fig. 5.3, letras *a*, *c*, *i*, *j*, *k*). En general, los ajuares de estas sepulturas contienen sarcófagos y capillas de madera, losas como base para los sarcófagos, vasos de piedra, cerámica local, cerámica importada de Palestina o fabricada a imitación de esta, hojas de obsidiana, objetos de cobre, marfil o lapislázuli, impresiones de sellos, etc. Algunas de estas materias primas son inexistentes en el valle del Nilo y proceden de regiones lejanas (es el caso de la obsidiana, que llega de Etiopía, y del lapislázuli, que viene de Afganistán vía el norte de Siria), lo que testimonia el creciente poder y capacidad de control de flujos comerciales del incipiente Estado altoegipcio. El quinto y más reciente tipo de tumbas consiste en sepulcros de una sola amplia cámara rectangular revestida de adobe, algunos de los cuales marcan gradualmente la transición topográfica entre los cementerios U y B (fig. 5.3, letras *g*, *h*, *s*, *u*, *x*, *y*). No hay ninguna evidencia de las superestructuras de estas tumbas, pero probablemente las de las fosas debieron ser túmulos de planta circular u ovalada y las de los sepulcros cuadrangulares debieron ser ya mastabas rectan-

gulares bajas construidas con arena y cascotes recubiertos de adobes.

§ **177.** El más importante de todos estos sepulcros para la cuestión que nos ocupa es la tumba U-j, una de las del cuarto tipo (fig. 5.3, en el centro), excavada por Günter Dreyer en 1988 y fechada en Nagada IIIa2, c. 3250 aC. Se trata, de hecho, de la tumba más grande y estructuralmente más compleja del cementerio U y debió pertenecer a un «rey» especialmente emprendedor en términos históricos y culturales. Situada en el límite sur del cementerio, es la más grande construida hasta este momento en el valle del Nilo: 9,10 m de largo, 7,30 m de ancho y 1,55 m de profundidad. También es la de organización interna más compleja: doce cámaras revestidas de adobe y comunicadas por estrechas hendiduras verticales a modo de puertas para uso del *ka* del difunto. Toda la construcción es de adobe. En la cámara funeraria, situada al oeste, se hallaron restos de una capilla de madera y un cetro *heqat* de marfil completo. En cuanto a la cerámica, se distinguen tres tipos: vasos autóctonos de asas onduladas (que contuvieron aceite o grasas), vajilla tosca (jarras de cerveza, moldes de pan y platos) y vasos importados de Canaán o de imitación cananea. Si los últimos testimonian contactos con el Delta y con Palestina, los primeros son importantes porque se trata de los vasos inscritos más antiguos documentados. En efecto, la importancia de la tumba U-j radica, sobre todo, en que en ella se han exhumado los testimonios más antiguos de escritura egipcia y se han documentado los estadios formativos de este sistema de escritura.

§ **178.** Antes de proseguir, conviene que nos detengamos en una cuestión fundamental. Las inscripciones más antiguas de cualquier sistema de escritura están formadas por secuencias de muy pocos signos. En el caso de la escritura egipcia, nos hallamos ante secuencias de 1 a 4 signos, las más frecuentes de las cuales son las de 2 y 3 signos. Ahora bien, ¿cómo podemos estar seguros de que una secuencia de dos signos es una secuencia escrita y no, por ejemplo, una secuencia simbólica o, simplemente, una representación figurativa? Es decir, ¿cómo distinguir, en estas fases tempranas de la escritura, entre el «signo escrito» y el «signo figurativo» o «simbólico»? Porque una cosa es la escritura, es decir, la codificación gráfica de la lengua, y otra cosa es el arte, es decir, la codificación gráfica de representaciones mentales (ideas, imágenes, símbolos). En relación con los jeroglíficos, hay básicamente ocho criterios de discriminación, seis de ellos inherentes al propio sistema de escritura y otros dos externos, de contexto:

a) La *disposición*. Como sabemos (§§ 46, 162–164), los signos jeroglíficos se disponen ordenadamente en líneas o en columnas, es decir, dentro de registros acotados que delimitan el espacio que corresponde a la escritura. Además, en la colocación de los jeroglíficos en la secuencia escrita rige el principio de simetría, de modo que si, por ejemplo, un signo alargado horizontal va seguido de un signo más pequeño o de un signo vertical, se colocan uno encima de otro y el segundo centrado respecto al primero: , . Si en esas primeras secuencias se respetan estas convenciones de disposición y de simetría, estamos ante un primer indicio de que se trata de secuencias de escritura.

b) Los *propios signos* y sus *características formales*. Si, de entre todas las posibilidades figurativas a disposición, los signos utilizados se corresponden con los que después serán los signos del sistema escriturario definitivo, estamos ante un segundo indicio de escritura. Cuando no es el caso (pues puede haber signos que no tengan continuidad), los signos deben responder al menos a la *figuratividad* que define el sistema, es decir, a la norma de que los signos representan elementos del universo egipcio y lo hacen según unas proporciones y unos cánones figurativos determinados, como, entre otros, el de la *lateralidad* (seres y objetos vistos de perfil).

c) La *iconicidad* y la *convencionalidad*. Los signos de las escrituras pictográficas, como la egipcia, presentan un alto nivel de iconicidad, en el sentido de que no reproducen de manera «naturalista» el objeto de la realidad que representan, sino que lo hacen enfatizando ciertos aspectos y dotando a la imagen de unos rasgos definidores que determinan su capacidad comunicativa, es decir, haciendo de ella un icono. Por otra parte, los signos de una escritura pictográfica guardan entre sí, en las secuencias escritas, una relación convencional: no hay entre ellos una «contigüidad natural», porque los seres y objetos que representan no aparecen juntos en el mundo real. Esto es lo que permite que una secuencia escrita pueda estar formada por unas colinas y una hogaza de pan o por un siluro y un cincel: , . Por supuesto, esto no es exclusivo de los códigos escriturarios, pues puede serlo también de otro tipo de códigos simbólicos, pero es un indicio más a tomar en consideración a la hora de discriminar secuencias tempranas de escritura.

d) La *calibración*. Si las proporciones de los espacios gráficos que ocupan los signos son convencionales y no proporcionales a las dimensiones de sus referentes, o sea, si los signos tienen todos las mismas dimensiones independientemente del tamaño real de lo que representan, aquí tenemos un cuarto indicio de escritura. Así, en las secuencias (fig. 5.7*g*) y , por ejemplo, los dos signos guardan un tamaño gráfico proporcional, aunque es obvio que, en la realidad, unas colinas son más grandes que un elefante y un elefante es más grande que un jabirú...

e) La *orientación*. Si una misma secuencia de signos asimétricos se halla documentada más de una vez y en las dos orientaciones posibles (de izquierda a derecha y de derecha a izquierda), como puede suceder con la escritura jeroglífica posterior, he aquí otro poderoso indicio de escritura. Es el caso de y (fig. 5.7*e*).

f) El *sentido*. Si los signos pueden «leerse» o dan sentido de acuerdo con las reglas del sistema escriturario definitivo posterior, nos hallamos ante un sexto indicio de escritura.

g) El *soporte*. Si las secuencias aparecen en los mismos soportes que poco más tarde serán los propios de las primeras secuencias sin duda escriturarias (jarras de cerámica, etiquetas de hueso, marfil o madera, objetos de piedra...), estamos ante un indicio «externo» de escritura.

h) La *tradición*. Si los «textos» parecen aludir a realidades que son las mismas a las que aluden textos posteriores ubicados en los mismos soportes o contextos (designación o cuantificación de ofrendas funerarias, designación de los lugares de procedencia de tales ofrendas o de sus propietarios...), estamos ante un último indicio «externo» de escritura.

Si todos o buena parte de estos indicios convergen en una secuencia gráfica temprana, podemos afirmar que se trata de una secuencia de escritura. Esto es lo que sucede con las «inscripciones» de la tumba U-j.

5.2. Los primeros testimonios de escritura en el valle del Nilo: las inscripciones de la tumba U-j de Abidos

§ **179.** La escritura aparece en la tumba U-j en dos tipos de soportes:

a) pintada con tinta negra sobre los vasos de cerámica de asas onduladas (fig. 5.4), lo que da lugar a lo que el egiptólogo francés Pascal Vernus ha llamado *dipinti*;

b) grabada sobre pequeñas etiquetas de hueso (unas 150 en total), horadadas a un lado, en la parte superior, para permitir su sujeción a telas, jarras u otros elementos del ajuar (fig. 5.7).

Inscripciones pintadas sobre vasos de cerámica (y después también de piedra) y grabadas en etiquetas de hueso y marfil seguirán produciéndose en las etapas inmediatamente posteriores de la historia de Egipto, es decir, durante las dinastías 0 y I. Ya de entrada, pues, las inscripciones de la tumba U-j cumplen el criterio *g* de discriminación de secuencias de escritura arriba mencionado, porque inician una tradición que tiene continuidad y porque los objetos en los que aparecen seguirán siendo soportes de la escritura una vez esta esté ya definitivamente formada.

Por el soporte, el modo de ejecución y el trazo, algunos egiptólogos consideran jeroglíficas las inscripciones grabadas y cursivas las pintadas. Esta distinción se refiere solo a los aspectos formales de las escrituras y no a eventuales diferencias funcionales (escritura cultual frente a cotidiana o administrativa; §§ 20, 25, 40, 45, 52, 55): como veremos, la función de ambas series de inscripciones es la misma y tiene que ver con el simbolismo funerario (§§ 195–199). Para estos autores, pues, la distinción entre jeroglífico y cursivo (más tarde, hierático; §§ 56*a*, 201) se remontaría a los orígenes mismos de la escritura egipcia. Vamos a describir a continuación la documentación escrita de la tumba U-j tal como la ha interpretado básicamente el propio Günter Dreyer, con matices y observaciones complementarias de otros autores, como Pascal Vernus o el egiptó-

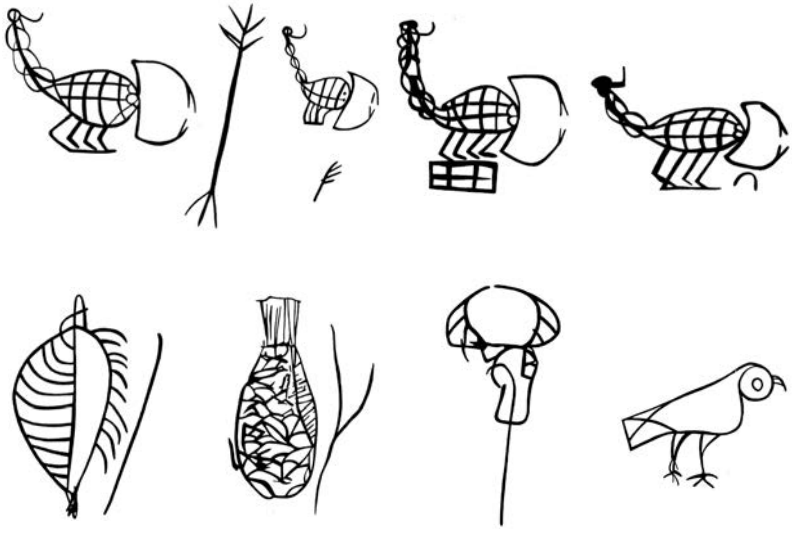


Fig. 5.4. Ocho inscripciones pintadas sobre vasos procedentes de la tumba U-j de Umm el-Qaab, en Abidos (de: Dreyer *et al.* 1998: 47, 59, 63, 65, 69, figs. 33, 40, 43, 45, 47).

logo alemán Jochem Kahl, especialista en escritura egipcia arcaica.

§ **180.** Las inscripciones pintadas sobre los vasos o *dipinti* (fig. 5.4) consisten en uno o dos grandes signos. El signo de las inscripciones de un signo y uno de los dos en las de dos signos representa siempre un animal: un escorpión, un halcón, un pez, una concha... Según Dreyer, estos signos que representan animales son nombres de reyes, de modo que habría que hablar de «Escorpión», «Halcón», «Pez» o «Concha» (como hablamos de Nar(mer) y Djet, reyes de la I dinastía, cuyos nombres significan «Siluro(-que-golpea)» y «Cobra» y se escriben respectivamente con los signos del siluro: *nʿr*, y la cobra: *ḏt* —§ 140). Puesto que el animal que más se repite en las inscripciones es, con mucho, el escorpión, Dreyer concluye que el propietario de la tumba U-j es un «rey Escorpión», que almacenó entre su ajuar objetos de otros reyes (predecesores). No se trataría, sin embargo, del mismo Escorpión de la famosa cabeza de maza del Ashmolean Museum de Oxford, puesto que un siglo separa la tumba U-j de este último personaje. Así, Dreyer opta por hablar de «Escorpión I», frente al «Escorpión II» de la cabeza de maza.

Pero este aspecto concreto de la interpretación de Dreyer, es decir, que estos signos que representan animales corresponden a nombres de reyes, ha sido cuestionado por diversos egiptólogos, y hoy se piensa, de manera más prudente y acorde con el registro iconográfico y epigráfico inmediatamente posterior a la tumba U-j, que se trata de «títulos» o «cualidades» del rey, a quien se aludiría de manera no denotativa-individual, sino simbólica-colectiva; no estaríamos ante «nombres propios» de

personas específicas, sino ante «alusiones atributivas» genéricas a la persona del rey («el escorpión», en el sentido de «aquel que se manifiesta como un escorpión», «que tiene la fuerza de un escorpión»), de quien, por tanto, no conoceríamos aún la identidad individual. En la iconografía de la llamada paleta líbica (fig. 5.5), algo posterior (Nagada IIIb, momento de la unificación), una serie de animales que simbolizan sin duda el rey altoegipcio aparecen asaltando o construyendo ciudades (según las interpretaciones). Se trata de un halcón, un león, un escorpión y dos halcones perchados (aunque se han perdido otros tres), animales todos ellos, junto con el toro, que se caracterizan por su ferocidad y con los que el faraón egipcio se

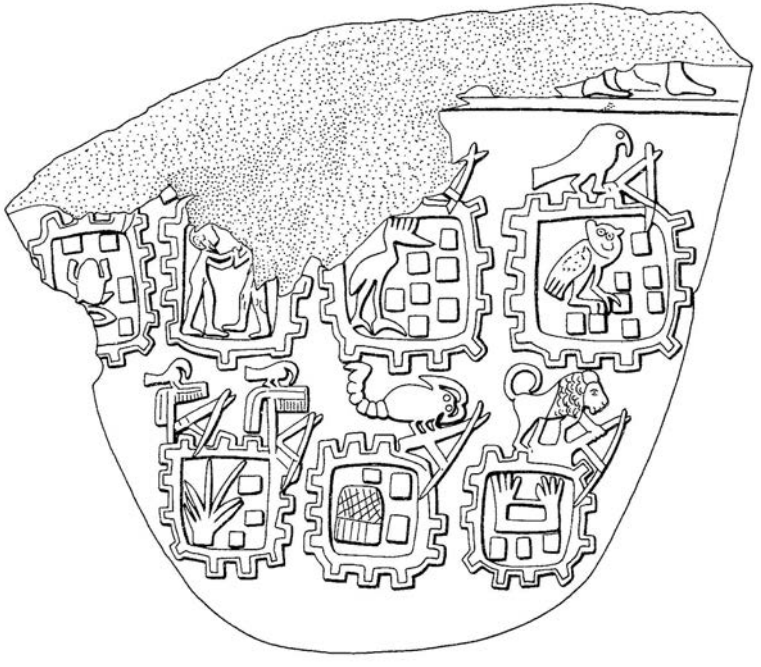


Fig. 5.5. La paleta líbica (de: Kemp 2006: 96, fig. 33).

identificó siempre. Está claro que no se trata de nombres propios, sino de alusiones al rey como fuerza de la naturaleza. La propuesta de la existencia de un rey «Escorpión I» ha sido, pues, abandonada.

§ **181.** El segundo signo de las inscripciones de dos signos puede ser (fig. 5.4):

a) un árbol (representado de forma más o menos estilizada), que Dreyer cree un logograma metonímico por «plantación»;

b) un rectángulo dividido por líneas horizontales y verticales, que en el sistema jeroglífico posterior correspondería al logograma de la tierra irrigada y de «comarca» o «nomo»: , o bien, si tomamos en consideración la forma que el mismo signo tiene en las etiquetas, al de «finca» o «hacienda»: , y que podría interpretarse como «hacienda agrícola», o incluso, según Dreyer, como «residencia real» (pues en el Reino Antiguo el segundo signo puede ser utilizado con este último sentido);

c) una suerte de pluma o de caña en flor, en la que Vernus propone reconocer la forma arcaica del signo , bien documentada en la Época Tinita, tal vez como metonimia de , de manera que podría interpretarse como «campo» o «plantación»;

d) un arco hacia abajo, cuyo sentido no resulta claro, pero que, según Dreyer, podría aludir a algún departamento de la residencia real. En el sistema jeroglífico posterior signos como y sirven para escribir la palabra *mḏt*, «establo».

El primero de estos signos puede acompañar varios de los signos de animales, mientras que los otros tres aparecen solo con el escorpión. Respecto al escorpión, el «árbol» aparece delante, la «caña» y el rectángulo debajo, y el arco debajo de las pinzas. Dreyer piensa que se trata de alusiones a las fincas o instituciones de donde procedían las ofrendas contenidas en el ajuar. En efecto, toda tumba egipcia perteneciente a un personaje importante tenía asociada una o más fincas funerarias donde se producían las ofrendas alimentarias destinadas a abastecer la propia tumba y el culto funerario del difunto. Los reyes del Reino Antiguo tuvieron numerosas fincas funerarias, cuyos nombres y localizaciones hicieron esculpir en los relieves de los templos funerarios de sus complejos piramidales. En el caso de la tumba U-j estaríamos ante designaciones parecidas. Los dos signos de las inscripciones (determinación de lugar y alusión al rey) serían logogramas y transcribirían dos sustantivos vinculados en genitivo directo: «Plantación del (rey) escorpión», «Hacienda agrícola/Residencia del (rey) escorpión», «Campo del (rey) escorpión»… Dreyer compara la primera de estas designaciones con una secuencia paralela grabada en una impresión de sello del rey Narmer (fig. 5.6). En ella se alude a una finca, representada por un rectángulo que contiene signos jeroglíficos, de acuerdo con la forma canónica de designar estos recintos en la Época Tinita. En el interior pueden verse un árbol y el nombre de Narmer, es decir, de quien es sin duda un rey, lo cual confirma según Dreyer que las inscripciones de la tumba U-j se refieren a fincas propiedad del rey.

Otro signo que aparece pintado en los vasos de cerámica es el de un estandarte con un bucráneo, que Jochem Kahl ha rela-

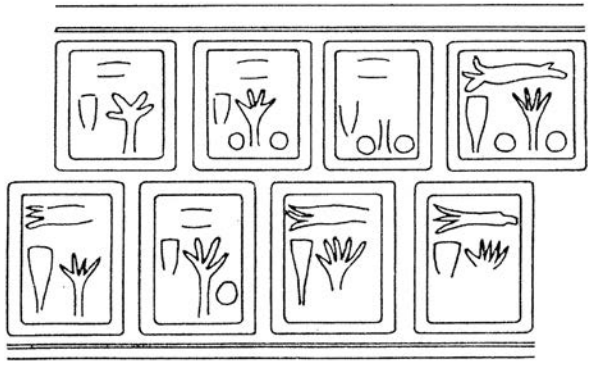


Fig. 5.6. Impresión de sello de Narmer (de: DREYER *et al.* 1998: 85, fig. 56a).

cionado con el emblema de la diosa vaca Bat ( ), que en tiempos posteriores serviría para designar el séptimo nomo del Alto Egipto. Estaríamos, pues, tal vez, ante un signo-emblema que anotaría otro nombre de lugar. Tampoco puede descartarse, sin embargo, que el signo deba ser interpretado como el resto de signos de animales de los *dipinti*, es decir, como un logograma alusivo al rey y a su poder.

§ **182.** El segundo tipo de inscripciones de la tumba U-j es el que se documenta sobre etiquetas de hueso (fig. 5.7). Estas etiquetas, unas 150 en total, son de muy pequeño tamaño (de 0,95 a 3,20 cm de largo por de 1,05 a 3,70 cm de alto) y presentan un orificio en la parte superior porque iban atadas a telas u otras ofrendas funerarias.

En algunas de estas etiquetas se consignan cifras (fig. 5.7*a*), representadas bien por trazos verticales u horizontales (por ejemplo, o), bien por una espiral acompañada o no de un trazo. En el sistema jeroglífico ya definitivamente constituido, las unidades se expresan mediante trazos verti-

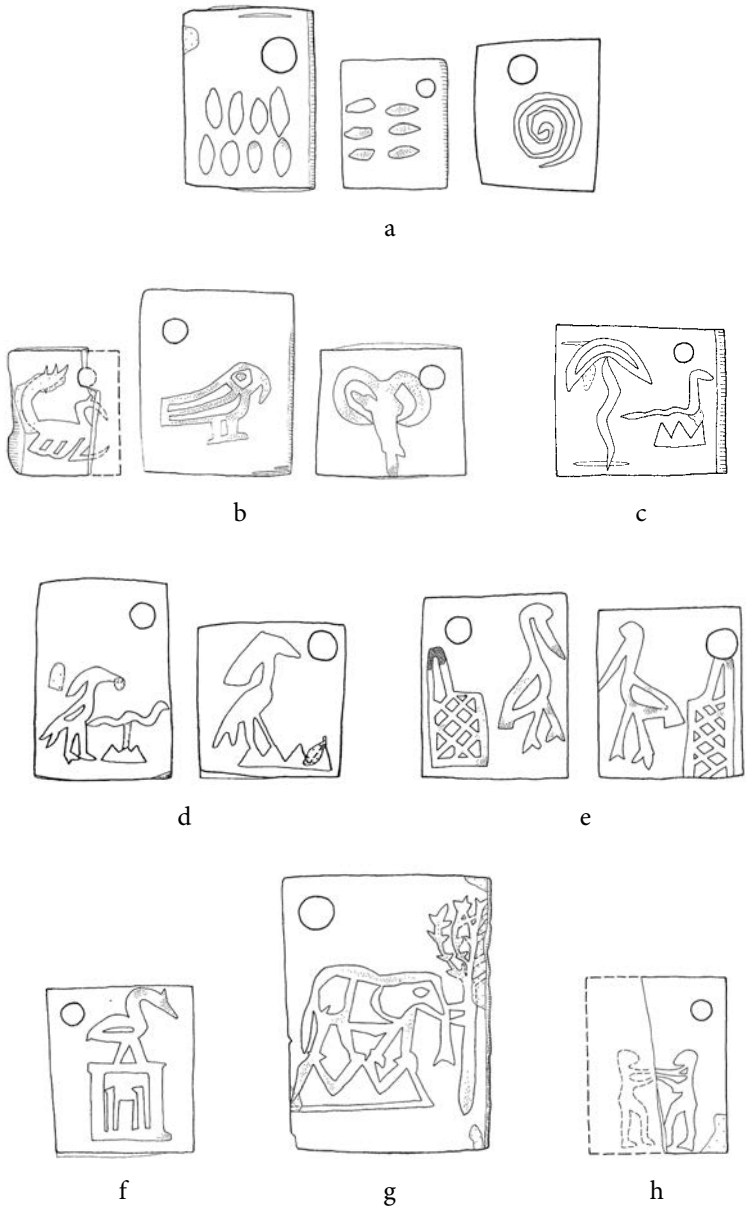


Fig. 5.7. Etiquetas de hueso con inscripciones grabadas procedentes de la tumba U-j del cementerio de Umm el-Qaab, en Abidos (de: Dreyer *et al.* 1998: 115, 117, 119, 125, 127, 130, figs. 74.13, 75.23/40, 76.44/59, 78.83/103-104, 79.107, 80.127/134-135/143/145).

cales (𓏺), las decenas mediante el signo de la cuerda para atar ganado (𓎆) y las centenas mediante el signo de la cuerda en espiral (𓍢). Al no aparecer en las etiquetas el signo para las decenas, cosa que sería esperable si se tratara de las cifras en su uso habitual, Dreyer piensa que nos hallamos ante un particular sistema de anotación de medidas de superficie de tejidos, precedente del que tenemos bien documentado para el Reino Antiguo. En este último, la unidad de medida es el codo cuadrado (el codo es una medida de longitud que equivale aproximadamente a 0,50 m) y las cifras se expresan mediante trazos verticales, que valen por unidades, trazos horizontales, que valen por decenas, y cuerdas en espiral, que valen por centenas (se entiende, en los tres casos, de codos cuadrados). Este tipo de cómputo puede observarse, por ejemplo, en el panel derecho de la estela de Nofretiabet reproducida en la fig. 5.10, que data de la IV dinastía (§ 198). El hecho de que en las etiquetas de la tumba U-j puedan aparecer cifras formadas por diez o doce trazos indica que el sistema no sería exactamente el mismo o que podríamos estar ante distintos sistemas de cómputo combinados (Dreyer piensa que podría haber otro para medidas de capacidad relacionadas con los cereales, al que correspondería, por ejemplo, el signo de la espiral acompañado de un trazo). Independientemente de su «lectura» precisa, de estar Dreyer en lo cierto, las cifras consignadas en las etiquetas de la tumba U-j indicarían las medidas de los bienes a los que estarían vinculadas, según una costumbre —la de «cuantificar» las ofrendas— que sería parte esencial del ritual funerario egipcio posterior (§ 197).

Otras etiquetas registran los mismos signos de animales que aparecen en las inscripciones de la cerámica o en la paleta líbica, como un escorpión y un halcón, o bien signos parecidos, como un bucráneo o cabeza de caprino sin estandarte (fig. 5.7*b*).

§ **183.** Pero las etiquetas más interesantes desde un punto de vista gráfico son las que parecen registrar nombres de fincas o de ciudades de procedencia de las ofrendas. Dreyer se detiene especialmente en dos secuencias de signos que aparecen repetidas en diversas etiquetas. La primera consta de una cobra y una montaña sobrepuestas, seguidas de un signo compuesto por un arco boca abajo del que sale un trazo ondulado (fig. 5.7*c*). Dreyer reconoce el monoconsonántico *ḏ*, el logograma *ḏw*, «montaña» (escrito aquí con dos o tres colinas) y el logograma *grḥ*, «noche», «oscuridad» (tablas 4.3, 4.6). Es decir (la escritura procede de derecha a izquierda):

que cabría leer *ḏw grḥ*, literalmente «la montaña de la oscuridad». La otra secuencia tiene la misma estructura, pero sustituye el signo de la noche por el biconsonántico *ꜣḫ* (tabla 4.4); además, el signo de la montaña puede presentar hasta cuatro colinas y el signo de la cobra puede omitirse (fig. 5.7*d*). O sea:

o bien ,

que cabría leer *ḏw* (*i*)*ȝḫ*(*w*), literalmente «la montaña de la luz» (pues la palabra *iȝḫw* —escrita en este caso solo con el biconsonántico *ȝḫ* porque la *i*- inicial y la -*w* final son semivocales y las semivocales no suelen anotarse en las inscripciones más tempranas— significa «luz», «brillo»). Para Dreyer, ambas secuencias están relacionadas y aluden a fincas funerarias situadas respectivamente a oriente (la «Montaña de la Luz», o sea, del amanecer, de donde sale el sol) y a occidente (la «Montaña de la Oscuridad», o sea, del ocaso, de donde se pone el sol), tal vez en la orilla oriental y en la orilla occidental del Nilo, en los alrededores de la misma Abidos.

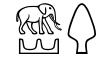
Si la lectura de Dreyer es correcta, los signos y son logogramas y los signos y son fonogramas, el primero biconsonántico (*ȝḫ*) y el segundo monoconsonántico (*ḏ*). Este último se utiliza en función de complemento fonético (§ 147), como se deduce del hecho de que, por un lado, «repite» la lectura del primer sonido del biconsonántico *ḏw*, y por otro, como se ha visto, es prescindible o redundante. Ahora bien, que y sean fonogramas y que estas inscripciones combinen ya logogramas y fonogramas tiene una gran importancia, porque significa que la escritura egipcia aparece estructurada en esencia ya desde su primera documentación, tanto en lo que se refiere a los tipos de signos (signos-palabra y signos-sonido; §§ 139, 148, 157) como en lo que se refiere a las normas de su uso y combinación. Volveremos sobre este punto más abajo (§ 206).

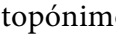
§ **184.** Otras etiquetas de la tumba U-j anotan, según Dreyer, nombres de ciudades de procedencia de las ofrendas. En una de ellas (fig. 5.7*e*) aparecen los signos del pájaro *bȝ* y del trono *st*:

que cabría leer *B3st*, «Baset», o sea, Bubastis, una ciudad del Delta (tomando los signos como biconsonánticos; tabla 4.4). Esta secuencia coincide plenamente con una de las grafías de este topónimo en la escritura jeroglífica ya definitivamente formada: (con el añadido de un complemento fonético y un determinativo). En otra etiqueta (fig. 5.7*f*), se reproduce el logograma de la garza real perchada sobre un santuario:

que se leería *Ḏbʿwt*, «Djebaut», un lugar sagrado cercano a la ciudad de Buto y, por metonimia, la propia ciudad de Buto, también en el Delta. Las grafías posteriores de este topónimo pueden comportar asimismo una garza perchada, sobre un santuario o un soporte ( ), con o sin signos fonéticos. La alusión a estas localidades del Delta indicaría una interacción cada vez más amplia y compleja entre el reino altoegipcio y el Bajo Egipto: parte de los bienes depositados como ajuar en la tumba U-j tendrían, en efecto, esta procedencia.

Pero el radio de influencia del reino altoegipcio parece extenderse también hacia el sur. En efecto, en otra etiqueta (fig. 5.7*g*) aparecen los signos del árbol, el elefante y las colinas:



Tomando el árbol como un logograma (como en los *dipinti* de la cerámica; § 181*a*) y el elefante y las colinas como biconsonánticos (respectivamente *3b* y *ḏw*), Dreyer leyó esta etiqueta como «Plantación de *3bḏw*», es decir, puesto que *3bḏw* es la transliteración de Abidos, «Plantación de (la ciudad de) Abidos», una finca en el área de la misma capital. El problema de esta interpretación es que en la grafía clásica del nombre de Abidos, que es (orientada de izquierda a derecha), se utiliza el signo de la montaña pero nunca el del elefante; no parece, en todo caso, que esta tenga que ser una objeción insalvable, puesto que la grafía arcaica de la palabra no tiene por qué haber coincidido exactamente con la definitiva. Sin embargo, otros autores, como Pascal Vernus o Jochem Kahl, han sugerido otra lectura que ha acabado por imponerse. Tomando el signo del elefante como un logograma con el mismo valor que tendrá posteriormente y el de la montaña como el determinativo de [DESIERTO-PAÍS MONTAÑOSO-PAÍS EXTRANJERO] (tabla 4.7), estos autores leen *3bw*, «Abu», o sea, el nombre original de la ciudad de Elefantina, cuya región se caracterizaba por su terreno rocoso (las colinas de granito) y que en ese momento, además, era «extranjera» con respecto al reino altoegipcio. La grafía clásica del topónimo es  , es decir, comporta los mismos dos signos que la etiqueta complementados con otros fonogramas y otro determinativo. Estaríamos, por tanto, ante la «Plantación de Elefantina» y no «de Abidos».

Finalmente, daremos cuenta de una última serie de etiquetas en que el signo reproducido es el logograma de dos combatientes que se golpean con los puños (fig. 5.7*h*). Vernus ha sugerido una relación con el signo:

que en los *Textos de los ataúdes* del Reino Medio aparece con el valor de *qm3*, «venir a las manos», «luchar». Sea cual sea su lectura, imposible de precisar, en el contexto de la escritura de la tumba U-j este signo anota, sin duda, un topónimo. En efecto, en la ya mencionada paleta líbica (§ 180, fig. 5.5), el mismo signo aparece en el interior de una de las ciudades asaltadas o construidas por los animales que encarnan al rey. Ahora bien, es frecuente que en la dinastía 0 y en la Época Tinita las ciudades o fortificaciones representadas en la iconografía presenten sus nombres inscritos en el interior, y que en los documentos epigráficos los nombres de ciudades, palacios, fincas o recintos funerarios aparezcan asimismo escritos en el interior del jeroglífico que representa esos recintos (§ 181, fig. 5.6), según un uso que se perpetuará hasta el final de la historia egipcia. De modo que no hay duda de que el signo de los combatientes transcribe un topónimo y ello respalda la opinión de Dreyer de que parte de las etiquetas de la tumba U-j anota nombres de fincas o ciudades.

§ **185.** Hasta aquí la descripción, necesariamente somera, de la documentación escrita de la tumba U-j. A partir de todo lo expuesto, se deduce que las características definidoras de este incipiente sistema de escritura son las siguientes:

a) Se trata de un código con un repertorio limitado de signos (pocas decenas), como cabe esperar de un estadio muy temprano del desarrollo de un sistema de escritura.

b) También son muy limitados, por la misma razón, los ejemplos de signos de las distintas categorías funcionales (punto *c*) y de su capacidad de combinación. Por decirlo de algún modo, el sistema no quiere ser universal, sino satisfacer las necesidades específicas que se les planteaban a los ritualistas de la tumba U-j (punto *d*).

c) Aun así, ya están presentes en el sistema las tres categorías funcionales de signos que caracterizarán las escrituras egipcias definitivamente formadas (§§ 47, 139 ss., 157, 206): logogramas (*ḏw*, «montaña»), fonogramas (monoconsonánticos: *ḏ*, y biconsonánticos: *st*) y determinativos ([DESIERTO-PAÍS MONTAÑOSO-PAÍS EXTRANJERO]).

d) La finalidad «interna» de las inscripciones es «cuantificadora» y «designativa», es decir, las secuencias de signos anotan números y nombres alusivos a lugares y a atributos regios. Los nombres comunes que eventualmente aparecen («plantación», «montaña») son, en realidad, partes de las designaciones de lugar. No se trata, por tanto, de una escritura pensada para anotar mensajes lingüísticos predicativos, sino para cuantificar y nombrar una serie muy concreta y limitada de referentes de la realidad.

e) Algunos de estos nombres se escriben con signos-emblemas (como el del estandarte con el bucráneo) que participan de una tradición figurativa no-escrituraria previa, lo cual entronca formalmente esta incipiente escritura con formas anteriores de comunicación visual (§ 204).

f) Las inscripciones proceden de un contexto muy específico: una tumba regia, y tienen, por tanto, un sentido marcadamente áulico y ritual (§§ 193, 196–198).

§ **186.** Después de su hallazgo, Dreyer siguió excavando en el cementerio U de Umm el-Qaab e hizo otros importantes descubrimientos. En dos tumbas anteriores a la tumba U-j, la U-134 y la U-546, del segundo tipo descrito en el § 176 y fechadas en Nagada IIc–d/IIIa1, c. 3400–3300 aC, aparecieron sendos vasos de cerámica con una «inscripción» en tinta roja. Se trata de un solo signo, el del arco hacia abajo del que desciende una línea ondulada, que ya hemos visto en las etiquetas de la tumba U-j y que hemos identificado como el signo *grḥ*, «oscuridad» y, por extensión, «occidente» (fig. 5.8). El problema es: ¿estamos ya ante un signo de escritura? Puesto que el signo está aislado es difícil afirmarlo de manera definitiva, pero lo cierto es que se cumplen varios de los criterios que apuntábamos más arriba (§ 178) para discriminar secuencias escritas (el *b*, el *c* y el *g*, y tal vez el *f* y el *h*). ¿Estamos ante un primerísimo

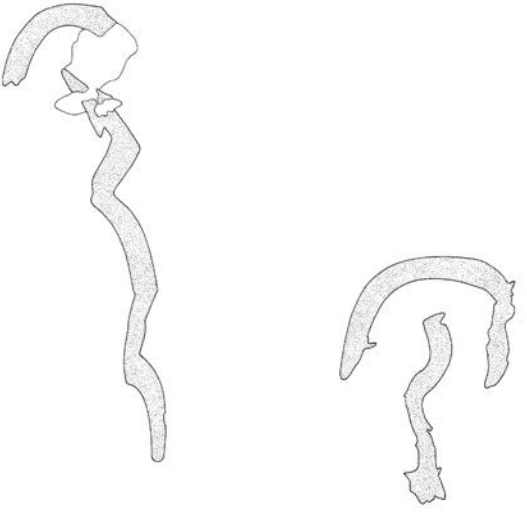


Fig. 5.8. Signos pintados en vasos cerámicos procedentes de las tumbas U-134 y U-546 del cementerio de Umm el-Qaab, en Abidos (de: Dreyer *et al.* 1998: 82, fig. 55).

uso de logogramas aislados, previo a la aparición de secuencias algo más complejas? ¿Se alude aquí al «Occidente» o a una finca situada al occidente? Volveremos sobre esta cuestión más abajo (§ 206). Que seguimos estando ante enterramientos «regios», en todo caso, lo demuestra el hecho de que fue en una tumba contemporánea, la U-547, donde apareció el ya mencionado fragmento superior de un cetro *heqat* de marfil, como el de la tumba U-j (§ 176).

§ **187.** Finalmente, en una tumba posterior a la U-j, la U-s, que pertenece al quinto tipo de las descritas en el § 176 y es, por tanto, de las más recientes del cementerio U (Nagada IIIa2–IIIb, c. 3250-3200 aC), fueron exhumados dos vasos con sendos *serekhs* escritos en tinta negra, los más antiguos documentados en un contexto arqueológico bien definido y regio (fig. 5.9). El *serekh* histórico (de *srḫ*, «hacer saber»; §§ 7*b*, 200) consiste en un rectángulo vertical, que representa la planta del recinto del palacio real, dividido en dos registros; el inferior reproduce, en alzado, el motivo de la «fachada de palacio», es decir, de los muros modulados en entrantes y salientes (como en el determinativo de la palabra), mientras que en el superior se escribe el «nombre de Horus» del rey en jeroglíficos. Sobre el rectángulo, se halla perchado el halcón Horus. En efecto, rey, palacio y Horus son tres realidades consubstanciales y «concéntricas», según una noción que caracteriza la monarquía faraónica desde los comienzos (el rey se identifica con Horus que personifica el cosmos y con el palacio real concebido como microcosmos). La aparición del *serekh* señala el comienzo de la dinastía 0, a la que pertenecen los reyes enterrados en el sector sur del cementerio U y en el sector norte del

cementerio B (§ 175, fig. 5.3). Ahora bien, los *serekhs* de la tumba U-s no comportan aún todos los elementos descritos, sino que presentan solo el rectángulo con la fachada de palacio en el registro inferior (evocada simplemente mediante una serie de líneas verticales paralelas) y un registro superior reducido a la mínima expresión y vacío. Son, en efecto, meras «marcas de realeza», que denotan genéricamente al rey e indican

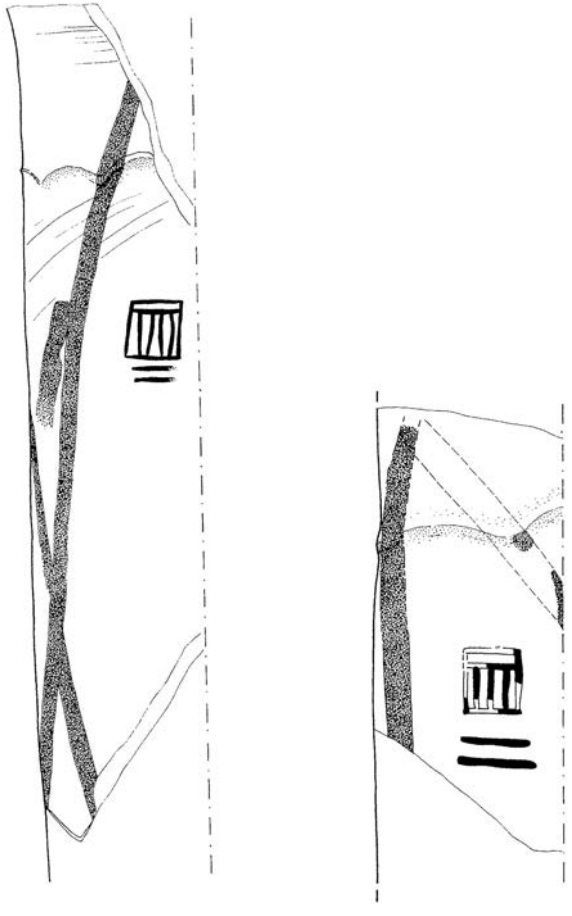


Fig. 5.9. *Serekhs* pintados sobre vasos cerámicos procedentes de la tumba U-s del cementerio de Umm el-Qaab, en Abidos (de: Dreyer *et al.* 1998: 88, fig. 59).

que los vasos en que están pintados le pertenecen (menos probable es que se trate, simplemente, de alusiones al palacio como lugar de procedencia de las ofrendas, a juzgar por el uso inmediatamente posterior del *serekh* en el mismo contexto, siempre inscrito con un nombre real). Los reyes de la dinastía 0 inicial se hacen designar mediante un signo genérico, funcional más que onomástico, un poco como sucedía con los signos de animales alusivos al rey de las inscripciones de la tumba U-j (§ 180). Es decir, no parece que uno de los objetivos de la más temprana escritura egipcia haya sido el de dejar constancia de los nombres propios de los reyes. La «definición ritual» de las ofrendas funerarias (cuantificación, procedencia, propiedad...) parece ser la motivación primera de esta escritura. Volveremos sobre esta cuestión más abajo (§§ 197–198). Otros ejemplos de *serekhs* sin nombre de la dinastía 0 temprana proceden de otras partes de Egipto.

§ **188.** Aunque en la actualidad la interpretación de la escritura de la tumba U-j ofrecida por Dreyer, con los matices y complementos aportados por otros autores como Vernus y Kahl, es aceptada de manera prácticamente unánime, no han faltado autores que la han cuestionado en su conjunto o en aspectos concretos. Así, el egiptólogo británico John Baines ha puesto en duda que las inscripciones de la tumba U-j codifiquen ya mensajes lingüísticos propiamente dichos, es decir, anoten el lenguaje fonético y, por tanto, puedan leerse. Está de acuerdo en que se trata de escritura, pero de una escritura que responde a un código simbólico más que propiamente lingüístico. «No se puede saber cómo una anotación semejante habría sido realizada en el habla», explica Baines refiriéndose a la secuen-

cia que más arriba hemos leído como *ḏw grḥ*, «la Montaña de la Oscuridad» o «de Occidente». Lo que anotan las inscripciones de la tumba U-j son, según él, conceptos que hacen referencia a lugares concretos, independientemente de la designación de esos conceptos en el habla real. Pero la posición hipercrítica de Baines no es compartida por los demás especialistas por dos razones. En primer lugar, porque plantea una situación excesivamente abstracta, ya que se hace difícil imaginar una disociación entre, por ejemplo, la representación de una cifra y la palabra que la designa en la lengua específica de quien produce esa representación. Y en segundo lugar, porque, como hemos visto (§§ 180–184), muchas secuencias se dejan leer bien siguiendo los principios de la escritura jeroglífica ya definitivamente formada (§ 178, indicio *f* de discriminación de escritura fonética) y algunas son idénticas o muy parecidas a las grafías posteriores de los nombres que anotan (§ 184). Es obvio que los principios de la escritura jeroglífica tuvieron que aparecer en algún momento, y no hay ninguna razón objetiva que impida que pudiera ser en el contexto de la tumba U-j. Tal vez la posición de Baines esté determinada aún por un cierto prejuicio de que la escritura egipcia no puede ser «tan temprana».

§ **189.** Por su parte, la egiptóloga belga Ilona Regulski, especialista en epigrafía y paleografía arcaicas, ha cuestionado que los *dipinti* sobre cerámica y las inscripciones de las etiquetas respondan a un mismo código. Para ella, las segundas son verdadera escritura fonética, de acuerdo con la interpretación de Dreyer, pero los primeros responden a una tradición distinta y no pueden considerarse secuencias escritas. En efecto, por

una parte, los *dipinti* y las etiquetas presentan, según ella, repertorios diferentes de signos, puesto que comparten tan solo dos: los del escorpión y el halcón. Por otra parte, escorpión y halcón son asimismo los únicos signos de los *dipinti* que también se encuentran en la escritura posterior ya definitivamente formada, mientras que los demás son extraños a esta última. Y finalmente, los signos de los *dipinti* son mucho más detallados que los de las inscripciones cursivas o hieráticas de épocas inmediatamente posteriores, por lo que no pueden considerarse los precursores de estos últimos, en contra de lo que sugieren algunos autores (§ 179). A todo esto se añade el hecho de que la técnica empleada para reproducir los signos sobre la cerámica es distinta de la que se había empleado inmediatamente antes (§ 186) y se emplearía inmediatamente después (durante la dinastía 0), a base de un tipo de tinta que no ha quedado completamente absorbido por la cerámica, lo cual es una rareza y aísla los *dipinti* de la tumba U-j como un corpus sin paralelos.

Ninguna de las cuatro objeciones de Regulski parece, sin embargo, conclusiva. Para empezar, *dipinti* y etiquetas comparten más de dos signos, ya que también el árbol, la caña en flor, el rectángulo y tal vez el bucráneo o cabeza de caprino son comunes a las dos series, aunque con las variaciones gráficas debidas a la diferencia de soporte y de técnica de ejecución; si tenemos en cuenta que los signos de los *dipinti* apenas llegan a diez, la proporción de signos comunes resulta más que significativa. Con respecto a los signos que perviven en el sistema de escritura ya definitivamente formado, aparte de que son más de los que Regulski considera (ya vimos cómo Vernus añade, por ejemplo, el signo de la caña en flor y cómo Kahl sugiere

relacionar el signo del estandarte y el bucráneo con el posterior emblema de la diosa Bat: ; § 181), parece lógico que una parte de los signos de la escritura más temprana y en formación no tengan continuidad en la tradición posterior (como el de la concha) o se remodelen (como el del pez, que pasa de representarse en vertical —fig. 5.4— a representarse en horizontal:). Es cierto, en tercer lugar, que el escorpión y el halcón de los *dipinti* son signos detallados, pero también lo es que, en cambio, el árbol, la caña en flor y el rectángulo son muy estilizados, también en relación con sus equivalentes en las etiquetas; que los animales que representan al rey se hayan pintado de manera más cuidadosa en estas secuencias tempranas entra dentro de lo esperable y responde a los modos de representación de estos animales «regios» en el universo gráfico del momento (por ejemplo, en la paleta líbica; § 180, fig. 5.5). Finalmente, que la técnica de pintura de los signos no sea la habitual no parece que sea un argumento para poner en duda su carácter de signos de escritura, y de todo lo dicho no se deduce que los *dipinti* sean un sistema de anotación excepcional, sino más bien todo lo contrario.

§ **190.** Por último, a la interpretación de Dreyer se le han hecho también objeciones más puntuales. Así, por ejemplo, el egiptólogo español Alejandro Jiménez Serrano ha puesto en duda la existencia de signos determinativos en esta temprana escritura argumentando que la función de los determinativos es la de deshacer posibles ambigüedades por homografía entre palabras (§ 153), y que ello no puede suceder en un estadio temprano de la escritura, cuando el léxico anotado es aún muy escaso y, por tanto, no hay posibilidad de coincidencia de pa-

labras homógrafas. Contra esta objeción puede argumentarse que atiende solo a las relaciones entre palabras escritas y no a las relaciones paradigmáticas o sistémicas entre palabras. Es decir, el determinativo pudo servir para discriminar una palabra escrita de palabras susceptibles de ser homógrafas no escritas, precisamente para asegurar su correcta identificación, especialmente si se tiene en cuenta que la exigüidad de estas primeras inscripciones impedía la identificación por contexto. Así, en egipcio *3bw* significa, por ejemplo, tanto «elefante» o «marfil» como «Elefantina»; el empleo del determinativo 𓌻 [DESIERTO-PAÍS MONTAÑOSO-PAÍS EXTRANJERO] era el modo de indicar que se estaba aludiendo al topónimo y no al animal o a la materia prima.

5.3. El origen de la escritura en Egipto: problemática histórica y cultural

§ **191.** Todo cuanto acabamos de exponer plantea o actualiza una serie de problemas historiográficos de gran importancia, a los que dedicaremos las páginas que siguen. En concreto, nos plantearemos cuatro cuestiones: *a*) En el origen de la escritura egipcia, ¿autoctonismo o estímulo exterior?; *b*) ¿Con qué finalidad fue creada la escritura en el valle del Nilo?; *c*) ¿Cuál fue el «universo figurativo» del que emergió la escritura egipcia?; y *d*) En el origen de la escritura egipcia, ¿voluntad o gradualismo?

5.3.1. La primera escritura egipcia ¿es autóctona o responde a un estímulo exterior?

§ **192.** Hasta el último tercio del siglo XX, los orígenes de la civilización egipcia y de sus diferentes aspectos (economía de producción, Estado, escritura...) se habían explicado teniendo como punto de referencia ineludible la realidad mesopotámica o proximoriental en general, que era vista unas veces como causa directa y otras veces como influencia más o menos acusada o como trasfondo inspirador (§§ 172–173). En un primer momento, esto se debió a un problema de registro arqueológico. En efecto, en el siglo XIX y primera mitad del XX, era mucho más lo que se conocía de los orígenes de las culturas del Próximo Oriente que de Egipto, en parte porque el Próximo Oriente, al ser el escenario directo de las narraciones bíblicas, había sido objeto de mayor atención y de más exhaustiva investigación arqueológica, y en parte porque los egiptólogos, ante la monumentalidad de los vestigios de la civilización que estudiaban, se habían dedicado fundamentalmente al Egipto dinástico y habían mostrado mucho menor interés por el Egipto prehistórico y predinástico. Ante la abundancia de datos para una región y la escasez de datos para la otra, la impresión que se tenía era que en el Próximo Oriente habían tenido lugar todos los procesos «constituyentes» de la civilización («revolución agrícola», «revolución urbana», surgimiento del Estado, aparición de la escritura...) y que de aquí esta se había exportado o difundido al resto de regiones vecinas. En muchas ocasiones, se echó mano de modelos abiertamente difusionistas, según los cuales la «civilización» habría sido irradiada desde el Próximo Oriente por grupos de población en procesos migra-

torios violentos («invasiones») o pacíficos («colonizaciones»). En egiptología, esto dio lugar a la teoría de la «raza dinástica», un grupo exógeno, «caucasoide», que se habría impuesto sobre la población autóctona del valle del Nilo egipcio, «camítica», y habría dado origen a la I dinastía, y que sería el responsable de la emergencia de la civilización faraónica en un país hasta el momento culturalmente poco desarrollado (§§ 2-4).

Cuando, en cambio, a partir de los años setenta del siglo XX, los orígenes de Egipto empezaron a ser investigados de manera sistemática y rigurosa a raíz de la campaña lanzada por la UNESCO para el salvamiento de los monumentos de Nubia con ocasión de la construcción de la gran presa de Asuán, los datos empezaron a aparecer en abundancia y acabaron por contradecir la hipótesis de una invasión o de una migración aculturadora desde el noreste. Un nuevo paradigma, el de un origen autóctono de la civilización faraónica, se evidenció entonces y se ha impuesto definitivamente en la actualidad. Han desaparecido las ideas difusionistas y aculturacionistas, y se privilegia la dinámica cultural interna a la hora de explicar ese origen.

§ **193.** La investigación sobre el surgimiento de la escritura en Egipto se inscribe en este nuevo marco teórico. Hasta los años setenta del siglo XX, la abundancia de documentación escrita temprana en Mesopotamia, que permitía una reconstrucción clara del proceso de formación de la escritura sumeria, en contraste con la práctica inexistencia de documentación en Egipto, donde parecía que la escritura apareciera «de repente» un poco antes de comienzos del dinástico, había hecho que diversos autores postularan una relación directa entre los dos sistemas de escritura, y, más concretamente, que el egipcio había sido crea-

do a partir del modelo del mesopotámico. Las cronologías apoyaban esta idea. Para la escritura sumeria, las fechas se remontaban al período de Uruk IV (c. 3250 aC); para la egipcia, apenas al momento de la unificación (c. 3100 aC). Ahora bien, las grandes diferencias entre un sistema y otro evidenciaban que ese «modelo» no podía implicar «copia» o imitación directa, y por eso algunos egiptólogos defendieron, más prudentemente, que Egipto había recibido de Mesopotamia tan solo la «idea» de la escritura.

En la actualidad, sobre todo a partir de los trabajos del Deutsches Archäologisches Institut de El Cairo en Abidos, la independencia genética y estructural de los dos sistemas de escritura ha quedado definitivamente probada. Como escribe Ilona Regulski, una de las mejores conocedoras de la escritura egipcia temprana: «Muchas de estas explicaciones [del origen de la escritura egipcia], que a menudo apelan a una influencia mesopotámica, pueden ser ahora firmemente abandonadas. Y es que la escritura fue una invención autóctona del Alto Egipto». Y ya conocemos la opinión del arqueólogo David Wengrow al respecto (§ 172). Para empezar, el proceso de formación de la escritura egipcia puede reconstruirse hoy ya con notable detalle y fiabilidad, y no hay lugar para discontinuidades provocadas por eventuales irrupciones exógenas. Si hubiera habido una influencia decisiva de un modelo exterior, estos primeros pasos de formación del sistema de escritura egipcio sencillamente no existirían; lo que se documenta en Abidos no es la «adaptación» de un sistema dado, sino una creación *ex novo*. En segundo lugar, las cronologías de los primeros testimonios escritos han retrocedido en Egipto hasta, por lo menos, 3300–3250 aC (§§ 177, 186), es decir, hasta fechas iguales o in-

cluso algo superiores a las de los primeros testimonios de la escritura mesopotámica. Y en tercer lugar, los dos sistemas de escritura son demasiado diferentes como para que uno haya inspirado al otro. Es cierto que ambos están basados en signos-imagen o semagramas y signos-sonido o fonogramas (§§ 139, 157), pero mientras que en egipcio los primeros son los esenciales y los segundos, conceptualmente, no son más que «apoyos de lectura» de los primeros, en cuneiforme el uso de los semagramas es muy restringido. En cuanto a los fonogramas, en egipcio pueden ser, como sabemos (§§ 47, 139 ss.), mono-, bi- o triconsonánticos, mientras que en cuneiforme se trata de signos silábicos (consonante-vocal, vocal-consonante, consonante-vocal-consonante). Desde un punto de vista «formal», los jeroglíficos fueron siempre pictográficos y representaron seres y objetos de la realidad (el hierático fue un sistema paralelo que no supuso nunca la desaparición del jeroglífico), mientras que la escritura mesopotámica derivó de lo pictográfico (que desapareció) a lo *cuneiforme*, es decir, del signo que representa un objeto de la realidad al signo convencional a base de impresiones de la punta de un estilete en la arcilla fresca, llamadas *cuñas* (§§ 41, 169, 226). Ni un solo signo jeroglífico parece «copiar» o «imitar» en lo figurativo un signo mesopotámico, lo cual hace difícil la idea del «modelo». Finalmente, la escritura egipcia nace directamente vinculada al rey y a su ritual funerario, y tiene, por tanto, un alcance áulico y mágico (§§ 185*f*, 196–198), mientras que en Mesopotamia aparece ligada a la economía de los templos sumerios, y tiene una finalidad registral y contable. También en lo ideológico y en los usos, pues, la escritura tiene un alcance completamente distinto en Egipto y Mesopotamia. Esto explica por qué era estadísticamente más difícil documen-

tar los orígenes de la escritura en un mundo que en otro. En efecto, en Egipto había que ir a buscar específica y únicamente en la necrópolis de los reyes del Alto Egipto de finales del predinástico, en Abidos, mientras que en Mesopotamia la escritura podía aparecer en el archivo de cualquiera de los numerosos templos arcaicos del sur del país, como fue el caso.

§ **194.** Tampoco la propuesta de una transmisión de la «idea» de la escritura de Mesopotamia a Egipto tiene mayor predicamento en la actualidad. En efecto, si no se trató de una transmisión ni en lo meramente figurativo (lo más fácil de transmitir), ni en el valor y función de los signos, ni en los usos y la ideología de la escritura, si los egipcios «diseñaron» sus signos a partir de su propio universo figurativo, si les dieron un valor fonético, logográfico y semántico específico (§ 185*c*) y si destinaron la escritura a los usos que les demandaba su sistema de creencias, la hipótesis de una transmisión de la «idea de escribir» resulta excesivamente abstracta e indemostrable, aparte de no explicar nada y resultar, por tanto, innecesaria. Las cronologías, por otra parte, como sabemos, tampoco la secundan. La escritura egipcia y la mesopotámica nacieron de manera autónoma y prácticamente simultánea, y es la cercanía geográfica de Egipto y Mesopotamia lo que genera en nosotros observadores la ilusión de la necesidad de una relación en algún sentido. Las escrituras china o mesoamericana nacen también de manera autónoma (en el siglo XIV aC y en la primera mitad del I milenio aC, respectivamente), pero lo hacen en regiones tan distantes y en fechas tan avanzadas que no cuestionamos su independencia con respecto a los sistemas más antiguos. En todo caso, demuestran que hubo procesos de invención de la escri-

tura independientes del mesopotámico y que, por tanto, la escritura tiene unos orígenes poligénicos. La egipcia es, pues, una de las ramas autónomas de esa poligénesis (§ 171).

5.3.2. El «móvil» de la primera escritura egipcia: ¿administración o magia?

§ **195.** Como hemos visto, los antiguos planteamientos acerca de la aparición de las primeras escrituras hacían del proceso sumerio, considerado el más antiguo y, de algún modo, el precursor de los demás, un modelo paradigmático, necesario y universal. Esto tenía un corolario muy importante en relación con las causas de la aparición de la escritura. En efecto, puesto que en Mesopotamia la escritura nace para satisfacer las necesidades de la contabilidad y la administración de los templos, es decir, con fines administrativos y económicos, se consideraba que la finalidad inicial de toda escritura tenía que ser necesariamente utilitaria y estar relacionada con la actividad económica. Esta noción ha estado tan arraigada en la historiografía que incluso quienes desvinculaban el origen de la escritura egipcia de cualquier influencia mesopotámica la aceptaban sin cuestionársela. Un segundo preconcepto la reforzaba: la idea de que la administración del Estado necesita de la escritura, y de que Estado y escritura van parejos. Pero la historia y la etnografía dan cuenta de numerosos ejemplos de estados tempranos, a veces complejos, que no conocen la escritura, el más notorio de los cuales es el imperio inca. Es decir, una administración compleja es posible sin el concurso de un sistema de escritura.

§ **196.** Ahora bien, en el caso de Egipto, el registro arqueológico actual contradice abiertamente la idea de un origen utilitario de la escritura. En efecto, como hemos visto (§§ 177 ss., 186), los primeros testimonios escritos proceden, en términos absolutos, de la necrópolis real de Abidos, es decir, de un contexto regio y funerario. Formaban parte del ajuar de las tumbas reales y han sido exhumados de estas. Este hecho es de la mayor importancia y debe ser valorado en su justa medida y con todas las consecuencias. Porque una tumba es un «antiarchivo» o un «antirregistro» por definición; su finalidad está en las antípodas de cualquier finalidad administrativa o utilitaria, en el sentido profano del término. Lo que en ella se deposita no va a ser visto nunca más. La «consulta», razón de ser de cualquier registro administrativo, es impracticable. La escritura de la tumba U-j no puede ser administrativa porque la tumba U-j no es un archivo. Los autores que atribuían a las inscripciones y etiquetas de la tumba U-j un valor administrativo (el propio Günter Dreyer entre ellos) las veían como meras anotaciones prácticas relacionadas con el flujo comercial de los productos a ellas asociados y presuponían la existencia de inscripciones y etiquetas equivalentes funcionando en los circuitos económicos o depositadas en archivos (Dreyer, por ejemplo, ve en el hecho de que tres etiquetas de la tumba U-j fueran «reutilizadas» —se borró la inscripción original y se grabó otra— la prueba de un uso utilitario de las mismas previo al funerario). Pero de todo esto no hay ninguna constancia, y semejante interpretación infravaloraba el contexto funerario en que esta temprana escritura había aparecido —con las importantes implicaciones culturales que ello supone— para atribuir a las inscripciones funciones y usos no documentados. Se afirmaba asi-

mismo que los textos administrativos se escribieron sobre todo, por definición, sobre materiales perecederos, razón por la cual no se han conservado. Pero es evidente que la historia debe construirse en primera instancia sobre el registro tangible, porque siempre cabe la posibilidad de que lo no documentado no lo esté porque jamás existió. Y en todo caso, lo que no procede es infravalorar o reinterpretar el registro existente en virtud de una documentación que se postula perdida.

Así, en los últimos años, el carácter funerario y ritual de las inscripciones de la tumba U-j ha sido reivindicado como determinante para la comprensión de las causas de la aparición de la primera escritura egipcia. Algunos autores, como el arqueólogo David Wengrow, han analizado los aspectos formales de la cuestión. En efecto, los signos grabados en las etiquetas de la tumba U-j muestran un grado de detalle y de elaboración (talla, pulido, pintura en negro) que ya de por sí hacen poco probable una función utilitaria. El tamaño mismo de las etiquetas (§ 182), y consiguientemente de los signos, implica un trabajo de notable precisión y la intervención de mano de obra especializada. Escribe Wengrow refiriéndose en general a las etiquetas predinásticas y de la I dinastía (§ 201): «Si la anotación de detalles administrativos hubiera sido su principal propósito, ¿acaso no se habrían utilizado formas de anotación más económicas, como tal vez se utilizaron sobre soportes efímeros que no han sobrevivido? Hay que tener en cuenta también que, a pesar de su pequeño tamaño, las etiquetas eran artefactos complejos, cuya manufactura requería de un trabajo experimentado e intensivo». Para Wengrow, con su contenido relativo a las dimensiones o a la procedencia de los bienes del ajuar funerario, las etiquetas creaban una «biografía

oficial» de tales bienes, «asociándolos a la celebración del ritual regio más que a la esfera mundana del trabajo y el intercambio humanos».

§ **197.** Ahora bien, desde el punto de vista de los contenidos, ¿cuál puede ser el sentido de una «escritura funeraria»? Los *dipinti* y las etiquetas de la tumba U-j recogen esencialmente dos tipos de secuencias: nombres (alusiones a las «cualidades» regias que sirven como designaciones del rey —§ 180—, nombres de fincas o de ciudades) y cifras. Son precisamente las cifras y los nombres de lugares los que han hecho pensar en un contenido administrativo. Pero es preciso no olvidar que este tipo de datos se recoge también en los textos funerarios egipcios posteriores, que a nadie se le ocurriría considerar «administrativos». En seguida volveremos sobre ello. Y, por otro lado, conviene tener presente un aspecto fundamental relacionado con la cosmovisión: el nombre (*rn*) de personas y cosas es para los antiguos egipcios consustancial con ellas, las define, las actualiza, les confiere esencia y realidad, vida; se trata, de hecho, de uno de los elementos constitutivos de los seres y los objetos del mundo creado (al igual que el *ka* o fuerza vital, el *ba* o espíritu móvil y el *akh* o espíritu «eficaz»). La perpetuación del nombre del difunto y de sus títulos en las inscripciones funerarias le asegura la existencia en el más allá y permite que las ofrendas queden eternamente vinculadas a él. Los nombres de las fincas de procedencia de las ofrendas, la cuantificación de estas, son mecanismos de definición y de «actualización eterna» de las propias ofrendas, característicos del ritual funerario egipcio de todas las épocas y que tienen aquí, precisamente, su primera expresión. En efecto, la finalidad de

estas primeras secuencias escritas es eminentemente mágica: se trata de que el lenguaje (siempre esencial en el ámbito ritual: § 170) participe como todos los demás elementos del rito y del ajuar en asegurar al difunto su existencia eterna, en este caso mediante la perpetuación de las cifras y de los nombres de lugar que definen las ofrendas y su afluencia. Por escribir esos nombres y esas cifras, las ofrendas no cesarán de existir, las fincas y ciudades no dejarán de proveerlas y el difunto no dejará de «vivir».

§ **198.** Esto explica que encontremos exactamente los mismos elementos básicos en la iconografía y en los textos funerarios posteriores. Por tomar solo un ejemplo entre miles, la decoración de la estela de la princesa Nofretiabet, de la IV dinastía, hoy en el Museo del Louvre (E 15591; fig. 5.10), consiste en una imagen sedente de la difunta ante una tabla de ofrendas; sobre su cabeza aparecen su título (*s3t-nswt*, «hija del rey»; para esta grafía: § 167) y su nombre (*Nfrt-i3bt*), y delante de ella se enumeran y cuantifican las ofrendas. En el registro central superior, se consigna por su nombre una serie de ofrendas rituales: incienso, aceite, malaquita, galena, higos, vino... Debajo de la mesa de ofrendas, se disponen las ofrendas comunes, como es habitual cuantificadas por miles ( ): pan ( ), cerveza ( ), carne de vacuno ( ), carne de ave ( ), carne de caza ( ), lino ( ) y alabastro ( ). Finalmente, a la derecha, en diversos registros superpuestos, se alude a tres tipos de tejidos y se consigna el número de piezas y sus medidas; por ejemplo: «tejido-*idemi* ( ) mil ( ) piezas de cien ( ) codos cuadrados, mil ( ) piezas de noventa ( ) codos cuadrados, mil ( ) piezas de ochenta ( ) codos cuadrados y mil ( ) piezas

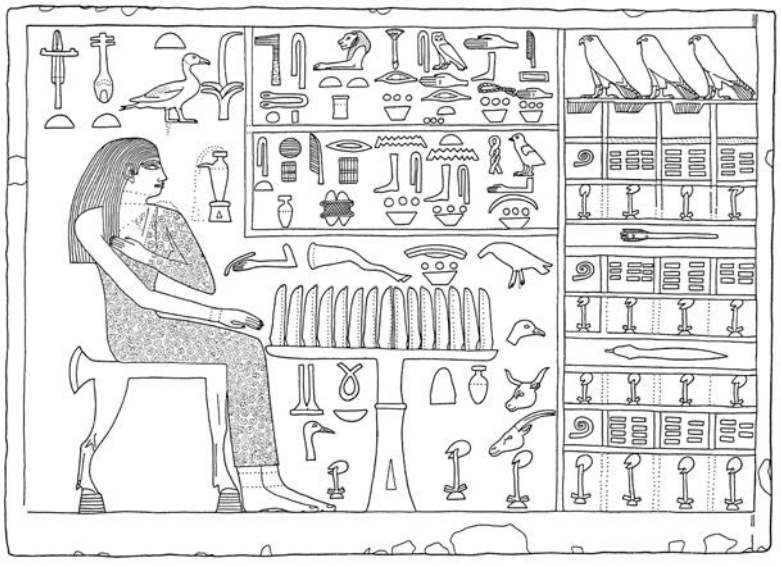


Fig. 5.10. Estela de Nofretiabet, hoy en el Museo del Louvre (de: Ziegler, Ch. *Musée du Louvre. Catalogue des stèles, peintures et reliefs égyptiens de l'Ancien Empire et de la Première Période Intermédiaire*. París: Réunion des musées nationaux, 1990: 188).

de setenta (𓍢) codos cuadrados». Los signos que sirven para anotar las cifras (centenas y decenas) son los mismos que en las etiquetas de la tumba U-j (§ 182). Como es lógico, nadie ha propuesto ver en esta estela un texto administrativo. Es evidente, por tanto, que tampoco hay que considerar como tales las inscripciones de la tumba U-j.

La decoración de las tumbas egipcias consiste siempre en imágenes y listas, a veces exhaustivas y detalladas, de ofrendas cuantificadas; los programas iconográficos de los complejos piramidales del Reino Antiguo contienen, desde Snofru, primer rey de la iv dinastía, las listas de las fincas de donde proceden las ofrendas del ajuar y del culto funerario; en todos los sepulcros decorados con inscripciones, de reyes y de particula-

res, el nombre propio del difunto ocupa un lugar destacado, a veces repetido hasta la saciedad. La finalidad de todas estas imágenes y menciones es *realizativa*, mágica: su mera existencia en el sepulcro asegura el aprovisionamiento de vituallas y la continuidad de la existencia del difunto en el más allá. No hay ninguna razón para dar a las cifras y a los nombres de fincas y de ciudades de las inscripciones de la tumba U-j un sentido administrativo, tanto más cuanto que el contexto no lo autoriza. En conclusión podemos decir, pues, que la escritura nace en Egipto como una prerrogativa regia, en un contexto exclusivamente real, y con una finalidad mágica y ritual relacionada con el culto funerario del rey difunto.

§ **199.** Que la escritura surja en Egipto con finalidades de orden simbólico no es, por otra parte, algo excepcional. De los cinco sistemas primarios de escritura de los que hablábamos al comienzo de este capítulo (§ 171), dos, el mesopotámico y el del valle del Indo, surgieron para satisfacer necesidades administrativas. Pero los orígenes de los otros tres están vinculados al mundo de las creencias y el ritual. Así, aparte de Egipto, en China la escritura apareció a mediados del II milenio aC en el contexto de las prácticas adivinatorias (inscripciones logográficas «oraculares» sobre huesos planos de animales o caparazones de tortugas, que anotan los resultados de la adivinación), y en Mesoamérica surgió para celebración de las elites de las nuevas sociedades complejas aparecidas en el Período Formativo Antiguo o Medio, a fines del II y principios del I milenio aC (placas u objetos de piedra olmecas, con nombres de dioses, nombres y títulos de persona y fechas del calendario ritual). También las causas del origen de muchos sistemas de escritura

secundarios, como el propio alfabeto, se hallan en la esfera de las prácticas religiosas y rituales (§ 221*e*).

§ **200.** Volviendo a Egipto, es cierto, sin embargo, que el invento se «extiende» rápidamente a otros campos. Así, en un segundo momento, en pleno Nagada III (dinastía 0), la escritura trasciende el uso simbólico-funerario y alcanza un uso simbólico-cultual, siempre en un contexto exclusivamente regio. Este uso se registra en los llamados «documentos de la unificación» (§ 203*b*), paletas y cabezas de maza votivas con iconografía y pequeñas inscripciones consistentes en cifras, topónimos, nombres de reyes y títulos regios o privados, depositadas en los templos por los reyes como objetos votivos (son conocidos ejemplos la ya mencionada paleta líbica —fig. 5.5—, la cabeza de maza del rey Escorpión, la paleta de Narmer y la cabeza de maza de Narmer). Una de las innovaciones escriturarias de este momento es el *serekh*, que aparece primero como una «marca de realeza» (§ 187) y posteriormente como signo en cuyo interior se escribe el nombre propio del rey. Se trata de la primera documentación segura de antropónimos reales, los de los reyes de la llamada dinastía 0 (Iry-Hor y Ka, predecesores de Narmer). El «nombre de Horus» es el más antiguo de los cinco títulos que, en época dinástica, compondrán la titulatura faraónica y el único que tuvieron los reyes de la dinastía 0.

En esta etapa, la distinción formal que ya veíamos en la tumba U-j entre inscripciones pintadas, más cursivas, e inscripciones grabadas, propiamente jeroglíficas (§ 179), se mantiene. Así, el *serekh* aparece pintado (o inciso) sobre vasos de ofrendas y esculpido en paletas o cabezas de maza votivas, es decir, tanto en contexto funerario como cultual. En una serie de vasos pro-

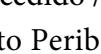
cedentes de las tumbas de los reyes de la dinastía 0 Iry-Hor y Ka en Umm el-Qaab, situadas algo al sur de la tumba U-j (cementerio B; § 175, fig. 5.3), el *serekh* va acompañado de una breve inscripción pintada en escritura cursiva, de la que se documentan dos variantes. En ellas, como en las inscripciones de los vasos de la tumba U-j, se da cuenta de los lugares de procedencia de las ofrendas, pero, por primera vez, se alude de manera genérica, alternativamente, al «Alto Egipto» o al «Bajo Egipto». Esto indica que en este momento inmediatamente previo a la unificación la «lectura» dual del territorio egipcio empieza a gestarse. Una de las variantes reza, por ejemplo (fig. 5.11): *Šmʿw ip*, que puede interpretarse como «Alto Egipto (*Šmʿw*) – aportación (*ip*)» u «ofrenda (procedente del) Alto Egipto». Que no se trata de una anotación administrativa aunque el significado básico de la raíz *ip* sea «contar», «asignar» lo demuestra, además del contexto gráfico y arqueológico, el hecho de que el «Alto» y el «Bajo Egipto» como tales no fueron nunca unidades adminis-

Fig. 5.11. Inscripción pintada sobre un vaso cerámico procedente de la tumba del rey Ka en el cementerio de Umm el-Qaab, en Abidos (de: Petrie, W. M. F. *Abydos I*. Londres: Egypt Exploration Fund, 1902: lám. 1.4).

trativas, sino de orden simbólico-territorial. Este tipo de inscripciones se documenta hasta los primeros reinados de la I dinastía.

§ **201.** En un tercer momento, ya en plena I dinastía, el despliegue de la escritura jeroglífica se hace mucho más amplio y se diversifica, y el sistema se perfecciona. Las tumbas reales, en Abidos, se identifican por medio de estelas que llevan esculpido el *serekh* de cada rey. La titulatura faraónica se enriquece con dos títulos más, de carácter dual, el de *ny-swt-bity*, «Rey del Alto y Bajo Egipto», y el de *nbty*, «Las Dos Señoras» (diosas tutelares del Alto y Bajo Egipto) (§§ 22*a*, 166). En las etiquetas funerarias, siempre regias, las ofrendas pasan a ser designadas por su nombre y definidas en su esencia y calidad, se mencionan por sus nombres y títulos los funcionarios adscritos al suministro del ajuar, y se introducen menciones analísticas, es decir, se consignan los «acontecimientos» (siempre rituales) que definen el año de reinado en que la ofrenda ha sido elaborada o preparada para ser destinada al ajuar funerario. La finalidad sigue siendo, pues, funeraria y definidora de las ofrendas, aunque se documenta un nuevo uso cultual de la escritura: el registro analístico. La escritura jeroglífica pasa a emplearse asimismo en los sellos cilíndricos (que nosotros conocemos por sus impresiones sobre arcilla), cuyas inscripciones recogen básicamente nombres y títulos regios, nombres y títulos de altos funcionarios y nombres de haciendas regias. Además, durante la I dinastía, el uso de la escritura deja de ser prerrogativa exclusivamente regia y se extiende a los particulares (entorno regio y altos oficiales), siempre en el ámbito funerario: estelas con los nombres y títulos de los personajes. A finales de la II dinastía aparece lo que ya podemos considerar la

escritura hierática definitivamente formada (durante la I dinastía no hay testimonios de escritura cursiva, aunque sí hay evidencias indirectas de su existencia sobre soportes blandos que no se han conservado: §§ 56*b*, 78). Se trata de inscripciones pintadas sobre vasos de piedra, originalmente de uso ritual, pero hallados en la subestructura de la pirámide escalonada de Netjerkhet (Djeser) en Saqqara, a modo de ofrendas funerarias destinadas a este rey pero procedentes de sus antepasados.

Hasta la Época Tinita, la escritura se basa en lo que Vernus llama «enunciados-títulos», es decir, en una o pocas palabras que componen un titular. Es a partir de fines de la II dinastía cuando los textos empiezan a hacerse «gramaticales» y predicativos, discursivos, y a transcribir el lenguaje en toda su complejidad morfosintáctica (§§ 16–17). El ejemplo más antiguo de frase que comporta una predicación completa documentado hasta hoy procede de una impresión de sello cilíndrico del rey Peribsen, probablemente el penúltimo de la II dinastía (fig. 5.12). En ella aparecen por primera vez formas verbales conjugadas y complementos nominales y verbales introducidos o no por preposiciones. El texto, dispuesto en seis pequeñas columnas orientadas de izquierda a derecha, reza: / / / /  / *sḏ3 ḫt nb(t) / nbt / nbi / wḏ.n=f / t3wy n s3=f / ny-swt-bity Pr-ib-sn*, «Sellar toda cosa / dorada. / El ombita [= el dios Set], / (él) ha concedido / las Dos Tierras a su hijo, / el Rey del Alto y Bajo Egipto Peribsen» (*nbi*, escrito con inversión gráfica de dos signos, es un adjetivo *nisbe* sustantivado —§ 7*g*— a partir del topónimo *Nb*(*wt*), «Ombos», ciudad del Alto Egipto sede del culto de Set, y funciona como sujeto nominal anticipado de la forma verbal que sigue, *wḏ.n=f*, que es un perfecto —§ 22*c*).

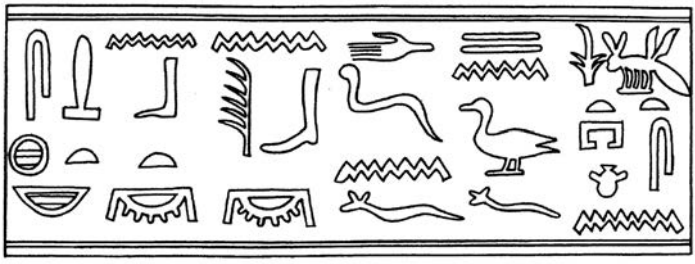


Fig. 5.12. Impresión de sello cilíndrico de Peribsen (de: KAPLONY, P. *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit*. 3 vols. Wiesbaden: Harrassowitz, 1963: III, lám. 95, fig. 368).

§ **202.** Estrictamente hablando, documentos propiamente «administrativos» no los tenemos hasta el Reino Antiguo (§§ 17, 56*b*). Se trata de una aplicación muy secundaria de la escritura, de una función derivada, no de su razón de ser. Esto no significa, sin embargo, que los egipcios tardopredinásticos no tuvieran ningún sistema de anotación «utilitario». En efecto, parece que para los usos administrativos del día a día, tanto estatales como locales, se empleó un sistema alternativo a la escritura: el de las llamadas *pot-marks* o marcas de ceramista (fig. 5.13), que se utilizaron contemporánea y paralelamente a la primera escritura. Si bien algunos autores han relacionado las *pot-marks* con el origen de la escritura, esta tesis ha sido descartada, y en la actualidad se considera que se trata de un sistema de anotación totalmente independiente (las *pot-marks* existen, por ejemplo, en civilizaciones sin escritura, y en Egipto las hubo desde el Neolítico hasta el final de los tiempos faraónicos). Este sistema procede por marcas que remiten al contenido del recipiente o a topónimos o entidades administrativas, un poco como los símbolos de embalaje actuales.

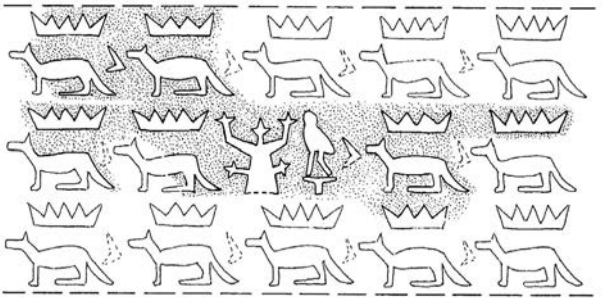
Fig. 5.13. Ejemplos de *pot-marks* o marcas de ceramista de la Época Tinita (de: Petrie, W. M. F. *The Royal Tombs of the First Dynasty I*. Londres: Egypt Exploration Fund, 1900: láms. 47.315/357, 49.477, 50.525/563, 51.664, 56.1119, 57.1301).

5.3.3. *¿Cuál fue el universo figurativo del que emergió la escritura egipcia?*

§ **203.** La escritura de la tumba U-j no fue el único sistema gráfico que utilizó el Estado egipcio naciente. Los especialistas distinguen, por lo menos, cuatro tradiciones gráficas contemporáneas a la primera escritura:

a) *Las impresiones de sellos cilíndricos* (fig. 5.14*a*). Aunque el sello cilíndrico es como tal un préstamo cultural procedente de Elam y de la Baja Mesopotamia en el contexto de una red de intercambios que relacionó el Alto Egipto con esas regiones desde fines de Nagada II hasta Nagada IIIb (para interrumpirse bruscamente después), se trata de un elemento integrado y adaptado a las necesidades de expresión de la cultura de la elite egipcia. Así, los motivos representados son plenamente egipcios y solidarios con los de los demás modos de expresión figurativa y gráfica del momento. En la impresión de sello de la fig. 5.14*a*, por ejemplo, procedente de la tumba U-210 de Umm el-Qaab fecha-

a



b

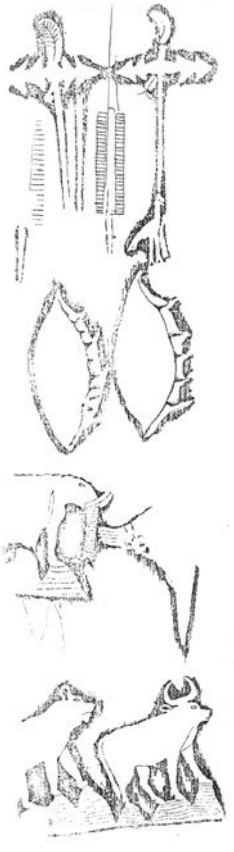


Fig. 5.14. a) Impresión de sello cilíndrico procedente de la tumba U-210 del cementerio de Umm el-Qaab, en Abidos (de: HARTUNG, U. «Prädynastische Siegelabrollungen aus dem Friedhof U in Abydos (Umm el-Qaab)». *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts-Kairo* 54 (1998): 187-217 [201, fig. 8]); b) Detalle de los grafitos del coloso de Min procedente de Coptos que se guarda en el Museo de El Cairo (de: DREYER *et al.* 1998: 177, fig. 104).

da en Nagada IIc-d (§ 176, fig. 5.3), se representan, por un lado, filas alternas de dos signos que se repiten varias veces: un cánido recostado y un signo geométrico a base de triángulos parecido a las representaciones de montañas de las cerámicas decoradas contemporáneas, y por otro, en el centro, la cabeza de la diosa vaca Bat con estrellas en la frente, en los cuernos y en las orejas y un pájaro perchado. Aunque no se trata de signos jeroglíficos ni de mensajes lingüísticos, algunos de estos iconos son los mismos que hallaremos poco después en la escritura (,) o muy parecidos (, § 181; los jeroglíficos de pájaros perchados serán muy comunes: tablas 4.6, 4.7). Durante Nagada IIc-d y Nagada IIIa-b, los sellos cilíndricos se utilizan como soportes de este tipo de mensajes simbólico-figurativos. Durante las primeras dinastías, sin embargo, una vez ya formada la escritura, pasarán a ser soporte de breves inscripciones (§ 201, fig. 5.12).

b) *Los documentos de la unificación*, de los que ya hemos hablado (§ 200). A las paletas y cabezas de maza ya mencionadas cabe añadir los mangos de cuchillo de marfil. Se trata de objetos de prestigio de carácter votivo (algunos de ellos fueron hallados, por ejemplo, en el templo arcaico de Hieracómpolis, porque allí fueron depositados como objetos votivos por los reyes unificadores). Los más antiguos datan de Nagada IIc-d. Los mangos de cuchillo presentan solo iconografía; en las paletas y cabezas de maza la iconografía es dominante, pero, como queda dicho (§ 200), se incorporan también algunos jeroglíficos aislados. Esta iconografía supone la primera codificación de la ideología de la monarquía faraónica (temas como la dialéctica orden-caos, la caza, la guerra, la victoria y el ritual, que caracterizarán para siempre esa ideología). También aquí, muchos motivos figurativos participan del mismo universo plásti-

co que los signos de la escritura temprana. Este tipo de soporte, sin embargo, desaparecerá bruscamente después de Narmer (primer rey de la I dinastía), y esa ideología pasará a ser expresada a través de otros canales o soportes, como las etiquetas vinculadas a las ofrendas (§ 201).

c) *Los grafitos de los colosos de Coptos* (fig. 5.14*b*). En esta localidad del área del antiguo protorreino de Nagada (§ 174) se levantó en Nagada IIIa un santuario dedicado al dios local Min en el que se erigieron por lo menos tres estatuas colosales itifálicas de la divinidad (hoy fragmentarias, pero que alcanzaron unos 4 m de altura). Actualmente, una de ellas se encuentra en el Museo de El Cairo (JE 30770) y las otras dos en el Ashmolean Museum de Oxford (1894–105d-e). En ellas se esculpieron una serie de iconos la mayoría de los cuales recuerda muy de cerca algunos signos de los *dipinti* y de las etiquetas de la tumba U-j (la concha, la cabeza de antílope, un cánido recostado y, sobre todo, el elefante sobre montañas, al que aquí se añaden un bóvido y un cánido también sobre montañas). Está claro que, en este caso, no se trata de secuencias escritas, pero la semejanza gráfica de este repertorio de iconos con los signos de escritura de la tumba U-j es evidente.

d) *Las pot-marks*, de las que hemos hablado un poco más arriba (§ 202).

Como puede verse, pues, la escritura de la tumba U-j aparece en un momento en que diversos códigos gráficos son utilizados en el Alto Egipto para vehicular la ideología del Estado o bien en el contexto del culto o de la administración (*pot-marks*). Según el egiptólogo británico Barry J. Kemp, todos estos códigos forman parte de la cultura egipcia «preformal».

Pero cuando la escritura se desarrolla y despliega todo su potencial, los demás sistemas van siendo paulatinamente abandonados, de manera que la escritura queda como único código de anotación de la nueva cultura «formal», o sea, de la cultura faraónica definitivamente constituida.

§ **204.** Desde un punto de vista estrictamente plástico, los iconos de los cinco sistemas gráficos preformales (escritura incluida) derivan del universo figurativo propio del arte contemporáneo a ellos y precedente. En el caso concreto de la escritura, ese universo se rastrea muy bien en el arte mueble predinástico del Alto Egipto y, en un horizonte más amplio y de origen más antiguo, en el arte rupestre sahariano-nilótico de tiempos neolíticos y protohistóricos. En muchos signos jeroglíficos pueden reconocerse motivos plásticos de una y otra tradición.

Las conexiones formales entre el arte sahariano-nilótico y los jeroglíficos y el arte egipcios han sido repetidamente señaladas. Revelan la existencia de una adaptación cultural común, de un «aire de familia» entre las comunidades nilóticas neolítico-predinásticas y las comunidades saharianas y sudanesas neolíticas y protohistóricas. El mismo bestiario, la misma interpretación del paisaje, las mismas actitudes humanas y animales, los mismos seres trascendentes antropozoomorfos, las mismas divinidades bovinas y ovinas con discos cefálicos, los mismos bóvidos con los cuernos deformados o con doble prótome, los mismos «señores de los animales», las mismas armas, barcas, aderezos, objetos... se encuentran representados en los rupestres del Sahara y del Alto Egipto y en el arte mueble predinástico y reproducidos como signos jeroglíficos. En la fig. 5.15 se muestran algunos ejemplos significativos, tomados entre dece-

nas, de motivos saharianos comparados con jeroglíficos. Esto no significa, obviamente, que el origen de la escritura egipcia se encuentre en el arte del Sahara: arte y escritura son realidades netamente diferenciadas (§ 178) y, como sabemos, el origen de la escritura jeroglífica es puntual y está localizado en Abidos. Lo que significa es que cuando los egipcios crearon su sistema de escritura pictográfico recurrieron al mismo trasfondo figurativo e iconográfico del arte mueble predinástico y del arte rupestre, que constituían una única, amplia e ininterrumpida tradición gráfica. Es estrictamente en lo figurativo en lo que los rupestres y los jeroglíficos pueden ser comparados.

§ **205.** Ahora bien, el arte, tanto rupestre como mueble, tiene siempre una finalidad y una significación simbólica, mágica, asociada a la caza, a la fecundidad o al rito, comoquiera que la noción de «arte por el arte» es ajena a la mentalidad de las sociedades de «discurso mítico-religioso», como las prehistóricas y como Egipto. De modo que cuando los creadores de la escritura egipcia echaron mano de los motivos artísticos para hacer de ellos signos jeroglíficos, estos poseían ya una «carga» mágica y simbólica que no se desvaneció ni se neutralizó en el paso a la escritura, sino que quedó latente junto al nuevo valor lingüístico, escriturario, de los signos. Se trataba de imágenes dotadas ya de por sí de una fuerza «realizativa» que no iban a perder. En los capítulos 2 y 4 hemos visto algunas particularidades de uso de los jeroglíficos que se explican por esta fuerza icónica subyacente (§§ 49, 167–168, 170). Esto redunda en el carácter mágico de la primera escritura egipcia y dificulta la idea de una concepción utilitaria inicial, porque ello habría supuesto una ruptura entre el sentido del motivo artístico y el del signo es-

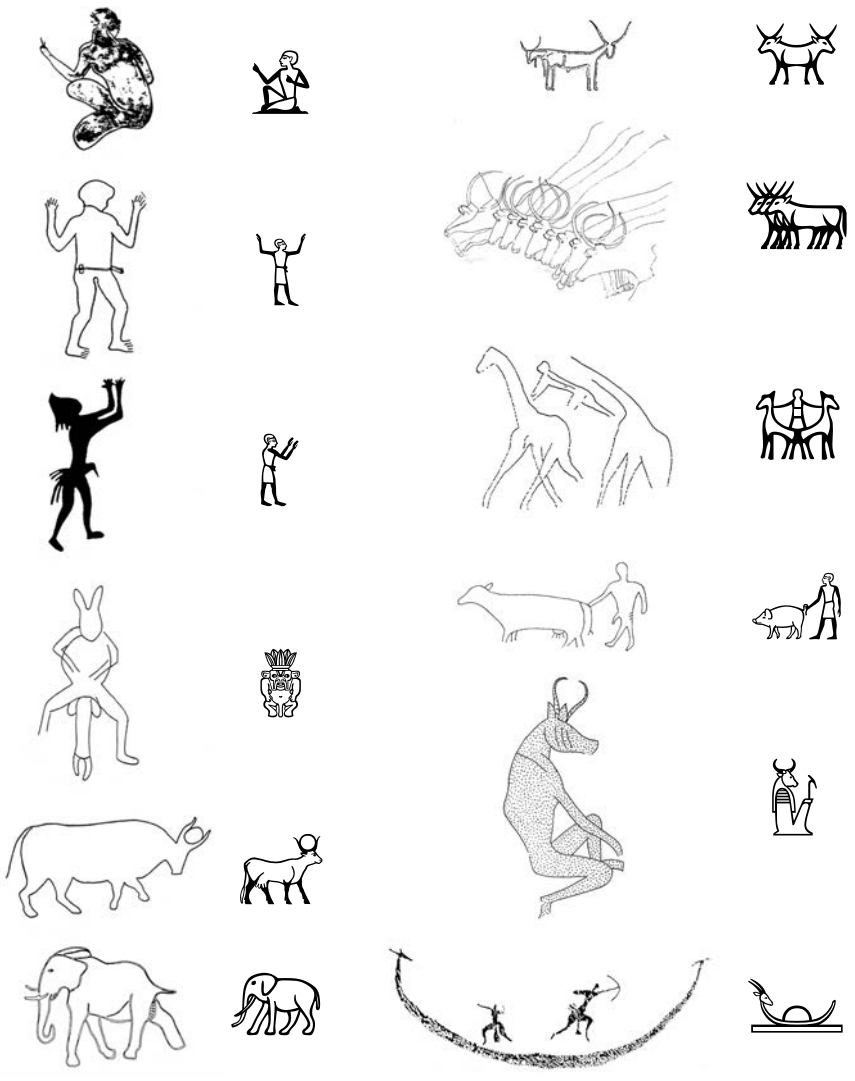


Fig. 5.15. Motivos del arte rupestre sahariano comparados con signos jeroglíficos egipcios.

crito que el propio carácter mágico del segundo a lo largo de toda su historia contradice. Hay, pues, una continuidad en el alcance mágico de las imágenes, aunque varíe el significado específico de ese alcance. De hecho, es más fácil comprender la continuidad entre el uso mágico de las imágenes artísticas y de la primera escritura que la ruptura que supone el paso de un uso mágico de las imágenes a un uso utilitario de la escritura, como sucedió en Mesopotamia (eso fue, en realidad, lo que facilitó allí el paso de los pictogramas al cuneiforme). Otro ejemplo de continuidad lo tendríamos en China. Como explican los sinólogos, allí la escritura surgió vinculada a la adivinación (§ 199) y la literatura china clásica estuvo profundamente marcada por esta filiación.

5.3.4. El «mecanismo» de creación de la escritura egipcia: ¿voluntad o gradualismo?

§ **206.** Como hemos visto, de acuerdo con la interpretación mayoritaria de las inscripciones de la tumba U-j, los primeros testimonios de escritura en el valle del Nilo responden a un sistema jeroglífico/cursivo ya formado en esencia. Todos los tipos de signos que caracterizarán funcionalmente la escritura posterior están presentes aquí: logogramas, determinativos, fonogramas bi- y monoconsonánticos, estos últimos eventualmente en función de complementos fonéticos (§§ 183, 185*c*). Una primera tímida experimentación hacia este elaborado sistema puede rastrearse en la etapa inmediatamente anterior a la tumba U-j (tumbas U-134 y U-546), cuando un solo signo, el del cielo nocturno ( ), aparece pintado en el mismo contexto en

el que se hallan los *dipinti* de la propia tumba U-j: la panza de los vasos de cerámica de asas onduladas (§ 186).

Se trata, pues, de un invento *ad hoc*. Si a esto le añadimos el hecho de que tal invento se produjo en la corte, es decir, en un espacio muy concreto, en directa relación con el rey, y para exclusivo uso funerario de este, podríamos concluir que la escritura jeroglífica no es el resultado de un proceso largo y colectivo o de estímulos diversos y paralelos, sino obra de una voluntad individual: la del entorno del rey. Como escribe Ilona Regulski: «La creación de un sistema de escritura fue una iniciativa consciente de la corte en un tiempo en que existían distintos tipos alternativos de sistemas de comunicación. La escritura no se originó por accidente ni fue un estadio subsiguiente y más complejo de desarrollo a partir de los sistemas de comunicación existentes». Igual que el arte servía a las elites y en especial al rey para expresar un simbolismo ceremonial y mágico, la «innovación» de descontextualizar de sus entornos figurativos una serie de motivos y dotarlos de un valor léxico o fonético obedecería a ese mismo afán ideológico, en un contexto estrictamente regio y funerario, con objeto de dotar a las ofrendas reales del mayor poder «realizativo» posible. Y en este sentido, la escritura es un invento de la realeza y, por tanto, del Estado, pero no inspirado por las necesidades administrativas, sino por las cultuales. Porque el Estado, en las sociedades de «discurso mítico-religioso» como Egipto, no es solo administración y poder político, sino también, y preeminentemente, rito y poder cósmico.

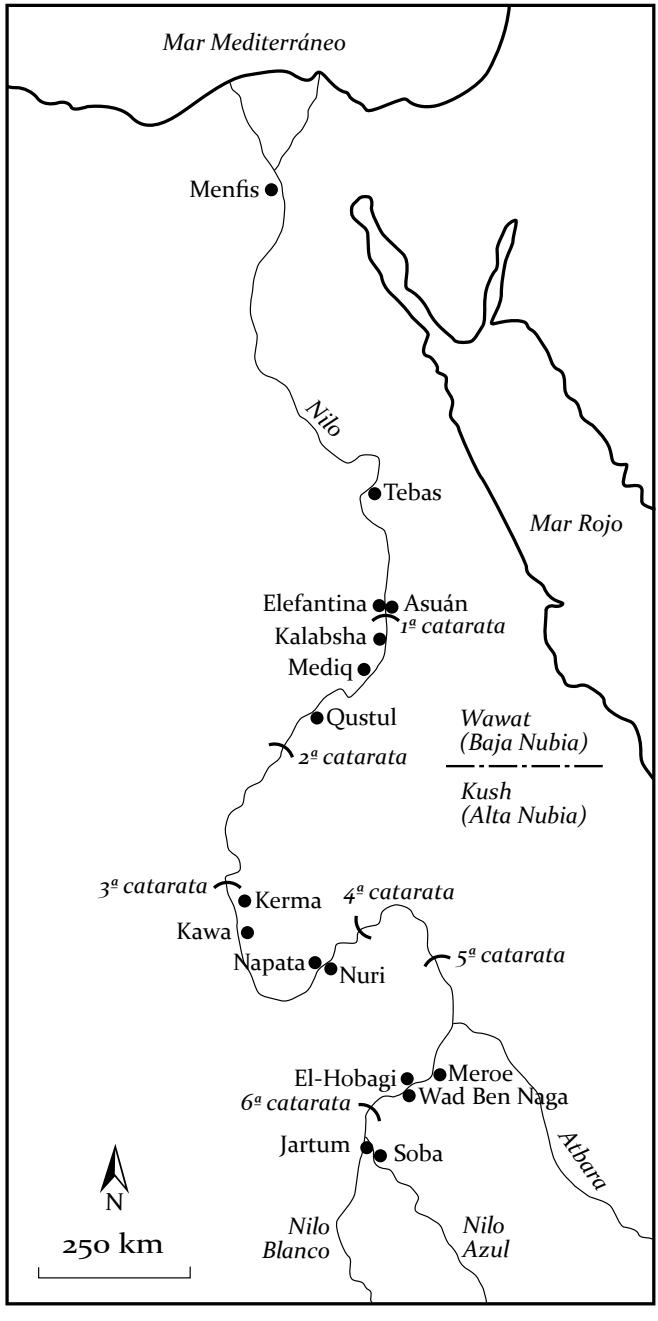
CAPÍTULO 6

Las escrituras egipcias más allá de Egipto

§ **207.** En el capítulo precedente hemos descrito la aparición de un sistema de escritura primario como es el egipcio (jeroglífico y cursivo) (§ 171). En este capítulo veremos cómo las escrituras egipcias, en especial los jeroglíficos, se hallan en el origen conceptual y formal de dos sistemas secundarios de escritura: el del reino nubio de Meroe, que se empleó entre los siglos II aC y V dC, y el alfabético, que, surgido en el Sinaí a comienzos del II milenio aC entre los semitas que trabajaban para los egipcios en la explotación de las minas de turquesa de la región, se ha convertido en el sistema de escritura más versátil y difundido de la historia de la humanidad.

6.1. Jeroglíficos egipcios en Nubia: la escritura meroítica

§ **208.** El valle del Nilo desde Asuán hasta Jartum, actual capital del Sudán, es una estrecha franja de tierra fértil que surca un desierto extremamente árido (mapa 6.1). El río está jalona-



Mapa 6.1. Marco geográfico de la escritura meroítica.

do por seis cataratas o rápidos, a intervalos más o menos regulares, la primera a la altura de la misma Asuán y la sexta unos 100 km al norte de Jartum. Los egipcios conocieron esta región hasta la altura de la cuarta catarata, donde se levantó la ciudad de Napata, y la llamaron en su conjunto *T3-Sty*, en transcripción: Ta-Sety, la «Tierra del Arco», a causa de la pericia de sus habitantes en el manejo del arco de doble curvatura. Por zonas, llamaron *W3w3t*, Wawat, a la región más al norte, entre la primera y la segunda catarata, y *K3š*, Kash, que transcribimos Kush a partir de la forma transmitida en la *Biblia* hebrea, a la región más al sur, entre la segunda y la cuarta catarata. Este último parece haber sido el nombre de esa región en la lengua autóctona. En la actualidad, el nombre con el que más comúnmente se conoce el conjunto de regiones situadas al sur de Asuán es Nubia, que se distingue en Baja Nubia, que corresponde a Wawat, y Alta Nubia, que corresponde a Kush. Este topónimo es relativamente reciente y deriva del nombre de los nuba, un pueblo que, ya desde el final de la Antigüedad y a lo largo de varios siglos, se fue instalando en el valle del Nilo sudanés procedente de las regiones del suroeste.

§ **209.** En todo el tramo del valle del Nilo descrito se desarrollaron, desde fines del IV milenio aC hasta mediados del siglo IV dC, las sucesivas civilizaciones nubias antiguas. La primera, conocida como cultura del Grupo A, es contemporánea de los últimos siglos del predinástico egipcio y de la I dinastía: se trató de un «protorreino» parecido a los del Alto Egipto de fines de Nagada II (§ 174), que ocupó el norte de la Baja Nubia y tuvo su centro principal en la localidad de Qustul, donde se ha exhumado un rico cementerio de la elite local. Desde finales

del Reino Antiguo egipcio hasta comienzos de la XVIII dinastía (c. 2300–1500 aC) se desarrolló en la región comprendida entre la segunda y la cuarta catarata el reino que los arqueólogos llaman Kerma, a partir del nombre actual de la que fue su capital, situada un poco al sur de la tercera catarata, y que los egipcios llamaron ya Kush. En Kerma se ha hallado la evidencia más antigua de urbanismo en África fuera de Egipto; durante el Reino Medio egipcio se trató de una ciudad amurallada de 16 hectáreas, situada en un territorio rico y densamente poblado. Los reyes egipcios contemporáneos, de la XII dinastía, sometieron a su control toda la Baja Nubia y edificaron en ella diversas poderosas fortalezas con objeto de limitar el poder del vecino del sur.

El equilibro se rompió a comienzos del Reino Nuevo egipcio, cuando los primeros reyes de la XVIII dinastía, inaugurando la política imperialista que caracterizó a Egipto en esta fase de su historia, conquistaron el reino de Kerma hasta la cuarta catarata y destruyeron su capital. Durante el Reino Nuevo, pues, tanto la Baja Nubia como la Alta Nubia formaron parte del Estado egipcio y ambas regiones se egiptizaron fuertemente. La capital de la Alta Nubia o reino de Kush se estableció en Napata (*Npt*), a la altura de la cuarta catarata, que se convirtió en un importante centro de culto del dios Amón y se embelleció con diversos templos de estilo egipcio edificados a los pies de Djebel Barkal, la montaña sagrada de la zona, que era considerada el lugar de origen y la morada del propio Amón.

Tras la caída del Reino Nuevo (c. 1076 aC) y durante los tres siglos siguientes casi nada se conoce de la historia de Nubia, salvo que siguió una evolución autónoma que dio nuevo vigor a sus aspectos genuinos. Durante el siglo IX aC se consti-

tuyó un nuevo reino con capital en Napata. A mediados del siglo VIII, este reino emprendió un rápido proceso de expansión que lo llevó a dominar todo el valle del Nilo desde el Mediterráneo hasta la sexta catarata. Si durante el Reino Nuevo fue Egipto quien sometió a Nubia, ahora fueron los reyes de Napata quienes dominaron Egipto y constituyeron el Estado antiguo más extenso jamás existido en la región del Nilo. Se trata de los «faraones negros» de la XXV dinastía (Piye, Shabaka, Shabataka, Taharqa y Tanutamani). La pompa de la corte y el arte regio del reino kushita volvieron a egiptizarse (el egipcio era la lengua de la corte y los jeroglíficos, la escritura empleada en los monumentos), mientras continuaba la asimilación por parte de la civilización nubia de algunos motivos culturales egipcios, en especial de orden religioso (divinidades). Pero otros aspectos de la cultura kushita se mantuvieron originales, en especial los relacionados con la realeza (el sistema de elección de los reyes, el papel de las reinas —las llamadas *candaces* por los autores clásicos— o el ritual funerario regio).

A mediados del siglo VII aC, Tanutamani, el último rey de la XXV dinastía, fue obligado por los asirios invasores de Egipto a replegarse al sur de Asuán: su dinastía volvió a reinar solo en Kush. En 593 aC, los egipcios de Psamético II invadieron el reino kushita, derrotaron su ejército cerca de la tercera catarata y llegaron a saquear la misma Napata. Esto obligó a los nubios a trasladar el centro de su reino más al sur, a Meroe (actual Begrawiya), entre la quinta y la sexta catarata. Pero la historia kushita iba a durar casi un milenio más, hasta el siglo IV dC, y alcanzó su apogeo entre los siglos II aC y II dC, cuando los reyes de Meroe dominaron todo el valle del Nilo nubio, desde la primera o segunda catarata (dependiendo del continuo tira y

afloja con griegos y romanos) hasta la sexta catarata. La caída del reino de Meroe se produjo hacia 350 dC por razones difíciles de precisar a partir del registro arqueológico actual. Sobre la base de ciertas evidencias epigráficas, algunos autores han sugerido una intervención militar del reino etíope de Axum, pero las pruebas no parecen concluyentes. Aunque entre las dos fases de la historia del reino de Kush hubo una sustancial continuidad, la cultura de Meroe supuso con respecto a la de Napata una mayor fuerza del elemento autóctono frente al elemento exógeno (egipcio), que siguió estando presente pero cada vez más integrado y «reinterpretado». Un buen ejemplo de ello lo tenemos en el arte, donde se constata una diferencia cada vez mayor entre los modelos egipcios (por ejemplo, el conocido motivo iconográfico del faraón masacrando enemigos; § 174) y las realizaciones concretas meroíticas (gruesas reinas-madre masacrando enemigos). Y otro ejemplo lo ofrecen, precisamente, las escrituras meroíticas.

§ **210.** Las escrituras meroíticas constituyen un fenómeno cultural tardío. No aparecieron, en efecto, hasta principios del siglo II aC, cuando el reino de Napata-Meroe tenía ya seis siglos de historia. En tiempos anteriores, y en especial durante la XXV dinastía, las inscripciones nubias se habían redactado en lengua egipcia y en escritura jeroglífica, que no dejaron de ser utilizadas para las inscripciones monumentales aun después de la invención de las escrituras meroíticas. El hecho de que la lengua meroítica sea aún desconocida hace muy difícil su clasificación. Los distintos especialistas que, desde principios del siglo XX, se han ocupado del tema se han dividido entre tres posiciones distintas. Algunos, como el lingüista estadouniden-

se Joseph H. Greenberg o el meroitista alemán Fritz Hintze, han sostenido que el meroítico no está relacionado con ninguna otra lengua africana. Pero la mayoría de autores, desde el egiptólogo británico Francis Ll. Griffith, descifrador de la escritura meroítica (§ 211), hasta, recientemente, el meroitista francés Claude Rilly, han propuesto relacionarla con el nubio medieval y actual, hablado desde la región de Asuán hasta buena parte del Nilo sudanés. Según esto, el meroítico habría pertenecido, como el nubio, al tronco lingüístico nilo-sahariano (§ 1*c*). Finalmente, otros lingüistas han sugerido una pertenencia al tronco lingüístico afroasiático, en cuyo caso el meroítico habría estado emparentado con el egipcio antiguo y sería una segunda familia extinguida de este tronco lingüístico (§§ 1*c*, 5*b*). Así, recientemente, la lingüista británica Kirsty Rowan, a partir de un estudio comparativo sobre la compatibilidad entre consonantes en meroítico y en otras lenguas afroasiáticas (entre ellas el egipcio), ha llegado a la conclusión de que todas ellas responden a un mismo patrón. Puesto que, del meroítico, el consonantismo es lo único que se conoce bien, se trata del único campo en el cual se puede intentar llegar a alguna conclusión fiable, de manera que, según Rowan, este patrón de compatibilidad consonántica es un buen indicio para sugerir la inclusión del meroítico entre las lenguas afroasiáticas, aunque, como ella misma reconoce, no puede considerarse definitivo. El problema de la adscripción del meroítico sigue abierto, pero el estudio de Rowan ha conferido a la opción afroasiática una mayor solidez.

§ **211.** Si la lengua meroítica nos es desconocida, las escrituras han podido ser descifradas. Se trata de un único sistema con

dos variantes gráficas: el jeroglífico y el cursivo. Es decir, conocemos el valor de los signos de las escrituras meroíticas, pero no podemos leer y comprender las inscripciones. El egiptólogo a quien se debe el desciframiento es Francis Ll. Griffith (1862–1934), que desarrolló su trabajo muy a principios del siglo XX. Desde entonces, puede decirse que es muy poco lo que se ha avanzado en el conocimiento del meroítico. El problema radica principalmente en la falta de un documento parecido a la piedra de Rosetta (§ 95), con un mismo texto amplio en diferentes lenguas, en este caso, en egipcio y meroítico. De hecho, Griffith trabajó precisamente con inscripciones de este tipo, pero siempre excesivamente breves como para permitir descodificar la lengua. Y empezó, como Champollion (§§ 100–101), con dos nombres regios, de un rey y de una reina. En efecto, en la base cuadrangular de piedra de una barca sagrada procedente de Wad Ben Naga, algo al sur de Meroe, y hoy en el Museo Egipcio de Berlín (ÄM 7261; fig. 6.1), se halla grabada una inscripción que incluye los cartuchos del rey Natakamani y la reina Amanitore (c. 1–20 dC). Los nombres están inscritos tanto en jeroglíficos egipcios como en jeroglíficos meroíticos, lo cual permitió a Griffith aislar el valor fonético de los segundos. Antes de empezar su trabajo, Griffith ya se había dado cuenta de algo esencial: las escrituras meroíticas comportaban un número limitado de signos, 24 en total, que se repetían constantemente. Debía tratarse, por tanto, de una escritura de carácter alfabético (§§ 97, 169, 215) o, como mucho, silábico (§ 212), completamente distinta de la egipcia, en la que solo se inspiraba. Gracias a los nombres de Natakamani y Amanitore pudo aislar el valor fonético de ocho de estos signos (un tercio). Estableció el de los restantes gracias a su trabajo posterior con

diversos textos funerarios exclusivamente en meroítico. En efecto, el carácter formulario y estereotipado de estos textos le permitió reconocer en ellos nombres propios de persona o de divinidades, como Isis y Osiris, así como títulos, topónimos y algunas palabras aisladas; esporádicamente, pudo comprender

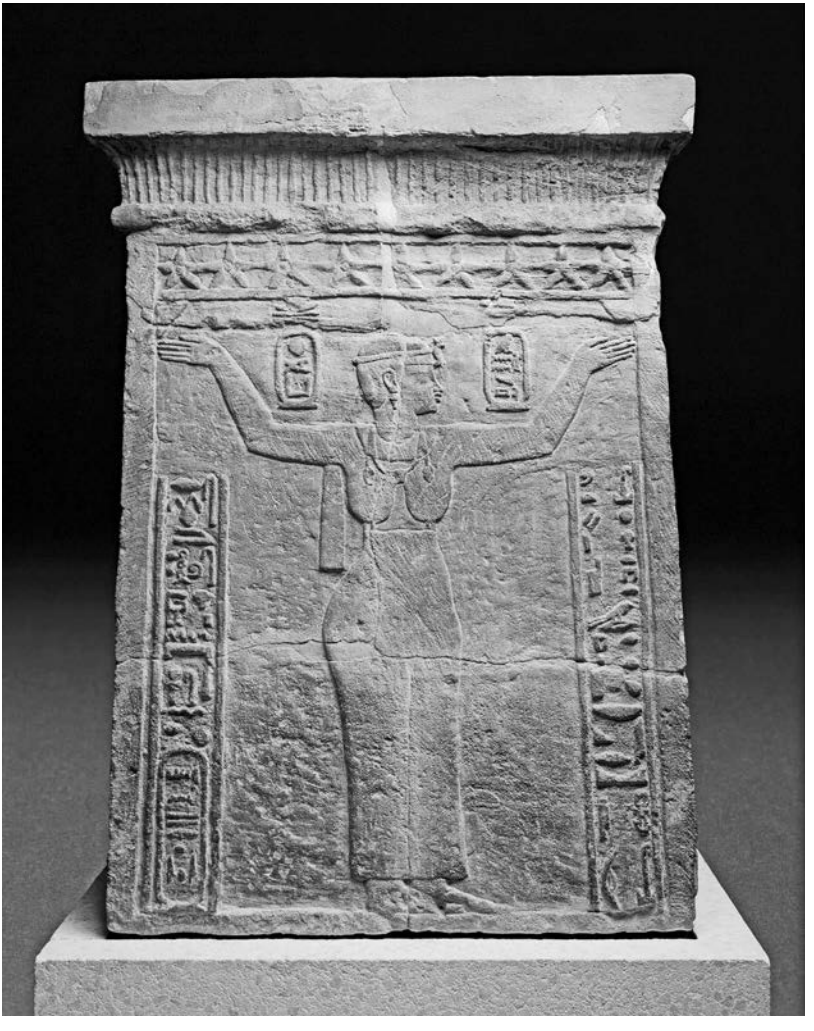


Fig. 6.1. Base de piedra de Wad Ben Naga, hoy en el Museo Egipcio de Berlín. © bpk / Ägyptisches Museum und Papyrussammlung, SMB / Sandra Steiss.

incluso el sentido de frases enteras. Pero, como queda dicho, no pudo ir más allá en la descodificación de la lengua meroítica. Los valores de los signos meroíticos establecidos por Griffith se han revelado sustancialmente correctos y solo han sido mínimamente corregidos o matizados en tiempos posteriores. Al meroitista alemán Fritz Hintze (1915–1993) se debe la fijación definitiva del sistema.

§ **212.** La escritura meroítica (tabla 6.1) comporta dos series paralelas de signos: jeroglífica y cursiva. Ambas tienen los mismos 24 signos, 23 fonéticos y un separador de palabras. Los signos de la escritura jeroglífica están tomados directamente de los jeroglíficos egipcios: se trata de una selección de 23 signos que han sido desposeídos de su valor logográfico, semántico o fonético original y a los que se ha atribuido un nuevo valor exclusivamente fonético. Los signos de la escritura cursiva son, en su mayor parte, estilizaciones de los jeroglíficos, salvo cuatro signos que proceden de la escritura demótica egipcia (§ 214). Como hemos visto, el limitado número de signos ya indica que se trata de una escritura completamente distinta de la egipcia y que solo comporta fonogramas. En efecto, se trata de un silabario básico o, mejor, de lo que los historiadores de la escritura llaman un *abugida* (a partir del nombre de las primeras cuatro letras de la escritura etíope: *a*, *bu*, *gi*, y *da*, a la manera de nuestro «abecedario»); en él cada signo consonántico vale por esa consonante más la vocal *a*, excepto cuando va seguido de uno de los signos de las vocales *e*, *i* y *o*, en que vale por esa consonante y la vocal en cuestión. El signo para *a* se utiliza solo en posición inicial de palabra. El signo para *e* tiene dos usos excluyentes: anota la vocal *e* y sirve para señalar la falta de vocal

tras una consonante. Existen cuatro signos plenamente silábicos para anotar específicamente las sílabas *ne*, *se*, *te* y *to*. En algunos casos, el valor fonético meroítico del signo está inspirado en el egipcio (especialmente demótico; tabla 1.3), como sucede con , , (tabla 4.3); , (tabla 4.4); y (en este último caso, en virtud del término o *b3*, «morueco»), pero en general se trata de un código completamente nuevo. El

JEROGLÍFICO	CURSIVO	SONIDO	JEROGLÍFICO	CURSIVO	SONIDO
		/a/-			/l(a)/
		/e/			/ç(a)/
		/i/			/x(a)/
		/o/			/s(a)/
		/j(a)/			/se/
		/w(a)/			/k(a)/
		/b(a)/			/q(a)/
		/p(a)/			/t(a)/
		/m(a)/			/te/
		/n(a)/			/to/
		/ne/			/d(a)/
		/r(a)/			separador

Tabla 6.1. La escritura meroítica. Adaptación de: Hintze 1978: fig. 67. Para los símbolos fonológicos /j/, /w/, /ç/ y /q/: §§ 121, 124*b*, 125*a*. El símbolo /x/ corresponde a una fricativa velar sorda, como la *g* del esp. ***g**ente* o la *ch* del alem. *Ba**ch***.

signo separador de palabras (dos o tres puntos o trazos dispuestos en vertical u horizontal dependiendo de si el texto está en líneas o en columnas) es también un rasgo original del sistema, inexistente en las escrituras egipcias. El reducido número de signos hacía que estas escrituras fueran mucho más fáciles de aprender y de utilizar que las egipcias. Esto es lo que lleva a Diodoro de Sicilia a escribir, sin duda exageradamente: «De los dos tipos de escritura que tienen los egipcios, la que es conocida como "popular" [= demótica] es aprendida por todos, mientras que la que es llamada "sagrada" [= jeroglíficos] es comprendida solo por los sacerdotes de los egipcios, que las han aprendido de sus padres como una de esas cosas que no deben ser divulgadas, pero entre los etíopes [= meroíticos] todo el mundo utiliza estos tipos de signos» (*Bibliotheca historica*, III, 3).

§ **213.** Como hemos visto, desde un punto de vista plástico los signos de la escritura jeroglífica meroítica están tomados directamente de los jeroglíficos egipcios (en algún caso, con alguna ligera modificación formal), aunque han sido completamente recategorizados en lo que se refiere a la función. Se trataba, en efecto, de escribir la lengua autóctona pero dando a las inscripciones el mismo aspecto solemne que tenían las inscripciones en jeroglíficos egipcios, que, de todos modos, se seguían utilizando. Así, en la necrópolis real de Meroe hay inscripciones que comportan exclusivamente jeroglíficos egipcios, otras que presentan los nombres regios escritos en jeroglíficos meroíticos y el resto en jeroglíficos egipcios, y otras esculpidas exclusivamente en jeroglíficos meroíticos. Los textos en jeroglíficos meroíticos (fig. 6.2) se escriben mayoritariamente en columnas, orientados tanto de derecha a izquierda como de iz-

quierda a derecha, y, al revés que en egipcio (§§ 46, 162), se leen en la dirección hacia la que están encarados los signos que representan seres vivos. Las inscripciones en jeroglíficos son, sin embargo, muy escasas en comparación con las inscripciones cursivas y están restringidas prácticamente al uso monumental (templos y monumentos regios en general). La escasa familiaridad de los escribas con el sistema jeroglífico la demuestra elocuentemente un grafito hallado en Mediq, en la Baja Nubia, que anota dos nombres propios y que fue empezado en jeroglíficos pero tuvo que ser acabado en signos cursivos. Frecuentemente, la calidad de ejecución de las inscripciones jeroglíficas es pobre y descuidada y los signos pueden llegar a no reconocerse bien o a confundirse. La dispersión geográfica de las inscripciones jeroglíficas meroíticas es muy amplia,

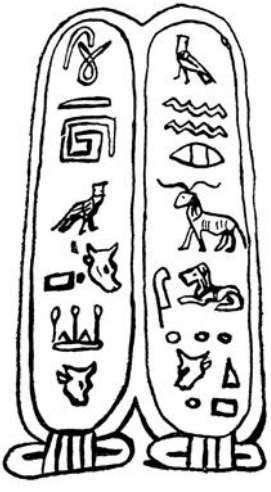


Fig. 6.2. Inscripción meroítica en escritura jeroglífica. Cartuchos con los nombres del rey Amanikhabale (mediados del s. I dC) grabados en un cono de bronce procedente de Kawa, Sudán. En el de la derecha puede leerse el nombre Amanikhabale y, separado por el signo de los tres puntos, el título real kushita, *qor* (de: Leclant 2000: III, 1426, rem 1026).

puesto que va desde Asuán, por el norte, hasta Soba Este, algo al sur de la sexta catarata, por el sur. La más antigua datada con seguridad se debe a la reina Shanakdakhete (c. 170–150 aC) y la más reciente hasta hoy documentada podría ser la que se halla grabada sobre un vaso de bronce procedente de una tumba de túmulo de El-Hobagi (algo al sur de Meroe) fechada a fines del siglo IV o principios del V dC, es decir, ya posterior a la caída de la dinastía de Meroe y al final del reino kushita.

§ **214.** Por lo que se refiere a la escritura cursiva (fig. 6.3), recibe este nombre sobre todo porque no es pictográfica, sino que los signos se caracterizan por estar ejecutados con trazos lineales convencionales, y porque se utiliza sobre todo tipo de soporte, pero en realidad no es una verdadera cursiva, ya que, por ejemplo, no comporta ligaduras entre signos (§§ 53, 59). Los signos cursivos se corresponden uno por uno a los jeroglíficos. Aunque cuatro de ellos derivan directamente de la escritura demótica egipcia (los que corresponden a *y*, *m*, *š* y *s*; tabla 1.3), el resto son creaciones nuevas a partir de los jeroglíficos correspondientes. Los signos cursivos presentan un alto grado de

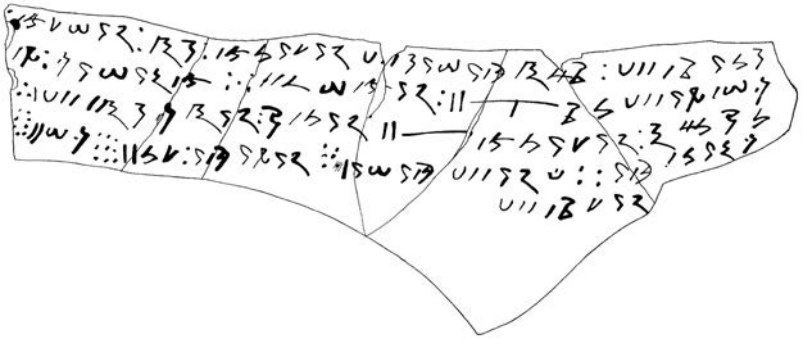


Fig. 6.3. *Ostrakon* con texto meroítico en escritura cursiva (de: Griffith, F. Ll. «Meroitic Studies V». *Journal of Egyptian Archaeology* 11 (1925): lám. 29.5).

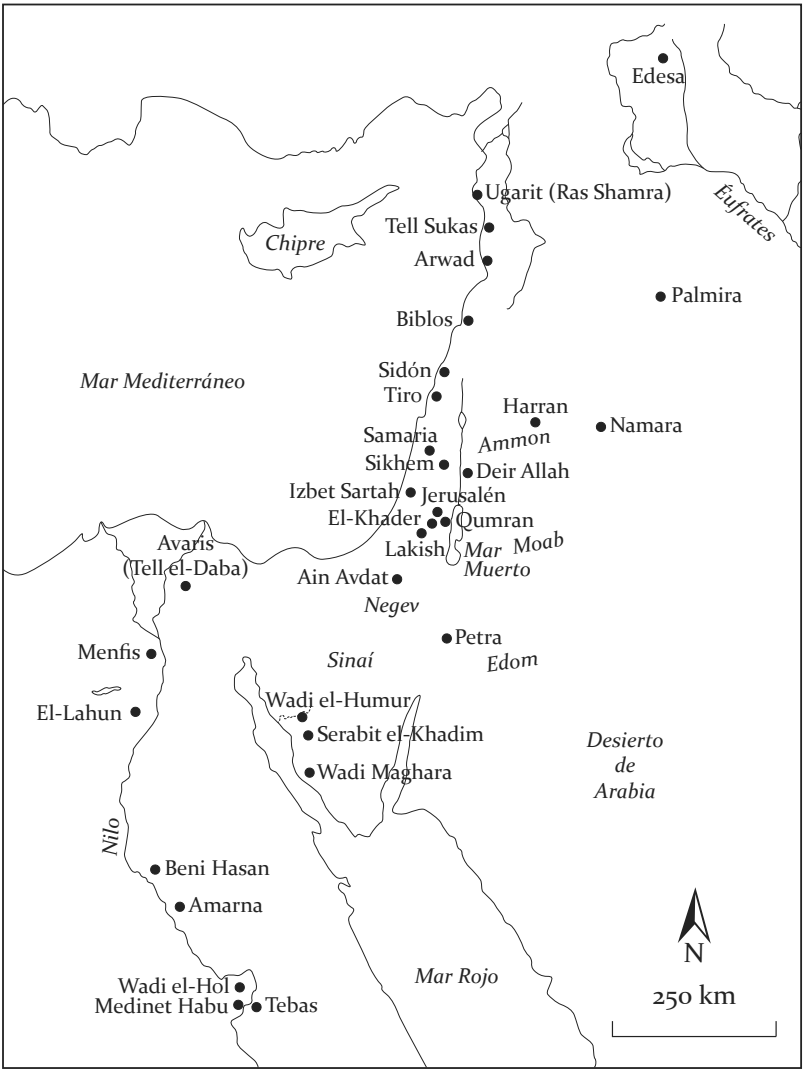
variación, tanto dentro de un mismo texto (incluso si es de calidad) como entre textos contemporáneos y, sobre todo, en el tiempo. Así, Griffith distinguió tres fases evolutivas: la arcaica, en que los signos cursivos se parecen más a los jeroglíficos, la transicional y la tardía. Las inscripciones en escritura meroítica cursiva se disponen siempre en líneas horizontales, que se leen de derecha a izquierda. Como queda dicho, la escritura cursiva fue mucho más utilizada que la jeroglífica; la gran mayoría del casi millar y medio de inscripciones meroíticas hoy conocidas están en signos cursivos y aparecen sobre todo tipo de soportes: muros de templos, estelas, capillas, altares, mesas de ofrendas, vasos de cerámica, *ostraka*, papiros y grafitos rupestres. Su dispersión geográfica es la misma que la de la escritura jeroglífica, es decir, abarca todo el territorio del reino meroítico, desde la primera hasta la sexta catarata. Griffith sugirió que la escritura cursiva pudo tener una historia más larga que la jeroglífica y haber sido utilizada sobre materiales blandos, como papiros o pieles de animales, antes de haber sido esculpida en piedra en el mismo momento de la creación de los jeroglíficos. Pero a falta de documentos que lo demuestren, las fechas más antiguas siguen siendo las mismas que para las inscripciones jeroglíficas: primera mitad del siglo II aC. Una de las inscripciones cursivas más recientes, si no la última conocida, podría ser la del rey Kharamadeye esculpida en el templo de Kalabsha, un poco al sur de Asuán. Aunque Kharamadeye se considera a sí mismo un gobernante kushita, que debe sus victorias a los dioses del panteón nacional de Kush, es ya en realidad un rey local inmediatamente posterior a la caída de Meroe y data de la segunda mitad del siglo IV dC.

6.2. De los jeroglíficos al alfabeto

6.2.1. Aparición y primer desarrollo de la escritura alfabética en el II milenio aC

§ **215.** En 1905, el arqueólogo y egiptólogo británico William M. Flinders Petrie condujo una expedición arqueológica en el área de las antiguas minas de turquesa de Serabit el-Khadim, en el Sinaí, explotadas por los egipcios desde la Época Tinita hasta el Reino Nuevo (mapa 6.2). Toda la zona abundaba en inscripciones jeroglíficas dedicadas a la diosa Hathor, la «Señora de la Turquesa», que había recibido culto en un templo allí edificado a comienzos del Reino Medio (§ 218). Los oferentes eran los miembros de las expediciones enviadas para explotar las minas durante los Reinos Medio y Nuevo, tanto egipcios como semitas egiptizados. Entre todo el material epigráfico, sin embargo, una serie de inscripciones llamaba la atención por su rareza. Fue Hilda Petrie, esposa y ayudante del egiptólogo, la primera que señaló la existencia de estas inscripciones, ubicadas tanto en las propias minas como en el templo y en los caminos que conducían a él, y cuyos signos aparecían reproducidos de forma muy tosca y no podían ser leídos según los principios de la escritura jeroglífica. Petrie escribió: «[Estas inscripciones contenían] una combinación de jeroglíficos egipcios [...], aunque no podía leerse ni una sola palabra en egipcio regular». El investigador se dio cuenta de que el número de signos de esta nueva escritura era muy limitado y de que todos se repetían a menudo, de manera que debía tratarse de una escritura alfabética, ya que, puesto que el principio de este tipo de escritura es 'un signo = un sonido' y que las lenguas

suelen tener entre 20 y 30 sonidos, los alfabetos suelen contener este número reducido de signos (§§ 39*b*, 97, 140, 169). Petrie supuso asimismo que las inscripciones debían corresponder a una lengua semítica, la de los nómadas que trabajaban



Mapa 6.2. Marco geográfico del origen del alfabeto.

para los egipcios en la zona. Sus deducciones resultaron ser correctas en esencia, pero este autor no fue más allá y no pudo «descifrar» la nueva escritura.

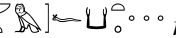
§ **216.** El ejemplo más significativo y conocido de la escritura alfabética sinaítica, o escritura *protosinaítica*, proviene de una pequeña esfinge de piedra arenisca hallada por Petrie en el templo de Serabit el-Khadim y hoy en el Museo Británico (EA 41748) (fig. 6.4). La importancia de este monumento radica en el hecho de que en él aparecen grabadas inscripciones en las dos escrituras: jeroglífica egipcia y protosinaítica. Es decir, es un documento bilingüe, el único de todo el corpus. La inscripción egipcia, grabada en el hombro derecho de la esfinge, reza:  *mry Ḥwt-Ḥr* / [*nbt m*]*fkȝt*, «Amado de Hathor / Señora de la Turquesa» (en el original, el texto se orienta de derecha a izquierda; aquí lo orientamos, por comodidad, de izquierda a derecha). Significativamente, el signo de *Ḥwt-Ḥr*, «Hathor», está escrito, no con un halcón, como es preceptivo (§ 166), sino con un mochuelo en el interior. La sustitución del halcón por un mochuelo o un ánade es característica de la grafía de este nombre en textos jeroglíficos compuestos en el área sinaítico-cananea o por semitas (por ejemplo, en escarabeos). Esto redunda en el carácter local y en el contexto cultural semitizante del monumento. La esfinge está dedicada, pues, a la diosa del santuario. En cuanto a las inscripciones protosinaíticas, se hallan esculpidas a los dos lados de la estatua, en la superficie superior de la base. Una de ellas comporta siete signos y se encuentra en el lado derecho, igual que la inscripción jeroglífica. La otra comporta ocho signos y se ubica, sola, en el lado opuesto. Parece claro que la segun-

Fig. 6.4. Esfinge de Serabit el-Khadim, hoy en el Museo Británico.
© The Trustees of the British Museum.

da parte de ambas secuencias es igual (fig. 6.5*a*). Petrie no llegó a traducirlas.

§ **217.** Fue el también egiptólogo británico Alan H. Gardiner (§ 114) quien, en 1916, leyó la parte común de esas secuencias. Gardiner se dio cuenta de algo esencial: los signos protosinaíticos representaban objetos de la realidad cuyos nombres, en semítico, correspondían a los nombres de las letras del alfabeto fenicio. Uno de los signos era, por ejemplo, la cabeza de un buey; la palabra para «buey», en fenicio, es *'alep*, con oclusión glótica inicial (§ 125*d*; el símbolo ' utilizado por los semitistas corresponde al símbolo *3* utilizado por los egiptólogos), y esta palabra coincide con el nombre de la primera letra del alfabeto fenicio. Lo mismo sucedía con el signo del ojo y la palabra que

designa «ojo» en fenicio, *ʿayin*, cuyo primer sonido es la consonante fricativa faríngea (§ 125*b*), o con el signo de la cabeza humana y la palabra para «cabeza» en fenicio, *resh*, siendo *ʿayin* y *resh* otros tantos nombres de letras del alfabeto fenicio... Gardiner concluyó, por tanto, que las letras fenicias derivaban de los signos protosinaíticos e intentó leer las inscripciones a partir de las primeras. Así, por ejemplo, reconoció en las dos inscripciones de la esfinge, y en algunas estelas rupestres y una estatuilla también de Serabit el-Khadim, la secuencia *b* - ʿ - *l* - *t*. Se trataba de una secuencia consonántica (el alfabeto fenicio, igual que las escrituras egipcias, solo anota las consonantes), cuya vocalización era *baʿalat*, término que, en semítico, significa «señora» y que Gardiner propuso asociar a Hathor: Baalat sería el nombre semítico de la diosa. Era evidente, por tanto, que la esfinge estaba dedicada a Hathor/Baalat, diosa de los egipcios y de los semitas egiptizados del Sinaí. Más tarde se leería también la secuencia de cuatro signos que antecede el nombre de la diosa en algunas de las inscripciones, como la de la derecha de la base de la esfinge (fig. 6.5*a*) o la de una placa en forma de estela (fig. 6.5*b*, columna de la izquierda): *m* - ʾ - *h* - *b*, que habría que vocalizar *meʾuhab* y significaría «amado» (raíz semítica triconsonántica ʾ-H-B, «amar»; § 7*a*); de este modo, la expresión completa sería *meʾuhab baʿalat* y significaría «amado de Baalat», igual que el texto jeroglífico de la esfinge (en la esfinge, la *b* aparece escrita solo una vez; es el fenómeno que se conoce con el nombre de *haplografía*: un mismo signo vale para el último sonido de una palabra y el primero de la siguiente cuando son el mismo). Las inscripciones del lado derecho de la esfinge constituyen, por tanto, un documento perfectamente bilingüe (el mismo texto en dos lenguas y dos escrituras; § 95).

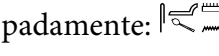
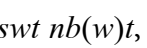
Gardiner concluyó, pues, que los signos protosinaíticos habían sido aislados por *acrofonía*, como ya había sucedido con los fonogramas monoconsonánticos de la escritura jeroglífica egipcia (§ 140): el signo anotaba el primer sonido de la palabra que designaba lo que el signo mismo representaba. La nueva escritura consistía en un alfabeto de tipo semítico y pictográfico, cuyos signos reproducían o estaban inspirados directamente en los jeroglíficos egipcios. La lengua que este alfa-

a

b

Fig. 6.5. a) Inscripciones protosinaíticas de la esfinge de Serabit el-Khadim (lado derecho y lado izquierdo); b) Placa en forma de estela procedente de Serabit el-Khadim (de: Hamilton 2006: 332, 371).

beto anotaba era del grupo semítico noroccidental (§ 5*e*), como los posteriores fenicio y hebreo. Gardiner se detuvo aquí, pero las líneas esenciales de su aportación fueron consideradas definitivas.

§ **218.** Pero conozcamos con más detalle el contexto histórico y cultural de la actividad egipcia en la región minera del Sinaí y del templo de Serabit el-Khadim. Las minas de turquesa del Sinaí fueron explotadas por los egipcios desde fines del período predinástico (dinastía 0; §§ 173-174). A partir de este momento y hasta mediados del Reino Medio (es decir, de fines del IV milenio aC a comienzos del II), los egipcios mostraron hacia los semitas nómadas del Sinaí y de Canaán una actitud cultural de prevención, cuando no de abierta hostilidad. En una serie de relieves rupestres esculpidos en el Wadi el-Humur y en el Wadi Maghara (respectivamente, al noroeste y al suroeste de Serabit el-Khadim), los faraones de la Época Tinita y del Reino Antiguo se hicieron representar en la postura del conocido motivo iconográfico de la «masacre del enemigo» (§ 174), acompañado de inscripciones que rezaban estereotipadamente:  /  *sqr mnṯw ḫ3swt nb*(*w*)*t* / *d3 ḫ3swt nb*(*w*)*t*, «golpear a los nómadas y a todos los pueblos extranjeros / someter a todos los pueblos extranjeros». A principios del Reino Medio (desde c. 2050 aC), los reyes egipcios mandaron construir una serie de fuertes en puntos estratégicos del Delta oriental y del norte del Sinaí... *iry r ḫsf styw r ptpt nmiw-šʿy*, «hechos para detener a los asiáticos, para pisotear a los nómadas», según reza la contemporánea *Historia de Sinuhé* (R 43; § 20*c*). En efecto, la presión de los nómadas del Sinaí

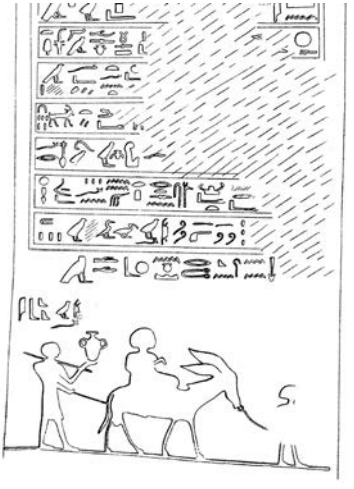
y de Canaán sobre el Delta oriental había aumentado mucho en esa época, atraídos por la fertilidad y la riqueza del país del Nilo. Los frescos de la tumba de Khnumhotep II, gobernador del nomo del Orix, en Beni Hasan (Egipto medio), se hacen elocuente eco de la llegada a Egipto de caravanas de cananeos, cuyos jefes reciben ya el título de *ḥqꜣ ḫꜣs*(*w*)*t*, «jefe de los países extranjeros», de donde deriva el griego *hyksos*. La historia bíblica de José y sus hermanos (*Génesis* 37–50) no es sino un reflejo literario de esa misma realidad.

Esta situación y esta percepción cambiaron por completo, sin embargo, en la segunda mitad de la XII dinastía, la más importante del Reino Medio. Los faraones Amenemhat III y Amenemhat IV (c. 1850–1800 aC) emprendieron una enérgica política de desarrollo del Delta y reforzaron las relaciones con los nómadas del Sinaí y del sur de Canaán, a los que empezaron a instalar en la zona en que más tarde se alzaría la ciudad de Avaris, capital de los hyksos durante el Segundo Período Intermedio (§ 224). La explotación de las minas de turquesa del Sinaí adquirió un nuevo impulso. De hecho, esta explotación se había retomado ya desde principios de la XII dinastía, momento de la fundación del templo de Hathor en Serabit el-Khadim por Sesostris I, segundo rey de esa dinastía. Ahora este templo fue ampliado considerablemente y nuevas capillas y estelas conmemorativas con inscripciones jeroglíficas, regias y particulares, fueron levantadas en el camino que conducía a él.

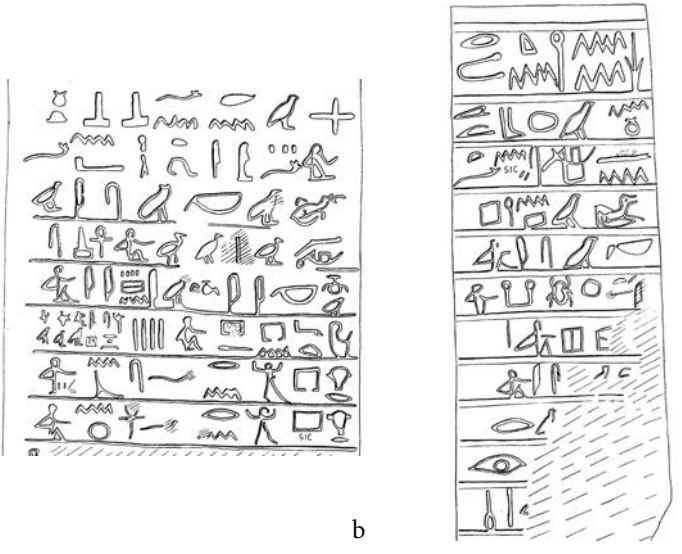
En las expediciones a las minas (28 se documentan solo durante el reinado de Amenemhat III) participaban altos oficiales, soldados, sacerdotes, arquitectos, constructores, mineros, médicos, escribas, intérpretes, líderes de caravana y conductores de asnos (el animal de las caravanas, a falta de

camellos; estos últimos no serían introducidos en Egipto hasta la primera mitad del I milenio aC por los asirios). La mayor parte eran egipcios, pero por los nombres propios y otros detalles recogidos en los textos sabemos que hubo también muchos semitas, más o menos egiptizados y de rango más o menos elevado. Entre estos últimos cabe destacar a un tal Khebeded, «hermano de un jefe de Retjenu» (o sea, del Líbano central; §§ 8*b*, 20*c*, 221*b*), que aparece nombrado en más de una inscripción entre los oficiales de alto rango. Se trató probablemente de uno de los jefes de los trabajadores semitas. En una estela se hace representar montado en un burro, cosa que jamás habría hecho un egipcio (fig. 6.6*a*). En las caras no inscritas de otra estela (preexistente) hace grabar un texto en egipcio y en escritura jeroglífica muy tosca, algunos de cuyos signos recuerdan muy de cerca, significativamente, la factura de las «letras» protosinaíticas (fig. 6.6*b*). Egipcios y semitas formaban en el Sinaí un mundo aparte, un universo cerrado con características culturales específicas. Y es en este contexto multiétnico, multicultural y multilingüístico (la presencia de traductores indica que había una cierta barrera lingüística, tal vez entre quienes paulatinamente se iban incorporando al trabajo, tanto egipcios como semitas), que favorecía el intercambio, la interacción y la imitación de prácticas, donde tuvo lugar la creación del alfabeto.

§ **219.** En los últimos veinte años, los estudios sobre las inscripciones protosinaíticas han experimentado un gran avance, de la mano de autores como Benjamin Sass, John C. Darnell, Gordon J. Hamilton y Orly Goldwasser. La problemática planteada por el alfabeto protosinaítico se resume en tres cuestio-



a



b

Fig. 6.6. Estelas de Khebeded en Serabit el-Khadim: a) detalle de la inscripción jeroglífica y la iconografía de una estela; b) detalle de las inscripciones jeroglíficas de dos caras de otra estela (de: Gardiner; Peet; Černý 1952: láms. 27, 37).

nes: el lugar de la invención, la fecha de la invención y los prototipos de los signos. En cuanto al lugar, se han propuesto distintas posibilidades: el propio Sinaí, el sur de la franja siriopalestina (porque de allí proceden también inscripciones alfabéticas muy antiguas, aunque no tanto como las sinaíticas —§ 225—, y tradicionalmente había habido un cierto prejuicio acerca de que una población minera del Sinaí pudiera haber inventado un sistema de escritura) y el Delta del Nilo o Egipto en general; en todos los casos se trataría de poblaciones semitas, que vivirían en su medio original o en Egipto como inmigrantes. En cuanto a la fecha, las propuestas han oscilado desde principios de la XII dinastía (Reino Medio) hasta el Reino Nuevo. Y por lo que se refiere a los prototipos de los signos, ha habido dos posiciones: la de quienes han defendido que el carácter muy «cursivo» de algunos signos protosinaíticos se debe al hecho de que los inventores del alfabeto se inspiraron tanto en signos jeroglíficos como en signos hieráticos, y la de quienes han sostenido que la única fuente de inspiración fueron los jeroglíficos.

§ **220.** Un reexamen muy reciente y detallado de toda la cuestión desde una amplia perspectiva que toma en consideración la paleografía de las inscripciones y su contexto geográfico, histórico, etnográfico y cultural ha llevado a la egiptóloga israelí Orly Goldwasser a concluir, de manera convincente, que el alfabeto protosinaítico fue inventado por semitas poco egiptizados y casi iletrados en la misma zona minera de Serabit el-Khadim a mediados del siglo XIX aC, probablemente durante el reinado de Amenemhat III. Esta propuesta tiene la ventaja de ser la más sencilla y la que casa mejor con la evidencia dis-

ponible. En efecto, hasta la actualidad se han documentado 32 inscripciones protosinaíticas, de las cuales 30 proceden de Serabit el-Khadim y 2 del Wadi el-Hol (fig. 6.7*a*), situado en pleno Egipto, al noroeste de Luxor, a medio camino de las rutas desérticas que llevaban en línea recta desde la región de Tebas-Luxor hasta el extremo norte del gran meandro que el Nilo forma en esta región. Una tercera inscripción procede del interior de Egipto, pero su identificación como protosinaítica es discutida; se halla grabada en una pieza de telar de madera procedente de El-Lahun (entre el valle del Nilo y El-Fayum) fechada genéricamente en el Reino Medio y podría reproducir el nombre propio del propietario del objeto (fig. 6.7*b*).

§ **221.** Veamos a continuación los aspectos esenciales de la argumentación de Goldwasser.

a) Las inscripciones protosinaíticas de Serabit el-Khadim se caracterizan por una ejecución tosca, especialmente si se comparan con las inscripciones jeroglíficas egipcias de la misma zona y época, incluso las menos cuidadas. Los signos difieren en tamaño, dirección y ejecución, a menudo en una misma inscripción. Ello significa que los autores eran prácticamente iletrados y que no conocían los principios que gobernaban la escritura jeroglífica. Si los hubieran conocido, por un lado, habrían dado una mayor regularidad a sus grafías y, por otro, muy probablemente habrían adoptado directamente los signos monoconsonánticos egipcios en vez de crear signos nuevos. Esto descarta, según Goldwasser, cualquier posibilidad de que los modelos de algunos signos pudieran ser hieráticos, como sugieren otros autores, porque la escritura hierática es esen-

a

b

Fig. 6.7. a) Inscripciones protosinaíticas de Wadi el-Hol, en el Alto Egipto (de: Darnell *et al.* 2005: 75, 83, figs. 2a, 16a); b) Pieza de telar (izquierda) con inscripción protosinaítica (derecha) procedente de El-Lahun (de Hamilton 2006: 330).

cialmente documental y es muy improbable que una población iletrada tuviera acceso a los documentos.

b) El hecho de que la práctica totalidad de las inscripciones protosinaíticas (excepto las dos de Wadi el-Hol y tal vez la de El-Lahun) proceda del Sinaí y en concreto de Serabit el-Khadim significa que muy probablemente la nueva escritura nació allí. Por eso, Goldwasser considera que es concretamente en los textos jeroglíficos del Sinaí, y no en la escritura jeroglífica en abstracto, donde hay que buscar los prototipos de los signos. Los creadores del alfabeto se inspiraron en los signos que vieron realmente a su alrededor. Desde el punto de vista metodológico, esto implica que tan solo las inscripciones jeroglíficas del Sinaí datadas del Reino Medio deben ser tomadas en consideración para el estudio comparativo (fig. 6.8). Algunas de estas inscripciones son de gran calidad y se deben a los reyes o a oficiales de alto rango, pero otras son obra de escribas menos preparados o incluso de individuos con una formación mínima, tal vez de origen semita, como las del tal Khebeded, «hermano de un jefe de Retjenu», que mencionábamos más arriba (§ 218; fig. 6.6). En estas últimas, Goldwasser halla los prototipos directos de algunos de los signos protosinaíticos más significativos, de manera que llega incluso a preguntarse si no habría que atribuir al propio Khebeded o a su entorno inmediato la invención del alfabeto. Una vez más, pues, los estudios actuales tienden a señalar autorías puntuales en el origen de las escrituras (§ 206). En cuanto a las dos inscripciones de Wadi el-Hol (fig. 6.7*a*), para esta autora son algo posteriores a las sinaíticas y deben considerarse un caso de «reproducción» de la escritura en un área distinta de la original, por razones y en circunstancias obviamente desconocidas.

	PROTOSINAITIC							EGYPTIAN HIEROGLYPHS FROM SINAI						
1	A	B	C	D				F1 a	F1 b	F1 c	F1 d	F1 e		
2	A	B	C	D	E	F ?		O1 a	O1 b	O1 c			Q3 aa	
3	A	B	C	D				K1 a	K1 b	K1 c				
4	A	B	C	D	E			A28 a	A28 b	A28 c	A28 d			
5	A	B						P8 a	T3 b	U36 c	I10 d	S38 e	? f	
6	A	B	C					Aa11+P8 ? a	X1+N17 ? b	Z4 c				
7	A	B	C					V28 a	V28 b	V28 c				
8	A	B						D36 a	D36 b					
9	A	B												
10	A	B	C	D	E	F		S29 a	S29 b	I10 c	V1 d	V1 e		
11	A	B	C	D				N35 a	N35 b	N35 c				

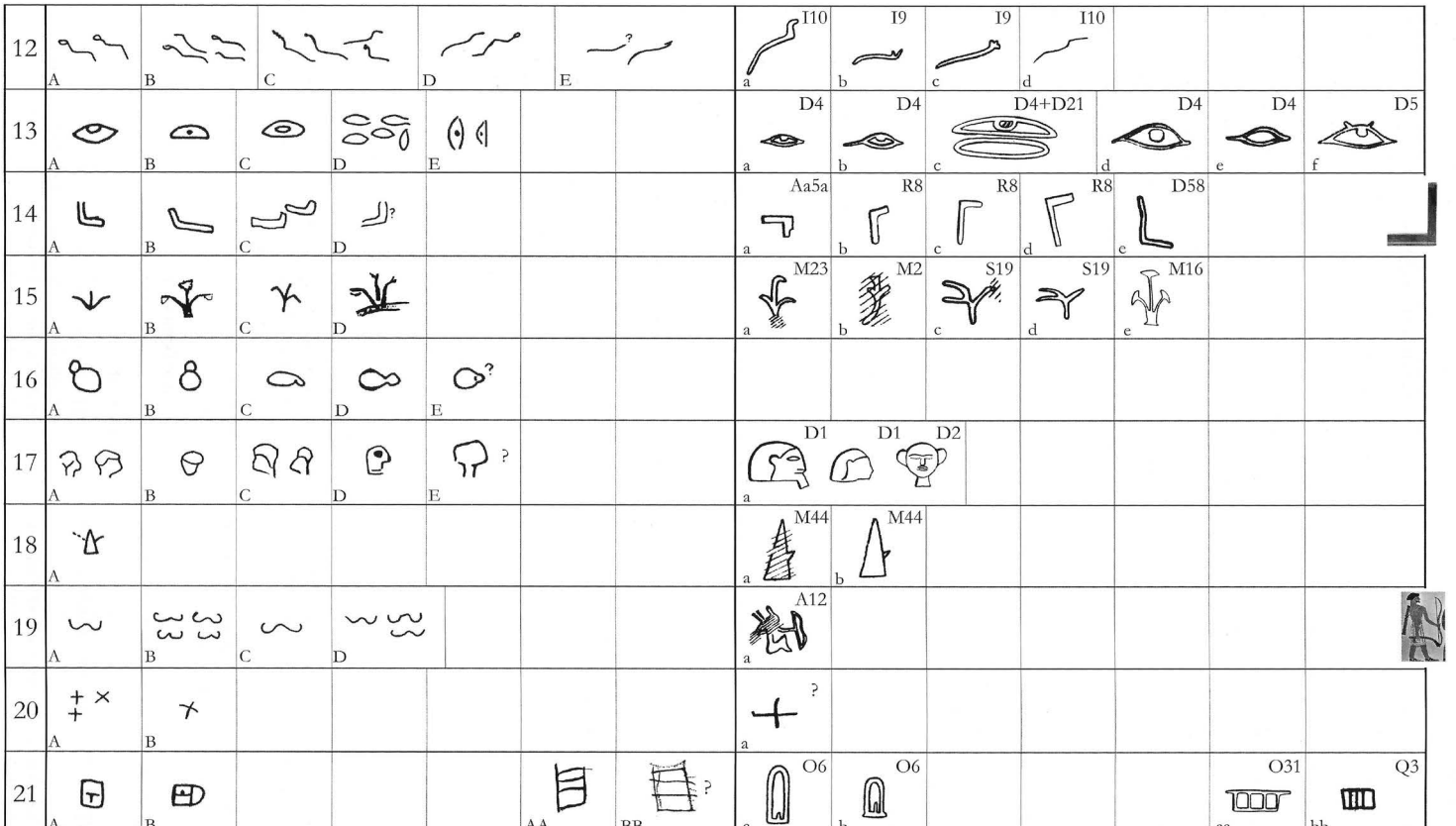


Fig. 6.8. Los signos de la escritura protosinaítica comparados con signos jeroglíficos de inscripciones egipcias del Reino Medio en el Sinaí, según O. Goldwasser (de GOLDWASSER 2006: 154-155).

c) Los prototipos de los signos protosinaíticos pueden ser de dos tipos. El origen de la mayoría de ellos se halla en jeroglíficos esculpidos en inscripciones egipcias de fines del Reino Medio en el mismo Sinaí. Unos pocos signos parecen no proceder de jeroglíficos y pueden tener sus referentes directos en objetos de la realidad; se trataría, por tanto, de signos de nueva creación (§ 222*gipr*). Finalmente, algunos signos podrían tener, a la vez, los dos tipos de modelos: el jeroglífico y el objeto real (§ 222*gn*), o incluso un tipo de modelo para una variante y otro para otra (§ 222*b*).

d) La lengua de las inscripciones protosinaíticas es una lengua semítica noroccidental, muy próxima al fenicio, al arameo y al hebreo, con las que compartía en buena medida el léxico (§§ 5*e*, 217).

e) Hasta donde las inscripciones protosinaíticas son legibles, parece claro que obedecieron al deseo de los semitas que trabajaban en las minas de escribir sus propias invocaciones a los dioses en su propia lengua, a imitación de lo que hacían los egipcios con los que convivían. Se trataba de dar expresión gráfica a sus nombres propios y títulos y a sus relaciones personales con las divinidades, en especial Baalat y El. Respondían, por tanto, a una finalidad estrictamente cultual y religiosa, como había sucedido más de mil años antes con la misma escritura jeroglífica egipcia (§§ 196–199). El estímulo fue, pues, en parte «interno», porque se debió a una necesidad espiritual, y en parte «externo», en el sentido de que provino de un ejemplo que emular. Sin la interacción entre semitas y egipcios, la invención del alfabeto (por lo menos así, allí y entonces) no habría sido posible.

f) Como queda dicho, el mecanismo de aislamiento de los signos fue la acrofonía. Para ello, los creadores del sistema ig-

noraron por completo (probablemente porque nunca lo conocieron) el valor fonético o semántico egipcio del signo jeroglífico escogido (de hecho, escogieron signos de todas las categorías: §§ 47, 139, 157), y aplicaron a ese signo desde el primer momento lo que Goldwasser llama una «lectura cananea». En concreto, procedieron como sigue. Tenían que escoger un signo para cada uno de los sonidos consonánticos de su lengua semítica (poco más de una veintena). Identificaron, por tanto, estos sonidos y escogieron una palabra de su lengua que empezara por cada uno de ellos. Acto seguido establecieron como signo para transcribir cada sonido el jeroglífico egipcio que representaba el objeto de la realidad designado por la palabra en cuestión (o, en su defecto, un icono de nueva creación).

§ **222.** Examinemos a continuación el proceso de selección de cada uno de los signos protosinaíticos. Remitimos para ello a la tabla 6.2 y a la fig. 6.8, un cuadro elaborado por Goldwasser en el que se recogen, a la izquierda, ejemplos de cada signo alfabético tal como aparecen en las diversas inscripciones protosinaíticas, y, a la derecha, ejemplos de signos jeroglíficos procedentes de inscripciones en egipcio y escritura jeroglífica del Sinaí contemporáneas a las anteriores, a modo de prototipos directos. De las palabras que los semitas escogieron para cada sonido (y como nombre de cada grafema) daremos solo la raíz semítica original, comoquiera que desconocemos la forma precisa que esas palabras tuvieron en la lengua protosinaítica. El orden de exposición que seguiremos es, convencionalmente, el del posterior alfabeto fenicio.

a) Para el fonema /**ʔ**/ u oclusión glótica, propio tanto del semítico como del egipcio (§§ 7*c*, 125*d*), se escogió la palabra semítica cuya raíz era *'alp-* (con ' = /ʔ/), que significa «buey», y se adoptó el signo jeroglífico egipcio que representaba la cabeza de un buey ( ), bien documentado en las inscripciones jeroglíficas del Sinaí (fig. 6.8, línea 1). La letra fenicia es , *'ālep* (de ella derivan la letra hebrea א , *'ālef*, y la letra árabe ا , *alif*).

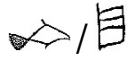
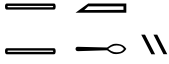
b) Para el fonema /**b**/, la raíz semítica escogida fue ***b**ayt-* «casa», y el signo jeroglífico adoptado fue el de la casa, pero no en su forma estándar ( ), sino en la forma que presenta en algunas inscripciones jeroglíficas del Sinaí, como las de Khebeded (§§ 218, 221*b*; fig. 6.6*b*), es decir, la de un cuadrado, a veces cerrado y a veces abierto en un ángulo (fig. 6.8, línea 2). Otra variante del signo presenta una abertura en el medio de uno de los lados y dos pequeños trazos hacia afuera a cada lado de la abertura. Es posible que, en este caso, el prototipo no sea un jeroglífico, sino una «casa del alma», es decir, uno de esos modelos de casas de arcilla, con «entrada», que la gente humilde utilizaba en esta época como tabla de ofrendas (fig. 6.8, línea 2, a la derecha). La letra fenicia es , ***b**et* (de ella derivan la letra hebrea ב , ***b**et*, y la letra árabe ب , ***b**ā*).

c) Para el fonema /**d**/ hay dos opciones, tal vez las dos válidas. El nombre de la letra fenicia, ***d**ālet*, significa «puerta», de ahí que se haya propuesto el signo jeroglífico de la puerta como prototipo: / (fig. 6.8, línea 21, casillas 6 y 13). Pero en las inscripciones protosinaíticas aparece a menudo el vistoso signo de un pez que parece valer también por /d/. Este signo aparece asimismo en las inscripciones jeroglíficas del Sinaí: (fig. 6.8, línea 3). La raíz cananea para «pez» sería ***d**ag-*. Es posible, por tanto, que los dos grafemas coexistieran con el mis-

mo valor (es decir, que fueran homófonos; §§ 101–102). Sea cual sea el signo que finalmente dio origen a la letra fenicia para /d/, lo cierto es que esta última letra es 𐤃 y se llama ***d**ālet* (de ella derivan la hebrea ד , ***d**ālet*, y la árabe د , ***d**āl*).

d) Para el fonema /**h**/ (§§ 7*c*, 124*d*), se adoptó el signo jeroglífico del hombre de pie con los brazos en alto: . Este signo, que no tiene un uso muy extendido en el sistema jeroglífico general, es, en cambio, muy utilizado precisamente en las inscripciones jeroglíficas del Reino Medio del Sinaí, de las que llega a ser una característica específica muy relevante (fig. 6.8, línea 4). Para Goldwasser, esta es una de las pruebas más firmes de que la escritura protosinaítica se desarrolló a partir de este repertorio jeroglífico concreto. La función del signo en las inscripciones jeroglíficas es de logograma y, aunque se desconoce su lectura fonética, su significado parece ser el de «capataz»; se encuentra habitualmente junto a otro título de cargo (*ḥry-pr*, «supervisor de la casa») y a nombres propios de persona. Se ha propuesto que los inventores del alfabeto adoptarían este signo como /h/ a partir de los gritos de llamada (algo así como *¡hey!*, *¡hoy!* o similares) que emitirían los capataces para reunir a sus hombres. La letra fenicia es 𐤄, ***h**ē* (hebrea: ה , ***h**ē*; árabe: ه , ***h**ā*).

e) Para el fonema /**w**/ (§§ 121, 123*e*), la raíz semítica escogida fue ***w**aw*-, «gancho», «alfiler», y el signo jeroglífico adoptado fue el de la maza , el del cayado (fig. 6.6*b*, derecha, línea 1) y/o el del remo . Para un no iniciado, todos estos signos parecerían iguales, y de hecho en las inscripciones jeroglíficas del Sinaí los tres se parecen mucho y son muy similares al signo protosinaítico. Por tanto, todos pudieron servir como prototipos (fig. 6.8, línea 5). La letra fenicia es 𐤅 , ***w**āw* (hebrea: ו , ***w**āw*; árabe: و , ***w**āw*).

JEROGLÍFICO EGIPCIO	SIGNO PROTO-SINAÍTICO	LETRA FENICIA	NOMBRE DE LA LETRA FENICIA Y SU SIGNIFICADO	SONIDO	LETRA HEBREA	LETRA ÁRABE
		𐤀	*ʾālep* «buey»	/ʔ/	א	ا
		𐤁	*bet*, «casa»	/b/	ב	ب
---	---	𐤂	*gimel*, «bastón arrojadizo» (?)	/g/	ג	ج (= /ʒ/)
		𐤃	*dālet*, «puerta»	/d/	ד	د
		𐤄	*hē*, «¡hey!»	/h/	ה	ه
		𐤅	*wāw*, «gancho»	/w/	ו	و
		𐤆	*zayin* «arma» (?)	/z/	ז	ز
(?)	(?)	𐤇	*ḥet*, «valla»	/ħ/	ח	ح
		---	---	/ħ/ o /χ/ (?)	---	---
---	---	𐤈	*ṭet*, ?	/ṭ/	ט	ط
		𐤉	*yōd*, «mano»	/j/	י	ي
(?)		𐤊	*kāp*, «palma»	/k/	כ	ك
		𐤋	*lāmed*, «cuerda de doma»	/l/	ל	ل
		𐤌	*mem*, «agua»	/m/	מ	م

			nūn, «serpiente de mar»	/n/	נ	ن
---	---		*sāmek*, «soporte» (?)	/s/	ס	---
			ʿayin, «ojo»	/ʕ/	ע	ع
			pe, "canto"	/p/	פ	ف (= /f/)
			ṣāde, «mata de papiros» (?)	/ṣ/	צ	ص
---			*qōp*, «mono»	/q/	ק	ق
			resh, «cabeza»	/r/	ר	ر
			**shīn*, «diente»	/š/	ש	ش
			tau, «marca»	/t/	ת	ت

Tabla 6.2. De los jeroglíficos egipcios al alfabeto fenicio (y hebreo cuadrado y árabe). En esta tabla, los signos y letras se presentan en el orden del alfabeto fenicio. Un asterisco delante del nombre de la letra fenicia indica reinterpretación del valor icónico del signo original. Entre paréntesis se consigna el sonido de las letras árabes cuando difiere del general. Todas las reproducciones de signos protosinaíticos proceden de: Hamilton 2006.

f) Para /**z**/, fonema dental fricativo sonoro (§ 123), la raíz escogida fue *zayn*-, «arma (?)», y los prototipos jeroglíficos pudieron ser las combinaciones de signos o o el signo de los dos trazos 〃 (tabla 4.3), o todos a la vez, ya que aparecen realizados de formas similares en los textos jeroglíficos sinaíticos (fig. 6.8, línea 6). La letra fenicia es , *zayin* (hebrea: , *zayin*; árabe: , *zāy*).

g) Para el fonema /**ħ**/ (§ 125*c*) hay discrepancia entre los estudiosos. Según Goldwasser, la raíz escogida fue ***ḫ****arm-*, «mecha (de lámpara)», y el signo jeroglífico adoptado fue el de la mecha de cuerda trenzada: (monoconsonántico *ḥ*; tabla 3.3) (fig. 6.8, línea 7). De ser así, sería el único caso en que el signo egipcio y el protosinaítico habrían anotado el mismo sonido. Como con el signo de la casa, aquí también el referente real pudo haber servido como prototipo paralelo, puesto que las mechas de lámpara serían, sin duda, de uso común entre la población minera del Sinaí. Ahora bien, la letra fenicia es 𐤇 o 𐤇, ***ḫ****et* (hebrea: ח , ***ḫ****et*; árabe: ح , ***ḫ****ā*), cuyo nombre significa «valla», y su forma (tabla 6.2) parece la simplificación de un signo protosinaítico de uso esporádico a modo de rectángulo vertical u horizontal con dos trazos paralelos en el interior (fig. 6.8, línea 21, casilla 7); el modelo de este signo podría ser el jeroglífico , que, sin embargo, no está presente en las inscripciones egipcias del Sinaí, o bien, una vez más, el propio referente real. El protosinaítico pudo haber contado, pues, con dos signos homófonos para /ħ/, uno de los cuales se habría olvidado mientras que el otro habría dado lugar a la letra fenicia. Sea como fuere, el valor del signo protosinaítico del rectángulo con los trazos en el interior no está claro y, como hemos visto, algunos especialistas han sugerido más bien que anota el fonema /d/ (punto *c*); de hecho, Goldwasser lo presenta en la última línea de su tabla, que es la de los signos dudosos. Gordon J. Hamilton disiente de la interpretación de Goldwasser y considera que estamos ante dos signos y dos sonidos diferentes: el signo de la mecha correspondería al fonema /**χ**/ (§ 123*o*) de ***ḫ****arm-* (y no /ħ/ de *ḥarm-*), que es la raíz original para «mecha (de lámpara)», y derivaría del jeroglífico egipcio , mientras que el sig-

no del rectángulo con trazos en el interior correspondería al fonema /**ħ**/ de ***ḥ****aut-* o ***ḥ****et-*, «valla», y derivaría del jeroglífico egipcio . En este caso, la letra no se habría transmitido al alfabeto fenicio, por carecer la lengua fenicia del sonido /χ/ (pero sí se transmitió al alfabeto sudarábigo: § 230). El problema de esta interpretación radica en que, habida cuenta de que el sonido /ħ/ es muy común en las lenguas semíticas, quedaría por explicar por qué el signo del rectángulo con trazos en el interior aparece tan esporádicamente en las inscripciones protosinaíticas, mientras que el de la mecha es tan frecuente. Habría que pensar tal vez en una pronunciación alternativa de *ḫarm-* como *ḥarm-*.

h) Para el fonema /**j**/ (§§ 121, 123*l*), la raíz escogida fue ***y****ad-*, «mano», y el signo jeroglífico adoptado fue , muy común en las inscripciones jeroglíficas del Sinaí (presente, por ejemplo, en uno de los cartuchos de Amenemhat III) (fig. 6.8, línea 8). La letra fenicia es , ***y****ōd* (hebrea: י , ***y****ōd*; árabe: ي , ***y****ā*).

i) Para el fonema /**k**/, la raíz escogida fue ***k****app-*, «palma (de la mano)». En cuanto al prototipo, algunos especialistas señalan los signos jeroglíficos o , mientras que otros, entre ellos Goldwasser, observan que en las inscripciones jeroglíficas del Sinaí esos signos tienen formas muy estilizadas, siempre horizontales, que difieren mucho del signo protosinaítico, y piensan, por tanto, que en este caso el prototipo debe buscarse más bien en el referente real: una palma de mano con los dedos abiertos en vertical (fig. 6.8, línea 9, a la derecha). La letra fenicia es כ , ***k****āp* (hebrea: כ , ***k****āf*; árabe: ك , ***k****āf*).

j) Para el fonema /**l**/, la raíz escogida fue ***l****amd-*, «instrumento (tal vez de cuerda) para domar, guiar o espolear animales», y el prototipo jeroglífico pudo ser el signo de la cuerda: ,

tal vez el más plausible, pero también el del cayado de campesino: 𓎛, o incluso el del tejido doblado: 𓋴 (monoconsonántico *s*; tabla 3.3) (fig. 6.8, línea 10). La letra fenicia es 𐤋, ***l****āmed* (hebrea: ל, ***l****āmed*; árabe: ل, ***l****ām*).

k) Para el fonema /**m**/, la raíz escogida fue ***m****em*-, «agua», y el signo jeroglífico adoptado fue 𓈖 (fig. 6.8, línea 11). La letra fenicia es 𐤌, ***m****em* (hebrea: מ, ***m****em*; árabe: م, ***m****īm*).

l) Para el fonema /**n**/, parece que la raíz escogida fue ***n****aḥaš*- (en los alfabetos etíopes el nombre de esta letra es aún hoy *nahās*; §§ 5*e*, 230), que significa «serpiente», y el signo jeroglífico adoptado fue 𓆑 (y probablemente también 𓇋, pues los dos signos se confundirían a ojos de los no iniciados) (fig. 6.8, línea 12). Ahora bien, la letra fenicia es 𐤍, ***n****ūn* (hebrea: נ, ***n****ūn*; árabe: ن ***n****ūn*), cuyo nombre deriva de la raíz ***n****ūn*- que significa «pez», y de ahí que los primeros investigadores del protosinaítico pensaran que el fonema /n/ podía ser anotado tanto por el signo del pez como por el de la serpiente (que serían homófonos). Actualmente parecen establecidas las correspondencias «pez» = /d/ y «serpiente» = /n/, y la explicación del cambio de palabra para designar la letra que anota /n/ podría hallarse en el hecho de que, excepcionalmente, tanto *naḥaš*- como *nūn*- pueden tener la acepción de «serpiente de mar» o «pez serpiente» (en textos hebreos y árabes, respectivamente).

m) Para el fonema /**ʕ**/ (§§ 7*c*, 125*b*), la raíz escogida fue ʿ*ayn*-, «ojo», y el signo jeroglífico adoptado fue 𓁹 (fig. 6.8, línea 13). La letra fenicia es 𐤏, ʿ*ayin* (hebrea: ע, ʿ*ayin*; árabe: ع, ʿ*ayn*).

n) Para el fonema /**p**/, parece que la raíz escogida fue ***p****i*-, «canto», o tal vez la palabra derivada de ella ***p****iy'at*, «ángulo», y el signo jeroglífico adoptado fue el del canto de un muro: 𓊪

(fig. 6.8, línea 14). Es posible, sin embargo, que también en este caso pueda señalarse un referente real como prototipo paralelo, a saber, una escuadra utilizada en la construcción (fig. 6.8, línea 14, a la derecha). Su forma es la de un ángulo recto y, aunque no se han hallado ejemplos de esta herramienta en el Sinaí, muy probablemente fue usada en la edificación del templo de Serabit el-Khadim y de las capillas de los alrededores, o en las propias minas. La letra fenicia es 𐤐 y su nombre final es ***p**e* (hebrea: פ , ***p**e*; árabe: ف , *fā*: al carecer el árabe del fonema /p/, esta letra pasó a anotar el fonema /f/, que el fenicio no tenía).

o) Para /**ṣ**/, fonema fricativo retroflexo sordo propio del semítico pero inexistente en nuestras lenguas, la raíz escogida fue ***ṣ**aday-*, «mata de papiros», y el signo jeroglífico adoptado pudo ser , o , todos ellos documentados en los textos jeroglíficos sinaíticos con formas muy parecidas entre sí (fig. 6.8, línea 15). La letra fenicia es 𐤑 , ***ṣ**ade* (hebrea: צ , ***ṣ**ade*; árabe: ص , ***ṣ**ād*).

p) Para el fonema /**q**/ (§ 125*a*), la raíz escogida fue ***q**ōp-*, «mono», pero no existe en las inscripciones jeroglíficas egipcias del Sinaí ningún signo que haya podido servir de prototipo del signo protosinaítico, cuya forma es la de dos círculos superpuestos o yuxtapuestos en horizontal, uno más grande y otro más pequeño (fig. 6.8, línea 16). Tal prototipo debe buscarse, pues, en referentes reales. Así, el signo podría representar la cabeza de un mono estilizada o bien una suerte de emblema local alusivo a alguna divinidad cinomorfa (el babuino es uno de los animales simbólicos del dios Tot, que sabemos que fue adorado en el Sinaí). La letra fenicia es 𐤒 , ***q**ōp* (hebrea: ק , ***q**ōf*; árabe: ق , ***q**āf*).

q) Para el fonema /**r**/, la raíz escogida fue ***r**a'š-* o ***r**i'š-*, «cabeza», y el signo jeroglífico adoptado fue (fig. 6.8, línea 17). La letra fenicia es 𐤓 , ***r**esh* (hebrea: ר , ***r**esh*; árabe: ر , ***r**ā*).

r) En cuanto al fonema /**š**/ (§ 124*a*), la historia del signo que lo anota es problemática. La letra fenicia es 𐤔, ***sh****īn* (hebrea: ש , ***sh****īn*; árabe: ش , ***sh****īn*), cuyo nombre deriva de la raíz ***š****inn-*, que significa «diente». Ahora bien, los estudiosos piensan que el signo protosinaítico que vale por /š/ representa originalmente un arco. La raíz semítica correspondiente a «arco» es *qašt-* (con *q-* y no *š-* inicial). Pero la raíz correspondiente a «arquero» es ***θ****ann-* (con /θ/ = fonema interdental fricativo sordo, como en esp. ***z****ona*). Esta pudo ser, pues, la raíz escogida (por una suerte de metonimia gráfica), de modo que el signo del arco habría anotado en un principio el fonema /θ/, pero más tarde, a raíz de un cambio fonético que se dio en buena parte del dominio semítico y que comportó la fusión de /θ/ y /š/, habría sido reinterpretado y habría pasado a anotar el fonema /š/ y a vincularse a la raíz *šinn-*, «diente»; en efecto, la forma del signo, a base de dos curvas o ángulos yuxtapuestos normalmente en horizontal y abiertos hacia arriba, se prestaba bien a esta recategorización icónica. Los prototipos jeroglíficos del signo protosinaítico pudieron ser, pues, o . Ahora bien, Goldwasser observa que estos signos no se encuentran, como tales, en las inscripciones jeroglíficas del Sinaí documentadas hasta hoy, mientras que en una de ellas aparece, muy vistoso, precisamente el signo de un arquero: , lo cual podría avalar la historia gráfica expuesta. Goldwasser piensa, de todos modos, que en este caso el prototipo es más bien el arco de doble curvatura como referente real, sin duda ampliamente presente en las expediciones egipcias en el Sinaí. En los frescos de la tumba de Khnumhotep II en Beni Hasan (§ 218) se representa un guerrero cananeo con este mismo tipo de arco (fig. 6.8, línea 19, a la derecha).

s) Para el fonema /**t**/, la raíz escogida fue ***t**aw*-, «marca», «señal», y el signo jeroglífico adoptado fue el de las tablas cruzadas: 𓏺 (fig. 6.8, línea 20). La letra fenicia es 𐤕 o 𐡕 , ***t**āw* (hebrea: ת , ***t**āw*; árabe: ت , ***t**ā*).

t) En las inscripciones protosinaíticas se documenta todavía algún signo más, pero los especialistas los consideran variantes u homófonos de los precedentes o bien signos de uso muy esporádico y de valor indeterminado.

u) Las letras fenicias 𐤂 , ***g**imel* (fonema /**g**/), 𐤈 , ***ṭ**et* (fonema oclusivo retroflexo sordo /**ṭ**/ propio del semítico pero desconocido en nuestras lenguas), y 𐤎 , ***s**āmek* (fonema /**s**/), no tienen precedentes en signos protosinaíticos. Es evidente, por tanto, que tales letras fueron de creación algo más tardía, en el contexto ya del alfabeto protocananeo (§ 225); en efecto, están presentes en el *ostrakon* «alfabético» de Izbet Sartah y en el alfabeto sudarábigo (§ 230) (corresponden a las hebreas: ג , ***g**imel*, ט , ***ṭ**et,* y ס , ***s**āmek*; y a las árabes: ج , ***dj**īm* (con /g/ > /ʤ/ del ingl. ***J**ohn*), y ط , ***ṭ**ā* —*sāmek* no pasa al árabe).

§ **223.** Así pues, la escritura protosinaítica cuenta con una veintena de signos en total. La orientación más habitual de las inscripciones es en vertical (fig. 6.5*b*), pero también las hay orientadas en horizontal, tanto de izquierda a derecha (fig. 6.5*a*) como de derecha a izquierda. Los signos se disponen uno tras otro, y no por grupos como en la escritura jeroglífica egipcia. El soporte es la piedra, tanto de las paredes rocosas de las entradas de las minas como de estelas y estatuas. La lectura e interpretación de las inscripciones sigue siendo problemática y muchas de ellas solo han sido parcialmente descifradas.

§ **224.** Tras la disolución del Reino Medio egipcio (c. 1720 aC) comenzó una segunda etapa en la historia del alfabeto. La nueva escritura fue utilizada ahora por los semitas de toda el área cananea. De todos modos, siguió siendo empleada de una manera muy esporádica y restringida, sobre todo para anotar nombres de personas y de divinidades. Los signos mantuvieron su aspecto pictográfico, lo cual facilitó su transmisión oral de generación en generación, puesto que bastaba con memorizar una limitada serie de imágenes cuyo valor fonético era el del primer sonido de las palabras que designaban los objetos representados. Es posible, además, que ya desde muy temprano los signos y/o sus nombres se ordenaran en una secuencia fija para facilitar su aprendizaje y su recuerdo; como veremos, en la segunda mitad del II milenio esta ordenación era ya una realidad (§§ 225–226).

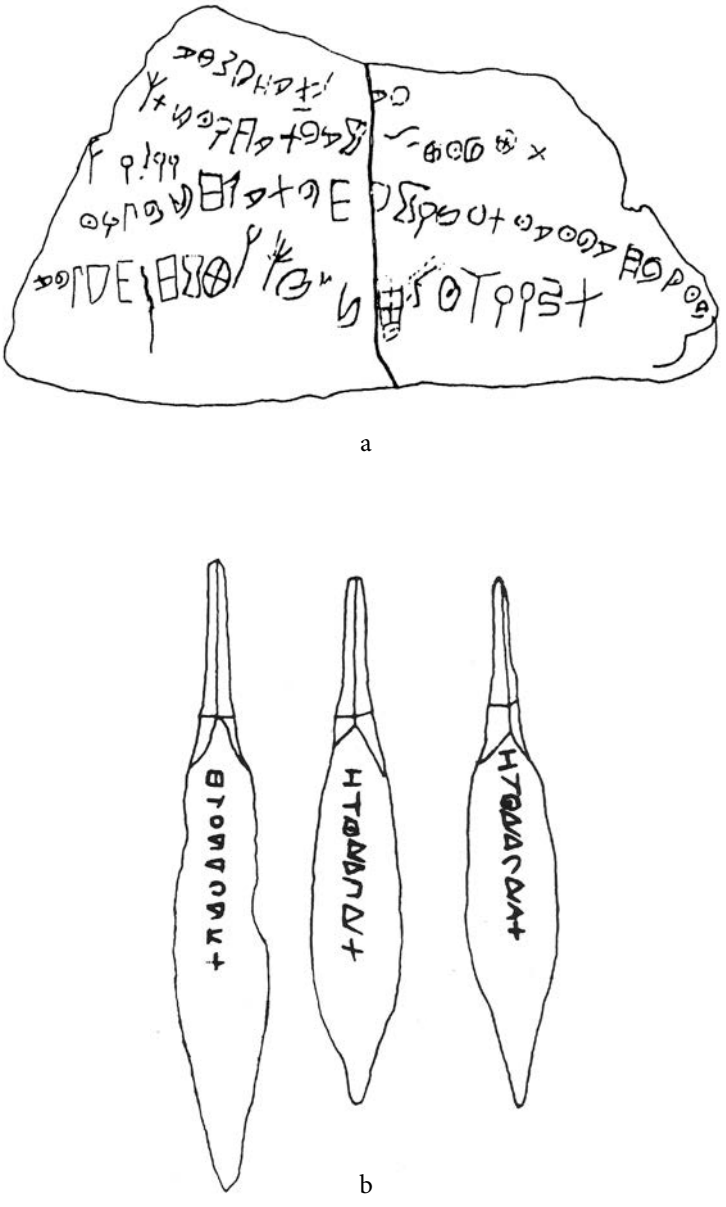
A lo largo de todo el II milenio aC este fue, pues, el estatus de la escritura alfabética: una escritura de gentes humildes y anónimas, lejos de las escuelas de escribas y de la alta cultura o de las cancillerías de los estados (salvo, como veremos, en el caso puntual y aislado de Ugarit; §§ 226–227). Al contrario, los poderosos estados a lado y lado de la región desértica sinaítico-cananea, o sea, Egipto y los reinos sirio-mesopotámicos, ignoraron por completo el nuevo sistema de escritura, que jamás habría podido sustituir a sus prestigiosos, antiguos, complejos y culturalmente muy significativos sistemas propios. El Egipto del Segundo Período Intermedio (c. 1720–1550 aC), por ejemplo, estuvo dominado por los hyksos, gentes de origen cananeo llegadas a miles ya desde el Reino Medio (§ 218) que se habían hecho con el poder y cuyos dirigentes se habían proclamado faraones y gobernaban la mitad norte del país. Lejos de sentir

como propio y de adoptar el alfabeto de los nómadas cananeos del Sinaí, los hyksos hicieron suyas las prestigiosas formas culturales de Egipto, entre ellas las escrituras. En Avaris, ahora convertida en su capital, no se ha hallado ni una sola inscripción en alfabeto protosinaítico, que, inventado por gentes de las capas más bajas de la sociedad cananea, sería sentido por los egipcios y por los cananeos egiptizados que llegaran a conocerlo como simple, primitivo y culturalmente privado de significación. Como ya hemos tenido ocasión de señalar (§§ 169–170), la «economía» del sistema de escritura no era un rasgo que interesara a los egipcios, sino todo lo contrario.

§ **225.** Esta segunda etapa de la historia del alfabeto se caracteriza por un cambio del área geográfica de la que proceden las inscripciones: el Sinaí deja paso ahora a diversos lugares del sur de la franja sirio-palestina, como Lakish, Sikhem, Izbet Sartah, El-Khader y Deir Allah, en los actuales Israel, Palestina y Jordania (mapa 6.2). No puede descartarse, de todos modos, que alguna de las treinta inscripciones protosinaíticas (§ 220) sea tardía y date del principio de esta nueva fase (siglos XVII–XVI aC). La procedencia de las inscripciones motiva que los especialistas prefieran llamar *protocananea* a la escritura de esta etapa. Los signos protocananeos derivan directamente de los protosinaíticos. En total, se conocen 22 inscripciones protocananeas. Aunque una de ellas, la daga de Lakish, data de c. 1700 aC, el resto se fecha entre los siglos XIV y XI aC. Se trata siempre de secuencias muy breves y, a diferencia de las inscripciones protosinaíticas, que están talladas en la piedra (roca o estatuas), se hallan grabadas sobre objetos cerámicos (como vasos u *ostraka*) o de bronce. Una segunda inscripción procedente

de Lakish, por ejemplo, está incisa sobre una jarra datada del siglo XIII aC; el texto alude a un regalo (la propia jarra) que se hace a una diosa. De Izbet Sartah procede un *ostrakon* datado de finales del siglo XIII aC cuyo texto se ha interpretado como una suerte de ejercicio de escriba: la línea inferior recoge, en efecto, un «alfabeto», es decir, la secuencia ordenada de las letras (fig. 6.9*a*). Esta secuencia, de 22 letras, es la que después presentará el alfabeto fenicio y tal vez responda a una influencia de los alfabetos de Ugarit, un poco más antiguos y a los que nos referiremos a continuación (§§ 226–227). Algo más tardías, del siglo XI aC, son las flechas de bronce de El-Khader, cuyas inscripciones incisas suelen ser consideradas el «eslabón» entre la escritura protocananea y la fenicia; muy breves, consisten en la palabra *ḥṣ*, «flecha», y el nombre del propietario, eventualmente acompañado de su filiación o de un título (fig. 6.9*b*).

§ **226.** Antes de dar paso al alfabeto fenicio, en la transición del II al I milenio aC (§ 231), la escritura protocananea sirvió de modelo inspirador de un nuevo sistema de escritura alfabético de la segunda mitad del II milenio: el de Ugarit. La ciudad-estado de Ugarit, hoy Ras Shamra, en la costa de la Siria actual, fue un rico y cosmopolita reino protofenicio que floreció entre los siglos XV y XII aC y fue vasallo primero de Egipto (durante la XVIII dinastía, en el Reino Nuevo) y después del Imperio Hitita. En este tiempo, la lengua y la escritura «francas» de todo el Próximo Oriente eran el acadio (la lengua de los asirios y de los babilonios; §§ 5*e*, 69) y el cuneiforme, en que tenía lugar la correspondencia oficial entre las cancillerías de Egipto, Mesopotamia y los reinos de la franja sirio-palestina, como bien testi-



a

b

Fig. 6.9. a) *Ostrakon* de Izbet Sartah; b) Puntas de flecha de El-Khader (de: Cross, F. M. «The Invention and Development of the Alphabet». En: Senner ed. 1989: 83-84).

monia el importante archivo de tablillas de Amarna, en el Egipto medio, la capital de Amenhotep IV-Akhenaton. En efecto, el cuneiforme se anotaba a base de impresiones en forma de cuña sobre tablillas de arcilla blanda, que después eran cocidas. Los escribas de Ugarit utilizaban, pues, este tipo de escritura y de soporte de manera habitual. Y fueron ellos los que, a mediados del siglo XIV aC, decidieron adoptar el alfabeto, al comprender las ventajas «prácticas» que ofrecía el nuevo sistema de entre 20 y 30 signos. Pero, de acuerdo con sus usos gráficos, dieron a los signos una factura cuneiforme y pasaron a escribirlos sobre tablillas de arcilla. En este sentido, las escrituras protosinaítica y protocananea son llamadas «lineales», a causa del trazo lineal y continuo —y no por segmentos o cuñas— de sus signos. El procedimiento por el cual los escribas ugaríticos conocieron la escritura protocananea y adaptaron los signos es desconocido, pero el resultado fue la «desiconización» de los mismos, es decir, la pérdida de su carácter pictográfico y, consiguientemente, de lo que había permitido hasta ahora su fácil memorización y transmisión en el entorno «popular». Para los escribas, en efecto, el carácter convencional de los signos desde el punto de vista plástico no suponía problema alguno. Es a estos signos alfabéticos no pictográficos a los que cabe dar propiamente el nombre de «letras».

Las excavaciones de Ras Shamra, iniciadas en 1930, han exhumado una gran cantidad de textos en diversas lenguas y escrituras, que dan cuenta del carácter cosmopolita y emprendedor de la ciudad. Los más importantes son los cerca de dos mil textos redactados en lengua ugarítica (la lengua local, de estirpe semítica noroccidental; § 5*e*) y escritura cuneiforme alfabética. Pero también han aparecido textos acadios en cunei-

forme original, egipcios en jeroglífico, hititas en jeroglífico hitita y en cuneiforme, micénicos en lineal B y chipriotas en cuneiforme, así como también acadios y hurritas escritos, al contrario, con el cuneiforme alfabético de Ugarit. Entre los dos mil textos alfabéticos, hay unos 800 administrativos y económicos, unos 170 mitológicos y religiosos (que han permitido, por ejemplo, reconocer creencias, mitos y dioses paleosemíticos compartidos por los hebreos del 1 milenio aC y presentes en la tradición bíblica, pero mucho más antiguos), unas 80 cartas y una serie de textos escolares, como ejercicios de escribas, vocabularios y «abecedarios». En efecto, de Ugarit procede la primera ordenación alfabética: es aquí donde por primera vez los signos se secuencian de manera fija y repetida, en un orden muy parecido al que después tendría el alfabeto fenicio. Diversas tablillas recogen tan solo el alfabeto, a modo de ejercicio escolar o de recordatorio del orden de los signos.

§ **227.** De hecho, el alfabeto de Ugarit presenta dos versiones. La versión «larga», con mucho la más utilizada, cuenta con 30 letras y es la que se reproduce en las tablillas alfabéticas (fig. 6.10). Se escribe de izquierda a derecha, como las escrituras mesopotámicas (sumerio y acadio), y en ella hay, por primera vez, signos que distinguen la coloración vocálica de la oclusión glótica (§ 125*d*), de acuerdo con las tres vocales largas afroasiáticas (y semíticas) originales (§ 7*d*): [ʔa:], [ʔi:] y [ʔu:]. La versión «breve», de uso muy restringido, cuenta con 22 letras, como el posterior alfabeto fenicio, y la orientación de la escritura es de derecha a izquierda, también como sucede con la escritura fenicia. Esporádicamente, la escritura alfabética de Ugarit fue utilizada fuera de la ciudad. Se han hallado ins-

cripciones aisladas en una decena de lugares de Siria, norte de Palestina y Chipre, ahora sobre soportes diversos que van desde las mismas tablillas de escritura hasta recipientes de cerámica u objetos de metal, todas ellas fechadas entre los siglos XIV y XII aC.

§ **228.** Hacia el 1200 aC el Mediterráneo oriental y la franja sirio-palestina se vieron sacudidos por los violentos movimientos de los llamados (en las fuentes egipcias) «Pueblos del Mar», integrados por nuevos grupos humanos de origen indoeuropeo llegados a través de la península Balcánica y por poblaciones micénicas, egeas y anatólicas que se les unieron al paso. Los «Pueblos del Mar» fueron los responsables de la desaparición del mundo micénico y del Imperio Hitita, así como de los reinos de Troya (la Troya «homérica») y de Ugarit (hacia 1190 aC). Solo Egipto consiguió detener su avance, después de cruentos enfrentamientos liderados por los faraones Merenptah, primero, y Ramsés III, después, quien definitivamente los venció y dispersó hacia 1180 aC. En los textos y relieves de su templo funerario de Medinet Habu, en Tebas oeste, Ramsés III da cuenta de sus luchas terrestres y navales contra ellos (§ 25*a*). Estos acontecimientos supusieron el surgimiento de un orden

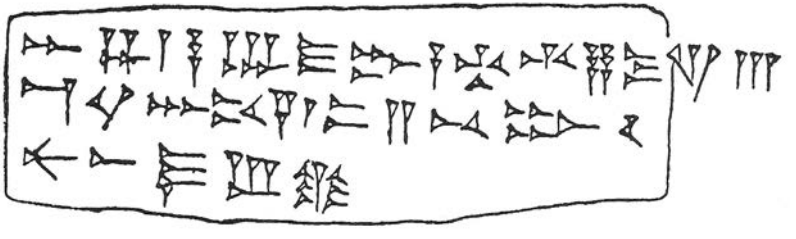


Fig. 6.10. Tablilla alfabética procedente de Ugarit (de: HOOKER *et al.* 1990: 216).

político y sociocultural nuevo en el Mediterráneo oriental y en la franja sirio-palestina. Con ellos concluyó la Edad del Bronce y se inició la Edad del Hierro. Significativamente, el alfabeto de Ugarit desapareció con la caída y destrucción de la ciudad y no tuvo continuidad como tal. Pero quedó el recuerdo del número (22), orden y orientación de los signos (de derecha a izquierda) de su versión «breve»...

6.2.2. Consolidación y expansión de la escritura alfabética en el 1 milenio aC

§ **229.** *Advertencia preliminar.* Al estudiar la evolución gráfica de los signos deben tenerse muy en cuenta dos factores. En primer lugar, el hecho de que hay escrituras que proceden de derecha a izquierda (como el fenicio, el hebreo o el árabe), otras que proceden de izquierda a derecha (como el griego o el latín clásicos) y otras más que pueden proceder en las dos direcciones (como el etrusco o el griego y el latín arcaicos). Obviamente, la orientación del signo transmitido dependerá, en cada caso, de la orientación del sistema de escritura en el que se integre o de la dirección específica de cada texto (véase, por ejemplo, la Γ, la E, la K o la P en el paso del fenicio al griego en la tabla 6.3). En segundo lugar, es frecuente que, al ser transmitidos de un sistema de escritura a otro, los signos experimenten un proceso de *rotación*, es decir, giren 45º o incluso se inviertan (véase, por ejemplo, la evolución de *ʾālep*/*alpha* desde el protosinaítico hasta el griego en las tablas 6.2 y 6.3).

§ **230.** De la escritura protocananea derivaron directamente dos nuevas tradiciones escriturarias: por un lado, el alfabeto fenicio, sobre el que volveremos a continuación (§ 231), y por otro, el llamado *alfabeto sudarábigo* (en sus diversas variantes). Los especialistas piensan que la separación entre el protocananeo y el sudarábigo pudo producirse ya hacia el siglo XIV aC, pero las inscripciones más antiguas documentadas correspondientes al segundo datan del siglo XII-VI aC y son obra de los reinos sudoccidentales de la península de Arabia del I milenio aC, como el de Saba. La lengua que transcriben no es el árabe, sino lo que los especialistas llaman sudarábigo antiguo. Los signos del alfabeto sudarábigo se estilizan y adoptan formas geométricas, angulares y circulares (fig. 6.11); ello les lleva a perder su carácter pictográfico, como había sucedido con las letras ugaríticas y sucedería también con las fenicias. La escritura sudarábiga se difundió, por el sur, hacia el África nororiental, donde dio origen a las escrituras etíopes antiguas y actuales (§ 5*e*), y por el norte, al desierto sirio, a lo largo de las

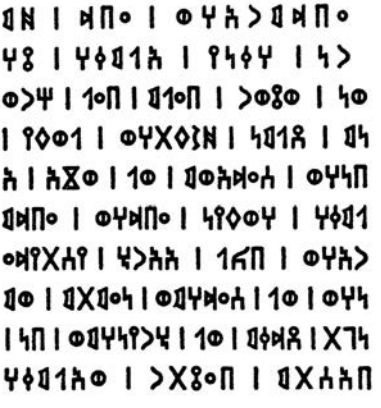
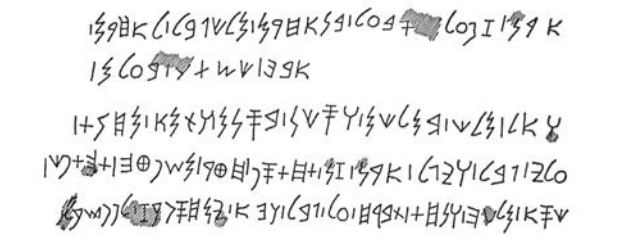


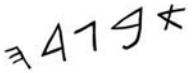
Fig. 6.11. Inscripción en alfabeto sudarábigo (de: GELB, I. J. *Historia de la escritura*. Madrid: Alianza, 1976: 181).

rutas caravaneras. En la península arábiga y el desierto sirio se dejó de utilizar en el siglo VII dC, coincidiendo con la expansión de la lengua y la escritura árabes y del islam (§ 236).

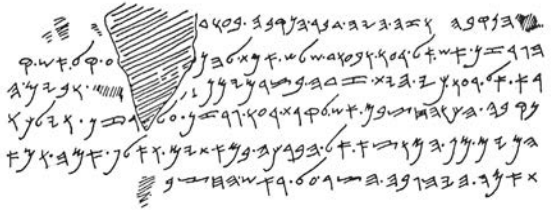
§ **231.** En la transición del II al I milenio aC apareció, en las costas del actual Líbano, el *alfabeto fenicio*. Las inscripciones fenicias más antiguas documentadas proceden de la ciudad de Biblos y pueden datarse entre los siglos XI y IX aC. La más importante, por su extensión y entidad, es la del sarcófago del rey Ahiram de Biblos (fig. 6.12*a*). Pronto la escritura se generaliza en todas las ciudades fenicias, de las que Biblos, Sidón, Tiro y Arwad son las más importantes. Desde el punto de vista plástico, las letras del alfabeto fenicio derivan directamente de los signos de las escrituras protosinaítica y protocananea del II milenio aC (tabla 5.3), es decir, tienen las formas *lineales* de estos últimos y no las cuneiformes de las letras del alfabeto de Ugarit. Pero el número de letras (22), su orden y la orientación de la escritura (de derecha a izquierda) denotan la influencia del alfabeto corto de Ugarit. En la escritura fenicia acaban confluyendo, por tanto, las dos tradiciones alfabéticas del área sinaítico-cananea del II milenio aC. A pesar de ser lineales, las letras fenicias (como antes había sucedido con las ugaríticas y las sudarábigas) dejan de ser pictográficas, o sea, dejan de representar los objetos de la realidad que habían sido los referentes funcionales de los signos protosinaíticos y protocananeos, para devenir trazos convencionales en los que aquellos ya no son reconocibles. De este modo, los jeroglíficos egipcios que habían inspirado muchos de esos signos son sustituidos definitivamente por grafemas sin iconicidad y dejan de ser distinguibles. El antiguo vínculo cuatripartito entre el referente



a



b



c

d

Fig. 6.12. a) Inscripción fenicia del sarcófago de Ahiram de Biblos (de: HOOKER *et al.* 1990: 221); b) Primeras cinco letras del alfabeto paleohebreo inscritas en un pavimento del palacio de Lakish; c) Inscripción paleohebrea de la piscina de Siloé (de: HOOKER *et al.* 1990: 226); d) Detalle de la estela del rey Mesha de Moab (de: LIDZBARSKI, M. *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*. Weimar: Emil Felber, 1898: II, lám. 1).

real, la palabra que lo designa, el primer sonido de esta y el signo alfabético desaparece, y en su lugar queda un vínculo biunívoco entre la nueva letra de trazo convencional y la consonante que anota. Solo el nombre de las letras (*'ālep*, *bet*, *gimel*, *dālet*, *hē*...; tabla 6.2) sigue recordando aún los antiguos referentes, pero de una manera meramente denotativa y no ya funcional.

§ **232.** El alfabeto fenicio sigue siendo exclusivamente consonántico y sigue contando con signos para la oclusión glótica (/ʔ/; nombre de la letra: *'ālep*), el fonema faríngeo fricativo sonoro (/ʕ/; letra *ʿayin*), y las semivocales (/j/ y /w/; letras *yōd* y *wāw*, respectivamente). La ausencia de signos para vocales se debe, como sabemos (§§ *7aj*, 127, 100), a que el léxico de las lenguas semíticas (y afroasiáticas en general) se basa en raíces consonánticas. Para distinguir el alfabeto exclusivamente consonántico del alfabeto propiamente dicho, que cuenta con signos para las vocales, los lingüistas prefieren dar al primero el nombre de *abdjad*, a partir de las cuatro primeras letras del alfabeto árabe: *alif*, *bā*, *djīm* y *dāl*. El alfabeto fenicio sería, pues, un *abdjad*. En la tabla 6.2 se recoge el paso de los signos protosinaíticos y protocananeos al alfabeto fenicio.

§ **233.** La escritura fenicia se difundió por buena parte del Mediterráneo, en las regiones donde los fenicios establecieron sus colonias: Chipre, Malta, Sicilia, Cerdeña, costa sur de la península Ibérica y costa central africana (donde dio lugar al alfabeto púnico), y fue adoptada en algunos casos por los pueblos indígenas, que la adaptaron a sus respectivas lenguas (como sucedió con iberos y tartesios en el este y sur de la península Ibérica

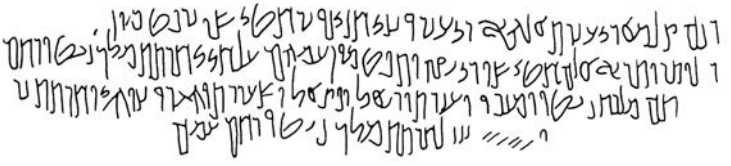
y tal vez con númidas y mauritanos en el África noroccidental —escritura líbica, de la que proceden los *tifinagh* de los tuareg actuales, que, sin embargo, algunos especialistas proponen derivar del sudarábigo o incluso, directamente, del protocananeo; § 5*a*). En el Próximo Oriente, el alfabeto fenicio fue adoptado por las cancillerías de los reinos hebreos de Israel (al norte, con capital en Samaria) y de Judá (al sur, con capital en Jerusalén) desde el siglo IX aC. Es la llamada *escritura paleohebrea*, documentada en papiros, cueros, *ostraka*, sellos, inscripciones y grafitos. En el palacio de la ciudad de Lakish, en el reino de Judá, se encontró inscrita en un pavimento la secuencia ordenada de los primeros cinco signos de este alfabeto, obra probablemente de un escolar; el orden de las letras es el estándar fenicio-griego (*'ālep*, *bet*, *gimel*, *dālet*, *hē*: fig. 6.12*b*). La inscripción paleohebrea más conocida es la que procede del túnel del rey Ezequías, en Jerusalén, o inscripción de la piscina de Siloé, hoy en el Museo Arqueológico de Estambul (2195; fig. 6.12*c*), que cuenta cómo se realizaron las obras de perforación del túnel en cuestión para canalizar las aguas de una fuente que se hallaba fuera de los muros de la ciudad hasta la piscina de Siloé, en el interior de la misma, ante la amenaza asiria.

En los reinos transjordanos de la primera mitad del I milenio aC de Ammon (al norte, alrededor de la actual Amman), Moab (al este del mar Muerto) y Edom (entre el sur del mar Muerto y el golfo de Aqaba) aparecieron también, entre los siglos IX y VIII aC, sendos alfabetos derivados del fenicio o del paleohebreo. El testimonio más famoso de uno de estos alfabetos, el *moabita*, es la llamada estela del rey Mesha, hoy en el Museo del Louvre (AO 5066; c. 850 aC) (fig. 6.12*d*). En ella se alude a los conflictos bélicos entre los reinos de Moab e Israel.

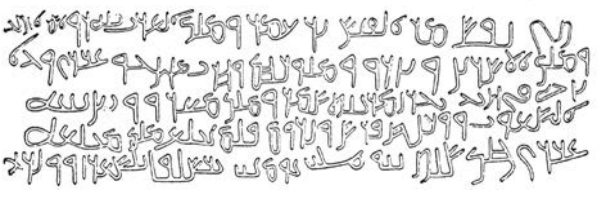
§ **234.** Hacia el este, el alfabeto fenicio fue adoptado por los reinos arameos de Siria a partir del siglo X aC y se formó la *escritura aramea*, destinada a tener un papel determinante a lo largo del I milenio aC y de la que derivarían, a su vez, otras escrituras (fig. 6.13*a*). En efecto, a principios del I milenio aC, los arameos emprendieron un proceso de expansión que los condujo, desde Siria, su región originaria, hasta el desierto arábigo, por el sur, y toda Mesopotamia (Asiria, al norte, y Babilonia, al sur), por el este. La lengua aramea se convirtió pronto en la más hablada del Próximo Oriente y en la lengua franca de toda la región, no solo en el ámbito oficial, sino también vehicular. En esta función, fue en el I milenio aC lo que el acadio había sido en el II (§§ 5*e*, 32, 69, 226). Por eso, el alfabeto arameo gozó asimismo de una gran difusión y llegó a utilizarse también en Egipto durante la dominación persa (§ 32).

§ **235.** De la escritura aramea derivó, en primer lugar, el llamado *hebreo cuadrado*, utilizado en inscripciones en piedra (sobre todo en osarios) y en los famosos manuscritos del mar Muerto (Qumran). En efecto, en 586 aC, Nabucodonosor de Babilonia destruyó el templo de Jerusalén y deportó a Babilonia a miles de hebreos del reino de Judá (exilio de Babilonia). Estos hebreos deportados abandonaron la escritura paleohebrea y adoptaron la aramea, utilizada por los babilonios en este momento. Fue así como nació el arameo-hebreo o hebreo cuadrado. Cuando, medio siglo más tarde, Ciro de Persia conquistó el Imperio Babilónico y dio a los hebreos permiso para volver a Judá y reconstruir el templo de Jerusalén, estos se llevaron consigo su nuevo alfabeto. Pero los hebreos del antiguo reino de Israel, llamados ahora samaritanos a partir del nombre de la

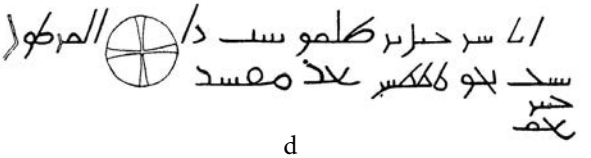
a



b



c



d

Fig. 6.13. a) Detalle de una inscripción aramea procedente de Zincirli, en Turquía (de: LIDZBARSKI, M. *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*. Weimar: Emil Felber, 1898: II, lám. 24.1); b) Inscripción nabatea procedente de Petra; c) Inscripción de Imru al-Qays procedente de Namara (ambas de: HOOKER *et al.* 1990: 238, 248); d) Inscripción árabe de Harran (de: BELLAMY, J. A. «The Arabic Alphabet». En: Senner ed. 1989: 99).

antigua capital de ese reino, Samaria, que no habían sido exiliados, seguían utilizando el paleohebreo, de manera que durante la segunda mitad del I milenio aC y en los primeros dos siglos de la era cristiana en Canaán se utilizaron ambos sistemas de escritura: el paleohebreo, empleado por los samaritanos y por los reyes Asmoneos (siglos II y I aC) y durante las revueltas contra Roma (siglos I y II dC), porque el carácter arcaizante y autóctono de esta escritura expresaba bien el nacionalismo hebreo que se reivindicaba; y el hebreo cuadrado, que acabó imponiéndose, sobre todo porque fue el escogido para la redacción de los primeros escritos de la tradición rabínica (la *Mishnah*), a partir del siglo III dC, lo cual hizo que, finalmente, la escritura paleohebrea dejara de utilizarse. Después de siglos de un uso litúrgico restringido entre las comunidades judías de la diáspora, el alfabeto hebreo cuadrado es el que el Estado de Israel adoptó como escritura oficial al constituirse en 1948. (tabla 6.2, columna 6).

§ **236.** Del alfabeto arameo derivan también el *alfabeto siríaco* y los *alfabetos protoárabes*. El primero se desarrolló a partir del siglo I dC en el reino de Edesa, en la Alta Mesopotamia. Cuando, a partir del siglo II, Edesa se convirtió al cristianismo y devino un importante foco de cristianización, el alfabeto siríaco pasó a ser una elegante escritura sagrada (para transcribir textos bíblicos y otros textos teológicos y exegéticos cristianos, en lengua arameo-siríaca) y se difundió desde Siria-Palestina hasta el extremo este de la Ruta de la Seda, es decir, hasta la India y la China.

En cuanto a los alfabetos protoárabes, son el *nabateo* (reino de Petra, al sur de la actual Jordania, en el territorio previa-

mente ocupado por el reino de Edom; siglos IV aC-II dC) (fig. 6.13*b*) y el *palmireño* (reino de Palmira, en el desierto actual de Siria; siglos II-III dC). Ambos, pero especialmente el segundo, son muy similares al siríaco. Los nabateos y palmireños eran pueblos dedicados esencialmente al comercio caravanero pero que constituyeron dos importantes estados. Si bien hablaban lenguas protoárabes, en sus inscripciones utilizaron la lengua aramea, aunque incorporando numerosos arabismos, sobre todo antropónimos caracterizados por el artículo *al-*. Durante los primeros siglos de la era cristiana, sin embargo, la lengua árabe, originaria del centro y norte de la península de Arabia, fue difundiéndose por el desierto jordano y sirio-palestino, y convivió con, primero, y sustituyó a, después, las lenguas protoárabes y el arameo. Las inscripciones más antiguas en lengua árabe utilizan el alfabeto nabateo. Los ejemplos más notorios son una inscripción hallada en Ain Avdat, en el Negev, en la que se insertan dos líneas árabes en un texto nabateo del siglo I dC dedicado al rey divinizado Obodas; y la inscripción de la estela funeraria de Imru al-Qays, llamado «rey de los árabes», procedente de Namara (sur de Siria) y fechada en 328 dC (fig. 6.13*c*). El *alfabeto árabe* propiamente dicho se forma entre los siglos IV y VI dC, sin que los especialistas hayan podido esclarecer aún si deriva del nabateo, del siríaco o directamente del arameo, a causa de la escasez de inscripciones. La más interesante de estas procede de Harran, en el sur de Siria, data del año 568 dC y conmemora la construcción de un monumento funerario (fig. 6.13*d*).

Finalmente, parece que del alfabeto arameo derivan también, en última instancia, los alfabetos o silabarios del Asia central y oriental, pero esta es toda otra historia...

§ **237.** Los alfabetos arameo, paleohebreo, hebreo cuadrado, siríaco y protoárabes tienen, en esencia, las mismas características que el alfabeto fenicio: son *abdjads* (§ 232), contienen 22 letras, anotan la oclusión glótica (/ʔ/), la faríngea fricativa (/ʕ/ de *ʿayin*) y las semivocales *yōd* (/j/) y *wāw* (/w/), y pueden utilizar las letras correspondientes al primero y a los dos últimos de estos sonidos para anotar también, alternativamente, las vocales largas: /a:/, /i:/, /u:/ (§§ 100, 127). En cuanto a la orientación, todos proceden de derecha a izquierda. El alfabeto árabe comparte estas mismas características, pero eleva el número de letras a 28.

§ **238.** A finales del II milenio aC o en los primeros siglos del I, el alfabeto fenicio fue adoptado por los griegos, que siempre conservaron el recuerdo del origen fenicio de sus letras. Ya el historiador griego Heródoto, en el siglo V aC, explica esta filiación (*Historiae*, V, 58), bien ilustrada por el hecho de que los griegos llamaban a su propio alfabeto Φοινικήια γράμματα, *phoinikeia grammata*, «letras fenicias». El mismo nombre griego de las letras (*alpha*, *beta*, *gamma*, *delta*...) no es sino una helenización de los nombres semítico-fenicios (*ʾālep*, *bet*, *gimel*, *dālet*...), que tienen sentido en semítico («buey», «casa», «bastón arrojadizo», «puerta»...) pero no en griego: los griegos se limitan a tomar prestado el nombre semítico y a darle forma griega. Esto supone el último paso en el proceso de transformación de las letras en signos puramente convencionales, porque ni la forma ni el nombre recuerdan ya su origen pictográfico.

Los especialistas discrepan sobre el lugar y el momento en que se produjo el préstamo. Por lo que se refiere al lugar, algunos piensan que fue en la costa fenicia de la actual Siria, donde los griegos tenían enclaves comerciales en el siglo IX aC (como

Tell Sukas), mientras que otros piensan que pudo haber sido en cualquiera de las islas mediterráneas, donde tanto los griegos como los fenicios tenían colonias o intereses comerciales. También se ha propuesto una vía «aramea», independiente de Fenicia, puesto que los reinos arameos de Siria de los siglos IX-VIII aC mantenían contactos directos con el mundo griego a través de la península de Anatolia. Sea como fuere, lo que parece claro es que el origen del préstamo está vinculado a las prácticas mercantiles y marineras. Por lo que se refiere a la fecha, también hay controversia entre los especialistas, que discrepan entre dataciones más altas (siglo XI aC) y dataciones más bajas (principios del siglo VIII aC). Lo cierto es que los testimonios más antiguos de escritura griega se remontan al siglo VIII aC y documentan distintas variantes escriturarias regionales, que pueden escribirse de derecha a izquierda (como el fenicio; es lo más frecuente), de izquierda a derecha o en bustrófedon (una línea en una dirección y la siguiente en la contraria, y así sucesivamente; fig. 6.14). Las similitudes entre todos estos alfabetos son, sin embargo, más determinantes que las diferencias (por

Fig. 6.14. Inscripción griega arcaica de mediados del siglo VI aC procedente de la isla de Eubea y dispuesta en bustrófedon (el texto empieza en la primera línea, a la derecha) (de: CORTÉS COPETE, J. M. ed. *Epigrafía griega*. Madrid: Cátedra, 1999: 62).

ejemplo, la coincidencia en los signos vocálicos; véase a continuación), de manera que parece claro que todos tienen un origen común. Si la documentación más antigua es del siglo VIII, el origen (indocumentado) debería situarse probablemente en algún momento de los siglos X o IX aC. Después de unos primeros tiempos de diversidad, una de las variantes, el jónico, se fue imponiendo como principal y se convirtió en el *alfabeto griego «clásico»*, escrito de izquierda a derecha. Aun así, las otras variantes siguieron utilizándose ocasionalmente.

§ **239.** Al adoptar el alfabeto fenicio, los griegos tuvieron que adaptarlo a la realidad fonética de su lengua (tabla 6.3). La diferencia principal entre las lenguas fenicia y griega radica en el vocalismo. Como hemos visto (§§ *7aj*, 100, 127, 230), el léxico de las lenguas semíticas se basa en raíces consonánticas, a partir de las cuales, con distintas vocalizaciones y el añadido de prefijos y sufijos consonánticos, se forman las palabras. El consonantismo es, por tanto, central en la estructura fonética de las palabras, y de ahí que las escrituras de las lenguas semíticas omitan las vocales o se limiten a consignar las vocales largas, para las cuales se sirven de signos en principio consonánticos (§§ 100, 237). Como también hemos visto (§ 232), el alfabeto semítico no es un alfabeto propiamente dicho, sino un *abdjad*. En cambio, en las lenguas indoeuropeas, a las que pertenece el griego, el vocalismo es determinante en la estructura fonética de las raíces léxicas y de las palabras, de manera que las vocales tienen la misma «relevancia» fonética que las consonantes. Por tanto, el griego necesitaba anotar las vocales. Así, recategorizó como vocales algunos de los signos fenicios que transcribían consonantes propias de las lenguas semíticas pero que el griego no tenía:

a) el signo para la oclusión glótica, 𐤀 (*'ālep*), sirvió para /a/: **A** (*alpha*).

b) el signo para la aspiración glotal, 𐤄 (*hē*), sirvió para /e/: **E** (*e* breve o *epsilon*, o sea, *e-psilon*, «e simple»).

c) el signo para la aspiración faríngea, 𐤇 o 𐤇 (*ḥet*), sirvió para /e:/: **H** (*e* larga o *eta*). Hay que señalar, sin embargo, que esto fue así solo en el alfabeto jónico y clásico, mientras que en el resto de alfabetos arcaicos este signo mantuvo el valor de una aspiración.

d) el signo para la semivocal palatal, 𐤉 (*yōd*), sirvió para /i/: **I** (*iota*).

e) el signo para la consonante faríngea, 𐤏 (*ʿayin*), sirvió para /o/: **O** (*o* breve u *omicron*, o sea, *o-micron*, «*o* pequeña»).

f) el signo para la semivocal labial, 𐤅 (*wāw*), sirvió para /u/ o /y/ (fr. *l**u**ne*): **Y** (*ypsilon*). (De este signo fenicio deriva también la letra griega arcaica digamma: Ϝ).

Para la /o:/ (o larga), el alfabeto jónico y clásico creó la *omega* (o sea, *o-mega*, «*o* grande») a partir de una modificación de la *omicron* (**O**) consistente en una obertura en la base: **Ω**, a la que asignó la última posición en el orden alfabético. El resto de alfabetos arcaicos no contaron con este signo porque no distinguieron entre vocales breves y largas (ya hemos señalado cómo en ellos **H** valió como aspiración y no como *e* larga). En cambio, todos los alfabetos contaron con tres signos de nueva creación para sonidos consonánticos compuestos que el fenicio no poseía: **Φ** para /ph/ (*phi*), **X** para /kh/ (*khi*) y **Ψ** para /ps/ (*psi*) (en el alfabeto arcaico occidental, del que deriva el etrusco —§ 241—, los últimos dos signos valieron para /ks/ y /kh/, respectivamente). Estas letras fueron colocadas al final

LETRA FENICIA	NOMBRE DE LA LETRA FENICIA	SONIDO FENICIO	LETRAS GRIEGAS ARCAICAS	LETRA GRIEGA CLÁSICA	NOMBRE DE LA LETRA GRIEGA	SONIDO GRIEGO
𐤀	*ʾālep*	/ʔ/	Α	Α	*alpha*	/a/
𐤁	*bet*	/b/	Β	Β	*beta*	/b/
𐤂	*gimel*	/g/	Γ Ϲ	Γ	*gamma*	/g/
𐤃	*dālet*	/d/	Δ D	Δ	*delta*	/d/
𐤄	*hē*	/h/	Ε Ε	Ε	**epsilon*	/e/
𐤅	*wāw*	/w/	Ϝ	---	**digamma*	/w/ o /v/
			Υ	Υ	**ypsilon*	/u/ o /y/
𐤆	*zayin*[1]	/z/	Ι	Ζ	*zeta*[3]	/dz/
𐤇 𐤄	*ḥet*	/ħ/	Η Η	Η	*eta* (*heta*)	/e:/ (/h/)
𐤈	*ṭet*	/ṭ/	⊗ ⊕ ⊙	Θ	*theta*	/th/
𐤉	*yōd*	/j/	Ι	Ι	*iota*	/i/ y /j/
𐤊	*kāp*	/k/	Κ	Κ	*kappa*	/k/
𐤋	*lāmed*	/l/	Λ Λ	Λ	*lambda*	/l/
𐤌	*mem*	/m/	Μ Μ	Μ	*my*	/m/
𐤍	*nūn*	/n/	Ν Ν	Ν	*ny*	/n/
𐤎	*sāmek*[2]	/s/	Ξ	Ξ	*ksi*[4]	/ks/
𐤏	*ʿayin*	/ʕ/	Ο	Ο	**omicron*	/o/
			Ω	Ω	**omega*	/o:/
𐤐	*pe*	/p/	Π Γ	Π	*pi*	/p/
𐤑	*ṣāde*[3]	/ṣ/	Μ	---	*san*[1]	/s/
𐤒	*qōp*	/q/	Ϙ	---	*koppa*	/k/

𐤓	*resh*	/r/	𐌐 𐌓 𐌃	P	*rho*	/r/
𐤔	*shīn*[4]	/š/	𐌔 𐌎	Σ	*sigma*[2]	/s/
𐤕 +	*tau*	/t/	𐌕	T	*tau*	/t/
---	---	---	𐌖 𐌏	Φ	**phi*	/ph/
---	---	---	𐌗	X	**khi* (**ksi*)	/kh/ (/ks/)
---	---	---	𐌘 𐌅	Ψ	**psi* (**khi*)	/ps/ (/kh/)

Tabla 6.3. DEL ALFABETO FENICIO AL ALFABETO GRIEGO. En esta tabla, las letras se presentan en el orden del alfabeto fenicio (que es casi idéntico al griego). Al final se añaden las letras griegas que no derivan de letras fenicias, sino que son creaciones nuevas. Las letras fenicias 𐤉 y 𐤏 dan lugar a dos letras griegas cada una. Cuando los nombres de las letras griegas no derivan directamente de los de las fenicias, van precedidos de un asterisco. En el ámbito de las sibilantes, los nombres de las letras fenicias y los de las letras griegas fueron intercambiados; los números en superíndice indican las correspondencias. Entre paréntesis se consignan los nombres y los valores fonológicos alternativos de algunas letras en los alfabetos arcaicos. Mientras que las letras fenicias se orientan de derecha a izquierda, las griegas se orientan de izquierda a derecha.

del alfabeto, delante de la Ω en el caso del jónico. (Para la tercera oclusiva aspirada griega, /th/, se adoptó la letra que en el alfabeto fenicio valía para la oclusiva retroflexa sorda /ṭ/ (Θ *tet*), sonido del que el griego carecía: Θ (*theta*).)

Así pues, el orden de las vocales en el alfabeto griego (y después latino) depende del orden que habían tenido en el alfabeto fenicio las consonantes cuyos signos fueron adjudicados a tales vocales. Por lo demás, y salvo los signos añadidos al final, los alfabetos fenicio y griego disponen las letras en el mismo orden. El alfabeto griego, en su forma clásica, cuenta con 24 letras que se escriben, a diferencia de la mayoría de los alfabetos semíticos y griegos arcaicos, de izquierda a derecha. Como es bien sabido, de los nombres de las primeras dos le-

tras griegas deriva nuestra palabra «alfabeto». Y el griego es, de hecho, el primer «alfabeto» propiamente dicho, al contar con letras para todos sus fonemas, tanto consonánticos como vocálicos.

§ **240.** Como había sucedido antes con el alfabeto fenicio, también el alfabeto griego fue adoptado por otros pueblos del mundo antiguo. Las más significativas de estas adopciones se produjeron en tres regiones bien diferenciadas. En la Europa central, el alfabeto griego dio lugar al *gótico* (desde el siglo IV dC), utilizado por el obispo Wulfila para traducir la *Biblia* y convertir a los godos al cristianismo, y, más tarde, al *glagolítico* y al *cirílico*, las escrituras de las lenguas eslavas. El glagolítico fue creado en el siglo IX de la era cristiana por los monjes Cirilo y Metodio, evangelizadores de Bulgaria y Moravia y traductores de los evangelios; la mayoría de sus letras es de origen griego, pero hay alguna también de origen hebreo cuadrado (§ 235) o incluso copto. El cirílico (que la tradición vincula erróneamente también a Cirilo) es algo posterior, tiene fuertes influencias del glagolítico y es el alfabeto con que se escribe el ruso. En la Europa mediterránea, el alfabeto griego dio lugar al *etrusco* y este al *latino* (§ 241).

Pero el préstamo más significativo desde un punto de vista cultural se dio en Egipto, donde el alfabeto griego fue asumido para anotar la última fase evolutiva de la antigua lengua de los faraones (§§ 34 ss.) y dio lugar al *alfabeto copto*, con los pertinentes reajustes para adaptar de nuevo el sistema de escritura a las características fonéticas del egipcio (§§ 63 ss.). El documento más antiguo conocido en que se recoge un texto egipcio escrito con el alfabeto copto (o protocopto, para ser más preci-

sos, en este momento inicial) es el papiro Heidelberg 114, fechado hacia el 250 aC, en plena Época Ptolemaica. Con la adopción del alfabeto griego por los coptos se cerraba un círculo abierto casi veinte siglos antes en el Sinaí y en el propio Egipto (inscripciones de Serabit el-Khadim y de Wadi el-Hol; §§ 215–220) y que había llevado el invento del alfabeto, en sentido antihorario, del Sinaí al sur de Canaán, a las costas fenicias, a las costas egeas y de nuevo a Egipto. Paradojas de la historia de la cultura, cuando los coptos utilizaban las letras de su alfabeto, utilizaban, sin saberlo, signos que, desde el punto de vista gráfico, derivaban en última instancia de la escritura más prestigiosa creada por sus propios antepasados: los jeroglíficos.

§ **241.** Como queda dicho, de la escritura griega deriva el *alfabeto etrusco* y, de este, el *alfabeto latino* (tabla 6.4). El primero sirvió para escribir la lengua etrusca, que era una lengua no indoeuropea, y el segundo sirvió para escribir el latín. El alfabeto griego base de los alfabetos etrusco y latino no es el jónico (clásico), sino el occidental, o sea, el alfabeto arcaico de las colonias calcídicas de la Magna Grecia, originario de la isla de Eubea, y esto explica, de entrada, las diferencias de forma entre algunas letras griegas clásicas y las letras etruscas y latinas correspondientes. Los alfabetos etrusco y latino introdujeron, además, algunos cambios en el sistema heredado para adaptarlo a las necesidades fonéticas de sus respectivas lenguas (tabla 6.4). Así, para empezar, el etrusco carecía de los tres fonemas oclusivos sonoros /b/, /d/ y /g/. Las letras correspondientes a los primeros dos, aunque figuran en los abecedarios etruscos porque re-

LETRA GRIEGA ARCAICA	SONIDO GRIEGO	LETRA ETRUSCA	SONIDO ETRUSCO	LETRA LATINA	SONIDO LATINO
	/a/		/a/	A	/a/
	/b/	---	---	B	/b/
	/g/		/k/ (ante *e*, *i*)	C	/k/
				G	/g/
	/d/	---	---	D	/d/
	/e/		/e/	E	/e/
	/w/ o /v/		/w/	F	/f/
/ *Z	/dz/		/ts/	Z (préstamos griegos)	/dz/ (préstamos griegos)
	/e:/		/h/	H	(sin sonido)
	/th/		/th/	---	---
	/i/ y /j/		/i/ y /j/	I	/i/ y /j/
	/k/		/k/ (ante *a* o cons.)	K	/k/
	/l/		/l/	L	/l/
	/m/		/m/	M	/m/
	/n/		/n/	N	/n/
	/o/	---	---	O	/o/
	/p/		/p/	P	/p/

M	/s/	M	/š/ (?)	---	---
Q	/k/	Q	/k/ (ante *u*)	Q	/k/ (ante *u*)
PRD	/r/	𐤓 / 𐤓	/r/	R	/r/
ʃ	/s/	ʃ / ʃ	/s/	S	/s/
T	/t/	T / 𐤕	/t/	T	/t/
Y	/u/ o /y/	Y / V	/u/	V	/u/ y /w/
				Y (préstamos griegos)	/y/ (préstamos griegos)
Φ Φ	/ph/	Φ / Φ	/ph/	---	---
X	/kh/ o /ks/	X	/ks/	X	/ks/
Ψ Ψ	/ps/ o /kh/	Ψ / Ψ	/kh/	---	---
---	---	8 / 8	/f/	---	---

Tabla 6.4. Del alfabeto griego arcaico a los alfabetos etrusco y latino. En esta tabla, las letras se presentan en el orden del alfabeto griego, que es idéntico al etrusco y casi idéntico al latino. De las letras griegas se dan las formas arcaicas (especialmente occidentales), de las que derivan las letras etruscas; sólo en un caso se da también la letra griega clásica, separada de la arcaica por una barra oblicua y precedida de un asterisco, porque la letra latina deriva directamente de la primera (Z). De las etruscas se da, en algunos casos, una forma más antigua y otra más reciente, también separadas por una barra oblicua: 𐤌 / 𐤌. Al final de la tabla se coloca la letra etrusca para /f/, de nueva creación. Mientras que las letras griegas y latinas se orientan de izquierda a derecha, las etruscas se orientan de derecha a izquierda.

producen modelos griegos, no son utilizadas nunca en las inscripciones. El signo ☾ (correspondiente al griego clásico **Γ** = /g/), en cambio, fue retenido en etrusco, pero con el valor de /k/. Ahora bien, para este fonema el etrusco había heredado del

griego también otros dos signos: **K** y 𐤒, y especializó los tres grafemas en función del punto preciso de articulación del fonema, o sea, de las vocales que lo seguían: **C** ante vocal anterior (/e/, /i/), **K** ante /a/ o consonante y 𐤒 ante vocal posterior (/u/). Los romanos, en cambio, sí que tenían los tres fonemas oclusivos sonoros: emplearon las griegas arcaicas 𐌁 y 𐌃 (esta última correspondiente a la clásica **Δ**) para /b/ y /d/, y, como habían recibido el alfabeto de los etruscos de manera que **C** valía como /k/, inventaron un nuevo signo para /g/ añadiendo un trazo a la misma **C**: **G**. En cuanto a 𐤒, ahora convertida en **Q**, los romanos la mantuvieron para /k/ seguida de /u/ y de vocal, mientras que **K** quedó relegada a unas pocas palabras del lenguaje oficial. En el orden alfabético, la nueva letra **G** ocupó el lugar de la **Z** griega, que en un primer momento desapareció del alfabeto latino porque el latín no tenía el fonema africado dental sonoro que esta anotaba: /dz/ (cat. *do**tz**e*, ingl. *rea**ds***). Más tarde, sin embargo, la **Z** fue reintroducida para transcribir palabras griegas, y es por esta razón que aparece relegada a la última posición en el orden alfabético latino. Como la mayoría de los alfabetos griegos arcaicos, el etrusco y el latino no distinguieron gráficamente entre vocales largas y breves, y los cuatro timbres vocálicos del etrusco (que carecía de /o/) y los cinco del latín contaron, cada uno, con un único grafema. De este modo, la letra griega **H** (que valía por /e:/ en el alfabeto griego clásico) fue utilizada como /h/ (aspiración), valor que había tenido en casi todos los alfabetos griegos arcaicos (§ 239*c*); cuando el latín, tempranamente, perdió la aspiración, la letra **H** se conservó como grafema etimológico sin sonido. El etrusco heredó la letra griega arcaica 𐌅 (digamma) para /w/. El etrusco y el latín tenían el fonema /f/, que el griego no poseía, de modo que la es-

critura griega carecía de letra para anotarlo. Así, para este sonido, el etrusco creó un grafema nuevo, de origen incierto: **8**, mientras que el latín empleó la Ⅎ, a la cual dio la forma definitiva de **F**, puesto que para el fonema /w/ utilizó la misma letra que para /u/: **V**. El latín no tenía los sonidos correspondientes a las letras griegas **Θ**, **Φ** y **Ψ**, y, por tanto, las eliminó. En cuanto a las letras griegas **Ξ** y **X**, tanto el etrusco como el latín suprimieron la primera y mantuvieron la segunda con el valor fonético que poseía en el alfabeto griego occidental: /ks/ (y no /kh/). El etrusco representó el fonema /u/ con la letra griega **Y** y con una nueva letra creada a partir de su minúscula (υ): **V**; el latín lo representó solo con esta última, pero reintrodujo la **Y** para escribir palabras de origen griego que contenían el sonido /y/ (fr. *l**u**ne*). Finalmente, los alfabetos etrusco y latino representaron, respectivamente, el sonido /p/ con las letras Ⅎ y **P** y el sonido /r/ con las letras ℙ/Ꭰ y **R**, siguiendo en todos los casos modelos griegos arcaicos. En la Edad Media, el alfabeto latino todavía experimentó algunas modificaciones: distinguió entre **V** y **U** (para /v/ y /u/) y entre **J** e **I** (para /j/ e /i/), colocó los dos signos nuevos al lado de los antiguos en el orden alfabético, y creó la **W** (para /w/ o /v/), que se situó tras la **V**.

El etrusco, documentado desde el siglo VII aC hasta el siglo I dC, se podía escribir de derecha a izquierda (lo más frecuente: fig. 6.15*a*), de izquierda a derecha, en bustrófedon o en espiral. El latín arcaico, documentado desde fines del siglo VII aC (fig. 6.15*b*), también se podía escribir en diversas direcciones, pero pronto quedó fijada como única la dirección de izquierda a derecha, la misma del alfabeto griego clásico. El alfabeto latino de época romana clásica quedó constituido por 23 letras (tabla 6.4).

a

b

Fig. 6.15. a) Tabla de oro procedente de la antigua ciudad etrusca de Pyrgi y fechada hacia 500 aC con una inscripción en etrusco (de: Hooker *et al.* 1990: 331); b) Inscripción latina arcaica de fines del s. VII aC grabada en un contenedor de vino procedente probablemente de Roma; la primera mitad reza: «Ego urna Tita Vendias», «Yo (soy) la urna de Tita Vendia» (de: Wallace, R. «The Origins and Development of the Latin Alphabet». En: Senner ed. 1989: 125).

§ **242.** El alfabeto latino es actualmente el sistema de escritura propio de todas las lenguas de la Europa occidental y parte de las eslavas (con todos sus particularismos y estilos), así como del turco (desde la reforma de Atatürk en 1928) y de otras lenguas de otras partes del mundo que carecían de sistemas propios de escritura (en especial africanas y americanas). Es el sistema de escritura más difundido del mundo actual, porque transcribe tres de las lenguas más habladas y utilizadas internacionalmente: el inglés, el español y el francés. Millones de personas utilizan las letras latinas sin sospechar lejanamente que tras sus formas se ocultan antiguos signos jeroglíficos egipcios. Sin ser un legado ni directo ni «consciente» de los egipcios antiguos, que, cuando las conocieron, jamás relacionaron las letras alfabéticas con los jeroglíficos, se trata de una de las transmisiones más sorprendentes, desconocidas y trascendentes de la historia cultural de la humanidad. Como escribió el egiptólogo británico Alan H. Gardiner al descifrar las primeras letras alfabéticas (§ 217): «Los jeroglíficos siguen vivos, aunque en una forma transmutada, dentro de nuestro propio alfabeto».

APÉNDICE

Principales teónimos, antropónimos y topónimos egipcios transcritos en español

Esta lista responde a los principios básicos de transcripción expuestos en los §§ 131-137. De algunos nombres se consignan varias formas posibles; cuando es así, la primera es siempre la empleada en este libro o la que responde a las pautas de transcripción adoptadas en él. De acuerdo con lo expuesto en el § 136, las formas consignadas para un mismo nombre no agotan necesariamente todas las opciones de transcripción posibles de ese nombre: puede haber más o puede haber ligeras variantes (vocalización, acentuación), dependiendo de los criterios de transcripción en cada caso adoptados. Aquí consignamos las que nos parecen las formas más adecuadas, de acuerdo con los principios establecidos en los parágrafos citados. Para evitar repeticiones farragosas, en todo caso, señalamos que todo nombre acabado en *-re* (nombre del dios solar) puede transcribirse también acabado en *-ra* (Neferkare = Neferkara), que todo nombre acabado en *-amon* (nombre del dios tebano) puede transcribirse también acabado en *-amón* (Tutankhamon = Tutankhamón), que todo nombre acabado en *-y* puede transcribirse también acabado en *-i* (Pepy = Pepi) y que el componente

inicial *Hotep-* o final *-hotep* de algunos nombres puede transcribirse también *Hetep-* o *-hetep* (Hotepheres = Hetepheres; Amenhotep = Amenhetep) (§§ 120*b*, 134*c*, 135). De estas variantes, en la lista aparece siempre tan sólo la primera.

Convenciones gráficas:

- Redonda: Nombres transcritos a partir de la transliteración de la forma escrita egipcia: Khufu. Las formas acabadas en -qo de los nombres de los reyes kushitas Shabaqo, Shabitqo y Taharqo reproducen la terminación original de esos nombres en lengua meroítica (§§ 1*c*, 210).
- *Cursiva*: *Nombres transcritos a partir de la transliteración de la forma escrita egipcia y total o parcialmente vocalizados a partir del copto o del griego* (*a veces contienen un teónimo transcrito a partir de la forma copta o clásica*): *Ahmose*, *Merenptah*, *Niuserre*, *Horemheb*. *El vocalismo del teónimo Aton reproduce convencionalmente el de Amón, a causa del parecido entre las estructuras consonánticas de ambos nombres en egipcio* (*Itn* / *Imn*).
- VERSALES: NOMBRES TRANSCRITOS A PARTIR DE LA FORMA COPTA O CLÁSICA: OSIRIS, HIERACÓMPOLIS. Muchos de ellos han adquirido carta de naturaleza propia en español (§§ 132*a*, 137) y en este caso se acentúan, si corresponde (§§ 135, 137). El topónimo KUSH no es transcripción de la forma copta o clásica, sino de la forma hebrea bíblica (§ 208).
- *VERSALES CURSIVAS: TOPÓNIMOS ÁRABES (EVENTUALMENTE A PARTIR DE TOPÓNIMOS EGIPCIOS ANTIGUOS)*: *EDFU, ASUÁN*. Algunos de ellos han adquirido carta de naturaleza propia en español y en este caso se acentúan, si corresponde (§ 137). Damietta y Rosetta son las formas europeizadas de los originales árabes *DUMYAT* y *RASHID*.

En el caso de los antropónimos regios, se indica la dinastía en superíndice.

A) Teónimos

Amón
Anubis
Anukis / *Anuket*
Apis
Aton
Atum
Bastet
Bat
Bes
Geb
Hapy
Haractes / Harakhtes
Haréndotes
Harmakis / Harmakhis
Haroeris
Harpócrates
Harsiesis
Harsomtus
Hathor
Herishef
Horus
Isis
Khentiamentiu
Khepri
Khonsu
Khnum / Cnum / Khnum
Maat
Min
Montu
Mut
Neftis / Nephthys
Neit / Neith
Nekhbet
Nut
Osiris
Ptah
Re / Ra
Satis
Sed
Sekhmet
Serapis
Seshat
Set / Seth
Shu
Sobek / Sebek
Sokar / Seker
Sotis / Sothis
Tefnut
Tot / Thoth
Tueris / Thueris
Upuaut
Wadjet

B) Antropónimos

Antropónimos regios (reyes)

Aha[1]
Ahmose / Amosis[18]
Akhenaton[18]
Amasis / *Ahmose*[26]
Amenemhat / Amenemes[12]
Amenhotep (preferible a: Amenofis / Amenophis; § 135)[18]
Amenmeses[19]
Amirteo / Amirteos[28]
Apepi / Apofis / Apopis / Aphophis[15]
Apries / *Wahibre*[26]
Andjib o Adjib[1]
Antef / Intef[11/17]
Ay[18]
Bakenrenef / Bocoris / Bokkhoris[24]
Den[1]
Djedefre o Radjedef[4]
Djedkare Isesi[5]
Djer[1]
Djeser / *Djoser*[3]
Djet[1]
Hakor / Acoris / Akhoris[29]
Herihor[(20)]
Horemheb[18]
Hotepsekhemuy[2]
Huni[3]
Ibi o Aba[8]
Iry-Hor[0]
Ka[0]
Kamose[17]
Keops / Kheops / Khufu[4]
Kefren / Khephren / *Khafre* o Rakhaef[4]
Khaba[3]
Khasekhem[2]
Khasekhemuy[2]
Khety[9-10]
Menes[1]
Menkauhor[5]
Montuhotep / *Mentuhotep*[11]
Merenptah / *Merneptah* / *Mineptah*[19]
Merenre[6]
Merikare[9-10]
Micerino / Mikerinos / *Menkaure*[4]
Narmer[1]
Nebka[3]
Nebre o Raneb[2]
Nectanebo / *Nakhtnebef*[30]
Nectanebo / *Nakhthorheb*[30]

Neferefre o Ranefereef[5]
Neferirkare Kakai[5]
Neferites / Nepherites / Nefaarud[29]
Necao / Nekau / Nekhao / Necos[26]
Netjerkhet[3]
Ninetjer[2]
Niuserre[5]
Osorkon[21-22]
Padibastet / Petubastis[23]
Pepy[6]
Peribsen[2]
Pinedjem[(21)]
Piye / Piy / Piankhy[25]
Psamético / *Psamtek*[26]
Psusennes[21]
Qaa[1]
Ramsés (§ 132) / Rameses[19-20]
Sahure[5]
Sanakht[3]
Sanakhtenre Taa / Tao[17]
Sobekemsaf / Sebekemsaf[17]
Sekhemkhet[3]
Semerkhet[1]
Sesostris / Senusert / Senuseret[12]
Seqenenre Taa / Tao[17]
Setnakht[20]
Sety / Sethy[19]
Shabaka / Shabaqo[25]
Shabataka / Shabitqo[25]
Shepseskaf[4]
Shepseskare[5]
Sheshonq / Sesonkis[22]
Siamon[21]
Siptah[19]
Smendes (Esmendes)[21]
Smenkhkare (*Esmenkhkare*)[18]
Snofru (*Esnofru*) / Snefru (Esnefru)[4]
Sobekhotep / *Sebekhotep*[13]
Taharqa / Taharqo[25]
Takelot[22]
Tanutamani / *Tanutamon*[25]
Tefnakht[24]
Teo / Teos / *Djedhor*[30]
Teti[6]
Tutankhamon[18]
Tutankhaton[18]
Tutmosis / Tuthmosis[18]
Unis o Unas[5]
Userkaf[5]

Antropónimos regios (reinas)

Ahhotep[17]
Ahmes Nefertari[18]
Ankhesenpaaton[18]
Ankhesenamon[18]
Ankhnesmerire[6]
Ankhnespepy[6]
Hatshepsut[18]
Henutsen[4]
Hotepheres[4]
Hotephernebty[3]
Iset / Isis[20]
Isetneferet / *Isisnofret*[19]
Karomama[22]
Khamerernebty[4]
Khentkaus[5]
Meresankh[4]
Meretneit[1]
Meritites[4/6]
Meritamon[18]
Meritaton[18]
Mutemwia[18]
Mutneferet[18]
Neferneferuaton[18]
Nefertari[19]
Nefertiti[18]
Neferu[11-12]
Neferusobek / *Neferusebek* o *Sobekneferu* / Sebekneferu[12]
Neithotep[1]
Nimaathap[2]
Nitocris / Netiqert / Netiqeret[6]
Tausert / Tauseret[19]
Tiyi / Tiy / Teye[18/20]
Tuy[19]

Antropónimos privados

* = nombre femenino

Amenemope
*Amenirdis
Ani
**Ankhnesneferibre*
Ankhsheshonq
Ankhtify / Ankhtyfy / Ankhtifi
Djehuty
Heqanakht
Herkhuf
Herunefer
Hordjedef
Hornakht
Huy
Ineni
Ipuur

Irtisen / Irtysen
Kagemni
Kawab
Khaemwaset
Khakheperreseneb
Khnumhotep
Menna
Mereruka
Merire
Metjen
Minmose
Montuemhat
Montuuser
Nakht
Neferty
**Nofret*
**Nofretiabet* / Neferetiabet
Pentaur
Peteisis
Petosiris
Ptahhotep
Ptahshepses
Qenherkhepeshef
Raemkai
Rahotep
Ramose
Raur
Rekhmire
Sarenput
Senenmut / Senmut
Sennedjem
Sennefer
Sobekhotep / *Sebekhotep*
Sinuhé
*Taperet
*Tuya o Tuyu
Unamon
Yuya

C) Topónimos

Topónimos antiguos
(egipcios, egipcios helenizados o griegos;
**** = transcripción del hebreo)***

Abidos
Akhetaton
Alejandría
Avaris
Bubastis / Baset
Buhen
Busiris
Buto
Canopo
Coptos

Djebaut
Elefantina / Abu
Filae / Philae
Heliópolis
Heracleópolis
Hermópolis
Hieracómpolis
Ineb-hedj
Iunu
Ittauy
Kemet
*Kush / Kash
Licópolis
Mendes
Menfis
Meroe
Naharina
Napata
Nekhen
Nilo
Nubet
Ombos
Oxirrinco
Pe
Punt
Retjenu / Retenu
Sebennitos
Tanis
Ta-Sety
Tebas
Tebtunis
Tinis
Sais
Waset
Wawat
Yam

Topónimos árabes

Abu Gorab
Abu Roash
Abu Simbel
Abusir
Ain Asil
Akhmim
Amarna
Armant
El-Ashmunein
Asiut
Asuán
Badari
Bahariya
El-Bahnasa
Beni Hasan
El-Bersha
El Cairo
Dahshur
Dakhla
Damanhur

Dandara
Deir el-Bahari
Deir el-Medina
Djebel Silsila / Gebel Silsila
Dra Abu el-Naga
Dumyat (Damietta)
Edfu
Ehnasia el-Medina
Esna
El-Fayum
Farafra
Gebelein
Giza / Guiza
Hawara
Helwan
El-Hiba
Jartum
El-Kab
Kalabsha
Karnak
Kerma
Kharga
Kom el-Ahmar
Kom el-Hisn
Kom Ombo
El-Lahun
El-Lisht
Luxor
Maadi
Malqata
Medinet Habu
Medinet Madi
Meidum
Mit Rahina
Moalla
Nagada
Nag Hammadi
Qena
Qustul
Rashid (Rosetta)
Saqqara
Serabit el-Khadim
Sehel
Semna
Siwa
Sheikh Abd el-Gurna
Sohag
Tell el-Farain
Tell el-Yahudiya
Wadi Hammamat
Wadi el-Humur
Wadi Maghara
Wadi Natrun
Wadi Tumilat
Zawiyet el-Aryan

Bibliografía

Capítulo 1

General

Allen, J. P. «The Egyptian Language». En: Wilkinson, R. H. ed. *Egyptology Today*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008. P. 189-205.

Diego Espinel, A. «Egipcio». En: Monferrer Sala, J.P.; Marcos Aldón, M. eds. *Lenguas y escrituras en la Antigüedad*. Córdoba: Cátedra UNESCO de Resolución de Conflictos-Universidad de Córdoba, 2010. P. 287-328.

Junge, F. «Sprache». En: Helck, W.; Otto, W. eds. *Lexikon der Ägyptologie, V: Pyramidenbau-Steingefässe*. Wiesbaden: Harrassowitz, 1984. Cols. 1176-1211.

Lloyd, A. B. ed. *A Companion to Ancient Egypt*. 2 vols. Oxford: Wiley-Blackwell, 2010. Parte V: *Language and Literature*. Vol. II: 639-778.

Loprieno, A. «Ancient Egyptian and Coptic». En: Woodard R. D. ed. *The Cambridge Encyclopedia of the World's Ancient Languages*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. P. 160-191.

Redford, D. B. ed. *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*. 3 vols. Oxford: Oxford University Press, 2001 (artículos de lengua y literatura: véase vol. 3: 554).

Sauneron, S. ed. *Textes et langages de l'Égypte pharaonique. Cent cinquante années de recherches 1822-1972. Hommage à Jean-François Champollion*. Bibliothèque d'Étude 64. 3 vols. El Cairo: Institut Français d'Archéologie Orientale, 1972.

Vernus, P. «L'égypto-copte». En: Perrot, J. ed. *Les langues dans le monde ancien et moderne, III: Les langues chamito-sémitiques*. París: Éditions du CNRS, 1988. P. 161-206.

Afroasiático

Diakonoff, I. M. *Afrasian Languages*. Moscú: Nauka, 1988.

Greenberg, J. H. *Studies in African Linguistic Classification*. New Haven: Compass, 1955.

Huehnergard, J. «Afro-Asiatic». En: Woodard R. D. ed. *The Cambridge Encyclopedia of the World's Ancient Languages*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. P. 138-159.

Estados de la lengua egipcia (introducciones y gramáticas)

(Véase también la bibliografía del capítulo 3, apartado "La filología egipcia a partir de Champollion".)

Historia general de la lengua, dialectología y diglosia

Allen, J. P. *The Ancient Egyptian Language. An Historical Study*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.

Kasser, R. «Les dialectes coptes». *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 73 (1973): 71-101.

Loprieno, A. *Ancient Egyptian. A Linguistic Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

Loprieno, A. «Linguistic Variety and Egyptian Literature». En: Loprieno, A. ed. *Ancient Egyptian Literature. History and Forms*. Probleme der Ägyptologie 10. Leiden: E.J. Brill, 1996. P. 515-529.

Vernus, P. «Langue littéraire et diglossie». En: Loprieno, A. ed. *Ancient Egyptian Literature. History and Forms*. Probleme der Ägyptologie 10. Leiden: E.J. Brill, 1996. P. 555-564.

Egipcio temprano

(Véase la bibliografía específica del capítulo 5.)

Egipcio antiguo

Edel, E. *Altägyptische Grammatik*. 2 vols. Analecta Orientalia 34/39. Roma: Pontificium Institutum Biblicum, 1955/1964.

Egipcio medio o clásico

Allen, J. P. *Middle Egyptian: An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000[1], 2014[3].

Borghouts, J. F. *Egyptian. An Introduction to the Writing and Language of the Middle Kingdom*. Egyptologische Uitgaven 24. 2 vols. Leiden: Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten / Lovaina: Peeters, 2010.

Collier, M.; Manley, B. *How to Read Egyptian Hieroglyphs*. Londres: British Museum Press, 1998 (trad. esp. de Pérez-Accino, J-R. *Introducción a los jeroglíficos egipcios*. Madrid: Alianza, 2000).

Gardiner, A. H. *Egyptian Grammar, Being an Introduction to the Study of Hieroglyphs*. Oxford: Griffith Institute, 1927[1], 1957[3].

Graefe, E. *Mittelägyptische Grammatik für Anfänger*. Wiesbaden: Harrassowitz, 1987[1], 2001[6].

Lefebvre, G. *Grammaire de l'égyptien classique*. Bibliothèque d'Étude 12. El Cairo: Institut Français d'Archéologie Orientale, 1940[1], 1955[2].

Malaise, M.; Winand, J. *Grammaire raisonnée de l'égyptien classique*. Aegyptiaca Leodiensia 6. Lieja: Centre Informatique de Philosophie et Lettres, 1999.

Schenkel, W. *Tübinger Einführung in die klassisch-ägyptische Sprache und Schrift*. Tubinga: ed. del autor, 2012 (trad. esp. de Díaz Hernández, R. A. *Gramática de egipcio clásico*. Alicante: Editorial Club Universitario, 2015).

Egipcio medio o clásico, en español

Gracia Zamacona, C. *Manual de egipcio medio*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2013.

Sánchez Rodríguez, A. *Manual de traducción de jeroglíficos egipcios*. Madrid: Alderabán, 2004[1], 2010[2].

Neoegipcio

Junge, F. *Einführung in die Grammatik des Neuägyptischen*. Wiesbaden: Harrassowitz, 1996[1], 2008[3] (trad. ingl. de la segunda ed. *Late Egyptian Grammar. An Introduction*. Oxford: Griffith Institute, 2001).

Neveu, F. *La langue des Ramsès. Grammaire du néo-égyptien*. París: Khéops, 1996[1], 1998[2].

Demótico

Depauw, M. *A Companion to Demotic Studies*. Papyrologica Bruxellensia 28. Bruselas: Fondation Égyptologique Reine Élisabeth, 1997.

Johnson, J. H. *Thus Wrote 'Onchsheshonqy. An Introductory Grammar of Demotic*. Studies in Ancient Oriental Civilization 45. Chicago: The Oriental Institute, 1986[1], 1991[2].

Copto

Lambdin, Th. O. *Introduction to Sahidic Coptic*. Macon: Mercer University Press, 1983.

Layton, B. *A Coptic Grammar With Chrestomathy and Glossary. Sahidic Dialect*. Wiesbaden: Harrassowitz, 2011.

Reintges, Ch. H. *Coptic Egyptian (Sahidic Dialect). A Learner's Grammar*. Afrika Wissenschaftliche Lehrbücher 15. Colonia: Rüdiger Köppe, 2004.

Steindorff, G. *Lehrbuch der Koptischen Grammatik*. Chicago: University of Chicago Press, 1951.

Diccionarios

Černý, J. *Coptic Etymological Dictionary*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

Crum, W. E. *A Coptic Dictionary*. Oxford: Clarendon Press, 1939.

Erichsen, W. *Demotisches Glossar*. Copenhague: Munksgaard, 1954.

Erman, A.; Grapow, H. *Wörterbuch der ägyptischen Sprache*. 7 vols. Leipzig: J. C. Hinrichs / Berlín: Akademie Verlag, 1926-1963.

FAULKNER, R. O. *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*. Oxford: Griffith Institute, 1962.

HANNIG, R. *Die Sprache der Pharaonen. Großes Handwörterbuch Ägyptisch-Deutsch (2800-950 v.Chr.)*. Maguncia: Philipp von Zabern, 1997[1], 2006[4].

HANNIG, R. *Ägyptisches Wörterbuch*. Hannig-Lexica 4/5. Kulturgeschichte der antiken Welt 98/112. Maguncia: Philipp von Zabern, 2003/2006 (dos volúmenes publicados, el segundo en dos tomos).

LESKO, L. H. ed. *A Dictionary of Late Egyptian*. 5 vols. Berkeley-Providence: B. C. Scribe Publications, 1982-1990[1] (reed. en 2 vols. 2002-2004[2]).

MEEKS, D. *Année lexicographique. Égypte ancienne*. 3 vols: 1977-1979. París: ed. del autor, 1980-1982 (reeditado por Cybèle, 1998).

VYCICHL, W. *Dictionnaire étymologique de la langue copte*. Lovaina: Peeters, 1983.

TEORÍA LITERARIA

FOSTER J. L.; FOSTER, A. L. «Ancient Egyptian Literature». En: Wilkinson, R. H. ed. *Egyptology Today*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008. P. 206-229.

LOPRIENO, A. *Ancient Egyptian Literature. History and Forms*. Probleme der Ägyptologie 10. Leiden: E.J. Brill, 1996.

PARKINSON, R. B. *Poetry and Culture in Middle Kingdom Egypt. A Dark Side to Perfection*. Londres-Nueva York: Continuum, 2002.

PARKINSON, R. B. *Reading Ancient Egyptian Poetry among Other Histories*. Oxford: Wiley-Blackwell, 2009.

Vernus, P. «'Littérature', 'littéraire' et supports d'écriture. Contribution à une théorie de la littérature dans l'Égypte pharaonique». *Egyptian and Egyptological Documents, Archives and Libraries* 2 (2010-2011): 19-145.

Traducciones de textos

En español

Galán, J. M. *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998.

Galán, J. M. *El imperio egipcio. Inscripciones, ca. 1550-1300 a.C.* Pliegos de Oriente 7. Madrid-Barcelona: Trotta-Edicions de la Universitat de Barcelona, 2002.

López, J. *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*. Pliegos de Oriente 9. Madrid-Barcelona: Trotta-Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 2005.

Serrano Delgado, J. M. *Textos para la historia antigua de Egipto*. Madrid: Cátedra, 1993.

En otras lenguas

Allen, J. P. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*. Writings from the Ancient World 23. Atlanta: Society of Biblical Literature, 2005.

Allen, J. P. *Middle Egyptian Literature. Eight Literary Works of the Middle Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 2015.

Barbotin, Ch. *La voix des hiéroglyphes. Promenade au département des antiquités égyptiennes du musée du Louvre*. París: Kheops-Musée du Louvre, 2005.

Barguet, P. *Le Livre des Morts des anciens Égyptiens*. París: Éditions du Cerf, 1967.

Bresciani, E. *Letteratura e poesia dell'antico Egitto. Cultura e società attraverso i testi*. Turín: Einaudi, 1969[1], 1999[3].

Carrier, Cl. *Textes des Sarcophages du Moyen Empire égyptien*. 3 vols. Mónaco: Éditions du Rocher, 2004.

Carrier, Cl. *Grands livres funéraires de l'Égypte pharaonique*. Melchat 1. París: Éditions Cybele, 2009.

Carrier, Cl. *Le Livre des Morts de l'Égypte ancienne*. Melchat 2. París: Éditions Cybele, 2009.

Carrier, Cl. *Textes des Pyramides de l'Égypte ancienne*. Melchat 12-17. 6 vols. París: Éditions Cybele, 2009-2010.

Faulkner, R. O. *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*. Oxford: Oxford University Press, 1969.

Faulkner, R. O. *The Ancient Egyptian Book of the Dead*. Londres: British Museum Publications, 1972[1], 1985[2].

Faulkner, R. O. *The Ancient Egyptian Coffin Texts*. 3 vols. Oxford: Aris & Phillips, 1973-1978 (reed. en 1 vol. 2004).

Foster, J. L. *Ancient Egyptian Literature. An Anthology*. Austin: University of Texas Press, 2001.

Grandet, P. *Contes de l'Égypte ancienne*. París: Hachette, 1998.

Lichtheim, M. *Ancient Egyptian Literature*. 3 vols. Berkeley-Los Angeles-Londres: University of California Press, 1973-1980.

Parkinson, R. B. *Voices from Ancient Egypt. An Anthology of Middle Kingdom Writings*. Londres: British Museum Press, 1991.

Parkinson, R. B. *The Tale of Sinuhe and Other Ancient Egyptian Poems. 1940-1640 BC*. Oxford: Oxford University Press, 1997.

Vernus, P. *Chants d'amour de l'Égypte antique*. París: Imprimerie nationale, 1992.

Vernus, P. *Sagesses de l'Égypte pharaonique*. Arles: Actes Sud, 2010².

Capítulo 2

General

(Véanse también las obras generales y las gramáticas referenciadas en la bibliografía del capítulo 1, así como las obras de Parkinson (1999) y Grandet-Mathieu (1997²) referenciadas en la bibliografía del capítulo 3.)

Caminos, R.; Fischer, H. G. *Ancient Egyptian Epigraphy and Palaeography*. Nueva York: The Metropolitan Museum of Art, 1976¹, 1987³.

Collombert, Ph. «Combien y avait-il de hiéroglyphes?». *Égypte, Afrique et Orient* 46 (2007): 35-48.

Fischer, H. G. «Hieroglyphen». En: Helck, W.; Otto, W. eds. *Lexikon der Ägyptologie, II: Erntefest-Hordjedef*. Wiesbaden: Harrassowitz, 1977. Cols. 1189-1199 (en inglés).

Fischer, H. G. *The Orientation of Hieroglyphs. Part I: Reversals. Egyptian Studies II*. Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 1977.

Fischer, H. G. *Ancient Egyptian Calligraphy. A Beginner's Guide to Writing Hieroglyphs*. Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 1979¹, 1999⁴.

Fischer, H. G. *L'écriture et l'art de l'Égypte ancienne. Quatre leçons sur la paléographie et l'épigraphie pharaoniques*. París: Presses Universitaires de France, 1986.

GOLDWASSER, O. *From Icon to Metaphor. Studies in the Semiotics of Hieroglyphs*. Orbis Biblicus et Orientalis 142. Friburgo: University Press / Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1995.

GOSLINE, SH. L. *Writing Late Egyptian Hieratic. A Beginner's Primer*. Winona Lake: Eisenbrauns, 1999.

HERÓDOTO. *Historiae* [Heródoto. *Historia*. 5 vols. Biblioteca Clásica Gredos 3, 21, 39, 82, 130. Madrid: Gredos, 1977-1989].

KEMP, B. J. *100 Hieroglyphs: Think Like an Egyptian*. Londres: Granta Books, 2005 (trad. esp. *100 jeroglíficos: Introducción al mundo del antiguo Egipto*. Barcelona: Crítica, 2006).

LOPRIENO, A. *La pensée et l'écriture. Pour une analyse sémiotique de la culture égyptienne*. París: Cybèle, 2001.

MÖLLER, G. *Hieratische Paläographie*. Leipzig: J.C. Hinrichs, 1909-1912[1], 1927-1936[2].

REDFORD, D. B. ed. *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*. 3 vols. Oxford: Oxford University Press, 2001 (artículos sobre las escrituras: véase vol. 3: 554).

SCHENKEL, W. «Schrift». En: Helck, W.; Otto, W. eds. *Lexikon der Ägyptologie, V: Pyramidenbau-Steingefässe*. Wiesbaden: Harrassowitz, 1984. Cols. 713-735.

VERNUS, P. «Des relations entre textes et représentations dans l'Égypte pharaonique». En: Christin, A-M. ed. *Écritures II*. París: Le Sycomore, 1985. P. 45-66.

VERNUS, P. «Les espaces de l'écrit dans l'Égypte pharaonique», *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie* 119 (1990): 35-56.

VERNUS, P. «Les écritures de l'Égypte ancienne». En: Christin, A-M. dir. *Histoire de l'écriture, de l'idéogramme au multimedia*. París: Flammarion, 2001. P. 44-63.

Woods, Ch. ed. *Visible Language. Inventions of Writing in the Ancient Middle East and Beyond*. Oriental Institute Museum Publications 32. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago, 2010 (artículos sobre las escrituras egipcias).

Sociología y praxis de la escritura

Baines, J. *Visual and Written Culture in Ancient Egypt*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

Bierbrier, M. L. ed. *Papyrus: Structure and Usage*. Londres: British Museum Publications, 1986.

Černý, J. *Paper and Books in Ancient Egypt*. Londres: University College, 1952.

Eyre, Ch. *The Use of Documents in Pharaonic Egypt*. Oxford: Oxford University Press, 2013.

Griffith, F. Ll.; Petrie, W. M. F. *Two Hieroglyphic Papyri from Tanis*. Londres: Trübner & Co., 1889.

Iversen, E. *Papyrus Carlsberg Nr. VII. Fragments of a Hieroglyphic Dictionary*. Det Kongelige Danske Videnskabernes Selskab-Historisk-filologiske Skrifter 3, 2. Copenhagen: Ejnar Munksgaard, 1958.

Jasnow, R.; Zauzich, K-Th. *Conversations in the House of Life: A New Translation of the Ancient Egyptian Book of Thoth*. Wiesbaden: Harrassowitz, 2014.

Leospo, E. ed. *La scuola nell'antico Egitto*. Turín: Museo Egizio, 1997.

Molinero Polo, M. Á. «L'insegnamento della scrittura». En: Tiradritti, F. ed. *Sesh. Lingue e scritture nell'antico Egitto. Inediti dal Museo Archeologico di Milano*. Milán: Electa, 1999. P. 55-60.

Osing, J. «Vocabulaires et manuels sacerdotaux à l'époque romaine». En: Osing, J. *Aspects de la culture pharaonique. Quatre leçons au Collège de France (février-mars 1989)*. Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres n.s. 12. París, 1992. P. 37-59.

Parkinson, R.; Quirke, S. *Papyrus*. Londres: British Museum Press, 1995.

Capítulo 3

General

Adkins, L.; Adkins, R. *The Keys of Egypt. The Race to Read the Hieroglyphs*. Londres: Harper-Collins, 2000 (trad. esp. *Las claves de Egipto. La carrera por leer los jeroglíficos*. Madrid: Debate, 2000).

Curto, S.; Donadoni, S.; Donadoni-Roveri, A. M. *L'Egitto dal mito all'egittologia*, Milán: Fabbri, 1990.

Devauchelle, D. *La pierre de Rosette*. París: Éditions Alternatives, 2003.

El Daly, O. *Egyptology: the Missing Millennium. Ancient Egypt in Medieval Arabic Writings*. Londres: University College London Press, 2005.

Iversen, E. *The Myth of Egypt and Its Hieroglyphs in European Tradition*. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Lloyd, A. B. ed. *A Companion to Ancient Egypt*. 2 vols. Oxford: Wiley-Blackwell, 2010. Parte VII: *The Reception of Egyptian Culture*. Vol. II: 1065-1153.

Parkinson, R. B. *Cracking Codes: The Rosetta Stone and Decipherment*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1999.

Parkinson, R. B. *The Rosetta Stone*. Londres: British Museum Press, 2005.

Solé, R.; Valbelle, D. *La pierre de Rosette*. París: Éditions du Seuil, 1999.

Autores clásicos, medievales, renacentistas y barrocos. Young

Alberti, L. B. *De re aedificatoria* [Alberti, L. B. *L'architettura (De re aedificatoria)*. Orlandi, G.; Portoghesi, P. eds. Milán: Il Polifilo, 1966].

Clemente de Alejandría. *Stromata* [Clément d'Alexandrie. *Les stromates: Stromate V*. Le Boulluec, A. ed. París: Les Éditions du Cerf, 2006].

Diodoro de Sicilia. *Bibliotheca historica* [*Diodorus of Sicily in Twelve Volumes*. Oldfather, C. H. ed. Loeb Classical Library. Cambridge (Massachusetts)-Londres: Harvard University Press-William Heinemann, 1979].

Horapolo. *Hieroglyphica* [Horapolo. *Hieroglyphica*. González de Zárate, J. M. ed. Torrejón de Ardoz: Akal, 1991].

Ibn Wahshiyah. *Libro del deseo del apasionado por el conocimiento de los símbolos de las escrituras* [Hammer, J. *Ancient Alphabets and Hieroglyphic Characters Explained*. Londres: W. Bulmer and Co., 1806].

Plotino. *Enneades* [Plotin. *Ennéades V*. Bréhier, É. ed. París: Les Belles Lettres, 1967].

Plutarco. *De Iside et Osiride* [Plutarque. *Œuvres morales, V-2: Isis et Osiris*. Froidefond, Ch. ed. París: Les Belles Lettres, 1988].

Wood, A.; Oldham, F. *Thomas Young, Natural Philosopher. 1773-1829*. Cambridge: Cambridge University Press, 1954.

YOUNG, TH. (LEITCH, J. ed.) *Miscellaneous Works of the Late Thomas Young, III: Hieroglyphical Essays and Correspondence*. Londres: John Murray, 1855 (contiene el artículo «Egypt» previamente publicado en la *Encyclopaedia Britannica*; § 97).

CHAMPOLLION: OBRAS Y BIOGRAFÍA

CAYOL-GERIN, A. *Champollion, du Dauphiné à l'Égypte*. Grenoble: Le Dauphiné Libéré, 2004.

CHAMPOLLION, J-F. *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques*. París, 1822 (reed. París: Fata Morgana, 1989).

CHAMPOLLION, J-F. *Grammaire égyptienne ou principes généraux de l'écriture sacrée égyptienne appliquée à la représentation de la langue parlée*. París, 1836-1841 (reed. París: Solin, 1997).

CHAMPOLLION, J-F. *Dictionnaire égyptien en écriture hiéroglyphique*. París, 1841-1844 (reed. París: Solin, 2000).

CHAMPOLLION, J-F. *Lettres à son frère. 1804-1818*. París: L'Asiathèque, 1984.

CHASSAGNARD, G. *Les frères Champollion. De Figeac aux hiéroglyphes*. Figeac: Segnat, 2001.

FAURE, A. *Champollion. Le savant déchiffré*. París: Librairie Arthème Fayard, 2004.

HARTLEBEN, H. *Champollion, sein Leben und sein Werk*. Berlín: Weidmann, 1906 (trad. fr. *Champollion. Sa vie et son oeuvre. 1790-1832*. París: Pygmalion, 1983).

LACOUTURE, J. *Champollion, une vie de lumières*. París: Grasset, 1988.

La filología egipcia a partir de Champollion

(Selección de obras no citadas ya en la bibliografía del capítulo 1, apartado "Estados de la lengua egipcia".)

Brugsch, H. *Grammaire démotique, contenant les principes généraux de la langue et de l'écriture populaire des anciens Égyptiens*. Berlín: Ferd. Dümmler, 1855.

Collier, M. «The Circumstantial *sḏm*(*.f*)/*sḏm.n*(*.f*) as Verbal Verb-forms in Middle Egyptian». *Journal of Egyptian Archaeology* 76 (1990): 73-85.

Erman, A. *Neuägyptische Grammatik*. Leipzig: Wilhelm Engelmann, 1880[1], 1933[2].

Erman, A. *Ägyptische Grammatik mit Schrifttafel, Litteratur, Lesestücken und Wörterverzeichnis*. Porta Linguarum Orientalium-Alte Serie 15. Berlín: Reuther & Reichard, 1894[1], 1928[4].

Grandet, P.; Mathieu, B. *Cours d'égyptien hiéroglyphique*. París: Khéops, 1990-1993[1], 1997[2].

Gunn, B. *Studies in Egyptian Syntax*. París: Paul Geuthner, 1924.

Junge, F. *'Emphasis' and Sentential Meaning in Middle Egyptian*. Göttinger Orientforschungen IV/20. Wiesbaden: Harrassowitz, 1989.

Lepsius, R. *Lettre à M. le Professeur H. Rosellini sur l'alphabet hiéroglyphique*. Roma (sin editorial), 1837.

López, J. *Ostraca ieratici*. Catalogo del Museo Egizio di Torino III/1-4. Milán: Cisalpino-Goliardica, 1978-1984.

Polotsky, H. J. *Études de syntaxe copte*. El Cairo: Société d'Archéologie Copte, 1944.

Polotsky, H. J. *Egyptian Tenses*. Israel Academy of Sciences

and Humanities-Proceedings II/5. Jerusalén: Israel Academy of Sciences and Humanities, 1965.

Polotsky, H. J. *Collected Papers*. Jerusalén: Magnes Press, 1971.

Polotsky, H. J. «Les transpositions du verbe en égyptien classique». *Israel Oriental Studies* 6 (1976): 1-50.

Stern, L. *Koptische Grammatik*, Leipzig: T. O. Weigel, 1880.

Vernus, P. *Future at Issue. Tense, Mood and Aspect in Middle Egyptian: Studies in Syntax and Semantics*. Yale Egyptological Studies 4. New Haven: Yale Egyptological Seminar, 1990.

Vernus, P. *Les parties du discourse en moyen égyptien. Autopsie d'une théorie*. Cahiers de la Société d'Égyptologie-Genève 5. Ginebra: Société d'Égyptologie-Genève, 1997.

Capítulo 4

Fonología y transcripción

Cors-Meya, J. «Original Proper Names from Non-Latin Alphabets. Proposal of a General Basic Transcription System. Cases of Adapted Transcription». En: *Els noms en la vida quotidiana. Actes del XXIV Congrés Internacional d'ICOS sobre Ciències Onomàstiques*. Barcelona: Departament de Cultura-Generalitat de Catalunya, 2014. P. 2916-2937 (publicación on-line).

Kammerzell, F. «Zur Umschreibung und Lautung». En: Hannig, R. *Die Sprache der Pharaonen. Großes Handwörterbuch Ägyptisch-Deutsch (2800-950 v.Chr.)*. Maguncia: Philipp von Zabern, 1997. P. xxiii-lix.

Loprieno, A. *Ancient Egyptian. A Linguistic Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995: cap. 3.

Pérez-Accino, J-R. «De los nombres de Egipto: transcripciones, contradicciones y aspiraciones». *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 16 (2006): 121-133.

La escritura jeroglífica: signos y disposición

(Véanse las gramáticas del egipcio medio referenciadas en la bibliografía del capítulo 1 y la de Grandet-Mathieu (1997²) referenciada en la bibliografía del capítulo 3. Véanse asimismo las obras dedicadas a la escritura jeroglífica referenciadas en la bibliografía general del capítulo 2.)

Capítulos 5 y 6

General

Carrasco Serrano, G.; Oliva Mompeán, J. C. eds. *Escrituras y lenguas del Mediterráneo en la Antigüedad*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1995.

Christin, A-M. dir. *Histoire de l'écriture, de l'idéogramme au multimedia*. París: Flammarion, 2001.

Hooker, J. T. *et al. Reading the Past. Ancient Writing from Cuneiform to the Alphabet*. Londres: British Museum Press, 1990.

Senner, W. M. ed. *The Origins of Writing*. Lincoln-Londres: University of Nebraska Press, 1989.

Vernus, P. *et al. Les premières cités et la naissance de l'écriture*. Niza: Actes Sud/Alphabets, 2011.

Woods, Ch. ed. *Visible Language. Inventions of Writing in the Ancient Middle East and Beyond*. Oriental Institute Museum Publications 32. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago, 2010.

Específica capítulo 5

Baines, J. «The Earliest Egyptian Writing: Development, Context, Purpose». En: Houston, S.D. ed. *The First Writing: Script Invention as History and Process*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. P. 150-189.

Cervelló Autuori, J. «La aparición del Estado y la Época Tinita». En: Parra Ortiz, J.M. coord. *El antiguo Egipto. Sociedad, economía, política*. Madrid: Marcial Pons, 2009[1], 2011[2]. P. 69-124.

Dreyer, G. «Tomb U-j: A Royal Burial of Dynasty 0 at Abydos». En: Teeter, E. ed. *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*. Oriental Institute Museum Publications 33. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011. P. 127-136.

Dreyer, G. *et al. Umm el-Qaab I. Das praedynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*. Mainz: Harrassowitz, 1998.

Graff, G. «El nacimiento de la escritura en Egipto». *Investigación y ciencia* 450 (2014): 2-8.

Jiménez-Serrano, A. «Principles of the Oldest Egyptian Writing». *Lingua Aegyptia* 15 (2007): 47-66.

Kahl, J. «Hieroglyphic Writing During the Fourth Millennium BC: an Analysis of Systems». *Archéo-Nil* 11 (2001): 101-134.

Kahl, J. «Die frühen Schriftzeugnisse aus dem Grab U-j in Umm-el Qaab». *Chronique d'Égypte* 78 (2003): 112-135.

Kemp, B. J. *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*. Londres y Nueva York: Routledge, 1989[1], 2006[2] (trad. esp. de la primera ed. *Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*. Barcelona: Crítica, 1992).

Regulski, I. «The Origin of Writing in Relation to the Emergence of the Egyptian State». En: Midant-Reynes, B.; Tristant, Y. eds. *Egypt at Its Origins 2. Proceedings of the International Conference 'Predynastic and Early Dynastic Egypt. Origin of the State', Toulouse 2005*. Orientalia Lovaniensia Analecta 172. Leuven: Peeters, 2008. P. 985-1009.

Regulski, I. «The Beginning of Hieratic Writing in Egypt», *Studien zur altägyptischen Kultur* 38 (2009): 259-274.

Regulski, I. *A Paleographic Study of Early Writing in Egypt*. Orientalia Lovaniensia Analecta 195. Leuven: Peeters, 2010.

Vernus, P. «La naissance de l'écriture dans l'Égypte ancienne». *Archéo-Nil* 3 (1993): 75-108.

Vernus, P. «Les premières attestations de l'écriture hiéroglyphique». *Aegyptus* 81 (2001): 13-35.

Wengrow, D. *The Archaeology of Early Egypt. Social Transformations in North-East Africa, 10.000 to 2650 BC*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006 (trad. esp. *La arqueología del Egipto arcaico. Transformaciones sociales en el noreste de África (10.000-2650 a.C.)*. Barcelona: Bellaterra, 2007).

Wengrow, D. «The Invention of Writing in Egypt». En: Teeter, E. ed. *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*. Oriental Institute Museum Publications 33. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011. P. 99-103.

Específica capítulo 6

Escritura meroítica

Greenberg, J. H. «Studies in African Linguistic Classification VII». *Southwestern Journal of Anthropology* 6 (1950): 388-398.

Griffith, F. Ll. *Meroitic Inscriptions, Part I / II*. Archaeological Survey of Egypt, Memoir 19/20. Londres, 1911/1912.

Hintze, F. «The Kingdom of Kush: The Meroitic Period». En: Hochfield, S.; Riefstahl, F. eds. *Africa in Antiquity. The Arts of Ancient Nubia and the Sudan, I: The Essays*. Brooklyn: Brooklyn Museum, 1978. P. 89-105.

Leclant, J. *et al.* ed. *Répertoire d'Épigraphie Méroïtique (REM). Corpus des Inscriptions publiées I-III*. París: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 2000.

Rilly, Cl. *La langue du royaume de Méroé: un panorama de la plus ancienne culture écrite d'Afrique subsaharienne*. París: Champion, 2005.

Rilly, Cl. «L'écriture et la langue de Méroé». En: Baud, M. ed. *Méroé: un empire sur le Nil*. París: Musée du Louvre, 2010. P. 144-161.

Rowan, K., «Meroitic – An Afroasiatic Language?». *SOAS Working Papers in Linguistics* 14 (2006): 169-206.

Welsby, D. A. *The Kingdom of Kush. The Napatan and Meroitic Empires*. Londres: British Museum Press, 1996.

Origen e historia del alfabeto

Darnell, J. C. *et al. Two Early Alphabetic Inscriptions from the Wadi el-Ḥôl. New Evidence for the Origin of the Alphabet from the Western Desert of Egypt*. Annual of the Ameri-

can Schools of Oriental Research 59. Boston: American Schools of Oriental Research, 2005. Parte II: 67-124.

Gardiner, A. H. «The Egyptian Origin of the Semitic Alphabet». *Journal of Egyptian Archaeology* 3 (1916): 1-16.

Gardiner, A. H. *Egypt of the Pharaohs. An Introduction*. Oxford: Clarendon Press, 1961.

Gardiner, A. H.; Peet, T. E; Černý, J. *The Inscriptions of Sinai*. 2 vols. Egypt Exploration Society Excavation Memoir 36/45. Londres: Egypt Exploration Society, 1952/1955.

Goldwasser, O. «Canaanites Reading Hieroglyphs. Horus is Hathor? – The Invention of the Alphabet in Sinai». *Ägypten und Levante* 16 (2006): 121-160.

Hamilton, G. J. *The Origins of the West Semitic Alphabet in Egyptian Scripts*. The Catholic Biblical Quarterly Monograph Series 40. Washington DC: Catholic Biblical Association of America, 2006.

Petrie, W. M. F. *Researches in Sinai*. Londres: John Murray, 1906.

Rico, Ch.; Attucci, C. *Origins of the Alphabet. Proceedings of the First Polis Institute Interdisciplinary Conference*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2015.

Sass, B. *The Genesis of the Alphabet and Its Development in the Second Millennium B.C.* Ägypten und Altes Testament 13. Wiesbaden: Harrassowitz, 1988.

Valbelle, D.; Bonnet, C. *Le sanctuaire d'Hathor maîtresse de la turquoise*. París: Picard, 1996.

Vita Barra, J. P. «Los primeros sistemas alfabéticos de escritura». En: Carrasco Serrano, G.; Oliva Mompeán, J. C. eds. *Escrituras y lenguas del Mediterráneo en la Antigüedad*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1995. P. 33-79.

Índice onomástico y de textos antiguos

No se incluyen nombres de períodos. El asterisco (*) delante de un nombre indica que ese nombre no se refiere a una persona, divinidad o lugar concreto, sino que es objeto de análisis como tal (se explica su desciframiento o su transcripción).

Abbas Hilmi 281
Abidos 75, 118, 139, 349, 368, 370, 372, 374-376, 382, 383, 389, 392, 394, 397, 399, 407, 409, 411, 418, 419, 423, 427
*Abidos/Abedju 316
Abu 394
*Abu 316
Abu Simbel 270
Abusir 77, 78, 167
Admoniciones de Ipuur 86, 206
Adriano 216
*Aelos 242
Afganistán 377
África 21, 33, 35-39, 41, 44, 46, 47, 201, 434, 482, 486
Aha 375
Ahiram de Biblos 483, 484
Aigyptiaka (Manetón) 270
Ain Asil 165, 166
Ain Avdat 490
Ain Manawir 113
Åkerblad, Johan David 242
Akhenaton, véase Amenhotep IV
*Akhetaton 316
Akhmim 124
Al-Andalus 222
Al-Buhaira 124
Al-Said 124
Alberti, Leon Battista 230
Alejandría 118, 119, 124, 155, 170, 205, 206, 213, 220, 241, 242, 273

*Alejandría 312, 316
*Alejandro 242, 259, 312
Alfonso el Sabio 55
Alta Mesopotamia 489
Alta Nubia 432-434
Alto Egipto 89, 124, 150, 168-171, 222, 359, 367-373, 388, 407, 409, 418-420, 422, 425, 426, 433, 458
Allen, James P. 288
Amanikhabale 443
Amanitore 438
Amarna 43, 99, 100, 447, 478
*Amarna 316
Amasis 171
Amenemhat I 84
Amenemhat III 453, 456, 469
Amenemhat IV 453
*Amenemhat/Amenemes 312, 315
Amenhotep II 154
Amenhotep III 197
Amenhotep IV-Akhenaton 99, 100, 478
*Amenhotep/Amenhetep/Amenofis/Amenophis 315, 506
Amenhotep hijo de Hapu 197
Amman 486
Ammon 486
Amón 101, 146, 148, 434
*Amón/Amen 311, 312, 315, 506
Anastasi I, papiro 60
Anatolia 492
Andros 230
Angola 33
Ántea 102
*Antef 313
Antiguo Testamento 118, 119
Antoninos 153, 216, 217
Antonio (San) 117, 120
Apócrifo de Juan 119
Apócrifo de Santiago 119
Apries 234
*Apries/Wahibre 312
Arabia 44, 482, 490
*Arsínoe 242
Artajerjes I 111
*Artajerjes 312
Arwad 483
Asia 36, 37, 39, 490
Asiria 111, 487
Asiut 124, 215
*Asiut 316
Asmoneos 489
Asociación Fonética Internacional (AFI) 291
Asuán 34, 118, 406, 431, 433, 435, 437, 444, 445
*Asuán 316, 317, 506
Asurbanipal 111
Atanasio de Alejandría 120
Atatürk 504
Atlántico 16, 44
Atlas 39
Atum el Anciano 357
Avaris 453, 475
Axum 436
Baalat 450, 462
Babilonia 487
Baines, John 400, 401

Baja Mesopotamia 367, 422
Baja Nubia 432-434, 443
Bajo Egipto 89, 168, 169, 272, 322, 359, 393, 418-420
Bankes,William J. 253
Barthélemy, Jean-Jacques 235
Baset 393
Bat 388, 403, 424
Bata 101
Begrawiya 435
Belerofontes 102
Beni Hasan 453, 472
Benito 120
*Berenice 242, 246
Berlín 75, 85, 209, 278, 282-284, 289, 438, 439
*Bes 311
Biblia 118, 205, 433, 497
Bibliotheca historica (Diodoro de Sicilia) 212, 422
Biblos 101, 483, 484
Birch, Samuel 281
Bizancio 216
Boletín de Qadesh 100, 103
Bonaparte, Napoleón 235
Botswana 33
Bouchard, Pierre 238
Brugsch, Heinrich 281
Bubastis 393
*Bubastis 316
Bulgaria 497
Buto 393
*Buto 316
Cabo Verde 33
Cam 36, 41
Camerún 42
Canaán 378, 452, 453, 489, 498
Canarias 39, 41
Canopo 241
Carlos X 276
Carlsberg VII, papiro 192
Carter, Howard 199
«Casa(s) de la Vida» 194, 196
Cauville, Sylvie 153
Cerdeña 285
Cerdeña-Piamonte 276
Ceuta 55
Cicerón 61
Cirilo 497
Ciro 487
Clemente de Alejandría 155, 170, 213, 214, 218, 220, 273
Cleopatra VII 114
*Cleopatra 254, 255, 257-260, 312
Collier, Mark 288
Colonna, Francesco 232
Constantino 215
Constantinopla 216, 218
Copenhague 112
Coptos 423, 425
*Coptos 316
Corán 45
Crónica demótica 112, 172, 178
Cuento del náufrago 85, 158
Cuento del sabio Ahiqar 114
Cuentos de la corte del rey Keops 85
Chad 42
Chad, lago 42

Champollion, Jacques-Joseph 15, 247, 274, 277
Champollion, Jean-François 15, 16, 21, 22, 170, 177, 211, 229, 247-279, 306, 312, 363, 438
Chester Beatty I, papiro 100
Chester Beatty IV, papiro 190
China 206, 367, 416, 429, 489
Chipre 480, 485
D'Orbiney, papiro 101, 159
Dakhla, oasis de 165, 166
Damanhur 240
Dandara 153
*Darío 312
Darnell, John C. 454
De Iside et Osiride (Plutarco) 213
Deir Allah 475
Deir el-Bahari 146, 147
*Deir el-Bahari 316
Deir el-Medina 102, 207-209
Delta 60, 167, 168, 170, 191, 205, 235, 240, 241, 369, 372, 378, 393, 452, 453, 456
Della Valle, Pietro 232, 233
Den 205
Description de l'Égypte 242, 259
Diálogo de un hombre desesperado con su ba 86
Diodoro de Sicilia 212, 442
Djado 41
Djebaut 393
Djebel Barkal 434
Djedefre 85
Djehuty 98
Djer 375
Djeser, véase Netjerkhet
*Djeser/Dyeser 313, 314
Djet 384
Dorset 253
«Dos Tierras» 150, 370, 375, 420
Dreyer, Günter 368, 378, 383, 384, 386, 387, 390-392, 394, 395, 397, 400, 401, 403, 411
Drovetti, Bernardino 276
Dush 187
Ebers, papiro 87
Edel, Elmar 284
Edesa 489
Edfu 255
*Edfu 316
Edom 486, 490
Egeo 230
*Egipto 127, 316
El 462
El Cairo 16, 75, 113, 119, 121, 124, 146, 147, 187, 197, 199, 226, 238, 241, 280, 281, 216, 268, 407, 423, 425
*El Cairo 316
El mago Merire 110
El oasita elocuente 86, 209
El príncipe predestinado 100, 103, 157
El sueño de Nectanebo 114
El viaje de Unamon 101, 103
*El-Ashmunein 316
El-Fayum 118, 125, 171, 192, 205, 417
*El-Fayum 316

El-Hiba 171
El-Hobagi 444
El-Khader 475-477
El-Lahun 87, 457-459
El-Nubaira 240
El-Tahrir 281
Elam 422
Elefantina 60, 78, 167, 240, 394, 404
*Elefantina/Abu 316
Enéada 75, 353
Enneades (Plotino) 215
Erman, Adolf 282
Escorpión 384, 386, 417
Esna 153
*Esna 316
Estambul 226, 486
Esteban (San) 218
Estela de Bakhtan 97
Estela de Israel 100
Estela del hambre 97
Estela del sueño 82
Estela poética 82
Etiopía 36, 41, 42, 44, 46, 48, 201, 377
Eubea 492, 498
Europa 21, 37, 62, 96, 153, 206, 211, 221, 226, 229, 230, 232, 233, 276, 497, 504
Evangelio de la verdad 119
Evangelio de los egipcios 119
Evangelio de Tomás 119
Ezequías 486
Faulkner, Raymond O. 284
Federico Guillermo IV 278
Fenicia 492
Fernando de Aragón 222
Fezzan 41
Figeac 15, 247
Filae 109, 153, 154, 173, 216-218, 241, 253, 255, 261, 266, 361
*Filae/Philae 316
Florencia 230
Francia 15, 235, 276
Gardiner, Alan H. 178, 283, 285-287, 449-452, 504
Geb 353
*Geb/Gueb 313, 314
*Gebelein 316
Génesis 36, 102, 453
Gestas de Inaros y Petubastis 111
Giza 207, 280, 281
*Giza/Guiza 316, 317
Goldwasser, Orly 454, 456, 457, 459, 461, 463, 465, 468, 469, 472
Golfo de Aqaba 486
Golfo de Guinea 33
Golfo de Suez 167
Golfo Pérsico 45
Göttingen 289
Gran himno a Aton 89
Granada 222, 223-224
Grandet, Pierre 289
Grapow, Harmann 282
Greenberg, Joseph H. 35, 38, 437
Grenoble 247-249
Griffith, Francis Ll. 437, 438, 440, 445
Gunn, Battiscombe 284

Hamilton, Gordon J. 454, 468
Hammer, Joseph 226
Hannig, Rainer 289
Harran 488, 490
Harris 500, papiro 100, 157
Harris I, papiro o gran papiro Harris 203
Hathor 146, 147, 358, 446, 448, 450, 453
*Hathor 311
Hathors (siete Hathors) 100
*Hatshepsut 311
Heidelberg 114, papiro 498
Heliópolis 75
*Heliópolis 316, 317
*Heqaib 314
Heqanakht 87, 88
Heracleópolis 112
*Heracleópolis 316
Hermes (Trismegisto) 226, 227
*Hermópolis 316
Heródoto 170, 208, 491
*Herunefer 314
Hieracómpolis 370, 372, 424
Hieroglyphica (Horapolo) 218, 230-232
Himno a Amón-Re 110
Himno al Nilo 86
Hintze, Fritz 437, 440
Historia de Sinuhé 58, 60, 84, 85, 87, 194, 280, 452
Historiae (Heródoto) 170, 208, 491
Historias del príncipe Setne-Khaemwaset 111
Horapolo 218-220, 225, 230, 231
Horemheb 100, 200
*Horemheb 314
Horus 89, 398, 417
*Horus 311, 314
Ibn Wahshiyah 226-229
Ilíada 102
*Imhotep 310
Imperio Babilónico 487
Imperio Bizantino 216
Imperio Hitita 476, 480
Imperio Otomano 235
Imperio Romano 114, 115, 119, 154, 179, 216, 260
Imperio (Romano) de Oriente 216, 234
Imru al-Qays 488, 490
Inaros 111
India 489
Índico 45
Indo 367, 416
Inglaterra 15, 235, 253
Inpu 101
Insinger, papiro 111
Instrucción de Amenemope 100
Instrucción de Ani 100
Instrucción de Ankhsheshonq 111
Instrucción de Khety, véase *Sátira de los oficios*
Instrucción de lealtad 84
Instrucción de Ptahhotep 84
Instrucción del rey Amenemhat a su hijo Sesostris 84
Instrucción para Kagemni 84

Instrucción para Merikare 84
Iraq 44, 55
Irtisen 365
Iry-Hor 417, 418
Isabel de Castilla 222
Isi 142
Isis 109, 153, 173, 216, 218, 253, 361, 439
*Isis/Iset 311, 312
Israel 475, 486, 487, 489
Italia 230
*Ittauy 316
Izbet Sartah 473, 475-477
Jafet 36
Jartum 431, 433
*Jartum 316
Jeremías (San) 118
*Jerjes 312
Jerónimo 120
Jerusalén 286, 486, 487
Jesús 118, 119, 121, 230
Jiménez Serrano, Alejandro 403
Jordán 201
Jordania 475, 489
José 102, 453
Judá 486, 487
Julio-Claudios 261
Junge, Friedrich 289
Justiniano 154, 218
Ka 417, 418
Kagemni, 84
Kahl, Jochem 384, 387, 394, 400, 402
*Kakai 313
Kalabsha 445
Karnak 101, 139, 140, 246, 351
Kawa 443
Kefren 85
*Kefren/Khephren 311
Kemit 189, 193
Kemp, Barry J. 370, 371, 373, 425
Kenia 39, 41, 42
Keops 78, 85, 167
*Keops/Kheops/Khufu/Jufu 311-314
Kephalaia 119
Kerma 434
*Khaba 313
Khaemwaset 111
Kharamadeye 445
Kharga, oasis de 113, 187
Khasekhemuy 375
*Khasekhemuy/Khasekhemui 313
Khebeded 454, 455, 459, 464
Kheruef 360
Khety 188
*Khety 314
Khnumhotep II 453, 472
Kircher, Athanasius 226, 232-234, 249
Kom el-Hisn 241
Kom Ombo 34
Kush (o Kash) 41, 367, 432-436, 445
La contienda de Horus y Set 101, 103
La toma de Yoppa 100
Lakish 475, 476, 484, 486
Lamentaciones de Khakheperreseneb 86

Lansing, papiro 190
Las desgracias de Peteisis 112
«Las Dos Señoras» 89, 419
Lefebvre, Gustave 37
Lepsius, Karl Richard 36, 278, 279, 281
Letanías de Re 96
Líbano 58, 84, 454, 483
Libia 39
Libro de la salida al día o *Libro de los muertos* 96-98, 154, 169
Libro de las cavernas 97
Libro de las puertas 96
Libro de los muertos, véase *Libro de la salida al día*
Libro de quien está en la Duat 96
Licópolis 124, 215
Londres 226, 236, 242, 245, 281, 418, 422
Londres y Leiden, papiro de 111
López, Jesús 284
Loprieno, Antonio 26, 82, 136, 288
Los dos hermanos 101, 103, 159
Los egipcios y las amazonas 111
Lot y Garona (Aquitania) 247
Luis XVIII 242
Luxor 60, 370, 457
*Luxor 316, 317
Macario (San) 117
Magna Grecia 498
Magreb 45
Malaise, Michel 288
Malí 39
Malta 39, 226, 485
Mandulis 216
Manetón 270, 271
Mani 119
Mar Muerto 486, 487
Mar Rojo 117
Marco Aurelio 216
Mariette, Auguste 280
Maspero, Gaston 280, 281
Mathieu, Bernard 289, 522, 530
Medinet Habu 146, 480
Medinet Madi 118, 119
Mediq 443
Mediterráneo 16, 39, 41, 45, 235, 263, 372, 435, 480, 491, 485
Meeks, Dimitri 286
Menfis 60, 111, 123, 124, 127, 240, 241
*Menfis 316
*Menkauhor 314
Merenptah 100, 480
*Merenptah 314
Merenre I 360
Merikare 84
Meroe 23, 35, 41, 431, 435, 436, 438, 442, 444, 445
Merul 216, 217
Mesha 484, 486
Mesoamérica 367, 416
Mesopotamia 43, 165, 367-369, 406-410, 422, 429, 476, 487, 489
Metjen 75
Metodio 497
*Micerino 311
Milán 215

Min 423, 425
Mishnah 489
Mito del ojo del sol 112, 114
Moab 484, 486
Moisés 230
*Montuhotep/Mentuhetep 314
Montuuser 80
Mophta 234
Moravia 497
Nabucodonosor 487
Nacimiento divino de Hatshepsut 82
Nag Hammadi 118-120
Nagada 370, 425
Namara 488, 490
Namibia 33
Napata 35, 41, 433-436
Narmer 372, 375, 387, 388, 417, 425
Nasser, lago 34
Natakamani 438
Naturalis historia (Plinio el Viejo) 202
Naville, *ostrakon* 110
*Neferites/Nepherites 311
*Neferkare/Neferkara 315, 359, 505
Negev 490
Neit 240
Nekhbet 89
*Netiqert 314
Netjerkhet o Djeser 75, 165, 420
Níger 33, 39, 42, 48
Nigeria 39, 42
Nilo 23, 33-35, 38, 46, 48, 58, 129, 171, 201, 221, 234, 235, 238, 240, 276, 370, 372, 374, 377, 378, 392, 404, 406, 429, 431, 433, 435, 437, 453, 456, 457
Nilo Blanco 34
*Ninetjer/Ninecher 313, 314
Niuserre 77
Noé 36
Nofretiabet 390, 414, 415
Nub Taha 240
Nubia 60, 112, 276, 406, 432-435, 443
Nueva York 80, 338, 339
Obodas 490
Occidente 374, 398, 401
Ombos 420
Omo, río 42
Onofre 127
Oriente 16, 45, 224, 249
Orix, nomo del 453
Osiris 127, 234, 374, 439
*Osiris/Usir 311, 312
Oxford 86, 384, 425
Pacomio (San) 120
Palestina 84, 377, 378, 475, 480, 489
Palmira 490
París 172, 226, 229, 242, 247, 250, 276, 277, 284, 415
Pepy 188
Pepy I 78, 360
*Pepy/Pepi 313, 505
Pérez-Accino, José-Ramón 316
Pérgamo 206
Peribsen 375, 420, 421
Persia 119, 487
Petra 488, 489

Petrie, Hilda 446
Petrie, William M. Flinders 446-449
Petubastis II 111
Piye 435
Plinio el Viejo 202
Plotino 215, 218, 230
Plutarco de Queronea 213
Poema de Qadesh 100, 101, 103
Polotsky, Hans Jacob 284-288
Port Said 199
Profecía de Neferty 86
Próximo Oriente 16, 21, 36, 38, 43, 44, 47, 114, 194, 363, 369, 372, 405, 467, 476, 486
Psamético I 170, 171
Psamético II 435
*Psamético 315
Pshoi (San) 117
Ptah 111, 127, 266, 269, 335, 348
*Ptah/Peteh 310-312
Ptahhotep 84
Ptahshepses 193
Ptolomeo III (Evergetes I) 241
Ptolomeo V (Epifanes) 240, 241
*Ptolomeo 242, 246, 253-255, 257-259, 266, 312
Ptolomeos 112, 114, 194, 206, 238, 306
«Pueblos del Mar» 100, 103, 203, 480
Putifar 102
Pyrgi 503
Qaa 375
Qena 370
Qenherkhepeshef 209
Qumran 487
Qustul 433
Raemkai 338, 339
*Raemkai 314
Ramesseum 209
Ramesseum A, papiro 209
Ramose 138
*Ramose 314, 315
Ramsés II 100, 111, 209, 293
Ramsés III 100, 102, 146, 203, 480
Ramsés IX 102
*Ramsés/Rameses/Ramesu 270, 271, 274, 293, 294, 312
Ras Shamra 476, 478
Rashid o Rosetta 235, 240
Re 95, 112, 192
*Re 293, 294, 311, 314, 315, 359, 505
Regulski, Ilona 401, 402, 407, 430
Renan, Ernest 36
Retjenu 58, 84, 454, 459
«Rey del Alto y Bajo Egipto» 359, 419, 420
Rilly, Claude 437
Roma 61, 119, 211, 215, 216, 232, 234, 279, 489, 503
Rosellini, Ippolito 276
Rosetta, piedra de 97, 110, 111, 170, 171, 235-237, 239-243, 246, 247, 253, 266, 271, 438
Rosetta, véase Rashid
Rowan, Kirsty 437
Ruta de la Seda 489

Saba 46, 482
Sabiduría de Salomón 118
Sacy, Sylvestre de 242, 243, 245, 247
Sahara 34, 39, 41, 42, 48, 426, 427
Sahel 34, 41, 42, 45, 48
Sais 170, 205, 240
*Sais 316
Salt, Henry 276
Samaria 486, 489
Samuel de Kalamun 120
San Petersburgo 158
*Sanakht 314
Saqqara 75-78, 110, 118, 142, 165, 166, 200, 205, 338, 339, 420
Sass, Benjamin 454
Sátira de los oficios o *Instrucción de Khety* 84, 188, 189, 193
Sauneron, Serge 153
Schlözer, August Ludwig 36
Sed, fiesta de 77
Sehel 34, 97
Sem 36
Semna 82, 83
Serabit el-Khadim 446, 448-453, 455-457, 459, 471, 498
Seshat 195
Sesostris I 80, 84, 139, 140, 351, 453
Sesostris II 87
Sesostris III 82, 83, 86, 87
*Sesostris/Senusert/Senuseret 311, 312
Set 89, 163, 365, 420
*Set/Seth 311
Setenta (*Septuaginta*) 118
Sethe, Kurt 282-284, 360
Setne 111
Shabaka 435
Shabataka 435
Shanakdakhete 444
Shenute (San) 117, 120, 121, 124
*Shepseskaf 314
Sicilia 201, 485
Sidón 483
Sikhem 475
Siloé 484, 486
Simeón (San) 118
Sinaí 23, 78, 167, 431, 446, 450, 452-454, 456, 459, 461-465, 468, 469, 471, 472, 475, 498
Sinuhé 58, 84, 282
Siria 43-45, 120, 377, 476, 480, 487, 489-492
Siwa 39
Snofru 415
*Snofru/Snefru 314
Soba 444
*Sobek 311
*Sobekhotep/Sebekhetep 314
Sohag 117, 120, 121
Somalia 39, 41, 42
Steindorff, Georg 282
Stern, Ludwig 282
Stromata (Clemente de Alejandría) 155, 213
Sudán 41, 42, 201, 431, 443
Taharqa 435
Tanis 111, 191, 205
Tanutamani 435

Tanzania 39, 41
Taperet 357
Tebas 60, 98, 101, 102, 123, 124, 128, 138, 144, 146, 168, 209, 360, 457, 480
*Tebas 316
Tebtunis 192
Tefnut 112
Tell el-Yahudiya 240
Tell Sukas 492
Teodoro 218
Teodosio 154, 216
Tesálonica 216
Textos de las pirámides 76-78, 81, 280, 360, 364, 365
Textos de los ataúdes 81, 88, 154, 395
*Tiberio 262, 266
«Tierra del Arco» 433
«(Tierra) Negra» 221, 309, 249
Tinis 374
Tiro 483
Tita Vendia 503
Toscana 276
Tot 122, 195, 200, 227, 271, 333, 471
*Tot/Thoth 311
*Trajano 262, 263, 266
Triadon 123
Tripolitania 41
Troya 102, 480
Tunicia 41
Turín 75, 276, 284
Turquía 44, 488
Tutankhamon139, 310
*Tutankhamon/Tutankhamón 315, 505
Tutmosis III 82, 146-148, 154
Tutmosis IV 82
*Tutmosis/Tuthmosis/Djehutimes 271, 274, 311, 312
Ugarit 474, 476, 478-481, 483
Umm el-Qaab 368, 374, 376, 383, 389, 397, 399, 418, 422, 423
Unamon 101
Uni 75
Unis 77
*Unis 313
Valeriano, Pierio 231
Valle de los Reyes 102, 154, 207
Vandier, papiro 110
Vernus, Pascal 26, 74, 96, 136, 288, 382, 386, 394, 400, 402, 420
Vida de Antonio 120
Vida de Isaac 120
Virgilio 61
Wad Ben Naga 438
Wadi el-Djarf 78, 166-167
Wadi el-Hol 457, 459, 498
Wadi el-Humur 452
Wadi Maghara 452
Wadi Natrun 86, 117
Wadjet 89
*Wadjet 313
Waltari, Mika 85
Wawat 433
Wengrow, David 368, 407, 412
Westcar, papiro 85, 88

Wilbour, papiro 168
Winand, Jean 288
Wulfila 497
Yahvé 119
*Yam 310, 316
Yoppa 100
Young, Thomas 22, 170, 243-247, 250, 253
*Yuya 313
Zincirli 488